

<30. A UNA OBRA ESPIRITUAL QUE ESCRIVIÓ DON LUIS PONCE DE LEON, HIZO  
FERNANDO DE HERRERA ESTE SONETO>

Vuestro canto y aliento excelso y pío,  
con armonía dulce así resuena,  
que se le rinde el cisne cuando suena  
en el corriente vaso del gran río.  
5 Dichoso vos, a quien no seca el frío,  
mas puro fuego de virtud serena,  
y yo, pues vuestro noble canto ordena  
vida inmortal al nombre humilde mío.  
Ya veo transferirse de Elicon  
10 la cumbre y de Parnaso la ribera  
al asiento de Náyades ondoso;  
y que del lauro verde la corona  
os da Betis, o gloria de Ribera,  
y del León más fuerte y generoso.

<31. A LA MUERTE DE DON LUIS PONCE DE LEÓN, DEL MISMO AUTOR. SONETO>

Aquí donde tú yaces sepultado,  
o gloria del León más excelente,  
el valor todo yace de Occidente  
con envidia de Marte derribado.  
5 No culpes la dureza de tu Hado  
que en tierra ajena tu dolor consiente,  
pues cuanto ves del Austro al Oriente  
es sepulcro a los fuertes consagrado.  
Será eterna en nosotros tu memoria,  
10 y puesto en el dorado y alto asiento  
defenderás mejor tu patrio suelo.  
No queda ya a la muerte mayor gloria,  
pero queda igualado el sentimiento,  
tristeza a España y alegría al cielo.

<32. ELEGÍA DE FERNANDO DE HERRERA A LA MUERTE DEL MAESTRO JUAN DE  
MALARA>

No se entristece tanto cuando pierde  
desnudo, el ramo fértil y florido  
ya sin vigor cortado, el árbol verde,  
cuanto yo viendo suelto y dividido  
5 de la alma el lazo estrecho, con la muerte  
que velo no podrá cubrir de olvido.

¡Oh duro corazón que en mal tan fuerte  
no rompes!, ¿cuándo esperas ablandarte  
después de esta terrible y grave suerte?  
10 De mi alma murió la mayor parte  
y el cielo, que en mi llanto es buen testigo,  
ve que nunca el dolor de mí se parte.  
¡Oh ejemplo de virtud!, ¡oh caro amigo!,  
que en mis entrañas vivas juntamente  
15 lo mismo que ya fuiste eres conmigo.  
Que la fe del amor jamás consiente  
que la muerte consuma con tu vida  
la llama que mi pecho ardiendo siente.  
Cortóse el paso a la amistad crecida,  
20 que nuestro dulce trato es acabado  
y el corazón de amarte no se olvida.  
Pensaba yo que el cuerpo desatado  
de los nudos de la alma, antes viviera,  
que yo sin ti esperar solo, apartado.  
25 Al fin pasé esta vida lastimera,  
y la sufrí. ¿Qué aguardo? ¿Por qué al cielo  
no te muestras mi guía verdadera?  
Cansado ya procuro alzar el vuelo  
al lugar glorioso y soberano,  
30 que al ánimo es pequeño asiento el suelo.  
Amor terreno, y un deseo vano,  
cuidado y engañosa la esperanza,  
no me dejan un punto de la mano.  
¿Cuándo pondré en mi estado tal mudanza  
35 que solo amor celeste en mí respire,  
con segura firmeza y confianza?  
Divino celo al corazón inspire,  
y le dé tal virtud que solo sienta  
el alto bien que a mortal pecho admire.  
40 No me deje caer en esta afrenta  
donde me veo en confusión perdido,  
donde el mal que conozco me atormenta.  
Tú, que en el cielo estás esclarecido,  
ruega por mí al Señor de cielo y tierra,  
45 porque no muera en sombra del olvido.  
Valga la peligrosa y larga guerra  
que en mi alma se traba noche y día,  
con quien el paso a bien obrar me cierra.  
Después que llevó muerte oscura y fría  
50 de tu mortal cuidado los despojos,  
huyó de mí el contento y alegría.

Lágrimas abundaron en mis ojos,  
y por tu arrebatado apartamiento  
en mí se renovaron los enojos.  
55 El inmortal y claro ayuntamiento  
celebró los trofeos de tu gloria,  
y gimió Betis lleno de lamento.  
Sonó una voz llorosa en tu memoria,  
el ingenio y bondad junto acabaron,  
60 cuando el Hado gozó de tu vitoria.  
El valle y alto monte suspiraron,  
y a Híspalis vestida en negro manto  
pluvias y ciegas nubes ocuparon.  
Contigo pereció el alegre canto,  
65 y en reliquias del daño doloroso  
quedó grave y quejoso y triste llanto.  
Betis, que al sacro Océano espumoso  
llevaba el son de tu dorada lira  
altivo, y con grandeza glorioso,  
70 mudo en su gruta oscura se retira,  
y en el profundo vaso con gemido  
las tardas ondas discurriendo mira.  
De tu canto quedaba suspendido  
el español osado, y el romano,  
75 y el francés orgulloso y atrevido.  
Por ti, el ilustre príncipe tebano  
es más famoso, y vive su memoria,  
que por vencer al bárbaro africano.  
Aunque se estime con eterna gloria  
80 por la fiera de Arcadia embravecida,  
más valor le dará tu noble historia.  
Era trueno tu voz, pero tu vida  
claro rayo, que puro resplandece,  
con llama presurosa y encendida.  
85 Que tu virtud y nombre reflorece  
con perpetua memoria, y sube al cielo  
la fama, que con honra tuya crece.  
Aunque tú me dejaste en este suelo,  
90 queda con Dios, ¡oh alma venturosa!,  
cubierta de purpúreo y rico velo.  
Que, si mi pena grave y dolorosa  
me da lugar en la pasión que siento,  
yo cantaré tu gloria generosa.  
En tanto, lo que sufre mi lamento,  
95 permite este lloroso verso mío,  
triste muestra de duro sentimiento.

Aquí yace sin vida el cuerpo frío  
de Malara, que roto el mortal nudo  
donde a Vandalia riega el grande río  
100 voló al cielo su espíritu desnudo.

<36. SONETO DE HERNANDO DE HERRERA>

De estas doradas hebras fue tejida  
la red en que fui preso y enlazado;  
fue blanda y dulce en mi primer estado,  
luego en dura y amarga convertida.  
5 Por la ocasión antigua fue sufrida  
la pena en que aborrezco lastimado,  
y en tal tormento adora mi cuidado  
la causa de mi muerte, y de mi vida.  
Y de estos ojos fue herido el pecho  
10 con hierro, y fuego, y cada día crece  
con el golpe mortal el amor mío.  
Crece mi ardor y crece vuestro frío,  
la red me aprieta, el ánimo fallece,  
y está dudoso Amor en mi provecho.

<39. SONETO>

De los rayos del sol por quien me guío  
llega la luz al alma, que la enciende,  
y las delgadas venas, brava, ofende  
y del presto calor destierra el frío.  
5 Miro la pura imagen del bien mío  
con aquella verdad que la alma entiende,  
y cuanto más la miro en mí se emprende  
la cierta luz que al corazón envió.  
Presente queda y vive en mi memoria,  
10 entrando por mis ojos de sus ojos,  
en los cuales Amor tiene más gloria.  
Por ellos bebe el bien y los enojos,  
que Amor dio a su belleza la victoria,  
como a causa mayor de sus despojos.

<40. SONETO>

"Preso soy de vos solo, y por vos muero  
(mi bella Luz me dijo dulcemente),  
y en este dulce error y bien presente,  
por vuestra causa sufro el dolor fiero.

5 "Regalo y amor mío, a quien más quiero,  
si muriéramos ambos juntamente,  
poco dolor tuviera, pues ausente  
no estaría de vos, como ya espero."  
Yo, que tan tierno engaño oí, cuitado,  
10 abrí todas las puertas al deseo,  
por no quedar ingrato al amor mío.  
Ahora entiendo el mal, y que engañado  
fui de mi Luz, y tarde el daño veo,  
sujeto a voluntad de su albedrío.

<41. SONETO>

Esta belleza, que del largo cielo  
contiene en sí la más felice parte,  
a do con clara luz su luz reparte,  
sereno deja el aire, alegre el suelo.  
5 Amor en torno va con puro velo,  
y de sus bellos ojos no se parte,  
que allí descubre su destreza y arte  
y en la causa del mal pone el consuelo.  
Dichosa la alma puesta en tal tormento,  
10 que espera descansar en dulce gloria;  
dichoso más quien es favorecido;  
yo, que también que de ello alcanzo aliento  
para cantar su nombre y su memoria,  
que no podrá temer favor de olvido.

<42. SONETO. A JUAN SANCHES ÇUMETA>

Zumeta, vuestra noble y dulce lira,  
a quien dará ventaja la de Orfeo,  
de nuestro Duque cantará el trofeo  
y la virtud que Marte en él inspira.  
5 Porque la mía débil aún no espira  
en gloria del amor como deseo,  
y en él consumo el tiempo yo y no veo  
más blando su desdén, menor su ira.  
El nombre que me da el soberbio canto  
10 convertid en vos mismo, y los despojos  
cantad, y las hazañas y memoria.  
Que yo tengo la lira hecha al llanto  
y solo suena en honra de los ojos  
y del cabello que robó su gloria.

<43. SONETO>

Aquí, en el gran Océano, apartado  
de mi Lucero, estoy en esperanza;  
ya pierdo y cobro varia confianza  
y renuevo mi lástima y cuidado.  
5 Tal vez mirando el piélago indignado,  
turba mi olvido tarde la mudanza,  
y esperando en mis males la mudanza,  
soy de nueva fortuna salteado.  
Y mientras de mi Luz conmigo trato,  
10 el amor vuelve quieto y la dureza  
de ella, siempre alterada en mi memoria,  
ya me aparto y enojo y me maltrato,  
mas cuando considero su belleza,  
hallo que el mal por ella es alta gloria.

<44. SONETO>

En esas trenzas de oro Amor ordena  
el lazo fuerte, que jamás deshecho  
podrá ser de quien puesto en tal estrecho  
tiene igual a su gloria eterna pena.  
5 Y de los rayos de esa Luz serena  
el fuego temo con que abraza el pecho,  
y siente de su fuerza satisfecho  
la llama el pecho, al cuello la cadena.  
De esa hermosa boca en quien espira  
10 las suaves razones y el engaño,  
la dulce cortesía y blando trato;  
y en ellas prende al triste que suspira,  
esperando la gloria de su daño,  
sujeto al yugo del Amor ingrato.

<45. SONETO>

¡Ay de mí! ¡Ay qué lágrimas derrama  
amor con dolor nuevo! ¡Ay, oh sagrada  
pluvia, tú en la alma mía lastimada  
cae, templando el fuego que la inflama!  
5 Alienta al corazón, ya hecho llama,  
aunque por culpa ajena derramada;  
que tú en su mejor parte conservada  
serás cierto remedio de quien ama.  
Como la bella, tierna y fresca rosa

10 que la púrpura y nieve del rocío  
tocando muestra más su hermosura,  
con esta lluvia así, de oro hermosa,  
más bello se descubre el amor mío  
con rayos claros de su lumbre pura.

<46. SONETO>

Los ojos bellos y las varias flores,  
el oro crespo y terso y frescas rosas,  
que tiemplan nieve y púrpuras dichosas,  
la boca dulce, asiento a los Amores;  
5 la blanca mano, larga a mis dolores,  
las palabras suaves y amorosas,  
la risa y gracia y todas vuestras cosas  
no causan a mi alma estos temores.  
Que bien puede librarse el que es sujeto  
10 y quebrantar el lazo inexplicado,  
si quiere su remedio en mal tan fuerte;  
mas porque es justo y glorioso efeto  
que os ame quien os vio, cual yo he mirado,  
mi vida ofrezco al yerro de la muerte.

<47. ESTANCIAS>

Abrasa mis entrañas un templado  
y suave calor, que de centella  
mansa y blanda procede sosegado,  
y las consume poco a poco en ella.  
5 Del bello rostro el resplandor rosado  
abrazo al pecho con la fuerza de ella;  
cabellos, manos, ojos, cuello y frente,  
abrásanme en su fuego dulcemente.  
A una y otra parte Amor me lleva  
10 y me inflama en la Luz de que estoy ciego,  
aunque según yo veo en mí la prueba,  
no debe ser amor, sino algún fuego.  
Abrasa al corazón con fuerza nueva  
y dale aliento para el daño luego,  
15 enciéndelo, y, después de fuego hecho,  
más gloria siente el abrasado pecho.  
Entonces hallo en vuestros dulces ojos  
un cuidado, un dolor, un sentimiento,  
que vuelve sus trabajos, sus enojos,  
20 en amoroso premio y en contento.

Entrégaos de su alma los despojos,  
por ver también cautivo el pensamiento,  
y con la honra que en su fuego espera,  
arde y torna a nacer sin que en él muera.  
25 Purpúreo fénix que la Arabia cría,  
en quien no goza Muerte la victoria,  
en las llamas que enciende con porfía,  
quemándose no alcanza tanta gloria.  
Que el fuego que el Amor al pecho envía,  
30 como a holocausto digno de memoria,  
nace en más alta parte y es su efecto  
mejor y de más precio en el sujeto.

<48. AL CONDE DE GELUES. CANCIÓN>

Ilustre Conde mío,  
honor sagrado y gloria generosa  
del navegable río,  
que con ribera undosa  
5 levanta la cabeza venturosa;  
aunque con débil canto  
mi simple musa y mal ejercitada  
no pueda subir tanto  
que sea comparada  
10 con la de Tajo insigne y consagrada;  
y aunque por culpa mía  
no resplandezca Betis glorioso  
igual a la onda fría  
de Pisuerga dichoso,  
15 por quien Tajo dorado está dudoso,  
no penséis que el olvido  
pondrá en oscuridad mi nombre y fama,  
por el tiempo traído,  
porque Febo me llama  
20 y de su aliento el rudo pecho inflama.  
Entre las ondas de oro  
que Tajo lleva al mar acanalado,  
do su rubio tesoro,  
teñido en colorado,  
25 espacioso pasa y derramado;  
y entre Pisuerga y Tormes,  
y Turia con las flores oloroso,  
con mi canto conformes,  
Betis victorioso  
30 sus Ondas claras mezclará espumoso;



y en toda su ribera  
los cisnes numerosos y sagrados,  
con voz no lastimera  
sonarán sosegados  
35 y de favonios mansos halagados.  
No os pese que en mi canto  
vuestro valor se vea entretejido,  
aunque no sea tanto  
que haya merecido  
40 celebrar vuestro nombre esclarecido.  
Que en él os he compuesto  
un inmortal y sacro monumento,  
adonde está dispuesto  
a daros nuevo aliento  
45 después del trance y último tormento.  
No bastará la furia  
del Aquilón airado y mar y fuego  
a haceros injuria,  
ni el tiempo sin sosiego,  
50 ni envidia ni ambición del odio ciego.  
Sujetarase el hado,  
la rabia de la guerra sin memoria,  
y del cielo estrellado  
desciende la victoria:  
55 que consagro a las musas vuestra gloria.  
Aquel es venturoso  
a quien algún ingenio peregrino,  
con aliento dichoso,  
se le mostró benino  
60 y de mortal lo hace ser divino.  
La levantada cumbre,  
el grande anfiteatro, el muro fuerte,  
por no mudar costumbre,  
haciendo igual la suerte,  
65 allana la indignada altiva muerte.  
La soberbia de imperio,  
los hechos de españoles valerosos  
son triste vituperio  
de días presurosos,  
70 que en largo olvido quedan tenebrosos.  
solo puede Talía  
vivir, que con el tiempo nunca muere,  
y quien por esta vía  
seguir sus pasos quiere  
75 y quien loado de poetas fuere.

<49. SONETO>

Alégrate, Danubio impetuoso,  
de quien huyó el tirano de Oriente;  
tú, Alfeo sacro y Ebro caudaloso,  
sujetos a esa bárbara y vil gente;  
5 que la presa con lazo riguroso,  
que enfrena el curso a vuestra gran corriente,  
Betis quebrantará victorioso  
y vuestro imperio juntará a Occidente.  
Veréis al fiero y áspero tirano  
10 dejar del largo Éufrates esta parte,  
por fuerza y sangre y hierro y fuego y muerte.  
Y cerradas las puertas del dios Jano,  
sosegará, domesticado, Marte,  
con vuestra diestra y gloriosa suerte.

<SONETO XXXI>

Yo vi, a mi dulce Lumbre que esparcía  
sus crespas ondas de oro al manso viento,  
y con tierno y suave movimiento,  
mi duro corazón enternecía;  
5 Mi rustiqueza, y torpe rebeldía,  
perdió, vencida, el obstinado intento;  
y en blando y regalado sentimiento,  
trocó mi alma la aspereza mía.  
Nunca me vi más preso ni rendido,  
10 y nunca vi en mi Luz mayor dureza;  
ni más recio desdén; ni largo olvido.  
A término tan grave, y estrechez  
Casas, mi triste suerte me ha traído;  
que temo de mi Lumbre la belleza.

<50. SONETO. A JUAN DE MALARA>

Mientras, Malara, a Alcides valeroso  
haces eterno con sagrada lira,  
y el mismo Febo en vos su aliento inspira  
y divino furor ingenioso,  
5 Amor, a mis entrañas, temeroso,  
las flechas de oro crudamente tira,  
y pensando aplacar su cruel ira,  
dejo el canto de Marte sonoro.

Las blandas musas sigo con cuidado  
10 y amor solo en mis números resuena  
y aquella Lumbre de inmortal belleza.  
No puedo defenderme en tal estado,  
que a eterno y duro yugo me condena:  
ved cuánto pudo Amor en mi aspereza.

<51. SONETO>

Si el tierno canto y blando movimiento  
de esta cítara triste, que solía  
en fortuna mejor con mi alegría  
causar en vos un nuevo sentimiento,  
5 no puede enternecer el duro intento  
y el crudo rigor vuestro que porfía  
llevar a muerte la esperanza mía  
y deshacer de Amor el fundamento,  
diré que no hay amor en vuestro pecho,  
10 que el amor que mostrasteis fue un engaño,  
que sois ingrata, indina de memoria.  
Serame aquesta afrenta satisfecho  
y algún breve reparo a tanto daño,  
aunque es pequeño mal a tanta gloria.

<52. SONETO>

La incauta y descuidada mariposa,  
de la belleza de la luz rendida,  
en torno de ella vuela y, encendida,  
pierde en ella la vida presurosa.  
5 Mas yo en aquella Lumbre gloriosa  
corro a sacrificar mi triste vida,  
que de su bello y puro ardor vencida,  
perderse quiere en suerte tan dichosa.  
Amor, que en mí pretende nuevo efeto,  
10 dame vida por darme dura muerte  
y en la luz y en el oro me detiene.  
En torno de ellos voy con mal secreto  
y en ellos pierdo y cobro nueva suerte,  
y todo para daño mayor viene.

<53. A FRANCISCO PACHECO. SONETO>

De flores ciñe, Betis, tu corriente,  
más fresco y deleitoso que Peneo,

pues en tu gloria canta un nuevo Orfeo  
y a tu honra inclina el Tebro la alta frente.

5 Oirá tu nombre el lúcido Oriente  
y el esparcido piélago Eritreo;  
perlas el Indo, olores el Sabeo  
darán en tu memoria al Occidente.

La urna de cristal, con letras de oro,  
10 descubre en tu perpetua y clara gloria,  
murmurando en sus ondas extendido:

"Mis aguas, dice, olivas y tesoro  
el tiempo sepultara en el olvido  
a no ilustrar Pacheco mi memoria."

<54. SONETO>

"¿Qué espero adonde tengo el sufrimiento?  
¿Qué fruto he de coger de aquestas flores?

Basten ya las afrentas y dolores,  
causadas de amoroso sentimiento.

5 "Mi altivez, mi juicio y pensamiento,  
rendidos, ¡cómo están de estos temores!  
¡Oh mísera esperanza, en mis amores  
cuánto trabajo alcanzas y tormento!

"Razón será que se convierta el pecho  
10 al alto y noble intento a que es criado,  
y desconfíe y tema de lo incierto."

Cuán bien habló después del daño hecho,  
como si yo no fuese el más culpado  
y no aquella belleza que me ha muerto.

<55. SONETO>

Ardiente llama en abrazado pecho  
hace de su valor la mayor prueba  
con ocasión incierta y causa nueva  
para doblar el mal y crudo hecho.

5 de este fuego yo estoy tan satisfecho,  
que vuelvo a arder en él cuando Amor prueba  
sus fuerzas en mi alma, que la lleva  
al duro trance y peligroso estrecho.

En mis entrañas vive y las consume  
10 su fuego, sin remedio de la vida,  
que a su templo devoto la consagro.

Amor efecto nuevo en mi presume,  
mas la llama en que ardo embravecida

descubre que soy otro Meleagro.

<56. SONETO>

Amor con tal engaño me ha traído,  
que derriba la fuerza del cuidado  
cuando me ve más bien afortunado,  
y anégame en las ondas del olvido.  
5 Cuando estoy condenado ya y caído,  
dame aliento a subir al bien pasado,  
mas es en el favor tan limitado,  
que temo siempre verme más perdido.  
Quisiera que el favor, o fuera frío  
10 para desesperar la confianza,  
o, para tomar vida, más caliente;  
porque tanta tibieza al dolor mío  
ni da vida ni muerte a la esperanza,  
mas tiéneme con pena diferente.

<57. SONETO>

Este tormento mío causó aquella  
bella, dulce y cruel señora mía;  
no sé si más cruel se vio algún día,  
ni si se vio más dulce o vio más bella.  
5 Muestra de piedad jamás vi en ella,  
y ella fue siempre dulce a mi porfía,  
y es siempre bella, y de la luz que envía  
su vista vence a la más clara estrella.  
Ya que es bella y cruel por dolor mío,  
10 sea, pues fue, ya dulce a mi tormento,  
y escuche atenta el mal de que yo muero.  
Que de mi grande y cierto amor espero  
mudar con tierno y lastimoso acento  
en fuego el hielo de su pecho frío.

<58. A PEDRO MOXCOSO DE MOXQUERA SONETO. Ms B>

Vuestro suave y tierno y noble canto,  
el espíritu excelso y armonía,  
a mi pecho virtud celeste envía  
y mueve en él furor divino y santo.  
5 Y si el Amor, cansado de mi llanto,  
diese espacio a la grave pena mía,  
en vuestra honra la cítara alzaría,

Moxcoso, aunque no igual la voz levanto.  
Mas vos hacéis eterno el nombre vuestro,  
10 estampado en el rico manto de oro  
que Atenas consagró a su gran Minerva.  
Dichoso vos a quien el cielo diestro  
lo mejor entregó de su tesoro  
y la gloria que dio con vos reserva.

<58a. A PEDRO MOXCOSO DE MOXQUERA SONETO. Ms B>

¿Cuál espíritu excelso y noble canto  
puede encenderme más en su armonía  
que vuestro grave estudio, que la vía  
enseña de virtud y de amor santo?  
5 ¡Cuántas veces, cansado de mi llanto,  
procuró terminar la pena mía,  
Moxcoso, y celebrar como devría  
vuestra honra, a do el vuelo no levanto!  
Mas voz hacéis eterno el nombre vuestro,  
10 estampado en el rico manto de oro  
que Atenas consagró a su gran Minerva.  
Dichoso vos, a quien el cielo diestro  
lo mejor entregó de su tesoro,  
y la gloria que os dio con vos reserva.

<59. SONETO>

Yo ardo, Lumbre mía, en la belleza  
de vuestro oro sutil y dulces ojos,  
do Amor, flaco y enfermo, los despojos  
lleva a mi alma, llena de terneza.  
5 ¡Qué celeste vigor y qué grandeza  
de Amor, que causa todos mis enojos:  
la débil flor en ásperos abrojos  
convierte por mi daño y mi tristeza!  
¡Ay, mi sagrada Luz, si al dolor mío  
10 vuestra dolencia ha acrecentado el fuego  
y con mayor rigor la antigua pena!,  
¿por qué me abrazo en vuestro hielo frío  
y en mi llama os heláis? ¿Por qué Amor ciego  
me prende y a vos suelta en la cadena?

<60. SONETO>

¡Que muera yo en el mal de mi tormento

de vuestros bellos rayos abrazado!  
No merezco, mi Lumbre, ser culpado,  
pues ellos causan el dolor que siento.  
5 Que vos no padezcáis el sentimiento  
de mi pena y la fuerza del cuidado,  
justo es: que vuestro grave y alto estado  
no sufre desigual merecimiento.  
Que arda yo sin premio de esperanza  
10 y que el deseo me consuma en vano,  
gloria es de Amor, que atravesó mi pecho.  
Que vos deis al dolor de mí venganza,  
que estéis ingrata al mal de Amor tirano,  
es culpa y vuestra, y mío el daño hecho.

<61. A DON PEDRO DE ÇÚÑIGA. SONETO>

Las estatuas, las tablas en que muestra  
que contiene la industria con el cielo  
y a los ojos engaña con el velo  
de la sutil y ingeniosa diestra,  
5 no pueden dar, señor, tan clara muestra  
de la luz que os inspira el Rey del cielo,  
y del tiempo el perpetuo y leve vuelo  
las oscurece, y la memoria vuestra.  
Consagrada a las musas vuestra gloria  
10 si queréis vida ilustre, y en su canto  
veréis vuestro valor representado.  
Eternas son y eterna en su memoria,  
y el nombre que celebran vive tanto,  
que en la inmortalidad es colocado.

<62. SONETO>

Amor, para remedio de mi vida,  
hízome en mis tormentos elocuente;  
valióme un tiempo, agora no consiente  
que me valga en fortuna aborrecida.  
5 Mi bella Lumbre de mi mal se olvida,  
ya que, cual buey cansado, voy paciente  
a sujetarme al yugo, obediente  
a su esquividad, siempre endurecida.  
solo hallo un remedio en tanto daño,  
10 que es, callando, sufrir mi dura suerte,  
formando piedad en su aspereza.  
Que por ventura, en este largo engaño,

ella se mudará, o vendrá la muerte  
que me pueda librar de su dureza.

<63. CANCIÓN>

En caduca sazón de invierno frío  
cuando suena con pluvia el bravo viento,  
Amor sembró las flores del verano  
en el huerto labrado en daño mío,  
5 y el sol favoreció con blando aliento  
y espiró la aura fresca, aunque temprano;  
y el Amor, de su mano,  
las plantas trasponía  
con estudio y porfía;  
10 reverdecen las plantas, nacen flores,  
y nacieron con ellas mis dolores,  
porque después el cielo quemó el huerto  
y esparció mis amores  
estériles en tierra, sin concierto.  
15 Con el templado tiempo se vestían  
las flores del color de mi esperanza,  
y pensaba gozar desvanecido  
el fruto que los árboles traían.  
Creció siempre segura confianza,  
20 y las flores siguiendo yo, perdido,  
solo fue concedido  
que el verde color viese  
y el dulce olor sintiese.  
Miré y traté y probé de su belleza,  
25 a tiempo que el estío con braveza  
se encendía indignado, no entendiendo  
bajar a la tristeza  
en que me veo ahora estar muriendo.  
Luego, una pluvia, en tempestad cubierta,  
30 los árboles deshoja con mi daño,  
las flores quemó el cielo y queda el huerto  
destruido, la industria de Amor muerta,  
y conozco yo tarde el crudo engaño  
de bien, viéndome solo en tiempo incierto;  
35 y en grande desconcierto,  
con súbita mudanza,  
olvido la esperanza;  
y aún no la olvido, que al Favonio espero  
que renueve mi huerto cual primero.  
40 Y con este cuidado y pensamiento,



a cada paso muero  
y no muere conmigo mi tormento.  
Canción, en frío tiempo  
y en el huerto nacida,  
45 con fortuna caída,  
si no quieres perderte en tal estado,  
espera que a ti vuelva el bien pasado,  
que tendrás, por ventura, mejor suerte  
y el daño remediado,  
50 si no será a los dos igual la muerte.

<64. EGLOGA>

Este es el fresco puesto, esta la fuente  
donde se recogía la hermosa  
Leucotea, del prado y bosque gloria.  
De aquí se parte a la ribera umbrosa  
5 de Pisuerga, que corre blandamente,  
y goza con su vuelta la victoria;  
y cubre la memoria  
de Betis cristalino,  
que al mar lleva el camino.  
10 Pierde el campo su bien en su partida  
y nace en mí la pena sin medida.  
Mas pues el llanto crece en noche y día  
y al dolor me convida,  
versos de Betis suena, avena mía.  
15 Betis murmura en su ribera y prado  
y los pinos responden a su canto;  
siempre escucha el amor de los pastores  
y a Pan que esparce el doloroso llanto,  
en amorosos fuegos inflamado.  
20 Betis siente las quejas y dolores  
de tiernos amadores.  
Betis sabe qué sea  
amar a Galatea.  
Será testigo el levantado pino,  
25 el prado verde, el bosque sin camino,  
la selva con oscura sombra fría,  
que al sol cierra el camino.  
Versos de Betis suena, avena mía.  
¿A do llevas, pastora, tu ganado?  
30 ¿A qué pasto, a qué río caudaloso  
con oro y plata? ¿A qué hermosa fuente?  
¿A qué bosque encubierto y sonoro?

¿A qué selva, arboleda y a qué prado?

¿Qué dura voluntad te lleva ausente  
35 de este puesto presente?

¿Quién lleva en tu partida  
nuestra gloria y la vida?

¿Cómo podrán vivir sin ti pastores?

¿Cómo podrás vivir sin tus pastores?

40 ¿Por qué niegas, pastora, la alegría  
al campo y a las flores?

Versos de Betis suena, avena mía.

Si ya de hoy más en cuanto Betis baña  
con turbio cielo, el tempestuoso viento

45 derribare los árboles hojosos  
y al ganado dañare el grave aliento,  
y si huyeren ya de la campaña  
con temor los pastores dolorosos,

tristes y congojosos,

50 no turbe a quien lo vea,  
pues se va Leucotea.

Partiendo, Leucotea, los collados  
mirabas y los bosques consagrados,  
deseosa de ver la selva fría

55 de Pisuerga y sus prados.

Versos de Betis suena, avena mía.

Admirados se muestran los pastores  
y de la selva mirante llorando,

que dejas de Vandalia el rico puesto

60 y de Betis dorado el fértil bando  
por Pisuerga, y olvidas sus dolores.

Pastora, quien tu ausencia ve suspira, y así, espantado, mira  
cuán dulce y fresco asiento

65 dejas por tu contento;

y viendo la ribera y bosque y prado,

vuelve contra Pisuerga congojado,

y dice sin consuelo y alegría: "Ya todo está trocado."

70 Versos de Betis suena, avena mía.

Jamás veré la fuente, el prado, el río

que llorando no diga: "Aquí yo vide

a Leucotea, altiva, con Albano,

y agora de esta fuente se despide."

75 ¿Cómo podré mirar sin dolor mío

en su ausencia la selva y bosque y llano?

Aquí con blanca mano

la vi despojar flores,

mirando los pastores

80 su hermosura, y con mi pena veo  
que está apartada más que yo deseo.

Pisuerga ve lo que mi Betis vía  
y goza su deseo.

Versos de Betis suena , avena mía.

85 Cualquier pastor que pasa, sola viendo  
sin ti esta selva triste, que hermosa  
era contigo, y es ya sola y fea,  
dice: "Con Leucotea era dichosa  
esta selva, sus árboles creciendo,  
90 y desdichada es ya sin Leucotea."

Sola, sin Leucotea,  
aquel día que Albano  
trocó el florido llano  
por Pisuerga, huyeron con espanto,  
95 turbadas de su daño y de mi llanto,  
las ovejas. Mas triste, con porfía  
y con lloroso canto,  
versos de Betis suena, avena mía.

No pacieron las tristes lamentándose  
100 y la agua rehuyeron de esta fuente;  
los bueyes en la noche no llegaron  
al heno, y las cabrillas tardamente  
vuelven del alto monte querellándose.  
Los pastores, confusos, se espantaron  
105 y tu ausencia lloraron;  
pero yo, aborrecido, así dije perdido:  
"No descienda a la hierba y al rocío,  
pues Leucotea va a Pisuerga frío  
110 y a su estéril ribera y selva fría  
y deja al Betis mío.

Versos de Betis suena, avena mía."  
Hermoso valle y abundosa fuente,  
alegre prado, de árboles ornada  
115 sombría selva, cuando con ternura  
os vía Leucotea coronada  
de rojas flores la dorada frente,  
¡cuál estaréis, no viendo su belleza,  
con perpetua tristeza!  
120 Valle, la hermosura  
y la corriente pura  
perderás, fuente; tornaraste, prado,  
con las espinas duras erizado;  
los ramos secarás, selva sombría,  
125 del árbol despojado.

Versos de Betis suena, avena mía.  
Y es justo que olvidéis, valle hermoso,  
la belleza, y las ondas, limpia fuente,  
y la alegría, prado; y tú, adornada  
130 selva espesa, los árboles, doliente;  
pues la gloria del campo deleitoso,  
oh valle, fuente, prado, selva amada,  
os deja, y no le agrada  
la purpúrea ribera,  
135 adonde honrada fuera.

De los árboles altos no se acuerde  
la selva, y de la flor el prado verde,  
y tú, fuente, la vena estancia fría;  
valle, lo bello pierde.

140 Versos de Betis suena, avena mía.  
Betis triste, cuánto a que yo te vide  
sereno y argentado espacioso;  
ahora torna turbio con tristeza  
y el curso inclina alzado y espumoso  
145 y las tendidas ondas ya despide.

Cuántos ríos, temiendo tu grandeza,  
te daban la nobleza,  
y Tajo, igual primero,  
mostrábase postrero,

150 lugar te concedía, aunque presente  
cantase a Elisa su pastor doliente;  
mas ya que Leucotea se desvía,  
primero alza la frente.

Versos de Betis suena, avena mía.

155 Betis, que altivo de tu hermosura,  
Tajo te dio y Pisuerga la ventaja,  
pues se va Leucotea con tu gloria,  
da al Tajo y a Pisuerga la ventaja,  
y al fondo mete la cabeza oscura.

160 Con tu daño levanta y con victoria  
Pisuerga su memoria

y el vaso de ovas lleno hinche en su curso ameno;  
con flores y con violas dichosas  
165 sus aves la resuenan amorosas  
y al numeroso canto y armonía  
se extienden deleitosas.

Versos de Betis suena, avena mía.

Venturoso quien viere sin trabajo  
170 su gracia, su sosiego y su belleza;  
dichosos, ¡oh dichosos!, los pastores

que tienen tal beldad en la aspereza  
de Pisuerga, ¡oh pastores!, y de Tajo.

A cuyo son siguiendo sus amores  
175 los faunos amadores,  
de las grutas callando,  
se quedan admirando.

Vos, oh pastores, gloria de la avena  
que iguala Tajo cuando el curso suena,  
180 con el canto que Betis alto envía resonad con voz llena.

Versos de Betis suena, avena mía.  
Irás, pastora, a tu querido Albano,  
y los abrazos tiernos y amorosos  
185 le darás; él pondrá las variadas  
guirnaldas en tus rubios y hermosos  
cabellos, escogiendo con su mano  
las frutas en los árboles colgadas,  
con oro señaladas.

190 Iréis ambos trabados  
con abrazos mezclados:  
con tu pastor, pastora venturosa,  
con tu pastor, pastora más hermosa.  
El cielo siempre os abra un nuevo día  
195 con luz pura y dichosa.

Versos de Betis suena, avena mía.  
Albano, del sagrado Betis gloria,  
¿mitigó Leucotea tu esquiveza?  
El suspiro primero, él te ha causado;  
200 por él precias, pastora, tu belleza,  
por él con ella ganas la victoria.  
Los dos ha en dulces nudos enlazado,  
viendo vuestro cuidado,  
el Amor tiernamente,  
205 favorable y presente,  
al blando yugo puesto por su mano.  
¡Dichosa Leucotea con Albano,  
que gemiste por él con agonía!,  
triste es nuestro llano.

210 Versos de Betis suena, avena mía.  
De selvas gloria y honra, Leucotea,  
domar la fuerza y el rigor pudiste  
del lozano pastor, dichoso Albano;  
el suspiro primero a ti dio triste.

215 Dichoso Albano con tu Leucotea,  
dichosa Leucotea con tu Albano.  
Tú le das con tu mano,

en medio tus amores,  
frescas y bellas flores;  
220 él te da con su mano las hermosas  
violas y purpúreas nuevas rosas,  
que el sol templado abiertas esparcía  
sus hojas olorosas.

Versos de Betis suena, avena mía.  
225 Dichoso Albano, Leucotea bella  
contigo arde en amor y está contigo;  
tus versos cantáis ambos juntamente,  
los versos de quien Betis es testigo  
que sonando su canto y su querella  
230 se espanta Filomela, y, dulcemente,  
os responde presente.

Contigo Leucotea  
el sueño, el día emplea.  
Agora que contigo está, a ti mira  
235 segura, a ti contempla, a ti suspira,  
por ti muestra los ojos de alegría,  
sin tristeza y sin ira.

Versos de Betis suena, avena mía.  
A ti concede, Albano venturoso,  
240 la tierra hierba, el prado varias flores;  
a tu canto serena todo el cielo.

Dichoso tú, que en medio los pastores  
de Pisuerga, con árboles hermoso,  
alegre cantas sin tener recelo.

245 Contigo tu consuelo,  
contigo Leucotea  
coge el fresco y marea,  
y entre la verde grama recostado  
tu amor le muestras, y ella su cuidado,  
250 y cuenta las querellas que decía  
a este bosque apartado.

Versos de Betis suena, avena mía.  
Mas ya el dolor que al llanto te ha llevado,  
Jolas, cese con tan larga pena,  
255 pues dura del tormento la aspereza  
hasta que vea en la ribera, llena  
de ninfas y pastores y ganado,  
a Leucotea, altiva en su belleza,  
y entonces la tristeza  
260 fallezca, y venga junto  
Albano, al mismo punto.

Venid los dos, que en tanto que el rocío

ame la abeja, el bosque alto y sombrío  
el jabalí, los cisnes la onda fría,  
265 sois ambos amor mío.  
Versos de Betis deja, avena mía.

<65. ESTANCIAS>

Dichoso sea el tiempo y sea el día  
y el lugar soberano y venturoso  
en que ardí en vuestro ardor, oh Lumbre mía,  
y el fuego me abrazó más glorioso.

5 Dichoso yo, y mis ojos que son guía  
a mi bien, y mi pecho el más dichoso,  
que está lleno de amor, y venturosos  
los suspiros que envío, a vos llorosos.

Como la rosa extiende los colores  
10 y los colores se abren en la rosa,  
así mudáis el rostro en los colores  
de limpia nieve y de encendida rosa.

Cuando los blancos lirios, rojas flores  
veo resplandecer con luz hermosa,  
15 compárolos a vos en la belleza,  
pero menores son a vuestra alteza.

Mi fuego veo en vos, mis bellos ojos,  
y el lazo en tersas y doradas hebras;  
y cuanto me encendéis, divinos ojos,  
20 me prenden tanto las sagradas hebras.

Si el pecho me abrazáis, ardientes ojos,  
el cuello anudan las compuestas hebras;  
sois mi prisión y muerte, nudo y llama,  
y así, enlazado, vivo y muero en llama.

25 Sois estrellas, mis ojos; frescas rosas,  
hermoso rostro; y blanca nieve, cuello;  
estrellas sois y nieve, frescas rosas,  
y no sois ojos, dulce rostro y cuello;  
hebras del oro puro, sois hermosas,  
30 y no doradas hebras del cabello:  
no sois oro ni rosas, nieve o estrellas,  
que más valor tenéis y sois más bellas.

La llama, el lazo, la prisión, el dardo  
que el pecho arde y anuda y ata y hierde,  
35 sois ojos, hebras; vos, mirar gallardo,  
causa porque, esperando, desespere.

Veloz al daño y al remedio tardo  
fui por donde el Amor mi afrenta quiere:

trenza, flecha , armonía y la luz alma,  
40 enlaza, llaga y prende, abraza al alma.  
Yo sufro el lazo, flecha, ardiente llama,  
y pésame que tengo solo un pecho  
para llevar el mal, pero bien ama  
quien procura tornar a ser deshecho.  
45 Cuanto Amor me persigue, hiere, inflama  
tanto está de mi fe más satisfecho.  
¿Qué puedo yo a mi bien dar por mi gloria  
si no muero? Mas muerte es mi victoria.  
La vida me dio Amor para la pena,  
50 con ella satisfago el mal que siento,  
y el descanso en la muerte a la alma ordena,  
pero yo vivo alegre en mi tormento.  
Amor, quien a tus males se condena,  
merece que le des algún contento;  
55 mas bien pagado está de tu grandeza  
quien arde en fuego eterno de belleza.

<66. ELEGÍA>

Ardo en el resplandor y en la pureza  
que da valor y gloria al alma mía  
de inmortal luz y celestial belleza.  
A mi pecho el Amor por ella envía  
5 sus rayos, que, hiriendo por mis ojos,  
un deseo amoroso y alto cría.  
Dulces suspiros son y sus enojos,  
que en un regalo dulce trasportado,  
me muestra la que lleva mis despojos.  
10 Alégrome, que estoy de mí apartado  
y junto de la bella Luz serena,  
do siento el corazón más inflamado.  
Nunca me satisfago de mi pena,  
que siempre miro en ella y allí tengo  
15 el fin de todo el bien que Amor ordena.  
Con la belleza ajena a formar vengo  
la suya soberana, y me levanto  
con ella adonde apena me sostengo.  
El rico y el dorado puro manto  
20 que teje en lazos bellos, y el rosado  
color, las luces que celebro y canto;  
la dulce habla, el trato sosegado,  
la gracia, la humildad y cortesía  
me tienen en sus llamas abrazado.



25 El deseo conmueve a la alma mía  
y al resplandor de su pureza lleva  
y ofrece la esperanza de alegría.  
Allí hace mi espíritu que mueva  
las alas a la luz del alto cielo  
30 y halle su belleza siempre nueva.  
Nunca bajo los ojos en el suelo,  
que la alma, de sus nudos desatada,  
rompe la oscuridad del mortal velo.  
Conoce el bien que tiene, y admirada  
35 en aquel claro sol de hermosura,  
alcanza su virtud toda inflamada.  
Dichoso yo, que tuve tal ventura,  
que la perfecta luz busqué encendido,  
no engañado en fingida compostura.  
40 Y el canto de sirenas esparcido  
huí, sin que de circes el veneno  
me tuviese de mí puesto en olvido,  
de vicio y confusión y de horror lleno.

<67. SONETO>

Trasasó de esa Luz el tierno pecho  
el amoroso fuego y la belleza,  
dura ocasión de toda mi tristeza,  
y pusieron mi vida en grave estrecho.  
5 Yo sufrí, confiando, el daño hecho,  
porque en vos esperaba más terneza;  
mas ahora que sé vuestra dureza,  
suspiro y temo, y busco mi provecho.  
Mas ya que me obligáis al dolor mío,  
10 por esos bellos ojos en quien siento  
la fuerza que a mi alma del mal viene,  
admitid los suspiros que os envió;  
que no os pido remedio a mi tormento,  
sino que consintáis que por vos pene.

<68. EGLOGA>

Paced, mis vacas, junto al claro río.  
mientras yo, en su ribera recostado,  
ahora que el suave y blando aliento  
del Céfito se mueve sosegado,  
5 canto la gloria y bien del amor mío,  
con amoroso y lastimado acento.

Sabr  mi pensamiento  
Betis, cual supo Tormes,  
y ambos serán conformes  
10 resonando mi gloria y bien, y en tanto  
las ondas paren a mi alegre canto;  
pues solo glorias cantar  y despojos,  
por no acabar en llanto  
estos mis tristes y cansados ojos.  
15  Oh dulces sombras, olorosas flores  
de verdes prados!  Oh marea fresca!  
 Oh árboles!  Oh hierba deleitosa,  
que en mi memoria siempre se refresca!  
 Oh bella Nais, presente a mis amores,  
20 cuando con mi pastora más hermosa,  
en la fuente dichosa,  
gocé de mi sosiego,  
ardiendo en tierno fuego,  
y ella con varias rosas me adornaba,  
25 y yo con mis abrazos la estribaba,  
el dorado cabello dando al viento,  
que al sol su lustre daba,  
y a mí la gloria y bien y oro el contento!  
 Oh dulce resonar del viento blando,  
30 cuando cantaba yo y me respondía  
Filomela suave tiernamente,  
y celebrabas, bella Cintia mía,  
nuestros amores tiernos suspirando,  
y al canto murmuraba aquella fuente,  
35 adonde Amor presente  
se mostró laborable!  
Tanto no es agradable  
a seca tierra lluvia, a estéril prado  
verde grama, en verano deseado,  
40 tanto tu voz en mí, que en mi memoria  
el Amor ha formado,  
que no me olvidar  de aquesta gloria.  
En tanto que la vid ciña hermosa  
el olmo espeso, y que levante el pino  
45 su corona extendida en la ribera  
de Betis, siempre te amar  con tino,  
aunque t  dura seas o amorosa.  
Cuanto es más grata dulce primavera  
que la aspereza fiera  
50 del invierno terrible,  
cuanto es más apacible

la Aurora que la noche oscura y fría,  
tanto te quiero más, pastora mía.  
Testigo es este pino, a do cortado  
55 está; primero el día  
será sin luz que olvide a mi cuidado.  
¿Estás, pastora mía, por ventura,  
en el cerrado bosque y mismo puesto  
adonde yo te vi la vez primera,  
60 donde Amor en tus ojos se vio puesto  
y donde me venció tu hermosura  
del río deleitoso en la ribera?  
¿Dónde mi suerte fiera  
me llevó por mi daño,  
65 para mayor engaño,  
por ventura suspírasme apartado,  
triste, solo, y a ausencia condenado,  
a las selvas de Betis conducido,  
llorando mi cuidado,  
70 entre árboles desnudos escondido?  
Dadme flores, oh ninfas, dadme rosas  
que envíe a mi pastora, a quien si veo,  
Amor me da temor y el pecho enciende.  
Dad a vuestro querido Meliseo  
75 los lirios y violas amorosas,  
ninfas, si hay alguna a quien ofende  
Amor, que en mí pretende  
nuevo mal mi pastora.  
Decid si espera ahora  
80 mi vuelta, así yo vea coronado  
vuestro crespo cabello y de oro ornado;  
si habéis visto en pastora más belleza  
en todo el bosque y prado;  
si habéis visto en pastora más terneza.  
85 A espigas rojas, que del sol ardiente  
tocadas muestran resplandor del oro,  
vencen las hebras tuyas, que esparcidas  
descubren el valor de su tesoro,  
a quien el viento mueve mansamente  
90 como ondas de oro, de quien vi perdidas  
de mil pastores vidas.  
Cual parece Diana con beldad soberana  
suelto el cabello, en oro convertido,  
habiendo al fiero jabalí seguido,  
de cazadoras ninfas rodeada,  
tal, Cintia, has parecido

de pastoral escuadra acompañada.  
Cuanta ventaja al mirto deleitoso  
100 da la humilde gemista, al fuerte pino,  
al lento sauce, y cuanta da la fuente  
a las ondas de Tormes cristalino,  
cuanta el carnero al toro generoso,  
tanta, Cintia, en belleza refulgente  
105 te dan humildemente  
las pastoras hermosas  
y ninfas amorosas.  
Los sátiros lascivos, admirados,  
su pena declaraban y cuidados;  
110 mas tú, los ojos de tu Meliseo  
en los tuyos trocados,  
hacías vanos de ellos el deseo.  
Esta dorada trenza recogida,  
en color roja y en azul mezclado,  
115 de quien tu bella frente despojaste,  
tan preso acá me tiene y enlazado  
y tan sujeta de su ardor mi vida,  
cuanto allá, Cintia mía, me anudaste.  
No hay llanto que baste,  
120 viendo ante mis ojos  
estos bellos despojos,  
y que tan lejos de ese bosque ausente  
estoy, Cintia, abrazado en fuego ardiente,  
aunque es algún consuelo ver que tengo  
125 una parte presente  
de ti, con quien mis males entretengo.  
Juro por esos ojos, Cintia mía,  
que son fuego en que está abrazado el pecho,  
que no gozo sin ti de alguna gloria,  
130 ni estoy de cosa alguna satisfecho.  
Tú sola eres regalo y mi alegría,  
tú sola eres eterna en mi memoria;  
por ti llevé victoria  
de mí el Amor primero,  
135 que me será postrero;  
por ti mi mal y mi gemido envío  
y responde a mi llanto triste el río.  
Suspiro amargamente y llamo: "¡Cintia!"  
Resuena al canto mío  
140 el monte y prado y bosque atento: "¡Cintia!"  
Acuérdate, pastora, cuando al cuello  
anudaste tus brazos amorosa,

callando, y de temor y amor turbada,  
mesclando los abrazos vergonzosa,  
145 en mí esparciendo tu sutil cabello,  
y que dijiste, abriendo la rosada  
boca, en voz alterada:  
"Goza la gloria mía,  
mi luz y mi alegría,  
150 mi bien, mi dulce amor; no quiera el cielo  
que yo ame otro, ni que vea el suelo  
igual amor, y toma del tormento  
premio justo, en consuelo,  
y sea alegre ya tu pensamiento."  
155 dejome entonces tu suave boca,  
con el dichoso aliento recibido,  
casi sin vida; el tierno Amor, muriendo,  
volvió el camino luego, arrepentido,  
y a perderse en tus labios se provoca;  
160 de abejas el rocío recogiendo,  
sus gozos confundiendo,  
mil veces ya callando, en ti ya suspirando.  
Dichoso yo, que merecí esta gloria  
165 presente, y siempre viva en mi memoria  
alegre tiempo, y bien y dulce aliento  
que me dio tal victoria,  
blando el dolor y grato mi tormento.  
¡Ay tiernos hurtos de la noche oscura,  
170 en el secreto y solo apartamiento!  
¡Ay bien perdido y ay perdida gloria!,  
¿cuándo veré ese puesto y fresco asiento  
y la luz de mi dulce hermosura,  
y esta gloria que lloro mal perdida?  
175 ¡Ay suerte aborrecida!,  
por ti solo me veo  
lejos de mi deseo,  
suspirando, gimiendo, lamentando,  
sin ver el tiempo deseado, cuando,  
180 sin pena alguna y lleno de alegría,  
estos bosques dejando,  
en tus brazos me halle, Cintia mía.

<69. ELEGÍA>

Si puede dar lugar a mi tormento,  
llena de Cintia bella tu memoria,  
Moxquera, cantaré el dolor que siento.

Y en tu dichosa y bien tratada historia  
5 tendrá vida el amor de mi cuidado,  
que un tiempo fue que mereció más gloria.  
Tú, aunque del frío Tormes apartado,  
gozas de tu trofeo los despojos  
y vas altivo de ellos y adornado;  
10 mas yo, por mis crueles bellos ojos,  
padezco, y mayor daño siempre espero,  
que Amor me obliga a todos sus antojos.  
¡Dolor terrible, dolor crudo y fiero,  
que solo en mí se pruebe la crudeza  
15 de quien mi vista le agradó primero!  
Cintia, con piedad y con terneza,  
llena de amor, regálase contigo,  
y muestra en larga ausencia gran firmeza.  
Mas yo, que de mi mal solo testigo  
20 puedo ser, diré bien en tal estado,  
que me trata mi Luz como a enemigo.  
Y de sus dulces ojos desviado  
estoy, como en ausencia allí presente,  
pues un tierno mirar aún me es negado.  
25 Extiende el rojo sol su nueva frente  
a todos agradable, y las estrellas  
tiemblan con claridad resplandeciente;  
pero mi bien sus puras luces bellas  
a mí solo da graves y enojosas  
30 y me abraza el ardor de sus centellas.  
Cintia te escribe las antiguas cosas,  
memoria leda del amor dichoso,  
que agora en referir son deleitosas;  
aquel temor confuso y piadoso,  
35 el recelo, esperanza confundida,  
y al fin, con quietud vuestro reposo;  
pero yo en mi fortuna aborrecida  
veo eterno dolor y grave suerte  
y la esperanza rota y abatida,  
40 asaltos crudos de terrible muerte;  
que muero en el temor de su braveza  
y no tengo valor al rigor fuerte.  
Infausta fue a mi vista su belleza,  
que a mi vida y mi alma fue tan cara,  
45 cuanto triste lo nuestro en mi flaqueza.  
Si por alguna vía yo esperara  
tanto mal, según de él con daño entiendo,  
el mar de Amor incierto no surcara.

Mas ¡ay! que con mis males más me ofendo  
50 y la razón que hallo en mi fatiga  
descubro a mi dolor cuando me enciendo.  
Esta mi cruda y dulce mi enemiga  
sujeto a su deseo me condena,  
y a más que padecer mi mal me obliga.  
55 Cintia sufre contigo igual la pena,  
que la gloria es de Amor más verdadera  
cuando el amante, con quien ama, pena.  
Si Amor solo este bien me concediera,  
yo fuera entre amadores venturoso  
60 y en su loor mis años consumiera,  
¿qué templo hubiera insigne y suntuoso  
a Júpiter sagrado o a Diana  
igual al nombre suyo glorioso?  
Siempre la honra ilustre y soberana  
65 de mi fulgente Luz le diera parte  
con verso y armonía más que humana.  
Cintia es la muestra de tu ingenio y arte,  
y esclarecida con tu noble canto,  
su fama vuela en una y otra parte.  
70 ¿A quién su bella luz, el rico manto  
del enlazado resplandor del oro  
no pone de ti envidia y causa espanto?  
Dichoso amante , a quien el alto coro  
de Febo y sus bellísimas doncellas  
75 da su riqueza y su mayor tesoro,  
Cintia más clara es ya que las estrellas,  
y tú gozas por Cintia de la gloria  
cuando con amor tierno te querellas.  
Ella tendrá la honra y la victoria  
80 entre cuantas exalta la edad nuestra,  
sin que ofenda el olvido su memoria.  
Hieres la dulce lira con la diestra,  
y Amor, que cantas en su honor, se mueve  
alegre al canto y la voz tuya adiestra.  
85 Entonces de los bellos ojos llueve  
de Cintia lluvia mansa y amorosa  
y Amor de ellos contigo el humor bebe,  
cual ave puesta en fértil y olorosa  
planta que coge con la boca abierta  
90 el rocío en su rama deleitosa.  
Varios efectos del dolor concierto  
piadoso el Amor, y dulcemente  
la ocasión os presenta llana y cierta.

Yo, con mísero canto y voz doliente,  
95 celebro de mi Luz la hermosura,  
la crespada y sutil trenza de oro ardiente.  
Para tan gran sujeto y tal ventura  
corto ingenio, mas digno de tal canto  
por el amor, por mi firmeza pura.  
100 Pero si su memoria no levanto  
al purpúreo Oriente desde Atlante,  
y si mi verso siempre suena en llanto,  
es por su pecho, en mi dolor constante,  
que me trae rendido a su crudeza,  
105 más dura que el perpetuo diamante.  
Porque el valor de su inmortal belleza  
mi espíritu en sus honras enriquece  
y de Helicón iguala con la alteza.  
Que con el fuego que en mi alma crece  
110 me mueve un generoso y alto brío  
para la gloria que en su nombre ofrece.  
Mas aunque el furor noble al canto mío  
incita, por mi mal ella pretende  
que muera de su helado, estéril frío;  
115 y así el bien que mi Luz me da me ofende.

<70. CANCIÓN>

Jamás alzo las alas alto al cielo,  
de rosados colores adornado,  
mi tierno y amoroso pensamiento,  
que de vos, ¡oh Luz mía!, no olvidado,  
5 temiese nombre dar al ancho suelo,  
del cerúleo Neptuno hondo asiento,  
como ahora que el blando y dulce aliento  
del manso Amor, que favorable espira,  
temo para cantar la gloria vuestra,  
10 si a la alma no me inspira  
la lumbre que a subir al cielo adiestra;  
porque para estimar tanta belleza,  
no hay espíritu igual a su grandeza.  
Vos, a quien el ardiente pecho mío  
15 en vuestras aras se consagra puesto,  
con el olor suave desparcido,  
aunque tengáis el corazón honesto  
armado contra mí de hielo frío,  
guiad mi plectro, en vuestro amor herido,  
20 porque de vos merezca ser oído;



y sea mi dichoso y noble canto  
muestra de la divina hermosura  
que nueueco y solo espanto;  
será admirado de la edad futura,  
25 que se puede quejar del tiempo injusto,  
pues en vos le negó un milagro agosto.  
Hermosos nudos, crespas trenzas de oro,  
en coronas lucientes sustentadas,  
que enriquecéis la blanca y roja frente,  
30 llena de puras perlas y lazadas,  
del propio, rico y celestial tesoro,  
odores esparciendo de Oriente,  
al rubio sol, cuando en León ardiente  
los rayos altos tiende a nuestro suelo,  
35 vuestros cercos rebatan, y, rendido,  
huye del azul cielo,  
que vuestro resplandor esclarecido  
a tierra y mar y aire alumbra, y muestra  
cuánto es mayor la ilustre lumbre vuestra.  
40 Claros zafiros, esmeraldas bellas,  
dulcemente mezcladas, en quien tiene  
Amor su llama y el dolor mi pecho,  
de quien mi muerte al corazón proviene;  
del alma luces y del cielo estrellas,  
45 que alegre me tenéis del daño hecho,  
del mal cuanto de gloria satisfecho,  
vuestra llama envió dulce a mis ojos  
el ardor que me abraza, y la centella  
se alienta en los despojos  
50 que restan de mi alma, ardiendo en ella  
vuestra luz. Si me hiere Amor, me sana  
con vuestra virtud alta y soberana.  
Coral lustroso, antes rubí encendido,  
donde el risueño Amor alegre espira,  
55 que cubrís de las piedras la blancura  
que el rojo mar en su corriente mira;  
espíritu celeste y recogido,  
principio dulce a toda mi ventura,  
deseo eterno de mi gloria pura,  
60 grato hablar y tierno acogimiento,  
respuesta humilde y piadosa vista,  
causa de mi tormento,  
que me lastima, prende y me conquista,  
de vos me viene el bien, de vos procede  
65 todo el favor que el blando Amor dar puede.

Rosada, tierna y bien compuesta mano,  
de las perlas de Idaspes reluciente,  
llena de mil victorias con trofeo;  
puras plantas, en quien perder consiente  
70 la nieve el color vivo; altivo y llano  
y mesurado paso, por quien veo  
colgado arder en llama mi deseo,  
que el purpúreo coturno, en lazos de oro,  
por vos soberbio, cierra con grandeza  
75 el dichoso tesoro  
de la divina y celestial belleza,  
vos causáis mi dolor y pena fuerte;  
vos, mano y plantas, me buscáis la muerte.  
Hermoso blanco pecho, enhiesto cuello,  
80 limpio marfil de acerbas pomas bellas,  
que dulcemente muestra el sutil velo,  
los ojos de oro y luz de las estrellas  
y de Febo el ardor luciente y bello  
no ven en cuanto cubre el ancho cielo  
85 belleza tal en el terreno suelo;  
vos sois mi mal, y junto sois mi gloria,  
aunque ingratos y crudos en mi pena;  
no tenéis ya memoria,  
después que me enlazasteis la cadena  
90 que no podrá romper desdén y olvido,  
ni el dolor de mi tiempo mal perdido.  
Gracia, valor, ingenio, entendimiento  
no visto en nuestra humana compostura,  
humilde brío llano y gran reposo  
95 que esmaltáis la sagrada hermosura,  
digna de soberano y claro asiento;  
semblante tierno, grave y amoroso,  
alegre risa, trato generoso,  
que la gloria lleváis a la belleza,  
100 llevándoos la belleza y a la gloria,  
dais gloria a la belleza,  
y la belleza os da valor y gloria,  
como el sol, que da al orbe eterna lumbre  
y tiene en sí los lustres de su lumbre.  
105 En el alto y divino simulacro  
que en mis entrañas vuestra lumbre forma,  
por los ojos rompiendo el paso, lleva  
ardiente fuego de la ardiente forma  
del semblante real, hermoso y sacro;  
110 y siempre en la presencia se renueva

para abrazarme en amorosa prueba,  
y tan firme se muestra cuando ausente,  
cuan cierta y bella en propia fuerza ofrece.

Aquesa Luz presente

115 Amor de sus efectos engrandece,  
que no puede crecer más la belleza  
ni verse más constante mi firmeza.

Los rayos que esparció Amor en mi vista  
con la ardiente virtud de vuestros ojos  
120 abrazan en su fuego el pecho mío  
y, en él quemando, dejan los despojos,  
sin que mi alma a su valor resista;  
que no hallo en mi fuerza tanto brío  
y fuera contrastalle desvarío.

125 Herido el corazón, temió su pena  
en la sangre alterada al hecho extraño,  
y aquella sangre ajena  
mi cuerpo inficionó con nuevo daño,  
tal que enfermo padece en su veneno,  
130 que porque vive en él lo da por bueno.

Tiempla el ardor que siento la armonía  
del amoroso verso y dulce llanto  
y con doradas alas subo al cielo,  
imitando al sublime y grave canto

135 que sigue vuestra luz, Estrella mía;  
y la frágil corteza dejo al suelo,  
que impide con su peso el leve vuelo;  
y contemplo por vos la suma alteza,  
el celestial espíritu y la gloria

140 de la inmortal belleza,  
y a vos os debo aquesta gran victoria,  
pues me prestáis el soberano aliento  
con alto y generoso atrevimiento.

¿Qué debo, pues, hermosas bandas de oro,  
145 rayos y bellas piedras y corales,  
blanca mano, rosadas plantas, pecho  
gallardo, apuesto cuello y celestiales  
pomas, y marfil terso a quien honoro,  
dar igual al valor de tan gran hecho  
150 que pueda ser en parte satisfecho,  
sino es que yo me abrace siempre en fuego,  
y ardiendo pueda ver la edad futura?

Que de esos rayos ciego  
conté vuestra grandeza y hermosura  
155 y vi con vuestros ojos tanta gloria,

que hice eterna mi ínclita memoria.  
Canción, queda conmigo en testimonio  
del bien de mi dolor, si no te agrada  
llegar ante las luces de mi Estrella,  
160 y arder como yo en llama consagrada,  
que sola una centella  
de ella puede abrazar con fuego ardiente  
cuanto el sol ve del Euro al Occidente.

<SONETO XXVII>

Las luces, do el Amor su fuerza apura,  
con el sereno ardor de sus centellas,  
el Oro crespo en mil sortijas bellas  
de rayos coronado, y llama pura;  
5 Las palabras vestidas de dulzura,  
(que la armonía celestial en ellas  
parece) el pecho duro a mis querellas,  
la mano que a la Nieve vuelve oscura,  
Son causa del tormento y dolor mío,  
10 con muchas que callando siento y veo;  
y no me valen en mi esquiva suerte.  
En su dureza solo el bien confío,  
porque a vana esperanza y gran deseo  
no se debe pedir sino la muerte.

<71. ELEGÍA>

Debo os, mi Luz, tan poco de mi gloria  
y tanto sois en cargo a mi tormento,  
que no oso confiallo a mi memoria;  
porque no habrá valor de sufrimiento  
5 que pueda sostener tanta dureza,  
ni permite el dolor más sentimiento.  
Veo el mal que temí y mayor crudeza,  
porque para mi pena siempre crece  
ocasión de recelos y tristeza.  
10 Nunca Amor en sosiego permanece,  
que hiere con las flechas de mudanza  
a quien de sus servicios más merece.  
Si desviar pudiese esta esperanza  
del bien que yo no tengo ni lo quiero,  
15 no daría a mis lástimas venganza.  
Podéis creer, mi Luz, que si no muero

es porque no sufrís que mis enojos  
se valgan de este bien que en vano espero;  
y pues que yo os miré con estos ojos,  
20 para dolor del alma, no sería  
justo que diese a muerte mis despojos.  
Matáisme dando vida, que la mía  
es merecer por vos quedar desierto  
mi cuerpo en esta tierra estéril, fría.  
25 Acabaráse todo el desconcierto  
de mis grandes afanes, y gozara  
la gloria, que por vos soy de vos muerto;  
mas vos, Luz mía, la vendéis tan cara,  
que no la hallo precio, y así quedo  
30 culpando mi temor, mi suerte avara.  
Un espacio pequeño me concedo  
de reposo al dolor, y es la memoria  
del tiempo ya pasado en que fui ledo.  
Y como veo esta mi nueva historia  
35 cercada de tristezas y suspiros,  
doy principio a mi llanto con mi gloria.  
Tal estoy, Lumbre mía, por serviros,  
que siento más la pena que la muerte,  
y no oso algún remedio al mal pedir.  
40 Mas ¿cuál no puede ser más buena suerte,  
si yo muero por vos y no en ausencia,  
duro hielo a mi fuego inmenso y fuerte?  
Amor me dio y Fortuna esta sentencia:  
que cuando más amase lastimado,  
45 huyese de mirar vuestra presencia.  
Y vos, como si fuese yo culpado,  
me condenáis a muerte del olvido,  
que poco os pareció verme apartado.  
Pero el mal que padezco en ser perdido  
50 por vuestra hermosura soberana,  
estimo en más que el bien más escogido.  
Desde la oscura noche a la mañana  
y desde que el sol pinta el Oriente  
hasta que da la blanca luz su hermana,  
55 os llamo, ¡oh Estrella mía! , en voz doliente,  
y llevo vuestra efigie en mis entrañas,  
que más daño me hace estando ausente.  
En esta selva y soledad extrañas,  
voy contando mi gloria y dolor mío,  
60 y de Amor el valor y sus hazañas.  
Si la tierra caliente el seco estío,

el fuego de mi pecho presuroso  
la quema, y arde juntamente el río.  
De mí todo me olvido sin reposo,  
65 por acordarme el mal que me habéis hecho,  
y huélgome de verme doloroso.  
Agradezco mi lástima a mi pecho,  
que tuvo sufrimiento en tanta pena,  
y dejo a mi enemigo satisfecho.  
70 Mas ya que estoy sin vos en tierra ajena,  
do el sol no tiende rayos de alegría,  
que toda yace en vuestra luz serena,  
y tuve algún valor en mi osadía,  
para osar levantar el pensamiento  
75 donde no mereció la suerte mía;  
pues deseáis que crezca mi tormento  
para hacerme mal, tened memoria,  
y acordad renovar mi sentimiento.  
Porque yo estimaré de tanta gloria  
80 que de mi mal tenéis, aquella parte  
que me dará de este acordar victoria.  
Y en tanto, pues, que vos por esta parte  
do todo el bien me huye, la esperanza  
irá de mi dolor adonde parte  
85 quien causó a su memoria esta mudanza.

<72. AMARILIS EGLOGA>

A la muerta Amarilis lamentaba  
Delfis, amor de musas, y la fuente,  
el sacro río y ninfas amorosas  
consolaban su mal; que en voz doliente  
5 en la ribera sola se quejaba  
a las ondas airadas y espumosas  
con ansias dolorosas,  
y sin tomar consuelo  
así decía al cielo:  
10 "Vos dríades, napeas, ninfas bellas,  
que el canto lamentable y las querellas  
oísteis del pastor enamorado,  
referid todas ellas  
a quien canta su lástima y cuidado.  
15 "Este pino contiene las señales  
del dolor de Amarilis y su muerte;  
montes, vos sois testigos de mi llanto;

vos escuchasteis con llorosa suerte  
mis lágrimas y quejas desiguales,  
20 y en lamento aullasteis a mi canto,  
doblando mi quebranto.  
¡Qué dolor, qué tristeza  
os tendrá en aspereza,  
oh valle, sierra, breña, cueva y prado!  
25 Y con qué llanto, todo congojado,  
triste se mostrará con el exceso  
del miserable hado  
de mi pastora y su cruel suceso.  
"Aun creo ahora que en el campo abierto  
30 que nace en vez de fértil sementera  
(según la suerte a todo mal se esfuerza)  
el cardo áspero, espina hórrida y fiera;  
y que está el bosque estéril y desierto  
y que las ondas corren ya por fuerza  
35 .....erza  
del puro movimiento,  
que va quieto y lento.  
Ni trae su ganado al pasto, al río,  
cantando Jolas por el llanto mío,  
40 ni muestra el vivo Téstilis humoso  
en el ardiente estío  
al labrador cansado y caluroso.  
"Fértil prado y hermosa fuente clara,  
sombría gruta y árboles ramosos,  
45 mientras mi dulce amor aquí vivía;  
fértil, clara, sombría voz, ramosos,  
ahora que muriéndoos desampara,  
desnudos, turbia, estéril, no sombría,  
ajenos de alegría,  
50 ¡cuál quedaréis, cuitados,  
tristes y congojados,  
con la partida suya y mi lamento,  
como yo quedo agora descontento,  
viéndome de mi bien arrebatado,  
55 con eterno tormento,  
hasta que llegue el tiempo deseado!  
"Oh hermosa Amarilis, mayor parte  
de mi alma, no habrá jamás olvido  
que pueda de mi pecho enamorado  
60 borrarte, ni aún habiendo fenecido  
la vida, y siempre duraré en amarte.  
Mientras el tomillo verde su cuidado

la abeja hubiere amado,  
la cigarra el rocío,  
65 serás tú dolor mío;  
y cuanto me contentan dulcemente  
las cabras, gloria mía ; así al presente  
tan triste mes aquella dura muerte,  
que te me llevó ausente.  
70 ¡Ay cómo fui engendrado en triste suerte!  
"Tu muerte ya las ninfas la lloraron.  
Vosotros, pino, sois testigo, y río.  
Las vacas aquel tiempo no pacieron;  
espantadas de oír el llanto mío,  
75 la grama y la agua clara no tocaron.  
Tu muerte aún crudas fieras la gimieron  
con dolor que tuvieron.  
Los montes resonando  
responden suspirando.  
80 Están los campos secos y sin gloria,  
viendo que muerte ensalza su victoria;  
las selvas gimen y peñascos fríos  
tu llorosa memoria,  
y las montosas cumbres y los ríos.  
85 "Vengan las fieras tristes a mi llanto,  
sus quejas crezcan, suspirando suenen  
los árboles, y hieran con lamento  
las peñas impelidas, que resuenen  
con un largo clamor que ponga espanto,  
90 el nombre de Amarilis por el viento,  
doblando el movimiento;  
esparcido contino,  
y por mi mal, mezquino,  
desvanezca el rocío, y juntamente  
95 niegue la miel la abeja diligente,  
los árboles la fruta conocida;  
séquese el prado y fuente,  
y todo falte a quien faltó la vida.  
"Aymé mísero, veo yo cargada  
100 la vid, con verdes pámpanos hermosa,  
al olmo maridable sustentarse,  
y en la haya que crece ambiciosa,  
las palomas contemplo en paz amada,  
con dulces juegos dulces arrullarse,  
105 porque pueda inflamarse,  
creciendo en ellas luego  
el amoroso fuego;



y yo, cuitado en culpa de fortuna,  
sin luz, sin bien, sin esperanza alguna,  
110 que es lo que menos (triste) ya presumo,  
por la suerte importuna,  
viviendo solitario, me consumo.

"¿Por qué, muerta Amarilis, estos ojos  
desearán mirar la luz del cielo?

115 Oh ¿para qué, mi lumbre escurecida,  
debo esperar (¡ay Laso!) algún consuelo?  
¿Por qué no entrego a muerte mis despojos  
y sigo con el vuelo aquella vida  
que tanto fue querida  
120 de mí, que la estimaba  
y como dea honraba?

¿A qué me tardo? ¿Para qué, tendido  
en la tierra cruel, do está escondido  
mi bien, lloro la muda sepultura,  
125 fatigando perdido?

Murió la luz, nació la sombra oscura.

"Venid conmigo, dríades, al llanto,  
y náyades que en corros os juntaba  
mi pastora suave y amorosa  
130 y con vos en las ondas se bañaba.  
Venid ahora, Oreas, a mi canto,  
Hamadrias, Napea lastimosa,  
que en la ribera umbrosa  
del río derramado

135 y en el herboso prado  
os acordáis de corros concertados,  
hechos allá en los montes levantados;  
los lamentos doblad en la espesura,  
que suenen congojados.

140 Murió la luz, nació la sombra oscura.

"Ya no caiga el rocío deleitoso,  
ni amiga pluvia; caían el rocío  
y pluvia en tristes lágrimas mudados,  
de donde corra un querelloso río  
145 con ribera y concurso doloroso;  
y los mismos murmureos redoblados,  
confusos y mezclados,  
resuenen suspirando,  
su muerte lamentando;

150 la arena crezca en lágrimas bañada,  
do la urna en cristales sustentada  
tiene Betis, y triste, en su hondura,

hiera la voz cansada.

Murió la luz, nació la sombra oscura.

155 "Los robles van los ramos despidiendo;  
vos, mirto, y lauro, vos, romped ahora  
vuestras cabezas, con los ramos sueltos,  
mientras se mezclan juntos en un hora,  
con un confuso y esparcido estruendo,  
160 por las mareas blandas casi envueltos,  
a todas partes vueltos, y sopla con aliento  
el sacudido viento.

El aire, ramos, hojas, impelidos  
165 con el ruido, suenan conmovidos,  
y resuelta con número lloroso  
tu nombre a mis oídos,  
porque acreciente el llanto doloroso.  
"¿Quién te me arrebató, Amarilis mía,  
170 Amarilis, dulcísima y hermosa,  
en un tiempo que quiso el alto cielo  
que gozases de vida deleitosa,  
de mi vida descanso y alegría?  
Dolor eterno ahora y desconsuelo,  
175 mientras fuere en el suelo,  
miserable y desdichado,  
ciego, sin bien, cuitado,  
pues no pude gozar con Himeneo  
próspero y largo cuanto mi deseo  
180 quisiera, siendo justo, concedido.

Más eres según veo.

Ya sombra es esta piedra con olvido.  
"Por ti el campo y ganado me alegraba,  
ahora de él me aparto y lo aborrezco  
185 con dolor que del alma no está ausente;  
pues veo mayor pena que merezco,  
y, lo que yo jamás nunca esperaba.

Aquí viere sonar alegremente,  
estando tú presente  
190 con las ninfas hermosas,  
coronada de rosas,  
sus versos, aunque rústicos, pastores,  
llenos de blandos celos y de amores.  
Ahora calla el campo y el ganado,  
195 y viendo mis dolores,  
dejó contigo su deleite el prado.

"Tú estando aquí, las ninfas amorosas  
hacían corro, allí también viniendo

los faunos, temor suyo; tú faltando,  
200 ellas faltan, los faunos no acudiendo.  
Estas selvas contigo eran hermosas,  
sin ti feas, y van desamparando,  
las estrellas dejando;  
que no le basta al prado  
205 rocío deseado.  
Apena llevo yo con paso incierto  
el mísero ganado sin concierto,  
apacentando triste en la maleza  
de este campo desierto,  
210 con bravas zarzas llenas de aspereza.  
"Quiero huir ya el trato de la gente,  
mezclado con las fieras espantosas,  
y allí gastar la vida lamentable  
en tristezas, con ansias congojosas;  
215 que pues me dejas, yo iré al sol ardiente,  
triste, solo, lloroso y miserable,  
o al frío incomportable,  
o a morir ahogado  
aquel río nombrado,  
220 donde dicen que hay los espantosos  
mostros, y que enriquece sus dichosos  
campos. Adiós, quedad, triste ganado  
y árboles hermosos;  
adiós, pastora mía, y mi cuidado.  
225 "Mas primero recibe tú estas flores  
y guirnaldas, que he puesto a tu memoria  
en el sepulcro, y este mirto crezca,  
que haga sombra y cubra aquí mi gloria;  
pues no me quedan ya sino dolores,  
230 con que el cuidado triste se refresca.  
Y aunque animal se ofrezca  
algún impedimento,  
adonde descontento  
estuviere, pondré con presta mano  
235 tres altares en medio del verano,  
derribando tres toros poderosos  
en el tendido llano,  
con guirnaldas de lirios olorosos.  
"A ti te dará Apolo a ruego mío  
240 su lauro siempre verde y consagrado;  
darán faunos las vides adornadas  
de ramos y cloro entremezclado;  
dará sus piedras el ondoso río

y Pales cuantas frutas variadas  
245 tiene en tierras labradas;  
y coronas de flores, gimiendo mis dolores,  
las ninfas, con los vasos espumosos  
de blanca leche; y versos numerosos  
250 yo te doy con las musas; yo los canto  
tristes y lastimosos  
y de su boca espiran en mi llanto.  
"A ti susurran tierna y blandamente  
los árboles cercanos, que, moviéndose,  
255 baten en la Aura mansa y regalada,  
con las hojas delgadas rebulléndose  
al suave sonido de Occidente,  
que halaga la tierra coronada,  
con la fuerza templada,  
260 resonando en mi canto  
doliente; y todo cuanto  
las selvas gimen, árboles, ganado,  
es Amarilis de su propio grado;  
y antes se verá el día tenebroso  
265 que no sea cantado  
tu nombre de mi verso numeroso.  
"Vendrán tristes: Espío, la hermosa  
de Betis hija; Espío, que los bellos  
campos tiene de flores despojadas;  
270 Talía, desatada los cabellos,  
y la mayor Betisa y la amorosa  
Egle, guarda del campo y mis ganados;  
y en coros concertados,  
consolando mi llanto,  
275 dirán el tierno canto,  
el que les enseñó fauno benino  
a las dríades, cuando al peregrino  
Nemoroso el suceso consolaron,  
de su pastora indino,  
280 y a las náyades ellas lo enseñaron.  
"Y me darán consuelo glorioso  
dando a mi canto en honra tuya vida;  
que no se tardará afirmando el día  
que en esa sepultura ennoblecida  
285 no se junte este cuerpo venturoso  
con el tuyo, olvidando esta alegría  
la desventura mía.  
Y eras dina, pastora,  
que en avena sonora

290 Títilo te cantara levantada,  
y que ya Galatea, despreciada,  
los cantos de Sicilia, que se oyeran en tu gloria extremada,  
y si en su tiempo fueras, lo hicieran.

295 "Mas tú, o estés con Venus en el cielo,  
o en los Elíseos campos venturosos,  
escojas varias flores del verano,  
jacintos y narcisos amorosos,  
verde amaranto en el herboso suelo,  
300 que baña el río deleitoso y llano;  
y juntes con tu mano  
las rosas coloradas  
con violas mezcladas

y con las flores blancas, y en tu frente  
305 hermosa las adornes; tiernamente  
me mira; que serás nuevo cuidado  
a la silvestre gente,

y cual Pales honrada en todo el prado.

"Así vengan las ninfas en mi llanto

310 juntas a visitar tu sepultura,  
celebrando en su coro no cansado  
tu gracia, piedad y hermosura;

y tú recibe blandamente en tanto  
en tu grande sepulcro levantado,

315 de negro señalado,

este verso postrero,

que aquí ponerte quiero,

el cual lo lea el que en el estío

aquí llegare o que llevare al río

320 o al pasto su ganado, y descontento  
de ver el dolor mío,

suspirando lamente mi tormento:

"En la dichosa selva está durmiendo,

acompañada del hermoso coro,

325 dejando el prado de su vista indino,

pues jamás conoció tan gran tesoro  
hasta que lo perdió, su bien perdiendo,

Amarilis, que hace ser tan dino

a Betis cristalino,

330 que tiene en la hondura

su sacra sepultura,

cuanto el sepulcro insigne y venturoso

de Elisa, que le puso Nemoroso,

hace nobles los líquidos cristales

335 del Tajo espacioso

y ambos en este precio son iguales."  
Así cantaba, mientras Filomela  
las usadas querellas repetía,  
acompañando el canto miserable  
340 aquella pena que en su pecho cría,  
que la memoria triste la desvela  
y al cielo sube el canto lamentable.  
Con la voz admirable  
sonaban su lamento  
345 la selva y campo atento,  
la lástima y miseria redoblando,  
con la fuerza del canto resonando.  
Callando el triste, el campo resonante,  
del llanto respirando,  
350 y la selva callaron al instante.

<73. SONETO>

Rosas de nieve y púrpura vestidas,  
coral rojo en marfil resplandeciente,  
estrellas que ilustráis la pura frente,  
en oro fino hebras esparcidas,  
5 pues mi dolor y penas encendidas  
el duro pecho vuestro no consiente,  
o él es de humana suerte diferente,  
o estáis en blanca piedra convertidas.  
Y aunque ensalzado está en divina alteza,  
10 premio de vuestra eterna hermosura,  
por vos está obligado a más ternera;  
si no seréis de Cipro la figura,  
que en la perdida muestra de belleza  
encubría la piedra ingrata y dura.

<74. SONETO>

En tanto que en el rico hesperio suelo  
alzas cual puro cisne el noble canto,  
Fernando, mi dolor solo levanto,  
y ausente y triste me lamento al cielo.  
5 Mi llama ardiente tiembla el frío hielo  
de mi enemiga, en cuya gloria canto;  
la voz quejosa impide el grave llanto,  
que esparce en mis entrañas crudo celo.  
Si ya el tierno, amoroso y dulce aliento  
10 en sacro verso diste a la memoria,

consolando tu afán y larga pena,  
procura algún consuelo al mal que siento;  
así tu amor te dé toda la gloria  
de quien mi Luz a ausencia me condena.

<75. SONETO>

Ahora que siguiendo el fiero Marte  
de la fértil Calabria el rico llano  
guardáis con valerosa armada mano  
en la florida edad con fuerza y arte,  
5 yo, sujeto a dolor, el estandarte  
siguiendo voy del crudo Amor tirano  
por do no se estampó el paso humano,  
donde tristeza y soledad no parte.  
Vuestro animoso pecho alzar un templo  
10 espera al duro Marte y el trofeo  
ilustre componer de los despojos;  
yo en mi fortuna espero ser ejemplo  
de tormento, y temiendo mi deseo,  
morir solo, sin ver mis bellos ojos.

<76. EGLOGA>

El lastimoso canto y el lamento  
de los tristes pastores  
Olimpio y Tirsi, a quien oyó cantando  
la ovejuela, olvidada sus dolores,  
5 y las linceas, callando,  
se espantaron, oyendo el dulce acento,  
y los ríos sus cursos alterados  
pararon refrenados,  
diré, de Olimpio y Tirsi el triste canto,  
10 ahora tú en las armas, oh dichoso  
príncipe y valeroso,  
al abuelo que a Francia puso espanto,  
imites con la fuerte y diestra mano,  
con fortuna y prudencia esclarecida,  
15 o en estudio de musas soberano,  
do Febo te convida.  
¿Cuándo será que cante yo tu gloria?  
¿Cuándo será que ensalce tu victoria  
con alto estilo y dé al horror de Marte  
20 la rudeza del campo alguna parte?  
Esta musa recibe ahora en tanto,

aunque silvestre suena,  
y admite de pastores el lamento,  
pues tú amaste, y con voz suave y llena,  
25 al resonar del viento,  
día y noche esparciste el tierno canto,  
buscando a tu pastora y la llamaste,  
y los pinos amaste,  
donde ella, recostándose, dormía.  
30 Sentarte en ellos no te pese ahora,  
como si tu pastora  
se te mostrase en ellos cual solía.  
En tanto que descubro su cuidado,  
escúchame, y al canto ven tú, río,  
35 que de esta gloria, Betis, te ha alcanzado.  
Con el primer rocío  
la Aurora se mostraba cuando a un pino  
recostándose Olimpio, con indino  
dolor y con gemido largo habiendo  
40 suspirado, comienza así diciendo:  
"Calla en las ondas Betis ya quieto  
y deja el grave viento  
su rabia, con la sombra acrecentada,  
y no calla ni amansa su tormento  
45 la llaga renovada  
de mi pecho, do el fuego está secreto,  
mas en ella me abraso bravamente.  
Con el dolor presente  
el duro Amor en mis entrañas prueba  
50 su fuerza y se enfurece en mi partida.  
¿Qué suerte aborrecida  
al mar airado con dolor me lleva?  
¿Quién me aparta de verte, Galatea?  
¿Qué río con mi llanto no ha crecido?  
55 No hay quien mi dolor no entienda y vea:  
han visto mi gemido,  
han visto mi lamento el nuevo día,  
y sin sueño la noche más tardía;  
quejándome a los campos sin concierto,  
60 responde a mi dolor todo el desierto.  
"Ya, mísero, no tengo yo cuidado  
que el lucero tardío  
el cielo cierre, o que a la roja Aurora  
destiña el claro sol, que el dolor mío  
65 aun no me deja un hora  
libre de mi tormento; mas, cuitado,



suspiro de lo hondo de mi pecho  
y llamo en tal estrecho  
a mi cruda y querida Galatea.  
70 La voz me vuelve, y suena en dulce acento  
el quebrantado viento,  
y las ondas murmuran "Galatea".  
Ya no guío el ganado a la alta fuente,  
ni al puro río en la corriente fría,  
75 ni coronó de flores ya mi frente.  
Pasada es mi alegría  
en este duro y largo apartamiento,  
y en su lugar tristezas y tormento  
entraron en mi alma, y por mezquino,  
80 siguiendo solo el áspero camino.  
"Ahora me recuerdo, Galatea,  
del lugar por mi daño  
donde vieron mis ojos tu belleza,  
que me enlazó con amoroso engaño.  
85 Yo entonces con simpleza  
no sabía de Amor, aunque Nerea  
conmigo estaba en dulce compañía  
desde la noche al día.  
Acuérdome que siendo niño tierno,  
90 que aun apena llevaba mi ganado,  
en un hermoso prado,  
deshelando ya el suelo el duro invierno,  
engañando las aves junto al río,  
en un ciclamo alto a Amor vi puesto,  
95 como lo vi por grave dolor mío,  
de sus plumas compuesto.  
Junté alegre las varas enligadas  
para trabar sus alas variadas,  
y con callado paso me acercaba,  
100 si me sentía atento o si miraba."  
"Deja, niño, esa caza peligrosa,  
dijome Melibeo  
(riendo de mi engaño y mi rudeza);  
deja, niño, ese ciego devaneo,  
105 y huye con presteza,  
que es cruel ave la que ves hermosa,  
y tú serás, Olímpio, venturoso,  
si en quieto reposo  
vivieras libre de ella y de su engaño;  
110 mas cuando en la edad verde y floreciente  
estuvieras presente,

hallarás al Amor por mayor daño,  
que pondrá al cuello tuyo la cadena  
que te traerá sujeto y condenado."  
115 "Ya sé que es el Amor; ya sé su pena  
habiéndote mirado.  
Nació en ásperas peñas del desierto  
y vive de mi mal y desconcierto.  
Ya sé que es el Amor en mi partida,  
120 que se muestra sediento de mi vida.  
"Ya voy al mar dudoso, a la ribera  
importuna, buscando  
los pastos peregrinos, y ya dejo  
del llano Betis el hermoso bando,  
125 y de mi bien me alejo,  
adonde solo y sin memoria muera.  
Oh Galatea, mi suspiro y llanto,  
si Amor pudiese tanto,  
que te hallase aquí en la vuelta mía,  
130 el mal sería breve, mas ya temo, por mi dolor supremo,  
que desampares esta selva fría.  
Ya me despido de esta selva y prado,  
de esta arboleda y río, mas primero  
135 iré triste aquel monte levantado,  
y veré por entero  
el lugar donde estabas y la fuente,  
do la siesta tuvimos juntamente.  
El dolor moverá los tristes ojos,  
140 viendo perdidos todos mis despojos.  
"Quedad, adiós, hermoso prado mío;  
adiós, oh Galatea,  
más que él hermosa, y tú, dichosa fuente.  
Adiós, oh prado, fuente y Galatea.  
145 Volved ya tardamente,  
ovejas tristes, y huid el río  
y el conocido pasto. Adiós, oh selva,  
a do mi bien se enselva.  
Envidiosos, selva umbrosa y fértil prado;  
150 más umbrosa y más fértil, pues mi gloria  
y mi sola memoria  
en vos sufre el calor del sol airado,  
y callando suspira el amor nuestro.  
Ahora os mira ella y habla ahora  
155 y se huelga en el verde sitio vuestro,  
y con la voz sonora  
mis dulces versos, meditando, suena;

o con la deleitosa y blanda avena  
canta, cual ya cantaba en mis amores,  
160 los celos de mi alma y los dolores.  
"Envidiosos selva umbrosa y fértil prado,  
ambos muy venturosos,  
ambos dignos de nombre soberano,  
en quien ella pondrá los pies hermosos  
165 y con su blanca mano  
cogerá verdes flores; y el dorado  
cabello, recogiendo entre las rosas  
las luces gloriosas,  
encubrirá, sus miembros reclinando,  
170 y doblará la hierba tierna y fría;  
y de la gloria mía  
el bien pasado son ahora cantando,  
gozarse los valles, cueva y fuente  
y callarán las aves, retardándose  
175 las reparadas ondas lentamente,  
que bajan deslizándose,  
mientras con voz cantaré deleitosa  
mis quejas blandas y pasión llorosa.  
Envidiosos, selva y prado, pues es vuestra  
180 la que ha sido alegría y gloria nuestra.  
"Mas ya con el dolor del mal que siento  
la fuerza se entorpece  
y el calor de mi cuerpo con el frío  
de la muerte se aparta y desfallece,  
185 pues que veo el bien mío  
de mí alejado y voy al hondo asiento  
de Neptuno sin él, mirando alzarse  
las ondas y bajarse.  
Tú, carnero mayor de mi ganado,  
190 jamás tu amor se esconde ni se aleja,  
ni que bales te deja  
en el bosque desierto y apartado,  
solo y triste; mas antes va siguiendo  
tu pasto, al valle, al río, y va contigo.  
195 ¿Por qué yo, mi pastora, al mar partiendo,  
no te llevo conmigo?  
Tú, clara Luna, que con luz dudosa  
vuelves a tu pastor, tú, piadosa,  
pues sabes el dolor de amor qué sea,  
200 ten dolor de mi mal sin Galatea."  
Esto cantó el pastor, y, suspirando,  
calló con gran gemido.

El prado y valle y gruta y río y fuente  
responden a su canto entristecido,  
205 con acento doliente,  
de Galatea el nombre resonando,  
tristes de su dolor y grave pena  
que la ausencia le ordena.  
Tú, lo que siguió Tirsi lamentando,  
210 refiere con el dulce verso, Febo,  
que los versos a Febo  
convienen, que en la hierba recostado  
comenzó con voz tierna el blando canto,  
de su intenso dolor tristes despojos,  
215 deshaciendo en contino y largo llanto  
los fatigados ojos,  
porque Leucipe mire su lamento  
y escuche de su amor el sentimiento;  
que lo tiene en temor y en llanto eterno,  
220 pues no viste de roble el pecho tierno.  
"Si no hay quien escuche mi lamento  
en este solo prado  
y a las ninfas ofende mi gemido,  
a este monte, a este río arrebatado,  
225 a este pino extendido  
mis versos cantaré con triste acento.  
Oídme, montes, ríos, selvas mías,  
pinos y peñas frías,  
pues Leucipe, a mi llanto endurecida,  
230 es sorda y huye . Arded en fuego, montes;  
arded conmigo, montes;  
arded, selva y ribera desparcida,  
pues Leucipe me deja en bravo fuego  
encendido y a muerte me condena  
235 por un vano furor, que mi sosiego  
trocó en perpetua pena.  
¿Quién pudiera pensar que hubiera día  
que la bella y cruel pastora mía  
mi avena y dulce canto no escuchara  
y del favor pasado se olvidara?  
"¿Por ventura te di, Leucipe, en vano  
los jacintos y rosas,  
los amarantos y agradables flores,  
y te puse guirnaldas amorosas,  
245 de mis tristes dolores  
memoria y triste don de Amor tirano?  
Cruel Leucipe , escucha estas mis quejas,

pues a Tiris ya dejas  
y de tu pecho a Tiris has huido.  
250 Si no tienes amor, ten ya memoria,  
que se ofende tu gloria,  
ingrata a quien te adora tan perdido.  
Mira la amarillez de mi semblante  
y los hondos suspiros y lamento  
255 y la flaqueza del vencido amante,  
y muévate el tormento.  
Estos ojos que fueron gloria tuya  
no ven, que los dejó la lumbre suya;  
ni llevo al pasto ni al hermoso río  
260 mis ovejas, llorando el dolor mío.  
"No desprecies, Leucipe, el tierno canto  
que resonó en tu gloria  
y puso admiración a nuestro Jolas,  
que me ciñó la yedra en mi victoria,  
265 las rosas y violas,  
amorosos despojos de mi llanto,  
cuando vencí en la selva Alfesibeo  
y el viejo Melibeo,  
cuya memoria y pastoral avena  
270 engrandece de Betis la ribera;  
mas la mía primera  
con ventaja mayor y nombre suena,  
y Fauno, que escuchó mi canto atento,  
quedó del armonía suspendido;  
275 paró Betis su curso, calló el viento,  
cesando su ruido.  
La bella Libia díjome, herida  
de amor, que era su luz, que era su vida.  
No me pudo vencer con su belleza,  
280 llena de piedad y de ternera.  
"¡Oh amada de mí más que mi vida!,  
el deleitoso prado,  
el verde bosque, el caudaloso río  
que el alto curso tiende al mar hinchado,  
285 sin ti son dolor mío,  
sin ti mi quietud está perdida,  
sin ti todo me cansa y desagrada;  
por ti tengo olvidada  
la fría fuente, ninfas y ganados.  
290 Por tu belleza y ojos amorosos,  
los pastos abundosos,  
por ti, Leucipe, son, por ti olvidados.

Ven ya, pues, mi Leucipe, a esta ribera  
y a este abierto y levantado pino,  
295 testigo de la pena lastimera  
de tu Tiris mezquino.

Descansaré contigo del tormento,  
contigo estará el campo más contento;  
verase el llano verde, el río puro,  
300 que parece sin ti seco y oscuro.

"No confíes, Leucipe, en tu belleza,  
que no siempre hermosa  
serás, que el lirio los colores pierde.  
Pierde el olor y la beldad la rosa,  
305 la flor el árbol verde;  
huye la edad y corre con presteza,  
que dura poco su verano tierno,  
vencido del invierno.

Vendrá algún tiempo que amarás, pastora,  
310 herida del amor que yo padezco,  
y este bien que te ofrezco  
llorarás, lamentando en algún hora  
este perdido bien, esta victoria.

Cuando perdieres el color hermoso  
315 y de la luz la deseada gloria  
y el semblante amoroso,  
sabrás entonces el dolor, la pena  
con que el olvido y el desdén condena,  
y de tu Tiris muerto y olvidado  
320 lástima te hará tu triste estado.

"Ven ya, Leucipe; mira el fresco viento  
que espira mansamente  
por toda esta ribera sosegada;  
el río, que las ondas mansamente  
325 va volviendo callando  
y suena de las aves el conuento.

Ahora ríe el prado y se levanta  
toda hermosa planta  
alegre con tu nombre, y ya las flores  
330 guardan y, en nueva luz, las frescas rosas  
y violas dichasas  
con tu gloria su lustre y los olores.

Yo cogeré, Leucipe, con mi mano  
las castañas del árbol extendido  
335 y los dorados frutos del manzano,  
de Aretusa querido;  
y en la alta peña, al blando viento puesto,

esperaré que vengas a este puesto.  
Ven ya, Leucipe, ven, pastora mía;  
340 aquí, ondas; aquí, Aura y sombría fría.  
"Aquí resonará el pasado canto  
y tu dichosa gloria  
y mis antiguos ásperos dolores,  
presente muestra de mi triste historia.  
345 Tú enlazarás de flores  
mi frente, y romperás tal vez en tanto  
la voz, hurtando el amoroso aliento,  
y con suave acento  
conmigo cantarás, Leucipe mía,  
350 nuestro amor, mi dolor y tus enojos,  
y volverás los ojos  
blandos, que mi tristeza en alegría  
trocarán. Ven, pues, ya; ven a este pino.  
Así halles buen pasto a tu ganado,  
355 y siempre el curso de ondas cristalino  
quieto y sosegado.  
¿Qué gusto puede darte en la aspereza  
de aquesa soledad y su tristeza?  
¿Qué gusto puede darte que yo muera,  
360 solo, sin luz, tendido en la ribera?"  
Aquí Tirsis paró y sonó un gemido,  
testigo del tormento  
que padecía su cansado pecho.  
El río respondió con ronco acento,  
365 de tristes ondas hecho;  
el pino, de su daño enternecido,  
las ramas estremece suspirando;  
los pastores, alzando  
los fatigados cuerpos, el ganado  
370 llevan con tardo paso, que ya el cielo  
mostraba, abriendo al suelo,  
el sol, de puros rayos coronado,  
y con las cañas juntas, dulcemente,  
provocan su dolor con nuevo llanto.  
375 Uno siguiendo al otro en diferente  
número y triste canto,  
Leucipe resonaba y Galatea.  
Blandamente suave a la marea,  
Olimpio al fin al mar torció el camino,  
380 y Tirsis vuelve solo y triste al pino.

Con largo paso el áspero camino  
de este perjuro Amor seguí cuitado,  
de mil vanos temores maltratado  
y siempre me hallé de bien indino.  
5 Ahora que descubro el mal contino,  
de desdén y de olvido reforzado,  
condeno mi deseo y mi cuidado,  
la dura inclinación de mi destino.  
Que bien fuera razón alzar el vuelo  
10 con alto pensamiento y noble pecho  
de la abatida suerte que he sufrido;  
y no esperar que tierra y mar y cielo  
supieran cuanto mal Amor me ha hecho  
para quedar más preso y despedido.

<78. SONETO>

Por altos bosques voy con paso incierto;  
iba arrastrando el hierro al cuello impuesto;  
grave es, y el son que hace me es molesto,  
que me recuerda el daño y dolor cierto.  
5 Los ojos alzo y veo un gran desierto  
lleno de horror, de espinos mal compuesto;  
desmayo en un intenso dolor puesto  
y a mi salud no hallo paso abierto.  
Esperanza desnuda me sustenta,  
10 deseo ardiente y Aura breve y fría,  
y mis suspiros rompo en triste llanto.  
Y cuando la razón del mal me afrenta,  
en medio del trabajo y pena mía,  
de mi enemiga la belleza canto.

<89a. Betis, que en este tiempo solo y frío. Versión de B>

Betis, que en este tiempo solo y frío  
escuchas mi dolor; del hondo asiento  
acoge en tu quieto movimiento  
los últimos suspiros; que yo envío.  
5 Y si tiene valor tu sacro río;  
dame que en árbol verde mi tormento  
lamente transformado; que ya siento  
cual Cisne débil voz al canto mío.  
Porque con nuevas ramas tu corriente  
10 cercaré coronando, y destilado iré en



tu curso largo y extendido.  
Que mi luz ceñirá su bella frente  
de mis hojas; o en llanto desatado  
seré en sus blancas manos recogido.

<92. SONETO. Versión de B>

Oh soberbia y cruel en tu belleza  
y con su verde flor victoriosa,  
cuando la edad trocare presurosa  
del oro crespo en plata la fineza;  
5 y al color encendido con flaqueza  
destiñere en la viola la rosa,  
y el dulce resplandor de luz hermosa  
perdiere el vivo fuego y su pureza,  
dirás entonces, viendo tanto daño  
10 en el cristal luciente: "Este deseo  
¿por qué no fue en la edad primera mía?  
"¿Por qué, ya que conozco el mal extraño,  
con esta voluntad que yo poseo  
no vuelve la belleza que solía?"

<107. SONETO II. Versión de B>

Voy siguiendo la fuerza de mi hado  
por este campo estéril y escondido.  
todo calla, y no cesa mi gemido;  
y lloro la desdicha de mi estado.  
5 Crece el camino, y crece mi cuidado;  
que nunca mi dolor pone en olvido.  
el curso al fin acaba, aunque extendido;  
pero no acaba el daño dilatado.  
Que vale contra un mal siempre presente  
10 apartarse y huir, si en la memoria  
se estampa, y muestra frescas las señales?  
Vuela Amor en mi alcance; y no consiente  
en mi afrenta, que olvide aquella historia,  
que descubierto el paso dio a mis males.

<116. SONETO X. Versión de B>

Rojo Sol, que con llama gloriosa  
das color al profundo y alto cielo,  
hallaste tal belleza en todo el suelo,  
que igualase a mi bella Luz dichosa?

5     Aura suave, blanda y amorosa,  
      que nos regalas con el fresco vuelo;  
      cuando se cubre del dorado velo  
      mi Luz, tocaste trenza más hermosa?  
      Luna; honor de la noche, illustre coro  
10  de las errantes formas y fijadas,  
      consideraste tales dos estrellas?  
      Sol puro, Aura, Luna, luces de oro,  
      oísteis vos mis penas nunca usadas?  
      visteis Luz más ingrata a mis querellas?

<117. SONETO XI. Versión de B>

      Suspiro, y pruebo con la voz doliente,  
      que expire en sus dolores la alma mía;  
      crece el suspiro en vano, y mi agonía,  
      y el mal renueva siempre su accidente.  
5     Estas peñas, do solo muero ausente,  
      rompe mi suspirar en noche y día;  
      y no hiera (oh dolor de mi porfía)  
      a quien estos suspiros no consiente.  
      Suspirando no muero, y no deshago  
10  parte de mi pasión, mas vuelvo al llanto;  
      y cesando las lágrimas, suspiro.  
      Esfuerza Amor el suspirar, que hago,  
      y como el cisne muere en dulce canto,  
      así acabo la vida en el suspiro.

<118. SONETO XII. Versión de B>

      Yo voy por esta solitaria tierra,  
      de antiguos pensamientos molestado,  
      dejando el resplandor del Sol dorado,  
      que de sus puros rayos me destierra.  
5     El paso a la esperanza se me cierra;  
      de un alta cumbre a un monte voy enriscado,  
      con mis ojos volviendo al apartado  
      lugar, solo principio de mi guerra.  
      Tanto bien refigura la memoria,  
10  y tanto mal encuentra la presencia;  
      que me desmaya el corazón vencido.  
      Oh crueles despojos de mi gloria,  
      desconfianza, olvido, celo, ausencia,  
      por qué seguís a un mísero rendido?

<130. SONETO XXII. Versión de B>

Céfiro renovó en mi tierno pecho  
floridas ramas de esperanza cierta,  
a mansa pluvia, a sol rosado abierta,  
y todo se mostraba en mi provecho.  
5 Cuando de hielo un crudo soplo hecho,  
de aquella parte de calor desierta,  
abate en tierra mi esperanza muerta,  
y el trabajo en un punto fue deshecho.  
Quedó en el mismo puesto el hielo frío,  
10 que con el fuego en mi dolor contiene;  
y vence alguna vez, otra es vencido.  
De allí siempre temí en el pecho mío  
la nieve, que aunque el fuego me defiende,  
dudoso estoy del daño recibido.

<137. SONETO. Versión de B>

Huye mi pensamiento el horror frío  
y la aspereza helada y duro invierno,  
y la aura espera de Favonio tierno  
para librarse de él y del estío;  
5 pero en la suerte y grave estado mío  
el prevenir me ofende, y yo discierno  
Céfiro breve y Aquilón eterno  
y siempre en mi dolor por mal porfío.  
Al fin había de ser que el destemplado  
10 estío acabe en fuego, o en el hielo  
rígido invierno mi obstinado pecho.  
Que del furor sufrido no cansado,  
no se mueve a las vueltas que da el cielo,  
ni está en mis estragos satisfecho.

<140. SONETO XXXI. Versión de B>

El tiempo, que se alarga al mal extraño,  
y me muestra mis pasos bien contados;  
si término pusiese a mis cuidados,  
sería a mi esperanza desengaño.  
5 Que el oro, que me tiene en nuevo engaño,  
los ojos dulcemente regalados,  
sin valor a mis años mal gastados  
el remedio serían de su daño.

Pero si en él se aumenta el dolor mío,  
10 si el oro es y los ojos inmortales,  
y es eterno el valor y altivo intento;  
Será de amor perpetuo el desvarío;  
y en las penas, que a todos son mortales,  
renacerá contino mi tormento.

<149. SONETO XXXIX. Versión de B>

Pura, bella, suave Estrella mía,  
que sin que os dañe oscuridad profana,  
dais la sagrada luz a la mañana,  
y la tierra encendéis helada y fría;  
5 Pues vos, por quien suspiros mil envía  
mi alma, cual castísima Diana,  
levantáis la bandera soberana  
contra Venus y Amor con osadía;  
Yo seré, como aquel, que su belleza  
10 con hierro violó; y el casto hecho  
más bello lo deseo y con mayor gloria.  
Mas si fuérades Luna en la aspereza,  
de Ladmo, yo temiera el tierno pecho  
del cazador que aún vive su memoria punto.

<154. SONETO XLIII. Versión de B>

Oh cómo vuela en alto mi deseo,  
sin que de su osadía el mal fin tema!  
que ya las puntas de sus alas quema,  
donde ningún remedio al triste veo.  
5 Qué mal podrá alabarse del trofeo,  
subiéndose en la parte más suprema  
del fuego ardiente, en esta banda extrema  
cae por su culpado devaneo.  
Debía en mi fortuna ser ejemplo  
10 Dédalo, no aquel joven atrevido,  
que dio al salado seno insigne su nombre.  
Mas ya tarde mis lástimas contemplo.  
pero si muero, porque osé, perdido,  
jamás a igual empresa osó algún hombre.

<169. SONETO LVI. Versión de B>

Temiendo tu valor y tu ardiente espada,  
sublime Carlo, el bárbaro Africano,

y el bravo horror del ímpetu Otomano  
la altiva frente humilla quebrantada.  
5 Italia en propia sangre rociada,  
el invencible, el áspero Germano,  
y el osado Francés con fuerte mano  
al yugo la cerviz trae inclinada.  
Alce España los arcos en memoria,  
10 títulos en colosos y estandarte  
despojos y coronas de victoria;  
Que ya en la tierra y mar no queda parte,  
que no sea trofeo de tu gloria,  
ni le resta más honra al fiero Marte.

<173. CANCION IIII. Versión de B>

Esparce en estas flores  
pura nieve y rocío  
blanca y serena luz de nueva Aurora,  
y con varios colores  
5 se vista el bosque frío  
de los despojos de la rica Flora;  
pues la excelsa Heliadora  
ya muestra su belleza,  
a do con alta frente  
10 da Betis su corriente,  
llevando al mar tendida su grandeza;  
y vos, lumbres del cielo,  
mirad felices nuestro Hesperio suelo.  
Rojo Sol, que el dorado  
15 cerco de tu corona  
sacas del hondo piélago, mirando  
el Ganges derramado,  
al Danubio y la Sona,  
y del divino Nilo el fértil bando;  
20 si tu llegares, cuando  
esta serena Estrella  
alza al rosado cielo,  
dando alegría al suelo,  
los ojos, do está Venus casta y bella,  
25 de aquellos rayos ciego,  
arderás, con tus llamas hecho fuego.  
Luna, que resplandeces  
sola, fría, argentada  
en el callado velo tenebroso;  
30 y tu luz enriqueces

en la hacha inflamada  
del Sol con resplandor maravilloso;  
si el Lucero hermoso,  
do el puro Amor se alienta,  
35 mirares, encendida  
en llama esclarecida,  
que a limpias almas con virtud sustenta,  
correrás por la cumbre  
con grande y siempre eterna y clara lumbre.  
40 Junta a inmensa belleza ya está la cortesía,  
y suma honestidad y humilde trato  
con valor y grandeza,  
en el dichoso día  
45 que el largo cielo nos la volvió grato.  
vivo y puro retrato  
de inmortal hermosura,  
rayo de amor sagrado  
que al dulce esposo amado  
50 contigo junto en fuego eterno apura;  
y si parte le ofende,  
es que el cuerpo mortal su bien comprende.  
El sacro rey de ríos,  
que nuestros campos baña,  
55 al bello aparecer de este Lucero  
cubrió los vados fríos  
al pie de la montaña,  
do vio resplandecer su Luz primero,  
del oro, que el Ibero  
60 en las cavernas hondas  
procura, y con las flores  
compuso en mil colores,  
y con perlas el curso de las ondas;  
y esclarecía el cielo,  
65 y daba olor suave en torno el suelo.  
Las gracias amorosas  
con las Ninfas un coro  
tejían en el blando, undoso seno;  
y de purpúreas rosas  
70 envueltas en el oro  
con ámbar oloroso y flores lleno,  
dulce despojo ameno  
del revestido prado,  
las guirnaldas ayuntaban,  
75 y todas coronaban  
el cabello sutil, largo y dorado,

que, cual de las estrellas,  
por el aire volaron sus centellas.  
El alto monte verde,  
80 que de Palas es gloria,  
sintiendo en sí los pies de su señora,  
su tristeza ya pierde,  
y le da la victoria  
aquel, do Prometeo gime y llora;  
85 y donde la sonora  
lira de Tracia espira;  
el sagrado Helicon  
con florida corona,  
y do Atlante del peso no respira;  
90 pues su alteza sostiene  
la belleza, que el cielo en tierra tiene.  
Yo entretrejer quisiera  
su nombre esclarecido  
entre la blanca Luna y Sol rosado;  
95 y su gloria pusiera  
en el peplo extendido,  
que en otra edad Atenas vio estimado;  
cuando el tiempo llegado  
Minerva es celebrada.  
100 dichoso el año y día;  
y es quien ve el año y día.  
allí pintado está con asta airada  
el áspero Tifeo,  
que muerto pierde todo su deseo.  
105 Mas pues que la rudeza  
de este mi débil canto,  
causado de un deseo simple y vano,  
no puede a su belleza  
dalle la gloria, cuanto  
110 merece el valor suyo soberano,  
y mi intento es vano;  
Cisnes, que la corriente  
de Betis vais cortando,  
el canto vuestro alzando,  
115 su gloria y nombre resonad presente;  
y oían céfiro y Flora  
su inmensa hermosura con la Aurora.  
Canción humilde di a esta pura Estrella:  
sufra vuestra belleza  
120 mi rústica simpleza.

<175. SONETO LXI. Versión de B>

Cual de oro era el cabello variado,  
en mil varias lazadas dividido;  
y cuanto en más figuras esparcido,  
tanto de más centellas ilustrado.  
5 Tal suele de sus hebras coronado,  
Febo mostrarse en llamas encendido;  
tal discurre en el cielo esclarecido  
un ardiente cometa arrebatado.  
Debajo el puro y rico y sutil velo  
10 Amor, Gracia, Valor y la belleza  
templada en nieve y púrpura se vía.  
Pensara, que se abrió esta vez el cielo,  
y mostró su poder y su riqueza,  
si no fuera la Luz de la alma mía.

<178. EGLOGA VENATORIA. Versión de B>

De aljaba y arco tu Diana armada,  
que por el monte umbroso y extendido  
a las fieras fatigas presurosa,  
huye del alto Ladmo desdichada,  
5 donde tu cazador duerme escondido;  
porque otra cazadora más hermosa  
persigue impetuosa  
al jabalí espumoso y enojado;  
porque otra más hermosa cazadora  
10 al ciervo sigue ahora.  
y si la viere Endimión, tu cuidado,  
ya corriendo la fiera en la maleza,  
te dejará por ella en la aspereza.  
Mas a Endimión no dejes tú Diana,  
15 queda con él, no siga al amor mío.  
Endimión, amor tuyo, esté contigo.  
en la callada noche, en la mañana,  
al Sol ardiente, al importuno frío  
mi dulce cazadora esté conmigo.  
20 este bosque es testigo,  
cuantas veces la llamo y busco en vano.  
la Aurora me oye sola sin su amante,  
y se ofrece delante,  
cuando espera las fieras en el llano.  
25 suspira ella su amor, yo lloro el mío,  
si al monte mira, yo a mi bosque y río.



Hermosa cazadora, que has llevado  
del frío bosque mi herido pecho  
con el cabello de oro suelto al viento,  
30 y de flores y rosas coronado;  
eres Napea de este valle estrecho,  
que alcanzas con ligero movimiento  
al jabalí sediento,  
y del ciervo la planta voladora?  
35 que tu paso, y tu voz, y tu belleza  
mas que mortal grandeza  
descubre a tu Menalio, que te adora.  
tal va Cintia con traje soberano,  
encendiendo de amores a Silvano.  
40 ¿Qué dios, oh Ninfa bella, te ha ofrecido  
a mis ojos, corriendo yo una fiera  
sin cuidado de Amor; y vista luego  
te me llevó, dejándome perdido,  
porque en llama inmortal ardiendo muera?  
45 de tus ojos probó el tirano ciego  
con mi daño su fuego.  
mas tú habites el bosque oscuro y prado,  
o la tendida selva de este río,  
jamás del pecho mío  
50 se apartará el Amor, que me ha abrasado,  
el bosque y prado del amor testigo,  
a amarte aprenderá también conmigo.  
O la ligera garza levantando  
mire al halcón veloz y atrevido,  
55 o espere al jabalí cerdoso y fiero,  
o la Aura entre los árboles gozando;  
con silencio o voz muda en lo escondido  
del pecho solo lloraré primero  
el dolor, en que muero.  
60 sin ti el feroz caballo, el rayo ardiente  
del imitado trueno, y la sabrosa  
caza, me es enojosa,  
pues tú me dejas mísero y doliente.  
todo me agradará, y será mi gloria,  
65 si vuelves, y de mí tienes memoria.  
Porque huyes, y quieres que sin lumbre  
en esta selva muera con tormento,  
y no miras tu amante, que te llama?  
baja de esa fragosa y alta cumbre;  
70 que, según el ruido grave siento,  
por entre una y otra espesa rama,

que las hojas derrama,  
un feroz jabalí se ha recogido.  
con el arco en la blanca y tierna mano  
75 baja antes que al llano  
llegues, atravesado, y extendido  
de mi venablo, y muerto, la espumosa  
cabeza, llevarás victoriosa.  
No te confíes, Ninfa, en tu belleza,  
80 que vendrá el día, en que las hebras de oro  
mude la edad ligera en blanca plata.  
antes muera, que vea tu tristeza.  
mas para qué suspiro triste, y lloro  
por quien a mis querellas es ingrata?  
85 si tu dureza mata  
a quien te sigue, aquel, que te aborrece,  
qué pena habrá, que iguale con su culpa?  
pero quién no me culpa,  
pues sigo solo el mal, que se me ofrece?  
90 suspenso en el amor y en el deseo,  
al fin doy en un ciego devaneo.  
Mas vos Amores, rojos dulcemente,  
dejad las ondas claras de Citera,  
y a mi Ninfa herid con vuestra llama;  
95 que su hermosa flor perder no siente  
sin fruto inútil en la edad primera.  
y tú Diana, pues, Amor te inflama,  
cuando el monte te llama  
por el dormido amante, y ya el tormento  
100 conoces del Amor; si he venerado  
tus aras, y colgado  
del jabalí terrible y violento  
la alta frente, y del ciervo la ramosa,  
muéstrate a mis dolores piadosa.  
105 Si contigo viviera, Ninfa mía,  
en esta selva, tu sutil cabello  
adornara de rosas, y cogiera  
las frutas varias en el nuevo día;  
las blancas plumas del pintado cuello  
110 de la garza ofreciendo, y te trajera  
de la silvestre fiera  
los despojos, contigo recostado,  
y en la sombra cantando tu belleza;  
y en la verde corteza  
115 de la frondosa encina mi cuidado  
extendiendo, conmigo lo leyeras,

y sobre mí las flores esparcieras.  
Ah cuantas veces entre aqueste juego  
a tu cuello los brazos rodeara!  
120 y en tus ojos mis ojos encendiendo,  
cuando mas descuidada de mi fuego,  
a tu boca el espíritu hurtara,  
mi espíritu en el tuyo convirtiendo,  
dulcemente muriendo.  
125 esto preciara más, que ver el vuelo  
del halcón, más que dar de un golpe muerte  
al jabalí más fuerte,  
o alcanzar por el ancho y largo suelo  
junto al agua herido y sin aliento  
130 al ciervo que atrás deja el leve viento.  
No dudes, ven conmigo, Ninfa mía.  
yo no soy feo, aunque la altiva frente  
no se muestra a tus hebras semejante.  
mas tengo amor, y fuerza y osadía,  
135 y tengo parecer de hombre valiente;  
que al cazador conviene este semblante  
robusto y arrogante.  
iremos a la fuente, al dulce frío,  
y en blando sueño puestos al ruido  
140 del murmullo esparcido  
de la agua, tú en mis brazos, amor mío,  
y yo en los tuyos blancos y hermosos,  
a los Faunos haría envidiosos.  
Mas si te agrada, y o si te agradase,  
145 ven conmigo a esta sombra, do resuena  
la aura en los ciclamoros revestidos  
de hiedra, do jamás se vio que entrase  
alzado el Sol con luz ardiente y llena.  
aquí hay álamos verdes y crecidos,  
150 y los pobos floridos,  
y el fresco prado riega la alta fuente  
con murmurio suave y sosegado.  
aquí el tiempo templado  
te convida a huir el Sol caliente.  
155 ven, Ninfa bella, ven ya Ninfa mía,  
este prado te llama y fuente fría.

<198. SONETO. Versión de B>

Sufrí llorando, al crudo Amor rendido,  
el dolor congojoso del cuidado;

a celo, a pena, a ausencia condenado,  
y a desdén y a asperezas ofrecido.  
5 Amor movió mi canto entristecido  
y gobernó mi ingenio descuidado;  
él pudo levantarme a tal estado,  
que por ventura excederé al olvido.  
Quien conociere bien cuanto Amor puede,  
10 que leyere mis versos que compongo,  
muéstrese agradecido a mi memoria.  
Que él solo entiende cuánto mal excede  
al dolor, que en mi canto, Amor, dispongo,  
y él sabe si es igual el premio y gloria.

<200. SONETO. Versión de B>

Pues de este grave mal morir espero  
y no hay confianza en tanto daño,  
Amor me diese en premio de mi engaño  
este remedio solo, aunque postrero:  
5 que en duro bronce y en labrado acero,  
estuviese el dolor y el mal extraño,  
y la dura ocasión del desengaño,  
por quien, con triste suerte, triste muero.  
Para quien de mi muerte la memoria  
10 y de la fe que tuve la firmeza  
a la futura edad fuese notoria.  
Que habría quien llorase mi tristeza  
con noble canto, y mi pasada gloria,  
despojos de mi bien y mi riqueza.

<203a. SONETO. Versión de B>

Con el cielo sereno, al mar abierto  
mi nave corre, y fresco el viento llega,  
y, entrando en golfo, la salud le niega  
cielo turbio, aire adverso, mar incierto.  
5 Vuelve, temiendo el mal presente, al puerto;  
temor y oscuridad la turba y ciega;  
y arrójala, y abierta, que se anega,  
libre la tempestad del daño cierto.  
Arrebatada va por el mar largo,  
10 sin esperanza alguna de remedio,  
y con temor de perdición terrible.  
Navegando en el mar de amor amargo,  
yo hallo en su peligro el mejor medio

que es desear salud en lo imposible.

<203b. SONETO. Versión de B>

Al viento y al mar doy la vela y remo;  
próspero el viento es, y el mar quieto,  
y al fin puerto seguro me prometo  
y el voto hago de salud extremo.

- 5 Dentro en el golfo airado el daño temo,  
con soplo adverso y piélago inquieto,  
y el cielo a oscuridad está sujeto:  
no hay remedio a mi dolor supremo.  
Una Luz muestra clara el Occidente,  
10 que viste el cielo y la esperanza crece,  
el viento cae, sosiega el mar incierto.  
La prora vuelvo a ella, y juntamente  
la tierra en altas puntas aparece,  
y nunca llega al deseado puerto.

<205. SONETO. Versión de B>

¿Qué recio y fuerte lazo me encadena  
con hermosura y resplandor sagrado,  
que en llama ardiente, mísero, abrasado,  
a eterno y grave daño me condena?

- 5 El celeste tesoro es, que mi pena  
en crespas hebras de oro fue tirado;  
por él levanto al cielo mi cuidado;  
por él gozo de gloria puesto en pena.  
Dichosos nudos del dorado hilo,  
10 que sois dulce consuelo a mi tormento  
y sois honra de España y luz del cielo,  
si fuese tal mi humilde y simple estilo  
que alzase vuestro nombre en alto acento,  
¿quién pudiera igualarme en mortal velo?

<212. SONETO. Versión de B>

La púrpura en la nieve desteñida  
sus dulces llamas del Amor perdía,  
y en los dorados cercos se veía  
Venus desfallecer con vuestra vida.

- 5 La fiera muerte, de beldad vestida,  
su oscura noche vuelve en claro día,  
y en vuestros ojos puesta desconfía

mi alma, que en vos muere partida.  
Pero espirando Amor, suave y tierno,  
10 en el bello semblante, la victoria  
llevó esperada, y se rindió la suerte.  
Ardió con vuestra luz su fuego eterno,  
y a la belleza dio de sí la gloria,  
que nuevo Amor en vos hizo a la muerte.

<213. SONETO. Versión de B>

Corta, vana alegría, inútil gloria,  
deseos sin efectos mal perdidos,  
suspiros tarde en mi dolor nacidos,  
despojos tristes de llorosa historia;  
5 para amargo temor de la memoria  
os siento en daño mío reducidos;  
mas después de mis males pretendidos,  
¿qué podéis pretender que os dé victoria?  
Conozco ya y entiendo bien mi engaño,  
10 que las heridas que en mi pecho veo  
mostraron la experiencia de mi afrenta.  
Dejadme, pues huís, mi desengaño:  
que ni vuestras promesas ya deseo,  
ni el bien de vuestra pena me contenta.

<214. SONETO. Versión de B>

Veo el placer ajeno y el contento  
que ofrece Amor en el humilde estado,  
y como estoy doliente y fatigado  
procuro algún remedio a mi tormento.  
5 Levanto de la pena al pensamiento  
y digo que ya soy afortunado,  
y finjo la mudanza en más cuidado  
y dame la esperanza sufrimiento.  
Huye en vano mil veces mi deseo,  
10 la presa se le va, por quien yo muero,  
y se remonta, con desdén, perdido.  
Temo que habré de ser cual Salmoneo,  
que pretendió mudar el rayo fiero  
y fue con rayo cierto confundido.

<216. CANCIÓN. Al sueño. Versión de B>

Suave sueño, que con tardo vuelo  
las alas perezosas blandamente  
bates, de adormideras coronado,  
por el sereno y adormido cielo,  
5 ven ya al extremo puesto de Occidente,  
y del licor sagrado  
baña mis ojos; que, de amor cansado,  
con las revueltas de mi pensamiento,  
no admito algún reposo,  
10 y el dolor desespera al sufrimiento.  
¡Oh sueño venturoso,  
ven ya, ven dulce amor de Pasitea,  
a quien rendirse a tu valor desea!  
Divino sueño, gloria de mortales,  
15 descanso alegre al mísero afligido,  
sueño amoroso, ven a quien espera  
descansar breve tiempo de sus males,  
con el humor celeste desparcido.  
¿Cómo sufres que muera  
20 libre de tu poder quien tuyo era?  
¿No es dureza dejar un solo pecho  
en perpetuo tormento  
y que no entienda el bien que al mundo has hecho  
25 sin gozar de tu aliento?  
Ven, sueño blando, sueño deleitoso,  
vuelve a mi alma ya, vuelve el reposo.  
Sienta yo en este paso tu grandeza,  
baja esparciendo el inmortal rocío,  
huía la Alba, que en torno resplandece;  
30 mira mi grave llanto y mi tristeza  
y la razón del descontento mío,  
y mi frente humedece,  
en la sazón en que la lumbre crece.  
Vuelve, sabroso sueño, y las hermosas  
35 alas suenen ahora,  
y huya con sus alas presurosas  
la desabrida Aurora;  
Y lo que en mí faltó la noche fría  
acabe la cercana luz del día.  
40 Una corona fresca de tus flores,  
sueño, ofrezco, y descubre el dulce efeto  
en los cansados cercos de mis ojos;  
que el aire, lleno en líquidos olores,  
ya tiene por qué sea más secreto;  
y de estos mis enojos

destierra, manso sueño, los despojos.  
Ven ya, pues, blando sueño, ven dichoso,  
antes que el Oriente  
descubra al sol con fuego presuroso.  
50 Ven ya, sueño presente,  
y acabará el dolor: así te vea  
en brazos de tu dulce Pasitea.  
Canción, si no agradares hecha en sueño,  
como yo alcance a ser del sueño oído,  
55 sufre el mal que te diere  
quien más cuidado en tu dolor pidiere.

<217. SONETO. Versión de B>

En este espacio de camino incierto,  
armado con los riscos y espantoso,  
ay afán largo y paso peligroso,  
dudosa la salud y temor cierto.  
5 Entre espinas, huyendo este desierto,  
pruebo buscar el paso no dañoso.  
Resuena áspero el viento tempestuoso,  
el cielo en negra sombra está cubierto.  
Ya corro, despeñándome, sin tiento;  
10 ya doy en las espinas con los ojos,  
y término no hallo en mi camino.  
Cánsase y desespera el sufrimiento,  
y no teme ya tanto los abrojos  
cuanto ver la ocasión del mal contino.

<219. SONETO. Versión de B>

Estaba en varios nudos recogido  
el cabello dorado a quien adoro;  
no cabello dorado, antes el oro,  
por quien alegre llevo el mal sufrido.  
5 Estaba el resplandor más encendido  
de aquellas luces, del Amor tesoro,  
por quien mi gloria, ya perdida, lloro,  
pues son causa del daño a que he venido.  
La veste negra, la beldad del cielo  
10 era, y la voz de angélica armonía,  
el aire y gracia, de divino aliento.  
Yo que buscaba, triste, algún consuelo,  
viendo el valor de aquesta lumbre mía,  
llegué para llevar mayor tormento.



<221. SONETO. Versión de B>

En tus cristales claros la belleza,  
Océano, yo veo figurada  
de mi Luz, que, en sus hebras coronada,  
muestra su majestad y su grandeza.  
5 Tus ondas resplandecen con la alteza  
de los rayos de Febo, y la dorada  
frente en ellas contemplo reformada  
y de púrpura y nieve la pureza.  
Si alzo al cielo los ojos, donde junto  
10 imitas su color, hallo presente  
mi Lucero, de llamas esparcido.  
Yo, dudoso del bien, al mismo punto  
vuelvo a ti, y en tus ondas refulgente  
y en el cielo lo miro dividido.

<223. SONETO. Versión de B>

Tan alto llevó el vuelo mi esperanza,  
que mereció perderse en su osadía;  
yo bien lo imaginaba y le decía  
que no subiese al bien que ella no alcanza.  
5 No me escuchó, y fundose en confianza  
incierta, y perdió el bien que poseía;  
y puesta en tal extremo y agonía,  
conmigo se lamenta en la mudanza.  
Y para consolalla de su daño,  
10 de Faetón el rayo le recuerdo  
y de su osada empresa la memoria.  
Que a mi mal solo vale ya el engaño,  
con quien de mi esperanza el premio pierdo,  
y aun esto juzgo por más alta gloria.

<224. SESTINA I. Versión de B>

Un verde Lauro, en mi dichoso tiempo,  
solía darme sombra, y con sus hojas  
mi frente coronaba junto a Betis:  
entonces yo en su gloria alzaba el canto,  
5 y resonaba como blanco Cisne,  
la Soledad testigo fue, y el bosque.  
Después que al bien me dio principio el bosque,  
y en la sombra gocé del dulce tiempo,

y canté como cuando muere el Cisne,  
10 el Lauro me negó sus verdes hojas.  
y en triste se trocó el alegre canto,  
y se admiró de mi lamento Betis.  
Yo busco el Lauro junto al grande Betis,  
y está cerrado en el espeso bosque,  
15 do appena llega el lastimoso canto,  
que le ofrecí, el pasado alegre tiempo;  
mas él huye de darme más sus hojas;  
y yo me quejo como suele el Cisne.  
Jamás cantó tan triste el dulce Cisne,  
20 en el sonante curso del gran Betis;  
como yo, por el Lauro, y verdes hojas,  
que me impiden tratar el duro bosque;  
y con memoria del suave tiempo,  
resuena todo en lástimas mi canto.  
25 Ya no sonaré yo el felice canto,  
que puso envidia, en Betis, al gran Cisne;  
pues es contrario a mi esperanza el tiempo  
tristezas oirá y lágrimas ya Betis,  
y al cielo moveré contra aquel bosque,  
30 que del Lauro defiéndeme las hojas.  
Pues ya no me coronó de las hojas  
enmudezca de hoy más el tierno canto;  
así vea desnudo al triste bosque,  
y llore mi dolor el blanco Cisne,  
35 que tiende el lecho en el soberbio Betis;  
pues el Lauro me falta, y deja el tiempo.  
Entristécame el tiempo, el Lauro, y hojas,  
el canto no me agrada, el blanco Cisne  
lamente en Betis, y arda en fuego el bosque.

<225. SONETO XXV. Versión de B>

Dulce el fuego es de Amor, dulce la pena,  
y dulce de mi daño la memoria,  
cuando renueva Amor la antigua historia,  
que a su grave tormento me condena.  
5 Mas cuando hallo mi esperanza llena  
de bien y de promesas de victoria,  
un súbito dolor turba mi gloria,  
y todos mis contentos desordena.  
Que será esta Luz pura de belleza,  
10 la fe del limpio Amor en poca tierra  
muerta, y el fuego muerto; que me inflama.

Oh vano ardor de la mortal flaqueza,  
si el fin; que ofrece paz de tanta guerra,  
no dejara ceniza de mi llama.

<226. SONETO XXVI. Versión de B>

A do tenéis la luz, Héspero mío,  
la luz, gloria y honor del Occidente?  
estás puesto en el cielo reluciente  
en importuno tiempo y seco Estío?  
5 Lleva tu resplandor al sacro río,  
que tu belleza espera alegremente,  
y el céfiro te sea otro Oriente  
hecho Lucero, y no Héspero tardío.  
Merezca Betis fértil tanta gloria,  
10 que solo el de estas luces ilustrado  
a tierra y cielo lleva la victoria.  
Que tu belleza, y resplandor sagrado  
hará perpetuo, de inmortal memoria,  
mientras corriere al mar arrebatado.

<230. SONETO. Versión de B>

Yo vi que mi Sirena dividía  
sus crespas ondas de oro al manso viento,  
y en voz tierna y suave movimiento  
mi duro corazón enternecía.  
5 Mi rustiqueza ingrata y rebeldía  
perdió, vencida, el obstinado intento,  
y en blando y regalado sentimiento  
trocó mi alma la aspereza mía.  
Nunca me vi más preso ni rendido,  
10 y nunca vi en Amor mayor dureza,  
ni más grave desdén, ni largo olvido.  
Mi bien a tanto extremo y estrechez  
con dolor nuevo, Casas, me ha traído,  
que su dureza temo y su belleza.

<231. ELEGIA II. Versión de B>

Si ya la Luz que causa mi alegría,  
su resplandor aparta de mis ojos,  
para qué quiero ver la luz del día?  
Para ver por ventura mis despojos  
5 en ajeno poder; y mi memoria

muerta; y vueltas las flores en abrojos.  
Amor, porque me dio breve victoria  
y no entera, con daño de la vida,  
que fortuna en sus hechos nueva gloria;  
10 Más grave siente la inmortal herida,  
con la fuerza del mal; y triste temo  
a la alma a tales ímpetus rendida.  
Espero ya llegar a tal extremo,  
que a todos ponga lástima mi pena;  
15 y no espero tornar al bien supremo.  
Libre quisiera estar de la cadena,  
que en los dorados nudos me ha forzado,  
a padecer el daño que me ordena.  
Adonde la luz vuelvo fatigado  
20 una sombra, un horror, un gran tormento,  
se presenta en la fuerza del cuidado.  
El prado que solía estar contento,  
y el río de mi canto entretenido,  
muestran de mi dolor el sentimiento.  
25 Los árboles las ramas han perdido;  
la hierba se consume, y se deshace;  
el calor en las flores esparcido.  
A nadie de mi lástima le place,  
sola mi bella Luz (ay dura suerte)  
30 se alegra, y mi dolor le satisface.  
A do me volveré con mal tan fuerte,  
quien podrá remediar mi desventura,  
sino la cruda, y espantosa muerte?  
Aquella claridad y hermosura  
35 que ya algún tiempo se llamaba mía,  
deshizo mi esperanza y mi ventura.  
Pues me deja mi Luz, y mi alegría,  
y no deja el dolor; quiere que muera,  
porfiando con mísera agonía;  
40 qué vana gloria de mi muerte espera?

<232. SONETO XXXII. Versión de B>

Largos, sutiles lazos esparcidos  
por el rosado cuello, y blanca frente;  
dorada diadema ardor luciente;  
llenos de mis despojos ofrecidos.  
5 Tiernos y bellos ojos encendidos,  
rayos de Amor; por quien mi pecho siente  
la herida inmortal que llevo ausente;

abrasada mi fuerza y mis sentidos.

Dichoso yo, que merecí cadena  
10 de vuestras ricas hebras; y la llama,  
que de vos procedió en estos mis ojos.

Oh si pudiera acrecentar la pena,  
y avivar más el fuego que me inflama,  
para daros debidos los despojos.

<233. SONETO XXXIII. Versión de B>

El duro hierro agudo, que la mano  
rica de mis despojos, por vos siente;  
y la sangre esparció, que Amor presente  
guardó, cual Néctar puro y soberano.

5 Quiolo Amor; y abrió manso y humano  
lugar al dolor vuestro tiernamente;  
que el mal que siento grave y vehemente,  
blando siente el cruel pecho tirano.

La herida terrible que en mis ojos  
10 de los vuestros entró, y causó mi pena,  
venganza toma agora en vuestro yerro;  
No es culpa vuestra es gloria a mis despojos;  
y así que os hiera, el dulce Amor ordena,  
(como a mí vuestros ojos) vuestro hierro.

<237. SONETO XXXVII. Versión de B>

No es tan duro mi pecho, que no sienta  
la fuerza del dolor; que en él descende;  
mas Amor, por más daño, me defiende  
que dé muestras algunas de mi afrenta.

5 Quiere, que calle el mal, y que consienta  
la pena que de nuevo al alma ofende;  
y en fuego nunca usado ahora enciende  
el corazón; que en llama se sustenta.

Si esta grave pasión no perturbara  
10 el pecho; bien pudiera confiado  
llegar al dulce fin del Alegría.

Mas ay, cuánto es esta esperanza cara!  
y, por mirar su bien, cuánto ha pasado  
de dolor y tormento la alma mía!

<238. SONETO XXXIIX. Versión de B>

Este Lauro, que tiene en su corteza

verde, escrita la honra de mi pena;  
y en él, el manso céfiro resuena,  
mi mal, su resplandor, y su belleza;  
5 Cuando el Sol elevado en más alteza  
se vio, me dio en sus hojas sombra llena.  
fue el calor blando, y la congoja buena;  
y entonces me alegraba la aspereza.  
Ahora oh triste hado, avaro cielo:  
10 que deja el Sol ardiente el paso abierto,  
y todo es mal y daño en mi fortuna.  
Con llanto eterno, y falta de consuelo.  
miro el Lauro; y padezco en el desierto,  
por su culpa, el calor queme importuna.

<240. ELEGIA III. Versión de B>

Oh suspiros; oh lágrimas hermosas,  
gloria del alma mía, y mi cuidado,  
que de mi pena fuisteis piadosas.  
Oh sentimiento de amoroso estado;  
5 oh prendas de mi alma, y mi esperanza;  
que reparáis el mal del bien pasado.  
Si alguna vez hallare yo mudanza,  
y algún desdén, en quien está mi vida,  
vos seréis mi reparo y confianza.  
10 No temeré por vos ira encendida,  
si el Amor no temiese; vos sois puerto  
a la alma, en peligroso mar perdida.  
Suspiros míos que me tenéis muerto,  
sueño yo a questo bien? decid, es fingido?  
15 decid, hermosas lágrimas, es cierto?  
Oh lágrimas, si hubiera concedido  
Amor, que yo os bebiera porque el pecho  
regarades, que en fuego está encendido.  
No para que pudiera ser deshecho,  
20 mas para que tomara blando aliento,  
y fuera este de Amor ilustre hecho.  
Y para que tuviera su aposento  
propio en el corazón; y relevara  
parte de mi dolor, y mi tormento.  
25 No hay Néctar dulce por quien yo os trocara,  
ni lluvia de oro, oh lágrimas hermosas,  
por quien mi alma su dolor repara.  
Tales lágrimas dulces piadosas,  
Venus Citerea derramó, dejando

30 a Adonis en las selvas amorosas.  
Y tales fueron los suspiros, cuando  
de amor de Marte presa suspiraba,  
ardiendo en fuego deleitoso y blando.  
Con estas bellas lágrimas bañaba  
35 Diana el rostro blanco tiernamente,  
cuando de Endimión triste se apartaba.  
Hermosas perlas que del Oriente  
nacidas en la concha generosa  
se esparcen por el último Occidente,  
40 Tendidas por la púrpura hermosa,  
no dan tal resplandor, cual habéis dado;  
cayendo en los colores de la rosa.  
El rocío del cielo derramado,  
y en olorosas flores esculpido  
45 a vuestra gran belleza no ha igualado.  
Oh lágrimas dichosas, que el olvido  
nunca podrá borrar de mi memoria,  
con quien jamás espero ser perdido.  
Oh mi vida, mi alma, bien, y gloria;  
50 y vos suspiros de amorosa suerte,  
por quien gané vencido la victoria.  
Vivid alegres, sin que enojo fuerte  
o aspereza revoque esta alegría,  
que no podrá romper la dura muerte.  
55 Conmigo faltaréis a un mismo día,  
y renovándoos los celestes ojos  
lloraréis en la pena y muerte mía;  
y seréis del Amor dulces despojos.

<246. SONETO XLVII. Versión de B>

Lloro solo mi mal, y el hondo río  
en sus turbadas ondas lleva el llanto;  
ya es tiempo, digo; Amor, en triste canto,  
que pongas justo fin al dolor mío;  
5 Que sigo ausente, sin tu desvarío,  
y en tu vana esperanza me levanto;  
y en este paso desamparas cuanto  
de tu promesa y tu valor confío.  
Ya es tiempo Amor, que el áspero tormento  
10 acabe; o que mi vida se deshaga,  
la esperanza, el deseo; y osadía.  
Que en tanto mal ya falta el sufrimiento,  
y el crudo golpe de esta acerba llaga

a lo íntimo llegó de la alma mía.

<248. SESTINA II. Versión de B>

Al bello resplandor de vuestros ojos  
mi pecho abrasó Amor en dulce llama,  
y desató el rigor de fría nieve,  
que entorpecía el fuego de mi alma;  
5 y en los estrechos Lazos de oro y hebras  
sentí preso y sujeto al yugo el cuello.  
Cayó mi altiva presunción del cuello,  
y en vos vieron su pérdida mis ojos,  
luego que me rindieron vuestras hebras;  
10 luego que ardí, Señora, en tierna llama;  
pero alegre en su mal vive mi alma,  
y no teme la fuerza de la nieve.  
Yo en fuego ardo, vos heláis en nieve;  
y libre del Amor alzáis el cuello,  
15 ingrata a los tormentos de mi alma,  
que aun blandos a su mal no dais los ojos;  
mas siempre la abrasáis en viva llama,  
y sus alas prendéis en vuestras hebras.  
Viese yo, las doradas ricas hebras  
20 bañadas de mi llanto, si la nieve  
vuestra, diese lugar a esta mi llama;  
que la dureza de ese yerto cuello  
la lluvia ablandaría de mis ojos,  
y en dos cuerpos habría sola una alma.  
25 La Celestial belleza de vuestra alma  
mi alma enlaza en sus eternas hebras;  
y penetra la luz de ardientes ojos,  
con divino valor la helada nieve;  
y lleva al alto cielo alegre el cuello,  
30 que enciende el limpio ardor inmortal llama.  
Amor, que me sustentas en tu llama,  
da fuerza al vuelo presto de mi alma;  
y del terreno peso alzando el cuello  
inflamarás la luz de sacras hebras;  
35 que ya, sin recelar la dura nieve  
miro tu claridad con puros ojos.  
Por vos viven mis ojos en su llama,  
o Luz de la alma, y las doradas hebras  
la nieve rompen, y dan gloria al cuello.

<249. ELEGIA IV. Versión de B>



Si es ley de Amor que quien os ama muera,  
y pague con la vida la osadía  
mi pena, y muerte sea la primera.  
Mas si pretende Amor, oh Lumbre mía,  
5 que quien merece amaros siempre viva,  
por qué queréis matarme con porfía?  
Acabe ya, vuestra dureza esquivada,  
que no sufre razón tan gran crudeza,  
ni es bien, al tierno amante ser altiva.  
10 Si no merezco amar vuestra belleza,  
y buscáis con la muerte mi castigo,  
por ser indigno yo de tanta alteza;  
Este amoroso puesto es buen testigo  
de quien fue la ocasión de mi tormento,  
15 dando principio al mal que yo prosigo.  
Nunca osé levantar el pensamiento,  
a más que contemplar la hermosura,  
vuestro valor, y blando acogimiento.  
Nunca me confié de mi ventura  
20 tanto, que pretendiese tal victoria,  
siendo justo perder tal coyuntura.  
Vos disteis causa a mi primera gloria,  
vos pusisteis aliento a la esperanza;  
prometiéndome certísima memoria.  
25 Creí vuestro deseo, y la bonanza  
que vi en el mar quieto y sosegado,  
dióme vuestra amorosa confianza.  
Ahora veo, mi dichoso estado  
en miserable vuelto, y mi alegría  
30 en tristeza, y mi bien en mal trocado.  
No sé a quién yo me vuelva en mi porfía,  
que pueda consolarme en tal fortuna,  
sino a vos, enemiga dulce mía.  
Mis quejas os publico de una en una,  
35 muestróme mi pena, y lástima presente,  
y veo que mi mal os importuna.  
Estáis a mis tormentos inclemente,  
ingrata, esquivada, dura, y desdeñosa;  
y de vuestra memoria estoy ausente.  
40 Mi alma que con vos era dichosa, sin vos triste,  
sin vos es desdichada,  
sin vos de su dolor jamás reposa.  
No hay quien de mi pena lastimada  
no suspire, y no tenga descontento,

45 y vos estáis más cruda, y obstinada.

Oh Luz, gloria de Hesperia, y ornamento,  
criada por mostrarnos la belleza,  
del alto, y claro, y celestial asiento.

Mirad, que si en vos falta la terneza,  
50 perdéis parte mayor de vuestra gloria,  
y el más ilustre nombre de la alteza.

Sufriréis que os escriba la memoria  
por bella, y por cruel? oh Lumbre mía!  
no deis a tal pecado tal victoria.

55 Sed, pues que sois mi Luz hermosa, pía;  
dad a quien os adora algún consuelo,  
en premio de sus penas, y agonía.

No me dejéis morir con desconsuelo,  
de vuestra crueldad desesperado;  
60 baste el dolor sufrido, y su recelo.

Cómo sufrís que muera en tal estado  
quien era vuestro amor, vuestro contento,  
y dulcemente fue de vos tratado?

Mas si vuestra dureza y mi tormento,  
65 quieren cortar el hilo de mi vida,  
y esto es ya de los dos postrero intento;

En este breve espacio, y despedida,  
mostrad dolor alguno de mi muerte;  
en término tan áspero ofrecida.

70 Que después no habrá pena, o mal tan fuerte,  
que pueda deshacerme esta memoria,  
último bien de mi infelice suerte,  
y despojo dichoso de mi gloria.

<253. SONETO LIII. Versión de B>

Muestras de breve bien que huye luego,  
antes que la ocasión vuelva la frente,  
fueron las que el Amor halló presente,  
con que mi alma ardió en su eterno fuego.

5 Pero glorias de un niño solo y ciego,  
que presto las deshace un accidente,  
cómo pueden valer a un pecho ausente;  
que no sabe qué es tiempo de sosiego?

Alcé mis esperanzas sobre arena,  
10 que el viento aparta, y lleva sin concierto,  
y no temo los golpes de mudanza;

Cayeron, y el Amor, por mayor pena,  
quedó en las altas nubes descubierto;

con temor, y sin fuerza, y confianza.

<254. SONETO LIV. Versión de B>

Duro es este peñasco levantado,  
que no teme el furor del bravo viento;  
fría esta nieve, que el soberbio aliento  
del Aquilón arroja apresurado.

5 Más duro es vuestro pecho, y más helado,  
en quien la piedad no ha hecho asiento;  
ni el fuego de amoroso sentimiento  
en él jamás, por culpa vuestra, ha entrado.

Sordas las ondas son de aqueste río,  
10 pero más sorda vos, a mis clamores;  
que aún poco os pareció ser dura y fría.

Mas todo este dolor al pecho mío  
no causa tantas penas y dolores  
cuanto la soledad de la alma mía.

<255. ELEGIA V. Versión de B>

Los ojos que son luz de la alma mía,  
húmedos vi tornarse con lamento,  
la púrpura bañando, y nieve fría.

Un tierno y congojoso sentimiento  
5 con suspiros forzado, fatigaba  
el pecho, donde inspira Amor su aliento.

A la armonía, y llanto atento estaba  
el aire, suspendido el alto cielo,  
y a mí, junto con ella se quejaba.

10 Cuándo oyó tan suave canto el suelo?  
aunque tenga de Orfeo la memoria,  
y de Febo cubierto en mortal velo?  
Cuándo tuvo el Amor tan gran victoria?  
cuándo sintió el valor de su grandeza?  
15 sino en esta dichosa y sola gloria.

Qué piedad fue ver en tal tristeza  
los dulces ojos, que jamás vio tales  
la luz del rojo Sol puesto en alteza.

Los dulces verdes ojos celestiales,  
20 que entre la blanca nieve, y frescas rosas  
(a quien son las de Pesto desiguales)  
Esparcían las lágrimas hermosas,  
avivando el color con el rocío  
que cubría las flores amorosas.

25 Qué lástima, era ver, en el Sol mío  
el puro resplandor, que me encendía,  
amortiguado sin aliento y frío.  
Qué compasión mirar la gloria mía  
sujeta a un triste y miserable estado,  
30 y ver que Amor en ella padecía.  
No hubiera pecho (aunque de acero armado)  
que al dolor no entregara sus despojos  
de la aspereza en piedad trocado.  
El licor que bajaba de los ojos  
35 por los pechos, y veste variada,  
de lazos plateados, y de abrojos.  
En nieve con dureza congelada  
convertida su forma en la figura  
de una luciente perla bien tallada.  
40 No cría con tal Luz y hermosura  
en sí el rosado y oloroso Oriente  
perla de tan perfecta Compostura,  
Si tuviera esta perla refulgente  
Juno, de la alta Samo sacra Diosa,  
45 Paris le diera el premio fácilmente.  
Con esta fuera Venus más dichosa,  
y el resplandor más blanco de Diana,  
y de Febo la luz más poderosa.  
Llegué yo a esta mi perla soberana  
50 ay triste, inadvertido por mi daño,  
que su luz a mis ojos fue tirana.  
No me temí del amoroso engaño,  
no pude persuadirme a tal afrenta;  
no siendo de la ley de Amor extraño;  
55 A la luz que en mis ojos se aposenta  
iba para quejarme de la pena  
que la fortuna adversa le presenta.  
Cuando cerca del mal que Amor ordena  
miré con piedad, y confiado,  
60 la que todas mis glorias enajena.  
La luz, y el dulce resplandor nevado  
el corazón venció con su belleza,  
y la tomé en mis manos admirado.  
Lloroso y con temor de su tristeza  
65 me olvidé de la perla que traía,  
y a mi boca llevé con simpleza.  
Disuelta al punto, oh dura suerte mía,  
a las entrañas descendió, y en fuego  
se trasmudó la nieve dura y fría.

70 El corazón se abrasa ardiendo luego,  
como si por mi bella Luz no ardiera,  
y su calor dejome aun tiempo ciego.  
Oh crudo engaño, quién jamás creyera  
que en un cuajado y recogido hielo  
75 oculto un fuego líquido estuviera.  
Qué, fuera del Amor, virtud del cielo,  
pudo mostrar en lágrimas hermosas  
un nuevo efecto, nunca visto, al suelo.  
Estas lágrimas puras, y amorosas,  
80 eran fuego de Amor, eran mi muerte,  
estas lágrimas tiernas, y dichosas.  
Si estas pudo arrojar con triste suerte  
por los ojos, doblando el desvarío  
al pecho, que rindió su brazo fuerte,  
85 Si estas pudo enviar en hielo frío,  
conociendo en la luz de su belleza  
más virtud que en su fuerza, el Amor mío;  
Por qué quiere que viva en su dureza  
siempre sujeto, y preso, y engañado,  
90 pues no trató conmigo con llaneza?  
Mejor fuera, que ya que mal tratado  
debía yo vivir, en su tormento,  
me llevara al dolor sin ser forzado.  
Y no que con su fraude, y crudo intento,  
95 me robara la gloria de mi pena,  
dejándome en confuso sentimiento  
rebelde el cuello siempre a la cadena.

<258. SONETO LVII. Versión de B>

Formar quiso el artífice dichoso  
que vio vuestra belleza y lumbre pura  
al pensamiento igual la hermosura  
que hace el tiempo nuestro venturoso.  
5 La dulce gracia, el resplandor hermoso  
que dan púrpura y nieve en su pintura  
dio, y luz que venza a la tiniebla oscura,  
más que todos osado y temeroso.  
Pero la celestial sola belleza,  
10 las hebras de oro y la rosada frente,  
los ojos blandos, donde Amor se cría,  
no pudo, y justo fue que su rudeza  
no muestre gloriosa y excelente

vuestra beldad, oh ínclita María.

<267. SONETO LXIV. Versión de B>

Si el dulce y tierno canto Amor te inspira,  
si pone en tu memoria algún cuidado  
la luz que te guió en el mar turbado,  
torna, Amalteo, a resonar tu lira.

5 Por ti Betis al Tebro altivo admira,  
al Tebro con el Arno ya igualado,  
y entre puras estrellas colocado  
envidioso Erídano lo mira.

Contigo calla el coro de Helicon,  
10 que en su cristal se baña reluciente,  
y Amor pierde en tu olvido los despojos.

Yo, que tanto te estimo, la corona  
pido que no rehúyas a tu frente:  
así te miren sus hermosos ojos.

<270. SONETO LXVI. Versión de B>

Alfonso, vuestro noble y dulce canto,  
con quien suena del cielo la armonía,  
debiera celebrar de la Luz mía

las hebras de oro crespas que honro y canto.

5 Que yo muestro la fuerza de mi llanto  
y el bien que a mi esperanza se desvía,  
y solo el mal que Amor a la alma envía  
cuando mi ruda voz débil levanto.

No que a mi nombre humilde vida y gloria  
10 diera, que ya alza igual la altiva frente  
a quien ilustra el Arno puro y frío.

Mas si puedo estimar esta memoria,  
verá el templado puesto de Occidente  
que vuestro valor canta el Betis mío.

<280. ESTANCIAS II. Versión de B>

Oí el son del amoroso canto,  
hermosa Estrella mía, que yo veo  
en vuestra luz el fuego, en quien levanto,  
ardiendo prestas alas, al deseo.

5 Por vos no puede en mí el dolor y el llanto,  
y, lleno de la gloria que poseo,

hallo que en vos mi pena me disculpa  
y en mi dichoso mal estoy sin culpa.

Abrázame las venas este fuego;  
10 las junturas y entrañas abrasadas  
siento, y nervios arder y correr luego  
las llamas por los vasos dilatadas.

Mi llanto tiembla al fuego, y si sosiego,  
crecen las llamas, súbito alentadas;  
15 el fuego en la ceniza me revuelve  
y en lágrimas al pecho el Amor vuelve.

Cuando en vos pienso, en alta fantasía  
me arrebató, y ausente me presento,  
y crece, contemplandoos, mi alegría,  
20 donde vuestra belleza represento  
las partes con que siente la alma mía,  
enlazada en mortal ayuntamiento,  
y recibe en figuras conocidas  
al sentido las cosas ofrecidas.

25 Aunque en hondas tinieblas sepultado,  
y estoy en grave silencio y escondido,  
casi en perpetua vela del cuidado  
se me adormecen, y en el bien crecido,  
de esta memoria, con amor formado,  
30 se vencen, y allí todo suspendido  
el espíritu os halla, y tanto veo,  
cuanto pide el amor y mi deseo.

Con la grande igualdad que en la belleza  
vuestra halla mi alma semejante,  
35 que trasfigure en mí vuestra grandeza  
me fuerza, y a mí en vos, y del semblante  
de vuestra luz procede con ternura  
a los ojos de vuestro humilde amante  
un furor blando, en que perderme siento,  
40 y se dobla en la vista mi tormento.

Amor me hiere y hace que mi pena  
exceda a la que ha sido más terrible;  
anda de mí mi alma hecha ajena,  
sufriendo el mal, que amor es imposible.  
45 Solo estoy do mi alma se condena,  
y estoy do al mortal cuerpo no es posible;  
do estoy no estoy, y estoy do no me veo,  
y véome do estar siempre deseo.

Casi sin esperar, mi bien, os temo,  
50 y en temor infinito os sirvo y amo  
con infinito amor, y en tanto extremo

más desconfío cuanto más me inflamo;  
y mi desconfianza en lo supremo  
se halla del dolor, pero si llamo  
55 la esperanza al favor, se me retira,  
y lejos de salud mi empresa mira.  
Padezco yo por vos sin esperanza  
y menos me debiera si gozara  
el dolor de mi mal en confianza,  
60 porque por mi provecho ya penara  
y no por el valor que la alma alcanza;  
y esta suerte de mal me es dulce y cara,  
porque gozo mis glorias, apartado  
de remedio, en la pena del cuidado.  
65 Tengo esperanza de dolor, y tengo  
por ella alguna cuenta de esta vida  
que aborrezco, y las penas que sostengo  
deseo, por ser vos de ellas servida;  
y aunque me tratan mal las entretengo  
70 y en medio de mi alma doy cabida,  
y duéleme perder la vida y ellas,  
porque mereceré el dolor con ellas.  
Aunque perder la vida me asegura  
mis trabajos, no tomo algún contento,  
75 porque es mi gloria verdadera y pura  
acordarme quién causa mi tormento;  
mas luego Amor sus alas bate y jura  
que el bien que dará el mal del pensamiento  
es la muerte, pues ve que la memoria  
80 de quien me olvida, alabará mi gloria.  
No tengo de vos bien sino el cuidado  
que siente el corazón, y es mejor parte  
esto del mayor precio y estimado,  
que vuestra corta piedad reparte;  
85 y téngolo en secreto tan guardado,  
que jamás daré de él alguna parte;  
que solo nací yo para tenello  
y él para darme muerte en merecello.  
Yo no esperé algún bien cuando mis ojos  
90 os dieron de su alma la victoria,  
los males esperé de mis despojos,  
y gusta tanto de ellos mi memoria,  
que ya no trocaré de mis enojos  
el menor por el bien de mayor gloria  
95 que no venga de vos, y en ellos vivo  
tan hecho, que al descanso estoy esquivo.



Contento estoy, pues el dolor no muere,  
que nazca más dolor de vuestra mano,  
porque me quede más razón do espere  
100 merecer el tormento soberano;  
y ya no podrá Amor que desespere  
quien ve que su osadía no fue en vano,  
no para confiar de bien que venga,  
mas para que en la pena otro mal tenga.

105 Quien nació como vos tan extremada  
y de tanto valor y tan hermosa,  
¿cuál alma dejará no condenada  
a la llama de Amor maravillosa,  
y qué vida a serviros no obligada;  
110 y qué pena daréis, que gloriosa  
no sea más que el bien de la más bella,  
si alguno os osa amar, mi pura Estrella?

    Mi gloria es y galardón crecido  
que os acordéis que, aunque por vos yo peno,  
115 haciendo lo que debo en lo servido,  
de esperanza de premio estoy ajeno;  
que en acetallo queda agradecido  
cuanto en serviros tiene Amor por bueno;  
y no que vos lo agradezcáis, señora,  
120 que no se debe tanto al que os adora.  
Deuda es de Amor, a quien estoy obligado,  
que por pagalla gloria no merezco,  
mas mucha pena que tendrá el cuidado  
cuando el dolor huyere, a que me ofrezco.

125 Si no la satisfago estoy culpado,  
y no la pago en cuanto mal padezco.  
A perderme aventuro de tal suerte,  
que gano de mi vida viva muerte.

    El galardón que aguarda la fe mía,  
130 en fin de los trabajos que ha sufrido,  
es quedar con más fuerza y agonía  
otro para pasar más extendido.

    Amenázame un mal y se desvía  
por dar lugar al mal que ve encendido;  
135 quien parece más grave no me mata,  
porque de otro mayor se desbarata.

    Ausente en soledad me huelgo tanto  
por el mal que me hace mi tristeza,  
que no tengo otra gloria de mi llanto  
140 sino pensar mi mal y su dureza.  
Las horas que pasé y el tiempo canto

del bien; y puesto solo en su aspereza,  
pienso lo que ya fui, y en ello espero,  
que en lo que soy agora desespero.

145 Aquí estoy y de mí en olvido puesto  
por acordarme el daño que me hace  
vuestra belleza, y este ausente puesto  
con más cuidado mi pasión rehace  
el mal que se me debe más molesto.

150 Tal estoy que me alegra y satisface,  
porque es más agradable lo dañoso  
a quien en ello siente algún reposo.  
Con aquella grandeza y hermosura  
y majestad, contemploos, mi ausencia,

155 tierna en oírme, en responderme dura;  
y como si me viese en la presencia,  
temo vuestro desdén, que me procura  
la muerte, que consiento con paciencia;  
porque no mereciendo fui osado,

160 aunque en belleza tal no estoy culpado.  
Si os acordáis de alguna breve  
muestra de vuestra hermosura esclarecida,  
a ella daréis la culpa y será vuestra  
la osadía, en mi alma merecida.

165 Sea, si vos sufrís, la culpa nuestra;  
sea la pena sola de mi vida  
y el error cometido a esa grandeza,  
que con él valdrá en parte mi firmeza.  
Merezca piedad, tan corta y justa,

170 la voluntad con que me hace vuestro,  
que será vuestra voluntad injusta  
si no dais al Amor el honor nuestro;  
mas si vuestra crudeza y desdén gusta  
de mi muerte, bañad el brazo diestro

175 con duro hierro en sangre de mi pecho,  
que yo seré del daño satisfecho.  
Premio honesto será de mi osadía,  
que muerto de esa bella y dulce mano  
no sentiré más males y agonía,

180 ni veré contra mí al Amor tirano;  
pero vos sentiréis en algún día  
(si esto sintiere un pecho soberano)  
la pérdida que de ello solo os viene,  
aunque en vos poca fuerza el perder tiene.

185 Haced cuanto os agrada y os enseña  
aquesa vuestra condición esquivá;

cercad el corazón de dura peña,  
mostrad despojos míos siempre altiva,  
porque de vuestro amor sigo la seña.  
190 En tanto que en mortal prisión yo viva,  
tan bien os quiero, que ninguna pena  
hará mi voluntad de vos ajena.  
Si lástima os moviere al dolor mío,  
sea por aquel bien do estuve puesto,  
195 no por el mal que sufro en quien porfío,  
pues de mi grado me es y fue molesto.  
Mira, mi bien, cuánto en mis males fío,  
que no salir de sujeción protesto,  
y si con esto pienso que os obligo,  
200 sedme vos y el Amor fiero enemigo.  
Si alguna vez me trae a la memoria  
la fantasía cómo en vano peno,  
téngola por ingrata a la victoria,  
y gozo en aquel tiempo de amor lleno.  
205 Sin fe la llamo y hallo por más gloria  
estar de ella apartado y hecho ajeno,  
hasta que se contenta con mis males  
y me muestra del daño las señales.  
Mas ¿para qué me quejo del tormento  
210 si os agrada mi pena y os contenta;  
si el dolor da tal bien al pensamiento  
que alegre de su mal os representa  
dichoso mi trabajo y sufrimiento,  
que en las llamas más vivas me sustenta?  
215 Dichoso yo que abraso mis entrañas  
de amor y vos mostráis vuestras hazañas.  
Vuestra belleza tanta fuerza tiene  
conmigo, que me pierdo más por ella,  
y mi valor tan desigual os tiene,  
220 que aun la pena no debo merecella.  
Que os acordéis de mí, mal os conviene,  
que aun eso no merezco, mi Luz bella,  
sino para hacer en mis dolores  
otros no usados males y mayores.  
225 Ni veo en mí merecimiento alguno,  
ni dignidad que valga a la grandeza,  
que presumido llegará ninguno  
en osadía, intento y en firmeza  
que pueda en mi favor ser oportuno  
230 para valer servir vuestra belleza,  
si no es el grande amor que solo os tengo,

por quien en precio a compararme vengo.

Bien sé que esta osadía no merece  
buen fin, pues que vale amar pretende;  
235 más justo es que se admita, pues padece  
la pena que en su falta amando entiende.

Que si vuestro valor le favorece,  
en su fuego inmortal Amor la enciende;  
mas ¿qué ya no merece quien os ama?  
240 ¿Qué temerá quien arde en vuestra llama?

Debeisme mucho, pues que no he perdido  
con la dificultad la confianza;  
mas ¿qué mal dañará al pecho atrevido  
en quien vos y el Amor pone esperanza?

245 Si en peligrosas ondas sacudido  
temí desesperado de bonanza,

Amor me desampare, que el cuidado  
jamás temí, aunque me vi olvidado.

En señal de mi daño, si os agrada,  
250 permitid, vos, señora, mi osadía;  
mostrad con luz serena y sosegada  
los ojos, que me vuelven la alegría,  
porque en mortal trabajo, desmayada,  
no derribéis esta esperanza mía;

255 pero ¿si vos no consentís mi gloria  
y ponéis en olvido mi memoria?

Aunque no lo merezca el pensamiento,  
siempre a vuestros deseos enseñado,  
a vuestra condición busca el tormento  
260 y último fin al corazón cansado.

Porque jamás me quede sentimiento  
y queja de no haberos agradado,  
mis males pido solos y mi engaño,  
y vos quedad contenta de mi daño.

<284. SONETO. Versión de B>

Ahora que cubrió de blanco velo  
el oro la hermosa Aurora mía,  
blanco es el puro sol y blanco el día  
y blanco es el color del claro cielo.

5 Blancas tus flechas son, que yo recelo,  
tu arco blanco y rayos de alegría,  
Amor, con que me hieres a porfía;  
blanco es tu ardiente fuego y frío hielo.  
Mas ¿qué puedo esperar de esta blancura,

10 pues que su blanca nieve el tierno pecho  
tiene contra mi alma defendido?  
¡Oh beldad sin amor, oh mi ventura!,  
que ardo yo en mi fuego satisfecho  
y muero en nieve fría convertido.

<288. SONETO. Versión de B>

Los ojos levanté yo, descuidado  
de mi futuro daño y cierta pena;  
el cuello suelto ya de la cadena  
que me trajo algún tiempo apremiado.  
5 Y queriendo mirar (¡ay duro hado!)  
el resplandor de aquella Luz serena,  
en quien Amor a fuego me condena,  
de quien con flechas tiene el arco armado,  
los suyos en los míos se encontraron  
10 y luego con la fuerza de su fuego  
sentí la dura flecha, el duro engaño.  
Herido y ciego, ardiendo, me dejaron,  
y mi tormento en ellos se vio luego,  
con Amor conjurados en mi daño.

<289. SONETO. Versión de B>

Eustacio, yo seguí al Amor tirano,  
esperando en su fe por dolor mío;  
que al hielo intenso, al riguroso estío  
busqué el descanso prometido en vano.  
5 Veo ahora huirme de la mano  
las ocasiones, y aunque en este frío  
invierno doy mi llanto al patrio río,  
lo hallo contra mí más inhumano.  
Vos, a quien Febo dio la dulce lira  
10 y la arte gloriosa de Melampo,  
buscad consuelo alguno a vuestro amigo.  
Que el remedio de aquella que suspira  
por su cruel belleza el frigio campo,  
por ventura tendrá valor conmigo.

<291.ELEGÍA. Versión de B>

Hermoso y rubio Febo, que escondido  
en el seno argentado de Occidente,  
dejas el suelo nuestro oscurecido;  
si a las rosadas puertas de Oriente  
5 esparcieres los puros rayos de oro  
con nueva luz de roja y alta frente,  
encubre el resplandor de tu tesoro,  
que hoy vi las luces do perdí, herida,  
mi alma en la belleza y bien que adoro.  
10 Ya pasó mi dolor, ya sé qué es vida;  
ya puedo esperar bien en mi tormento,  
sin recelar mi muerte aborrecida.  
Verás de tu sublime y rico asiento  
las trenzas crespas, en que estoy enlazado,  
15 sueltas al espirar del manso viento;  
los ojos, do Amor yace venerado,  
el semblante, que en púrpura y en nieve  
dulcemente parece estar mezclado.  
Pero sea la vista en tiempo breve,  
20 que si tu Luz en ella se detiene,  
hará que Amor sus flechas en ti pruebe.  
Dar claridad al orbe te conviene,  
y no ciego de aquella Luz hermosa  
que en tinieblas profundas te condene.  
25 solo para mi alma venturosa  
se concedió el amor de su belleza,  
la vida dulce y muerte gloriosa.  
Sienta el persa animoso mi riqueza  
y quien de Idaspes bebe la corriente  
30 y del dorado Ganges la grandeza.  
Mi gloria vaya a la escondida fuente  
del fértil Nilo, imitador del cielo,  
Y a la apartada inculta y nueva gente.  
Pues entre cuantos ciñe el mortal velo,  
35 que las leyes de Amor hayan seguido  
desde la Aurora a nuestro hesperio suelo,  
yo el más dichoso y cierto amante he sido,  
y mi Luz entre todas la más bella,  
aunque el troyano estrago ha sucedido.  
40 No tiene el alto polo clara estrella,  
bien que estime la esposa de Perseo  
y a quien del falso griego se querella,  
igual a esta mi Luz, que alegre veo  
tender los rayos blandos a mis ojos  
45 y contiende en el mío su deseo.

Que de mi largo afán de mis enojos  
escondió la ocasión, y, dulcemente,  
descubrió la esperanza a mis despojos.

Ya mi alma el ardor divino siente  
50 con efectos de amor, y, renovado,  
el regalo después del mal ausente.

Vi su pura belleza, y, alterado  
el ánimo, el placer me confundía,  
y la voz me dejó desamparado.

55 Llegó todo mi bien con alegría,  
vime con piedad favorecido  
y escuché el dulce acento y armonía.

Si del cielo me fuese concedido  
levantar en imperio el nombre mío,  
60 con diadema y cetro esclarecido,  
y el Indo ardiente, el Trace áspero y frío  
sujeto fuese a mi poder, y el fiero  
que riega de Danubio el alto río,  
sin esta bella Luz por quien espero  
65 morir, si Amor me ofrece tanta gloria,  
ni estimo la corona ni la quiero.

Más deseo sin fama y sin memoria  
estar en pobre y solo apartamiento,  
cantando de mi bien la rica historia,  
70 que con ella viviera más contento.  
Y sé bien que me diera con su lumbre  
gloria al dolor y grave mal que siento,  
y a mi nombre lugar en alta cumbre.

<295. CANCION. Versión de B>

Desciende de la cumbre de Parnaso,  
con grave y noble y consonante lira,  
cantando dulce, ¡oh tú, inmortal Talía!,  
y nuevo aliento al pecho mío inspira,  
5 aquí, donde el torcido y rico paso  
Betis corriente al hondo mar envía;  
porque de la voz mía  
suene el canto y florezca la memoria  
hasta el rosado puesto de Oriente,  
10 y donde a Libia ardiente  
el sol abrasa, y con perpetua gloria  
el nombre eterno de la ilustre planta,  
que de Córdoba y Serda se levanta,

crezca, y dé honra al Céfiro dorado  
15 este sacro lucero venerado.

Las victorias, trofeos levantados  
en los desnudos robles, el sangriento  
suceso del feroz armado Marte,  
las alzadas banderas en el viento,  
20 los presos, los imperios conquistados  
con ánimo, prudencia, fuerza y arte,  
que dieron tanta parte  
de la rota y herida y muerta Francia  
al primero Fernando glorioso,  
25 que al turco belicoso  
rompió en el alto Jonio la jactancia  
y en Italia ganó el soberbio nombre  
con más valor que cabe en mortal hombre,  
con alas de encendida y viva gloria  
30 a Europa y Asia muestra su memoria.

El ánimo del nieto esclarecido,  
igual en nombre y en virtud y en fama,  
que perturbó de Enrico la braveza,  
como de Febo la luciente llama  
35 que deshace al nublado oscurecido,  
así se extiende lleno de grandeza  
puesto en mayor alteza,  
siguiendo al blando Apolo y a Belona,  
y de lauro y de yedra floreciente,  
40 a su sagrada frente  
doblada ciñe, y orna la corona;  
pero tratar de su valor famoso  
pertenece a un espíritu dichoso;  
mas ¿qué, si canto yo la soberana  
45 Francisca, al uno nieta, al otro hermana?  
¡Oh alma llena de valor y gloria,  
ilustre muestra de real grandeza,  
a quien el favorable y largo cielo  
sus dones entregó con su riqueza  
50 y en vos sola ocupó nuestra memoria,  
que igual no ve la luz que nació en Delo;  
el nuestro hesperio suelo  
a vuestra deidad consagra un templo,  
de ingenio, de virtud, prudencia rara,  
55 cual el que dedicara  
Atenas generosa con ejemplo  
a la armada doncella que sin madre  
nació de la cabeza de su padre!



Y no es mucho que igual esta honra sea,  
60 pues se os rinde la virgen Atenea.  
De vos procede, ¡oh sola luz de España!,  
la divina virtud que mi deseo  
inflama en nuevo ardor y glorioso.  
Ya debajo mis pies la tierra veo,  
65 y el ancho y largo Ponto que la baña,  
cortando el campo llano y luminoso,  
y veo en el dichoso  
sol de vuestro valor y en las estrellas  
cuanta grandeza en sí contiene el cielo  
70 que os cubre el mortal velo,  
y vuestras alabadas obras bellas;  
y en vuestro resplandor contemplo atento  
el ser, virtud, el claro entendimiento,  
y hallo la celeste hermosura  
75 que espira en vuestra lumbré excelsa y pura.  
Como el ardiente sol la antigua tierra  
con sus rayos alumbra y enriquece,  
haciendo el campo fértil, selva y prado,  
que con sus varios dones reflorece  
80 y en su seno los frutos nos encierra,  
tiene así el resplandor claro y sagrado  
nuestro ingenio ilustrado,  
y produce, esparciendo su riqueza,  
el fruto del espíritu divino  
85 con valor peregrino,  
y celebra las obras de grandeza  
con alta, insigne y gloriosa lira;  
y tanto en vos descubre que se admira,  
porque halla encerrado en vos el cielo  
90 y altivo de ello y arrogante el suelo.  
Todo cuanto al terreno cuerpo alienta,  
por la virtud eterna fabricado,  
en vos se halla con igual efecto.  
Vos sois ejemplo a todo lo criado;  
95 de vos la tierra vive, y se alimenta  
el mar, el aire y fuego más perfecto;  
que con valor secreto,  
a tierra, a mar, al aire, al puro fuego,  
cual la virtud del cielo, y las estrellas,  
100 son vuestras obras bellas  
la tierra, el mar, el aire, el puro fuego.  
¡Oh glorioso cielo en nuestro suelo!  
¡Oh suelo glorioso con tal cielo!

¿quién podrá celebrar vuestra grandeza?

105 ¿Quién osará alabar vuestra belleza?

Vuestro valor eterno y soberano  
excede a nuestro rudo entendimiento  
y ciega vuestra luz resplandeciente  
los ojos del humano sentimiento.

110 Yo (aunque el sagrado Amor me da la mano)

temo del hondo Pado la corriente  
y el mar que dentro siente  
del atrevido joven la caída.

No soy el insolente Salmoneo

115 que con vano deseo

imitó el rayo que abrazó su vida.

Cuanto ve el sol y cuanto el cielo cubre,

todo en vuestra alabanza se descubre,

y toda se presenta a gloria vuestra

120 la ingeniosa y clara madre nuestra.

¿Qué puedo, pues, yo dar a la grandeza

del inmortal vigor, porque las flores,

las perlas que enriquece el Oriente

y de Arabia dichosa los olores,

125 es don pequeño a la sublime alteza?

Daré a su templo de mi pecho ardiente

el corazón caliente,

que se abra en sus aras ofrecido;

la libertada voluntad sujeta,

130 si puede ser acepta

al valor y al ingenio esclarecido ;

si es poco, daré la alma, y si tuviera

otra cosa mayor, también la diera.

Que su lumbre será felice guía

135 a la voz simple de la musa mía.

Canción, de puro afecto

hecha, aunque indigna puesta ante sus ojos,

di con humilde frente:

"A vuestra gloria ofrece estos despojos

140 quien venera el valor vuestro excelente."

<299. SONETO XCI. Versión de B>

Alma, que ya en la luz del puro cielo  
ardes de santo amor; a quien suspira  
tu ausencia, con suaves ojos mira,  
y alienta a que levante el débil vuelo.

5 Ceñida en torno de purpúreo velo,  
en mi lloroso pecho el fuego inspira;  
porque sin odio, sin temor, sin ira  
desprecie el vano amor del frágil suelo.  
Lloré yo tu partida, amé tu gloria,  
10 y en tu último dolor creció mi pena;  
para seguir contigo el mismo hado.  
Si el amor te renueva la memoria;  
en esta sombra ven con faz serena  
a consolar el corazón cansado.

<301. SONETO. Versión de B>

En este prado y soledad desierta,  
que tiene en temor triste el viento airado,  
del caudaloso Betis apartado,  
considero mi estado y vida incierta.  
5 Hallo del grave Amor la vía abierta,  
que para mi tormento ha levantado;  
espacio largo veo y no tratado,  
difícil la salud, la muerte cierta.  
De lejos aún no veo árbol desnudo  
10 que no sea león, y siento a la ora  
cuajárase la sangre al pecho fría.  
No hay quien ya no sienta el dolor crudo  
que mi alma padece en esta hora,  
que rehúye mirar la luz del día.

<302. SONETO. Versión de B>

Luces llenas de amor, en quien colora  
los rayos de oro Febo y las estrellas,  
con vuestra claridad quedan más bellas  
en la primera sombra y nueva Aurora.  
5 ¿Qué oscuridad os turba y descolora  
y desmaya el vigor de esas centellas?  
¿Por qué con viva fuerza ardiendo en ellas  
el pecho no abrazáis del que os adora?  
Con llanto sí podrá, amorosos ojos,  
10 tener vuestra belleza oscuro velo,  
cual nube rara al sol que esté encendido.  
Después que al dolor dais estos despojos,  
se cubre Amor de luto y queda el cielo  
en tiniebla, confuso y escondido.

<304. SONETO. Versión de B>

En alto y bravo mar, sin luz alguna,  
con tempestad contraria y fiero viento,  
mi nave abierta está, y airado siento  
en mi daño, Arellano, la fortuna.  
5 Ya esperanza de bien tengo ninguna,  
que aun esto no se debe al pensamiento;  
la fuerza y arte falta, y el tormento  
de la presente muerte me importuna.  
Pues el amor me deja y niega el puerto  
10 que veo en las reliquias de mi nave,  
que el mar lleva esparcidos mis despojos,  
la veste y armas de este amante muerto,  
que restan del naufragio duro y grave,  
consagrada mis dulces verdes ojos.

<305. CANCIÓN. Versión de B>

De las más bellas trenzas y doradas  
que jamás vio el sol claro, estoy ausente,  
entre estas peñas, solo en el desierto,  
que mis quejas responden tiernamente.  
5 De las más bellas luces y sagradas  
estoy en soledad, de bien incierto,  
y puesto en dolor cierto.  
De aquellas hebras bellas  
y hermosas estrellas  
10 mi fortuna cruel, mi suerte dura  
me aparta en larga, en fría noche oscura.  
Amor, llévame aquel cabello y ojos  
de cuya hermosura  
fui y soy y seré siempre los despojos.  
15 No son más relucientes y encendidos  
cuando más rojos son en claro día  
los puros rayos del sol alto ardiente,  
que son de la enemiga dulce mía  
los filos, enlazados o esparcidos  
20 por la serena, blanca y limpia frente;  
donde el Amor presente  
la red dorada ordena,  
la entrenzada cadena

al alma, que merece ser vencida,  
25 y sufrir satisfecha y bien perdida  
el dolor amoroso y el tormento  
que le da eterna vida,  
cual me da en mi trabajo el sufrimiento.  
Las llamas del purpúreo abierto cielo,  
30 con quien la noche sola se corona  
de lucientes figuras adornada,  
componiendo en su frente una corona  
de vario resplandor, que ilustra el suelo,  
vence mi Luz, de rayos inflamada;  
35 do tiene Amor formada  
toda su mayor gloria,  
su imperio, su victoria,  
y con doradas flechas en la mano  
en ella se descubre ser tirano,  
40 y al dulce centellear de luz ardiente  
no deja pecho sano,  
que cuanto mira hiere crudamente.  
Cuando crece la sombra y mengua el día,  
el fuego del Amor con mayor fuerza  
45 me abrasa, y yo no hallo en dolor mío  
remedio alguno, que mi mal se esfuerza  
en esta miserable suerte mía;  
y de mis ojos va un lloroso río  
que en el invierno frío  
50 la condensada nieve  
disuelve en tiempo breve;  
mas de los ojos blandos la terneza  
y el resplandor ilustre de belleza  
podrían mitigar su fuerza ardiente,  
55 si en esta mi tristeza  
no estuviese apartado, solo, ausente.  
Amor no dulce, sino Amor amargo,  
¿con qué virtud me tienes, que no muero  
de mi hermosa Estrella no alumbrado?  
60 ¿A do está el bien? ¿A do el favor primero?  
¿Qué tiempo es este de destierro largo?  
Los ojos, de mí todo transportado,  
vuelvo al puesto sagrado,  
donde está la Luz mía,  
65 y allí, suspenso, el día  
paso y la noche en mísero lamento,  
y mi deseo, alzando el pensamiento,  
llévame a contemplar mi Luz, qué hace,

y si mi apartamiento  
70 le agrada, si mi mal le satisface.  
Mil cosas imagino que deseo;  
hácelas verdaderas la esperanza,  
último bien del amador mezquino.  
Hallo siempre razón y confianza  
75 de conseguir el bien de mi deseo.  
Ya corre el pensamiento sin camino  
por el error contino  
de mi antigua fortuna.  
Halla tal vez alguna  
80 muestra de su dolor, y teme y huye,  
y el pasado contento se destruye,  
y por el mismo paso que ha llevado  
entrar luego rehúye:  
tal va de su temor, triste y cuitado.  
85 ¿Qué podré yo hacer en tal extremo,  
pues me obliga mi suerte a mi tormento,  
sino sufrir el mal que Amor me diere?  
Hecho estoy al dolor y al sufrimiento,  
y, primero que venga, el daño temo,  
90 y espero cuanto su dureza quiere.  
Y aunque cruel me hiere,  
no servirá que quiera  
rehusar la carrera.  
Haga, pues, el dolor en mí su oficio,  
95 Y Amor crudo y sangriento su ejercicio;  
que no podrá el tormento ser más fuerte  
que hacer sacrificio  
a la ara de mi Lumbre con mi muerte.  
solo permite, ya que estoy ausente,  
100 quejarme de mi mal a este desierto,  
primero que a la espada entregue el cuello  
y el cuerpo al fuego que me tiene muerto,  
y mis perdidas glorias que recuente,  
cuando el dorado lazo del cabello  
105 crespo, sutil y bello  
en mi cerviz se puso,  
dejándome confuso,  
y que imprima la causa de mi afrenta  
en esta arena estéril y sedienta,  
110 y, repitiendo de principio el daño,  
haré que el campo sienta,  
pues solo estoy, la fuerza de mi engaño.  
Será el desierto y mi dolor testigo

de mi liviana culpa y grave pena,  
115 y cuán en vano, triste, me lamento;  
porque quien a la muerte me condena,  
ingrata y dura y áspera es conmigo,  
y siempre va doblando mi tormento.

Mas si el dolor que siento  
120 turbase por un día  
esa enemiga mía  
y me llevase ante sus bellos ojos,  
serían gloria todos mis enojos;  
y por el bien de verme en tal estado,  
125 querría ser despojos  
de ausencia y de temor y de cuidado.  
Amor, yo muero solo en el deseo,  
y aunque es mi dolor grave y trabajoso,  
huelgo, que de la causa porque muero  
130 querrías tú morir envidioso.  
Si doy en gloria y en amor primero,  
tal es mi mal, que tú tendrías por bueno  
no morir como yo, muriendo, peno.

<SONETO CV>

Temerario Pintor, por qué di, en vano,  
te cansas en mostrar la hermosura  
de la excelsa Heliadora; y la luz pura,  
y el semblante amoroso, y soberano.  
5 Será trabajo el tuyo sobrehumano,  
que no debe esperar lo que procura;  
mas cuándo ofreció el cielo tal ventura  
al rudo conseguir de mortal mano?  
Si tú muy confiado en la grandeza  
10 de toda la beldad que espira en ella,  
osares descubrir alguna parte,  
Pinta la misma imagen de belleza;  
y si puede imitar las luces de ella  
habrás llegado a perfección de la Arte.

<311. SONETO CIV. Versión de B>

Aquel sagrado ardor que resplandece  
en la belleza de la Aurora mía,  
mi espíritu moviendo, al pecho envía  
la pura imagen, que en mi alma crece.  
5 En ella está afijada; y de allí ofrece

al pecho su valor en compañía;  
y de sí misma efectos altos cría;  
con que me ingenio y nombre se engrandece.

Vuelo tan alto que con rayo fiero  
10 o con ardiente Sol fuera impedido;  
si no me diera aliento mi Luz pura.  
Mas ya que muero, como siempre espero;  
ni en Mar seré, ni en Río sumergido;  
que el mundo me será la sepultura.

<316. SONETO CIX. Versión de B>

Quien la luz de belleza amando adora,  
si quiere ver la vuestra, al Sol dorado  
y al lucero de Venus estimado  
mire; y la claridad de blanca Aurora;  
5 Los rayos que esparciendo muestra Flora;  
de Diana el semblante venerado;  
el valor, la grandeza, ingenio, estado;  
y cuanto el ser humano en sí atesora.  
Que en ellos vuestra alteza y hermosura  
10 verá, y la Aurora, y Flora, y Sol vencido;  
y rendirse el lucero con Diana.  
Mas si hermosa blanca la luz pura  
volvéis, de Casto amor dirá encendido  
que sois toda inmortal y soberana.

<323. SONETO. Versión de B>

La red, la hacha, el amoroso dardo  
que en la belleza de mi Lumbre veo,  
dieron de mí al Amor justo trofeo  
y al fuego me llevaron en que ardo.  
5 Jamás a presa tan veloz el pardo  
se vio como el amor de mi deseo.  
Yo resistí por mal y no deseo  
ser ya contra sus fuerzas más gallardo.  
El brío y libertad del pensamiento.  
10 las vanas esperanzas de victoria

<333. SONETO. Versión de B>

Grande fue, aunque infelice, tu osadía,



oh valeroso hijo de Climene,  
que por guiar el carro que contiene  
la ardiente luz que da color al día,  
5 del rayo muerto en la intentada vía,  
Eridano en sus ondas te sostiene,  
hecho claro sepulcro, cual conviene  
a la muerte que Júpiter te envía.  
Mas yo que el glorioso fuego y lumbre  
10 de mi sagrado Sol y rayos de oro  
siempre esperé regir con diestra suerte,  
caí herido de mi excelsa cumbre  
con desdeñoso rayo, y mi tesoro  
perdí en vida, sujeto a dura muerte.

<355. SONETO. Versión de B>

Tú, que de nuestro Betis extendido  
por el Tebro dejaste el rico llano,  
y aquella gloria del valor romano  
miras en el sepulcro del olvido,  
5 ¿por ventura del yugo sacudido  
la cerviz libre muestras, y el tirano  
Amor prueba sus flechas en ti en vano,  
o en nuevas llamas ardes encendido?  
Que yo en la patria sin mi bien me veo,  
10 triste, preso, herido, solo, ausente,  
y siempre perseguido de un cuidado.  
Sin esperanza vivo con deseo  
y apena de este río la corriente  
descubro el mal que sufro no cansado.

<359. SONETO. Al Conde de Gelves. Versión de B>

Señor, si este dolor del mal que siento  
yo veo quebrantado en mi memoria  
y olvidada la triste y grave historia,  
dura ocasión de todo mi tormento,  
5 de España con voz alta y noble aliento  
cantaré los triunfos y victoria,  
y alzando al cielo igual su eterna gloria  
daré a vuestro valor insigne asiento.  
Mas unas encrespadas trenzas de oro,  
10 un resplandor divino, una armonía  
y gracia nunca vista en nuestro suelo;  
una belleza a quien suspenso adoro,

impiden esta altiva empresa mía,  
y en su furor que llevan hasta el cielo.

<361. CANCIÓN. Versión de B>

Oh clara luz y honor del Occidente,  
espíritu real, do puso el cielo  
cuanto valor contiene su grandeza,  
a quien, cubierta en oro, el vario velo  
5 y en la púrpura ilustre de Oriente,  
la gloria esparce toda su riqueza;  
si el inmenso dolor de mi tristeza,  
que me obliga a cantar la grave pena  
que aborrezco y procuro,  
10 me dejase algún tanto ya seguro  
del fuego ardiente que en mi pecho suena  
y del rigor del golpe áspero y duro  
que me condena a doloroso llanto  
y a perpetua cadena,  
15 en honra vuestra levantara el canto.  
Mas yo siguiendo voy, con paso incierto,  
en noche oscura y en turbado día,  
por difíciles pasos no tratados,  
lejos el resplandor de la Luz mía,  
20 que me lleva a morir en temor cierto,  
adonde solo entraron desdichados:  
que esto es premio a mis penas y cuidados.  
Ya en la doblada imagen espartana  
la coronada frente  
25 muestra la cuarta vuelta el sol presente,  
después que Amor y Venus soberana  
me llevaron al jugo obediente.  
Jamás sonó de allí mi triste lira,  
que mi dolor no se a...  
30 y el desdén de mi Luz y ardiente ira.  
Los despojos, los arcos, la memoria,  
las columnas del fiero armado Marte,  
los trofeos alzados, que en rocío  
sangriento manan; la destreza y arte  
35 que a fuertes capitanes da la gloria  
que en sus ondas bañó mi patrio río,  
a que aspiraba el rudo canto mío,  
oscurecidos quedan en olvido.  
Solo es amor mi canto,  
40 los ojos bellos y oro puro canto.

¡Tal me tiene el Amor preso y rendido  
y sujeto a la fuerza de mi llanto!  
Recíbeme la noche y deja el día  
celebrando perdido  
45 la hermosura de la Lumbre mía.  
Aquel que el glorioso y rico lauro  
inflamó de sus verdes hojas de oro,  
que con suave y noble y docta lira,  
igual de Grecia y de Castalia al coro,  
50 suena en el Indo piélago, en el Mauro,  
y con el canto al mismo Febo admira,  
y osadamente a levantarse aspira  
con felice armonía a la memoria  
del valor escogido,  
55 con puro y alto espíritu encendido,  
y de las almas claras con victoria;  
aquel a vuestro ingenio esclarecido  
puede esculpir en el pintado cielo  
con inmortal historia,  
60 que no mi canto, ajeno de consuelo.  
El peso inmenso y movimiento ardiente  
sustenta grave apena el grande Atlante,  
su revuelta sintiendo presuroso.  
Yo, que no soy tan fuerte y tan constante,  
65 temo caer con él y, juntamente,  
dar fama a mi deseo peligroso,  
y morir como Eridano animoso,  
de aquel paléneo espíritu abrasado,  
en la corriente undosa  
70 llamada de su nombre, do en llorosa  
honra el antiguo electro fue engendrado.  
Su caso acervo y muerte lastimosa  
aparta mi esperanza y mi deseo,  
y el miserable hado  
75 de quien rigió el caballo de Perseo.  
Vuestro valor excelso, la grandeza  
del ánimo, el ingenio levantado,  
la gloria propia, el generoso intento  
a Esmirna y Mantua hubiera ya cansado  
80 y del cisne Dirceo aquella alteza  
de no imitado vuelo y grave acento,  
y de Olmeo al sagrado ayuntamiento,  
¡cuánto más una pobre, estéril vena!  
aunque el oro abundoso  
85 que Hermo vuelve en sus ondas y el dichoso

Tajo con reluciente y rica arena  
y de Hidaspes dorado el curso ondoso  
sonasen de mi canto en la corriente,  
de vuestra gloria llena,  
90 y de Rodas la pluvia reluciente.  
Querer cerrar en pecho el bien que el cielo,  
largo y felice, ofrece al nombre vuestro,  
será como quien piensa vanamente  
contar de la ribera del mar nuestro  
95 las ondas, o en el alto libio suelo  
las arenas que junta el seno ardiente,  
o los astros del orbe refulgente.  
Mejor es con silencio a vuestra fama  
dar la gloria debida  
100 y admirar el valor, virtud crecida  
que resplandece con eterna llama,  
como estrella del polo esclarecida;  
que contra el tiempo y duro hierro agudo  
la lumbre en que se inflama  
105 será inmortal y soberano escudo.  
Canción humilde, si al real semblante  
de quien iguala al rojo Cintio y Marte,  
y de lauro sagrado  
está la insigne frente coronado,  
110 fueres, dile inclinada desde aparte  
que la pena cruel de mi cuidado  
y mis suspiros y amoroso llanto,  
el espíritu y arte  
negaron en su gloria al débil canto.

<364. SONETO. Versión de B>

Quando miro el dorado velo al viento,  
suavemente en torno desparcido,  
o en altos lazos crespos recogido,  
mil causas justas hallo a mi tormento.  
5 Quando la llama y luz de puro aliento  
veo resplandecer y que el vencido  
pecho tiene en su fuego convertido,  
mil causas justas hallo al mal que siento.  
Quando escucho la angélica armonía  
10 y el grande valor vuestro considero,  
mil causas hallo justas a serviros.  
Mas cuando pienso en la paciencia mía

y en vuestra piedad, en quien espero,  
no hallo causa justa a más suspiros.

<368. ELEGÍA. A la muerte de don Pedro de Cabrera. Versión de B>

Luego que me hirió el profundo pecho  
el triste son del caso sucedido,  
turbose el corazón, un hielo hecho.  
Quise engañar yo mismo a mi sentido  
5 y negar a la fama la certeza :  
que tanto mal no debe ser creído.  
Mas el lloroso estado y la tristeza  
y el común sentimiento que se vía,  
me declaró del daño la grandeza.  
10 ¡Cuán de otra suerte, triste, yo fingía  
la alegre nueva, y toda la memoria  
que en la pompa real se me ofrecía!  
Contaba los sucesos y la gloria  
en ejercicios de la diestra ardiente  
15 y del feroz caballo la victoria;  
el juicio, el ingenio floreciente,  
el valor de aquel ánimo dichoso,  
que era sola esperanza de Occidente;  
el santo celo, el pecho generoso,  
20 la piedad, el ser afable, humano,  
la constancia y grandeza y el reposo.  
Mas, ¡oh mis esperanzas, cuán en vano  
salieron, cuán en breve cortó Muerte  
la tierna flor con rigurosa mano!  
25 ¿Cuál corazón se vio tan duro y fuerte  
que no quedase en lágrimas deshecho,  
que no temblase con tan grave suerte?  
Murió don Pedro, y mi terrible pecho  
no se rompe. ¿Qué espera mi dureza,  
30 después de este cruel y triste hecho?  
¿Qué muestras podré dar de mi tristeza,  
sino suspiros tristes y lamento,  
que condenen del hado la aspereza;  
y en exequias del duro sentimiento  
35 estos versos, que sean los despojos  
del bien que ya perdí, del mal que siento?  
Lágrimas ¿quién dará para mis ojos?  
Suspiros ¿quién al corazón doliente?  
¿Quién palabras que hieran como abrojos?  
40 A mis ojos ya veo estar presente

aquel semblante en nueva luz cubierto,  
con pura claridad resplandeciente.  
Y culpa si su espíritu desierto  
lloro, que en la región del alegría  
45 está, dejando en tierra el cuerpo muerto.  
Gran causa de llorar es esta mía,  
pues considero cuánta confianza  
a España arrebató un oscuro día.  
Mas si revuelvo intento esta mudanza,  
50 y veo a quien suspiro más dichoso,  
donde el poder terreno tarde alcanza,  
es envidia y no llanto lastimoso  
que se tiene a quien huye del cuidado  
y miseria del suelo trabajoso.  
55 ¿Quién llora porque viva descansado,  
lejos de las congojas de esta vida,  
el que siempre estimó y fue de él amado?  
Allí la ambición mala y sin medida,  
odio, codicia, miedo y la tristeza,  
60 su quietud no turban escondida;  
mas seguro sosiego y la simpleza,  
que en celestes espíritus asienta,  
divino amor de la inmortal belleza.  
Nuestra mísera vida ¿a quién contenta?  
65 ¿Quién desea vivir en las cadenas  
donde la alma se cansa y atormenta?  
Nuestras glorias, de afán y dolor llenas,  
sin bien, sin esperanza, sin consuelo,  
siempre con más dolor doblan las penas.  
70 Nunca alzamos los ojos en el cielo,  
sujetos con la carga y peso humano  
que al alma impide levantar el vuelo.  
Revueltos en deseo y temor vano  
vivimos, enemigos de la gloria  
75 de aquel supremo asiento soberano.  
¿A quién no cansa la cruel memoria,  
do más ilustra Betis la alta frente  
y da al mar de sus ondas la victoria?  
Hambre, peste, furor de Marte ardiente,  
80 rigor del cielo, nunca mitigado,  
y contino temor del mal ausente.  
Entonces nos llevó el adverso hado  
de León aquel joven animoso,  
con la cumbre del monte quebrantado.  
85 Quedó tendido el cuerpo generoso

sin vida en la desnuda tierra, helada  
con el horror del golpe impetuoso.

No baja con tal furia arrebatada  
el rayo resonante, despedido  
90 de la nube, con ímpetu rasgada.

Betis turbó sus ondas con gemido  
y sus ninfas lloraban a su amante  
y del león sonó el feroz rugido.

Jamás dolor a este semejante  
95 sintieron las riberas caudalosas  
que hiera el alto piélago de Atlante,  
creciendo las memorias dolorosas  
con su muerte, y España fue testigo  
del triste llanto y quejas congojosas.

100 A ti ahora también su estrecho amigo  
lejos lleva del sacro y patrio río  
el mismo hado desigual consigo.

Quema el duro rigor del seco estío  
la bella flor, y de la tierna planta  
105 las hojas el nevoso invierno frío;  
mas Céfiro suave las levanta  
hermosas con alegre y blando vuelo  
y Filomela en ellas dulce canta.

Nosotros, cuando rompe el mortal velo  
110 y desampara el corporal aliento,  
jamás el pie estampamos en el suelo.

Breve, dudosa vida, con tormento  
cierto, temor, deseos no acabados,  
son de nuestra miseria el fundamento.

115 ¡Áspera y justa ley que los cuidados  
refrena y el amor desvanecido  
de humanos corazones engañados!

Yo mismo mi dolor, mi muerte pido;  
yo busco mi trabajo y hago queja  
120 del cielo, que resiste a mi sentido.

¡Qué pocas veces el dolor nos deja!  
¡Cuán presto se deshace la alegría!  
¡Y, no siendo aún hallado, el bien se aleja!

Como desierta, oscura incierta vía,  
125 que se revuelve en sí, sin dar camino  
a quien confuso por sus pasos guía,  
así es la vida nuestra, que contino  
seguimos engañados, sin que acierte  
sacar el paso el corazón mezquino,

130 hasta que la fatal postrera suerte

rompe el impedimento y deja llano  
camino a la dureza de la muerte.  
Entonces de la tierra el amor vano  
y la gloria caduca al alma ingrata  
135 son dolor y tormento sobrehumano.

Las esperanzas todas desbarata  
la muerte, y al que en vicio sepultado  
yace, en eterna pena aflige y trata.  
Dichoso tú, que, al cielo arrebatado,  
140 alegre relucir ves las estrellas  
y bajo de tus pies el mar hinchado;  
y del viento los soplos, las centellas  
que el aire errando ilustran esparcido  
y nuestro clamor oyes y querellas;  
145 y ante el inmenso Rey esclarecido  
que al alto cielo rige y pone freno  
al mar, que no se extienda embravecido,  
de gloria y piedad celestial lleno,  
ruegas por nuestras culpas por ventura,  
150 abriendo de amor santo el largo seno.

Aunque la voz del llanto y veste oscura  
no sufra la alegría de tu suerte  
que goza de la excelsa hermosura,  
permite que a tu acerba y grave muerte  
155 publique, con señales de tristeza,  
cuánto España sintió tu dolor fuerte.  
Afectos son de la inmortal dureza  
estos hondos suspiros y lamentos,  
que muestran su dolor con tu grandeza.  
160 Porque siempre perpetuo el sentimiento  
con memoria será del bien perdido,  
pues eras nuestra gloria y ornamento.

Yo al amor que te debo, agradecido  
(si algo pueden mis versos), te prometo  
165 que tu nombre no bañe eterno olvido.

Antes por donde Betis va quieto  
al extendido vaso de Nereo  
y siente en su profundo al sol secreto,  
de los pinos del piélago Eritreo,  
170 do ve del nuevo mar la gran corriente  
el español muriendo en su deseo,  
y donde el rojo puesto de Oriente  
mira la rociada y pura Aurora,  
do imprime el hielo, do arde el sol caliente,  
175 será tu nombre en la sagrada Flora



más ilustre y famoso y estimado  
de quien no solo por tu ausencia mora,  
mas de quien tu valor aventajado,  
de quien oyere tu virtud y gloria:  
180 porque tu nombre siempre celebrado  
hará igual con el tiempo su memoria.

<371. CANCIÓN. Versión de B>

Este lugar desierto  
y este silencio oscuro y escondido,  
do el sol no haya abierto  
el paso al carro ardiente,  
5 testigos son del dulce bien perdido  
y de mi daño cierto,  
memoria amarga de mi gloria ausente,  
donde en grave tormento  
cansa el vano deseo al pensamiento.  
10 Aquí, junto a estas flores,  
al pie de este alto lauro coronado,  
volaban los Amores  
sobre la bella frente,  
que el cerco, en hebras de oro relazado,  
15 con los varios colores  
de las dichosas perlas de Oriente,  
a la Aura descubría  
y a los Amores de su amor hería.  
Volaban rociando  
20 con la ambrosía el rosado, apuesto cuello,  
y yo atento, mirando  
su luz ardiente, en fuego  
preso, en las rosas vueltas del cabello,  
y vi mi muerte cuando  
25 en sus ojos se puso el niño ciego,  
y en su hermoso pecho  
quedó espíritu dulce el Amor hecho.  
Salían de los ojos  
rayos que me rompieron las entrañas,  
30 llevando mis despojos  
en señal de su gloria  
y en ellos descubrieron sus hazañas,  
doblando mis enojos  
para mayores muestras de victoria:  
35 que el Amor no condena

a quien ama a pequeña o justa pena.  
Las perlas que en el seno  
rojo y del claro Hidaspes relucían  
en el curso sereno,  
40 formaban diademas  
en las cogidas trenzas que ceñían  
del oro en ámbar lleno,  
y esparciendo las puntas más extremas  
por la purpúrea frente,  
45 mi alma se abrasó en su fuego ardiente.  
Cuál fue mi grave pena,  
luego que en su belleza vi mi muerte,  
sábelo quien ordena  
que muera aquí perdido  
50 con esquiva memoria de mi suerte.  
Cuán presto desordena  
Amor lo que desea un afligido;  
que luego en la mudanza  
corta el vuelo sin tiempo a la esperanza.  
55 Pequeña fue mi gloria,  
pero grande y eterno mi tormento  
que dejó en la memoria  
soledad de belleza  
y vana confianza al pensamiento,  
60 que en miserable historia  
revuelve la pasión de su tristeza;  
y quédame en despojos  
fuego en el corazón, llanto en los ojos.  
Quieto y fresco río,  
65 y de los verdes árboles vestido,  
alto monte, y tú, frío  
bosque, solo y cerrado,  
¿cuántas veces mi llanto habéis oído?  
Y el grave dolor mío  
70 ¿cuántas veces turbó vuestro callado  
silencio, sin que viese  
que piedad en mi señora hubiese?  
Su nombre en la corteza  
vuestra extendiendo, en llanto deshacía  
75 mis ojos con terneza,  
y en el lugar donde ella  
se recostó, lloroso me tendía;  
y atento en su belleza,  
hasta que daba luz la Idalia estrella,  
80 allí estaba llorando

y al cielo de mis lágrimas cansando.  
Pasó mi bien ligero  
cual niebla que la esparce y rompe el viento;  
quedome dolor fiero,  
85 que nunca de mí parte,  
y en su memoria desmayar me siento;  
y jamás, triste, espero  
que el tiempo en mí deshaga alguna parte;  
que en la alma con firmeza  
90 fijó el Amor su gracia y su belleza.  
Canción, sola y desnuda  
y hecha de dolor y pena mía,  
huye de la alegría,  
busca donde no pueda  
95 ofender tu desdicha a gente leda.

<381. CANCIÓN. Versión de B>

Amor, tú que en los tiernos bellos ojos,  
tocados de hermosa pluvia de oro,  
centellaste, las alas esparciendo,  
y mi pecho encendiendo,  
5 llevaste nuevamente los despojos,  
tu sacra hacha y tu favor imploro  
para cantar la Luz de mi cuidado;  
las hebras que Aura mueve  
por el cuello, que pura leche y nieve  
10 en la blancura vence, y el templado  
color de la purpúrea y fresca rosa,  
en sombra desteñido,  
de viola suave y amorosa,  
donde quedé otra vez preso y perdido;  
15 y en la robada forma de belleza  
cantaré tu valor y su grandeza.  
Cual en la solitaria noche oscura  
resplandece de Venus el lucero  
con la sagrada frente rutilante,  
20 que al sol corre delante,  
tal mi Lumbre, de eterna hermosura,  
en el horror se descubrió primero,  
y la sombra venció, mostrando el día  
en el nubloso manto,  
25 y con el amoroso y dulce llanto  
enterneció el dolor a la alma mía:

rocío celestial, que en vario lustre  
las nubes hace bellas.  
Cuando tiende sus rayos Febo illustre  
30 no iguala en el color a sus centellas,  
que por las esmeraldas y zafiros  
de mi pecho trajeron mil suspiros.  
No mereció esta pluvia nuestro suelo.  
aunque el templado puesto y escondido  
35 enriquezca por ella alegre Flora,  
y a la rosada Aurora  
exceda, que bañar debía el cielo.  
Esta esparció de Psique Amor herido  
y quien dejó las ondas de Citera  
40 por Adonis hermoso.  
Este rocío, dulce y amoroso,  
que dobla el mal do quiere Amor que muera,  
en fuego me abrasó, dando a mis ojos  
nueva ocasión de pena  
45 y otro inmortal principio a sus enojos.  
No habrá canto suave de sirena,  
ni circe que nos busque igual engaño,  
como esta Luz llorosa causó el daño.  
Las hebras esparcidas por el cuello,  
50 cual oro en filis vuelto y derramado  
sobre el blanco marfil, que el manso viento  
bate alegre y contento,  
cogidas unas van en lazo bello,  
otras sin arte sueltas y cuidado;  
55 cual juega errando por la pura frente,  
cual cubre un sutil velo.  
Así el dorado ardor y luz del cielo  
aun no encelan las nubes de Occidente.  
En unas Amor hace el jugo, y tiene  
60 en otras ordenada  
la cadena, en la cual mi error sostiene,  
de bellas piezas presa y enlazada.  
Unas me dan la vida y otra muerte,  
y siempre crece en el dolor mi suerte.  
65 No he visto yo de púrpura encendida  
la gracia desnudarse nueva rosa,  
que solo se descubra su blancura,  
que así quede tan pura,  
tan bella, tierna y de color perdida,  
70 cuanto mi Luz turbada y amorosa.  
Blanco alabastro el rostro parecía,

blando y descolorido,  
de dolor y de lástima ofendido,  
que me robó el sosiego y alegría.  
75 La Alba, cuando, enlazado al hombro, ciñe  
el manto entretejido  
que la concha sidonia en perlas tiñe,  
ríndese a su color esclarecido.  
Tal es Amor hermoso y Venus bella  
80 cual mi luciente y clara y blanca Estrella.  
La luz turbada, pues, las trenzas de oro,  
sin orden apartadas, la belleza  
del rostro, sin color y desmayado,  
si no fuera el cuidado  
85 que tengo suyo y el valor que honoro,  
rindiéramos al poder de su grandeza.  
Y aunque de su señal halló apuntada  
mi frente, y preso el cuello  
del glorioso nudo del cabello,  
90 mi alma se sintió y paró alterada;  
las alas sacudió y ardió en el fuego  
que en sus centellas crece,  
y yo quedo otra vez herido y ciego,  
y la llama presente resplandece  
95 en las entrañas mías, y conmigo  
en la ausencia yo soy del mal testigo.  
Bien creo yo que puede una luz bella  
arder en pecho tierno y amoroso  
y desatallo en la ceniza ardiente,  
100 más que pueda a mi ausente  
pecho ablandar la fuerza de mi Estrella  
en su fuego perpetuo y presuroso,  
estando triste, sin cuidado, ajena  
del compuesto ornamento  
105 y llena de lloroso sentimiento,  
que mueve más a lástima que a pena;  
y que en ella se admira aquella gloria  
de eterna hermosura  
con el dolor que siente en la memoria  
110 y en la virtud que resta en su figura,  
esto es ser de belleza soberana,  
que no debe alabar lengua profana.  
Ya no procure Amor para mi daño  
el crespado cabello, el vario nudo,  
115 la alegre luz, la púrpura suave;  
pues no es al dolor grave

remedio alguno de mi mal extraño  
luz llorosa, oro suelto y el desnudo  
color de blanca y no tocada nieve;  
120 que en ellos abrasado  
estoy, cual rudo amante lastimado.  
Y aunque ya mi temor en vano pruebe  
sacarme de este fuego que me inflama,  
ni el Amor lo permite,  
125 ni yo quiero huir mi dulce llama,  
ni que mi muerte mi tormento evite,  
porque yo sé que gano con la muerte  
eterna vida y nueva y alta suerte.  
Tú, sacro Amor, que con doradas alas  
130 atraviesas del Austro al Oriente  
y abres con tu fuerza el mar sonante,  
y a Febo, al arrogante  
Marte vences, subiendo, y alto igualas  
a Jove y sobrepujas tú, presente;  
135 pues viste la Luz mía, dame aliento  
para cantar su gloria,  
mi firmeza, constancia, tu victoria,  
mis quejas y suspiros y lamento.  
Yo no te pido premio ni deseo,  
140 que bien sé que no debo  
esperar bien alguno a mi deseo;  
mas por el mal que siempre sufro y llevo,  
memoria sola pido en la mudanza  
y una pequeña muestra de esperanza.  
145 Tú esculpiste (admitiendo la belleza  
mis ojos) en el pecho su figura,  
y en él, resplandeciendo por las venas,  
de su forma no ajenas.  
cobró valor y fuerza con presteza,  
150 y se descubre en mí su hermosura.  
De aquí me nace espíritu y el brío  
que me levanta al cielo  
y hace que aborrezca el frágil velo  
que dentro encierra todo el valor mío;  
155 y el puro ardor me abrasa en pura llama  
y en la sagrada cumbre  
la vista hermosura más me llama  
de la inmortal, celeste inmensa lumbre;  
y todo el bien, Amor, de tu ser viene  
160 y el ancho mundo en tu poder sostiene.  
Canción, Amor me mueve

y mi alma con él está presente  
en tierra y mar y aire y fuego y cielo,  
que no hay donde pueda estar ausente;  
165 yo solo estoy en el suelo,  
falta del ser humano; si te agrada  
conmigo queda en soledad criada.

<382. SONETO. Versión de B>

En cercos de oro fino y llama ardiente,  
de blancas rosas tiernas coronada,  
con hermosas figuras enlazada,  
mi Luz vistió la pura y bella frente.  
5 Los olores que esparce el Oriente  
y la ámbar de sus hebras consagrada  
se movieron con la aura sosegada,  
cual en las ondas nuevo sol luciente.  
Espíritus de amor en aquel fuego  
10 armaron las saetas y cadena,  
y Amor herido ardió y anudó el cuello.  
Yo, preso y encendido, quedé ciego,  
Conde, mas fue mayor mi grave pena,  
porque más me inflamé con el cabello.

<384. SONETO. Versión de B>

En esta helada parte, do no envía  
el sol sus rayos a la intensa nieve,  
ausente quiere Amor que el dolor lleve,  
en sombra de la noche, en luz del día.  
5 Jamás de estos mis ojos se desvía  
el llanto, y si descanso un tiempo breve,  
más doloroso llanto de ellos llueve,  
con soledad del bien del alma mía.  
El mal no me quebranta, que ya hecho  
10 estoy a su furor, mas verme ausente  
y en una vida muerta condenado,  
donde el fuego de Amor me abrasa el pecho,  
donde mi alma ve su bien presente  
para más confusión de mi cuidado.

<390. SONETO. Versión de B>

De vuestro intenso y duro hielo frío,  
temiendo Amor la fuerza y aspereza,

puso en él, con su afrenta y rustiqueza,  
el alto y presto ardiente fuego mío.  
5 Su nieve muestra y llama el fuego y frío,  
y contrastando extienden su grandeza;  
el fuego al frío ablanda la dureza  
y lo sujeta a todo su albedrío.  
Quedó Amor, del asalto glorioso,  
10 y vos y yo contentos nos hallamos,  
pero todo mi bien turbose luego.  
Que por un triste caso y lastimoso,  
con daño de mi vida, ambos quedamos,  
vos con más frío y yo con mayor fuego.

<393. SONETO. Versión de B>

Inmenso resplandor de hermosura  
en vuestra dulce luz se me parece,  
y ardiendo en mis entrañas siempre crece  
con su fuerza inmortal la llama pura.  
5 Con alteza y valor vuestra figura  
sin igual en mi pecho resplandece,  
y pues con ella sufre, bien merece  
algún corto favor de su ventura.  
Vos toda bella sois y la belleza  
10 ya no puede ser más, y así a mis ojos  
no es justo que hiráis con mayor fuego.  
Que si al pecho mostráis vuestra grandeza,  
hecho llama, no puedo dar despojos,  
los que pudiera dar quedando ciego.

<396. SONETO. Versión de B>

Cuando mi pecho ardió en su dulce fuego,  
osé cantar el mal que grave siento,  
y diome al canto glorioso aliento  
aquella Luz que me detuvo ciego.  
5 Osé mostrar mi llanto en tierno ruego  
a quien Amor no estima y su tormento,  
y el humilde quejar de mi lamento  
me dio osadía y esperanza luego.  
Ahora que la Luz yo dejo ausente  
10 y crece mi dolor con su belleza,  
sin que haya piedad de la alma mía,  
lloro el pasado bien y el mal presente,  
y puesto en soledad de mi tristeza,



la esperanza me falta y osadía.

<398. SONETO. Versión de B>

Si yo pudiese con mejor ventura  
trocarne como Júpiter solía,  
en blanco cisne vuelto ya estaría  
delante de mi Luz hermosa y pura.  
5 Y sin algún temor de muerte oscura,  
en honra suya el canto ensalzaría;  
la boca y a los ojos besaría,  
alegre de perderme en tal dulzura.  
Mas en dorada pluvia convertido,  
10 perdería el electro la fineza,  
si el velo esparce envuelto en hebras de oro.  
Y si en su pecho fuese recogido,  
aunque no igual, gozando su belleza,  
tendría el precio de mayor tesoro.

<399. SONETO LXXXIX>

Mi bello Sol, si voy de vos ausente  
a parte extraña, do el dolor me ofende,  
y el fuego dulce que mi amor enciende,  
en ella se contiene y va presente.  
5 Aunque el color purpúreo de Oriente,  
do el Sol menor de vuestra luz desciende,  
vea cerca; y do el manto oscuro tiende  
el apartado extremo de Occidente,  
Conmigo irá el Amor igual en parte  
10 con la mitad de la alma; que me alienta;  
que vive el resto en vuestra luz que adora,  
Y dividido en una y otra parte,  
presente con el bien; que me sustenta,  
siempre veré resplandecer mi Aurora.

<401. ELEGÍA. Versión de B>

Yo pensé, dulce bien del alma mía,  
que primero con muerte el cuerpo ausente  
desamparara en tierra sola y fría,  
y que la fuerza del dolor presente  
5 pudiera humedecer de vuestros ojos  
la pura luz y resplandor ardiente,

que apartado y muriendo en mil enojos  
sustentar esta ausente y triste vida,  
acrecentando al mal nuevos despojos;  
10 mas ya vivo en ausencia aborrecida  
y no muero en la sombra del olvido,  
donde quedó mi gloria oscurecida.  
Pues esto sufro, ¿qué no habré sufrido?  
¿Qué puede ya imprimir el sentimiento  
15 en este corazón endurecido?  
Mayor es que el dolor el sufrimiento,  
y tal es el dolor, que puede el pecho  
juntamente abrasarse al mal que siento.  
De heladas rocas ásperas fui hecho  
20 y me crió la fiera tigre hircana,  
pues no estoy de mi pena ya deshecho.  
En esta parte estéril y profana,  
do la noche con tela tenebrosa  
vence a la luz de Febo soberana,  
25 vuestra belleza inmensa y gloriosa  
conmigo veo atento, y considero  
la pérdida de ausencia lastimosa.  
Alguna vez me tiene el dolor fiero  
tan rendido a su fuerza y quebrantado,  
30 y, no muriendo, con suspiros muero.  
Betis, de este mi llanto acrecentado,  
testifica mi lástima, sonando  
en el cristal de Océano apartado.  
35 Y creo yo que en el purpúreo bando  
que Euro hermoso hiere y con luz nueva  
siente al sol, que sus rayos va dorando,  
es mi mal conocido; que la prueba  
que ha hecho Amor en mí quiere que sea  
señal adonde sus desdichas lleva.  
40 Si alguna vez mi alma ver desea  
vuestra luz rutilante, en vivo fuego  
arde, sin que su bien en ella vea.  
Porque el tirano, que en mi pecho ciego  
está siempre, me ofrece a la memoria  
45 mi pérdida y mi crudo dolor luego.  
La muerte, si viniere, será gloria;  
pero a tan duro corazón no quiere  
dar esperanza alguna de victoria.  
Un continuo temor me aflige y hiere;  
50 que ya, si no me mata el mal de ausencia,  
no habrá por qué mi muerte Amor espere.

Porque yo, que vivía en la presencia  
alegre y venturoso, estando ausente,  
deseo poner fin a mi dolencia.

55 Mi alma en vuestra bella y pura frente  
presa de ricos lazos me tendría,  
siempre en vuestra divina luz presente.  
Y satisfecho el bien de mi osadía,  
gozara merecer; que, por vos muerto,  
60 consagré a vuestra luz la vida mía.  
Y aunque de bien alguno estaba incierto,  
¿qué mayor bien le diera su fortuna,  
si, solo y sepultado en el desierto,  
mereciera gozar de sola una  
65 lágrima de esos bellos, tiernos ojos,  
lo que esperar no puede en suerte alguna?  
Dichosos más que flores los abrojos,  
que de esa rica lluvia rociados  
honrarán la ocasión de mis enojos.

70 Los sepulcros, de mármoles alzados,  
reliquias de memoria gloriosa,  
no fueran cual el mío celebrados.  
Mas ¡oh mi solo bien y Luz hermosa!,  
que ni de vuestras lágrimas bañado,  
75 ni estoy muerto en mi ausencia dolorosa;  
antes, como sujeto y obligado  
a lástimas de Amor, me veo ausente  
con esta vida y mi dolor cansado.  
A un tibio y frío pecho vuelve ardiente  
80 el uso del amor, y quien bien ama,  
esperando su gloria, el mal no siente.  
Mi pecho que arde siempre si se inflama  
y siempre mío consiente su tormento,  
no le queda otro ser que pura llama.

85 Pero en sola esta llama me sustento,  
y no tengo otra vida que en la fuerza  
de su ligero y fácil sufrimiento.  
El temor amoroso que se esfuerza  
en mi alma me trae quebrantado,  
90 y perder mi esperanza y bien me fuerza.  
El semblante divino y adorado,  
la luz serena, el resplandor fulgente,  
el oro, en crespas ondas variado,  
si un tierno amador vuestro no ve ausente,  
95 que en otro tiempo con mejor ventura  
gozó mirar y veneró presente;

y si apartado en noche siempre oscura,  
suspira con dolor, solo y perdido,  
que ver no puede ya su hermosura,  
100 cúlpenle si la vida, aborrecido,  
desea, y si esperar más bien pretende  
donde su limpio amor quede ofendido.

De tal causa mi lástima descende,  
que aun en el mal condeno yo mi suerte,  
105 si algún pequeño espacio no me ofende.

Por el paso que voy a ver mi muerte,  
tanta envidia merezco, que no siento  
en alguno dolor de mi mal fuerte.  
Después que vi y gocé de mi tormento,  
110 y conocí el valor de esa belleza  
y os di mi libertad y pensamiento,  
mis entrañas cercó vuestra grandeza  
y ocupó vuestro nombre mi memoria,  
y Amor hizo en mí asiento de firmeza.

115 Sin vos no tuve en tiempo alguno gloria  
y siempre amándoos, quedé a Amor forzado,  
llevando de esta fuerza la victoria.

Siempre vive en mi alma venerado  
vuestro valor y gracia y cortesía,  
120 de quien lleno se halla mi cuidado.

Pero si ahora, lejos de alegría,  
padezco, yo lo debo a vuestros ojos.  
que dieron tanto bien al alma mía.

Vuestra beldad merece mis enojos,  
125 que no es justo que goce la esperanza  
seguro de perdella en mis despojos.

Si el Amor prometiese confianza  
sin temor de peligro en la ventura  
y no alterase el bien con la mudanza,  
130 recibiría agravio esa Luz pura,  
porque es deuda de penas y tormento  
osar amar tan alta hermosura.

Mas a la ausencia en que morir me siento,  
yo no hallo razón para su daño,  
135 sino acabar, muriendo, el sufrimiento.

Desdén y crueldad, cubierto engaño,  
memoria del dolor, del bien olvido,  
para quien ama bien, no es mal extraño.

Pero apartarme, ausente y perseguido,  
140 ajeno de esperanza y de consuelo,  
es un dolor terrible y nunca oído.

De sus vueltas perpetuas varié el cielo,  
trueque todas las cosas, que no espero  
de esta mísera suerte alzar el vuelo.  
145 En esta soledad padezco y muero,  
y en la razón mis penas entretengo,  
pero para acabar de dolor fiero.  
Alguna vez, que suspendida tengo  
la fuerza de mis males, me levanto  
150 a do sin esperanza me sostengo.  
Allí rompo las venas de mi llanto,  
y de la pluvia crece un fuego ardiente  
que en ceniza convierte el mortal manto.  
Etna, que el duro y frío hielo siente  
155 en sus altas coronas ensalzado  
y con el blanco velo reluciente,  
cuando el fiero Encélado inflamado  
es con las sierpes ásperas herido  
y se revuelve de uno y otro lado,  
160 el fuego, en nube espesa reducido,  
con centellas y horror impetuoso,  
arroja contra el cielo enfurecido.  
El estruendo de peñas espantoso,  
en fuego recocidas, alto brama  
165 y tiembla todo el monte cavernoso.  
Mi pecho, que de fuera es nieve y llama,  
dentro, cuando el Amor lo mueve y hiere,  
el cuerpo todo en bravo ardor inflama.  
Corre grandes incendios cuando quiere  
170 Amor que la alma abrace su crudeza,  
sin que haya piedad de aquel que muere.  
El rayo que sepulta con fiereza  
al terrible gigante que del cielo  
pensó regir el cetro y la grandeza,  
175 no iguala al que en eterno desconsuelo  
me deja atravesado, sin la culpa  
que él tuvo en el soberbio y patrio suelo.  
Sola una cosa habrá con que me culpa  
Amor, que es tener vida en esta ausencia,  
180 pero el deseo mío me disculpa.  
Aunque apartado, os tengo en la presencia,  
tan hermosa, tan alta y venerada,  
que os doy todo el valor de esa excelencia.  
Con el mismo respecto estáis honrada  
185 y temida, y con mismo sentimiento  
y tierno afecto siempre sois amada.

Ya veo vuestros ojos y consiento  
por los míos la pena que proviene,  
y temo el rostro airado y descontento.  
190 Ya mi temor con prestas alas viene  
y me deja sin bien, de bien incierto,  
y preso la tristeza el pecho tiene.  
Ya veo con mi gloria el cielo abierto,  
que os hallo alegre, blanda y piadosa  
195 y que ya visitáis este desierto.  
Consuelo son de ausencia congojosa  
estas muestras de vana fantasía,  
aunque es cierta mi pena dolorosa.  
Profunda soledad, larga porfía,  
200 tristeza lastimada, mal secreto,  
divídenme de vos, oh alma mía.  
Ausencia es tal dolor, que con su efeto  
la muerte sigue al amador cuitado,  
y este es el bien mayor de su defeto.  
205 Muera, pues, quien de vos se ve apartado;  
acábase en la vida la memoria;  
porque a tantos trabajos y cuidado  
¿qué bien puede venir que les dé gloria?

<410. SONETO CIII. Versión de B>

Ya siento el dulce espíritu de la aura;  
que mansamente murmurando aspira;  
ya veo el puesto, a donde Amor me tira,  
y a do su muerta llama el fuego instauro.  
5 Cual amador de Cintia, o Delia, o Laura  
temió mas el desdén, la ardiente ira;  
que yo la Luz; que tiernamente mira  
mi mal, y de la pena me restaura.  
Como al que el rayo con la lumbre y trueno  
10 espantó, que aun le queda en la memoria  
el alto estruendo del terror pasado,  
así yo, que del mal estuve lleno,  
rehúyo en las señales de mi gloria,  
temiendo el bien que no esperé engañado.

<414. SONETO. Versión de B>

En tanto que en el sacro, antiguo seno  
del grande y alto Océano con arte

y nueva industria dais al fiero Marte  
vida y nombre, de gloria eterna lleno;  
5 yo aquí, do el rico Betis con sereno  
curso sus varias vueltas fértil parte,  
dando de mí al Amor la mejor parte,  
de mi larga esperanza me enajeno.  
Mi Luz bella y doradas trenzas canto,  
10 y aunque admiro el valor de vuestro pecho,  
no os envidio de lauro la corona.  
¿Qué mayor premio esperaré a mi llanto,  
quedando de mis penas satisfecho,  
si mi Luz de sus hebras me corona?

<415. SONETO. Versión de B>

Renuevo al alma de mi error pasado  
el tiempo que he perdido y el presente,  
ya que razón alguna no consiente  
que viva en esperanzas engañado.  
5 El cuello ya levanto deslizado,  
que la señal del yugo impresa siente,  
y digo: "¿Cuál de Amor grave accidente  
podrá llevar la gloria de mi estado?"  
Yo sé bien cuánto duele una esperanza  
10 que huye, y un temor que crece en pena,  
y cuán vano es el fin de mi deseo.  
Mas deshace esta simple confianza  
Amor, que al daño antiguo me condena,  
y alegre voy al mal que temo y veo.

<145. SONETO XXXV. Versión de B>

Por un camino solo, al Sol abierto,  
de espinas y de abrojos mal sembrado,  
el tardo paso nuevo, y voy cansado  
a do cierra la vuelta el mar incierto.  
5 Silencio triste habita este desierto;  
y el mal, que hay, conviene ser callado.  
cuando pienso acaballo, acrecentado  
veo el camino, y mi trabajo cierto.  
A un lado levantan su grandeza  
10 los riscos juntos, con el cielo iguales,  
al otro cae un gran despeñadero.  
No sé a quién tuerza el curso en mi estrechez,  
que me libre de Amor, y de estos males;

pues remedio sin vos, mi Luz, no espero.

<SONETO I>

Osé, y temí; mas pudo la osadía  
tanto, que desprecié el temor cobarde.  
subí a do el fuego más me enciende y arde.  
cuanto más la esperanza se desvía.  
5 Gasté en error la edad florida mía;  
ahora veo el daño, pero tarde;  
que ya mal puede ser, que el seso guarde  
a quien se entrega ciego a su porfía.  
Tal vez pruebo (mas qué me vale?) alzar me  
10 del grave peso, que mi cuello oprime;  
aunque falta a la poca fuerza el hecho.  
Sigo al fin mi furor, porque mudarme  
no es honra ya, ni justo, que se estime  
tan mal de quien tan bien rindió su pecho.

<SONETO II>

Voy siguiendo la fuerza de mi hado  
por este campo estéril y escondido.  
todo calla, y no cesa mi gemido;  
y lloro la desdicha de mi estado.  
5 Crece el camino, y crece mi cuidado;  
que nunca mi dolor pone en olvido.  
el curso al fin acaba, aunque extendido;  
pero no acaba el daño dilatado.  
Qué vale contra un mal siempre presente  
10 apartarse y huir, si en la memoria  
se estampa, y muestra frescas las señales?  
Vuela Amor en mi alcance; y no consiente  
en mi afrenta, que olvide aquella historia,  
que descubrió la senda de mis males.

<SONETO III>

Pensé, mas fue engañoso pensamiento,  
armar de duro hielo el pecho mío;  
porque el fuego de Amor al grave frío



no desatase en nuevo encendido.  
5 Procuré no rendirme al mal, que siento;  
y fue todo mi esfuerzo desvarío.  
perdí mi libertad, perdí mi brío;  
cobré un perpetuo mal, cobré un tormento.  
El fuego al hielo destempló en tal suerte,  
10 que, gastando su humor, quedó ardor hecho;  
y es llama, es fuego, todo cuanto espiro.  
Este incendio no puede darme muerte;  
que, cuanto de su fuerza más deshecho,  
tanto más de su eterno afán respiro.

<SONETO IIII>

El Sátiro, que el fuego vio primero,  
de su vivo esplendor todo vencido,  
llegó a tocallo; mas probó encendido,  
que era, cuanto hermoso, ardiente y fiero.  
5 Yo, que la pura luz, do ardiendo muero,  
mísero vi, engañado, y ofrecido  
a mi dolor, en llanto convertido  
acabar no pensé, como ya espero.  
Belleza, y claridad antes no vista,  
10 dieron principio al mal de mi deseo,  
dura pena y afán a un rudo pecho.  
Padezco el dulce engaño de la vista;  
mas si me pierdo con el bien que veo,  
como no estoy ceniza todo hecho?

<SONETO V>

Hórrido invierno, que la luz serena,  
y agradable color del puro cielo  
cubres de oscura sombra y turbio velo  
con la mojada faz de nieblas llena;  
5 Vuelve a la fría gruta, y la cadena  
del nevoso Aquilón; y en aquel hielo,  
que oprime con rigor el duro suelo,  
las furias de tu ímpetu refrena.  
Que en tanto que, en tu ira embravecido,  
10 asaltas el divino Hesperio río,  
que corre al sacro seno de Occidente;

Yo triste, en nube eterna del olvido,  
culpa tuya, apartado del Sol mío,  
no me enciendo en los rayos de su frente.

<SONETO VI>

Al mar desierto en el profundo estrecho  
entre las duras rocas con mi nave  
desnuda tras el canto voy suave,  
que forzado me lleva a mi despecho.  
5 Temerario deseo, incauto pecho,  
a quien rendí de mi poder la llave,  
al peligro me entregan fiero y grave;  
sin que pueda apartarme del mal hecho.  
Veo los huesos blanquear, y siento  
10 el triste son de la engañada gente;  
y crecer de las ondas el bramido.  
Huir no puedo ya mi perdimiento;  
que no me da lugar el mal presente,  
ni osar me vale en el temor perdido.

<ELEGIA I>

Si el grave mal, que el corazón me parte,  
y siempre tiene en áspero tormento,  
sin darme de sosiego alguna parte;  
Pusiese fin al mísero lamento,  
5 que en los húmedos cercos de mis ojos  
conoce solo su perpetuo asiento;  
Podría yo, Señor, vuestros enojos  
consolar, como bien ejercitado  
del ansioso afán en los despojos.  
10 Pero nunca permite Amor airado,  
que yo levante la cerviz cansada,  
o en algo desocupe mi cuidado.  
Por la prolija senda y no acabada  
de mi dolor prosigo; y mi porfía  
15 en el mayor peligro es más osada.  
En el silencio de la noche fría  
me hiere el miedo del eterno olvido,  
ausente de la Luz de la alma mía.  
Y en la sombra del aire desparcido  
20 se me presenta la visión dichosa,

cierto descanso al ánimo afligido.

Mas veo mi serena Luz hermosa  
cubrirse; porque en ella haber espero  
sepulcro, como simple mariposa.

25 Entonces me derriba el dolor fiero,  
y mi llorosa faz fijando en ella,

cual cisne hiere el aire en son postrero;

Digo, Luz de mi alma, pura estrella,  
si os perturba el osado intento mío,  
30 y por eso celáis la imagen bella;

Ponedme, no en horror de duro frío,  
mas donde a la abrasada África enciende  
el cálido vapor del seco estío;

Y allí veréis, que al corazón no ofende  
35 su fuerza toda; que el sutil veneno,  
que de vos lo penetra, lo defiende.

No me escondáis el resplandor sereno,  
que siempre he de seguir vuestra belleza,  
cual Clicie al Sol de ardientes rayos lleno.

40 Amo, mas con temor, vuestra grandeza;  
para apurar en vuestro sacro fuego,  
lo que en mi guarda esta mortal corteza.

Que sea inmensa gloria, yo no niego;  
pero por este paso en alto vuelo,

45 do es sin vos imposible alcanzar, llego.

Y separada del umbroso velo,  
como desea estar, mi alma pura,  
se halla alegre en el luciente cielo.

Yo espero a vuestra sola hermosura  
50 por tanto bien con inmortal memoria  
hacer del tiempo y su furor segura.

No gravaré en columnas vuestra historia,  
ni en las tablas con lumbres engañadas,  
y sombras falsas os daré la gloria;

55 Más en eternas cartas y sagradas,  
con la virtud, que Febo Apolo inspira  
de las Cirreas cumbres ensalzadas.

Y si a do opreso Atlante no respira  
con la pesada carga, y a do suena  
60 turbado el alto Ganges, lleno de ira:

Y si a do el Nilo la secreta vena  
derrama do el Duina grande y frío  
las tardas ondas con el hielo enfrena;

No pudiere alcanzar el canto mío,  
65 al menos honrará vuestra belleza,

cuanto Ebro y Tajo cerca, y nuestro río.

Seré el primero yo, que con pureza  
de corazón, y con humilde frente  
osé mirar, mi Luz, vuestra grandeza.

70 Así le digo, y viendo el Oriente,  
do el cielo y tierra tocan, esmaltado,  
y que mi Luz se esconde en Occidente;

Al lloroso ejercicio del cuidado  
vuelvo, de mis trabajos perseguido,  
75 de vida sí, no de pasión cansado.

En tal mísero estado aquí perdido  
me halla el canto vuestro, que esclarece,  
y guarda vuestra gloria del olvido.

Y al rudo ingenio y nombre mío ofrece  
80 eternamente no cansada fama,  
merced del ardor sacro, que en vos crece.

Si do el deseo justo, que me inflama,  
fuese mi voz, sería en honra vuestra  
una inmortal y siempre viva llama.

85 Pero no sufre la fortuna nuestra,  
que intente tanto bien, y así me deja  
desplegar solo esta pequeña muestra.

El Tracio amante, a cuya dulce queja  
el severo Plutón, enternecido,  
90 vuelve aquella, que en sombra del se aleja;

Cuando en el frío Ródope, y tendido  
yugo del alto y áspero Pangeo  
cantó llorando con dolor perdido;

Y trajo al son del número Febeo  
95 las peñas, fieras, y árboles mezclados,  
y atento el coro, que bañó el Olmeo;

Con inmortales versos y sagrados  
en la escondida niebla refería

los principios del mundo comenzados;

100 El Sol ardiente, Cintia blanca y fría,  
los celestiales giros, y belleza  
de la alta, inmensa luz, y la armonía.

Y arrebatado en la mayor grandeza  
del tenebroso cerco reluciente,  
105 cantó el ardor profundo y su riqueza.

Mas porque el mortal ánimo doliente,  
indigno de sentir su hermosura,  
se ofuscaba en aquella luz presente;

Con otra voz menos excelsa y pura,  
110 pero sublime, y que rudeza humana

desdeña, y solo la virtud procura;  
Volvió a sonar la lira soberana,  
honrando a quien la bella Melpómene  
lejos de tanta multitud profana  
115 Con blandos ojos mira, y lo sostiene  
en alteza, do nunca verse puede  
el gran varón, que su favor no tiene.  
A este solo tanto bien concede,  
que cuando llegue la implacable muerte,  
120 libre de su furor viviendo quede.  
Aquel también, que mereció tal suerte,  
que el sacro verso haga de él memoria,  
no temerá su agudo hierro fuerte.  
Tal por este camino dio a la gloria  
125 de la inmortalidad el paso abierto,  
quien celebró de Grecia la victoria;  
Y el otro mayor que él (si no es incierto  
lo que la fama afirma) que el Troyano  
puso en Italia, y cantó a Turno muerto.  
130 Tal el suave espíritu Romano  
huyó con Delia del mortal tormento,  
y el puro, el terso y el gentil Toscano.  
Por esta senda sube al alto asiento  
Laso, gloria inmortal de toda España,  
135 mezclado en el sagrado ayuntamiento.  
Do, si al deseo mío amor no engaña,  
yo espero veros, siendo colocado  
en la alta cumbre; que Castalia baña,  
Si en medio el curso no dejáis cansado  
140 la vía, llana a vos, y no ofendido  
lleváis por ella el paso acostumbrado.  
El rico Tajo vuestro, conocido  
será por vos, a donde riega el Indo,  
y el collado de Cintra, esclarecido  
145 con tal honra, será otro nuevo Pindo.

<SONETO VII>

No puedo sufrir más el dolor fiero,  
ni ya tolerar más el duro asalto  
de vuestras bellas luces, antes falto  
de paciencia y valor, en el postrero  
5 Trance, arrojando el yugo, desespero;  
y, por do voy huyendo, el suelo esmalto

de rotos lazos; y levanto en alto  
el cuello osado, y libertad espero.  
Más que vale mostrar estos despojos,  
10 y la ufanía de alcanzar la palma  
de un vano atrevimiento sin provecho?  
El rayo, que salió de vuestros ojos,  
puso su fuerza en abrasar mi alma,  
dejando casi sin tocar el pecho.

<SONETO VIII>

Por qué renuevas este encendimiento,  
tirano Amor, en mi herido pecho?  
que ya, casi olvidado del mal hecho,  
vivía en soledad de mi tormento.  
5 Cuando más descuidado y más contento,  
revuelves a meterme en tanto estrecho,  
obligasme, cruel, que a mi despecho,  
procure contrastar tu fiero intento.  
Las armas en el templo ya colgadas,  
10 visto, y el acerado escudo embrazo,  
y en mi venganza salgo a la batalla.  
Mas ay, que a las saetas, que templadas  
en la luz de mi Estrella están, y al brazo  
tuyo no puede resistir la malla.

<SONETO IX>

Esta desnuda playa, esta llanura,  
de astas y rotas armas mal sembrada;  
do el vencedor cayó con muerte airada,  
es de España sangrienta sepultura.  
5 Mostró el valor su esfuerzo, mas ventura  
negó el suceso, y dio a la muerte entrada,  
que rehuyó dudosa y admirada  
del temido furor la suerte dura.  
Venció Otomano al Español ya muerto,  
10 antes del muerto el vivo fue vencido,  
y España y Grecia lloran la victoria,  
Pero será testigo este desierto,  
que el Español, muriendo no rendido,  
llevó de Grecia y Asia el nombre y gloria.

<SONETO X>

Rojo Sol, que con hacha luminosa  
coloras el purpúreo y alto cielo,  
hallaste tal belleza en todo el suelo,  
que iguale a mi serena Luz dichosa  
5 Aura suave, blanda y amorosa,  
que nos halagas con tu fresco vuelo;  
cuando se cubre del dorado velo  
mi Luz, tocaste trenza más hermosa  
Luna; honor de la noche, illustre coro  
10 de las errantes lumbres, y fijadas,  
consideraste tales dos estrellas?  
Sol puro, Aura, Luna, llamas de oro,  
oísteis vos mis penas nunca usadas?  
visteis Luz más ingrata a mis querellas?

<SONETO XI>

Suspiro, y pruebo con la voz doliente,  
que en su dolor expire la alma mía;  
crece el suspiro en vano, y mi agonía,  
y el mal renueva siempre su accidente.  
5 Estas peñas, do solo muero ausente,  
rompe mi suspirar en noche y día;  
y no hiere (oh dolor de mi porfía)  
a quien estos suspiros no consiente.  
Suspirando no muero, y no deshago  
10 parte de mi pasión, mas vuelvo al llanto;  
y cesando las lágrimas, suspiro.  
Esfuerza Amor el suspirar, que hago,  
y como el cisne muere en dulce canto,  
así acabo la vida en el suspiro.

<SONETO XII>

Yo voy por esta solitaria tierra,  
de antiguos pensamientos molestado,  
huyendo el resplandor del Sol dorado,  
que de sus puros rayos me destierra.  
5 El paso a la esperanza se me cierra;  
de una ardua cumbre a un cerro voy enriscado,

con los ojos volviendo al apartado  
lugar, solo principio de mi guerra.  
Tanto bien representa la memoria,  
10 y tanto mal encuentra la presencia;  
que me desmaya el corazón vencido.  
Oh crueles despojos de mi gloria,  
desconfianza, olvido, celo, ausencia,  
por qué cansáis a un mísero rendido?

<ELEGIA II>

Cual fiero ardor, cual encendida llama,  
que duramente me consume el pecho,  
por estas venas mías se derrama  
Abrasado ya estoy, ya estoy deshecho,  
5 cese, Amor, el rigor de mi tormento;  
basten los males, que en mi alma has hecho.  
Este dolor, que nuevo siempre siento;  
esta llaga mortal, contino abierta;  
este grave y perpetuo sentimiento;  
10 Esta corta esperanza y siempre incierta;  
este vano deseo peligroso;  
fin de mis penas, esta muerte cierta;  
Tal me tienen confuso y temeroso,  
y sin valor perdido, y quebrantado;  
15 que ni aun huir de mis pasiones oso.  
No es amor, es furor jamás cansado;  
rabia es, que despedaza mis entrañas,  
este eterno dolor de mi cuidado.  
Que gran victoria, Amor, y que hazañas,  
20 atravesar un corazón rendido,  
un corazón, que dulcemente engañas.  
Ya que me tienes preso, y tan herido,  
que en mi pecho no hallas lugar sano,  
no me acabes, cruel, en duro olvido.  
25 Mi fe, y mi pensamiento soberano.  
de mi grande osadía la nobleza  
no sufren, que me dejes de la mano.  
Nací para inflamarme en la pureza  
de aquellas vivas luces, que al sagrado  
30 cielo ilustran con rayos de belleza.  
Y de sus flechas todo traspasado,  
por gloria estimo mi quejosa pena;  
mi dolor por descanso regalado.



Tal es la dulce luz, que me condena  
35 al tormento, y tal es por suerte mía  
de mi Enemiga la beldad serena.  
Mas, aunque sin igual fue mi osadía,  
y el mal, que sufro, por tu fuego juro,  
que contrastar no puedo a mi porfía.  
40 Y cuanto en el mi corazón apuro  
y afinó, tanto más crece el deseo,  
y un temor, con que nunca me aseguro.  
Quién me daría, Amor, que el bien, que veo,  
gozase solo, y libre de recelo,  
45 en aquella verdad, con que lo creo;  
Que nunca mi ofensor, medroso celo,  
que tan grave me aflige y desbarata,  
podría derribarme por el suelo.  
Ay cuánto tu crudeza me maltrata!  
50 ay cuanto puede en mí tu diestra airada,  
que continuo me aviva, y siempre mata!  
Bella Señora, si mi voz cansada  
alcanza tanto bien, que no os ofende,  
oídla blandamente sosegada.  
55 Luz de eterna belleza, en quien me enciende,  
y gasta Amor, y en un lloroso río  
vuelto, contra sus llamas me defiende;  
Si os puede enternecer el dolor mío,  
comiencen a ablandaros mis enojos;  
60 no deis ya más lugar a más desvío.  
No me neguéis esos divinos ojos,  
que todo en vos me han ya trasfigurado,  
llevándose consigo mis despojos.  
Si ausente estoy de vos, muero cuitado,  
65 y vivo alegre, solo cuando os miro.  
mas ay cuán poco duro en este estado!  
Que cuando a verme en vos presente aspiro,  
mi enemiga fortuna no consiente,  
que falte causa al mal, por quien suspiro;  
70 y así estoy ante vos solo y ausente.

<SONETO XIII>

Dulces halagos, tierno sentimiento,  
regalos blandos y amoroso engaño,  
que a un rudo pecho, y del Amor extraño  
fuisteis grave ocasión de su tormento;

5 Que dura fuerza y grande movimiento  
os deshizo, y mostró el cubierto daño?  
porque no me consuela el desengaño?  
ya que me ofende ver mi perdimiento?  
No me distes herida tan liviana,  
10 que a lo íntimo de la alma no tocase;  
quedando en ella eternamente abierta.  
Faltasteis; porque nunca yo alcanzase  
del bien, que tuve, en esperanza vana,  
segura una hora de alegría cierta.

<SONETO XIII>

Do vas? do vas cruel? do vas? refrena,  
refrena el presuroso paso, en tanto  
que de mi dolor grave el largo llanto  
a abrir comienza esta honda vena.  
5 Oye la voz de mil suspiros llena,  
y de mi mal sufrido el triste canto;  
que no podrás ser fiera y dura tanto;  
que no te mueva esta mi acerba pena.  
Vuelve tu luz a mí, vuelve tus ojos,  
10 antes que quede oscuro en ciega niebla;  
decía en sueño, o en ilusión perdido.  
Volví, halleme solo y entre abrojos,  
y en vez de luz cercado de tiniebla,  
y en lágrimas ardientes convertido.

<SONETO XV>

En vano error de dulce engaño espero,  
y en la esperanza de mi bien porfío;  
y aunque veo perderme, el desvarío  
me lleva del Amor, a donde muero.  
5 Ojos, de mi deseo fin postrero,  
sola ocasión del alto furor mío,  
tended la luz, romped aqueste frío  
temor, que me derriba en dolor fiero.  
Porque mi pena es tal, que tanta gloria  
10 en mí no cabe, y desespero, cuando  
veo, que el mal no debo merecello;  
Pues venzo mi pasión con la memoria,

y con la honra de saber, penando,  
que nunca a Troya ardió fuego tan bello.

<SONETO XVI>

Qué espíritu encendido Amor envía  
en este frío corazón esquivo,  
que con la alba en calor el pecho avivo.  
y ardo al aparecer del nuevo día.  
5 Yo me inflamo, si a Febo se desvía  
la sombra; y cuando de aquel puesto altivo  
declina el Sol, me quemo en fuego vivo,  
y abraso, cuando al mar tuerce la vía.  
Centella soy, si el lubricán parece;  
10 llama, cuando se ven las luces bellas,  
y el blanco rostro a Delia se colora.  
Fuego soy, cuando el orbe se adormece;  
incendio al esconder de las estrellas,  
y ceniza al volver de nueva Aurora.

<SONETO XVII>

Despoja la hermosa y verde frente  
de los árboles altos el turbado  
otoño, y dando paso al viento helado,  
queda lugar a la aura de Occidente.  
5 Las plantas, que ofendió, con el presente  
espíritu de Céfiro templado  
cobran honra y color; y esparce el prado  
olor de bellas flores dulcemente.  
Mas oh triste, que nunca mi esperanza.  
10 después que la abatió desnuda el hielo,  
torna avivar para su bien perdido.  
Cruda suerte de amor, dura mudanza,  
firme a mi mal, que el variar del cielo  
tiene contra su fuerza suspendido!

<SONETO XVIII>

Flaca esperanza en todas mis porfías,

vano deseo en desigual tormento,  
y, inútil fruto del dolor, que siento,  
lágrimas sin descanso, y ansias mías;  
5 Una hora alegre en tantos tristes días  
sufrid, que tenga un triste descontento;  
y que pueda sentir tal vez contento  
la gloria de fingidas alegrías.  
No es justo no, que siempre quebrantado  
10 me oprima el mal; y me deshaga el pecho  
nueva pena de antiguo desvarío.  
Mas oh que temo tanto el dulce estado,  
que (como al bien no esté enseñado y hecho)  
abrazo ufano el grave dolor mío.

<SONETO XIX>

Yo vi unos bellos ojos, que hirieron  
con dulce flecha un corazón cuitado;  
y que, para encender nuevo cuidado,  
su fuerza toda contra mí pusieron.  
5 Yo vi, que muchas veces prometieron  
remedio al mal, que sufro no cansado;  
y que, cuando esperé vello acabado,  
poco mis esperanzas me valieron.  
Yo veo, que se esconden ya, mis ojos,  
10 y crece mi dolor, y llevo ausente  
en el rendido pecho el golpe fiero.  
Yo veo ya perderse los despojos,  
y la memoria de mi bien presente;  
y en ciego engaño de esperanza muero.

<SONETO XX>

Si puede celebrar mi rudo canto  
la luz de vuestro ingenio y la nobleza,  
tendrá perpetua gloria con grandeza  
de fama en el dorado y rico manto.  
5 Pero si de mi mal no me levanto,  
y Amor me ocupa todo en la belleza  
sola y grave ocasión de mi tristeza,  
por quien suspiro, y me deshago en llanto;  
Será, en cuanto sostenga la alma mía  
10 el duro peso, sin temor de olvido

siempre vuestro valor de mi estimado.  
Porque el sosiego y trato y cortesía  
a vos todo me tienen ofrecido,  
oh ilustre honor del nombre Maldonado.

<CANCIÓN I>

Voz de dolor, y canto de gemido,  
y espíritu de miedo, envuelto en ira,  
hagan principio acerbo a la memoria  
de aquel día fatal aborrecido,  
5 que Lusitania mísera suspira,  
desnuda de valor, falta de gloria.  
y la llorosa historia  
asombre con horror funesto y triste,  
dende el África Atlante y seno ardiente,  
10 hasta do el mar de otro color se viste;  
y do el límite rojo de Oriente,  
y todas sus vencidas gentes fieras  
ven tremolar de Cristo las banderas.  
Ay de los que pasaron, confiados  
15 en sus caballos, y en la muchedumbre  
de sus carros, en ti Libia desierta;  
y, en su vigor y fuerzas engañados,  
no alzaron su esperanza a aquella cumbre  
de eterna luz; mas con soberbia cierta  
20 se ofrecieron la incierta  
victoria, y sin volver a Dios sus ojos,  
con yerto cuello y corazón ufano  
solo atendieron siempre a los despojos;  
y el santo de Israel abrió su mano,  
25 y los dejó; y cayó en despeñadero  
el carro, y el caballo y caballero.  
Vino el día cruel, el día lleno  
de indignación, de ira y furor, que puso  
en soledad, y en un profundo llanto  
30 de gente, y de placer el reino ajeno.  
el cielo no alumbró, quedó confuso  
el nuevo Sol, présago de mal tanto.  
y con terrible espanto  
el Señor visitó sobre sus males,  
35 para humillar los fuertes arrogantes;  
y levantó los bárbaros no iguales,  
que con osados pechos y constantes  
no busquen oro; mas con crudo hierro

venguen la ofensa y cometido hierro.  
40 Los impíos y robustos, indignados  
las ardientes espadas desnudaron  
sobre la claridad y hermosura  
de tu gloria y valor; y no cansados  
en tu muerte, tu honor todo afearon,  
45 mezquina Lusitania sin ventura.  
y con frente segura  
rompieron sin temor con fiero estrago  
tus armadas escuadras y braveza.  
la arena se tornó sangriento lago,  
50 la llanura con muertos aspereza.  
cayó en unos vigor, cayó denuedo,  
mas en otros desmayo y torpe miedo.  
Son estos por ventura los famosos,  
los fuertes y belígeros varones,  
55 que conturbaron con furor la tierra?  
que sacudieron reinos poderosos?  
que domaron las hórridas naciones?  
que, pusieron desierto en cruda guerra,  
cuanto enfrena y encierra  
60 el mar Indo; y feroces destruyeron  
grandes ciudades? do la valentía?  
como así se acabaron, y perdieron  
tanto heroico valor en solo un día;  
y lejos de su patria derribados,  
65 no fueron justamente sepultados?  
Tales fueron aquestos, cual hermoso  
cedro del alto Líbano, vestido  
de ramos, hojas, con excelsa alteza;  
las aguas lo criaron poderoso,  
70 sobre empinados árboles subido,  
y se multiplicaron en grandeza  
sus ramos con belleza;  
y, extendiendo su sombra, se anidaron  
las aves, que sustenta el grande cielo;  
75 y en sus hojas las fieras engendraron,  
e hizo a mucha gente umbroso velo.  
no igualó en celsitud y hermosura  
jamás árbol alguno a su figura.  
Pero elevóse con su verde cima,  
80 y sublimó la presunción su pecho,  
desvanecido todo y confiado;  
haciendo de su alteza solo estima.  
por eso Dios lo derribó deshecho,

a los impíos y ajenos entregado,  
85 por la raíz cortado.  
que opreso de los montes arrojados,  
sin ramos y sin hojas, y desnudo,  
huyeron de él los hombres espantados;  
que su sombra tuvieron por escudo.  
90 en su ruina y ramos, cuantas fueron,  
las aves y las fieras se pusieron.  
Tú, infanda Libia, en cuya seca arena  
murió el vencido reino Lusitano,  
y se acabó su generosa gloria;  
95 no estés alegre y de ufanía llena;  
porque tu temerosa y flaca mano  
hubo sin esperanza tal victoria,  
indigna de memoria;  
que si el justo dolor mueve a venganza  
100 alguna vez el Español coraje,  
despedazada con aguda lanza,  
compensarás muriendo el hecho ultraje;  
y Luco amedrentado, al mar inmenso  
pagará de Africana sangre el censo.

<SONETO XXI>

Como en la cumbre excelsa de Mimante,  
do en eterna prisión arde, y procura  
alzar la frente airada, y guerra oscura  
mover de nuevo al cielo el gran gigante;  
5 Se nota de las nubes, que delante  
vuelan y encima, en hórrida figura  
la calidad de tempestad futura,  
que amenaza con áspero semblante;  
Así de mis suspiros y tristeza,  
10 del grave llanto y grande sentimiento  
se muestra el mal, que encierra el duro pecho.  
Por eso no os ofenda mi flaqueza,  
bella Estrella de Amor; que mi tormento  
no cabe bien en vaso tan estrecho.

<SONETO XXII>

Céfiro renovó en mi tierno pecho  
floridas ramas de esperanza cierta,

a mansa lluvia, a sol templado abierta,  
y todo se mostraba en mi provecho.  
5 Cuando de hielo un crudo soplo hecho,  
de aquella parte de calor desierta,  
abate en tierra mi esperanza muerta,  
y el trabajo en un punto fue deshecho.  
Quedó en el mismo puesto el hielo frío,  
10 que con el fuego en mi dolor contiene;  
y vence alguna vez, otra es vencido.  
de allí siempre temí en el pecho mío  
la nieve, que aunque el fuego me defiende,  
medroso estoy del daño recibido.

<SONETO XXIII>

En la oscura tiniebla del olvido,  
y fría sombra, do tu luz no alcanza,  
Amor, me tiene puesto sin mudanza  
este fiero desdén aborrecido.  
5 Porque de su crudeza perseguido,  
hecho mísero ejemplo de venganza,  
del todo desampare la esperanza  
de volver al favor y al bien perdido.  
Tú, que sabes mi fe, y oyes mi llanto,  
10 rompe las nieblas con tu ardiente fuego;  
y torna me a la dulce suerte mía.  
Mas oh si oyese yo tal vez el canto  
de mi Enemiga, que saldría luego  
a la pura región de la alegría.

<SONETO XXIII>

Oye tú solo, eterno y sacro río  
el grave y mustio son de mi lamento;  
y mezclado en tu grande crecimiento  
lleva al padre Nereo el llanto mío.  
5 Los suspiros ardientes, que a ti envió,  
antes que los derrame leve viento,  
acoge en tu sonante movimiento;  
porque se esconda en ti mi desvarío.  
No sean más testigos de mi pena  
10 los árboles, las peñas, que solían



responder, y quejarse a mi gemido.

Y en estas ondas, y corriente llena,  
a quien vencer mis lágrimas porfían,  
viva siempre mi mal, y amor crecido.

<SONETO XXV>

Salen mil pensamientos al encuentro,  
cuando estoy más ajeno, y pueden tanto,  
que a pena de mis males me levanto,  
y ya me hallo en el peligro dentro.

5 Sin recelo mi afrenta sigo, y entro  
osando (oh ciego error) para más llanto.  
y aunque me esfuerzo, al fin no puedo, cuanto  
debo en tantas mudanzas, con que encuentro.

No es la tristeza, ni el dolor, quien hace  
10 la guerra, que padezco, de mi daño;  
que el mal no espanta a quien lo tiene en uso.

El bien, que temo y dudo, me deshace;  
que yo sé bien por el ausente engaño  
juzgar de este presente el fin confuso.

<SONETO XXVI>

Subo, con tan gran peso quebrantado,  
por esta alta, empinada, aguda sierra;  
que aún no llego a la cumbre, cuando yerra  
el pie, y trabuco al fondo despeñado.

5 Del golpe y de la carga maltratado,  
me alzo a pena, y a mi antigua guerra  
vuelvo. mas que me vale? que la tierra  
misma me falta al curso acostumbrado.

Pero aunque en el peligro desfallezco,  
10 no desamparo el paso; que antes torno  
mil veces a cansarme en este engaño.

Crece el temor, y en la porfía crezco;  
y sin cesar, cual rueda vuelve en torno;  
así revuelvo a despeñarme al daño.

<SONETO XXVII>

El color bello en el humor de Tiro  
ardió, y la nieve vuestra en llama pura,  
cuando, Estrella, volvisteis con dulzura  
los ojos, por quien mísero suspiro.

5 Vivo color de lúcido zafiro,  
dorado cielo, eterna hermosura,  
pues merecí alcanzar esta ventura,  
acoged blandamente mi suspiro.

Con el mi alma, en el celeste fuego  
10 vuestro abrasada, viene, y se trasforma  
en la belleza vuestra soberana.

Y en tanto gozo, en su mayor sosiego  
su bien, en cuantas almas halla, informa;  
que en el comunicar más gloria gana.

<SONETO XXVIII>

Suave Filomela, que tu llanto  
descubres al sereno y limpio cielo,  
si lamentaras tú mi desconsuelo,  
o si tuviera yo tu dulce canto;

5 Yo prometiera a mis trabajos tanto,  
que esperara al dolor algún consuelo;  
y se movieran de amoroso celo  
los bellos ojos, cuya lumbre canto.

Mas tú con la voz dulce y armonía  
10 cantas tu afrenta, y bárbaros despojos,  
yo lloro mayor daño en son quejoso.

O haga el cielo, que en la pena mía  
tu voz suene, o yo cante mis enojos,  
vuelto en tí, Ruiseñor blando y lloroso.

<SONETO XXIX>

Huyo apriesa medroso el horror frío,  
y la aspereza y aterido invierno,  
y la aura espero de Favonio tierno  
contra su fuerza y contra el seco estío.

5 Mas, Herrera, en el grave estado mío  
me ofende el prevenir, y al fin discierno

Céfiro breve, y Aquilón eterno,  
y siempre en un error por mal porfía.

Al cabo habrá de ser, que el destemplado  
10 estío acabe en fuego, o en tanta nieve  
rígido invierno el pecho endurecido.  
Vos, que en sosiego, si de amor cansado  
estáis, o si pasión presente os mueve,  
tened dolor de verme tan perdido.

<SONETO XXX>

Canso la vida en esperar un día  
de fingido placer. huyen los años,  
y nacen de ellos mil sabrosos daños,  
que esfuerzan el error de mi porfía.  
5 Los pasos, por do voy a mi alegría,  
tan desusados son, y tan extraños,  
que al fin van a acabarse en mis engaños,  
y de ellos vuelvo a comenzar la vía.  
Descubro en el principio otra esperanza,  
10 si no mayor, igual a la pasada,  
y en el mismo deseo persevero.  
Mas luego torno a la común mudanza  
de la suerte en mi daño conjurada,  
y esperando contino desespero.

<ELEGIA III>

No baños en el mar sagrado y cano,  
callada Noche, tu corona oscura,  
antes de oír este amador ufano.  
Y tú alza de la húmeda hondura  
5 las verdes hebras de la bella frente,  
de Náyades lozana hermosura.  
Aquí, do el grande Betis ve presente  
la armada vencedora, que el Egeo  
manchó con sangre de la Turca gente,  
10 Quiero decir la gloria, en que me veo;  
pero no cause envidia este bien mío  
a quien aún no merece mi deseo.  
Sosiega el curso, tú, profundo río,  
oye mi gloria, pues también oíste  
15 mis quejas en tu puro asiento frío.  
Tú amaste, y como yo también supiste  
del mal dolerte, y celebrar la gloria  
de los pequeños bienes que tuviste.

Breve será la venturosa historia  
20 de mi favor; que breve es la alegría,  
que tiene algún lugar en mi memoria.  
Cuando del claro cielo se desvía  
del Sol ardiente el alto carro apena,  
y casi igual espacio muestra el día;  
25 Con blanda voz, que entre las perlas suena,  
teñido el rostro de color de rosa,  
de honesto miedo y de amor tierno llena,  
Me dijo así la bella desdeñosa,  
que un tiempo me negaba la esperanza,  
30 sorda a mi llanto y ansia congojosa;  
Si por firmeza y dulce amar se alcanza  
premio de Amor, yo tener bien debo  
de los males, que sufro, mas holganza.  
Mil veces, por no ser ingrata, pruebo  
35 vencer tu amor, pero al fin no puedo;  
que es mi pecho a sentillo rudo y nuevo.  
Si en sufrir más me vences, yo te excedo  
en pura fe y afectos de terneza;  
vive de hoy más ya confiado y ledo.  
40 No sé, si oí, si fui de su belleza  
arrebatao, si perdí el sentido;  
sé, que allí se perdió mi fortaleza.  
Turbado dije al fin; por no haber sido  
este tan grande bien de mí esperado,  
45 pienso, que debe ser (si es bien) fingido.  
Señora, bien sabéis, que mi cuidado  
todo se ocupa en vos; que yo no siento,  
ni pienso, sino en verme más penado.  
Mayor es que el humano mi tormento,  
50 y al mayor mal igual esfuerzo tengo,  
igual con el trabajo el sentimiento.  
Las penas, que por sola vos sostengo,  
me dan valor, y mi firmeza crece,  
cuanto más en mis males me entretengo.  
55 No quiero concederos, que merece  
mi afán tal bien, que vos sintáis el daño;  
mas ama, quien más sufre y más padece.  
No es mi pecho tan rudo, o tan extraño,  
que no conozca en el dolor primero,  
60 si, en esto que dijistes, cabe engaño.  
Un corazón de impenetrable acero  
tengo para sufrir, y está más fuerte,  
cuanto más el asalto es bravo y fiero,

Diome el cielo en destino aquesta suerte,  
65 y yo la procuré, y hallé el camino,  
para poder honrarme con mi muerte.  
Lo demás, que entre nos pasó, no es digno,  
Noche, de oír el Austro presuroso,  
ni el viento de tus lechos más vecino.  
70 Mete en el ancho piélago espumoso  
tus negras trenzas y húmedo semblante;  
que en tanto que tu yaces en reposo,  
podrá Amor darme gloria semejante.

<SONETO XXXI>

El tiempo, que se alarga al mal extraño,  
y me muestra mis pasos bien contados;  
si término pusiese a mis cuidados,  
sería a mi esperanza desengaño.  
5 que el oro, que me tiene en nuevo engaño,  
los ojos dulcemente regalados,  
sin valor a mis años mal gastados  
el remedio serían de su daño.  
Pero si en él se aumenta el dolor mío,  
10 si el oro es y las luces inmortales,  
y es eterno el valor y altivo intento;  
Será de amor perpetuo el desvarío;  
y en las penas, que a todos son mortales,  
renacerá contino mi tormento.

<SONETO XXXII>

Oh cara perdición, oh dulce engaño;  
suave mal, sabroso descontento;  
amado error del tierno pensamiento;  
luz, que nunca descubre el desengaño;  
5 Puerta, por la cual entra el bien y el daño;  
descanso y pena grave del tormento;  
vida del mal; alma del sufrimiento;  
de confusión revuelta cerco extraño;  
Vario mar de tormenta y de bonanza;  
10 segura playa y peligroso puerto;  
sereno, inestable, oscuro y claro cielo;  
Por qué como me diste confianza  
de osar perderme, ya que estoy desierto  
de bien, no pones a mi mal consuelo?

<SONETO XXXIII>

Ardientes hebras, do se ilustra el oro,  
de celestial ambrosía rociado,  
tanto mi gloria sois y mi cuidado,  
cuanto sois del Amor mayor tesoro.  
5 Luces, que al estrellado y alto coro  
prestáis el bello resplandor sagrado,  
cuanto es Amor por vos más estimado,  
tanto humildemente os honro más y adoro.  
Purpúreas rosas, perlas de Oriente,  
10 marfil terso, y angélica armonía,  
cuanto os contemplo, tanto en vos me inflamo;  
Y cuanta pena la alma por vos siente,  
tanto es mayor valor y gloria mía;  
y tanto os temo, cuanto más os amo.

<SONETO XXXIIII>

Venció las fuerzas el Amor tirano,  
cortó los niervos con aguda espada  
de aquella dulce libertad amada,  
que sin vigor suspiro siempre en vano.  
5 El me vuelve y me trae por la mano  
a do mi error y perdición la agrada.  
mas ya la vida, de su mal cansada,  
osa tornarse al curso usado y llano.  
Pero es flaca osadía, y con la muerte  
10 luchando, abrazo alegre el dulce engaño,  
y me aventuro en el deseo y pierdo.  
Que yo no puedo ser al fin tan fuerte,  
que contraste gran tiempo a tanto daño;  
ni en tal error me vale ya ser cuerdo.

<CANCION II>

Si alguna vez mi pena  
cantaste tiernamente, Lira mía,  
y en la desierta arena  
de este campo extendido  
5 desde la oscura noche al claro día

rompiste mi gemido;  
ahora olvida el llanto,  
y vuelve al alto y desusado canto.  
No celebro los hechos  
10 del duro Marte, y sin temor osados  
los valerosos pechos,  
la siempre insigne gloria,  
de aquellos Españoles no domados;  
que para la memoria,  
15 que canto, me da aliento  
Febo a la voz, y vida al pensamiento.  
Escriba otro la guerra,  
y en Turca sangre el ancho mar cuajado,  
y en la abrasada tierra  
20 el conflicto terrible,  
y el Lusitano orgullo quebrantado  
con estrago increíble;  
que no menor corona  
teje a mi frente el coro de Helicon.  
25 A la grandeza vuestra  
no ofenda el rudo son de osada lira;  
que en lo poco que muestra, glorioso Fernando,  
aunque desnuda de destreza espira,  
30 el curso refrenando  
el sacro Hesperio río  
mil veces se detuvo al canto mío.  
El linaje y grandeza,  
y ser de tantos reyes descendiente,  
35 la pura gentileza  
y el ingenio dichoso,  
que entre todos os hacen excelente,  
y el pecho generoso  
y la virtud florida  
40 de vos prometen una heroica vida.  
No basta no el imperio,  
ni traer las cervices humilladas  
presas en cautiverio  
con vencedora mano;  
45 ni que de las banderas ensalzadas  
el Cita y Africano  
con medroso semblante,  
y el Indo y Persa sin valor se espante.  
Que quien al miedo obliga  
50 y rinde el corazón, y desfallece  
de la virtud amiga;

y va por el camino,  
do la profana multitud perece,  
sujeto al yugo indigno  
55 pierde la gloria y nombre,  
pues siendo más, se hace menos hombre.

Los Héroes famosos  
los niervos al deleite derribaron,  
que ni en los engañosos  
60 gustos, ni en lisonjeras  
voces de las Sirenas peligraron;  
antes las ondas fieras  
atravesando fueron,  
por do ningunos escapar pudieron.

65 Seguid, Señor, la llama  
de la virtud, que en vos sus fuerzas prueba;  
que si bien os inflama  
de su amor en el fuego,  
viendo su bella luz, con fuerza nueva,  
70 sin admitir sosiego,  
buscaréis en el suelo  
la que consigo os alzaré en el cielo.

No os desvanezca el pecho  
la soberbia ignorante y engañada,  
75 ni lo mostréis estrecho;  
que para aventajaros  
entre las sombras de esta edad culpada,  
debéis siempre esforzaros.  
que solo es vuestro aquello,  
80 que por virtud pudisteis merecello.

Aquel, que libre tiene  
de engaño el corazón, y solo estima  
lo que a virtud conviene;  
y sobre cuanto precia  
85 el vulgo incierto, su intención sublima,  
y el miedo menosprecia,  
y sabe mejorarse,  
solo señor merece y rey llamarse.

Que no son diferentes  
90 en la terrena masa los mortales;  
pero en ser excelentes  
en virtud y hazañas,  
se hacen unos de otros desiguales.

estas glorias extrañas,  
95 en los que resplandecen,  
si ellos no las esfuerzan, se entorpecen.



Por el camino cierto  
de las divinas Musas vais seguro;  
do el cielo os muestra abierto  
100 el bien, a otros secreto,  
con guía tal, que en el peligro oscuro  
de perturbado afecto  
venciendo el duro asalto,  
subiréis de la gloria en lo más alto.  
105 Y porque las tinieblas,  
fatal estorbo a la grandeza humana,  
no escondan en sus nieblas  
el valor admirable,  
haré, que en vuestra gloria soberana  
110 siempre Talía hable;  
y que la bella Flora,  
y los reinos la canten de la Aurora.

<SONETO XXXV>

Por un camino solo, al Sol abierto,  
de espinas y de abrojos mal sembrado,  
el tardo paso nuevo, y voy cansado  
a do cierra la vuelta el mar incierto.  
5 Silencio triste habita este desierto;  
y el mal, que ay, conviene ser callado.  
cuando pienso acaballo, acrecentado  
veo el camino, y mi trabajo cierto.  
A un lado levantan su grandeza  
10 los riscos juntos, con el cielo iguales,  
al otro cae un gran despeñadero.  
No sé, de quien me valga en mi estrechez,  
que me libre de Amor, y de estos males;  
pues remedio sin vos, mi Luz, no espero.

<SONETO XXXVI>

Llevarme puede bien la suerte mía  
al destemplado cerco y fuego ardiente  
de la abrasada Libia, o do se siente  
casi perpetua sombra y noche fría;  
5 que en la niebla tendré lumbre del día,  
templanza en el calor, aunque esté ausente  
de vos, mi bien, y Amor siempre inclemente

me niegue la esperanza de alegría.  
Y no podrá mi áspero tormento,  
10 y el inmenso dolor, que temo tanto,  
turbarme un solo punto de mi gloria;  
que en medio de mi grave sentimiento,  
de mi hielo y mi llama alegre canto  
de mi dichoso mal la rica historia.

<SONETO XXXVII>

Mi bien, que tardo fue a llegar, en vuelo  
pasó, cual rota niebla por el viento;  
y fue siempre terrible mi tormento,  
después que me cercó el temor y el hielo.  
5 Alzaba mi esperanza al alto cielo;  
pero en el comenzado movimiento  
cayó muerta; y sin fuerza y sin aliento  
llorando estoy desierto en este suelo.  
Do, solo satisfecho de mi llanto  
10 huyo todas las muestras de alegría,  
ausente, aborrecido y olvidado.  
Membranzas tristes viven en mi canto;  
y, puesto en la presente pena mía,  
descanso, cuando estoy más lastimado.

<SONETO XXXVIII>

Serena Luz, en quien presente espira  
divino amor, que enciende y junto enfrena  
el noble pecho, que en mortal cadena  
al alto Olimpo levantarse aspira;  
5 Ricos cercos dorados, do se mira  
tesoro celestial de eterna vena;  
armonía de angélica Sirena,  
que entre las perlas y el coral respira;  
Cual nueva maravilla, cual ejemplo  
10 de la inmortal grandeza nos descubre  
aquesa sombra del hermoso velo?  
Que yo en esa belleza, que contemplo,  
(aunque a mi flaca vista ofende y cubre)  
la inmensa busco, y voy siguiendo al cielo.

<SONETO XXXIX>

Pura, bella, suave Estrella mía,  
que sin, que os dañe oscuridad profana,  
vestís de luz serena la mañana,  
y la tierra encendéis desnuda y fría;  
5 Pues vos, por quien suspiros mil envía  
mi alma, cual castísima Diana,  
movéis la empresa vuestra soberana  
contra Venus y Amor con osadía;  
Yo seré, como aquel, que su belleza  
10 con hierro amancilló; y el casto hecho  
lo mostró con más gloria y hermosura.  
Pero tendré de Ladmo en la aspereza,  
si Luna sois, del cazador el pecho,  
y no de él, que honró Arcadia, la figura.

<SONETO XL>

Viví gran tiempo en confusión perdido,  
y todo de mí mismo enajenado,  
desesperé de bien; que en tal estado  
perdí la mejor luz de mi sentido.  
5 Mas cuando de mí tuve más olvido,  
rompió los duros lazos al cuidado  
de Amor el enemigo más honrado;  
y ante mis pies lo derribó vencido.  
Ahora, que procuro mi provecho,  
10 puedo decir, que vivo; pues soy mío,  
libre, ajeno de Amor y de sus daños.  
Pueda el desdén, Antonio, en vuestro pecho  
acabar semejante desvarío;  
antes que prevalezcan sus engaños.

<SONETO XLI>

Estoy pensando en mi dolor presente,  
y procuro remedio al mal instante;  
pero soy en mi bien tan inconstante,  
que a cualquier ocasión vuelvo la frente.  
5 Cuando me aparto, y pienso estar ausente,  
de mi peligro estoy menos distante.  
siempre voy con mis yerros adelante,  
sin que de tantos daños escarmiente.  
Noble vergüenza del valor perdido,  
10 porque no abrasas este frío pecho,  
y deshaces mi ciego desvarío?

Si tú me sacas de este error de olvido;  
podré decir en honra de este hecho,  
que solo debo a ti poder ser mío.

<ELEGIA IIII>

A la pequeña luz del breve día,  
y al grande cerco de la sombra oscura  
veo llegar la corta vida mía.

La flor de mis primeros años pura  
5 siento, Medina, ya gastarse , y siento  
otro deseo, que mi bien procura.

Voluntad diferente y pensamiento  
reina dentro en mi pecho, que deshace  
el no seguro y flaco fundamento.

10 Lo que más me agradó, no satisface  
al ofendido gusto; y solo admito,  
lo que sola razón intenta y hace.

Del ancho mar el término infinito,  
la inmensa tierra, que su curso enfrena,  
15 al bien que estimo, son lugar finito.

Lo que la vana gloria alcanza apenas,  
por quien se cansa la ambición profana,  
y en mil graves peligros se condena;

La virtud menosprecia soberana,  
20 y contenta de sí, no para en cosa  
de las que admira la grandeza humana.

Yo lejos por la senda trabajosa  
sigo entre las tinieblas a su lumbre,  
abrasado en su llama gloriosa.

25 Y si no rompe, antes que a la cumbre  
suba el hilo mortal, hallarme espero  
libre de esta confusa muchedumbre.

Porque ya veo apresurar ligero,  
y volar, como rayo acelerado,  
30 del tiempo el desengaño verdadero.

Huyen, como saeta, que el armado  
arco arroja, los días no parando,  
envidiosos del no firme estado.

Va el tiempo siempre avaro derribando  
35 nuestra esperanza, y llevase consigo  
las cosas todas del terreno bando.

Esta caduca vida, por quien sigo  
lo que en su gusto conformar no debe,

y soy de mí por ella mi enemigo;

40 Sombra es desnuda, humo, polvo, nieve,  
que el Sol ardiente gasta con el viento  
en un espacio muy liviano y breve.  
Es estrecha prisión, do el pensamiento  
repara, y ve en la niebla una luz clara  
45 de la razón, que oprime al sentimiento.  
Y, como quien mi libertad prepara,  
siento, que de mi sueño entorpecido  
me llama, y de esta suerte se declara;  
Oh mísero, oh anegado en el olvido,  
50 oh en Cimeria tiniebla sepultado,  
recuerda de ese sueño adormecido.  
Estás en ciego error enajenado,  
que contigo se cría y envejece;  
y no das fin a tu mortal cuidado?

55 Por ventura, mezquino, te parece  
que el Sol no toca el medio de su alteza,  
y la cercana noche te oscurece.  
En tanto que está verde esta corteza  
frágil, y no la cubre torpe hielo,  
60 y blanca nieve llena de graveza;  
Vuelve por ti, refrena el presto vuelo;  
y coge al tiempo la mal suelta rienda;  
no te condene de ignorancia el velo.  
Porque si vas por esta abierta senda,  
65 serás uno en la errada y ciega gente,  
do nunca el fuego de virtud te encienda.  
Cuanto Febo de Aurora al Occidente,  
y ciñe dende el Austro hasta Arturo,  
perece sin virtud indignamente.

70 Aquel dichoso espíritu, seguro  
de estos asaltos vivirá contino,  
que fuere en obras y en palabras puro.  
Fuerza es de la virtud, y no es destino,  
romper el hielo y desatar el frío  
75 con vivo fuego de favor divino.  
Desampara tu osado desvarío,  
no des más ocasión a tanto engaño;  
que la edad huye, cual corriente río.  
Serán de tu fatiga premio extraño  
80 dolor confuso, vergonzosa afrenta,  
tristes despojos de tu eterno daño.  
Si esto no te congoja y descontenta,  
que puede dar congoja y descontento,

a quien del suelo levantar se intenta?  
85 Tú te acabas en mísero tormento,  
pensando vanamente ser dichoso,  
y contigo tu incierto fundamento.  
Arranca de tu pecho desdeñoso  
la impía raíz, que cría tu esperanza  
90 falsa en loco deseo y engañoso.  
Y no es otra tu gloria y confianza,  
sino perder y aborrecer (cuitado)  
a ti por quien descansa en la mudanza.  
Este sano consejo y acertado  
95 la venda de los ojos me descubre,  
y me hace mirar con más cuidado.  
Viéndome en el error, y que se encubre  
la luz, que me guiaba, en el desierto,  
un frío miedo el corazón me cubre.  
100 Mas yo no puedo de mi engaño cierto  
librarme; porque el fuego espira ardiente,  
que al mal me tiene vivo, y al bien muerto.  
Y cuando espero con la luz presente  
sacalla del incendio, con dulzura  
105 extraña la alma presa se resiente.  
Al resplandor de la belleza pura  
corre encendida con tan alta gloria,  
que ni otro bien, ni otro placer procura.  
Porque Amor me refiere a la memoria  
110 de mi dulce pasión el triste día,  
que le dio nueva causa a su victoria.  
Yo ya de mil peligros recogía  
el corazón cansado con reposo,  
y conmigo indignado así decía;  
115 Después de este trabajo congojoso  
razón será, que en agradable estado  
viva algún tiempo alegre y no medroso.  
Que fuerza del Amor, que brazo airado  
penetrará mi pecho endurecido  
120 con un hielo perpetuo y obstinado?  
No sufra el cielo, que ya más perdido  
pueda yo ser en tanto desvarío;  
baste el tiempo en engaños despendido.  
El grave yugo y duro peso frío,  
125 que oprime a la alma, y entorpece el vuelo  
al generoso pensamiento mío.  
Descienda roto y sacudido al suelo;  
que la cerviz ya siento deslazada,

ya niego el feudo a Amor, ya me rebelo.  
130 Será el prado, y la selva de mi amada,  
y cantaré, como canté, la guerra  
de la gente de Flegra conjurada.  
Y levantando la alma de la tierra,  
subiré a las regiones celestiales;  
135 do todo el bien y quietud se cierra.  
La vanidad de míseros mortales  
miraré, despreciando su grandeza,  
causa de siempre miserables males.  
En estos pensamientos y nobleza  
140 pasar contento y ledó yo pensaba  
de esta edad corta y breve la estrechez;  
Que aun ya de la cruel tormenta y brava  
no estaba enjuto mi húmedo vestido  
ni apena el pie en la tierra yo afirmaba.  
145 Cuando Amor, que me trae perseguido,  
en tempestad más áspera pretende  
que yo peligre en confusión perdido;  
Con tal belleza el corazón me ofende,  
que no puede huir su nueva pena,  
150 ni del mal, que padece, se defiende.  
Un furor bello, que con luz serena  
me representa una inmortal figura,  
en perpetuo tormento me condena.  
De la suave faz la nieve pura,  
155 la limpia, alegre, y mesurada frente,  
do mostrársela púrpura procura,  
Y apena osa, y al fin osadamente  
quiere mostrarse; fueron en mi daño  
causa de este pestífero accidente.  
160 Cual yo quedase, hecho de mi extraño,  
sábelo Amor, que en la miseria mía  
me da ocasión para mayor engaño.  
Suspiro y lloro cuanto es largo el día,  
y nunca cesan el suspiro y llanto  
165 cuanto es larga la noche oscura y fría.  
La dulce voz de aquel su dulce canto  
mi alma tiene toda suspendida;  
mas no es canto la voz, es fuerte encanto,  
Que tras su viva fuerza y encendida  
170 me lleva compelido sin provecho,  
para perder en tal dolor la vida.  
Duro jaspe cercó su tierno pecho,  
do Amor despunta con trabajo vano

las flechas todas del carcaj deshecho.  
175 El rostro, do escribió Amor de su mano,  
dichoso quien por mi pena y suspira,  
si cabe tanto bien en pecho humano;  
De este miedo y peligro me retira,  
y hace, que levante el pensamiento  
180 a la grandeza, que en su lumbre mira.  
A todos pone espanto mi tormento,  
y a quien no espantará el dolor, que paso?  
y, lo menos descubro, en lo que siento.  
Yo voy siguiendo de uno en otro paso  
185 a mi bella Enemiga presurosa,  
y la pienso alcanzar con tardo paso.  
Cuando la Aurora pura y luminosa  
muestra la blanca mano al nuevo día,  
veo la de mi Estrella más hermosa.  
190 Mas cuanto mi fortuna me desvía  
de su grandeza, tanto más osado  
por ella sigo la esperanza mía.  
Tus viras en mi pecho traspasado  
ya no caben, Amor, porque está lleno  
195 de tantas, como en él has arrojado.  
En la luz bella y resplandor sereno  
estabas de sus ojos escondido,  
y me penetró de ellos el veneno.  
de allí arrojaste en ímpetu encendido  
200 flechas de mi Enemiga, y tu victoria  
de ellos nació, y fui de ellos yo herido.  
Amor, tu bien les debes esta gloria;  
que, si no fuera por la fuerza de ellos,  
en mí ya se perdía tu memoria.  
205 Tal es la nieve de los ojos bellos,  
tal es el fuego de la luz serena;  
que hielo y ardo a un mismo punto en ellos.  
Del frío Euxino a la encendida arena,  
que el Sol requema en África abrasada,  
210 no se ve, cual la mía, otra igual pena.  
Pero podrá dichosa ser llamada  
por quien me causa esta pasión interna,  
con envidia de todos admirada.  
Así fuese yo el cielo, que gobierna  
215 en cerco las figuras enclavadas,  
para siempre mirar su luz eterna;  
Así sus luces puras y sagradas  
volviese siempre a mis vencidos ojos,



y me abrasase en llamas regaladas;  
220 Como todas mis ansias, mis enojos  
serían bien y gloria, y mi tormento  
descanso en el ardor de mis despojos.  
Mal podré yo decir mi sentimiento,  
si el dolor no me deja de la mano;  
225 si vence su rigor al sufrimiento.  
Grande esperanza en un deseo vano  
es la molesta causa de mi pena,  
y un ciego error de dulce Amor tirano.  
No me espanto, que esté mi Estrella ajena  
230 de amor, pues he el amor todo ocupado,  
y del solo mi ánima está llena;  
que en él todo se ha toda trasformado;  
y así amo solo, y ella sola amada  
es, no amando un amor tan extremado.  
235 Tal vez suele poner la faz rosada  
de aquel color, que suele al tierno día  
mostrar la fresca Aurora rociada;  
Y le digo, Señora dulce mía,  
si pura fe, debida a vuestra alteza,  
240 merece algún perdón de su osadía;  
Vuestro excelso valor, y gran belleza  
no se ofendan en ver, que oso y espero  
premio, que se compare a su grandeza.  
Tanto por vos padezco, tanto os quiero,  
245 y tanto os di, que puedo ya atrevido  
decir, que por vos vivo, y por vos muero.  
Así digo; y en esto embebecido  
con dulce engaño desamparo el puerto,  
y me abandono por el mar tendido.  
250 Sopla el fiero Aquilón, de bien desierto,  
las ondas alza y vuelve un torbellino,  
y el cielo en negra sombra está cubierto.  
No puedo, ay oh dolor, ay oh mezquino,  
remediar el peligro, que recela  
255 el corazón en su dolor indigno.  
Bien fuera tiempo de coger la vela  
con presta mano, y revolver a tierra  
la proa, que cortando el ponto vuela.  
Mas yo, para morir en esta guerra,  
260 nací inclinado; y sigo el furor mío,  
por donde del sosiego me destierra.  
Vos, que de este amoroso desvarío  
vivís libre, si puedo ser culpado,

por volver a este mal con tanto brío,  
265 sabed, que debo más a mi cuidado.

<SONETO XLII>

Aura mansa, y templada de Occidente,  
que con el tierno soplo y blando frío  
halagas el ardor del pecho mío,  
qué espíritu te mueve vehemente?  
5 Ni Euro espira, ni Austro suena ardiente  
en el furor más grave del estío ;  
y tú abrasas el verde prado y río,  
cual al suelo Africano el Sol caliente.  
Mas ay, tú te encendiste en mi Luz bella,  
10 y, enemiga del bien de mi ventura,  
abrasaste las ondas y las flores.  
Cesa Aura, no me enciendas más, que en ella  
ardo siempre, y me abraso en llama pura.  
ah no añadas más fuego a mis ardores.

<SONETO XLIII>

Oh como vuela en alto mi deseo,  
sin que de su osadía el mal fin tema!  
que ya las puntas de sus alas quema,  
donde ningún remedio al triste veo.  
5 Que mal podrá alabarse del trofeo,  
si estando ufano en la región suprema  
del fuego ardiente, en esta banda extrema  
cae por su siniestro devaneo.  
Debía en mi fortuna ser ejemplo  
10 Dédalo, no aquel joven atrevido,  
que dio al cerúleo piélago su nombre.  
Mas ya tarde mis lástimas contemplo.  
pero si muero, porque osé, perdido,  
jamás a igual empresa osó algún hombre.

<SONETO XLIIII>

En esta soledad, que el Sol ardiente  
no ofende con sus rayos, estoy puesto,  
a todo el mal de ingrato Amor dispuesto,  
triste, y sin mi Luz bella, y siempre ausente.

5 Tal vez me finjo y creo estar presente  
en el dichoso, alegre y fresco puesto,  
y en la gloria me pierdo; que el molesto  
dolor de la alma aparta este accidente.  
Nunca silencio y soledad oscura  
10 pueden dar a quien ama tal contento,  
si no se cambiase la alegría.  
Poco en memoria el bien de amor me dura,  
que aun en este ocioso apartamiento  
no se afirma en segura fantasía.

<SONETO XLV>

Clara, suave luz, alegre y bella,  
que los zafiros y color del cielo  
teñís de la esmeralda con el velo,  
que resplandece en una y otra estrella;  
5 Divino resplandor, pura centella,  
por quien libre mi alma, en alto vuelo  
las alas rojas bate, y huye el suelo  
ardiendo vuestro dulce fuego en ella;  
Si yo no solo abraso el pecho mío,  
10 mas la tierra y el cielo, y en mi llama  
doy principio inmortal de fuego eterno;  
Por qué el rigor de vuestro antiguo frío  
no podré ya encender? por qué no inflama  
mi estío ardiente a vuestro helado invierno?

<SONETO XLVI>

Cubre en oscuro cerco y sombra fría  
del cielo puro el resplandor sereno  
la húmeda noche, y yo, de dolor lleno,  
lloro mi bien perdido, y mi alegría.  
5 Ningún alivio en la miseria mía  
hallo, de ningún mal estoy ajeno;  
cuanto en la confusión nublosa peno,  
padezco en la rosada luz del día.  
En otro nuevo Cáucaso enclavado,  
10 mi cuidado mortal y mi deseo  
el corazón me comen renovado;  
Do no pudiera el sucesor de Alceo  
librarme del tormento no cansado,  
que excede al del antiguo Prometeo.

<SONETO XLVII>

Quien osa desnudar la bella frente  
del puro resplandor y luz del cielo?  
quien niega el ornamento y gloria al suelo  
de las crespas lazadas de oro ardiente?  
5 El impío Febo este dolor consiente  
con sacrílega envidia y mortal celo,  
después que ve cubrir de oscuro velo  
la llama de sus hebras reluciente.  
Con dura mano lleva los despojos,  
10 y quiere mejorar cuanto perdía,  
y altivo de sus trenzas se corona;  
Porque ya vean los mortales ojos  
siempre con viva luz un claro día  
en sus sagrados cercos y corona.

<CANCIÓN III>

Quando con resonante  
rayo, y furor del brazo poderoso  
a Encélado arrogante  
Júpiter glorioso  
5 en Etna despeñó victorioso;  
Y la vencida Tierra,  
a su imperio sujeta y condenada,  
desamparó la guerra  
por la sangrienta espada  
10 de Marte, con mil muertes no domada;  
En la celeste cumbre  
es fama, que con dulce voz presente  
Febo, autor de la lumbre,  
cantó suavemente  
15 revuelto en oro la encrespada frente.  
La sonora armonía  
suspende atento al inmortal senado;  
y el cielo, que movía  
su curso arrebatado,  
20 se reparaba al canto consagrado.  
Halagaba el sonido  
al alto y bravo mar y airado viento  
su furor encogido,  
y con divino aliento

25 las Musas consonaban a su intento.  
Cantaba la victoria  
del cielo, y el horror y la aspereza,  
que les dio mayor gloria,  
temiendo la crudeza  
30 de la Titania estirpe y su bruteza.  
Cantaba el rayo fiero,  
y de Minerva la vibrada lanza,  
del rey del mar ligero  
la terrible pujanza,  
35 y del Hercúleo brazo la venganza.  
Más del sangriento Marte  
las fuerzas alabó y desnuda espada,  
y la braveza y arte  
de aquella diestra armada,  
40 cuya furia fue en Flegra lamentada.  
A ti, decía, escudo,  
a ti valor del cielo poderoso,  
poner temor no pudo  
el escuadrón dudoso  
45 con enroscadas sierpes espantoso.  
Tú solo a Oromedonte  
diste bravo y feroz horrible muerte  
junto al doblado monte,  
y con dichosa suerte  
50 a Peloro abatió tu diestra fuerte.  
Oh hijo esclarecido  
de Juno, oh duro y no cansado pecho,  
por quien Mimas vencido,  
y en peligroso estrecho  
55 el pavoroso Runco fue deshecho.  
Tu ceñido de acero,  
tu estrago de los hombres rabioso,  
con sangre hórrido y fiero,  
y todo impetuoso,  
60 el grande muro rompes presuroso.  
Tú encendiste en aliento  
y amor de guerra y generosa gloria  
al sacro ayuntamiento,  
dándole la victoria,  
65 que hará siempre eterna su memoria.  
A ti Júpiter debe,  
libre ya de peligro, que el profano  
linaje, que se atreve alzar armada mano,  
70 sujeto sienta ser su orgullo vano.

Mas aunque resplandezca  
esta victoria tuya esclarecida  
con fama, que merezca  
tener eterna vida,  
75 sin que de oscuridad esté ofendida;  
Vendrá tiempo, en que sea  
tu nombre, tu valor puesto en olvido;  
y la tierra posea  
valor tan escogido,  
80 que ante él el tuyo quede oscurecido.  
Y el fértil Occidente,  
en cuyo inmenso piélago se baña  
mi veloz carro ardiente,  
con claro honor de España  
85 te mostrará la luz de esta hazaña.  
Que el cielo le concede  
de César sacro el ramo glorioso,  
que su valor herede;  
para que al espantoso  
90 Turco quebrante el brío corajoso,  
veráse el impío bando  
en la fragosa, inaccesible cumbre,  
que sube amenazando  
a la celeste lumbre,  
95 confiado en su osada muchedumbre.  
Y allí de miedo ajeno  
corre, cual suelta cabra, y se abalanza  
con el fogoso trueno  
de su cubierta estancia,  
100 y sigue de sus odios la venganza.  
Mas luego que aparece  
el joven de Austria en la enriscada sierra,  
el temor entorpece  
a la enemiga tierra,  
105 y con ella acabó toda la guerra.  
Cual tempestad ondosa  
con horrísono estruendo se levanta  
y la nave medrosa  
de aquella furia tanta,  
110 entre peñascos ásperos quebranta.  
Oh cual del cerco estrecho  
el flamígero rayo se desata  
con largo surco hecho,  
y rompe y desbarata,  
115 cuanto al encuentro su ímpetu arrebatá.

La Fama alzará luego,  
y con doradas alas la Victoria  
sobre el orbe del fuego,  
resonando su gloria  
120 con puro resplandor de su memoria.  
Y llevarán su nombre  
de los últimos soplos de Occidente  
con inmortal renombre  
al purpúreo Oriente,  
125 y a do hiel y abrasa el cielo ardiente.  
Si Peloro tuviera  
de su excelso valor alguna parte,  
el solo te venciera,  
aunque tuvieras, Marte,  
130 doblado esfuerzo y osadía y arte.  
Si este valiera al cielo  
contra el profano ejército arrogante,  
no tuvieras recelo,  
tú Júpiter tonante,  
135 ni arrojaras el rayo resonante.  
Traed pues ya volando  
oh cielos este tiempo espacioso,  
que fuerza dilatando  
el curso glorioso;  
140 haced, que se adelante presuroso.  
Así la lira suena,  
y Jove el canto afirma, y se estremece  
sacudido, y resuena  
el cielo, y resplandece,  
145 y Mavorte medroso se oscurece.

<SONETO XLVIII>

Rompió la proa en dura roca abierta  
mi frágil nave, que con viento lleno  
veloz cortaba el piélago sereno,  
y appena escapo de la muerte cierta.  
5 Afirme el pie yo en tierra, que la incierta  
onda del mar no me tendrá en su seno;  
ni de mí me podrá traer ajeno  
vana esperanza, de salud desierta.  
Si la sombra del daño padecido  
10 puede mover, Filipino, vuestro pecho,  
huid surcar del ponto la llanura;

Y creed, que en el golfo de Cupido  
ninguno navegó, que al fin deshecho,  
no se perdiese falta de ventura.

<SONETO XLIX>

Esperé un tiempo, y fue esperanza vana,  
librar de esta congoja el pensamiento,  
subiendo de Castalia al alto asiento,  
do no puede alcanzar Musa profana;  
5 Para cantar la honra soberana  
(ved cuán grande es, Girón, mi atrevimiento)  
de quien con inmortal merecimiento  
contrasta el hado, y su furor allana.  
Qué bien sé, que es mayor la insigne gloria  
10 de quien Melas bañó, y el Mincio frío,  
que de quien lloró en Tebro sus enojos.  
Mas que haré, si toda mi memoria  
ocupa Amor, tirano señor mío?  
qué? si me fuerzan de mi Luz los ojos.

<SONETO L>

Pierdo, tu culpa Amor, pierdo engañado,  
siguiendo tu esperanza prometida,  
el más florido tiempo de mi vida,  
sin nombre, en ciego olvido sepultado.  
5 Ya no más, baste haber siempre ocupado  
el pensamiento y la razón perdida  
en tu gloria, mi infamia aborrecida;  
que quien muda la edad, trueca el cuidado.  
Yo he visto a los pies puesto un duro hierro,  
10 y torcello la mano del cautivo,  
y desatarse de aquel nudo fuerte.  
Mas oh que ni el desdén, ni mi destierro  
pueden borrar del corazón esquivo,  
lo que nunca podrá gastar la muerte.

<SONETO LI>

No espero en mi dolor lo que deseo,



que tanto bien no cabe en mi mal fiero;  
mas deseo ya solo, lo que espero;  
que es acabar en este devaneo.

5 Tan cansado me tiene este deseo,  
que del mísero efecto desespero,  
y engañado en mi intento persevero;  
y al cabo el vano error, que sigo, veo.

Pero que vale ver el mal presente,  
10 si porfío y contraste no espantado  
a los bravos asaltos de amor crudo?

No temo, y oso todo libremente;  
porque es al corazón desesperado  
la obstinación impenetrable escudo.

#### <SONETO LII>

Aquí, do estoy ausente y escondido,  
lloro mi mal, pero es el dolor tanto,  
que en mis ojos desmaya el triste llanto,  
y fallece en silencio mi gemido.

5 Por esta oscura soledad perdido  
huyo, y voy alejándome, mas cuanto  
me aparto, el mal me sigue, y pone espanto;  
y no me vence en tanto afán sufrido.

Duro pecho, porfía no cansada,  
10 rebelde condición, que osa y contrasta  
a tan grande mudanza y desventura;  
Llebadme por la senda acostumbrada  
de mi error al peligro, que ya basta  
ver el fin, sin tentar nueva ventura.

#### <SONETO LIII>

De este tan grave peso, que cansado  
sufro, Fernando, y sin valor contraste,  
procuro alzar el cuello; mas no basto,  
que al fin doy con la carga desmayado.

5 De mil flaquezas más afrentado,  
me enciendo en ira, y la paciencia gasto;  
pero nunca león hambriento al pasto  
va, como yo al error de mi cuidado.

Mas aunque oprima en mí mi mejor parte,  
10 ved si estoy ya de Amor aborrecido,  
oso al fin, y me opongo a mi deseo.  
Y en estos trances de dudoso Marte  
será de mí, si soy varón, vencido  
otro, mayor que el Africano Anteo.

<SONETO LIIII>

Lloré, y canté de Amor la saña ardiente;  
y lloro, y canto ya la ardiente saña  
de esta cruel, por quien mi pena extraña  
ningún descanso al corazón consiente.  
5 Esperé, y temí el bien tal vez ausente;  
y espero, y temo el mal que me acompaña;  
y en un error, que en soledad me engaña,  
me pierdo sin provecho vanamente.  
Veo la noche, antes que huya el día,  
10 y la sombra crecer, contrario agüero,  
mas que me vale conocer mi suerte?  
La dura obstinación de mi porfía  
no cansa, ni se rinde al dolor fiero;  
mas siempre va al encuentro de mi muerte.

<ELEGIA V>

Bien puedo, injusto Amor, pues ya no tengo  
fuerza, con que levante mi esperanza,  
quejarme de las penas, que sostengo.  
No temo ya, ni siento la mudanza,  
5 que en la sombra de un bien me dio mil daños,  
nacidos de una vana confianza.  
Larga experiencia en estos cortos años  
de tantos males trueca a mi deseo  
el curso, enderezado a sus engaños.  
10 Pienso mil veces, y ninguna creo,  
que he de llegar a tiempo, en que descanse  
del grave afán, en que morir me veo.  
Mas porque tu furor tal vez se amanse,  
no tienes condición, que se conduela  
15 de ver, que yo de padecer no canse.

Tendí al prospero Céfito la vela  
de mi ligera nave en mar abierto,  
donde el peligro en vano se recela.  
El cielo, el viento, el golfo siempre incierto  
20 cambiaron tantas veces mi ventura,  
que nunca tuve un breve estado cierto.  
Anduve ciego, viendo la luz pura,  
y, para no esperar algún sosiego,  
abrí los ojos en la sombra oscura.  
25 La fría nieve me abrasó en tu fuego;  
la llama, que busqué, me hizo hielo;  
el desdén me valió, no el tierno ruego.  
Subí, sin procurallo, hasta el cielo;  
que se perdió en tal hecho mi osadía.  
30 cuando me aventuré, me vi en el suelo.  
No estoy ya en tiempo, donde a la alegría  
dé algún lugar, ni puedo a mi cuidado  
sacar del vano error de su porfía.  
Do está la gloria de mi bien pasado,  
35 que, como en sueño, vi tal vez delante?  
a do el favor a un punto arrebatado?  
Mísera vida de un mezquino amante,  
siempre en cualquier sazón necesitada  
del bien que huye, y pierde en un instante.  
40 Mal puedo hallar fin a la intrincada  
senda, por donde solo voy medroso,  
si no la tuerzo, o rompo en la jornada.  
Tan alcanzado estoy y menesteroso,  
que desespero de salud, y pienso,  
45 que vale osar en hecho tan dudoso.  
Mas oh cuán mal en este error dispenso  
las cosas, que contienen mi remedio!  
con cuanto engaño voy al mal suspenso!  
Tiénesme puesto, Amor, un duro asedio;  
50 yo no sé, si me rindo, o me defiendo;  
ni sé hallar a tanto daño un medio.  
Nuevo fuego no es este, en que me enciendo;  
pero es nuevo el dolor, que me deshace,  
tan ciega la ocasión, que no la entiendo.  
55 La soledad abrazo, y no me aplace  
el trato de la gente, en el olvido  
el cuidado mil cosas muda, y hace.  
En árboles y peñas esculpido  
el nombre de la causa de mi pena  
60 honro con mis suspiros y gemido.

Tal vez pruebo, rompiendo en triste vena  
primero el llanto, con la voz quejosa  
decir mi mal, mas el temor me enfrena.  
Pienso, y siempre me engaño en cualquier cosa;  
65 que encuentra con el vago pensamiento  
la atrevida esperanza y temerosa.  
Dísteme fuerza, Amor, dísteme aliento,  
para emprender una tan gran hazaña;  
y me olvidaste en el seguido intento.  
70 No tiene el alto mar, cuando se ensaña  
igual furor, ni el ímpetu fragoso  
del rayo tanto estraga, y tanto daña;  
Cuanto en un tierno pecho y amoroso  
se embravece tu furia; cuando siente  
75 firme valor y corazón brioso.  
Que me valió hallarme diferente  
en tu gloria, que huye, y conocerme  
superior entre tu presa gente?  
Ni tú podías más ya sostenerme,  
80 ni yo en tan grande bien pude, mezquino,  
aunque más me esforzaba, contenerme.  
Yo siempre fui de tanta gloria indigno,  
y también de este fiero mal, que paso;  
ni tú, ni yo acertamos el camino.  
85 Una ocasión y otra a un mismo paso  
se me presentan, que perdí, y conmigo  
me culpo, y avergüenzo en este paso.  
Tú solo puedes ser, Amor, testigo  
de aquellos días dulces de mi gloria,  
90 y cuán ufano me hallé contigo.  
No te refiero yo mi alegre historia  
con presunción, antes la traigo a cuenta  
para más confusión de mi memoria.  
No es tanto el grave mal, que me atormenta,  
95 que no merezca más, pues viendo abierto  
el cielo al bien, me hallo en esta afrenta.  
Austro cruel, que en breve espacio has muerto  
la bella flor, en cuyo olor vivía,  
y me dejaste de salud desierto;  
100 Siempre te hiera nieve, y sombra fría  
te cerque, y a tu soplo falte el vuelo,  
impío ofensor de la ventura mía.  
Yo, me vi en tiempo, libre de recelo,  
que aun el bien me dañaba, ahora veo,  
105 que el más mísero soy, que tiene el suelo.

Desespero, y no mengua mi deseo;  
y en igual peso están villano miedo,  
osadía, cordura y devaneo.

Estos cuidados, que olvidar no puedo,  
110 me desafían a sangrienta guerra,  
porque esperan vencerme o tarde, o cedo.

El hijo de Agenor la dura tierra  
labra, y le ofende el fruto belicoso,  
que en armadas escuadras desencierra;  
115 A mí de mi trabajo sin reposo  
nace de cuitas una hueste entera,  
que me trae afligido y temeroso.

Del lago Argivo la serpiente fiera  
no se multiplicó con tal espanto,  
120 como en crecer mi daño persevera.

Para mayor caída me levanto  
del mal tal vez, y luego desfallezco,  
y me acuso de haber osado tanto.

El tormento, que sufro, no encarezco;  
125 que pasar mal no es hecho de alabanza,  
más descanso en decir como padezco.

Horas, que tuve un tiempo de holganza,  
cuando pensaba, que era agradecida  
mi pena, tomad ya de mi venganza.

130 Yo soy, yo el que pensé en tan dulce vida  
no mudar algún punto de mi suerte,  
yo soy, yo el que la tengo ya perdida.

El corazón en fuego se convierte,  
en lágrimas los ojos, y ninguno  
135 puede tanto, que venza por más fuerte.

A ti me vuelvo, amigo no oportuno,  
antes cruel contrario, antes tirano,  
robador de mis glorias importuno.

Tú me traes a una y otra mano  
140 sujeto al freno, y voy a mi despecho  
por el fragoso y el camino llano.

Condición tuya es rendir el pecho  
feroz; oso decir, que ya te olvidas  
de ella, con quien me pone en tanto estrecho.

145 Tu arco y flechas donde están temidas?  
do está la ardiente hacha abrasadora  
de tantas almas, a tu ley rendidas?

Eres tú aquel, que al padre de la Aurora,  
vencedor de la fiera temerosa,  
150 quebró el orgullo, y sojuzgó a deshora?

Aquella diestra y fuerza poderosa,  
que derriba los pechos arrogantes,  
do está ocupada, o dónde está ociosa?  
Puedes vencer los ásperos gigantes,  
155 los grandes reyes abatir, trocando  
a un punto sus intentos inconstantes;  
Y no te ofendes ver ahora, cuando  
más tu valor mostrabas, que perdiste  
las honras, que ganaste triunfando?  
160 Mísero Amor, tan poco (di) pudiste,  
que un tierno pecho, a tanta furia opuesto,  
sin temor te desprecia, y te resiste?  
Ya conozco el engaño manifiesto,  
en que viví; ninguna fuerza tienes,  
165 jamás a quien te huye eres molesto.  
Solo en mi triste corazón te vienes  
a mostrar tu poder. no más, oh crudo,  
que ni quiero tus males, ni tus bienes.  
Ves este pecho de valor desnudo,  
170 abierto, traspasado, a tantas flechas  
hará de tu desdén un fuerte escudo.  
Aunque pesadas vengan y derechas,  
puede tanto el agravio de mi ofensa,  
que sin efecto volverán deshechas.  
175 No sé, cuitado, si hacer defensa  
será más daño; que tu dura fuerza  
la siento cada hora más intensa.  
Quien puede haber tan bravo, quien que tuerza  
un ímpetu tan grande, y que deshaga  
180 tu furor, cuando más furor lo esfuerza?  
Tan dulce es el dolor de esta mi llaga;  
que en sentirme quejoso soy ingrato,  
porque en mi pena el mal es mucha paga.  
Atrevido deseo sin recato,  
185 memoria, que del bien ya tuve, ufana,  
mueven mi lengua al triste mal, que trato,  
Engaño es este de esperanza vana,  
que piensa en sus mudanzas mejorarse,  
instable siempre, y sin valor liviana.  
190 No pueden las raíces arrancarse,  
que en lo hondo del pecho están trabadas,  
donde pueden del tiempo asegurarse.  
No esperen pues tus penas nunca usadas,  
ni espere, Amor, la voluntad de aquella,  
195 que las tiene en mi daño concertadas,

Hacer, que de ellas yo me aparte, y de ella  
me olvide un punto; porque el vivo fuego,  
que nace de su luz serena y bella,  
cual siempre, me traerá vencido y ciego.

<SONETO LV>

Yerto y doblado monte, y tu luciente  
río, de mi zampoña conocido,  
cuando de los pastores el gemido  
canté, y mi mal con cítara doliente;  
5 Si nunca en vuestra cima y pura fuente  
de oír se deja mi dolor crecido;  
y si, por el camino, que han seguido  
otros, su afán llorando, voy presente;  
Dos bellos ojos, y un semblante honesto  
10 son causa, que cantar bien deseara  
el principio y los fines de las cosas.  
El tiempo a todo pone en ser perfecto,  
espero pues (si me es la edad no avara)  
mostrar, cuan varias son, y cuan hermosas.

<SONETO LVI>

Temiendo tu valor, tu ardiente espada,  
sublime Carlo, el bárbaro Africano,  
y el bravo horror del ímpetu Otomano  
la altiva frente humilla quebrantada.  
5 Italia en propia sangre sepultada,  
el invencible, el áspero Germano,  
y el osado Francés con fuerte mano  
al yugo la cerviz trae inclinada.  
Alce España los arcos en memoria,  
10 y en colosos a una y otra parte  
despojos y coronas de victoria;  
Que ya en la tierra y mar no queda parte,  
que no sea trofeo de tu gloria,  
ni le resta mas honra al fiero Marte.

<SONETO LVII>

Cual rociada Aurora en blanco velo  
muestra la nueva luz al claro día;  
cual sagrado lucero, del Sol guía,  
sus rayos abre y tiende al limpio cielo;  
5 Cual va Venus a honrar el fértil suelo  
de Cipro, y va en hermosa compañía  
con ella Amor, las Gracias y Alegría,  
que Céfiro las lleva en blando vuelo;  
Tal, oh más pura, esclareciente y bella  
10 al día y cielo y suelo dando gloria  
salisteis, aquistando mil despojos.  
Tendió a aquel punto Amor su red, y en ella  
sus alas quemó preso; y la victoria  
entregó de mi alma a vuestros ojos.

<SONETO LVIII>

Alegre, fértil, vario, fresco prado,  
tu monte, y bosque de árboles hermoso,  
el uno y otro siempre venturoso,  
que de las bellas plantas fue tocado;  
5 Betis, con puras ondas ensalzado,  
y con ricas olivas abundoso,  
cuanto eres más felice y glorioso,  
pues eres de mi Aglaya visitado.  
Siempre tendréis perpetua primavera,  
10 y del Elisio campo tiernas flores,  
si os viere el resplandor de la Luz mía.  
Ni estéril hielo, o soplo crudo os hiera;  
antes Venus, las Gracias, los Amores  
os miren, y en vos reine la Alegría.

<SONETO LIX>

Vos, celebrando al son de noble lira  
(insigne Soto) vuestra dulce pena,  
del Dauro la ribera tenéis llena,  
y el verde bosque, que de vos se admira;  
5 Yo aquí, do Amor en mi dolor conspira,  
solo en esta desierta, ardiente arena  
rompo mis ojos en profunda vena,  
y el grande Betis con mi mal suspira.  
Dichoso vos, que en luz de inmortal fuego



10 de vuestra Fénix renováis la gloria,  
que no podrá cubrir niebla de olvido.  
Yo mísero, sin bien, herido y ciego  
avivo de mis males la memoria,  
desesperado, y nunca arrepentido.

<CANCION IIII>

Esparce en estas flores  
pura nieve y rocío  
blanca y serena luz de nueva Aurora,  
y con varios colores  
5 se vista el bosque frío  
de los esmaltes de la rica Flora;  
pues la excelsa Heliadora  
ya muestra su belleza,  
a do con alta frente  
10 da Betis su corriente,  
llevando al mar tendida su grandeza;  
y vos, lumbres del cielo,  
mirad felices nuestro Hesperio suelo.  
Rojo Sol, que el dorado  
15 cerco de tu corona  
sacas del hondo piélago, mirando  
el Ganges derramado,  
el Darien, la Sona,  
y del divino Nilo el fértil bando;  
20 si tu llegares, cuando  
esta serena Estrella  
alza al rosado cielo,  
dando alegría al suelo,  
los ojos, do está Venus casta y bella,  
25 de aquellos rayos ciego,  
arderás, en tus llamas hecho fuego.  
Luna, que resplandeces  
sola, fría, argentada  
en el callado velo tenebroso;  
30 y tu luz enriqueces  
en la hacha inflamada  
del Sol con resplandor maravilloso;  
si el Lucero hermoso,  
do el puro Amor se alienta,  
35 mirares, encendida  
en llama esclarecida,

que a limpias almas en vigor sustenta,  
correrás por la cumbre  
con grande y siempre eterna y clara lumbre.  
40 Junta a inmensa belleza ya está la cortesía,  
y suma honestidad y humilde trato  
con valor y grandeza,  
en el dichoso día  
45 que el cielo largo la volvió más grato.  
vivo y puro retrato  
de inmortal hermosura,  
rayo de amor sagrado  
que a su consorte amado  
50 consigo junto en fuego eterno apura;  
y si parte le ofende,  
es que el velo mortal su bien comprende.  
El sacro rey de ríos,  
que nuestros campos baña,  
55 al bello aparecer de este Lucero  
cubrió los vados fríos  
al pie de la montaña,  
do vio resplandecer su Sol primero,  
del oro, que el Ibero  
60 en las cavernas hondas  
procura, y con las flores  
compuso en mil colores,  
y con perlas el curso de las ondas;  
y esclareciendo el cielo,  
65 esparció olor suave en torno el suelo.  
Las gracias amorosas  
con las Ninfas un coro  
tejieron en el claro, undoso seno;  
y de purpúreas rosas  
70 envueltas en el oro  
con ámbar oloroso y flores lleno,  
dulce despojo ameno  
del revestido prado,  
las guirnaldas mezclaron,  
75 y alegres coronaron  
el cabello sutil, crespo y dorado,  
que, cual de las estrellas,  
por el aire volaron sus centellas.  
El alto monte verde,  
80 que de Palas es gloria,  
sintiendo en sí los pies de su señora,  
su tristeza ya pierde,

y le da la victoria  
aquel, do Prometeo gime y llora;  
85 y donde la sonora  
lira de Tracia expira;  
el sagrado Helicon  
con florida corona,  
y do Atlante del peso no respira;  
90 pues su cumbre sostiene  
la belleza, que el cielo en tierra tiene.  
Yo entretrejer quisiera  
su nombre esclarecido  
entre la blanca Luna y Sol dorado;  
95 y su gloria pusiera  
en el peplo extendido,  
que en otra edad Atenas vio estimado;  
cuando el tiempo llegado  
Minerva es celebrada.  
100 dichoso el año y día;  
y es quien ve el año y día.  
allí herido está con asta airada  
el áspero Tifeo,  
que muerto pierde todo su deseo.  
105 Mas pues que la rudeza  
de este mi débil canto,  
causado de un deseo simple y vano,  
no puede a su belleza  
dalle la gloria, cuanto  
110 merece el valor suyo soberano,  
y mi intento es en vano;  
Cisnes, que la corriente  
de Betis vais cortando,  
el canto vuestro alzando,  
115 su nombre y gloria resonad presente;  
y oigan Céfiro y Flora  
su inmensa hermosura con la Aurora.  
Di humilde a esta luz pura;  
sufra vuestra belleza  
120 mi rústica simpleza.

<SONETO LX>

Esconde tardo Bágrada en tu seno  
la fiera armada de tu osada gente,  
y, arrancando los cuernos de la frente,

pierde el orgullo, ya de esfuerzo ajeno;  
5 que a todo el ancho ponto pone freno,  
vengando con la aguda espada ardiente  
los insultos, que sufre el Occidente,  
el domador del Cita y Agareno.  
Verás la tierra presa, el mar sangriento,  
10 y al nombre de Bazán temblar medroso  
el corazón más bravo y arrogante;  
Y atado en hierro el cuello descontento,  
rendirse al brazo suyo poderoso  
cuanto abrazan el Nilo y grande Atlante.

<SONETO LXI>

Cual de oro era el cabello ensortijado,  
y en mil varias lazadas dividido;  
y cuanto en más figuras esparcido,  
tanto de más centellas ilustrado.  
5 Tal de lucientes hebras coronado,  
Febo aparece en llamas encendido;  
tal discurre en el cielo esclarecido  
un ardiente cometa arrebatado.  
Debajo el puro, propio y sutil velo  
10 Amor, gracia, y valor, y la belleza  
templada en nieve y púrpura se vía.  
Pensara, que se abrió esta vez el cielo,  
y mostró su poder y su riqueza,  
si no fuera la Luz de la alma mía.

<SONETO LXII>

Hacer no puede ausencia, que presente  
no os vea yo, mi Estrella, en cualquier hora;  
que cuando sale la purpúrea Aurora,  
en su rosada falda estáis luciente.  
5 Y cuando el Sol alumbra el Oriente,  
en su dorada imagen os colora;  
y en sus rayos parecen a deshora  
rutilar los cabellos y la frente.  
Cuando ilustra el bellissimo lucero  
10 el orbe, entre los brazos puros veo  
de Venus encenderse esa belleza.  
Allí os hablo, allí suspiro y muero.

mas vos, siempre enemiga a mi deseo,  
os mostráis sin dolor a mi tristeza.

<ELEGIA VI>

De aquel error, en que viví engañado,  
salgo a la pura luz, y me levanto  
tal vez del peso, que sufrí cansado.  
Pudo mi desconcierto crecer tanto,  
5 que anduve de mi mismo aborrecido,  
sujeto siempre a la miseria y llanto.  
Ya vuelvo en mí, y contemplo, cuan perdido  
rendí el lozano corazón sin miedo  
a los dañados gustos del sentido.  
10 Mas sé, que , aunque me esfuerzo, apenas puedo  
abrazar la razón; porque el engaño  
no se me aparta de la vista un dedo.  
Y no me vale, aunque en mi bien me engaño,  
pensar quien soy, ni deducir del cielo  
15 la clara origen contra un dulce daño.  
Cuán mal se limpian del corpóreo velo  
las manchas, y cuán tarde se desata  
de su pasión quien anda en este suelo!  
Mil buenos pensamientos desbarata  
20 la ocasión a deleites ofrecida,  
cuando menos el hombre se recata.  
Mas estos son peñascos de la vida,  
do se rompe la nave en mar ondoso,  
si no va con destreza bien regida.  
25 Quien es tan temerario y desdeñoso,  
que se entregue a la muerte en esperanza  
del caso siempre incierto y peligroso?  
Quien quisiera hartarse en la venganza  
de mis males, hallara a su deseo  
30 colmada la medida sin mudanza;  
Si, conociendo yo mi devaneo,  
no diera al vano gusto de la mano,  
y alzara de la tierra al fiero Anteo.  
Grande trabajo es, aunque no es vano,  
35 querer mudar una costumbre larga;  
grande es, pero es el premio soberano.  
Traje en los hombros esta grave carga  
sin reposar, como otro nuevo Atlante,  
en quien del cielo el peso todo carga.

40 No soy después del daño tan constante,  
que no tiemble en pensar lo que sufría,  
y de mi obstinación que no me espante.  
Ahora voy por una llana vía  
a la seguridad del bien, que sigo,  
45 do no acertar será desdicha mía.  
Considero apartado yo conmigo  
del rojo Sol la inmensa ligereza,  
y en cuanto infunde su calor amigo;  
La tibia inestable Luna, la grandeza  
50 del ancho mar, su vario movimiento;  
el sitio de la tierra y su firmeza.  
Juzgo, cuanto es el gusto y el contento  
de gozar la belleza diferente,  
que en sí contiene este terrestre asiento;  
55 Y cuán dulce es vivir alegremente  
espacios largos de una edad dichosa,  
y contemplar tan alto bien presente;  
Do en esta vista y luz maravillosa  
el ánimo encendido ensalce el vuelo  
60 a la profunda claridad hermosa;  
Y allí se afine de aquel torpe velo,  
que en sí lo trajo opreso; y no le impida  
la gruesa niebla y el error del suelo.  
Cuánta miseria es perder la vida  
65 en la purpúrea flor de la edad pura,  
sin gozar de la luz del Sol crecida!  
Cuán vana eres humana hermosura!  
cuán presto se consume y se deshace  
la gracia y el donaire y compostura!  
70 La bella virgen, cuya vista aplace,  
y regala al sentido, en tiempo breve  
al mismo, que agradó, no satisface.  
No así tan presto aparta el viento leve,  
y disipa las nieblas, y el ardiente  
75 Sol desata el rigor de helada nieve;  
Como a la tierna edad la flor luciente  
huye, y los años vuelan, y parece  
el valor y belleza juntamente.  
Cuán breve, y cuán caduca resplandece  
80 nuestra gloria! cuán súbito, en el punto  
que deleita a los ojos, desaparece!  
Mas oh si ser pudiese, que este punto  
de breve vida alegres en sosiego  
gozásemos sin miedo y dolor junto.

85 Cual, de ambición y de avaricia ciego,  
surca el piélago inmenso peregrino,  
y ve del Sol más tarde el claro fuego.  
Cual, ardiendo en furor de Marte indigno,  
arma el osado pecho en duro hierro  
90 contra el estrecho deudo y el vecino.  
Cual, de si mismo puesto en un destierro,  
niega su voluntad por otra ajena,  
y sigue inferior el mayor hierro.  
Lisonjeros halagos, dulce pena,  
95 buscado mal del desvarío humano  
traen de gusto la esperanza llena.  
Ningún monte, o desierto, ningún llano,  
a do pueda llegar gente atrevida,  
nos tendrá libres del error profano.  
100 Ira, miedo, codicia aborrecida  
nos cercan, y huir no es de provecho,  
que las llevamos siempre en la huida.  
Incierto y congojoso tiene el pecho,  
quien espera, no goza ni sosiega,  
105 si sus vanos contentos no ha deshecho.  
Quien sabe en que se goza, y nunca entrega  
su buena dicha en el poder ajeno,  
de la virtud a la alta cumbre llega.  
Estos deleites, tras quien fui sin freno,  
110 que al fin tan caro cuestan, me trajeron  
siempre de confusión y temor lleno.  
Ni fueron firmes, ni fieles fueron,  
dañáronme huyendo; y si hubo alguno,  
que no, huyó con cuantos me huyeron.  
115 Seguro gozo puede ser ninguno,  
ninguno puede ser perpetuo, en cuanto  
la tierra cría, y cerca el gran Neptuno.  
Sola Virtud, tú sola puedes tanto,  
que el gozo dar perpetuo, y bien seguro  
120 puedes, si en amor tuyo me levanto.  
Lugar puede hallarse tan oscuro,  
do se esconda algún tiempo el error cierto,  
mas sale a fuerza al cabo al aire puro.  
La vergüenza del propio desconcierto,  
125 el miedo, vengador de nuestras penas,  
nos muestran nuestra falta en descubierta.  
El delito y las culpas son ajenas  
de nuestra condición, pero nacimos  
con mil flaquezas de miseria llenas;

130 Y tan mal nuestros bienes conocimos,  
y dimos tanta mano al torpe gusto,  
que solos sus regalos admitimos.  
Do está el deseo ya del honor justo?  
do el amor verdadero de la gloria?  
135 do contra el vicio el corazón robusto?  
Gran hazaña es gozar de la victoria  
del bravo contendor, y los despojos  
guardar para blasón de la memoria;  
Pero es mucho mayor ante los ojos,  
140 que miran bien, por la no usada senda  
caminando entre peñas y entre abrojos  
Sobrepujar en áspera contienda  
sus contrarios, y verse en la ardua cumbre,  
do no alcance el nublado, ni la ofenda.  
145 Mas quién podrá subir sin viva lumbre?  
quién sin favor que aliente su flaqueza,  
y la alce de esta grave pesadumbre?  
Si yo pudiese bien en tu belleza  
fijar mis ojos, Musa soberana,  
150 y contemplar cercano tu grandeza;  
Del ciego error y multitud profana,  
que se entorpece en la tiniebla oscura,  
no seguiría la opinión liviana.  
Antes con voluntad libre y segura,  
155 abrasado en tu amor, ocuparía  
la vida en admirar tu hermosura.  
Y aquí, do el Betis desigual varía  
el curso, y vuelve y trueca la creciente,  
un apartado puesto escogería.  
160 Do la ambición de tanta errada gente,  
los deseos injustos, la esperanza,  
dulce engaño del ánimo doliente;  
En este estado, libre de mudanza,  
no podrían turbarme del sosiego,  
165 que en la discreta soledad se alcanza.  
Rompa los senos otro del mar ciego  
con prestas alas de su osada nave,  
do no se aventuró Romano, o Griego;  
Llegue, do el sacro Océano se trabe  
170 con el piélago Austral, y no cansado  
cerque el golfo, que el hielo torna grave;  
Que bien puede alabarse confiado  
de haber visto, tratado y conocido,  
y mil varios peligros allanado;



175 Pero no habrá gozado, ni entendido  
los bienes, que el silencio en el desierto  
da a un corazón modesto y bien regido,  
fuera de todo humano desconcierto.

<EGLOGA VENATORIA>

De aljaba y arco tu Diana armada,  
que por el monte umbroso y extendido  
fatigas a las fieras presurosa,  
huye del alto Ladmo desdichada,  
5 donde tu cazador duerme escondido;  
que ya otra cazadora más hermosa  
persigue impetuosa  
al jabalí espumoso y enojado;  
que ya otra más hermosa cazadora  
10 al ciervo sigue ahora.  
si Endimión la viere, tu cuidado,  
venciendo de la fiera la braveza,  
te dejará por ella con tristeza.  
A Endimión no dejes tu Diana,  
15 queda con él, no siga al amor mío.  
tu amor, Endimión esté contigo.  
en la callada noche, en la mañana,  
al Sol ardiente, al importuno frío  
mi dulce cazadora esté conmigo.  
20 este bosque es testigo,  
cuantas veces la llamo y busco en vano.  
la Aurora me oye sola sin su amante,  
y se ofrece delante,  
cuando espera las fieras en lo llano.  
25 suspira ella su amor, yo lloro el mío,  
si al monte mira, yo a mi valle y río.  
Hermosa cazadora, que has llevado  
del frío bosque mi herido pecho  
con el cabello de oro suelto al viento,  
30 y de flores y rosas coronado;  
eres Napea de este valle estrecho,  
que alcanza con ligero movimiento  
al jabalí sediento,  
y del ciervo la planta voladora?  
35 que tu paso, y tu voz, y tu belleza  
más que mortal grandeza  
descubre a tu Menalio, que te adora.

tal va Cintia con traje soberano,  
y enciende en fuego al amador Silvano.  
40 Qué dios, oh Clearista, te ha ofrecido  
a mis ojos, corriendo yo una fiera  
sin cuidado de Amor; y vista luego  
te me llevó, dejándome perdido,  
porque en llama inmortal ardiendo muera?  
45 de tus luces probó el tirano ciego  
con mi daño su fuego.  
mas tú habites el bosque oscuro y prado,  
o la tendida selva de este río,  
jamás del pecho mío  
50 se apartará el Amor, que me ha abrasado,  
el bosque y prado del amor testigo,  
a amarte aprenderá también conmigo.  
O la ligera garza levantando  
mire al halcón veloz y atrevido,  
55 o espere al jabalí cerdoso y fiero,  
o la aura entre los árboles gozando;  
con silencio y voz muda en lo escondido  
del pecho solo lloraré primero  
el dolor, en que muero.  
60 sin ti el feroz caballo, el rayo ardiente  
del imitado trueno, y la sabrosa  
caza, me es enojosa,  
pues tú me dejas mísero y doliente.  
todo me agradará, y será mi gloria,  
65 si vuelves, y de mi tienes memoria.  
Por qué huyes, y quieres que sin lumbre  
en estas breñas muera con tormento,  
y no miras tu amante, que te llama?  
baja de esa fragosa y alta cumbre;  
70 que, según el ruido grave siento,  
por entre una y otra espesa rama,  
que las hojas derrama,  
un feroz jabalí se ha recogido.  
con el arco en la blanca y tierna mano  
75 baja, que antes, que al llano  
llegues, atravesado, y extendido  
de mi venablo, y muerto, la espumosa  
cabeza, llevarás victoriosa.  
No fíes, Clearista, en tu belleza,  
80 que vendrá el día, en que las hebras de oro  
mude la edad ligera en blanca plata.  
antes muera, que vea tu tristeza.

mas para que suspiro triste, y lloro  
por quien a mis querellas es ingrata?  
85 si tu dureza mata  
a quien te sigue, aquel, que te aborrece,  
qué pena habrá, que iguale con su culpa?  
pero quién no me culpa,  
pues sigo solo el mal, que se me ofrece?  
90 suspenso en el amor y en el deseo,  
al fin doy en un ciego devaneo.  
Mas vos Amores, rojos dulcemente,  
dejad las ondas claras de Citera,  
y a mi Ninfa herid con vuestra llama;  
95 que su hermosa flor perder no siente  
sin fruto inútil en la edad primera.  
y tú Latonia, pues Amor te inflama,  
cuando el monte te llama  
por el dormido amante, y ya el tormento  
100 conoces del Amor; si he venerado  
tus aras, y colgado  
del jabalí terrible y violento  
la alta frente, y del ciervo la ramosa,  
muéstrate a mis dolores piadosa.  
105 Si contigo viviera, Ninfa mía,  
en esta selva, tu sutil cabello  
adornara de rosas, y cogiera  
las frutas varias en el nuevo día;  
las blancas plumas del gallardo cuello  
110 de la garza ofreciendo, y te trajera  
de la silvestre fiera  
los despojos, contigo recostado,  
y en la sombra cantando tu belleza;  
y en la verde corteza  
115 de la frondosa encina mi cuidado  
extendiendo, conmigo lo leyeras,  
y sobre mí las flores esparcieras.  
Ah cuantas veces entre aqueste juego  
a tu cuello los brazos rodeara!  
120 y en tus ojos mis ojos encendiendo,  
cuando más descuidada de mi fuego,  
a tu boca el espíritu hurtara,  
mi espíritu en el tuyo convirtiendo,  
dulcemente muriendo.  
125 esto preciara más, que ver el vuelo  
del halcón, más que dar de un golpe muerte  
al jabalí más fuerte,

o alcanzar por el ancho y largo suelo  
junto a la agua herido y sin aliento  
130 el ciervo, que atrás deja el presto viento.

No dudes, ven conmigo, Ninfa mía.  
yo no soy feo, aunque mi altiva frente  
no se muestra a la tuya semejante.  
mas tengo amor, y fuerza y osadía,  
135 y tengo parecer de hombre valiente;  
que al cazador conviene este semblante  
robusto y arrogante.

iremos a la fuente, al dulce frío,  
y en blando sueño puestos al ruido  
140 del murmurio esparcido  
de la agua, tú en mis brazos, amor mío,  
y yo en los tuyos blancos y hermosos,  
a los Faunos haría envidiosos.

Mas si te agrada, y oh si te agradase,  
145 ven conmigo a esta sombra, do resuena  
la aura en los ciclamoros revestidos  
de hiedra; do se vio jamás que entrase  
alzado el Sol con luz ardiente y llena.  
aquí hay álamos verdes y crecidos,  
150 y los pobos floridos,  
y el fresco prado riega la alta fuente  
con murmurio suave y sosegado.  
aquí el tiempo templado  
te convida a huir el Sol caliente.  
155 ven Clearista, ven ya Ninfa mía,  
este prado te llama y fuente fría.

#### <SONETO LXIII>

Error fue vano disponer el pecho,  
enseñado al dolor de Amor esquivo,  
a nueva libertad; que al fin cautivo  
vuelvo, no sé si diga, a mi despecho.  
5 Pudo traerme el crudo a tal estrecho,  
que abrió en la fuerza de un semblante altivo  
la vena, que de nuevo en fuego vivo  
encendió al corazón, ya un hielo hecho.  
Mas qué mucho? no vemos inflamarse  
10 un pedernal herido, y encontrado  
un hierro en otro despedir centellas?  
Como puede mi pecho no abrasarse

al golpe del Amor, si está tocado  
siempre en el fuego de mis dos estrellas?

<SONETO LXIII>

Ya que el sujeto reino Lusitano  
inclina al yugo la cerviz paciente;  
y todo el grande esfuerzo de Occidente  
tenéis, sacro Señor, en vuestra mano;  
5 Volved contra el suelo hórrido Africano  
el firme pecho y vuestra osada gente;  
que su poder, su corazón valiente,  
que tanto fue, será ante el vuestro en vano.  
Cristo os da la pujanza de este imperio,  
10 para que la fe nuestra se adelante,  
por do su santo nombre es ofendido.  
Quién contra vos, quién contra el reino Hesperio  
bastará alzar la frente, que al instante  
no se derribe a vuestros pies rendido?

<SONETO LXV>

Ya el rigor importuno y grave hielo  
desnuda los esmaltes y belleza  
de la pintada tierra, y con tristeza  
se ofende en niebla oscura el claro cielo.  
5 Mas, Pacheco, este mismo hórrido suelo  
reverdece, y pomposo su riqueza  
muestra; y del blanco mármol la dureza  
desata de Favonio el tibio vuelo.  
Pero el dulce color y hermosura  
10 de nuestra humana vida, cuando huye,  
no torna; oh mortal suerte, oh breve gloria!  
Mas sola la virtud nos asegura;  
que el tiempo avaro, aunque esta flor destruye,  
contra ella nunca osó intentar victoria.

<SONETO LXVI>

Esta rota y cansada pesadumbre,  
osada muestra de soberbios pechos;  
estos quebrados arcos y deshechos,

y abierto cerco de espantosa cumbre;  
5 Descubren a la ruda muchedumbre  
su error ciego, y sus términos estrechos;  
y solo yo en mis grandes males hechos  
nunca sé abrir los ojos a la lumbre.  
Pienso, que mi esperanza ha fabricado  
10 edificio más firme; y aunque veo  
que se derriba, sigo al fin mi engaño.  
De qué sirve el juicio a un obstinado,  
que la razón oprime en el deseo?  
de ver su error, y padecer más daño.

<SONETO LXVII>

Oh breve don de un agradable engaño,  
dulce mal del contento aborrecido,  
cuán presto pierdes el color florido,  
y muestras los despojos de tu daño!  
5 El oro vuelto en plata un blanco paño  
cubre, y el color vivo y encendido  
de los ojos, sin fuerza ya y perdido,  
de tu vencido orgullo es desengaño.  
Acabas, y tu dura tiranía;  
10 y al fin si acabas, mueres con victoria  
de nuestro error en devaneo tanto.  
Mas quien por ti se olvida, y desvaría  
del camino, parece sin memoria  
con mayor culpa en un perpetuo llanto.

<CANCIÓN V>

Inclinen a tu nombre, oh luz de España,  
ardiente rayo del divino Marte,  
Camilo, y el belígero Africano,  
y el vencedor de Francia y de Alemania  
5 la frente armada de valor y de arte;  
pues tú con grave seso y fuerte mano  
por el pueblo Cristiano  
contra el ímpetu bárbaro sañudo  
pusiste osado el generoso pecho.  
10 cayó el furor ante tus pies desnudo,  
y el impío orgullo Vándalo deshecho,  
con la fulmínea espada traspasado,  
rindió la acerba vida al fiero hado.  
De ti temblaron todas las riberas,

15 todas las ondas, cuantas juntamente  
las columnas del grande Briareo  
miran: y al tremolar de tus banderas  
torció el Nilo medroso la corriente,  
y el monte Libio, a quien mostró Perseo  
20 el rostro Meduseo,  
las cimas altas humilló rendido  
con más pavor, que cuando los gigantes,  
y el áspero Tifeo fue vencido.  
prostráronse los bravos y arrogantes,  
25 temiendo con espanto y con flaqueza  
el vigor de tu excelsa fortaleza.  
Pero en tantos triunfos y victorias,  
la que más te sublima y esclarece,  
de Cristo oh excelso capitán, Fernando,  
30 y remata la cumbre de tus glorias,  
con que a la eternidad tu nombre ofrece;  
es, que peligros mil sobrepujando,  
volviste al sacro bando,  
y a la Cristiana religión trajiste  
35 esta insigne ciudad y generosa;  
que en cuanto Febo Apolo de luz viste,  
y ciñe la grande orla espaciosa  
del mar cerúleo, no se ve otra alguna  
de más nobleza y de mayor fortuna.  
40 Cubrió el sagrado Betis de florida  
púrpura y blandas esmeraldas llena  
y tiernas perlas la ribera ondosa,  
y al cielo alzó la barba revestida  
de verde musgo; y removi6 en la arena  
45 el movable cristal de la sombrosa  
gruta, y la faz honrosa,  
de juncos, cañas y coral ornada,  
tendió los cuernos húmedos, creciendo  
la abundosa corriente dilatada,  
50 su imperio en el Océano extendiendo;  
que al cerco de la tierra en vario lustre  
de soberbia corona hace ilustre.  
Tú después que tu espíritu divino,  
de los mortales nudos desatado,  
55 subió ligero a la celeste alteza,  
con justo culto, aunque en lugar, no digno  
a tu inmenso valor, fuiste encerrado;  
hasta que ahora la real grandeza  
con heroica largueza

60 en este sacro templo y alta cumbre  
trasfiere tus despojos venerados.  
do toda esta devota muchedumbre,  
y sublimes varones, humillados  
honran tu santo nombre glorioso,  
65 tu religión, tu esfuerzo belicoso.  
Salve oh defensa nuestra, tú que tanto  
domaste las cervices Agarenas,  
y la fe verdadera acrecentaste.  
tú cubriste a Ismael de miedo y llanto  
70 y en su sangre ahogaste las arenas,  
que en las campañas Béticas hollaste.  
tú solo nos mostraste  
entre el rigor de Marte violento,  
entre el peso y molestias del gobierno  
75 juntas en bien trabado ligamento  
justicia, piedad, valor eterno ;  
y como puede, despreciando el suelo,  
un príncipe guerrero alzarse al cielo.

<SONETO LXVIII>

Yo bien pensaba, cuando el desdén justo  
refrió en duro hielo el fuego ardiente  
del corazón, y con osada frente  
se opuso contra Amor fiero y robusto;  
5 Que no bastara a derribarme el gusto,  
ni a torcerme el intento otro accidente;  
que ya me conocía diferente,  
y libre de un tirano tan injusto.  
Mas al primer sonido del asalto  
10 desamparo la fuerza, y el escudo  
rindo y armas temblando antes del hecho.  
Bien sé que , en lo que debo a la honra, falto;  
mas el temor, que de ella está desnudo,  
y otra fuerza mayor vencen mi pecho.

<SONETO LXIX>

Pongan en tu sepulcro, oh flor de España,  
la virtud militar y la victoria  
grandes ciudades presas en memoria,  
y todo el noble mar, que a Grecia baña.  
5 Tú solo, tú con singular hazaña



ganaste vencedor tan alta gloria,  
que las voces se cansan de la historia,  
que tus ínclitos hechos acompaña.  
El furor de Otomano quebrantado  
10 será justo despojo, que esculpido  
en lengua de la fama alce tu nombre  
Con tal blasón; valor nunca domado,  
ingenio y arte hacen, que vencido  
no pueda ser del tiempo un mortal hombre.

<SONETO LXX>

Solo y medroso, del peligro cierto,  
que en la guerra de Amor temido había,  
con fortuna mejor tarde huía  
en tanta tempestad seguro al puerto.  
5 Mas en el paso del camino incierto,  
cuando con más descuido proseguía,  
Amor, que en vuestros ojos me atendía;  
de un golpe atravesó mi pecho abierto.  
Y antes, que yo pudiese de mi pena  
10 alabar la ventura, envidioso  
huyó con vos, y me dejó perdido;  
Cual huye el Parto, do el Éufrates suena,  
y revuelve el caballo presuroso,  
dejando al fiero contendor herido.

<SONETO LXXI>

Del fresco seno ya la blanca Aurora  
perlas de hielo puras esparcía,  
y con serena frente alegre abría  
el esplendor suave, que atesora;  
5 El lúcido confín de Euro y de Flora  
con la rosada llama, que encendía  
Delio aún no rojo, al tierno y nuevo día  
esclarece y esmalta, orla y colora;  
Cuando sale mi Luz, y en Oriente  
10 desmaya el vivo lustre; oh vos del cielo  
vagas lumbres, si tanto se consiente,  
Digo con vuestra paz, que en mortal velo  
pareció más que vos bella y fulgente  
mi Luz, que honora el rico, Hesperio suelo.

<SONETO LXXII>

Amor en mí se muestra todo fuego,  
y en las entrañas de mi Luz es nieve.  
fuego no hay, que ella no torne nieve,  
ni nieve, que no mude yo en mi fuego.  
5 La fría zona abraso con mi fuego,  
la ardiente mi Luz vuelve helada nieve.  
pero no puedo yo encender su nieve,  
ni ella entibiar la fuerza de mi fuego.  
Contrastan igualmente hielo y llama;  
10 que de otra suerte fuera el mundo hielo,  
o su máquina toda viva llama.  
Mas fuera; porque ya resuelto en hielo,  
o el corazón desvanecido en llama,  
ni temiera mi llama, ni su hielo.

<ELEGIA VII>

Si el presente dolor de vuestra pena  
sufre escuchar de la pasión, que siento,  
esta mi Musa de dulzura ajena;  
Estad, Señor, un breve espacio atento  
5 a las llorosas lástimas, que canto  
solo, puesto en olvido y descontento.  
Que si yo puedo declarar bien, cuanto  
estrago hace Amor en mis entrañas,  
no será en vano mi quejoso llanto.  
10 Mas cómo las crudezas y hazañas  
del fiero usurpador de la alma mía  
decir podré, y sus vueltas siempre extrañas?  
Seguro, alegre, en quietud vivía  
con libertad y corazón ufano,  
15 mostrando contra Amor grande osadía.  
Pensaba, mas al fin pensaba en vano,  
que contra la dureza de mi pecho  
no pudiera el rigor de este tirano.  
No me valió; que al cabo a mi despecho  
20 rendí a su yugo el quebrantado cuello,  
y fue mi orgullo sin valor deshecho.  
Un sutil hilo pudo de un cabello,  
más bello que la luz del Sol dorado,  
traerme preso sin jamás rompello;  
25 Y unos ojuelos de color mezclado,  
que prometen mil bienes, sin dar uno,  
tomaron el imperio en mi cuidado.

Vilos, y me perdí, mas oh importuno  
remedio, que no viéndolos me pierdo  
30 del mayor mal, que tuvo amante alguno.  
El seso pierdo, cuando estoy más cuerdo.  
pero Amor es furor. quien no está loco,  
dirá, que hablo sin algún acuerdo.  
Las cosas, que de amor apunto y toco,  
35 no alcanza esa profana y ruda gente;  
vos sí, que de su mal no sabéis poco.  
Yo voy por un camino diferente  
en los males que tengo, y nunca espero  
sanar de este dolor, que la alma siente.  
40 Al bien medroso, al mal osado y fiero,  
y estoy de gloria y ufanía lleno,  
cuando en la fuerza del tormento muero.  
Si puedo alguna vez hallarme ajeno  
de mi pasión, ocupó la memoria;  
45 en cuan poco merezco, lo que peno.  
No cabe en mí pensar que tanta gloria  
se debe a mi dolor; ni que se entienda  
de mis afanes la dichosa historia.  
No hallo ya razón, que me defienda  
50 de perdición, pues corro tras mi engaño,  
y me despeño sin cobrar la rienda.  
de un día en otro voy al fin del año,  
desvanecido y lleno de esperanza,  
sin abrazar el claro desengaño.  
55 Pienso y entiendo, que hacer mudanza  
podrá valerme, mas la cruda vira  
de Amor o cerca, o lejos todo alcanza.  
Mil veces contra mí me pongo en ira,  
y culpo mi temor y mi flaqueza,  
60 que del honrado intento me retira.  
Mas quién tiene tan grande fortaleza?  
quién ve libre del mal aquel semblante  
y pura flor de angélica belleza?  
No soy peña, ni duro diamante;  
65 tal furor tierno vive en estos ojos,  
que de su luz se enciende en un instante.  
Pequeños son, no alcanzan mis enojos  
a merecer la gloria del mal mío,  
ni verse juntos entre sus despojos.  
70 Nevoso invierno y abrasado estío  
destruyen mi esperanza de tal suerte,  
que me mata el calor, y acaba el frío.

Mas, que otro pudo ser, mi pecho es fuerte,  
pues no fallece en tal dolor, sufriendo  
75 los extremos efectos de la muerte.  
Cual suele Febo aparecer, trayendo  
la luz, y los colores a las cosas,  
cuando del sacro mar sale luciendo;  
Tales sus dos estrellas gloriosas  
80 dan a mi alma claridad divina,  
que me enciende en mil llamas amorosas.  
Y cual se muestra el cielo, si declina  
la luz, y con la sombra tenebrosa  
el horror de la noche se avecina;  
85 Tal yo, sin su beldad maravillosa,  
estoy confuso y lleno de recelo,  
desierto y triste en soledad penosa.  
Las ricas hebras del dorado velo  
vencen a las que cercan a Ariana  
90 en el eterno resplandor del cielo.  
Cuánto me engaña esta esperanza vana  
en contar de mi afán la triste historia,  
y el desdén de mi Estrella soberana!  
No sufre mi fortuna tanta gloria,  
95 que espere merecer alguna parte  
de mi dolor lugar en su memoria.  
El fiero estruendo del sangriento Marte,  
de que tiembla medroso el Lusitano,  
atónito de tanto esfuerzo y arte;  
100 Incita este mi canto humilde y llano  
en su alabanza, pero apenas puedo  
juntar las Musas al furor insano.  
Otro, que tenga espíritu y denuedo,  
podrá cantar igual a tan gran hecho;  
105 que yo en decir mis males estoy ledo.  
El dolor, que padece vuestro pecho,  
permita, y la serena luz ardiente,  
y el oro, que os enlaza en nudo estrecho,  
Que yo, oh sublime gloria de Occidente,  
110 ose mostrar en este rudo canto  
lo que el deseo publicar consiente.  
Que si, como pretendo, yo levanto  
la voz, el Indo extremo, el Lapon frío,  
y aquel, que el alto Febo abrasa tanto;  
115 Y quien habita el Amazonio río  
honrarán vuestro nombre generoso,  
admirados de oír el canto mío.

Quando será aquel día, en que el hermoso  
rayo de Amor y celestial Lucero  
120 hiera este campo y río venturoso?  
Betis, que al grande Océano ligero  
con curso ufano contrastar porfías,  
sin espantarte su semblante fiero;  
Con creciente mayor, que la que envías,  
125 rebosa, y salgan del ondoso seno  
tus Ninfas a ayudar las voces mías.  
Descubra el cielo el resplandor sereno,  
y virtud nueva infunda a tu ribera,  
y al campo de mis flores siempre lleno.  
130 La luz de hermosura verdadera,  
por quien suspira el venturoso amante,  
por quien en esperanza desespera;  
Con pura faz de rosas, semejante  
a la bella y divina cazadora,  
135 se te muestra, y ya casi está delante.  
Pinta pues variando, orna y colora  
de perlas y esmeraldas tus cristales,  
y tus arenas enriquece y dora;  
Y ciñe con mil ramos de corales  
140 la venerable frente, a cuya alteza  
son los más grandes ríos desiguales;  
Y ofrece humildemente a su belleza  
los nobles dones, que abundante cría  
de tu fértil corriente la riqueza;  
145 Venid, diciendo, ya Señora mía,  
merezca ya por vos aquesta tierra  
el bien, que mereció esa tierra fría.  
En esta parte el largo cielo encierra  
(tanto puede alcanzar la suerte humana)  
150 cuanto aparta de otras y destierra.  
Sola vuestra grandeza soberana  
le falta, para ser siempre dichosa,  
venid pues, oh clarísima Diana.  
Este prado y ribera venturosa,  
155 este bosque, esta selva y esta fuente  
os llama y os suspira deseosa.  
Ceñid vuestra serena y limpia frente  
de este florido cerco, entrelazado  
de los ricos esmaltes de Oriente.  
160 Humilde don, más debe serpreciado;  
que yo doy solo a vos estos despojos,  
a pagar mayor censo condenado.

Ya son eternas flores los abrojos,  
y el frío invierno vuelto ya en verano  
165 con la cercana luz de vuestros ojos.  
En medio de este abierto y fértil llano  
alzará de mis Ninfas todo el coro  
un templo a vuestro nombre soberano.  
Y con guirnaldas en las hebras de oro  
170 tejerán vueltas, y traerán consigo  
las que en sus ondas cría el seno Moro.  
Y todas juntas cantarán conmigo  
del sagrado himeneo en alabanza,  
de que el cielo ha querido ser testigo.  
175 Venid, oh gloria nuestra y esperanza;  
deshaga vuestra vista el sentimiento  
de quien tanto se ofende en la tardanza.  
Mas dónde me arrebató el pensamiento?  
do en tan alta grandeza me levanto  
180 con vano y temerario atrevimiento?  
Vos tenéis, gran Marqués, de esto, que canto,  
la culpa, y me hicisteis atrevido;  
que yo de mí no pienso, ni oso tanto.  
Mi ruda Musa solo en mi gemido  
185 se ocupa y en memoria de los daños,  
que a tan mísero estado me han traído.  
Sabrosa perdición, dulces engaños,  
siempre temido mal, eterna pena,  
que sufrí triste de mis tiernos años,  
190 Dieron la gloria de desdichas llena  
al simple canto, a cuya rustiqueza  
abrió el Amor una profunda vena.  
Mas para celebrar la gran belleza  
de la inmortal Diana y su luz pura,  
195 y del mucho amor vuestro la grandeza,  
ni puedo, ni merezco tal ventura.

<SONETO LXXIII>

Tú, que con la robusta y ancha frente  
y grandes hombros sustentaste alzado,  
rey Africano, todo el consagrado  
cerco de las estrellas reluciente;  
5 Y tú, que cuando Atlante temblar siente  
la inmensa carga, sin doblar cansado  
el vigor de tu cuello, levantado  
sufriste tanto peso osadamente;

Yo no os envidio, aunque en la grandeza  
10 y en valor desigual; porque el sereno  
cielo y estrellas, do el Amor se cría;  
Y donde reina eterna la belleza,  
sostuve glorioso y de bien lleno,  
cuanto sufrió la corta suerte mía.

<SONETO LXXIV>

Donde el dolor me lleva, vuelvo el paso  
tan cansado y perdido, que no tengo  
para arribar fuerza, y nunca vengo  
a conceder holganza al cuerpo laso.  
5 El mal me sigue de uno en otro paso,  
perpetuo y grave, tal, que lo sostengo  
solo por entender, que en mí me vengo  
de cuanta pena por Amor yo paso.  
Si en este afán, que ha de acabarse tarde,  
10 osara esperar bien, fuera descanso  
dulce y regalo mi mortal congoja.  
Mas ya remedio no vendrá, que guarde  
el corazón caído; y más me canso,  
cuando el trabajo intenso en algo afloja.

<SONETO LXXV>

Sigo por un desierto no tratado,  
sin luz, sin guía, en confusión perdido,  
el vano error, que solo me ha traído  
a la miseria del más triste estado.  
5 Cuanto me alargo más, voy más errado,  
y a mayores peligros ofrecido.  
dejar atrás el mal me es defendido;  
que el paso del remedio está cerrado.  
En ira enciende el daño manifiesto  
10 al corazón caído, y cobra aliento,  
contra la instante tempestad osando.  
O venceré tanto rigor molesto,  
o en los concursos de su movimiento  
moriré, con mis males acabando.

<SONETO LXXVI>

El triste afán del corazón doliente  
con la memoria de mis males llena

voy repitiendo por tu sola arena,  
sacro rey de las aguas de Occidente.  
5 Las ondas acrecienta a tu corriente,  
socorriendo a tu curso con la vena  
de mis ojos llorosa, y junto suena  
el suspiro, que esfuerza a la creciente.  
Al fin gasto el humor, y cesa el viento,  
10 y exhala el fuego con incendio tanto,  
que de húmedo te hace ardiente río.  
En vano intentas a este encendimiento  
resistir; pues no pudo el grave llanto,  
quebrantar su rigor, del dolor mío.

<SONETO LXXVII>

Cese tu fuego, Amor, cese ya, en tanto  
que respirando de su ardor injusto,  
pruebo a sentir este pequeño gusto  
de ver mi rostro humedecido en llanto.  
5 Que nunca el alto Etna con espanto  
los grandes miembros y el rebelde busto  
del impío, que cayó con rayo justo,  
puede encender, ni nunca encendió tanto.  
No amortiguan mis lágrimas tu fuego,  
10 antes avivan su furor creciendo,  
aunque venzan del Nilo la corriente.  
Si suelto en agua rompo el nudo luego,  
que más te agrada desatallo ardiendo?  
es menos mal lo que es más diferente?

<SONETO LXXVIII>

Amor, en un incendio no acabado  
ardí del fuego tuyo, en la florida  
sazón y alegre de mi dulce vida,  
todo en tu viva imagen transformado.  
5 Y ahora (oh vano error) en este estado,  
no con llama en cenizas escondida,  
mas descubierta, clara y encendida,  
pierdo en ti lo mejor de mi cuidado.  
No más, baste, cruel, ya en tantos años  
10 rendido haber al yugo el cuello yerto,  
y haber visto en el fin tu desvarío.  
Abra la luz la niebla a tus engaños,  
antes que el lazo rompa el tiempo, y muerto



sea el fuego del tardo hielo mío.

<LIBRO PRIMERO>

<SONETO I>

Sufro llorando, en vano error perdido,  
el miedo y el dolor de mi cuidado,  
sin esperanza, ajeno; y entregado  
al imperio tirano del sentido.  
5 Mueve la voz Amor de mi gemido,  
y esfuerza al triste corazón cansado;  
porque, siendo en mis cartas celebrado,  
de él se aproveche nunca el ciego Olvido.  
Quien sabe, y ve, el rigor de su tormento;  
10 si alcanza sus hazañas en mi llanto,  
muestre alegre semblante a mi memoria.  
Quien no, huya, y no escuche mi lamento:  
que para libres almas no es el canto  
de quien sus daños cuenta por victoria.

<SONETO II>

Luz, en cuyo esplendor el alto coro  
con vibrante fulgor está apurado;  
de dulces rayos bello ardor sagrado;  
do enriqueció Eufrosina su tesoro;  
5 Ondoso cerco; que purpura el oro,  
de esmeraldas y perlas esmaltado;  
y en sortijas lucientes encrespado,  
a quien me inclino humilde, alegre adoro;  
Cuello apuesto; serena y blanca frente;  
10 gloria de Amor, gentil semblante y mano;  
que desmaya la rosa y nieve pura,  
Es esta, por quien fuerzo al mal presente;  
que pruebe su furor; y siempre en vano  
aventajar intento mi ventura.

<SONETO III>

Pues de este luengo mal penando muero,  
sin que remedio alguno estorbe el daño;  
Amor me dé en consuelo de mi engaño  
falso placer, ajeno, aunque postrero;  
5 Que mi dolor anime el duro acero;

y en blanda saña el tibio desengaño;  
y el desdén manso, en cuya ausencia engaño  
mi perdición, y en vano el bien espero.

Para que de mi muerte la memoria,  
10 y en voluntad ingrata mi firmeza  
haga a la edad siguiente insigne historia.

Que de mis esperanzas y riqueza  
finarán (corto premio a tanta gloria!)  
deseos, acabados en tristeza.

<SONETO IV>

Oh, fuera yo el Olimpo, que con vuelo  
de eterna luz girando resplandece;  
cuando mengua Timbreo, y Cintia crece,  
en el medroso horror del negro velo;

5 En lo mejor del noble, Hesperio suelo;  
que cerca y baña el Betis y enriquece,  
viera la alma Belleza; que florece,  
y esparce lumbre y puro ardor del cielo;

Y, en su candor clarísimo encendido,  
10 volviera todo en llama, como espira  
en fuego, cuanto asciende a la alta etra.

Tal vigor en sus rayos escondido  
yace; que si con fuerza alguno mira  
en ella, con más fuerza en él penetra.

<SONETO V>

Amor, que me vio libre y no ofendido,  
torció, de mil despojos ricos llena  
en lazos de oro y perlas la cadena;  
y en nieve escondió y púrpura atrevido.

5 Con la flor de las luces yo perdido,  
llegué, y apresuré mi eterna pena.  
tiembla el pecho fiel, y me condena.  
huyo, doy en la red, caigo rendido.

La culpa de mis daños no merezco;  
10 que fue el nudo hermoso, y de mi grado  
no una vez le entregara la victoria.

Cuanto sufro en mis cuitas y padezco,  
hallo en bien de mis yerros engañado;  
y del engaño salgo a mayor gloria.

<SONETO VI>

Con el puro sereno en campo abierto  
vuela mi alado carro, y fresco llega  
el viento, arando el golfo, la paz niega  
cielo airado, aire adverso, flujo incierto.  
5 Desampara huyendo el mar desierto;  
mas el miedo y horror lo aflige y ciega.  
Noto cruel, que su furor despliega,  
las velas rompe; impide entrar el puerto.  
Cuando ríe una luz en Occidente;  
10 que alegra el orbe etéreo, y desfallece  
el soplo Austrino, y cesa el Ponto oscuro.  
La proa vuelvo, y lejos tardamente  
la tierra sola en puntas aparece,  
y nunca al puerto arribo, que procuro.

<SONETO VII>

Vuela y cerca la lumbre, y no reposa,  
y huye, y vuelve a su beldad rendida,  
figura simple suya; y encendida  
siente; que fue a su muerte presurosa.  
5 Mas yo alegre en mi luz maravillosa  
a consagrar osando voy mi vida;  
que espera, de su bello ardor vencida,  
o perderse, o cobrarse venturosa.  
Amor, que en mi engrandece su memoria;  
10 entibia mi esperanza en lento engaño,  
y en llama ingrata ufano me consumo.  
Cuidé (tal fue mi mal!) ganar la gloria  
del bien, que vi, y al fin hallo en mi daño;  
que solo de mi incendio resta el humo.

<SONETO IIX>

Que bello nudo y fuerte me encadena  
con tierno ardor, en quien Amor airado  
me enciende el corazón; y en un cuidado  
duro y terrible siempre me enajena?  
5 El oro, que al Gange Indo en su ancha vena  
luciente orna; y en hebras dilatado,  
con luengo cerco y terso ensortijado  
gentil corona en blanca frente ordena.  
Oh vos, que al Sol vencido prestáis fuego,  
10 en quien mi pensamiento no medroso

las alas metió libre, y perdió el vuelo;  
LAZOS, que me estrecháis, mi pecho ciego  
abrasad; porque en prez del mal penoso  
segura mi Fe rinda su recelo.

<ELEGIA I>

Un divino esplendor de la belleza,  
pasando dulcemente por mis ojos,  
mi afán cuitoso causa y mi tristeza.  
Peno, pero el valor de mis enojos  
5 agradezco a mi llama, por quien amo  
dolor; que da a mi Estrella mis despojos.  
Nuevo amador en nuevo ardor me inflamo;  
y me renuevo en su vigor, y espero  
aquel bien; que suspiro ausente y llamo.  
10 Primero es este mal, será postrero;  
que no podrá sufrir el tierno pecho  
o mayor otro fuego, o menos fiero.  
Si Amor, do el hielo en el Rifeo lecho  
cobra rigor eterno, me llevara,  
15 se viera de mi incendio al fin deshecho.  
Cuido, que el frío Ponto no engendrara  
veneno más terrible que su vista;  
ni que más algún rayo penetrara.  
Mas que fuera, si acaso y cerca vista  
20 tal vez de mí; y gozara yo rendido  
el precio de abrasarme en tal conquista?  
Cuantas flechas desarma en mi herido  
corazón el Tirano; tanta gloria  
atiendo, de mis males ofendido.  
25 No me dará el cruel por más victoria,  
que las cuitas me acaben; que padezco,  
negando tanta estima a mi memoria.  
Bien sé, que con mi pena no merezco  
honrarme; y el sentido devanea,  
30 osado en la pasión, a que me ofrezco.  
Diome el impío sus ojos, con que vea  
mi sola perdición, mas mi ventura  
esta mi perdición por bien desea.  
El valor; la grandeza y hermosura  
35 me esfuerzan al peligro; y me sustenta  
en medio del dolor mi Lumbre pura.  
El áspero trabajo, que me afrenta  
en descanso se vuelve; y, si la miro,

el daño más molesto me contenta.  
40 Si sale de su pecho algún suspiro;  
quedo ingrato a mis males; y deseo,  
y debo la razón, por que suspiro.  
Corto en la mucha gloria; que poseo,  
por mi excelso y felice pensamiento,  
45 hallo el humano nombre al bien, que veo.  
Y más temo en la envidia del tormento,  
el que me excusa y roba este inhumano;  
que cuanto mal me causa, y cuanto siento.  
No toca el puro fuego y soberano  
50 a quien no muere amando, a quien perdido  
no se deja llevar de ajena mano.  
Dichoso yo, que aventuré atrevido  
la amada libertad; en que vivía,  
y, me gané venciendo, de vencido.  
55 Lánceme el caso vario, donde enfría  
Arturo, y la desnuda tierra en cielo  
nevoso hiela, o Febo do porfía.  
De África el seco rostro con el vuelo  
abrasado, y feroz con hacha ardiente  
60 recocer y teñir de oscuro velo;  
Que en la impresión, o rígida, o caliente,  
alentará mi pecho desmayado  
con suave beldad mi Luz presente.  
Quien el deleite sabe regalado  
65 del triste; y el placer, que encubre y tiene  
el tierno corazón en su cuidado,  
Solo puede entender, cuan bien me aviene  
en mi dulce pesar; y la holganza;  
que en mi pena a mi espíritu proviene.  
70 No puedo de mi afán hacer mudanza;  
que Amor no me consiente, que descanse  
del dolor; que sostiene mi esperanza,  
antes quiere; que en el muriendo canse.

<SONETO IX>

Pues de mi bello Sol el rayo ardiente  
mi débil vista ofende en claro día;  
y tarde la suave llama envía  
al pecho; que su aliento apenas siente;  
5 Vea yo en blanca Luna su fulgente  
esplendor; que dé fuerza a la alma mía,  
no por mi daño incierta siempre y fría,

mas con florida luz y ardor presente.

Que la celeste hacha será oscura,  
10 y la nocturna sombra luminosa;  
y podrá gloriarse en mis despojos.

Y, sin cobrar temor a mi ventura,  
veré (o gran bien) mi Delia piadosa  
volver, cual a Endimión, los tiernos ojos.

<SONETO X>

Lento y pesado Olvido, que del daño  
eres, que más me aqueja, mayor parte;  
si a mi memoria ocupas esta parte;  
que siempre me recuerda el desengaño,  
5 Y ajeno del Amor y de su engaño  
respiro, y mi dolor de mí se parte;  
prometo agradecido celebrarte  
en la misma sazón del día y año.

De suerte; que a tu nombre igual no sea  
10 Nemósina; y se humille el claro asiento,  
y a la umbrosa región rinda tu gloria.

Si no, desierto Olvido, yo te vea  
padecer olvidado con tormento,  
y eterna de tus males la memoria.

<SONETO XI>

Bellas Flechas de la alma; ardiente llama;  
do afina y avalora sus despojos;

LAZOS purpúreos; lúcidos Manojos;  
en cuyo cerco amor mi espíritu inflama;

5 Volved la luz serena a quien vos llama,  
crespas Hebras floridas; dulces Ojos;  
que los nudos bien siente y los abrojos,  
quien pena, y su mal sufre y por vos ama.

En solo un corazón tentad el fuego,  
10 y el arco; que, aunque solo, su firmeza  
el precio del mayor amante encierra.

Que gastará la aljaba el Niño ciego,  
y los rayos; que enciende esa belleza,  
primero que desmaye en tanta guerra.

<SONETO XII>

Yacía sin memoria entorpecido,

con fría sangre el corazón helado,  
Amor hizo; que escriba en mi cuidado;  
cosas; que me enajenen del olvido.  
5 Vi una Luz bella, en ella vi encendido;  
que el rigor corrió en llamas desatado;  
y, todo en ardor vivo transformado,  
espero ver el tiempo al fin vencido.  
Levanto ya el cuidado y pensamiento.  
10 quieren Amor y Honor; que ensalce el vuelo  
de más noble osadía, que Perseo.  
Trabajo dulce, amado sufrimiento,  
que sin pavor podéis llevarme al cielo;  
acompañad eternos mi deseo.

<SONETO XIII>

Do el suelo hórrido el Albis frío baña  
al Sajón; que oprimió con muerta gente;  
y rebosó espumoso su corriente  
en la esparcida sangre de Alemaña;  
5 Al celo del excelso Rey de España,  
al seguro consejo y pecho ardiente  
inclina el duro orgullo de su frente  
medroso y su pujanza a tal hazaña.  
La desleal cerviz cayó; que pudo  
10 sus ondas con semblante sobrar fiero;  
y sus bosques romper con osadía.  
Marte vio, y dijo; y sacudió el escudo;  
oh gran Emperador, gran Caballero,  
cuánto debo a tu esfuerzo en este día!

<SONETO XIV>

La púrpura, en la nieve desteñida,  
el dulce ardor con tibia luz perdía;  
y en los cercos y oro parecía  
Venus desfallecer con voz vencida.  
5 La enemiga cruel de humana vida,  
su niebla alegremente esclarecía;  
y, mi alma el fin último traía,  
en vuestros graves ojos escondida.  
Mas espirando Amor suave y tierno  
10 en el hielo y las rosas, la victoria  
porfió, y consiguió en dichosa suerte.  
Centelló en vuestra faz su fuego eterno,

y a la Belleza ufano dio la gloria;  
que en vida volvió leda la impía Muerte.

<SONETO XV>

Corta Alegría, inútil; vana Gloria:  
Deseos, en ingrato afán perdidos;  
Suspiros, tarde en mi dolor crecidos;  
Despojos, que aborrezco, de impía historia,  
5 Para amargo temor de la memoria  
vos halláis en mi daño reducidos.  
mas, después de mis males pretendidos,  
mal podéis pretender mayor victoria.  
Conozco al fin, y siento bien mi engaño;  
10 que el dardo, que en mi pecho temblar veo,  
mostró fiera experiencia de mi afrenta.  
Dejadme, pues huís mi desengaño;  
que ni vuestras promesas ya deseo,  
ni el bien de vuestra pena me contenta.

<SONETO XVI>

Veo el ajeno bien, veo el contento;  
que ofrece blando Amor al pobre estado;  
y, como al fin doliente, congojado  
busco un liviano engaño a mi tormento.  
5 Aparto de la pena el pensamiento,  
y espero, osadamente aventurado,  
nueva gloria en la fuerza del cuidado,  
y doy valor seguro al sufrimiento.  
Surte incierto mil veces mi deseo,  
10 la presa desaparece; por quien muero,  
y se remonta con desdén perdido.  
Temo ser otro insano Salmoneo;  
que fingió el no imitable rayo fiero,  
y fue con rayo abrasador herido.

<SONETO XVII>

Las hebras, que cogía en lazos de oro  
con arte vuestra blanca y tierna mano,  
miraba; y el semblante altivo y llano;  
y la florida luz; que amando adoro.  
5 Creía, en vos del sacro, excelso coro  
que el esplendor se unía soberano;



porque en sombra, aunque bella, y traje humano  
no vio tal bien el orbe y tal tesoro.  
Cuando rompisteis leda el dulce espanto;  
10 que de vos parte ausente y solo apena,  
preguntando; qué fuerza me arrebató?  
Yo, que temo partirme, suelto en llanto,  
digo; pienso, que a muerte me condena  
del cruel vuestro amor la saña ingrata.

<CANCIÓN I>

Suave Sueño, tú, que en tardo vuelo  
las alas perezosas blandamente  
bates, de Adormideras coronado,  
por el puro, adormido y vago cielo;  
5 ven a la última parte de Occidente,  
y de licor sagrado  
baña mis ojos tristes; que cansado,  
y rendido al furor de mi tormento,  
no admito algún sosiego,  
10 y el dolor desconhorta el sufrimiento.  
ven a mi humilde ruego,  
ven a mi ruego humilde, oh amor de aquella,  
que Juno te ofreció, tu Ninfa bella.  
Divino Sueño, gloria de mortales  
15 regalo dulce al mísero afligido;  
Sueño amoroso, ven a quien espera  
cesar del ejercicio de sus males,  
y al descanso volver todo el sentido.  
como sufres, que muera  
20 lejos de tu poder, quien tuyo era  
no es dureza olvidar un solo pecho  
en veladora pena;  
que, sin gozar del bien, que al mundo has hecho,  
de tu vigor se ajena?  
25 ven Sueño alegre, Sueño ven dichoso,  
vuelve a mi alma ya, vuelve el reposo.  
Sienta yo en tal estrecho tu grandeza.  
baja, y esparce líquido el rocío.  
huya la Alba; que en torno resplandece.  
30 mira mi ardiente llanto y mi tristeza;  
y cuanta fuerza tiene el pesar mío;  
y mi frente humedece;  
que ya de fuegos juntos el Sol crece.  
torna, sabroso Sueño, y tus hermosas

35 alas, suenen ahora;  
y huya con sus alas presurosas  
la desabrida Aurora;  
y, lo que en mí faltó la noche fría,  
termine la cercana luz del día.  
40 Una corona, oh Sueño de tus flores  
ofrezco, tú produce el blando efecto  
en los desiertos cercos de mis ojos;  
que el aire entretejido con olores  
halaga, y ledó mueve en dulce afecto;  
45 y de estos mis enojos  
destierra, manso Sueño, los despojos.  
ven pues, amado Sueño, ven liviano;  
que del rico Oriente  
despunta el tierno Febo el rayo cano.  
50 ven ya, Sueño clemente,  
y acabará el dolor; así te vea  
en brazos de tu cara Pasitea.

<SONETO XIIX>

En este, que prosigo, espacio incierto;  
armado con los riscos y espantoso,  
descubro estrecho paso y afanoso;  
dudosa salud siempre y daño cierto.  
5 Huyendo entre las peñas el desierto,  
dilato el rastro del dolor penoso.  
resuena áspero el viento, y el hermoso  
cielo yace en tinieblas encubierto.  
Ya corro despeñándome sin tiento,  
10 ya doy en las espinas con los ojos,  
y no hallo algún fin en mi camino.  
Cánsase y desespera el sufrimiento;  
y no teme el peligro y los abrojos,  
cuanto llevar presente el mal continuo.

<SONETO XIX>

Crece y alienta fiero en el Nemeo  
León, e imprime su furor presente;  
y en el orbe terrestre esfuerza ardiente  
las llamas el dañoso Hiperioneo.  
5 Y cuando Amor, ingrato a mi deseo,  
descubre en su León mas inclemente  
los rayos; acabar indignamente

mi estéril esperanza triste veo.  
Abrasa el corazón, do nunca el frío  
10 tuvo lugar. ay oh dolor penoso,  
a quien otro es ninguno semejante.  
No puede amortiguar el llanto mío  
este incendio; que el Betis espumoso,  
ni todo el grande Océano es bastante.

<SONETO XX>

Ardía, en varios cercos recogido,  
del crispante cabello en torno el oro;  
que en bellos lazos coronado adoro,  
dichoso en el dolor del mal sufrido.  
5 Vibraba el esplendor esclarecido,  
y dulces rayos del Amor tesoro;  
por quien perdida busco siempre, y lloro  
la gloria de mi daño consentido.  
Veste negra; descuido recatado;  
10 suave voz de angélica armonía  
era; medida y trato soberano.  
Yo, que tal no esperaba, trasportado  
dije en la pura luz; que me encendía,  
no encierra tal valor semblante humano.

<SONETO XXI>

De bosque en bosque, de uno en otro llano  
solo en medroso horror y en sombra oscura  
voy suspirando ausente, y la Luz pura  
busco; que me encubrió el Amor tirano.  
5 Corto el río, y traspaso el monte en vano;  
que no se debe más a mi ventura.  
el bien, que la esperanza me procura,  
huye, y se me desliza de la mano.  
En este duro estrecho me lamento;  
10 porque sea mi daño manifiesto,  
y alguno se condueña en mi cuidado.  
No conhorta al fin esto mi tormento;  
que tanto mi dolor es más molesto,  
cuanto de ajeno pecho más llorado.

<SONETO XXII>

En tu cristal movable la belleza

veo, Nereo padre, figurada  
de mi Luz; que, de rayos coronada,  
muestra alegre su gracia y su grandeza.

5 Tus ondas vibran y arden con la alteza  
de la llama Titania, y la rosada  
frente alabo, y de púrpura imitada  
en ellas y de nieve la pureza.

Si alzo al polo los ojos, donde junto  
10 te pinta su color; presente miro  
de mi Lucero el dulce ardor florido.

Y dudoso del bien, al mismo punto  
vuelvo, y en tu fulgente Ponto admiro  
su esplendor, y en el cielo, dividido.

<SONETO XXIII>

Del fiero Marte el canto numeroso,  
y de la selva olvido y verde prado  
la avena; porque vuelvo al fin, cuitado,  
en gloria de quien turba mi reposo.

5 De aquel cruel, que fuerte y poderoso  
terror de hombres y Dioses y cuidado,  
me forzó a tolerar el mal de grado,  
y en mi pasión me agrada estar lloroso.

El silencio; el semblante descontento;  
10 y el confuso gemido es muestra abierta  
de mi penoso y luengo desvarío.

No me duele, aunque inmenso, mi tormento.  
duéleme; que mi pena, a todos cierta,  
no conozca, quien causa el error mío.

<SONETO XXIV>

Tan alto esforzó el vuelo mi esperanza;  
que mereció perderse en su osadía.  
yo bien lo sospechaba; y le temía  
de su atrevida empresa la venganza.

5 No me escuchó; y siguió una confianza;  
que huyó con los bienes, que tenía.  
y conmigo en tal cuita y agonía  
se adolece y lamenta en la mudanza.

Para aliviar la culpa en tanto daño,  
10 de Faetón el rayo le recuerdo,  
y de su intento ufano la memoria.

Que solo ya me sirvo del engaño

en mi mal; y, en mi error penando, pierdo  
sin sazón las promesas de mi gloria.

<SESTINA I>

Un verde Lauro, en mi dichoso tiempo,  
solía darme sombra, y con sus hojas  
mi frente coronaba junto a Betis:  
entonces yo en su gloria alzaba el canto,  
5 y resonaba como el blanco Cisne,  
la Soledad testigo fue, y el bosque.  
Después que al bien me dio principio el bosque,  
y en la sombra gocé del dulce tiempo,  
y canté como cuando muere el Cisne,  
10 el Lauro me negó sus verdes hojas.  
y en triste se trocó el alegre canto,  
y se admiró de mi lamento Betis.  
Yo busco el Lauro junto al grande Betis,  
y está cerrado en el espeso bosque,  
15 do apenas llega el lastimoso canto,  
que le ofrecí, el pasado alegre tiempo;  
mas el huye de darme más sus hojas;  
y yo me quejo como suele el Cisne.  
Jamás cantó tan triste el dulce Cisne,  
20 en el sonante surco del gran Betis;  
como yo, por el Lauro, y verdes hojas,  
que me impiden tratar el duro bosque;  
y con memoria del suave tiempo,  
resuena todo en lástimas mi canto.  
25 Ya no sonaré yo el felice canto,  
que puso envidia, en Betis, al gran Cisne;  
pues es contrario a mi esperanza el tiempo  
tristezas oirá y lágrimas ya Betis,  
y al cielo moveré contra aquel bosque,  
30 que del Lauro defiéndeme las hojas.  
Pues ya no me coronó de las hojas  
enmudezca de hoy más el tierno canto;  
así vea desnudo al triste bosque,  
y llore mi dolor el blanco Cisne,  
35 que tiende el lecho en el soberbio Betis;  
pues el Lauro me falta, y deja el tiempo.  
Entristéceme el tiempo, el Lauro, y hojas,  
el canto no me agrada, el blanco Cisne  
lamente en Betis, y arda en fuego el bosque.

<SONETO XXV>

Dulce el fuego de Amor, dulce la pena,  
y dulce de mi daño es la memoria,  
cuando renueva Amor la antigua historia,  
que a su grave tormento me condena.  
5 Mas cuando hallo mi esperanza llena  
de bien y de promesas de victoria,  
un súbito dolor turba mi gloria,  
y todos mis contentos desordena.  
Que será esta Luz pura de belleza,  
10 la fe del justo Amor en poca tierra  
vuelta, y el fuego muerto; que me inflama.  
Oh vano ardor de la mortal flaqueza,  
si el fin; que ofrece paz de tanta guerra,  
no dejara aun ceniza de mi llama.

<SONETO XXVI>

A do tienes la luz, Héspero mío,  
la luz, gloria y honor del Occidente?  
estás puesto en el cielo reluciente  
en importuno tiempo y seco Estío?  
5 Lleva tu resplandor al sacro río,  
que tu belleza espera alegremente,  
y el Céfiro te sea otro Oriente  
hecho Lucero, y no Héspero tardío.  
Merezca Betis fértil tanta gloria,  
10 que solo el de estas luces ilustrado  
a tierra y cielo lleva la victoria.  
Que tu belleza, y resplandor sagrado  
hará perpetuo, de inmortal memoria,  
mientras corriere al mar arrebatado.

<SONETO XXVII>

Las luces, do el Amor su fuerza apura,  
con el sereno ardor de sus centellas,  
el Oro cresco en mil sortijas bellas  
de rayos coronado, y llama pura;  
5 Las palabras vestidas de dulzura,  
(que la armonía celestial en ellas  
parece) el pecho duro a mis querellas,  
la mano que a la Nieve vuelve oscura,  
Son causa del tormento y dolor mío,

10 con muchas que callando siento y veo;  
y no me valen en mi esquiva suerte.  
En su dureza solo el bien confío,  
porque a vana esperanza y gran deseo  
no se debe pedir sino la muerte.

<SONETO XXIX>

El bravo fuego sobre el alto muro  
del soberbio Ilión crecía airado;  
y todo por mil partes derramado  
se envolvía confuso en humo oscuro  
5 Caía, traspasado por el duro  
hierro; y ardía en llamas abrasado;  
y se rendía al ímpetu del hado  
del Frige osado el corazón seguro.  
Solo el Rey de Asia, muerto en la ribera,  
10 grande tronco (ay cruel dolor) yacía;  
y su cuerpo bañaba el Ponto ciego.  
Oh fuerza oculta de la suerte fiera,  
que cuando Troya en fuego perecía;  
falte a Príamo tierra, y falte fuego.

<SONETO XXIX>

Acabe ya el lamento grande mío,  
con quien inundo, Betis, tu corriente;  
que mi dolor acerbo no consiente  
perpetuo estado a tanto desvarío.  
5 Este fuego, en quien ardo, gaste el frío;  
rompa este yugo estrecho ya mi frente;  
y Amor en sus rendidos no me cuente;  
que de él, a luengo paso, me desvío.  
No me tendrá en confuso error su olvido,  
10 su desdén, su rigor, y su tormento;  
que tanto se cansaron en mi pena.  
Mas yo qué digo, ausente y ofendido,  
si el impío ofrece siempre al pensamiento  
de mi astro fatal la luz serena?

<SONETO XXX>

Betis, que en este tiempo solo y frío  
escuchas mi dolor; del hondo asiento  
acoge en tu callado movimiento

los últimos suspiros; que yo envió.  
5 Y si tiene valor tu sacro río;  
dame que en árbol verde mi tormento  
lamente transformado; que ya siento  
cual Cisne débil voz al canto mío.  
Porque con nuevas ramas tu corriente  
10 cercaré coronando, y destilado iré en  
tu curso largo y extendido.  
Que mi luz ceñirá su bella frente  
de mis hojas; o en llanto desatado  
seré en sus blancas manos recogido.

<SONETO XXXI>

Yo vi, a mi dulce Lumbre que esparcía  
sus crespas ondas de oro al manso viento,  
y con tierno y suave movimiento,  
mi duro corazón enterneceía;  
5 Mi rustiqueza, y torpe rebeldía,  
perdió, vencida, el obstinado intento;  
y en blando y regalado sentimiento,  
trocó mi alma la aspereza mía.  
Nunca me vi más preso ni rendido,  
10 y nunca vi en mi Luz mayor dureza;  
ni más recio desdén; ni largo olvido.  
A término tan grave, y estrechez  
Casas, mi triste suerte me ha traído;  
que temo de mi Lumbre la belleza.

<ELEGIA II>

Si ya la Luz que causa mi alegría,  
su resplandor aparta de mis ojos,  
para qué quiero ver la luz del día?  
Para ver por ventura mis despojos  
5 en ajeno poder; y mi memoria  
muerta; y vueltas las flores en abrojos.  
Amor, porque me dio breve victoria  
y no entera, con daño de la vida,  
que fortuna en sus hechos nueva gloria;  
10 Más grave siente la inmortal herida,  
con la fuerza del mal; y triste temo  
a la alma a tales ímpetus rendida.  
Espero ya llegar a tal extremo,  
que a todos ponga lástima mi pena;



15 y no espero tornar al bien supremo.  
Libre quisiera estar de la cadena,  
que en los dorados nudos me ha forzado,  
a padecer el daño que me ordena.  
Adonde la luz vuelvo fatigado  
20 una sombra, un horror, un gran tormento,  
se presenta en la fuerza del cuidado.  
El prado que solía estar contento,  
y el río de mi canto entretenido,  
muestran de mi dolor el sentimiento.  
25 Los árboles las ramas han perdido;  
la yerba se consume, y se deshace;  
el calor en las flores esparcido.  
A nadie de mi lástima le place,  
sola mi bella Luz (ay dura suerte)  
30 se alegra, y mi dolor le satisface.  
A do me volveré con mal tan fuerte,  
quien podrá remediar mi desventura,  
sino la cruda, y espantosa muerte?  
Aquella claridad y hermosura  
35 que ya algún tiempo se llamaba mía,  
deshizo mi esperanza y mi ventura.  
Pues me deja mi Luz, y mi alegría,  
y no deja el dolor; quiere que muera,  
porfiando con mísera agonía;  
40 que vana gloria de mi muerte espera.

<SONETO XXXII>

Largos sutiles lazos esparcidos  
por el rosado cuello, y blanca frente;  
dorada diadema ardor luciente;  
llenos de mis despojos ofrecidos.  
5 Tiernos y bellos ojos encendidos,  
rayos de Amor; por quien mi pecho siente  
la herida inmortal que llevo ausente;  
abrasada mi fuerza y mis sentidos.  
Dichoso yo, que merecí cadena  
10 de vuestras ricas hebras; y la llama,  
que de vos procedió en estos mis ojos.  
Oh si pudiera acrecentar la pena,  
y avivar más el fuego que me inflama,  
para daros debidos los despojos.

<SONETO XXXIII>

El duro hierro agudo, que la mano  
rica de mis despojos, por vos siente;  
y la sangre esparció, que Amor ardiente  
guardó, cual Néctar puro y soberano.  
5 Guiólo Amor; y abrió manso y humano  
lugar al dolor vuestro tiernamente;  
que el mal que siento grave y vehemente,  
blando siente el cruel pecho tirano.  
La herida terrible que en mis ojos  
10 de los vuestros entró, y causó mi pena,  
venganza toma ahora en vuestro yerro;  
No es culpa vuestra es gloria a mis despojos;  
y así que os hiera, el dulce Amor ordena,  
(como a mí vuestros ojos) vuestro hierro.

<SONETO XXXIV>

Las hebras de oro puro, que la frente  
cercan en ricas vueltas, do el tirano  
Señor teje los lazos con su mano,  
y arde en la dulce luz resplandeciente;  
5 Cuando el invierno frío se presente,  
vencedor de las flores del verano,  
el purpúreo color tornando vano,  
en plata volverán su lustre ardiente.  
Y no por eso Amor mudará el puesto;  
10 que el valor lo asegura y cortesía;  
el ingenio y de la alma la nobleza.  
Es mi cadena y fuego el pecho honesto,  
y virtud generosa, Lumbre mía;  
de vuestra eterna, angélica belleza.

<SONETO XXXV>

Si a mi triste memoria en hondo olvido  
desierta sepultase sombra oscura;  
jamás yo ausente en mísera figura  
lamentaría el daño no debido.  
5 Mas presente la llevo, y voy perdido,  
por cierto error, a estrecha desventura;  
y es muerte fiera el, ya de mi ventura,

rico despojo; al corazón caído.  
De mi gloria me acuerdo para pena;  
10 del mal para dolor; y nunca veo  
o pienso cosa ajena de mi engaño.  
Pobre de bien mi suerte, y de afán llena,  
fue; y aunque no, bastara mi deseo;  
para no dar lugar al desengaño.

<SONETO XXXVI>

Del peligro del mar, del hierro abierto,  
que vibró el fiero Cimbro; y espantado  
huyó la airada voz; salió cansado  
de la infelice Birsa Mario al puerto.  
5 Viendo el estéril campo, y el desierto,  
sitio de aquel lugar infortunado;  
lloró con él su mal ; y lastimado  
rompió así en son triste el aire incierto.  
En tus ruinas míseras contemplo,  
10 oh destruido muro, cuanto el cielo  
trueca; y de nuestra suerte el grande estrago.  
Cual más terrible caso, cual ejemplo,  
mayor habrá, si puede ser consuelo,  
a Mario en su dolor el de Cartago?

<SONETO XXXVII>

No es tan duro mi pecho, que no sienta  
la fuerza del dolor; que en el descende;  
mas Amor, por más daño, me defiende  
que descubra las llagas de mi afrenta.  
5 Quiere, que calle el mal, y que consienta  
la pena; que me aqueja y siempre ofende;  
y en fuego desusado tarde enciende  
el corazón; que en llama se sustenta.  
Si esta grave pasión no perturbara  
10 el pecho; bien pudiera confiado  
llegar al dulce fin de la alegría.  
Mas ay, cuánto es esta esperanza cara!  
y, por mirar su bien, cuánto ha pasado  
de afán y de tormento la alma mía!

<SONETO XXXIIX>

Este Lauro, que tiene en su corteza  
verde, escrita la honra de mi pena;  
y en él, el manso Céfito resuena,  
mi mal, su resplandor, y su belleza;  
5 Cuando el Sol elevado en mas alteza  
se vio, me dio en sus hojas sombra llena.  
fue el calor blando, y la congoja buena;  
y entonces me alegraba la aspereza.  
Ahora oh triste hado, avaro cielo:  
10 que deja el Sol ardiente el paso abierto,  
y todo el mal y daño en mi fortuna.  
Con llanto eterno, y falto de consuelo.  
miro el Lauro; y padezco en el desierto,  
por su culpa, el calor queme importuna.

<SONETO XXXIX>

Del mar las ondas quebrantarse, vía  
en las desnudas peñas, desde el puerto;  
y en conflicto las naves, que el desierto  
Bóreas, bramando con furor, batía.  
5 Cuando, gozoso de la suerte mía,  
aunque afligido del naufragio cierto,  
dije; no cortará del Ponto incierto  
jamás mi nave la temida vía.  
Mas ay triste! que apenas se presenta,  
10 de mi fingido bien una esperanza,  
cuando las velas tiendo sin recelo;  
Vuelo cual rayo, y súbita tormenta  
me niega la salud, y la bonanza;  
y en negra sombra cubre todo el cielo.

<ELEGIA III>

Oh suspiros; oh lágrimas hermosas,  
gloria del alma mía, y mi cuidado,  
que de mi pena fuiste piadosas.  
Oh sentimiento de amoroso estado;  
5 oh prendas de mi alma, y mi esperanza;  
que reparáis el mal del bien pasado.

Si alguna vez hallare yo mudanza,  
y algún desdén, en quien está mi vida,  
vos seréis mi reparo y confianza.

10 No temeré por vos ira encendida,  
si el Amor no temiese; vos sois puerto  
a la alma, en peligroso mar perdida.

Suspiros míos que me tenéis muerto,  
sueño yo aqueste bien? decid, es fingido?

15 decid, hermosas lágrimas, es cierto?  
Oh lágrimas, si hubiera concedido  
Amor, que yo os bebiera porque el pecho  
regarades, que en fuego está encendido.

No para que pudiera ser deshecho,  
20 mas para que tomara blando aliento,  
y fuera este de Amor ilustre hecho.

Y para que tuviera su aposento  
propio en el corazón; y relevara  
parte de mi dolor, y mi tormento.

25 No hay Néctar dulce por quien yo os trocara,  
ni pluvia de oro, oh lágrimas hermosas,  
por quien mi alma su dolor repara.

Tales lágrimas dulces piadosas,  
Venus Citerea derramó, dejando  
30 a Adonis en las selvas amorosas.

Y tales fueron los suspiros, cuando  
de amor de Marte presa suspiraba,  
ardiendo en fuego deleitoso y blando.

Con estas bellas lágrimas bañaba  
35 Diana el rostro blanco tiernamente,  
cuando de Endimión triste se apartaba.

Hermosas perlas que del Oriente  
nacidas en la concha generosa  
se esparcen por el último Occidente,

40 Tendidas por la púrpura hermosa,  
no dan tal resplandor, cual habéis dado;  
cayendo en los colores de la rosa.

El rocío del cielo derramado,  
y en olorosas flores esculpido  
45 a vuestra gran belleza no ha igualado.

Oh lágrimas dichosas, que el olvido  
nunca podrá borrar de mi memoria,  
con quien jamás espero ser perdido.

Oh mi vida, mi alma, bien, y gloria;  
50 y vos suspiros de amorosa suerte,  
por quien gané vencido la victoria.

Vivid alegres, sin que enojo fuerte  
o aspereza revoque esta alegría,  
que no podrá romper la dura muerte.

55 Conmigo faltareis a un mismo día,  
y renovándoos los celestes ojos  
lloraréis en la pena y muerte mía;  
y seréis del Amor dulces despojos.

<SONETO XL>

Ardientes hebras, do se ilustra el oro,  
de celestial Ambrosía rociado,  
tanto mi gloria sois y mi cuidado,  
cuanto sois del Amor mayor tesoro.

5 Luces, que al estrellado y alto coro  
prestáis el bello resplandor sagrado,  
cuanto es Amor por vos más estimado,  
tanto humildemente os honró más y adoro.

Purpúreas rosas, perlas de Oriente,  
10 marfil terso, y angélica armonía,  
cuanto os contemplo, tanto en vos me inflamo;  
Y cuanta pena la alma por vos siente,  
tanto es mayor valor y gloria mía;  
y tanto os temo, cuanto más os amo.

<SONETO XLI>

Viví gran tiempo en confusión perdido,  
y todo de mí mismo enajenado,  
desesperé de bien; que en tal estado  
perdí la mejor luz de mi sentido.

5 Mas cuando de mí tuve más olvido,  
rompió los duros lazos al cuidado  
de Amor el enemigo más honrado;  
y ante mis pies lo derribó vencido.

Ahora, que procuro mi provecho,  
10 puedo decir, que vivo; pues soy mío;  
libre, ajeno de Amor y de sus daños.  
Pueda el desdén, Antonio, en vuestro pecho  
acabar semejante desvarío;  
antes que prevalezcan sus engaños.

<SONETO XLII>

Desea descansar de tanta pena,  
conociendo ya tarde el desengaño,  
mi alma, hecha a su dolor extraño;  
y del perdido tiempo se condena.

5 Ve su triste esperanza de ansias llena;  
poco bien; mucho mal; perpetuo daño;  
y las glorias debidas, cierto engaño;  
que él su dulce tirano al fin ordena.

Siente sus fuerzas flacas y sin brío,  
10 y su deseo vano y peligroso;  
y medrosa levanta appena el vuelo.  
Amor, porque no crezca en ella el frío,  
el fuego aviva, do arde; y sin reposo  
busca y gime, hallando luz del cielo.

<SONETO XLIII>

El suave color, que dulcemente  
espira, el tierno ardor de rosa pura;  
la viva luz de eterna hermosura;  
el sereno candor y alegre frente;

5 El semblante, do yace Amor presente;  
la mano; que a la nieve de blancura  
orna; pueden volver la noche oscura  
en día y claridad resplandeciente.

En vos el Sol se ilustra, y se colora  
10 el blanco cerco; y ledas las estrellas  
fulguran; y las puntas de Diana.

Tal vos contemplo; que la roja Aurora,  
y de Venus la lumbre soberana,  
en vuestra faz ardiendo son más bellas.

<SONETO XLIV>

Alzo el cansado paso, y a la cumbre,  
sufriendo encima esta pesada carga,  
pruebo llegar; mas la distancia larga  
me ofende, y más la grave pesadumbre.

5 Bien que me esfuerza una pequeña lumbre;  
que veo lejos, pero no descarga  
esto mi afán penoso; antes alarga  
de mi prolijo error la incertidumbre;

Con el peso abrazado desfallezco;  
10 que mi obstinada afrenta no consiente,  
que desampare ya esta empresa mía.  
Luchando con el mal pruebo, y me ofrezco  
al peligro; esperando ver presente  
alegre en tantos tristes algún día.

<SONETO XLV>

El fuego, que en mi alma se alimenta,  
y consume al estéril duro frío,  
da vida al, casi muerto, pecho mío;  
y en virtud de sus llamas me sustenta.  
5 Justo es, que muera y viva en él, y sienta  
la gloria de mi dulce desvarío;  
porque de mis trabajos yo confío  
la esperanza del premio, en quien me alienta.  
Como en inmenso frío junta espira  
10 inmensa oscuridad, cuya tristeza  
ocupa el corazón con grave pena;  
Así con el excelso ardor conspira  
excelsa luz; que deja en su belleza  
mi alma de alegría y de bien llena.

<SONETO XLVI>

De vos ausente ocupo en llanto el día,  
y la noche me acoge en mi lamento;  
y, para más dolor, conmigo cuento  
mi breve bien perdido y alegría.  
5 Vuestro duro rigor ya bien debería  
enternecerse de mi sentimiento;  
y descubrirme tanto apartamiento  
un rayo solo de la Lumbre mía.  
Pero si vos queréis con este olvido  
10 alentar la pasión, que me maltrata;  
lo hecho sobra ya para venganza.  
Mas, aunque en soledad y aborrecido,  
no podréis; aunque más podáis, ingrata,  
que yo no os ame; ajeno de esperanza.

<SONETO XLVII>



Lloro solo mi mal, y el hondo río  
en sus turbadas ondas lleva el llanto;  
ya es tiempo, digo; Amor, en triste canto,  
que pongas justo fin al dolor mío;  
5 Que sigo ausente, sin tu desvarío,  
y en tu vana esperanza me levanto;  
y en este paso desamparas cuanto  
de tu promesa y tu valor confío.  
Ya es tiempo Amor, que el áspero tormento  
10 acabe; o que mi vida se deshaga,  
la esperanza, el deseo; y osadía.  
Que en tanto mal ya falta el sufrimiento,  
y el crudo golpe de esta acerba llaga  
a lo íntimo llegó de la alma mía.

<SONETO XLIX>

Pues la flor, do crecía mi esperanza,  
quemó duro rigor de ingrato hielo;  
y a mi ardiente deseo negó el cielo  
de fortuna mejor más confianza;  
5 Do el Sol con tibio rayo tarde alcanza,  
y luenga sombra ofende el mustio suelo;  
daré ausente, olvidado, sin consuelo;  
a mi injusta osadía igual venganza.  
Mas no sufre la fuerza, que padezco,  
10 tan corta paga, en tanto atrevimiento;  
que en la ausencia el dolor es menos fiero.  
Llego ya a estrecho tal, que no merezco,  
alabanza, ni culpa en mi tormento;  
tanto es grande mi mal que desespero.

<SESTINA II>

Al bello resplandor de vuestros ojos  
mi pecho abrasó Amor en dulce llama,  
y desató el rigor de fría nieve,  
que entorpecía el fuego de mi alma;  
5 y en los estrechos Lazos de oro y hebras  
sentí preso y sujeto al yugo el cuello.  
Cayó mi altiva presunción del cuello,  
y en vos vieron su pérdida mis ojos,

luego que me rindieron vuestras hebras;  
 10 luego que ardí, Señora, en tierna llama;  
     pero alegre en su mal vive mi alma,  
     y no teme la fuerza de la nieve.  
     Yo en fuego ardo, vos heláis en nieve;  
     y libre del Amor alzáis el cuello,  
 15 ingrata a los tormentos de mi alma,  
 que aun blandos a su mal no dais los ojos;  
     mas siempre la abrasáis en viva llama,  
     y sus alas prendéis en vuestras hebras.  
     Viese yo, las doradas ricas hebras  
 20 bañadas de mi llanto, si la nieve  
     vuestra, diese lugar a esta mi llama;  
     que la dureza de ese yerto cuello  
     la lluvia ablandaría de mis ojos,  
     y en dos cuerpos habría sola un alma.  
 25 La Celestial belleza de vuestra alma  
     mi alma enlaza en sus eternas hebras;  
     y penetra la luz de ardientes ojos,  
     con divino valor la helada nieve;  
     y lleva al alto cielo alegre el cuello,  
 30 que enciende el limpio ardor inmortal llama.  
     Amor, que me sustentas en tu llama,  
     da fuerza al vuelo presto de mi alma;  
     y del terreno peso alzando el cuello  
     inflamarás la luz de sacras hebras;  
 35 que ya, sin recelar la dura nieve  
     miro tu claridad con puros ojos.  
     Por vos viven mis ojos en su llama,  
     oh Luz de la alma, y las doradas hebras  
     la nieve rompen, y dan gloria al cuello.

<ELEGIA IV>

Si es ley de Amor que quien os ama muera.  
     y pague con la vida la osadía  
     mi pena, y muerte sea la primera.  
     Mas si pretende Amor, oh Lumbre mía,  
 5 que quien merece amaros siempre viva,  
     por qué queréis matarme con porfía?  
     Acabe ya, vuestra dureza esquiva,  
     que no sufre razón tan gran crudeza,  
     ni es bien, al tierno amante ser altiva.  
 10 Si no merezco amar vuestra belleza,  
     y buscáis con la muerte mi castigo,

por ser indigno yo de tanta alteza;  
Este amoroso puesto es buen testigo  
de quien fue la ocasión de mi tormento,  
15 dando principio al mal que yo prosigo.  
Nunca osé levantar el pensamiento,  
a más que contemplar la hermosura,  
vuestro valor, y blando acogimiento.  
Nunca me confié de mi ventura  
20 tanto, que pretendiese tal victoria,  
siendo justo perder tal coyuntura.  
Vos distes causa a mi primera gloria,  
vos pusistes aliento a la esperanza;  
prometiéndome certísima memoria.  
25 Creí vuestro deseo, y la bonanza  
que vi en el mar quieto y sosegado,  
dióme vuestra amorosa confianza.  
Ahora veo, mi dichoso estado  
en miserable vuelto, y mi alegría  
30 en tristeza, y mi bien en mal trocado.  
No sé a quién yo me vuelva en mi porfía,  
que pueda consolarme en tal fortuna,  
sino a vos, enemiga dulce mía.  
Mis quejas os publico de una en una,  
35 muestroos mi pena, y lástima presente,  
y veo que mi mal os importuna.  
Estáis a mis tormentos inclemente,  
ingrata, esquiva, dura, y desdeñosa;  
y de vuestra memoria estoy ausente.  
40 Mi alma que con vos era dichosa, sin vos triste,  
sin vos es desdichada,  
sin vos de su dolor jamás reposa.  
No hay quién de mi pena lastimada  
no suspire, y no tenga descontento,  
45 y vos estáis más cruda, y obstinada.  
Oh Luz, gloria de Hesperia, y ornamento,  
criada por mostrarnos la belleza,  
del alto, y claro, y celestial asiento.  
Mirad, que si en vos falta la ternura,  
50 perdéis parte mayor de vuestra gloria,  
y el más ilustre nombre de la alteza.  
Sufriréis que os escriba la memoria  
por bella, y por cruel? oh Lumbre mía!  
no deis a tal pecado tal victoria.  
55 Sed, pues que sois mi Luz hermosa, pía;  
dad a quien os adora algún consuelo,

en premio de sus penas, y agonía.  
No me dejéis morir con desconsuelo,  
de vuestra crueldad desesperado;  
60 baste el dolor sufrido, y su recelo.  
Como sufrís que muera en tal estado  
quien era vuestro amor, vuestro contento,  
y dulcemente fue de vos tratado?  
Mas si vuestra dureza y mi tormento,  
65 quieren cortar el hilo de mi vida,  
y esto es ya de los dos postrero intento;  
En este breve espacio, y despedida,  
mostrad dolor alguno de mi muerte;  
en término tan áspero ofrecida.  
70 Que después no habrá pena, o mal tan fuerte,  
que pueda deshacerme esta memoria,  
último bien de mi infelice suerte,  
y despojo dichoso de mi gloria.

<SONETO XLIX>

Lloré, y canté de Amor la saña ardiente;  
y lloro, y canto ya la ardiente saña  
de esta cruel, por quien mi pena extraña  
ningún descanso al corazón consiente.  
5 Esperé, y temí el bien tal vez ausente;  
y espero, y temo el mal que me acompaña;  
y en un error, que en soledad me engaña,  
me pierdo sin provecho vanamente.  
Veo la noche, antes que huya el día,  
10 y la sombra crecer, contrario agüero,  
mas qué me vale conocer mi suerte?  
La dura obstinación de mi porfía  
no cansa, ni se rinde al dolor fiero;  
mas siempre va al encuentro de mi muerte.

<SONETO L>

El trabajo de Fidia ingenioso  
que a Júpiter Olimpo dio la gloria;  
fue soberbio despojo de victoria  
al Tiempo, en nuestra injuria presuroso;  
5 Pero al valor de Aquiles animoso  
el siempre insigne Homero alzó la historia;  
y dio a la Fama eterna su memoria,

con alta voz del canto generoso.

Yo, que mal puedo ser en honra vuestra  
10 nuevo Homero; consagro, Luz de España,  
de mis incultos versos la armonía.

Mas si me mira Calíope diestra,  
valdrá (si mi deseo no me engaña)  
más que Fidia mortal la Musa mía.

<SONETO LI>

Triste esperanza, incierta, en blando pecho,  
por luengo tiempo inútil engendada;  
que mi descanso y gloria aventurada  
en temor truecas vano, y en estrecho;

5 Huye de mí; que sobra el daño hecho.  
sigue en otra ocasión mejor entrada;  
porque en vida tan mísera y cansada  
es toda tu porfía sin provecho.

Si este lugar lloroso te contenta;  
10 busca mejor fortuna el pobre estado,  
y sosiego al furor del dolor mío.  
Que atendiendo el deseo me atormenta,  
y caído y sin fuerzas mi cuidado  
me estrecha el corazón con torpe frío.

<SONETO LII>

Razón es ya, que la cansada vida,  
tanto tiempo sujeta al Amor vano,  
huya el fiero poder de este tirano;  
y ya deslace mi cerviz caída.

5 Perezca la esperanza aborrecida;  
el deseo abatido; y mi liviano  
intento; que mi bien ya está en mi mano,  
ya tengo mi fortuna conocida.

Seguro podré ver de hoy más la suerte  
10 del mísero amador; el vil denuesto;  
el congojoso miedo; el celo frío.

Que no podrá respeto de mi muerte  
hacer que mude el curso al fin propuesto;  
tal ejemplo es el grave dolor mío.

<SONETO LIII>

Fueron de un corto bien, que huye luego;  
antes que vuelva la ocasión la frente,  
muestras, las que el Amor halló presente;  
con que mi alma ardió en su eterno fuego.

5 Pero glorias de un niño solo y ciego,  
que cedo las deshace un accidente,  
cómo pueden valer a un pecho ausente,  
que en su dolor no alcanza algún sosiego?  
Fundé mis esperanzas en arena;  
10 que el viento esparce airado sin concierto,  
y rendida al temor perdí el recelo.  
Cayeron, y el cruel por mayor pena  
en altas nubes desmayó desierto,  
ni alzar osando, ni inclinar el vuelo.

<SONETO LIV>

Duro es este peñasco levantado,  
que no teme el furor del bravo viento;  
fría esta nieve, que el soberbio aliento  
del Aquilón arroja apresurado.

5 Más duro es vuestro pecho, y más helado,  
en quien la piedad no ha hecho asiento;  
ni el fuego de amoroso sentimiento  
en él jamás, por culpa vuestra, ha entrado.  
Sordas las ondas son de aqueste río,  
10 pero más sorda vos, a mis clamores;  
que aun poco os pareció ser dura y fría.  
Mas todo este dolor al pecho mío  
no causa tantas penas y dolores  
cuanto la soledad de la alma mía.

<ELEGIA V>

Los ojos que son luz de la alma mía,  
húmedos vi tornarse con lamento,  
la púrpura bañando, y nieve fría.

Un tierno y congojoso sentimiento  
5 con suspiros forzado, fatigaba  
el pecho, donde inspira Amor su aliento.  
A la armonía, y llanto atento estaba  
el aire, suspendido el alto cielo,

y a mí, junto con ella se quejaba.  
10        Cuándo oyó tan suave canto el suelo?  
          aunque tenga de Orfeo la memoria,  
          y de Febo cubierto en mortal velo?  
          Cuándo tuvo el Amor tan gran victoria?  
          cuándo sintió el valor de su grandeza?  
15        sino en esta dichosa y sola gloria.  
          Que piedad fue ver en tal tristeza  
          los dulces ojos, que jamás vio tales  
          la luz del rojo Sol puesto en alteza.  
          Los dulces verdes ojos celestiales,  
20        que entre la blanca nieve, y frescas rosas  
          (a quien son las de Pesto desiguales)  
          Esparcían las lágrimas hermosas,  
          avivando el color con el rocío  
          que cubría las flores amorosas.  
25        Que lástima, era ver, en el Sol mío  
          el puro resplandor, que me encendía,  
          amortiguado sin aliento y frío.  
          Que compasión mirar la gloria mía  
          sujeta a un triste y miserable estado,  
30        y ver que Amor en ella padecía.  
No hubiera pecho (aunque de acero armado)  
          que al dolor no entregara sus despojos  
          de la aspereza en piedad trocado.  
          El licor que bajaba de los ojos  
35        por los pechos, y veste variada,  
          de lazos plateados, y de abrojos.  
          En nieve con dureza congelada  
          convertida su forma en la figura  
          de una luciente perla bien tallada.  
40        No cría con tal Luz y hermosura  
          en sí el rosado y oloroso Oriente  
          perla de tan perfecta Compostura,  
          Si tuviera esta perla refulgente  
          Juno, de la alta Samo sacra Diosa,  
45        Paris le diera el premio fácilmente.  
          Con esta fuera Venus más dichosa,  
          y el resplandor más blanco de Diana,  
          y de Febo la luz más poderosa.  
          Llegué yo a esta mi perla soberana  
50        ay triste, inadvertido por mi daño,  
          que su luz a mis ojos fue tirana.  
          No me temí del amoroso engaño,  
          no pude persuadirme a tal afrenta;

no siendo de la ley de Amor extraño;  
55 A la luz que en mis ojos se aposenta  
iba para quejarme de la pena  
que la fortuna adversa le presenta.  
Cuando cerca del mal que Amor ordena  
miré con piedad, y confiado,  
60 la que todas mis glorias enajena.  
La luz, y el dulce resplandor nevado  
el corazón venció con su belleza,  
y la tomé en mis manos admirado.  
Lloroso y con temor de su tristeza  
65 me olvidé de la perla que traía,  
y a mi boca llevéla con simpleza.  
Disuelta al punto, oh dura suerte mía,  
a las entrañas descendió, y en fuego  
se trasmudó la nieve dura y fría.  
70 El corazón se abrasa ardiendo luego,  
como si por mi bella Luz no ardiera,  
y su calor dejome a un tiempo ciego.  
Oh crudo engaño, quien jamás creyera  
que en un cuajado y recogido hielo  
75 oculto un fuego líquido estuviera.  
Que, fuera del Amor, virtud del cielo,  
pudo mostrar en lágrimas hermosas  
un nuevo efecto, nunca visto, al suelo.  
Estas lágrimas puras, y amorosas,  
80 eran fuego de Amor, eran mi muerte,  
estas lágrimas tiernas, y dichosas.  
Si estas pudo arrojar con triste suerte  
por los ojos, doblando el desvarío  
al pecho, que rindió su brazo fuerte,  
85 Si estas pudo enviar en hielo frío,  
conociendo en la luz de su belleza  
más virtud que en su fuerza, el Amor mío;  
Por qué quiere que viva en su dureza  
siempre sujeto, y preso, y engañado,  
90 pues no trató conmigo con llaneza?  
Mejor fuera, que ya que mal tratado  
debía yo vivir, en su tormento,  
me llevara al dolor sin ser forzado.  
Y no que con su fraude, y crudo intento,  
95 me robara la gloria de mi pena,  
dejándome en confuso sentimiento  
rebelde el cuello siempre a la cadena.



<SONETO LV>

Igual al Tebro, al Arno y al Metauro,  
superior al Tajo y Duero y Ebro;  
sagrado, Hispalio Río, a quien celebro,  
corre ufano al ondoso Ponto Mauro.  
5 Tu bello Mirto rinde al verde Lauro,  
y a las menores hojas del Enebro.  
cuanto es mayor el Lauro que el Enebro,  
tanto es al Mirto inferior el Lauro.  
Solo falta, conforme a tu alta gloria,  
10 lugar en el luciente y firme cielo  
con el nombre de Erídano trocado.  
Mas ya que se te niegue esta victoria;  
serás en el dichoso, Hesperio suelo,  
cual Heliconio Olmeo, venerado.

<SONETO LVI>

La viva llama dais y luz ardiente  
del rosado esplendor y faz serena;  
la gracia y risa tierna, de amor llena,  
a Venus bella, a Faetón luciente;  
5 Al cielo el, que vos dio, valor presente;  
la suave armonía; que resuena  
en vuestra dulce boca, a su Sirena;  
el olor; perlas y oro al Oriente;  
La mano y color lúcido a la Aurora;  
10 las flechas al Amor; que en mi herido  
pecho gasta cruel con ardor ciego.  
A mí triste vos place dar, Señora,  
solo esquivo desdén, ingrato olvido;  
que en vuestro hielo enciéndenme impío fuego.

<SONETO LVII>

Probó atento el Artífice dichoso  
a la imagen impresa y forma pura  
hacer no inferior la hermosura;  
por quien Betis va el piélago pomposo.  
5 La gracia dio; dio el esplendor hermoso:  
que en la nieve la púrpura figura;

lumbre; que a la tiniebla vence oscura;  
más que todos osado y temeroso.

Pero la majestad de la belleza  
10 tierna; y serena gloria de la frente;  
y ojos dulces, do el blando Amor se cría,  
No pudo, y justo fue, que su rudeza  
vuestra beldad no alcance floreciente,  
sola entre tantas, oh ínclita María.

<SONETO LIIX>

La muerte pido, un corazón amante  
vos me entregáis; y me dejáis ausente  
de las bellas lazadas de oro ardiente;  
y del sereno y celestial semblante.  
5 Porque no temo pues el mal instante;  
aunque sus rayos Marte ya clemente  
contraiga; si el dolor, que está presente,  
cansa el pecho en sus lástimas constante?  
Este afán no esperado, esta partida,  
10 el errante furor enciende fiero;  
no el trabajo cruel de enferma suerte.  
Tal me hallo en la ausencia aborrecida;  
que el dado corazón fue triste agüero  
al duro cierto riesgo de la muerte.

<CANCIÓN II>

Algún tiempo esperé de aquellos ojos  
gozar la dulce luz; que tiernamente  
se mostraba a mi llanto piadosa;  
del Sol cuando Diana estuvo ausente,  
5 y no le desplazieron mis enojos.  
ahora, que esta sombra tenebrosa  
se entrepone a mi Lumbre venturosa,  
su esplendor me fallece en el desierto,  
cercado de terror y niebla oscura;  
10 y crece el mal, y el daño se apresura.  
procuro salir del con paso incierto,  
y doy en la espesura;  
donde todo me estorba, y la esperanza  
desmaya con dolor de la mudanza,  
15 cualquier fulgor presente a la memoria

vuelve de mi perdido bien la gloria.  
Fue en mi luengo camino cierta guía  
mi Luz, y mi cuidado embebecido  
adestraba por ella el pensamiento.  
20 ahora (ay triste) ausente y ofendido,  
en soledad confusa y agonía  
la veo oscurecida sin aliento.  
culpa de quien me causa tal tormento.  
cuando en la asperidad del bosque espeso  
25 me enselvo mas, la claridad se aparta,  
y de su ajena gloria a la alma aparta.  
temo otro nuevo error en mi progreso.  
de este agravio no harta  
la Fortuna, un nubloso cerco opone;  
30 que pluvioso el bien me descompone,  
y mi Estrella arrebatada de los ojos.  
yo ciego voy por ásperos abrojos.  
Ya subo apenas, y nunca descansando,  
por yertos riscos, pasos despeñados,  
35 ya en hondos valles bajo con presteza,  
lugares de las fieras no tratados,  
el pensamiento en ellos variando.  
un frío horror y súbita tristeza  
roba el vigor, y engendra la flaqueza.  
40 cualquier soplo de viento, que resuena  
entre árboles desnudos quebrantado,  
aqueja la esperanza y el cuidado;  
que piensa ser la causa de su pena.  
pero luego engañado  
45 hallo el cuidado y la esperanza vana;  
que, como sombra, se me va liviana.  
mas luego en la memoria Amor despierta,  
para cobrar su bien, la gloria muerta.  
Salgo de esta aspereza a un verde llano,  
50 de flores y de violas vestido,  
y de mi Luz el claro lampo veo.  
la belleza, el olor lleva el sentido,  
y el sereno esplendor y soberano.  
contemplo en su vigor, cuanto deseo,  
55 y es el Amor semblante a mi deseo.  
el pecho abierto admite el blando fuego,  
y pruebo en la dulzura de este hecho,  
que no arde con viva fuerza el pecho.  
todo mi gran placer se turba luego,  
60 al principio deshecho.

admírame la culpa; que no es mía,  
y procuro encenderme con porfía,  
y tanto lo procuro por mi daño;  
que me abraso y consumo en este engaño.  
65 Cuando oso descubrir el mal, que siento,  
hallo tanta tibieza el bien, que espero;  
que desconfío luego de mi gloria.  
y vuelvo al llanto y al dolor primero,  
desesperado de mi pensamiento,  
70 viendo muerta en mis bienes la memoria.  
olvido el dulce tiempo y dulce historia  
de mi leda fortuna y aplacible.  
veo mi malandanza estar presente,  
y el remedio; que aguardo, siempre ausente.  
75 torno a la oscuridad; que más terrible  
es la luz al doliente.  
y estoy en soledad con luengo llanto,  
do suena solo y gime el triste canto.  
y no espero volver al bien pasado,  
80 ni fin al vano error de mi cuidado.

<SESTINA III>

Por este umbroso bosque y verde selva  
con mi prolija pena ofendo el día;  
y, cuando cerca a Febo ciega noche,  
renuevo mis gemidos en el llanto;  
5 y acrecienta las ondas a este río,  
ausente de los rayos de mi Lumbre.  
Tal vez pienso cuidadoso, que mi Lumbre  
hiere con el sereno ardor la selva;  
y cansa de mis lágrimas el río.  
10 más cuando se me aparta y huye el día,  
desierto me resuelvo todo en llanto;  
y a mis ojos deseo eterna noche.  
Si en el silencio oscuro de la noche  
riela por el cielo alguna lumbre,  
15 luego, la que fue causa de mi llanto,  
me parece presente en esta selva;  
y hace esclarecer un nuevo día,  
y alegra el mustio bosque y hondo río.  
Testigo de mi gloria ha sido el río;  
20 que engañado me vio en profunda noche,  
hasta que apareció rosado el día,  
y allí representándose mi Lumbre;

que enriquece la fría, estéril selva,  
así dije tal vez, cesando el llanto;  
25 Mi Sol, si a compasión vos mueve el llanto;  
que produce de lágrimas un río;  
sufrid, que rompa yo esta espesa selva;  
y vaya envuelto siempre en dulce noche,  
para encender mi pecho en vuestra lumbre,  
30 pues me es niebla sin vos el claro día.  
Oh que seguro bien tendré en el día,  
que enjuguéis de estos ojos vos el llanto;  
y enviéis a mi alma aquella lumbre;  
que consume en su fuego el tardo río;  
35 que no verán mis ojos triste noche,  
y será alegre el tiempo en esta selva.  
La selva alcanzará un perpetuo día,  
y estancará del llanto el grande río  
en la noche; en quien viere yo mi Lumbre.

<SONETO LIX>

Después que en mí tentaron su crudeza  
de Amor y vos las flechas y los ojos;  
di honra al uno, al otro los despojos,  
y sufrí saña de ambos y aspereza.  
5 El fuego, que encendió vuestra belleza,  
hizo dulces y alegres mis enojos;  
y suave entre espinas y entre abrojos  
el dolor; que causaba mi tristeza.  
Tuve esperanza incierta de mi ufana  
10 muerte, viendo el valor de mi tormento;  
y confié este error de mi osadía.  
Mas ay, que tanta gloria suerte humana  
no alcanza; y no se debe al mal, que siento,  
el bien, que me negáis, Estrella mía.

<SONETO LX>

Quién debe, sino yo, acabar el llanto?  
que, de mis esperanzas derribado  
me veo en tal miseria, y apartado  
de aquella Luz; que ausente alabo y canto.  
5 Mi alma no soporta pesar tanto,  
y el nudo, que la estrecha, desatado,  
ligera irá con vuelo acelerado,

sin descansar siguiendo su ardor santo.

Si esta indigna corteza la retarda;  
10 y lenta engaña el gozo de su gloria,  
corta, Amor, corta presto el flaco aliento.  
Que solo el bien, que en mi dolor me guarda,  
por la vida, que pierdo, tal victoria  
dará; que en precio exceda a mi tormento.

<SONETO LXI>

Aquí, donde florece la belleza,  
en cuyo dulce fuego el Amor prueba  
su flecha; y mil trofeos nobles lleva,  
vi de mi Luz serena la pureza.  
5 Mi bien, que fue, el valor y su grandeza  
en mi memoria mísera renueva;  
y, entre pasado afán y cuita nueva,  
no espero algún remedio a mi tristeza.  
De mi gloria oh dichoso, antiguo puesto,  
10 cuán desigual semblante en ti contemplo!  
cuán gran mudanza aflige la alma mía!  
Oscuro el día, y siempre el Sol molesto  
te hiera; y seas de mí mal ejemplo,  
hasta que en ti renazca mi alegría.

<SONETO LXII>

Mientras Amor vos entrega los despojos  
de quien suspira tierna, y cuida, y ama;  
yo en vano ausente ardo en tibia llama,  
viendo trocar mis flores en abrojos.  
5 Vos en vuestro esplendor honráis los ojos;  
yo voy, a do mi ciego error me llama.  
vuestro Sol vos regala y vos inflama;  
yo en lenta pena enciendo mis enojos.  
Dichoso vos, que nunca o vuestra gloria  
10 fue de penosas ansias ofendida;  
o sentistes la fuerza del veneno.  
Mas yo jamás, mezquino, sin memoria,  
sin triste mal de amor pasé la vida;  
y del más corto bien fui siempre ajeno.

<SONETO LXIII>

Yo vi en sazón alegre un tierno pecho

ufano dulcemente con mi pena;  
y que anudarnos pudo en su cadena  
el ya cortés Amor con lazo estrecho.  
5 Yo veo el bien, que tuve, ya deshecho,  
y mi segura fe, de cuitas llena;  
y que el ingrato en impío afán condena,  
a quien halla en su agravio satisfecho.  
Yo vi, que no fui indigno de la gloria;  
10 que en su rigor me usurpa la mudanza,  
y en sombra del olvido ya me veo.  
Entristéscome siempre en la memoria;  
desfallezco medroso en la esperanza,  
y al fin pierdo la vida en el deseo.

<SONETO LXIV>

Si el fuego Idalio el tierno canto inspira;  
y en tu pecho, Amalteo, algún cuidado  
la Estrella infunde ya; que en mar turbado  
te guía, osa herir tu culta lira.  
5 Por ti Betis humilde al Tebro admira,  
Tebro, mayor que el Arno celebrado;  
y, entre lucientes astros colocado,  
envidioso Erídano lo mira.  
Contigo calla el Coro de Helicon;  
10 que baña el cuerpo en su Cristal corriente,  
y pierde el dulce Niño los despojos;  
Que del materno Mirto la corona  
teje, para ceñir tu sabia frente.  
o canta, o cierre siempre Amor sus ojos.

<SONETO LXV>

Si yo puedo vivir de vos ausente,  
fálteme siempre el bien, y ofenda el cielo;  
y al débil cuerpo mío en leve vuelo  
la alma, suelta del peso no sustente.  
5 Si puedo respirar sin el presente  
vigor de vuestra luz; el impío suelo,  
lleno de eterna sombra y desconsuelo,  
entre el perdido número me cuente.  
Si padezco doliente y apartado;  
10 si se enajena el bien; que en vos tenía,  
por qué no rompe el pecho esta mudanza?  
Si muero, do se pierde mi cuidado;

a mis ojos Amor por qué no envía  
un solo rayo dulce de esperanza?

<SONETO LXVI>

Alfonso, vuestro noble y grave canto,  
con quien de eternos giros la armonía  
asuena; celebrar de la Luz mía  
debiera la belleza, que honro y canto.  
5 Que yo la dura fuerza de mi llanto  
muestro, y mal fiero y la ponzoña fría,  
y el bien; que a mi esperanza se desvía,  
cuando en cuitoso son la voz levanto.  
No que a mi nombre humilde diera gloria;  
10 que ya osa alzar igual por vos la frente  
a quien ilustra el Arno, grato al cielo.  
Mas, estimar si puedo esta memoria;  
verá el felice Reino de Occidente,  
cuánto en vuestra alabanza ensalzo el vuelo.

<SONETO LXVII>

Con triste voz, oh triste Musa, suena  
de estos excelsos Héroe la memoria;  
de quien recela el Hado la victoria,  
y las mustias exequias mustia ordena.  
5 Por que pueda cantar (si en tanta pena  
da lugar el dolor) la ingrata historia.  
esparce en tanto en honra suya y gloria  
el Jacinto, Amaranto y Azucena.  
Vos, no rendidas almas generosas,  
10 con desigual asedio y dura suerte,  
en la ribera Libia; que el mar baña,  
Al cielo id veneradas, id dichosas;  
que no osará negar soberbia Muerte;  
que sois eterna luz y prez de España.

<ELEGIA VI>

En tanto que, Malara, el fiero Marte,  
y el no vencido pecho del Tebano  
ensalzas, por do el Sol su luz reparte;  
Yo, siguiendo el error de Amor tirano,  
5 vivo en usadas quejas y lamento,



y, crezco en mi dolor, temiendo en vano.  
Doy culpa a la ocasión de mi tormento;  
que no pueda ablandar de su dureza  
la fuerza y el rigor del mal, que siento.

10 No encarezco del daño la grandeza;  
que no soy en mi llanto ambicioso,  
ni procuro alabanza en mi tristeza.  
Sirvo más al dolor impetuoso,  
y a la infelice suerte de mi estado;

15 que al deseo de nombre ingenioso.  
Esto es último fin de mi cuidado,  
en esto espero merecer la gloria,  
igualmente penoso y engañado.  
Solo es el bien, que busco, y la victoria,

20 agradar a mi Luz, y que mi canto  
haga de mis trabajos la memoria.  
Entre suspiros dieron y entre llanto  
la edad florida; el pensamiento incierto  
ley a los versos míseros, que canto.

22 Rendida juventud mi estrago cierto  
dudando lea, y quien en lazo eterno,  
cual yo, espera acabar, de bien desierto.  
Que alguno, que tuviere pecho tierno,  
celebrará en mis penas la firmeza,

30 y culpará el furor del mal interno.  
En mi Luz admirando la belleza;  
el rico cerco de oro y dulces ojos;  
no alabará el desdén y su tibieza.  
Hallará de amor triste los despojos;

35 oscura piedad; poca alegría;  
claro el dolor, y muchos los enojos.  
Y alguna, a quien la indigna suerte mía,  
y su no cierta fe inclinar apenas  
puede, dirá llorosa en su agonía;

40 Si Amor, que a sus cruces me condena,  
tanto bien me hiciera; que estrechara  
a mí y a ti en su yugo una cadena;  
Ni yo de amante ingrato me quejara,  
ni tú de mi dureza; que antes diera

45 debido y justo premio a fe tan rara.  
Mas tú, si este cruel con diestra fiera  
te hiere el pecho, dignamente airado,  
que altivo de su imperio salgas fuera;  
A Alcides dejarás desamparado,

50 y será aquel soberbio y alto canto

en cuitoso y humilde trasformado.  
Cubrirá del olvido el negro manto  
sus hechos, y tendrán fiel membranza  
tus cuidadosos afanes y tu llanto.  
55 Otra más grave lastima y mudanza  
te ofrecerá el dolor terrible; cuando  
faltare a tus fatigas la esperanza.  
Codiciarás en vano el verso blando;  
que mitigue suave aquella saña;  
60 que te aflige ya mísero llorando.  
Verás entonces bien, que Amor se extraña  
de administrar el canto piadoso;  
que en deleitoso ardor a la alma engaña.  
Estimarás entonces congojoso  
65 la lira; que cantar mis males usa,  
y el verso, antes caído y lagrimoso.  
Y al duro son del hierro y voz confusa  
del Marcial estruendo preferida  
será por ti mi tierna y simple Musa.  
70 Y no podrás callar en tu crecida  
desdicha y ansia; tu amoroso pecho  
ardió siempre en su llama esclarecida.  
No te pese, que tenga Amor deshecho  
tu preso corazón en dulce fuego;  
75 y que esté de tu agravio satisfecho.  
Si te da de su gloria parte luego;  
si consagra tu canto; si vencido  
de él yace el vencedor Olvido ciego.  
Por ti será su cetro conocido  
80 de los purpúreos fines de Oriente,  
hasta el lecho de Céfiro escondido.  
Y de la fría Cinta al cerco ardiente  
irá perpetuo el nombre glorioso,  
mientras encendiere en Ida el Sol la frente.  
85 El verso dulcemente generoso  
tendrá sublime honor y soberano  
del terso y culto Laso y amoroso.  
Tal a su bella Laura el gran Toscano  
cantó con alta, insigne y noble lira;  
90 guiando el Niño Rey su diestra mano.  
Y de su Delia tal gemir la ira  
se vio el Romano amante en voz quejosa,  
y por la ausente Némesis suspira.  
Será eterna la llama milagrosa  
95 de aquel, que ciñe Febo el verde Lauro,

y enciende Amor con fuerza poderosa;  
Que, do en Genil se mezcla el breve Dauro,  
ardiendo osadamente en furia pía,  
suenan en el seno Arabio y Ponto Mauro.  
100 Vivirá de Vandalio la porfía;  
la aquejada pasión y el puro canto;  
que murmurando Betis hondo oía.  
Y tú también harás con tierno llanto  
de tu afanada pena honrosa historia;  
105 que te dará este premio el furor santo.  
Yo, que esperé mendigo un tiempo gloria,  
loando de mi Luz la hermosura;  
temo, que no merezco esta victoria.  
Porque ausente el rigor de mi ventura  
110 de toda mi esperanza y bien me tiene;  
y siempre aguardo nueva desventura  
al dolor; que penando me sostiene.

<ESTANÇAS I>

Podrá fuerza cruel de airado cielo,  
y hacer suerte adversa de mi hado;  
que pise peregrino estéril suelo,  
o surque el ancho piélago apartado;  
5 y no que de la fe el seguro celo  
se mude, y dé lugar a otro cuidado;  
y entre agrado de la alma, o a despecho  
nueva llama de amor en este pecho.  
No es brío de lozano pensamiento,  
10 ni liviana promesa y mal cumplida,  
certeza firme sí de noble intento;  
que durará en el curso de mi vida.  
aunque ofendo al honor de mi tormento,  
declarando verdad tan conocida;  
15 pues basta ser la causa de mi pena  
la gran beldad de vuestra luz serena.  
La luz serena vuestra y beldad pura,  
que sola en vos eterna resplandece;  
el tierno acogimiento y la dulzura;  
20 do espira, y en mi alma el Amor crece,  
así me desvanecen la ventura;  
que se pierde en el bien, que no merece.  
porque es la mayor gloria, que se alcanza,  
padecer, en mi mal, sin esperanza.  
25 Tan encogido estuvo mi deseo;

que aun del dolor no pretendió memoria,  
nunca se aventuró mi devaneo,  
y puse siempre en el temor mi gloria.  
amando me contento, y no deseo  
30 esto de vos, y pierdo esta victoria,  
si se puede decir; que la ha perdido,  
quien ama tan cortés y comedido.  
Volved la alegre Luz de vuestros ojos,  
y afijad en los míos su belleza;  
35 porque renueve en ella los despojos,  
y afine la alma de esta vil corteza.  
no querría más bien de mis enojos;  
que publicarse en toda la grandeza,  
que el cielo ve; que tuve sufrimiento  
40 igual a mi osadía y mi tormento.  
Después que ya no pudo estar cubierto  
el dolor, en que vivo de mí extraño;  
y Amor me hizo osado al descubierto,  
lo menos de mi afrenta fue y mi daño,  
45 lo mucho, que sabéis; que el riesgo cierto;  
que paso en mi temor y usado engaño,  
ni se puede decir; como se siente,  
ni sentirse de pecho diferente.  
Solo espero en dolor tan inhumano,  
50 que conozcáis; que sin algún reposo  
lo sufro, y estoy siempre más ufano,  
cuando en mi afán, me hallo más penoso.  
si mereciese yo de Amor tirano  
este bien, en mis lástimas dichoso,  
55 podría ya cuidar; que en vos no prende  
menos el vivo fuego, que me enciende.  
No cabe en la fortuna humilde mía  
tanto bien, sobra haber de vos oído;  
que no vos desagrada mi osadía,  
60 y place ver en este error perdido.  
el grande amor medroso desconfía,  
el pequeño contino es atrevido.  
quien ama poco, espere mucho, pero  
yo, que amo mucho, poco bien espero.

<SESTINA IV>

Dejo la más florida planta de oro,  
y lloro ausente y solo aquella Lumbre;

que sigo, y siento el pecho arder en fuego.  
mas el estrecho lazo de la mano  
5 me alienta, y la dulzura de la boca;  
que puede regalar la intensa nieve.  
Yo recelé la fuerza de la nieve;  
cuando no pude ver el árbol de oro,  
y perdí las palabras de su boca.  
10 pero volvió al partir la alegre lumbre;  
y con el blanco hielo de la mano  
todo me destempló en ardiente fuego.  
Ardió conmigo junto en dulce fuego;  
y el rigor desató de fría nieve,  
15 y el corazón me puso de su mano  
en la mía; y tendió los ramos de oro,  
y, vibrando en mis ojos con su lumbre,  
ambrosía y néctar espiró en su boca.  
Si oyese el blando acento de su boca,  
20 y fuese de mi pecho al suyo el fuego;  
que procedió a mi alma de su lumbre,  
yo jamás temería ingrata nieve;  
y, cogiendo las tersas hojas de oro,  
crinaría mi frente con su mano.  
25 Mas ya me hallo lejos de la mano;  
y no escucho el sonido de su boca;  
ni veo la raíz luciente de oro;  
y no me abraso todo y vuelvo en fuego?  
pues crece siempre en mi dolor la nieve,  
30 y no ofenden mis lástimas mi Lumbre,  
Abre, dulce suave, clara Lumbre,  
las nieblas; y mitiga con tu mano  
mi sed; y la dureza de tu nieve  
desencoge y resuelve; pues tu boca  
35 fue la última causa de mi fuego,  
y contigo me enreda al tronco de oro.  
Yo espero ya Flor de oro y pura Lumbre  
tocar la tierna mano; y vuestra boca  
que deshiele en mi fuego vuestra nieve.

<ELEGIA VII>

La llama, que destruye el pecho mío;  
y consume cruel en fuego eterno,  
se alienta en el rigor de vuestro frío.  
Qué nieve, que engendró Sitonio invierno,

5 basta contra su fuerza? qué dureza  
cerca ese corazón medroso y tierno?  
De mi encendido Etna la braveza  
no puede regalar el tardo hielo  
de vuestra blanda y áspera belleza.

10 Aunque de la herviente Libia el cielo  
con intensos ardores abrasase,  
y siempre el rojo Sirio nuestro suelo;  
Y aunque las llamas todas exhalase  
de su ahumada cumbre Tifoeo,  
15 y con guerra al Olimpo fatigase;  
Con mi dolor, con mi denuesto creo,  
que no podrán romper el hielo vuestro,  
ni el incendio podrá de mi deseo.  
Favoreció al ardor el Amor diestro;  
20 que le dio vida lengua en mis entrañas,  
y fui yo mismo en mi pasión maestro.  
Aquí tienen principio sus hazañas  
en la tibieza vuestra y en mi llama  
con gloria en el suceso y pena extrañas.

25 Hiélase en vos Amor, en mí se inflama,  
la pena que me dais, tengo por gloria.  
vuestro desdén me aparta, amor me llama.  
Gran valor y gran honra es la victoria  
de un vencido, y soberbios los despojos  
30 de un desdichado amante y sin memoria.  
Conocí yo el poder de vuestros ojos,  
rendíme , y sujeté mi libre cuello  
con aquejada cuita a mis enojos.  
Tejióme en bellos lazos el cabello;  
35 que excede al oro Arabio, la cadena;  
que el mal me causa, y fuerza a sostenello.  
La boca, en que el alado Niño suena  
con armonía alegre y risa honesta,  
el furor acrecienta de mi pena.

40 Grave error, grave culpa mía es esta;  
pues admito recelo en mi tormento,  
y a mi osadía miedo vil molesta.  
Porque mi aventurado pensamiento  
halla bienes de amor, jamás pensados,  
45 y regalos de tierno sentimiento.  
Ay los favores casi a fuerza dados;  
la habla; la dulzura; y el consuelo;  
que dan tarde los ojos recatados.  
Trasportado me tienen en el cielo,

50 y ledo en su memoria el bien contemplo;  
que igual no estrenó amante en mortal velo.  
Yo sé, que muero ya, y que soy ejemplo,  
aunque ofrecido al mal de mi cuidado,  
de venturoso amor en alto templo.

55 Solo estoy de un afán desconhortado;  
que del fuego, que sufro, una centella  
no entra en vuestro corazón helado.  
Si Amor permite, que esa luz, mi bella  
llama, vibre sus rayos en mi vista,

60 y que el ardor presente lleve en ella;  
sé, que no habrá tormento, que resista  
mi gloria, y cuido ufano, que el trofeo  
alzaré vencedor en mi conquista.  
Que la divina fuerza, que en vos veo,

65 podría desatar la nieve fría,  
y el hielo envejecido del Rifeo.  
Gloriosa, serena Estrella mía,  
relucid en el fuego; que consiento,  
y dad nuevo vigor a mi osadía.

70 Que a vuestra alteza ínclita presento  
mi dolor; mi cuidado; el daño cierto,  
y el blando y lastimoso sentimiento.  
Los suspiros fogosos, que yo vierto,  
darán fe de mis males, y admirada

75 enterneced tal vez el pecho yerto.  
Sois vos mi Estrella sola venerada  
de la alma, que vos honra, con firmeza,  
aunque no agradecida, no mudada.  
Yo procuro hacer vuestra belleza

80 perpetua, con osado y noble canto;  
que en el tiempo asegure su grandeza.  
Aliento me da Amor, con que levanto  
la voz, no inferior a eterna Fama;  
cubierto de purpúreo y rico manto.

85 Y en el ardor dichoso de mi llama  
se deshará, quien viere el nombre escrito,  
el nombre; que en suave amor me inflama.  
Tendrá jamás el término prescrito;  
porque, como su inmensa hermosura

90 y su valor, así será infinito.  
Cual vuela la paloma blanca y pura,  
tal en la gloria, que suspenso honoro,  
mi canto volará con voz segura.  
Luces bellas; Sortijas crespas de oro;

95 Mano; en nieve y en púrpura teñida;  
dulce Boca; de Amor dulce tesoro;  
Gracia; Risa; Armonía nunca oída;  
Valor; Ingenio conceded la gloria  
a quien por vos de todo el bien se olvida.  
100 Que aunque se debe al cielo esta victoria  
mi fe es digna, que sola tal hazaña  
celebre, y alce en vuelo su memoria,  
por cuanto señorea y vence España.

<SONETO LXIIX>

De aquella ardiente Luz y ardor luciente,  
en quien los ojos abre el Amor ciego;  
centellas de suave y blando fuego  
vuelan con alas de oro dulcemente,  
5 Unas llegan al orbe, a do presente  
Venus estrellas puras forma luego;  
que lo ornan más, errando en bello fuego,  
que el Héspero hermoso al Occidente.  
Mas otras, descendiendo por mi suerte,  
10 para darme valor, al tierno pecho,  
lo abrasan, condenado a eterna pena.  
Yo pido por envidia de mi muerte;  
que en este corazón, de amor deshecho,  
todas ponga mi alegre Luz serena.

<SONETO LXIX>

Suave Filomela, que tu llanto  
descubres al sereno y limpio cielo;  
si lamentaras tú mi desconsuelo,  
o si alcanzara yo tu dulce canto;  
5 Prometer a mi cuita osara tanto;  
que esperara al dolor algún consuelo;  
y que tal vez moviera tierno celo  
los ojos, cuya bella lumbre canto.  
Mas tú con puro acento y armonía  
10 tu afrenta y gimes bárbaros despojos,  
yo triste mayor daño ausente lloro.  
Quiera Amor, que tu voz la pena mía  
resuene; o que yo alivie mis enojos,  
vuelto en ti, Ruiseñor blando y canoro.



<SONETO LXX>

Volved, suaves Ojos, la luz pura,  
si a esto da lugar vuestra grandeza;  
y templad mi dolor; que la dureza  
no cabe en vuestra inmensa hermosura.  
5 La soberbia y desdén harán oscura  
la mucha claridad de vuestra alteza.  
y, no es blasón de singular belleza,  
trocar en mal el bien de mi ventura.  
Después que Amor dejó, serenos Ojos,  
10 por vos el celeste orbe, el dulce puesto  
mejoró alegre en vos, y honró la tierra.  
Mirad, o no, mi cuita y mis enojos,  
(tal es mi noble afán!) yo estoy dispuesto,  
para morir ufano en esta guerra.

<SONETO LXXI>

El roto lazo había ya del muerto  
fuego alegre del cuello sacudido;  
mas fue en vano el reposo concedido,  
y recreció mayor el desconcierto.  
5 Amor a vuestros ojos trajo cierto  
el corazón; y en ellos defendido,  
allí encendió su flecha, allí herido  
vos entregué mi pecho, al hierro abierto.  
En la tibia ceniza resplandece  
10 de vuestra dulce luz centella ardiente,  
y su blando calor desata al frío.  
Oh cual venganza al justo Rey se ofrece!  
porque ya vuestro ardor mi pecho siente,  
y siente vuestro pecho el hielo mío.

<SONETO LXXII>

Amor, para qué vale el sufrimiento  
en un pecho enseñado a tanta gloria,  
si es, todo lo que guarda la memoria,  
causa de afán a la alma y de tormento?  
5 Porque no pierde triste el flaco aliento,

quien perdió, y no en su culpa, la victoria;  
y de su dulce bien la alegre historia  
vio trocar en eterno sentimiento.  
Por qué se esfuerza en vano mi esperanza,  
10 y ajeno en luenga ausencia de mi suerte  
me sostiene en dolor y en llanto fiero?  
Harto es al que padece en tal mudanza,  
poder honrar su vida con la muerte;  
que lentamente llega al fin postrero.

<ESTANÇAS II>

Oíd atenta el son del tierno canto,  
hermosa Estrella mía; que yo veo  
en vuestra luz la llama, en quien levanto  
ardiendo prestas alas al deseo.  
5 por vos venzo el dolor, y rindo el llanto,  
y lleno de la gloria, que poseo;  
hallo, que en vos mi pena me disculpa,  
y en mi dichoso mal estoy sin culpa.  
Enciéndeme las venas este fuego,  
10 las junturas y entrañas abrasadas  
siento y niervos, y siento correr luego  
las llamas por los huesos dilatadas.  
mi llanto el ardor tiempla, y, si sosiego,  
las centellas resuenan alentadas.  
15 el fuego en la ceniza me revuelve,  
y en lágrimas el pecho el Amor vuelve.  
Cuando en vos cuido, en alta fantasía  
me arrebató, y ausente me presento;  
y crece, contemplando, mi alegría,  
20 donde vuestra belleza represento.  
las partes, con que siente la alma mía,  
enlazada en mortal ayuntamiento;  
y recibe en figuras conocidas  
al sentido las cosas ofrecidas.  
25 Aunque en honda tiniebla sepultado,  
y estoy en silencio oscuro y escondido;  
casi en perpetua vela del cuidado  
se aduermen, y en el dulce bien perdido  
de esta memoria en puro amor formado  
30 se vencen, y allí todo suspendido  
el espíritu vos halla, y tanto veo,  
cuanto pide y espera mi deseo.  
Con la grande igualdad, que en la belleza

vuestra mi alma tiene semejante;  
35 que trasfigure en mí vuestra grandeza  
me fuerza, y a mí en vos, y del semblante  
suave y luz procede con ternura  
a los ojos de vuestro humilde amante  
un furor blando, en que me pierdo, y cuanto  
40 la vista alegre, crece el mal y el llanto.  
Amor me hiere, y hace, que mi pena  
exceda a la que ha sido más terrible.  
y sufre, de mi alma hecha ajena,  
más dolor, que el que puede ser sufrible,  
45 solo estoy, do se ufana, y se condena,  
y estoy, do al tardo cuerpo no es posible.  
pero gozo en mi afán de tanta gloria;  
que si es fiero, es eterna mi memoria.  
Casi sin esperar, mi Luz, vos temo,  
50 y en temor infinito sirvo y amo  
con infinito amor, y en tanto extremo  
más dudo, cuanto siempre más me inflamo,  
y llega mi recelo a lo supremo  
del peligro; y tal vez si triste llamo  
55 la esperanza al favor, se me retira,  
y lejos de salud mi empresa mira.  
Peno, y por vos estoy sin esperanza,  
y menos me debiera, si aplacara  
la fuerza del tormento en confianza;  
60 pues por mi bien honrándome penara,  
y no por el valor, que la alma alcanza.  
y esta suerte de mal dichosa y rara  
me obliga a presumir en mi cuidado,  
ajeno de remedio y olvidado.  
65 Tengo esperanza de más pena, y tengo  
por ella alguna cuenta, de esta vida;  
que aborrezco, y la cuita, que sostengo,  
menos, cuanto es mas áspera, es temida.  
desamo el bien, y en el dolor me vengo  
70 de la engañada libertad perdida,  
y de mí; que temía, simple y vano,  
la gloria de morir a vuestra mano.  
No tengo de vos bien, sino el cuidado,  
que siente el corazón; y es mejor parte  
75 esto del don más noble y estimado;  
que vuestra incierta piedad reparte.  
tan secreto lo encubro y tan guardado;  
que jamás daré del alguna parte;

que solo nació yo, para tenello,  
80 y él, para darme muerte en merecello.  
No esperé yo algún bien, cuando mis ojos  
vos dieron de mi alma la victoria;  
los males esperé de mis despojos,  
y ellos aplacen tanto a mi memoria,  
85 que ya no trocaré de mis enojos  
el menor por el bien de mayor gloria;  
que no venga de vos, y en ellos vivo  
tan hecho, que al descanso estoy esquivo.  
Procuró, si el dolor ya nunca muere;  
90 que nazca más dolor de vuestra mano;  
porque me esfuerce con razón, y espere  
ser digno del tormento soberano.  
y Amor jamás podrá, que desespere,  
quien ve, que su sandez no salió en vano;  
95 no para confiar de bien alguno;  
sino para otro mal mas importuno.  
Solo mi bien, mi galardón crecido  
es, que cuidéis; que aunque por vos yo peno  
haciendo lo que debo, en lo servido  
100 de esperanza de premio estoy ajeno;  
que en admitir mi pena, agradecido  
queda, cuanto en mis males hay de bueno,  
y no que vos lo agradezcáis, Luz mía;  
que no se inclina a tanto mi osadía.  
105 Deuda es esta de amor, que siempre hago.  
si la compenso, gloria no merezco,  
pena sí, con la cual no satisfago;  
si el tormento huyere, a que me ofrezco.  
bien conozco esta culpa, y no la pago  
110 por su valor, en cuanto mal padezco.  
a perder de tal suerte me aventuro;  
que en la vida la muerte me aseguro.  
El premio, que se guarda a la fe mía,  
en fin de mis trabajos y mi engaño,  
115 es quedar con más fuerza y agonía  
otro para pasar cruel y extraño.  
amenázame un mal, y se desvía,  
para otro nuevo mal y nuevo daño.  
el que viene más fiero, no me mata;  
120 porque de otro mayor se desbarata.  
Ausente en soledad me huelgo tanto,  
por el mal, que me causa mi tristeza;  
que es mi gloria en la fuerza de mi llanto,

atender solo a él y a su dureza.

125 las horas, que pasé, y el tiempo canto  
del bien perdido, y puesto en su aspereza,  
pienso lo que ya fui, y en ello espero  
que, en lo que soy ahora, desespero.

Si vos puede acordar alguna muestra  
130 de esa inmensa belleza esclarecida;  
dadle toda la culpa, y será vuestra  
la osadía, a mi alma consentida.  
sea, si sufrís vos, la culpa nuestra,  
sea la pena sola de mi vida;

135 que mi fe del error, que ufano intento,  
me asegura en mis miedos y tormento.

Aquiste piedad tan corta y justa  
sola mi voluntad, por quien soy vuestro;  
que será presunción y saña injusta,  
140 si no dais al amor el error nuestro.

y si vuestro desdén airado gusta  
de mi muerte, bañad el brazo diestro  
con hierro agudo en sangre de mi pecho,  
que yo estimaré alegre el daño hecho.

145 Haced, cuanto vos place, y vos enseña  
la ingrata condición y suerte altiva;  
que mis despojos conocer desdeña,  
terrible a mi pasión, y siempre esquiva;  
que aunque estéis mas instable y zahareña,

150 de tal parte mi lastima deriva;  
que ni volver podrá rigor, ni pena  
mi voluntad de vos un punto ajena.

Si compasión vos mueve al dolor mío,  
por el bien, donde ledo me vi puesto,  
155 sea, no por el mal, en quien porfío;  
pues de mi grado me es y fue molesto.

mirad, cuanto en mis ansias me confío;  
que no salir de sujeción protesto.

y si cuido, que en esto vos obligo;

160 sedme vos y Amor siempre mi enemigo.

Cuánto me sois en deuda, si he temido  
nunca en difícil trance la mudanza!  
mas qué mal contrastar al atrevido  
pecho puede; que honráis con la esperanza?

165 si, en peligrosas ondas sacudido,  
temí, desesperado de bonanza,  
vuestro favor me falte; que el cuidado  
ni ausente recelé, ni desdeñado.

Si, en honra de mi pena, vos agrada,  
170 permitid cortésmente mi osadía;  
volved con luz serena y regalada  
los ojos; que me tornan la alegría;  
porque en mortal trabajo desmayada  
no acabéis esta ufana suerte mía.  
175 pero sino sufrís mi mucha gloria,  
y entregáis al olvido mi memoria?  
Aunque no lo merezca el pensamiento,  
siempre a vuestros deseos enseñado;  
pues buscáis dura y áspera el tormento;  
180 y última afrenta al corazón cansado;  
porque nunca me duela el sentimiento,  
quejoso de no haberos agradado;  
mis males pido solos y mi engaño,  
y vos quedad contenta con mi daño.

<ELEGIA IIX>

El Sol del alto cerco descendía,  
y el paso lentamente apresuraba;  
y no expiraba la aura mansa y fría;  
Cuando, suspenso el curso, con que lava  
5 el sacro muro, honor de Hesperia fama,  
Betis la frente ovosa triste alzaba.  
No viendo la cruel, por quien derrama  
mil suspiros lloroso, en voz ajena  
dijo, ardiendo de amor en fiera llama.  
10 Adónde estás? escucha de mi pena  
la fuerza, que en tu ausencia reverdece;  
y a mayor mal me obliga y me condena.  
Ven, Ninfa, adonde el Ciclamor florece;  
que en la entrepuesta hiedra está sombrío;  
15 y do, al Timble igualando, el pobo crece.  
Que todo, cuanto abraza este gran río,  
es mío, y será tuyo, si tú vienes.  
ven; oh ven Galatea al llanto mío.  
Qué tardas? por qué, ingrata, te detienes?  
20 no canses mi esperanza, que afligida  
penando en confusión y en miedo tienes.  
Una guirnalda guardo retejida  
de siempre ardientes rosas, blancas flores,  
y de violas blandas esparcida;  
25 Que enlazada en tu frente con olores,  
que cría el Oriente fortunado,

encenderás los Sátiros de amores.  
Cubrirá de ostro Asirio un estimado  
y rico manto el cuerpo bello y puro,  
30 envidia de las Naidas y cuidado.  
Consagraré a tu nombre un bosque oscuro,  
con empinados árboles tendido;  
que nunca ose cortar el hierro duro.  
Mas esto, Galatea, si rendido  
35 no ha tu altivo corazón, yo quiero  
prometer otro don mas escogido.  
Las torres, que el Tebano alzó primero,  
mira, a quien la cerúlea y alta frente  
y el curso inclina el mar de Atlante fiero;  
40 Do vibra la asta Marte; que caliente  
bañó en la sangre Maura, y, llena de ira,  
pone a la Aurora el yugo y Occidente;  
Donde valor, virtud el cielo inspira;  
la grandeza; el imperio glorioso;  
45 y felice fortuna siempre aspira.  
En estos dará Febo poderoso  
a sublimes espirtus noble aliento  
con industria y cuidado generoso.  
Habrá, quien cante humilde su tormento;  
50 quien belígero horror y aguda espada;  
y quien el dulce y rústico lamento.  
Que aunque tú de pastores celebrada  
seas en Aretusa y Mincio frío,  
y del lascivo Sulmonés cantada;  
55 Si atiendes a su alegre desvarío;  
te agradará, en mis brazos blandamente,  
su canto, que suspira el dolor mío.  
Ven pues, ven, Galatea; que el ardiente  
calor a estas mis ondas te convida,  
60 templadas con el Céfito presente.  
Y en la secreta Urna y escondida  
trataremos de amor suave y blando,  
sin nunca desear más dulce vida.  
Cantando yo, tú ayudarás sonando,  
65 y la zampoña y canto confundido  
con lazo estrecho al fin irá cesando.  
Dichoso yo, si, alcanzo, lo que pido;  
que si lo alcanzaré, pues tu deseo  
no aborrece los juegos de Cupido.  
70 Aunque la Siracusia Ninfa Alfeo  
busque; y con Ilia el Tebro venturoso;

y esté con Tiro el hórrido Enipeo;  
Ensalzaré yo el curso espacioso  
con puras ondas, esmaltado y lleno  
75 de esmeraldas el suelo deleitoso.  
Y el vaso de Cristal y claro seno  
coronaré con oro y perlas bellas,  
la aura esparciendo espíritu sereno.  
Infundirán propicias tus estrellas  
80 virtud al campo alegre y flor hermosa.  
y, arderé, yo inflamado en sus centellas.  
Qué lira habrá, qué cítara llorosa,  
que no se rinda humilde y dé la gloria?  
qué silvestre zampoña y amorosa?  
85 Será eterna y sagrada tu memoria,  
en cuanto ciña el mar, y Cintio vea;  
pues das al amor mío esta victoria,  
mi dulce, bella, amada Galatea.

<SONETO LXXIII>

La Luz serena mía; el oro ardiente,  
en mil cercos lucientes dividido;  
y en dulce nieve y púrpura teñido,  
Casa, el color suave de la frente;  
5 Canto, y, como el ingrato Amor consiente  
ciego en su esplendor bello, estoy herido,  
y oscurezco sus glorias, ofendido  
de tanto bien con lira y voz doliente.  
Oso, y aunque el deseo me levante,  
10 el peso es grande, y culpa mi osadía;  
quien amara el peligro de mi pena.  
Mas el cielo cansó al soberbio Atlante;  
y no es mayor su empresa que la mía,  
pero si el vano error, que me condena.

<SONETO LXXIV>

Cuando el dolor desmaya al sufrimiento,  
estoy de todo bien desamparado;  
y sacudir del cuello quebrantado  
pruebo el yugo inmortal de mi tormento.  
5 Mas viendo el oro terso suelto al viento;  
o entre sortijas bellas enlazado;  
vuelvo alegre de nuevo a mi cuidado.  
tan dulce me es por él el mal, que siento!



Al ardiente crispar de dulces ojos,  
10 del tierno y puro Amor hermosa llama,  
descubro sin temor el pecho abierto.

Mal puedo yo negalle mis despojos;  
si blanda enciende, y áspera me inflama;  
y con el mal y el bien me tiene incierto.

<SONETO LXXV>

Ahora, que cubrió de blanco hielo  
el oro la hermosa Aurora mía;  
blanco es el puro Sol, y blanco el día,  
y blanco el color lúcido del cielo.

5 Blancas todas tus viras; que recelo,  
es blanco el arco y rayos de alegría,  
Amor; con que me hieres a porfía,  
blanco tu ardiente fuego y frío hielo.  
Mas qué puedo esperar de esta blancura;  
10 pues tiene en blanca nieve el pecho tierno  
contra mi fiera llama defendido?  
Oh Beldad sin amor! oh mi Ventura!  
que abrasado en vigor de fuego eterno,  
muero en un blanco hielo convertido.

<SONETO LXXVI>

Por estrecho camino, al Sol abierto,  
de espinas y de abrojos mal sembrado,  
el tardo paso nuevo; y voy cansado,  
ado cierra la vuelta el mar incierto.

5 Silencio triste habita este desierto;  
y el mal, que hay, me importa ser callado.  
cuando acaballo cuido, acrecentado  
veo el sendero, y veo el daño cierto.  
A un lado empina yerto inmensa cumbre  
10 el monte hórrido, opuesto al alto cielo,  
corta un despeñadero la otra parte.  
Crecer la sombra, y anublar la lumbre  
siento, y no hallo solo en mi recelo,  
ado pueda valerme , alguna parte.

<SONETO LXXVII>

Temiendo tu valor, tu ardiente espada,

sublime Carlo, el bárbaro Africano;  
y el espantoso a todos Otomano  
la altiva frente inclina quebrantada.  
5 Italia, en propia sangre sepultada;  
el invencible, el áspero Germano,  
y del Francés osado el pecho ufano  
al yugo rinde la cerviz cansada.  
Alce España los arcos en memoria,  
10 y en columnas a una y otra parte  
despojos y coronas de victoria;  
Que ya en la tierra y mar no queda parte;  
que no sea trofeo de tu gloria,  
ni resta mas honor al fiero Marte.

<SONETO LXXIIX>

Si algo puedo cuidar, que vos ofenda;  
muera en ausencia vuestra perseguido;  
y, en ciego engaño y confusión perdido,  
a remediar mi daño nunca atienda;  
5 Y jamás la esperanza me defienda  
de ese injusto desdén y tibio olvido;  
y, cuando más me importe ser oído,  
tarde la voz de mi dolor se entienda.  
Pero si no da entrada el pensamiento  
10 a cosa; que no sea vuestra gloria,  
y de cuanto es ajeno se desvía;  
Por qué negáis, ingrata a mi tormento,  
que se ufane mi mal con la memoria  
de ser la causa vos, Estrella mía?

<CANCIÓN III>

Desnuda el campo y valle el yerto invierno,  
y empañá en torno al cielo desvelado  
negra faz de enemiga, oscura niebla;  
y el sereno esplendor del Sol eterno  
5 se confunde en una hórrida tiniebla;  
y, rendido a mis lástimas, cuitado,  
miro el mísero estado;  
que mi gloria enflaquece y confianza,  
cobrando siempre fuerzas la olvidanza.  
10 y la Luz, que en mi bien resplandecía,

asombró con mudanza  
en triste noche al fin mi alegre día.  
Esclarece en el último Occidente  
el cielo, y los colores matizando,  
15 baña y orna la tierra de su lumbre.  
su claridad la hierba y la flor siente,  
y el árbol; que corona su alta cumbre;  
mas yo, mezquino, mi dolor llorando,  
voy en vano lamentando.  
20 y la Luz, que mostraba su grandeza;  
y me cubría de inmortal belleza,  
cerrada nube ofusca, y de mis ojos  
la roba con presteza,  
y mi llanto acrecienta y mis enojos.  
25 Con inestable fulgor y rayos de oro  
Cintia entre sombras altas aparece,  
y lleva el dulce amante a su cuidado;  
a quien, para gozar de su tesoro,  
la sazón y la suerte favorece.  
30 yo laso, que me veo mal tratado.  
solo y desconfiado  
sin mi Lumbre en desierta noche y fría,  
qué traza seguiré? qué cierta guía?  
quién podrá en esta niebla aborrecida  
35 adestrarme a la vía;  
que escogí de mi bien, tan mal perdida?  
Va el piélago surcando presurosa  
la nave, enderezada de la estrella;  
que gobierna su curso, y sin recelo  
40 sufre la ira del Ponto procelosa;  
que con terror descarga toda en ella.  
yo, en quien su saña toda vierte el cielo,  
el hondo mar del celo  
abro con frágil pino, y la Luz clara  
45 veo anublarse y esconderse avara;  
ondas gemir; subir el golfo en alto;  
y cuan poco repara  
mi vida de la muerte el duro asalto.  
En el horror nocturno brama airado,  
50 y quebranta los árboles el viento,  
hasta que muestra el día luz alguna;  
que retarda su ímpetu indignado,  
y espira deleitoso un blando aliento.  
mas en mi oscuridad y en mi fortuna  
55 una sombra importuna

crece, encubriendo el lustre de la Aurora,  
y su imagen los astros descolora.  
estruendo es todo, es ira, es furia horrible,  
y al enfermo; que llora  
60 su mal, es el remedio ya imposible.  
Al dulce ardor primero y pura llama  
las aves cantan ledas, y el rocío  
las flores cerca de esplendor luciente;  
que tiembla entre las perlas, que derrama,  
65 y alegra el campo un aire tierno y frío;  
y cuando mi Luz sale, el mal presente  
lloro, y de humor caliente  
el suelo con mis mustios ojos baño,  
y no descanso con llorar mi daño;  
70 que mi dolor no admite algún consuelo.  
solo este desengaño  
del mal tengo en mi acerbo desconsuelo.

<SONETO LXXIX>

Cuando el fiero Tirano de Oriente  
la afrenta, que sufrió, con osadía  
se aventura a pagar, y, España mía,  
contrastas con valor su saña ardiente;  
5 Amor se esfuerza en mi pasión doliente,  
y finge, y me presenta una alegría  
vana; para que sienta en mi porfía,  
del bien cayendo, el mal más duramente.  
Yo cuido defenderme en mejor suerte;  
10 y resistir sin miedo el duro asalto;  
y descansar seguro en mi sosiego.  
Cuando importa mostrar el pecho fuerte,  
me pierdo, y hallo de valor más falto;  
y rindo el corazón al hierro y fuego.

<SONETO LXXX>

El Sátiro, que el fuego vio primero,  
en su alegre esplendor embebecido,  
llegó a tocar; y conoció encendido,  
que era, cuanto hermoso, ardiente y fiero.  
5 Yo, que la luz vi mísero, en quien muero,  
vuelto llama, engañado, y ofrecido  
a mi dolor, no en llanto convertido  
cuidé triste acabar, como ya espero.

Belleza y claridad, nunca antes vista,  
10 dieron principio al mal de mi deseo,  
dura pena y afán a un rudo pecho.  
Padezco el dulce engaño de la vista;  
mas pues me pierdo al fin con cuanto veo,  
cómo todo ceniza, no estoy hecho?

<SONETO LXXXI>

Alcé la vista acaso, descuidado  
de mi futuro afán y cierta pena,  
destejida del cuello la cadena;  
que me trajo en mil males enredado;  
5 Y queriendo mirar (ay duro hado)  
el puro ardor de aquella Luz serena,  
en quien Amor me inflama y me condena;  
y con sus flechas vibra el arco armado;  
Sus ojos en los míos encontraron,  
10 y con la fuerza de su fuego el pecho  
sintió la aguda vira en las entrañas.  
Que no livianamente me abrasaron,  
y el golpe fiero descendió derecho  
a mostrar en mi alma sus hazañas.

<SONETO LXXXII>

Eustacio, yo seguí al Amor tirano,  
esperando en su fe por dolor mío;  
que al intenso rigor y ardiente estío  
prometido descanso busqué en vano.  
5 Veo, y se me desliza de la mano  
la ocasión, y aunque en este invierno frío  
inundo en luengo llanto el hondo río;  
siento crecer el mal más inhumano.  
Vos, a quien Febo dio la dulce lira,  
10 y la arte gloriosa de Melampo,  
remediad la pasión de un vuestro amigo.  
Que la poción de aquella; que suspira  
por su cruel belleza el Frigio campo,  
tal vez podrá tener valor conmigo.

<ELEGIA IX>

Rubio Febo y crinado, que escondido  
en el ondoso seno de Occidente,

dejas el cielo en torno oscurecido;  
Si en las rosadas puertas de Oriente  
5 relaren tus puros rayos y oro  
con ardor de luz nueva y roja frente,  
Desvanezca el fulgor de tu tesoro;  
que hoy vi los ojos, do perdí herida  
mi alma en la beldad, que amando adoro.  
10 Ya pasó mi dolor, ya sé, qué es vida.  
ya puedo esperar bien en mi tormento,  
sin recelar mi muerte aborrecida.  
Verás de tu sublime y rico asiento  
la trenza; en que mi afán se enreda y crece,  
15 suelta el tierno espirar del manso viento;  
Las luces; do rendido Amor se ofrece,  
el semblante; que en púrpura y en nieve  
dulcemente mezclado, resplandece.  
Pero sea, Titán, la vista breve;  
20 que si tu llama en ella se detiene,  
hará, que en ti la suya el Niño pruebe.  
Clarar la tierra y polo te conviene,  
y no, ciego de aquella Luz hermosa,  
que en medrosa tiniebla te condene.  
25 Solamente a mi alma venturosa  
el amor concedió de su belleza,  
y la vida y la muerte gloriosa.  
Sienta el Persa animoso mi riqueza;  
quien del Rin bebe osado la corriente;  
30 y del Vístula admira la grandeza;  
Mi gloria a la primera incierta fuente  
del Fario Nilo, imitador del cielo,  
y corra a la apartada, inculta gente.  
Pues entre cuantos ciñe el mortal velo;  
35 dende el curso de Ganges resonante,  
hasta el dichoso nuestro Hesperio suelo,  
Yo he sido el más felice y cierto amante,  
y mi Luz entre todas la más bella,  
aunque el Troyano incendio Homero cante.  
40 No ilustra al giro excelso alguna estrella;  
o corone a la esposa de Perseo,  
o a quien de ti, Teseo, se querella,  
Igual a esta mi Luz; que alegre veo  
vibrar suaves rayos a mis ojos,  
45 y contiende en el mío su deseo.  
Que de mi luengo afán, de mis enojos  
repuso la ocasión, y abrió camino

fácil entre el horror de los abrojos.

50 Mi alma siente ya el ardor divino  
con dulzura amorosa, y renovado  
el regalo, y sin fuerza el mal indigno.

Vi su belleza inmensa, y vi alterado;  
que el ánimo el placer me confundía,  
y la voz me dejó desamparado.

55 Llegó mi bien, y vi con alegría  
de favor blando el pecho enriquecido;  
y escuché el tierno acento y armonía.

Si del cielo me fuera concedido  
levantar en grandeza el nombre mío  
60 con diadema y cetro esclarecido;

Y al Indo ardiente, y al Bisalta frío;  
sujeto a mi poder, y al fiero viera;  
que riega del Danubio el grande río,

Sin esta Luz serena, por quien diera  
65 la vida; si Amor sufre tanta gloria,  
el imperio y tiara no quisiera.

Que más deseo solo y sin memoria  
estar humilde en pobre apartamiento,  
cantando de mi bien la ufana historia.

70 Que con ella viviera más contento,  
y sé bien, que alcanzara con su lumbre  
gloria al dolor y grave mal; que siento,  
y a mi nombre lugar en alta cumbre.

<SONETO LXXXIII>

Si la fuerza, que ponen y cuidado  
en mi dolor las lágrimas; pusiera  
la voz de mi doliente suerte, fuera  
el dulce son y llanto bien gastado.

5 Que el pecho ingrato vuestro al fin trocado.  
con piedad y lástima se viera;  
y a mi estrecha esperanza no ofendiera  
desdén tibio, ira injusta de mi hado.

Mas cuido, que si el mísero lamento,  
10 para gemir mi mal, y el nuevo canto;  
que me enseña el Amor, me ofrece el cielo;  
Que, cual Áspide sorda al tierno acento,  
negara al corazón, que temo tanto,  
que ablande su rigor, vuestro impío celo.

<SONETO LXXXIV>

Esta desnuda playa, esta llanura  
de astas y rotas armas mal sembrada,  
do acabó al vencedor la Ibera espada,  
es de España sangrienta sepultura.  
5 Mostró virtud su precio y la ventura  
negó el suceso, y dio a la Muerte entrada;  
que rehuyó dudosa y admirada  
del heroico valor la suerte oscura.  
Venció Otomano al Español ya muerto,  
10 antes del muerto el vivo fue vencido,  
y Hesperia llora y Grecia la victoria,  
Pero será testigo este desierto;  
que si cayó, muriendo no rendido,  
Tracia le rinde y Asia nombre y gloria.

<SONETO LXXXV>

Duro el pecho, y fue grande el sufrimiento;  
que encoló la crudeza de esta llaga.  
mas bien no sé (mezquino) ya, que haga  
en el dolor esquivo, que consiento.  
5 Oso, y fallece el ánimo al tormento,  
de mi arrojado intento justa paga.  
pero, aunque más la pena me deshaga,  
acabará en silencio el sentimiento.  
Tan grave el golpe fue, que el fiero arquero  
10 de las purpúreas alas quedó ufano,  
viéndome atravesado las entrañas.  
Temblé al furor, que trajo, y gemí, empero  
después (oh simple yo!) alabé la mano  
ocasión de estas ásperas hazañas.

<SONETO LXXXVI>

Aura suave y mansa de Occidente,  
que con el tierno soplo y blando frío  
halagaste el ardor del pecho mío,  
qué espíritu te mueve vehemente?  
5 Ni Euro espira, ni suena el Austro ardiente  
en el furor desierto del estío;



y tú secas, cruel, el prado y río,  
cual al suelo Africano el Sol caliente.  
Mas ay, tú te encendiste en mi Luz bella,  
10 y, envidiando el bien de mi ventura,  
las flores y ondas abrasaste luego.  
Cesa Aura, no me enciendas más, que en ella  
ardo y me abraso siempre en llama pura.  
no acrecientes mas fuego a mi gran fuego.

<SONETO LXXXVII>

Si deseáis, que muera a vuestra mano;  
por qué dais vida a un corazón abierto?  
es crueldad vengar en cuerpo muerto  
culpa, si la hay, de un simple error liviano.  
5 Si con saña buscáis de amor tirano  
dolor eterno a un mísero desierto;  
por qué hacéis, (oh extraño desconcierto!)  
que mengue y mi pasión fallezca en vano?  
Poco es esto, si debo yo, Luz mía,  
10 que mis entrañas corte el hierro y parta;  
y me acabe el desdén; que el mal me ha hecho.  
Mas que mis esperanzas y alegría  
rompa, quien tanto bien, cruel, me aparta,  
cómo sufre y no estalla un tierno pecho?

<CANCIÓN IV>

Desciende de la cumbre de Parnaso,  
cantando dulcemente en noble lira,  
oh tú, de eterna juventud, Talía;  
y nuevo aliento al corazón me inspira  
5 aquí, donde el torcido y luengo paso  
Betis al hondo mar corriente envía;  
porque de la voz mía  
suene el canto; y florezca la memoria  
hasta el término rojo de Oriente,  
10 y do al Númida ardiente  
abrasa Hiperión; y en alta gloria  
el nombre de la insigne, Hesperia planta;  
que de Córdoba y Cerda se levanta,  
aquierte honor; y al Céfito templado  
15 ensalce este Lucero venerado.  
Los despojos; y, en árboles alzados,  
los insignes trofeos; el sangriento

conflicto del feroz, dudoso Marte;  
las enseñas; que mueve en torno el viento;  
20 los presos; y los Reinos conquistados  
con segura prudencia, esfuerzo y arte;  
que dieron tanta parte  
de la rota y herida y muerta Francia  
al que fue prez y honor del orbe Hispano;  
25 que al soberbio Otomano  
quebró en Ionias ondas la arrogancia,  
y en la Ausonia adquirió el heroico nombre  
con más valor; que cabe en mortal hombre,  
con alas de victoria al fin levantan  
30 las victorias; que Europa y Asia cantan.  
El ánimo del nieto esclarecido,  
conforme en hechos ínclitos y en fama;  
que trajo al yugo al Galo quebrantado,  
cual del luciente Febo ardiente llama;  
35 que deshace al nublado oscurecido,  
tal parece, de luz y honor cercado,  
puesto en sublime grado,  
mezclando al blando Cintio y a Belona;  
y de lauro y de hiedra floreciente  
40 en su sagrada frente  
doblada ciñe y orna la corona.  
pero alabar su pecho generoso  
conviene a un grande espíritu dichoso.  
mas qué? si canto yo la soberana  
45 Francisca, al uno nieta, al otro hermana.  
Oh alma, enriquecida de honra y gloria,  
de grandeza real excelsa muestra,  
a quien más favorable aspira el cielo;  
y sus bienes rendir con larga diestra  
50 se esfuerza, y cansa en vos nuestra memoria;  
que igual no ve el fulgor Cirreo, el nuestro  
reino Tartesio al vuestro  
nombre consagra humilde un claro templo  
de excelente valor, virtud ardiente,  
55 cual en la edad ausente  
Acaya dedicó por noble ejemplo  
a la armada doncella; que sin madre  
salió de la alta frente de su padre.  
que mucho, que este precio vuestro sea,  
60 si a vos cede la virgen Atenea?  
De vos procede, oh sola Luz de España,  
el heroico valor; que mi deseo

inflama en nuevo ardor y glorioso.  
ya inferior a mí la tierra veo,  
65 veo el ondoso Ponto; que la baña,  
cortando el giro aéreo, luminoso;  
y veo en el hermoso  
Sol, do vuestras virtudes resplandecen,  
cuanta abundancia el cielo en sí contiene;  
70 que vos guarda y sostiene,  
y el número de gracias, que en vos crecen.  
y en vuestra claridad contemplo atento  
seso; ingenio, inmortal merecimiento;  
y hallo alegre en vuestra lumbre pura  
75 rayos de aquella inmensa hermosura.  
Como el vigor de Apolo a la ancha tierra  
ilustra, y junto enciende, y enriquece,  
haciendo el valle fértil, ledó el prado;  
que con mil varios dones reflorece,  
80 y el paso a la sazón estéril cierra;  
tiene así esplendor aventajado  
nuestro ingenio alumbrado;  
y, produce, esparciendo su riqueza,  
el fruto del espíritu divino  
85 con valor peregrino;  
y ensalza las hazañas y grandeza  
con alta voz y con eterna lira;  
y tanto en vos alcanza, que se admira;  
porque ve el cielo en vos, y el suelo ufano  
90 con tanto bien; que sobra al ser humano.  
Todo cuanto al terrestre cuerpo alienta,  
de la celeste fuerza deducido,  
se halla en vos casi en igual efecto.  
de vos el fijo globo, y el tendido  
95 humor, y el vago cerco se sustenta,  
y el ardor de las llamas inquieto.  
que con vigor secreto  
a tierra y agua, al aire, y puro fuego,  
cual etérea virtud y las estrellas,  
100 son vuestras obras bellas  
la tierra, la agua, el aire, el puro fuego.  
oh glorioso Cielo en nuestro suelo,  
oh suelo glorioso con tal cielo,  
quién podrá celebrar vuestra nobleza?  
105 quién osará alabar vuestra belleza?  
Vuestro valor excede soberano  
al más claro y excelso entendimiento,

y ciega vuestra luz resplandeciente  
los ojos del humano sentimiento.  
110 yo (aunque el osado Amor me da la mano)  
temo del hondo Pado la corriente,  
y el mar; que dentro siente  
del atrevido Joven la caída.  
no soy el insolente Salmoneo;  
115 que imitó con deseo  
vano del rayo la ira embravecida.  
cuanto ve Delio, y cuanto el Polo cubre,  
todo en vuestra alabanza se descubre;  
y toda se presenta a gloria vuestra  
120 la grande, ingeniosa madre nuestra.

<SONETO LXXXIIX>

Bello Cerco y ondoso, que, enlazado  
en sutil vuelta y varia de ámbar pura,  
tenéis mi preso cuello; que aun procura  
hallarse más revuelto y anudado;  
5 Si el vigor de ese fuego renovado,  
veo, que abrasa (oh bien de mi ventura)  
a aquella; que me tiene, ingrata y dura,  
ausente, y de mi todo enajenado;  
No habrá en el suelo nuestro, ni en el cielo  
10 hebras lucientes de oro terso tales,  
ni de amor tan hermosa red y llama.  
Ni aun en el cielo habrá, ni habrá en el suelo  
despojos de cabello ilustre iguales  
honor, oh rica Trenza, de quien ama.

<SONETO LXXXIX>

Trenzas, que en la serena y limpia frente,  
de anillos de oro crespo coronadas,  
formáis lucientes vueltas y lazadas;  
donde el mayor Vulcano espira ardiente,  
5 El Sol, o que aparezca en Oriente  
con las puntas de llamas dilatadas,  
o que las junte, de subir cansadas,  
se rinde a vuestra luz resplandeciente.  
Vos, mis hermosos Cercos, anudado  
10 tenéis mi cuello, y nunca espero el día,

principio a libertad, fin a la pena.  
Porque, alegre en el mal de mi cuidado,  
de la prisión huir no pienso mía;  
ni los lazos romper de esta cadena.

<SONETO XC>

Aquí, do lloro en ti, fiel Desierto,  
y aquejo con mi llanto el son del río,  
vi la luz y belleza y amor mío  
en la serena noche al cielo abierto.  
5 Esperé entonces vida, espero muerto  
sepulcro ahora en este asiento frío,  
y en el aliento último; que envió,  
perdón humilde haber de quien me ha muerto.  
Porque a tanta grandeza y hermosura  
10 fue mi error temerario; y justa pena  
la muerte, aunque menor que mis tormentos.  
Mas nunca mi memoria será oscura;  
que Amor no siempre a olvido me condena,  
pues muero osando grandes pensamientos.

<SONETO XCI>

Alma, que ya en la luz del puro cielo  
ardes de santo fuego; a quien suspira  
tu ausencia, con suaves ojos mira,  
y alienta a levantar el flaco vuelo.  
5 Ceñida en torno tú de rojo velo,  
la llama en mi lloroso pecho inspira;  
porque sin odio, sin temor, sin ira  
desprecie el vano amor y error del suelo.  
Lloré yo tu partida, amé tu gloria,  
10 y en tu último dolor creció mi pena;  
para seguir contigo el mismo hado.  
Si la fe te renueva la memoria;  
en esta sombra ven con faz serena  
a consolar el corazón cuitado.

<SONETO XCII>

Justo es, que la cansada, incierta vida,

tiempo tanto sujeta al Amor vano,  
desdeñe el rigor impío; y del tirano;  
yugo ose alzarse mi cerviz caída.  
5       Perezca la esperanza aborrecida;  
          el deseo abatido; y mi liviano  
intento; que mi bien ya está en mi mano,  
          ya tengo mi fortuna conocida.  
          Seguro podré ver la indigna suerte  
10 del mísero amador; el vil denuesto;  
          el congojoso miedo; el celo frío.  
          Qué no podrá respecto de mi muerte  
hacer que mude el curso al fin propuesto;  
          tal ejemplo es el grave dolor mío?

<ELEGIA X>

Dulce y bello Dolor de mi cuidado,  
que el corazón, cubierto de esperanza,  
en temor tenéis puesto y engañado;  
Si en esta de mi bien cruel mudanza  
5 mi triste afán conhorto y sufrimiento,  
de fortuna mejor no es confianza.  
Hallo dispuesto al mal el sentimiento,  
para mostrar la causa de mi pena;  
no para pretender merecimiento.  
10 No sufre vuestra inmensa luz serena,  
que miren su esplendor aquellos ojos;  
que hacen su esperanza de bien llena.  
          Débense a la belleza mis enojos;  
y que se pierda, en cambio, la victoria,  
15 de contar, como vuestros, mis despojos.  
          No merece la vida, quien la gloria  
espera de su amor por bien sufrido;  
o quien intenta más que la memoria.  
          El que pudo llegar a tal partido;  
20 que descubrió una muestra de alegría,  
conténtese del bien, con ser perdido.  
          Venturoso fue el claro y dulce día;  
que señaló el favor del bien, ya hecho,  
con piedra de Oriente, a la alma mía.  
25 Si no fuera en sazón de tiempo estrecho,  
temor había justo de la vida;  
que no era en tanta gloria diestro el pecho.  
          Pero si ser debía, bien perdida

fuera, si feneciera allí, y quedará  
30 recuerdo de mi suerte esclarecida.  
El valor del deseo allí gozara,  
si desmayado, en vuestros brazos puesto,  
tiernamente muriendo descansara.  
Mas a mi duro afán y ausencia expuesto,  
35 padezco en soledad, de bien desierto,  
y humilde inclino el cuello al yugo impuesto.  
Y si, después que ausente fuere muerto,  
se buscare la causa de mi daño,  
muéstrese en claridad el pecho abierto.  
40 Que en él sin velo y sin error de engaño  
escrito el nombre se verá mi Estrella,  
vuestro, el favor, que tuve, el día, el año.  
Veráse rutilar vuestra luz bella  
en él con la suave fuerza ardiente;  
45 y a quien la ve, que abrasa su centella.  
Que ya que vos dio el cielo al Occidente,  
solo en el pecho mío pertenece  
tener lugar debido y excelente.  
Ni amaros, ni mirar la luz merece,  
50 el que no rinde a vos los pensamientos  
con la primera vista, que se ofrece.  
Después que se mudaron mis intentos,  
peno, y holgara estar, si más pudiera,  
sujeto a nuevos y ásperos tormentos.  
55 No cuido recelar mi suerte fiera,  
aunque aparte mis ojos de su lumbre;  
que poco duele el hado a quien lo espera.  
Estáis, mi Sol sereno, en alta cumbre,  
do no puede llegar nuestra bajeza;  
60 y de allí me miráis con mansedumbre.  
Mostráis dulces vislumbres de terneza;  
para dar a mi pecho algún consuelo,  
ocupado de lástima y tristeza.  
Mas yo, que no levanto presto el vuelo,  
65 culpa del ser humano a vuestro asiento,  
gimo desamparado en este suelo.  
Quién me diera las fuerzas al intento  
iguales, para alzarme de la tierra;  
do solo llegará mi atrevimiento;  
70 Y hecho vencedor en esta guerra,  
entrara en los lugares, que deseo;  
que la distancia y ocasión los cierra.  
Dichoso tú, que al monstruo Meduseo

la soberbia y frente hórrida cortaste;  
75 que en mármoleo rigor trocó a Fineo,  
Pues con talares de oro sin contraste  
sublime al Oriente y glorioso  
por no usado camino traspasaste.  
Yo desdichado y triste, que el hermoso  
80 Lucero de mi alma aun con la vista  
cercar no puedo ya, ni espero, ni oso.  
Si la vida perdiera en tal conquista  
de males amorosos, esta pena  
hay sola, que a su ímpetu resista.  
85 Desdeñar, de dulzura tierna ajena,  
que ofenda a vuestro pecho soberano  
la gloria, en que la muerte me condena.  
Que no se debe a mi tormento insano  
tanto bien; que deshaga con la vida.  
90 mi sufrimiento y mi dolor tirano.  
Pero si en esta ausencia aborrecida  
del cuidado acercáis la esquiva muerte,  
digna de mi esperanza mal perdida;  
Pienso, que usáis conmigo en esta suerte  
95 de última piedad en tiempo indigno;  
por acortar la pena a mi mal fuerte.  
Y acabaráse aquel temor contino  
en este caso injusto, y la engañada  
opinión del ánimo mezquino.  
100 Mi alma, alegremente aventurada,  
volará, triunfando en los despojos  
de mi afán y mi ansia no cansada.  
En tanto que se aluengan mis enojos,  
vos, oh mi Sol hermoso, con ternura  
105 mirad mi cuita y húmedos mis ojos.  
Y si el deseo ausente a la belleza  
sin igual me llevare en algún día;  
volviendo a mí los rayos de esa alteza,  
tornadme a la primera suerte mía.

<SONETO XCIII>

En esta selva hórrida y desierta,  
que tiene en temor triste el viento airado;  
contemplo, en mis desdichas obstinado,  
mi peligroso estado y vida incierta.  
5 Hallo del impío Amor la senda abierta;



que descubrió el principio a mi cuidado.  
espacio luengo veo y no tratado,  
salud siempre difícil, muerte cierta.  
No veo árbol ramoso, ni desnudo;  
10 que no sea mi bella Fiera, y siento  
cuajárseme la sangre al pecho fría.  
Dichoso, quien su miedo venció, y pudo  
contrastar su pasión! mas el tormento,  
que sufro, no se rinde a mi porfía.

<SONETO XCIV>

Luces, en quien su luz el Sol renueva,  
y Cupido su llama, y las estrellas  
con cuya claridad florecen bellas  
con el nocturno horror, con la Alba nueva;  
5 Qué pesar vos destiñe osado, y prueba  
desmayar el vigor de esas centellas?  
por qué no descubris con fuerza en ellas  
de vuestro puro fuego alguna prueba?  
Así podrá con llanto, dulces Ojos,  
10 turbar vuestro esplendor oscuro velo,  
cual nube rara al vivo ardor de Apolo.  
Después que al dolor dais estos despojos,  
de luto cubre Amor su faz, y el cielo  
confuso yace en triste sombra y solo.

<SONETO XCV>

Quejoso ya del tiempo mal perdido,  
las armas, con que al dulce Rey tirano  
ofrecido seguí, esperando en vano,  
pongo, de mis deseos ofendido.  
5 Basta en mi tierna edad haber crecido  
Amor; que en mí cansó su diestra mano.  
consejo me parece ya bien sano;  
desviarme del curso proseguido.  
Bien puedo, y tengo fuerzas y osadía,  
10 y valgo a contrastar su gran dureza;  
y negar de mis males la victoria.  
Mas no sufre el cruel, que en la alma mía  
mi Luz no me presente su belleza;  
y así me aflige y vence la memoria.

<SONETO XCVI>

Suspiro, y pruebo ya con voz doliente;  
que en sus cuitas expire la alma mía,  
crece el suspiro en vano y mi agonía,  
y el mal renueva siempre su accidente.  
5 Las peñas, en que solo peno ausente,  
rompe mi suspirar en noche y día;  
y no toca (oh dolor de mi porfía?)  
a quien estos suspiros no consiente.  
Suspirando no muero, y no deshago.  
10 parte de mi pasión, mas vuelvo al llanto;  
y, cesando las lágrimas, suspiro.  
Esfuerza Amor el suspirar, que hago,  
y como el Cisne acaba en dulce canto;  
así pierdo la vida en el suspiro.

<SONETO XCVII>

El tiempo, que se aluenga al mal extraño,  
y mis pasos me muestra bien contados;  
si término pusiese a mis cuidados,  
sería a mi esperanza desengaño.  
5 Que el oro, que me enlaza en nuevo engaño,  
los ojos dulcemente regalados,  
sin vigor a mis años mal gastados  
el remedio serían de su daño.  
Pero si en él se aumenta el dolor mío;  
10 si el cabello y las luces inmortales,  
son, y eterno el valor de heroico intento,  
Será de amor perpetuo el desvarío;  
y en los, que al fin parecen, grandes males  
renacerá contino mi tormento.

<SONETO XCIIX>

Sola, y en alto mar, sin luz alguna  
con tempestad sañosa yace y viento  
mi popa abierta; y no abre el negro asiento  
del cielo la confusa, incierta Luna.  
5 Esperanza, Arellano, ya ninguna  
procuro, ni se debe al pensamiento.  
fallecen fuerza y arte; y triste sienta

la muerte apresurárseme importuna.  
Pues el Amor me olvida, y cierra el puerto;  
10 y veo en las reliquias de mi nave;  
que el Ponto esparce y vuelve mis despojos,  
La veste y armas de este amante muerto,  
colgad; que restan del naufragio grave,  
a la ara de mis bellos, dulces ojos.

<CANCION V>

De las más ricas trenzas y hermosas,  
que ve de Febo el carro esclarecido,  
estoy ausente y solo en el desierto;  
que a mis quejas responde con gemido.  
5 de las más puras Luces y amorosas  
peno en mi soledad, de bien incierto,  
rendido a dolor cierto.  
de aquellas hebras bellas  
y suaves estrellas,  
10 ay tormento cruel, mi suerte dura  
me aparta. quién en esta noche oscura  
me llevará al cabello y luz serena,  
a cuya hermosura  
mi alma en los despojos se condena?  
15 No son más rutilantes y encendidos,  
cuando salen más rojos en el día,  
los claros rayos de Titán luciente;  
que son de la enemiga dulce mía,  
los hilos, o enlazados, o esparcidos;  
20 con que enriquece Amor la blanca frente,  
donde tiene presente  
de fuerte red y estrecha  
noble cadena hecha  
a la alma ; que procura ser vencida,  
25 y comportar sujeta y bien perdida  
la fuerza de los males; que merece,  
y en su cuitosa vida  
crece el temor, y el desear más crece.  
Las llamas, que fucilan en el cielo;  
30 con quien la Noche sola se corona,  
de lumbrosas figuras esmaltada,  
relazando en su frente una corona  
de cándido esplendor; que ilustra el suelo,  
vence mi Luz; de puro ardor ornada.  
35 do al impío Niño agrada

establecer su gloria,  
y estrenar su victoria.  
y con fogosas flechas en la mano  
en ella muestra bien, si es Rey tirano;  
40 y del fulgor hermoso al crisar tierno  
no deja pecho sano;  
que, cuanto mira, obliga a daño eterno.  
Cuando crece la sombra, y mengua el día,  
me enciende el fuego el corazón cuidadoso,  
45 y descubrir no puedo al dolor mío  
remedio; que se esfuerza el mal penoso  
en esta miserable ausencia mía.  
lloro, y mis ojos vierten un gran río;  
que en el invierno frío  
50 el rigor de la nieve  
disuelve en trecho breve.  
mas de las luces blandas la terneza  
vigor florido y llama de belleza  
pudieran mitigar su fuerza ardiente;  
55 si en esta mi tristeza  
no estuviera apartado, y siempre ausente.  
Ingrato Amor, no dulce, Amor amargo,  
con qué virtud me vales; que no muero,  
de mi dichosa Estrella no alumbrado?  
60 a do está el bien? A do el favor primero?  
qué tiempo de destierro es este largo?  
los ojos, de mí todo enajenado,  
vuelvo al lugar amado,  
y en un tormento intenso  
65 paso el día, y suspenso  
gasto la noche en mísero lamento.  
y mi deseo, alzando el pensamiento,  
inquieta, si mi Luz pensosa yace?  
y si mi apartamiento  
70 le duele, y mi pasión le satisface?  
Mil cosas imagino, que deseo.  
hácelas verdaderas la esperanza,  
último bien del amator mezquino.  
doy crédito a mi vana confianza;  
75 para adquirir el fin de mi deseo.  
ya corre el pensamiento sin camino  
por el error contino  
de mi antigua fortuna.  
halla tal vez alguna  
80 traza de su dolor, y duda y huye,

y el fingido contento se destruye.  
y por el mismo rastro, que ha llevado,  
teme entrar, y rehúye.  
tal va de su peligro acobardado?  
85 Qué podré yo doliente en tal extremo,  
pues mi suerte a mis lástimas me inclina,  
sino atender el mal, que Amor me diere?  
estoy dispuesto ya a mi pena indigna,  
y, antes que reconozca el daño, temo;  
90 porque ni el bien me venga, ni lo espere.  
y aunque cruel me hiere,  
no se dirá; que quiera  
rehusar la carrera.  
haga pues el dolor en mi su oficio,  
95 y acabe ya aquel fiero su ejercicio;  
que no podrá el tormento ser más fuerte,  
que honrar en sacrificio  
las aras de mi Lumbre con mi muerte.  
Solo permita, ya que muero ausente,  
100 quejarme de mi afán al campo abierto;  
primero que a la espada entregue el cuello,  
y al fuego abrasador el cuerpo muerto;  
y mis pasadas glorias que recuente;  
cuando el oro enlazado del cabello  
105 crespo, sutil y bello  
en mi cerviz se puso,  
y me enredó confuso;  
y que escriba la causa de mi afrenta  
en esta arena estéril y sedienta;  
110 y, repitiendo de principio el daño,  
haré; que el bosque sienta  
y las fieras la fuerza de mi engaño.  
Será el desierto y mi pesar testigo  
de mi liviana culpa y grave pena;  
115 y cuan en vano (triste) me deshago.  
porque es quien me atormenta, y me condena,  
tibia, mudable y áspera conmigo;  
y no se cansa en mi mortal estrago.  
pero si el mal, que pago  
120 sin mi ofensa, turbase  
un día, y me llevase  
mi Luz; y viese alegres yo sus ojos,  
serían dulce gloria mis enojos;  
y daría, por verme en tal estado,  
125 entregar mis despojos

al olvido, a la ausencia, y al cuidado.

<SONETO XCIX>

En los lucientes nudos enlazado  
ufano, yo sufría mi tormento;  
y en llama dulce ardía y puro aliento,  
cual Ave Arabia, en ella renovado.  
5 Creía, en tales lazos anudado  
se escondía el cruel; que el mal, que siento,  
causa, de su cadena tan contento,  
cuan sin memoria alguna en mi cuidado.  
Cuando los ricos cercos relazaron  
10 el oro terso, a la aura desparcido;  
y quedé nuevamente asido en ellos.  
En los ramos, que a suerte se enredaron,  
me abrasé, en vivo fuego convertido;  
y Amor se consumió en los ojos bellos.

<SONETO C>

Sombra y vano terror del pensamiento  
mi alma en un confuso error condena;  
y aparece, de horror medroso llena,  
la sañosa aspereza, que lamento.  
5 Desmaya en el silencio el sufrimiento,  
y la ausencia ensandece más la pena.  
crece y arde el desdén, y el miedo enfrena  
las iras de un honrado sentimiento.  
Revuelvo en la inquieta fantasía  
10 cosas; que dan principio a mayor daño,  
y no acierto el remedio en tal mudanza.  
De qué sirve huir, si mi porfía  
contrasta, asegurada de su engaño,  
y abraza en el peligro a la esperanza?

<SONETO CI>

Podrá ser que este afán indigno acabe,  
y que de mi debida gloria cobre  
un bien pequeño; y en mi mal me sobre  
razón, con que tu nombre, Amor, alabe?

5 Gran bien te pido, pero en mi bien cabe.  
mas, cuando tu favor en mi más obre;  
la esperanza se halla ya tan pobre;  
que ni gozallo puede ya, ni sabe.  
Si no valgo este bien, a cuándo aguarda  
10 tu crueldad; que su furor no harta  
en lo que más me vale y me disculpa?  
Oh muerte, oh vida luego; que si tarda  
cualquiera, y tu dudanza no se aparta,  
será la dilación la mayor culpa.

<SONETO CII>

Ardí, Fernando, en fuego claro y lento,  
muchos días dichoso; y si el turbado  
reino de Amor no tiene fiel estado,  
entre los presos yo viví contento.  
5 Después por dar la vela al blando viento.  
cuando la luz del cielo se ha mostrado,  
de aquel estrecho nudo desatado  
esparcí con el pie la llama al viento.  
Mas la imagen de Amor airada y fiera  
10 siempre delante trae a mi enemiga,  
tal, que estoy a la orilla de Leteo.  
Si muriendo pasare su ribera  
escribbase en mi mármol que huía,  
y que murió luchando mi deseo.

<SONETO CIII>

Es este el fruto, Amor, que al fin recojo  
del contino servicio de mis años?  
esta es la cierta fe de tus engaños?  
de tus promesas este es el despojo?  
5 Ay, que bien yo merezco el mal, que escojo;  
pues que cierro los ojos en mis daños;  
y huyo de tus claros desengaños;  
y contra mi tan sin razón me enojo.  
Porque no debe un noble entendimiento  
10 tanto abatirse, que te dé el imperio;  
y de ti solo penda su esperanza.  
Mas qué? si yo amo y sigo mi tormento;  
y por la gloria abrazo el vituperio;

y estimo por firmeza la mudanza.

<SONETO CIV>

Aquel sagrado ardor que resplandece  
en la belleza de la Aurora mía,  
mi espíritu moviendo, al pecho envía  
la pura imagen, que en mi alma crece.  
5 En ella está fijada; y de allí ofrece  
al pecho su valor en compañía;  
y de sí misma efectos altos cría;  
con que mi ingenio y nombre se engrandece.  
Vuelo tan alto que con rayo fiero  
10 o con ardiente Sol fuera impedido;  
si no me diera aliento mi Luz pura.  
Mas ya que muero, como siempre espero;  
ni en Mar seré, ni en Río sumergido;  
que el mundo me será la sepultura.

<SONETO CV>

Temerario Pintor, por qué di, en vano,  
te cansas en mostrar la hermosura  
de la excelsa Heliadora; y la luz pura,  
y el semblante amoroso, y soberano.  
5 Será trabajo el tuyo sobrehumano,  
que no debe esperar lo que procura;  
mas cuándo ofreció el cielo tal ventura  
al rudo conseguir de mortal mano?  
Si tú muy confiado en la grandeza  
10 de toda la beldad que espira en ella,  
osares descubrir alguna parte,  
Pinta la misma imagen de belleza;  
y si puede imitar las luces de ella  
habrás llegado a perfección de la Arte.

<SONETO CVI>

Muestras de breve bien que huye luego,  
antes que la ocasión vuelva la frente,  
fueron las que el Amor halló presente,  
con que mi alma ardió en su eterno fuego.



5 Pero glorias de un niño solo y ciego,  
que presto las deshace un accidente,  
cómo pueden valer a un pecho ausente;  
que no sabe que es tiempo de sosiego?  
Alcé mis esperanzas sobre arena,  
10 que el viento aparta, y lleva sin concierto,  
y no temo los golpes de mudanza;  
Cayeron, y el Amor, por mayor pena,  
quedó en las altas nubes descubierto;  
con temor, y sin fuerza, y confianza.

<ELEGIA XI>

Estoy pensando en medio de mi engaño,  
el error de mi tiempo mal perdido;  
y cuan poco me ofendo de mi daño.  
Vuelvo los ojos, que el mejor sentido  
5 alumbraba; y hallo una pequeña senda,  
do paso humano apenas está esculpido.  
Procuro, antes que el breve Sol descienda  
a encubrirse en el último Occidente,  
llegar al fin de esta mortal contienda.  
10 Y como quien se ve del daño ausente,  
que considera su temor pasado,  
y aun no descansa con el bien presente;  
Tal de mi afrenta y mi dolor cargado,  
en la seguridad nunca sosiego;  
15 y en el sosiego siempre estoy turbado.  
Aquel vigor, aquel celeste fuego,  
que enciende mis entrañas, me levanta  
de la oscura tiniebla y error ciego.  
Veo el tiempo veloz, que se adelanta,  
20 y derriba con vuelo presuroso,  
cuanto el hombre fabrica, y cuanto planta.  
Oh cierto desengaño vergonzoso;  
oh grave confusión de nuestro yerro;  
claro enemigo; amigo sospechoso;  
25 Tú me pusiste solo en un destierro,  
de cuanto me podía dar contento;  
y por ti a la alegría el paso cierro.  
Cuántas veces me diste al pensamiento  
ocasiones de gloria; si yo osara  
30 valerme del honor de tu tormento.  
Fueme la suerte en lo mejor avara,

sombras fueron de bien las que yo tuve;  
oscuras sombras en la luz más clara.

Ninguna en tantas penas, que sostuve,  
35 puso merecimiento al amor mío;  
cuando de merecer más cerca estuve.

Acabe ya este grande desvarío,  
o, pues no acaba, estas razones vanas;  
que sin provecho, a quien no escucha, envío.

40 Tus mundanzas, oh tiempo, soberanas,  
las cosas que revuelven y quebrantan,  
movibles, graves, firmes, y livianas,  
Me arrebatan el ánimo; y levantan  
de este cansado peso, que contrasta;  
45 y en su diversa condición me espantan.

La edad robusta huye apriesa y gasta  
las fuerzas; y se pierde la ufanía;  
y a tu furor ninguna fuerza basta.

Cuántas cosas mostró el sereno día  
50 alegres; que tu furia apresurada  
entristeció en la noche y sombra fría?

Venció vencida Troya, y derribada  
se alzó; y en su ruina se prostraron  
los muros de Micenas estimada.

55 Las vencedoras llamas abrasaron  
las altas torres, que labró Neptuno;  
y a Grecia sus cenizas acabaron.

El Africano ejército importuno  
a España sepultó en sangriento lago;  
60 y libre su furor dejó a ninguno.

Mas roto sufre igual el duro estrago  
por la mano Española; y al fin siente  
el hierro, no una vez, la gran Cartago.  
Y el que en el patrio suelo estrechamente  
65 vivía oscuro, osado se aventura,  
por el remoto golfo de Occidente;

Y con valor, igual a su ventura,  
bravas gentes sujeta y fieros pechos;  
sin rendirse al temor de muerte oscura.

70 Arcos y claros títulos estrechos  
son a su gloria inmensa; pues él solo  
vence los grandes hechos, con sus hechos.

No descubre la luz del rojo Apolo  
tal vigor, y osadía, y brazo fuerte;  
75 en cuanto cerca en uno y otro polo.  
Tú domador de toda humana suerte

al fin vences, abates su grandeza,  
y entregas a los brazos de la muerte.  
Tú ejercitas ahora la riqueza,  
80 las armas del soberbio Turco fiero;  
y del Persa el valor y fortaleza.  
Las celadas y escudos, el ligero  
Araxes vuelve en ondas espumosas,  
del bravo Trace y Medo Cavallero.  
85 Osadas gentes, duras y sañosas,  
a la ambición de cuyo grande pecho  
es pequeño el imperio de las cosas;  
Teñid en sangre el hierro; y el estrecho  
paso abrid, oh crueles, a la muerte;  
90 vengad el daño a vuestras honras hecho.  
No volváis la fiereza y brazo fuerte,  
y el furor de la ira no vencida,  
sobre nuestra desnuda y flaca suerte.  
Que ya la gloria del valor perdida  
95 nuestra virtud en ocio se remata;  
nuestra virtud, que tanto fue temida.  
Culpa de quien, pudiendo, la maltrata;  
y no le da lugar; antes procura,  
que muera a manos de la envidia ingrata.  
100 La ardiente Libia es triste sepultura  
del destruido Reino Lusitano;  
y eterna pena a su fatal locura.  
Bañado en noble sangre el Africano  
campo rebosa, y con dolor suspira  
105 lejos Atlante, y Abila cercano.  
El impío Cimbra osadamente aspira  
y espera el cetro; y sin pavor seguro  
a su marino Claustro se retira.  
El alto, fuerte, inexpugnable muro  
110 pasó la fuerza Hispana; y puso a tierra  
cuanto halló el furor del fuego oscuro.  
Mas oh infame remate de tal guerra,  
reina el vencido, y el engaño tanto  
puede, que al mismo vencedor destierra.  
115 Oh cuánto en vano se ha expendido, oh cuánto  
valor esconde aquel ingrato suelo,  
que al Turco de temor cubriera y llanto.  
No ha visto el (que ve todo) inmenso cielo  
empresa de mayor atrevimiento;  
120 más firme corazón y sin recelo.  
Contumaz y cobarde movimiento,

furor plebeyo, y desleal nobleza,  
indigna de sufrir vital aliento;  
Do está la fe, que a la real alteza  
125 debes? a do huyó de tu memoria?  
a do la religión y su firmeza?  
Piensas, o esperas alcanzar victoria  
contra Dios, contra el Rey? oh intento ciego  
digno de vituperio, y no de gloria.  
130 Oh como crías en tu pecho el fuego;  
que ha de abrasar tu patria generosa;  
sin que esfuerzo te valga, o humilde ruego.  
Cual soberbio turbión de la fragosa  
alcázar se despeña de Apenino,  
135 tal va contra ti España poderosa.  
Apresurar el paso a su destino  
veo las cosas todas; y en mi pecho  
hacer los pensamientos un camino.  
No puedo, aunque procuro a mi despecho,  
140 librarme de ellos; y a mal grado mío  
voy con ellos adonde el mal me han hecho.  
Oso temiendo, y con el mal porfío;  
y tal vez la razón lugar me deja,  
contra mi obstinación y desvarío.  
145 Mas poco dura, porque al fin se aleja  
en la ocasión que viene; y quedo ufano  
de aquello que debiera tener queja.  
Quién pudiera traer siempre a la mano  
de la razón la voluntad perdida;  
150 sin que temiera su ímpetu liviano.  
Varias revueltas de confusa vida  
dejadme respirar de mi deseo;  
dejadme ya curar esta herida.  
Que todo cuanto pienso, y cuanto veo,  
155 es dar aliento a la amorosa llama;  
dar vigor sin provecho al devaneo.  
Dichoso aquel, a quien jamás inflama  
vano amor, ambición, y lo que adora  
y teme el vulgo incierto, siempre, y ama.  
160 Que el miedo, y la esperanza engañadora  
con gran pecho seguro y sosegado  
en todo trance doma, a cualquier hora.  
Y de cuanto fatiga, y da cuidado  
a nuestros votos, libre va paciente;  
165 en todos los peligros no turbado.  
Y no sufre en su pecho, ni consiente,

que algún liviano afecto le dé asalto:  
y ofenda su sosiego injustamente.  
Antes mayor, mas glorioso y alto,  
170 que lo que alcanza fortaleza alguna,  
se ve y de ricos bienes menos falto.  
Firme y constante, sin temer fortuna,  
con mesurado curso va contino;  
y cualquier ocasión le es importuna.  
175 No lo ve en dudoso torbellino  
de las cosas el día extremo, pero  
dispuesto si, a seguille en su camino.  
Nosotros, turba vil, con afán fiero  
puestos en desear y amar estamos,  
180 y en servir a este bien perecedero.  
En mil casos presentes peligramos;  
y pocas o ninguna vez concede  
nuestra ruda ignorancia que huyamos.  
Nuestro valor tan cortamente puede;  
185 que caemos de la alta pesadumbre;  
y alzarnos casi nunca nos sucede.  
Él mira de la sacra excelsa cumbre  
los que erramos, y el gozo y vano intento  
desprecia con aguda y pura lumbre.  
190 Sopló airado no bate el yerto asiento  
del elevado Olimpo; si no alcanza  
a su ensalzada cima el fiero viento.  
Quien tan rastrera trae la esperanza  
desespere llegar a tal estado;  
195 que aunque tenga de sí más confianza,  
al fin verá, que en vano se ha cansado.

<SONETO CVII>

Esas columnas y arcos, grande muestra  
del antiguo valor; que admira el suelo,  
olvidad Escobar; moved el vuelo  
a la insigne y dichosa patria vuestra.  
5 Que no menos alegre acá se muestra  
o menos favorable el claro Cielo;  
antes en dulce paz y sin recelo  
vida suave, y ocio y suerte diestra.  
No con menor grandeza y ufanía,  
10 que el generoso Tebro al mar Tirreno  
Betis honra al Océano pujante.

Mas si oye vuestra lira y armonía,  
no temerá vencer, de gloria lleno,  
la corriente del Nilo resonante.

<SONETO CIIX>

Adónde me dejáis al fin perdido,  
ingratas horas de mi bien pasado?  
por qué no lleváis todo mi cuidado,  
y con favor tan corto mi sentido?  
5 Nunca volváis del puesto conocido  
a amancillar el corazón cuitado;  
torced antes el curso apresurado  
a la oscura región del hondo Olvido.  
Corred, huid con alas presurosas,  
10 horas de mi dolor, y mi memoria  
arrebatad, el vuelo acelerando.  
Si, sois crueles tanto, envidiosas,  
por usurpar la sombra de mi gloria;  
que a vosotras vais mismas acabando.

<SONETO CIX>

Quien la luz de belleza amando adora,  
si quiere ver la vuestra, al Sol dorado  
y al lucero de Venus estimado  
mire; y la claridad de blanca Aurora;  
5 Los rayos que esparciendo muestra Flora;  
de Diana el semblante venerado;  
el valor, la grandeza, ingenio, estado;  
y cuanto el ser humano en sí atesora.  
Que en ellos vuestra alteza y hermosura  
10 verá; y la Aurora, y Flora, y Sol vencido;  
y rendirse el lucero con Diana.  
Mas si hermosa blanca la luz pura  
volvéis, de Casto amor dirá encendido  
que sois toda inmortal y soberana.

<SONETO CX>

Al mar desierto en el profundo estrecho  
entre las duras rocas con mi nave

desnuda, tras el canto voy suave,  
que forzado me lleva a mi despecho.  
5 Temerario deseo, incauto pecho,  
a quien rendí de mi poder la llave,  
al peligro me entregan fiero y grave;  
sin que pueda apartarme del mal hecho.  
Veo los huesos blanquear, y siento  
10 el triste son de la engañada gente;  
y crecer de las ondas el bramido.  
Huir no puedo ya mi perdimiento;  
que no me da lugar el mal presente,  
ni osar me vale en el temor perdido.

<SONETO CXI>

Pienso en mi pena atento y mal presente,  
y procuro algún medio al daño instante.  
pero soy en mi bien tan inconstante;  
que vuelvo a la ocasión la incierta frente.  
5 Cuando me aparto y cuido estar ausente,  
menos de mi peligro estoy distante;  
voy siempre con mis culpas adelante,  
sin que de tantos yerros escarmiente.  
Noble Vergüenza mía, que el perdido  
10 valor sientes, por qué no abrasa el pecho,  
y vence tu virtud mi desvarío?  
Si del error y sombra del olvido  
me sacas, diré en honra de este hecho;  
que solo debo a ti poder ser mío.

<SONETO CXII>

Alegre, fértil, vario, fresco prado,  
tu monte, y bosque de árboles hermoso,  
el uno y otro siempre venturoso,  
que de las bellas plantas fue tocado;  
5 Betis, con puras ondas ensalzado,  
y con ricas olivas abundoso,  
cuanto eres más felice y glorioso,  
pues eres de mi Aglaya visitado.  
Siempre tendréis perpetua primavera,  
10 y del Elisio campo tiernas flores,  
si os viere el resplandor de la Luz mía.  
Ni estéril hielo, o soplo crudo os hiera;

antes Venus, las Gracias, los Amores  
os miren, y en vos reine la Alegría.

<SONETO CXIII>

Tiéneme ya el dolor en tanto estrecho;  
que el desmayado corazón doliente  
ve el grave mal; que más temió, presente,  
y no cuida rendirse al triste hecho.  
5 Obstinada porfía esfuerza el pecho;  
y vence endurecido este accidente.  
honra es, y no es valor; quien no consiente,  
que el mal tejido nudo esté deshecho.  
Vos, que con generoso y alto vuelo  
10 alzáis alegre el noble y dulce canto,  
libre de este amoroso sentimiento;  
Herid la lira, y dad algún consuelo  
a mi pena y afán; antes que el llanto  
último ponga fin a mi tormento.

<ELEGIA XII>

Por el seguido paso de mi gloria  
Amor me llevó triste y lastimado,  
a perder con la vida la memoria.  
Allí se renovó mi bien pasado;  
5 los dichosos lugares de esperanza;  
el tiempo de mis premios engañado.  
Desfalleció mi alma en la mudanza,  
y rehuyó seguir por el camino;  
que le dio en otro estado confianza.  
10 Vio su presente suerte y su destino,  
y el mal; que la afligía no apartarse  
del bien; que ausente causa afán contino.  
Allí sintió sus fuerzas acabarse,  
y, como sabidora de su daño,  
15 en la ocasión, que tiene, repararse.  
Mas que pudiera al fin contra el engaño  
de Amor, aunque excusara su presencia;  
si la trajo a perder su error extraño.  
Si yo no me valía con la ausencia;  
20 cómo podía verme defendido  
presente, y sin hacelle resistencia?  
Por no usado tormento estoy rendido,



y por usado mal sufro y espero,  
(si puede ser) hallarme más vencido.  
25 Mas luego torno a ver mi dolor fiero;  
y conozco su ímpetu y braveza,  
y huyo, y vuelvo a él, y con él muero.  
Helado fue mi pecho, de aspereza  
se vistió en otros años, por bien mío;  
30 no se abatió al regalo y la terneza.  
Lleno de noble ardor y osado brío,  
seguro se hallaba y confiado;  
juzgando el dulce bien por desvarío.  
Viviera yo contento en tal estado,  
35 sino viera la Luz resplandeciente;  
que encendió el corazón en fuego airado.  
En lazos de oro y ámbar, que su frente  
ufanos esmaltaban, dio a mi cuello  
el yugo; que padece mansamente.  
40 Ni desatallo pude, ni rompello;  
ni pude desdeñar el duro imperio;  
que me perdió mi mal; para querello.  
Estoy en un estrecho cautiverio,  
ya sin algún valor; y en mi tormento  
45 descubre siempre Amor nuevo misterio.  
Ahora, que reciente el daño siento  
con la memoria dulcemente amarga,  
busco alguna ocasión al sufrimiento.  
Mas esta del dolor pesada carga  
50 las fuerzas enflaquece, y mi deseo,  
para crecer más pena, el vuelo alarga.  
Bien puede mi impío Rey alzar trofeo  
solo de mis miserias; pues me lleva,  
donde mayor afrenta siempre veo.  
55 Si desease yo segunda prueba  
de mis pasadas glorias, cobraría  
esfuerzo en el afán, que se renueva.  
Mas ya no tengo fuerza, ni osadía;  
para sufrir presente el bien incierto,  
60 ni me contentan casos de alegría.  
Moriré solo, ausente en el desierto,  
o ante mi soberana Luz presente,  
si, primero que llegue, no soy muerto.  
Pero temo, que la aura se presente  
65 del favor; que tenía, y se deshaga  
mi triste confianza vanamente.  
Amor estas mis deudas tan mal paga;

que no pretendo premio, y solo quiero,  
que de mi voluntad se satisfaga.  
70 Promesa fue de muerte el bien primero,  
y yo la consentí, y con la mudanza  
muerte será por bien el mal postrero;  
pues niego a mis trabajos la esperanza.

<SONETO CXIV>

Yo vi unos bellos ojos, que hirieron  
con dulce flecha un corazón cuitado;  
y que, para encender mortal cuidado,  
sus fuerzas a las mías opusieron.  
5 Yo vi, que muchas veces prometieron  
remedio, al mal, que sufro, no cansado;  
y que, cuando me vi en mejor estado.  
poco mis confianzas me valieron.  
Yo veo, que se esconden ya mis ojos  
10 y crece mi dolor, y llevo ausente  
en el rendido pecho el golpe fiero.  
Yo veo ya perderse mis despojos;  
y el caro premio de mi bien presente,  
y en ciego engaño de esperanza muero.

<SONETO CXV>

Llegado al fin del cierto desengaño,  
qué debo hacer más en mi tormento;  
si no mostrar al ciego entendimiento  
el error de su curso siempre extraño?  
5 Desespero, no temo ya algún daño,  
huyo, osando en el mal, mi perdimiento;  
y, aunque no gusto bien el bien, que siento,  
huelgo hallarme libre de mi engaño.  
Mas todo es vanidad, todo es braveza  
10 de estos mis pensamientos desvalidos;  
que con cualquier favor harán mudanza.  
Mal excusar ya puedo mi flaqueza;  
si Amor, a mis mejores dos sentidos  
promete viva lumbre de esperanza.

<SONETO CXVI>

Yo voy, oh bello Sol de la alma mía,  
buscando el nuevo ardor del Sol luciente;  
porque, desamparado el Occidente  
vuestro esplendor no veo y mi alegría.  
5 Podré decir; que voy en noche fría,  
por donde humano paso no se siente.  
mas llévame el osado Amor presente;  
pensando que a nacer me torna el día.  
Encúbrese las luces, que aparecen,  
10 cuando en ellas humilde a vos me inclino;  
y el Oriente tardo se me aparta.  
Que las vuestras en Hispal resplandecen,  
y la tersa corona de oro fino;  
do procuro, que el cuerpo a veros parta.

<SONETO CXVII>

La falda y el tendido, yerto lado  
del abrasado Etna, a do suspira  
del peso opreso, y con furor respira  
el espantoso Encélado inflamado;  
5 Con hierba y verdes árboles ornado  
florece, y todo el fuego; que con ira  
resonando su cumbre excelsa espira,  
no ofende al fresco sitio variado.  
Mas el cruel incendio de mi pecho  
10 consume, aunque pequeña, si aparece,  
la flor de la esperanza incierta mía.  
Ardo todo, y, en fuego al fin deshecho,  
me rehago en su llama, y siempre crece  
con el ardor la fuerza y la porfía.

<SONETO CXIIX>

La red; la hacha; la cadena; el dardo;  
que en el bello esplendor alegre veo  
de mi Luz, al Amor dieron trofeo,  
y al fuego me llevaron, en que ardo.  
5 A presa tan veloz jamás el Pardo  
saltó, como el cruel a mi deseo.  
yo resistí en mi ofensa, y no deseo  
ser ya contra sus fuerzas más gallardo.

El orgullo; el desdén; el libre pecho;  
10 y ufanas esperanzas de victoria  
son vergüenza del daño, que consiento.  
Tan sujeto y sin gloria alguna, y hecho  
estoy por mi dolor en mi tormento;  
que solo reina el mal en mi memoria.

<SONETO CXIX>

Si Amor el generoso y dulce aliento  
en mi rendido pecho ardiendo inspira;  
yo ufano ensalzaré con noble lira  
la hermosa ocasión de mi tormento.  
5 Aquel, que en tierno y nuevo y alto acento  
celebró el verde Lauro; en quien espira  
Erato, y a quien sigue, honra y admira  
de Italia bella el doto ayuntamiento;  
Oiria en el puro, Elisio prado  
10 entre felices almas la armonía;  
que llevaría deleitosa la aura;  
Y diría; del canto arrebatado,  
o es esta la suave lira mía,  
o Betis, cual mi Sorga, tiene a Laura.

<SONETO CXX>

Rojo Sol, que con hacha luminosa  
coloras el purpúreo y alto cielo;  
hallaste tal belleza en todo el suelo;  
que iguale a mi serena Luz dichosa?  
5 Aura suave, blanda y amorosa,  
que nos halagas con tu fresco vuelo;  
cuando el oro descubre y rico velo  
mi Luz, trenza tocaste más hermosa?  
Luna; honor de la noche; ilustre coro  
10 de los errantes astros y fijados,  
consideraste tales dos estrellas?  
Sol puro; Aura; Luna; luces de oro,  
oísteis mis dolores, nunca usados?  
visteis Luz más ingrata a mis querellas?

<SONETO CXXI>

Hebras, que Amor purpura con el oro,

en inmortal ambrosía rociado;  
tanto mi gloria sois y mi cuidado,  
cuanto de él solo sois mayor tesoro.  
5 Vos, que los bellos astros y alto coro  
ornáis, mis Luces, de esplendor sagrado;  
cuanto el impío es por vos más estimado,  
tanto vos honro humilde y vos adoro.  
Ardientes Rosas, Perlas de Oriente;  
10 Marfil vivo; y, angélica Armonía,  
cuanto vos miro más, tanto me inflamo.  
Y por vos cuanta pena la alma siente;  
tanto es mayor valor y gloria mía;  
y tanto temo más, cuanto más amo.

<LIBRO SEGUNDO>

<SONETO I>

El bello nombre, quiere Amor, que cante,  
de mi Luz, por do en propia, o tierra ajena,  
nunca otro Español pie imprimió la arena  
siguiendo, Cintia y Delia, a vuestro amante.  
5 Seré el primero, osando que levante  
la humilde voz, do el Betis grande suena;  
y que las flores coja a mano llena  
del rico huerto nuestro y abundante.  
Vos, a quien de Cefiso; Eurota, Ismeno  
10 las dulces ondas bañan, y del Tebro;  
oíd mi canto, y dad a Amor la gloria.  
Porque admirando el esplendor sereno  
de mi Luz; ni al Erídano, ni al Ebro  
pensaréis honrar con la victoria.

<SONETO II>

Al puro ardor, que vibran mis estrellas,  
do Amor sus rayos tiempla en dulce fuego;  
siente abierto mi pecho el daño luego,  
apurando mi alma en sus centellas.  
5 Cruelles, aunque siempre luces bellas;  
que no me sufren consentir sosiego.  
y es el mal, que, herido y preso y ciego,  
la pena, es galardón, que nace de ellas.

Si algún lugar me finca de esperanza,  
10 es para padecer; y en dura suerte  
nueva ocasión presente a mis enojos.  
Tal me tiene este ingrato en viva muerte;  
que puedo ya decir sin confianza;  
Amor para mi error cerró los ojos.

<SONETO III>

Puede, oponerse osando mi cuidado  
con razón al rigor del Amor fiero;  
y de este afán, en que penando muero,  
buscar tarde el remedio no hallado.  
5 Puede traer la culpa del pasado  
error, y del presente, y del que espero;  
y darme a conocer; que sigo y quiero  
y amo mi perdición más obstinado.  
Y no podrá romper el nudo estrecho,  
10 ni aliviar la cerviz del grave peso;  
que tal valor su vil temor no encierra.  
Solo me muestra el mal al fin de él hecho,  
y, aconseja, que huya, estando preso;  
porque me haga el impío mayor guerra.

<SONETO IV>

Oh cómo vuela en alto mi deseo,  
sin que de su osadía el premio tema!  
que ya las puntas de sus alas quema,  
donde ningún remedio al triste veo.  
5 Qué mal podrá alabarse del trofeo,  
si cae, estando ufano en la suprema  
parte del fuego, en esta banda extrema  
y acaba con su error y devaneo.  
Debía en mi fortuna ser ejemplo  
10 Dédalo, no aquel joven atrevido,  
que honró el mar con la gloria de su nombre.  
Mas ya tarde mis lástimas contemplo.  
si, porque osé, ya muero al fin perdido,  
jamás a empresa igual osó algún hombre.

<SONETO V>

Cual planta, que pidiendo el alto cielo,  
muestra el verde remate y la belleza;  
y del sonante rayo la braveza  
la arroja con estruendo rota al suelo;  
5 Tal, mi Esperanza ufana alzaba el vuelo,  
mas de vuestro desdén cruel dureza  
sin gloria la derriba con tristeza,  
cuando menos debía a su recelo.  
La aura, que de Favonio blando espira,  
10 no concede indignado a la alma mía  
Amor, que no se harta de mi daño.  
Rendido al desamor y a vuestra ira,  
sufro desesperado con porfía  
de mi dolor la fuerza y vuestro engaño.

<SONETO VI>

Cuidé yo de tus lazos y tu fuego,  
mal grado de tu saña, Amor tirano  
librarme , y fue mi pensamiento vano;  
que tú no me sufriste algún sosiego.  
5 Tenté de tus engaños (rudo y ciego)  
escaparme , y huyendo en campo llano,  
vine a caer (oh mísero) en tu mano;  
que tarde se conmueve a tierno ruego.  
Cuánto, decía entonces; fortunado  
10 es, quien se te defiende, Señor fiero!  
mas quien, fiero Señor, se te defiende?  
Ay, que todo es esfuerzo imaginado;  
que tu fuerza deshace el fuerte acero,  
y tu ingenio al más cauto engaña y prende.

<SONETO VII>

Do el Mauritano Ponto fiero baña  
de la soberbia Argel el fuerte muro,  
el cielo con terror y horror oscuro  
amenazó la muerte a toda España.  
5 Bramaba el mar ardiendo en ira extraña,  
bramando ardía airado el mar perjuro;  
solo en tanto pavor domó seguro  
César del hado adverso la impía saña.

El piélago y aliento embravecido  
10 abatieron su ímpetu indignado;  
y respiró el medroso Libio suelo.  
Ve alegre, corazón nunca vencido;  
que la victoria no te impide el Hado,  
ni el viento, y mar cruel, mas todo el cielo.

<SONETO IIX>

Si en mano del Amor yo puse el freno  
de esta mi voluntad, no bien sujeta,  
de qué me espanto pues; que se prometa  
traerme tan rendido y siempre ajeno?  
5 Tarde llego al remedio; que el veneno  
cruel destiempla el pecho con secreta  
virtud. no es justo ya en edad perfecta  
andar lleno de afán, de afrenta lleno.  
Pueda abrir la razón la niebla oscura,  
10 y ose romper por esta selva espesa;  
que mil buenos deseos embaraza.  
Dura resolución, mas bien segura;  
que, quien teme el trabajo, y lento cesa,  
el premio de la gloria en vano abraza.

<ELEGIA I>

En este bosque frío, que sostiene  
mi cítara, en el Sauce levantada,  
más pena de mi triste amor no suene.  
Céfiro la aura blanda y sosegada  
5 aparte de las cuerdas; que hería  
con armonía dulce y regalada.  
Que la serena Luz de la alma mía  
cubre sus bellos rayos a mis ojos,  
y del favor, que tuve, la alegría.  
10 Vencen el sufrimiento mis enojos;  
porque tengo en mis cuitas tierno pecho,  
no usado a caminar por los abrojos.  
Ya no espero mudanza al daño hecho;  
que Amor, Fortuna, y mi luciente Estrella  
15 me aprietan, puesto siempre en duro estrecho.  
Cual del fuego se informa la centella;  
procede mi dolor del amor mío,



y el luengo afán de mi mortal querella.  
Sigo un error, y sigo un desvarío  
20 por el confuso rastro de mi vida,  
y, aunque alcanzo mi engaño, en él porfío.  
Cómo podré esta suerte aborrecida  
huir? cómo podrá el cansado cuello  
sacudir esta carga desabrida?  
25 Un blando hilo de un sutil cabello  
en un lazo lo aflige apremiado,  
sin que pueda quebrallo, o deshacello.  
Si fuera con acero fabricado;  
o en terribles cadenas gravemente  
30 de hierro rudo y rígido labrado;  
Según el corazón la pena siente,  
poco era quebrantallo entre los brazos,  
roto con fuerza airada y saña ardiente;  
Y el esparcido peso, en mil pedazos  
35 mostrara el indignado sentimiento,  
enhiesto y libre el cuello de embarazos.  
Mas ay, que da este áspero tormento  
del amoroso yugo; que sostengo,  
lugar, sin que se rompa, al movimiento.  
40 Y cuando pienso (triste) que el bien tengo,  
el cuello hallo atado al mismo instante;  
y de nuevo a sufrir mis ansias vengo.  
Ojos, rayos de Amor, fulgor crispante  
de mi alma, abrasada en su veneno,  
45 oíd esto; que dice un pobre amante.  
Belleza inmensa, y puro Ardor sereno;  
do Amor su flecha, el Polo sus estrellas,  
tiempla, y baña de honor y gloria lleno;  
La ilustre claridad de esas centellas  
50 me inclina al fuego, y su vigor inflama  
mi pecho en las celestes luces bellas.  
Nunca tocado fui de ajena llama,  
ni de semblante dulce fui vencido;  
que el vuestro la beldad mayor desama.  
55 Soporté mi mal siempre, no rendido,  
subiendo, a do no llega otra ventura,  
y no esperé el favor, jamás debido.  
Ni ardiente Sol; ni fría noche oscura;  
ni peligros; que turban la osadía,  
60 me impidieron mirar vuestra luz pura.  
Solo fue mi regalo y mi alegría,  
con sujeción de la alma venerada,

cuanto pudo sufrir la suerte mía.  
Qué cosa vos dijisteis, que admirada  
65 de mí no fuese? qué memoria augusta  
pudo ser con más honra celebrada?  
Ahora, que en mi pena gloria justa  
yo atendía por premio a mi firmeza;  
que de vos no presumo cosa injusta,  
70 En esta soledad de mi tristeza,  
do me olvidáis, ausente, se dilata,  
probando en mil contrastes mi flaqueza.  
Ay cuánto de mis bienes desbarata  
esta grave mudanza! cuánto siente  
75 la alma , que en daño tal Amor maltrata!  
Triste aquel, que sus lástimas consiente,  
y ve herir su pecho rayos de ira,  
y está siempre a su agravio obediente.  
Como el que en alto y bravo mar suspira,  
80 temiendo con pavor el furor crudo,  
y mustio el cielo oscuro en torno mira;  
El raudo soplo de Aquilón desnudo  
el horror le presenta de la muerte;  
cuyo golpe atraviesa el duro escudo;  
85 Así yo, del desdén sañudo y fuerte  
en el golfo de olvido enajenado,  
temo el último trance de mi suerte.  
El cielo, antes quieto y sosegado,  
turbar veo, y trocarse en hielo frío  
90 blando espirtu del Céfito templado.  
Crece con mi lamento el grande río,  
y corre entre estas peñas espumoso,  
llevando al sacro Océano el mal mío.  
Un tiempo ledo en él y venturoso  
95 canté la gloria ufana de mi llanto  
con lira y verso humilde y piadoso.  
Betis apareció con fresco manto  
de verdes hojas, y escúchome atento;  
y agradó a Galatea el vario canto.  
100 Entonces con dichoso y noble aliento  
crinó mi frente el árbol de victoria,  
y di en mi patria a Amor primero asiento.  
Mas para qué refiero yo la historia  
de mis daños? pues hacen mis despojos  
105 indignos de caber en su memoria.  
Ay mis bellos, floridos, dulces Ojos,  
no vos canse, si al fin saber deseo;

por qué vos placen tanto mis enojos?  
Que el singular honor de mi trofeo  
110 perdéis con tales hechos, y no debo  
padecer la esperanza del deseo.  
No soy en vuestro amor, mis Luces, nuevo;  
que, dende que nací, me dio por pena  
mi impío Rey el afán, que ausente llevo.  
115 Puso a mi cuello preso una cadena,  
para señal de aquella; que arrastrando  
con mi vergüenza y confusión resuena.  
No sabía su fuerza, aunque penando  
andaba en esta prueba amarga mía,  
120 mi futura pasión pronosticando;  
Hasta que en el alegre y triste día  
de mi bien y mi mal, crecer presente  
vi mi ardor en la nieve vuestra fría.  
Resplandeció en mis ojos dulcemente,  
125 cual lúcido relámpago vibrado,  
pura vislumbre de un vigor luciente.  
El error descubrió y dolor pasado,  
incierta y rudamente padecido;  
que siento con más fuerza renovado.  
130 El Soldado, en la guerra envejecido,  
del trabajo y horror del duro Marte  
descansa con el premio merecido.  
Yo, abrazando de Amor el estandarte,  
traigo roto el pavés; cortado el pecho;  
135 atravesado de una y otra parte;  
De espantosas heridas ya deshecho;  
que abiertas con peligro y rigor fiero  
me arrojaron corriendo al mismo estrecho.  
Y, cual si mármol fuera, o fuera acero,  
140 tal desdeñoso y áspero me trata  
semblante blando y corazón severo.  
Pues mi fatal Estrella me es ingrata,  
lo que esperar se debe, de mi daño,  
es no temer; porque el temor me mata.  
145 Que más vale esforzarme en el engaño;  
y no rendirme a un simple movimiento;  
y juzgarme en la pena por extraño.  
Que con esto, si puedo, mi tormento  
será menos terrible; y si no basta,  
150 al fin acabarse el sufrimiento  
con la vida; que opuesta al mal contrasta.

<SONETO IX>

Grande fue, aunque infelice, tu osadía;  
que por guiar, oh hijo de Clímene,  
el carro; en que gobierna solo y tiene  
Febo el vivo esplendor, que ilustra el día,  
5 Del fiero rayo muerto en yerta vía,  
Eridano en sus ondas te sostiene,  
glorioso sepulcro; cual conviene  
a tu alto corazón y a tu porfía.  
Yo, que cuidé estrenar la pura lumbre,  
10 y de mi Sol regir los cercos de oro,  
dichoso Automedón, con diestra suerte;  
Caí abierto el pecho de la cumbre,  
y perdí, no la vida, el bien que lloro;  
que en tal mal fuera bien hallar la muerte.

<SONETO X>

El corazón huido busco y llamo  
él; do el rigor esfuerza el duro hielo,  
entra, y sin miedo pisa estéril suelo,  
yo, esquivando el dolor; mis males amo.  
5 Las lágrimas y quejas, que derramo,  
no vencen su porfía, y sin recelo  
allí se pierde; y no osa alzar el vuelo,  
y su obstinado error al fin desamo.  
No porque tema ya peligro alguno;  
10 que no doy más lugar a miedo cierto,  
ni admito en tanto afán remedio vano.  
Mas porque es poquedad ser importuno  
a un lento pecho; y ser más precio muerto;  
que esperar la salud de ingrata mano.

<SONETO XI>

Amor, si el fuego, en quien inunda el pecho;  
que mal puede entibiar la fría nieve,  
con tus alas avivas, muerto en breve  
será tu ardor y el corazón deshecho.  
5 Procuro, en esta llama satisfecho,  
que sin cesar en mí su fuerza pruebe;  
porque del mal mi alma el premio lleve,

causando el daño luengo algún provecho.

Este suave incendio me sustenta;  
10 y consagra en honor de mi Luz pura  
mis entrañas; que crecen apuradas.

Dichoso el corazón, a quien alienta  
tal virtud; que engrandece con ventura  
la gloria de mis penas renovadas.

<SONETO XII>

Podrá (y no yerro) nunca luz ardiente  
tocar mi pecho, y nunca ser vencido  
de oro podrá, en madejas esparcido,  
con gloria de otra ilustre y bella frente.

5 Que vuestra luz, do yace Amor presente,  
tiene y el rico cerco recogido  
mi cuello y pecho preso y mal herido,  
y dulcemente el yugo y fuego siente.

Nací yo destinado a vuestra llama,  
10 Amor me dio valor para mi muerte;  
y pago amando a vos la deuda nuestra.  
Volando voy, do el ciego ardor me inflama;  
cual va a su fuerza el cielo, y es mi suerte  
en vuestro fuego arder, y helaros vuestra.

<SONETO XIII>

La llama crece, y arde; y crece luego  
el dolor; que mi gloria y bien deshace.  
el pecho exhala todo, y se rehace  
cual Ticio, sin hallar algún sosiego.

5 No sé, do alienta Amor, do esfuerza el fuego.  
ni de qué pena ya se satisface.  
mal me quejo del daño, que me hace,  
si es cruel, voluntario, ingrato y ciego.

Felice Meleagro, cuya muerte  
10 gastó su ardiente hado; mas yo veo,  
que renace mi vida en el tormento.

No huyo la aspereza de mi suerte.  
aunque, si por la causa la deseo,  
la temo por el fiero mal, que siento.

<SONETO XIV>

Regando enciendo todo, ardiendo baño  
con triste humor, prolijo el campo abierto,  
y mi afán canso y lloro sin concierto;  
y el llanto con suspiros acompaño.  
5 Esperanza y razón mi injusto daño;  
causa; esta y aquella al fin desierto  
me tienen de salud, y tan incierto,  
que con el bien y con el mal me engaño.  
Voy, como sombra pálida, y cuitoso  
10 doy gemidos, y asombro el bosque oscuro;  
que tarde en lasa y honda voz responde.  
En tanta confusión, do estoy medroso,  
una Luz se me ofrece y ardor puro  
distante, pero cerca se me esconde.

<ELEGIA II>

Yo siempre culparé los ojos míos;  
que, enemigos del ocio de mi vida,  
siguieron de mi error los desvaríos.  
Por ellos llama tal fue despedida  
5 al corazón; que, ardiendo en las entrañas,  
crece con nuevo ímpetu encendida.  
Todo el valor de Amor y sus hazañas,  
su bien, su mal, su gloria y su tormento  
eran a mi memoria muy extrañas.  
10 Mas cuando con un tierno sentimiento  
en mi sus rayos descubrió mi Estrella;  
y mis daños honró mi sufrimiento,  
Conocí su poder y mi querella,  
y el temor; que me aflige no apartado,  
15 y no me dolió arder en su centella.  
Dulce me era el dolor; caro el cuidado;  
dichosa la membranza de mi pena;  
ledo el tiempo lloroso de mi estado.  
Aquel bello esplendor de luz serena  
20 me miró blandamente de su alteza,  
y la culpa admitió, que me condena.  
El bien, que cabe en la mortal flaqueza,  
(dìrelo? o no?) me dio; si se consiente,  
que ose yo pensar tanta grandeza.  
25 Porque sufre, que abraza mi doliente,

pecho su llama, y (suelto el torpe frío)  
lo afine siempre en su vigor presente.  
Mas este que me vale esfuerzo mío,  
si muero en soledad; y si mis ojos  
30 son causa del engaño, en qué porfío?  
Tiranos de mi gloria y mis despojos,  
que los lleváis, do esperan ser perdidos,  
llorad, si por vos peno, mis enojos.  
El uso y la virtud de mis sentidos  
35 vos ocupasteis todos en mi muerte,  
sin ser a mi remedio consentidos.  
La vida vence al fin el riesgo fuerte;  
y vos, como si hubiérades victoria,  
este daño escogéis por mejor suerte.  
40 Si visteis, y gozasteis de la gloria;  
si ufanos abrazáis el bien primero,  
perded ya con la vista la memoria.  
Estoy tal, que otro bien de Amor no espero,  
y vos no lo esperéis; pues tarde entiendo  
45 en mi mal; que es a todos el postrero.  
Aborrezco el lugar, do estoy muriendo,  
ved, cuán corta firmeza es esta mía;  
porque ante de mi Luz no expiro ardiendo.  
Sandeces de amorosa fantasía  
50 son estas, que me traen en dudanza  
ausente, con temor, sin alegría.  
Mis Ojos, poco debo a la esperanza,  
si me duelo de vos, y temo, ajeno  
de cuita, en mis dolores la mudanza.  
55 Y aunque en mi soledad con ansia peno,  
nunca veré al Amor tan mi enemigo;  
que no juzgue mi afán por justo y bueno.  
La Noche; que, me escucha, lo que digo,  
y el Cielo de sus astros esparcido,  
60 será de este mi crédito testigo.  
Los ojos, que hube un tiempo aborrecido;  
por ser principio al mal de mi deseo;  
donde quedé a mis lástimas rendido,  
Más dulces que la vida, que poseo  
65 son, y a mi gloria vienen tan iguales;  
que al mérito el dolor ceder no creo.  
Y aunque lleve victoria de mis males,  
la que el progreso rompe al curso humano,  
serán en mí sus bienes inmortales.  
70 Y porque jamás esto salga en vano,

ante mi Lumbre afirma el Amor puro;  
que nunca en bien tan alto y soberano  
otro felice amante vio seguro.

<SONETO XV>

Yerto y doblado Monte, y tú luciente  
Río, de mi zampoña conocido,  
cuando de los pastores el gemido  
canté, y mi mal con cítara doliente;  
5 Si en vuestra cima siempre y pura fuente  
se escucha el son de mi dolor crecido;  
y si por el camino, que han seguido  
su afán otros llorando, voy presente;  
Una Luz bella, es causa, y un honesto  
10 semblante; que tentar en canto osara  
la origen y orden firme de las cosas.  
Del curso eterno es en sazón dispuesto,  
todo, espero (la edad sino es avara)  
mostrar, cuán varias son y cuán hermosas.

<SONETO XVI. A Martin R. de Arellano>

Dura por mí fue al Tajo tu partida,  
dejando solo el Betis, Arellano;  
y en llanto me obligó y dolor insano  
tu ausencia, de mí siempre aborrecida.  
5 Tú sabes, que esparció a mi triste vida  
afán el cielo y cuita en larga mano;  
y en mi mal dulce amigo eras y hermano,  
y no hay quien me consuele ya en tu ida.  
Hiriome fiero el pecho mi Luz bella;  
10 y se escondió a mi vista, y con ardiente  
fuego a la alma abrasó en su mal envuelta.  
Y tú, que eras descanso a mi querella,  
te vas en tanto; sin dejar presente  
una incierta esperanza de tu vuelta.

<SONETO XVII>

Ardo, Amor, y no enciende el fuego al hielo,  
y con el hielo no entorpezco al fuego.  
contrasta el muerto hielo al vivo fuego.



todo soy vivo fuego y muerto hielo.  
5 No tiene el frío polo tanto hielo,  
ni ocupa el cerco eterio tanto fuego  
tan igual es mi pena; que ni el fuego  
me ofende más, ni menos daña el hielo.  
Muero, y vivo, en la vida, y en la muerte,  
10 y la muerte no acaba, ni la vida;  
porque la vida crece con la muerte.  
Tú, que puedes hacer la muerte vida;  
por qué me tienes vivo en esta muerte?  
por qué me tienes muerto en esta vida?

<SONETO XIIX>

Canso la vida, y siempre espero un día  
de fingido placer. huyen los años,  
y nacen de ellos mil sabrosos daños,  
que esfuerzan el error de mi porfía.  
5 Son, por do salir pienso a mi alegría,  
tan inciertos los pasos, tan extraños;  
que rematan el curso, en mis engaños,  
y de ellos vuelvo a comenzar la vía.  
Descubro en el principio otra esperanza,  
10 si no mayor, igual a la pasada,  
y en el mismo deseo persevero.  
Mas torno sin cesar a la mudanza  
de la suerte en mi daño conjurada,  
y, esperando el fin cierto, desespero.

<SONETO XIX>

Estos ojos, no hartos de su llanto;  
que atan estrecha suerte me han traído,  
lloren, sin descansar, el bien perdido,  
si lágrimas prolijas valen tanto.  
5 Que cuando mi dolor subiere, cuanto  
debe al mal y al amor, en lento olvido  
solo, a la ira y al desdén rendido,  
cual Cisne, expiraré en funesto canto.  
Y este cielo, enseñado a mi lamento,  
10 podrá llevar por este campo abierto  
mi voz triste a la causa de mi daño.  
Porque yo oso esperar, que mi tormento  
(pues es venganza indigna contra un muerto)

o venza, o junto acabe con mi engaño.

<SONETO XX>

Si tiene a do reináis mi pura Estrella, lugar  
la fe; en la pena, que consiento;  
mostrad algún pequeño sentimiento,  
y el premio vendrá a ser que espero de ella.  
5 Pero si vos queréis, que pierda en ella  
este bien; acabad con mi tormento;  
que, a quien daña el valor del pensamiento,  
no es justo, permitáis vivir con ella.  
Y si estas obras de afición ausente  
10 en vuestra voluntad tal vez la gloria  
gozan; que se concede al venturoso.  
Aquí do estoy, diré; que estoy presente;  
y que más vale el mal de mi memoria,  
que el bien, que causa ajeno amor dichoso.

<SONETO XXI>

Dulces Contentos míos, ya pasados,  
que sostuve en error de mi esperanza;  
lo que vuestro recuerdo más alcanza,  
es dolor de mis días mal gastados.  
5 Porque, envuelto en deseos y cuidados;  
me consumo, llorando la mudanza;  
y Amor, que reconoce su venganza,  
mis daños me descubre, renovados.  
Qué puedo yo, si ausente me condeno,  
10 sino solo al olvido y niebla fría  
esta memoria ingrata rendir muerta?  
Mas ay, que tiene el corazón, ajeno  
de bien; presente siempre la Luz mía,  
y ofrece en cierto mal su gloria incierta.

<CANCIÓN I. AL S. DON IUAN De AUSTRIA>

Quando con resonante  
rayo y furor del brazo impetuoso

a Encélado arrogante  
Júpiter poderoso  
5 despeñó airado en Etna cavernoso;  
Y la vencida Tierra,  
a su imperio rebelde, quebrantada,  
desamparó la guerra  
por la sangrienta espada  
10 de Marte, aun con mil muertes no domada.  
En el sereno polo  
con la suave cítara presente  
cantó el crinado Apolo,  
entonces dulcemente,  
15 y en oro y Lauro coronó su frente.  
La Canora armonía  
suspendía de Dioses el Senado;  
y el cielo, que movía  
su curso arrebatado,  
20 el vuelo reprimía enajenado.  
Halagaba el sonido  
al piélago sañudo, al raudo viento  
su fragor encogido  
y con divino aliento  
25 las Musas consonaban a su intento.  
Cantaba la victoria  
del ejército eterio y fortaleza;  
que engrandeció su gloria,  
el horror y aspereza  
30 de la Titania estirpe y su fiereza.  
De Palas Atenea  
el Gorgóneo terror; la ardiente lanza;  
del Rey de la onda Egea  
la indómita pujanza;  
35 y del Hercúleo brazo la venganza.  
Mas del Bistonio Marte  
hizo en grande alabanza luenga muestra,  
cantando fuerza y arte  
de aquella armada diestra;  
40 que a la Flegrea hueste fue siniestra.  
A ti, decía, escudo,  
a ti, del cielo esfuerzo generoso,  
poner temor no pudo  
el escuadrón Sañoso,  
45 con sierpes enroscadas espantoso.  
Tú solo a Oromedonte  
trajiste al hierro agudo de la muerte

junto al doblado monte;  
y abrió con diestra suerte  
50 el pecho de Peloro, tu asta fuerte.  
Oh hijo esclarecido  
de Juno, oh duro y no cansado pecho;  
por quien cayó vencido,  
y en peligroso estrecho.  
55 Mimante pavoroso fue deshecho.  
Tú cubierto de acero,  
tú estrago de los hombres indignado,  
con sangre hórrido y fiero,  
rompes acelerado  
60 del ancho muro el torreón alzado.  
A ti libre ya debe  
de recelo Saturnio, que el profano  
linaje, que se atreve  
alzar la osada mano;  
65 sienta su bravo orgullo salir vano.  
Mas aunque resplandezca  
esta victoria tuya conocida  
con gloria, que merezca  
gozar eterna vida;  
70 sin que llaga en tinieblas ofendida.  
Vendrá tiempo en que se tenga  
tu memoria el olvido, y la termine;  
y la tierra sostenga  
un valor tan insigne;  
75 que ante él desmaye el tuyo, y se le incline.  
Y el fértil Occidente,  
cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña,  
descubrirá presente  
con prez y honor de España  
80 la lumbre singular de esta hazaña.  
Que el cielo le concede  
aquel ramo de César invencible;  
que su valor herede;  
para que al Turco horrible  
85 derribe el corazón, y ardor terrible.  
Vese el pérfido bando  
en la fragosa, yerta, aérea cumbre;  
que sube amenazando  
la soberana lumbre,  
90 fiado en su animosa muchedumbre.  
Y allí, de miedo ajeno,  
corre, cual suelta cabra, y se abalanza

con el fogoso trueno  
de su cubierta estancia,  
95 y sigue de sus odios la venganza.  
Mas después que aparece  
el Joven de Austria en la enriscada sierra,  
frío miedo entorpece  
al rebelde, y lo atierra  
100 con espanto y con muerte la impía guerra.  
Cual tempestad ondosa  
con horrisono estruendo se levanta,  
y la nave, medrosa  
de rabia y furia tanta,  
105 entre peñascos ásperos quebranta.  
O cual del cerco estrecho  
el flamígero rayo se desata  
con luengo surco hecho,  
y, rompe y desbarata,  
110 cuanto al encuentro su ímpetu arrebatá.  
La Fama alzará luego,  
y con las alas de oro la Vitoria  
sobre el giro del fuego,  
resonando su gloria  
115 con puro lampo de inmortal memoria.  
Y extenderá su nombre,  
por do Céfiro espira en blando vuelo,  
con ínclito renombre  
al remoto Indio suelo,  
120 y a do esparce el rigor helado el cielo.  
Si Peloro tuviera  
parte de su destreza y valentía,  
él solo, te venciera,  
Gradivo, aunque a porfía  
125 tu esfuerzo acrecentaras y osadía.  
Si este al cielo amparara  
contra las duras fuerzas de Mimante,  
ni el trance recelara  
el vencedor Tonante;  
130 ni sacudiera el brazo fulminante.  
Traed cielos huyendo  
este cansado tiempo espacioso;  
que oprime deteniendo  
el curso glorioso,  
135 haced, que se adelante presuroso.  
Así la lira suena,  
y Jove el canto afirma, y se estremece

el Olimpo, y resuena  
en torno, y resplandece,  
140 y Mavorte dudoso se oscurece.

<SONETO XXII>

Alzo ligeras alas al deseo,  
sigo el bello esplendor de mi alegría;  
hállolo reluciente en la Osa fría,  
y desespero el bien, que más deseo.  
5 Suspenso en un incierto devaneo;  
que mi esperanza cansa y mi porfía,  
digo; porque, serena Lumbre mía  
leda en estéril parte arder vos veo?  
Llevar debía el Céfiro victoria,  
10 siempre de vuestra llama esclarecido,  
al Euro ufano, que con él contiene.  
Mas oh, que el cielo causa mi gemido,  
por honrar gente, indigna de memoria;  
que el Sol con tibio rayo apenas enciende.

<SONETO XXIII>

Amor con todo el fuego, que el humoso  
Etna espira y las islas de Vulcano,  
me abrasa el pecho; que asegura en vano  
a su mortal ardor algún reposo.  
5 Con la nieve, que, el Cáucaso nevoso  
y el desnudo Rifeo hace cano,  
mi alma enfría; y rompe el inhumano,  
a la esperanza el paso temeroso.  
Que en los ojos, do siempre el hielo y llama  
10 suya en mi muerte acuerdan, fijo tiene  
el ímpetu y furor de su braveza.  
Y por vengarse más, la seca rama;  
do estoy asido, sin quebrar sostiene,  
probando en nuevas penas mi flaqueza.

<SONETO XXIV>

Un tiempo ave Castra viví en fuego,

pero ya blanco Cisne en ondas vivo;  
que solo de mi mal cuitoso escribo,  
cuanto escribí de bien en mi sosiego.

5 Pensé, trocando grado, trocar luego  
suerte, y fue vano error; que Amor esquivo  
en uno y otro estado al fin cativo  
me oprime y en igual desasosiego.  
De mi pecho exhaló un Vesubio ardiente,  
10 ahora, de mis ojos despedido,  
corre un Istro nevoso desatado.  
No esfuerza con la nieve la creciente,  
antes con el ardor más encendido  
va en abundoso curso dilatado.

<SONETO XXV>

Ningún remedio espero en mi tormento,  
y de mejor fortuna desespero.  
muriendo vivo, aunque viviendo muero,  
ajeno y ocupado en pensamiento.

5 Temo el fiero dolor, y si contento  
alguno tengo, temo el dolor fiero.  
cansado mi pasión abrazo y quiero,  
y el mal, que más rehúyo, más consiento.  
Tan ufano estoy siempre en la tristeza;  
10 que nunca ceso de alabar el día;  
que fue ocasión de merecer mi daño.  
No doy lugar al bien, y en mi estrechez,  
perdiendo vanamente la edad mía,  
no sé hallarme libre de mi engaño.

<SONETO XXVI>

Venció mi duro pecho Amor tirano,  
y los niervos cortó su aguda espada  
de aquella ajena libertad amada;  
que mísero suspiro y lloro en vano.

5 Él me vuelve y me trae por la mano,  
a do mi afrenta y perdición le agrada.  
mas de su afán la vida ya cansada  
tornar procura al curso usado y llano.  
Pero es flaca osadía, y, con la muerte  
10 luchando, abrazo alegre el dulce engaño,  
y me aventuro en el deseo y pierdo.

Que yo no puedo ser al fin tan fuerte  
que contraste gran tiempo a tanto daño;  
ni en tal error me vale ya ser cuerdo.

<SONETO XXVII>

Do vas? do vas cruel? do vas? refrena,  
refrena el presuroso paso, en tanto  
que de mi grave afán el luengo llanto  
abre en prolijo curso honda vena.  
5 Oye la voz de mil suspiros llena,  
y de mi mal sufrido el triste canto;  
que ser no podrás fiera y dura tanto  
que no te mueva al fin mi acerba pena.  
Vuelve a mí tu esplendor, vuelve tus ojos,  
10 antes que oscuro quede en ciega niebla;  
decía en sueño, o en ilusión perdido.  
Volví, halleme solo y entre abrojos,  
y en vez de luz cercado de tiniebla,  
y en lágrimas ardientes convertido.

<ELEGIA III>

Quién me daría, Amor, una voz fuerte,  
y espíritu en mis lástimas osado,  
para cantar las cuitas de mi suerte?  
Que el luengo error de mi primer cuidado  
5 ocupada me tiene la memoria,  
y todo mi sosiego enajenado.  
Yo nací, para ver, cruel, tu gloria,  
cual Tántalo, engañado, y al extremo  
para llorar perdido mi victoria.  
10 Sufro el dolor, que ya algún mal no temo;  
si a tan estrecho paso reducido,  
de ti desesperar es bien supremo.  
Pero al freno me traes tan rendido;  
que en mi furor enciendes la esperanza;  
15 que me vuelva suspenso y confundido.  
Nuevo mal al antiguo mal alcanza,  
y tal es el pasado y el que viene;  
que en su rigor no siento la mudanza.  
Ni huir, ni esperar ya me conviene,  
20 y huyo, espero, temo ya y confío,



y, lo que me desmaya, me sostiene.

Por qué este porfioso desvarío  
no extirpas, Rey ingrato, y de mi pecho  
no arrancas este indigno dolor mío?

25 Téngate ya mi daño satisfecho;  
que poca es la venganza en el sujeto,  
y matar al rendido no es derecho.

Seguí siempre en lo público y secreto  
tu estandarte, y, al carro aherrojado,  
30 tu valor celebré con tierno afecto.

Si no eres en las rocas engendrado  
del alto, yerto Cáucaso espantoso,  
y de la Armenia tigre alimentado,

Serás a mis tormentos piadoso;  
35 que de la pena ya, que la alma siente,  
no sé, gran tiempo ha, lo que es reposo.

El esplendor de Febo, y, la fulgente  
escuadra de las lúcidas estrellas  
recoge el hondo seno de Occidente;

40 Yo mezquino, constante en mis querellas,  
jamás descanso doy al mustio canto,  
y se envuelven mis lágrimas con ellas.

Que no acabe en tan duro mal me espanto,  
y que crezca a los cercos de mis ojos

45 perpetua exhalación de ardiente llanto.

Si cuidas tú, que llevas más despojos  
en mi pasión, o gloria más dichosa,  
y por eso acrecientas mis enojos;

Yo te protesto, Amor, por la penosa  
50 historia de la vida, que prosigo;  
que la victoria alcanzas afrentosa.

Fortuna, que te sirva, oh mi enemigo,  
quiere, su imperio temo, y temo el tuyo,  
ya vasallo rebelde, infiel amigo.

55 En mi muerte, Tirano, te destruyo,  
pues nací para amar, y solo quiero,  
que se entienda, cuán poco de ti huyo.

Bien sé que en vano me lamento y muero,  
por ablandar esa cruel dureza;

60 que sin provecho mitigar espero.

Cual revuelve la rueda con presteza  
a Ixión; que se huye y va siguiendo,  
tal me revuelve y tuerce tu fiereza.

Y cual el triste Sísifo subiendo  
65 va el gran peñasco alzado a la alta cumbre,

siempre descanso alguno no admitiendo;  
Tal de mi afán la grave pesadumbre  
llevando lejos voy, do ausente veo,  
triste sin alcanzar, mi pura Lumbre.  
70 El nieto ilustre del insigne Alceo,  
en mil grandes empresas glorioso,  
se inclinó al duro yugo de Euristeo;  
Yo, que no soy tan fuerte y valeroso,  
y de tu fuego, Amor, estoy herido  
75 por qué, estaré soberbio y animoso?  
Mírame ante tus pies preso y rendido,  
y suena en mi cerviz el hierro puesto,  
humilde a tus cruizas ofrecido,  
Perdona mi dolor; que ya dispuesto  
80 estoy a sufrir sin quejas mi tormento,  
y escoger por más gloria mi denuesto.  
Aspire el deleitoso y vivo aliento  
a mi encendido pecho; porque en llama  
se tiemple el hielo, en que enfriarme siento.  
85 Ya que mi muerte no se excusa, inflama  
mi alma en el vigor de la Luz mía;  
porque ensalce mi nombre eterna fama.  
Que el helado rigor y nieve fría  
de su olvido y desdén turba y detiene  
90 a tu fuego el valor con osadía.  
Si volver por los tuyos te conviene,  
por mis ojos arroja en sus entrañas  
el fuego; que abrasado al orbe tiene.  
Que si yo veo, Amor, tales hazañas,  
95 daré en justo rescate de tal pena  
mi hierro, y el ardor, con que te ensañas.  
Porque su libre cuello en la cadena  
ver y encenderse el frío de su pecho,  
es todo el bien; que tu poder ordena,  
100 si tu poder se extiende a tan gran hecho.

<SONETO XXIIIX>

Cuando pienso, cansado del tormento;  
que con mi afrenta Amor herirme pudo  
de una serena Luz con rayo agudo,  
y que rendí el valor y entendimiento;

5 Vuelvo triste a mirar mi perdimiento,  
mas tan solo me hallo y tan desnudo  
de fuerza; que romper el débil nudo,  
que me enlazó el deseo, nunca intento.  
Seguir el mismo curso en el cerrado  
10 laberinto, y sufrir ya más denuesto;  
no debo, si en mí queda algún sentido.  
Acabe el vano error de mi cuidado.  
pero qué digo simple? yo protesto;  
que hablo enajenado y ofendido.

<SONETO XXIX>

Si no es llorar, qué pueden ya mis ojos?  
mi alma de lamento se mantiene.  
con él crece el ardor, y se sostiene,  
y la lluvia se alienta en sus despojos.  
5 Un tiempo esperé premio a mis enojos,  
mas tarde es ya; que mi pasión previene.  
pero acabar en lágrimas conviene  
a quien de flores nacen los abrojos.  
En llanto me consumo, y cuando espero,  
10 (grande y nuevo milagro) dar memoria  
a mi nombre, resuelto en triste río;  
Ocurre el fuego, en él me abraso y muero,  
desvaneciendo en llama con más gloria.  
justo, aunque grave bien al dolor mío.

<SONETO XXX>

Al sereno esplendor de luz ardiente,  
de celestial zafiro a la belleza  
la alma, volando en torno con presteza,  
las alas rojas mueve dulcemente.  
5 Amor, que de este cielo nunca ausente  
respira, le descubre su grandeza,  
y de gloria mil bienes y riqueza;  
que sola ella los conoce y siente.  
En este engaño siempre va, y se olvida  
10 de quien cuidadoso de su afán la llama,  
y en conocido error cansa y porfía.  
Porque espera tal vez allí, encendida

de aquellas puras luces en la llama,  
hallar sepulcro igual a su osadía.

<SONETO XXXI>

Corre soberbio al mar del llanto mío,  
Betis claro, sagrado honor de ríos;  
y no acaben mis grandes desvaríos,  
donde se acaba en él tu grande río.  
5 Antes oigan mi afán y desvarío  
entre el fuego y rigor de hielos fríos,  
y se conduelan de los males míos  
Libia ardiente y desnudo Islando frío.  
Y el Indo; que primero ve la Aurora;  
10 y el otro, que más tarde alumbra Apolo,  
hagan memoria eterna de mis daños.  
Y tú lamenta esta postrera hora;  
en que muero de bien ausente y solo,  
rico de pensamientos, pobre de años.

<SONETO XXXII>

No espero en mi dolor lo que deseo,  
que tanto bien no cabe en mi mal fiero;  
mas deseo ya solo, lo que espero;  
acabar en mi ciego devaneo.  
5 Tan cansado me tiene este deseo,  
que del mísero efecto desespero,  
y engañado en mi intento persevero;  
el vano error, que sigo, al cabo veo.  
Pero qué vale ver el mal presente,  
10 si porfío y contraste no espantado  
a los asaltos bravos de amor crudo?  
No temo, y oso todo libremente;  
porque es al corazón desesperado  
la dura obstinación Vulcanio escudo.

<ELEGIA IV>

Si este inmortal dolor y sentimiento;  
que me fuerza a penar sin esperanza,  
no puedo desatar del pensamiento;  
Si esta fortuna súbita y mudanza

5 a una prolija ausencia me condena,  
por qué tengo en mi daño confianza?  
Quien vio mi día, y vio mi Luz serena,  
podrá juzgar, a cuanto mal me ofrezco  
en noche de tiniebla y de horror llena.

10 Tormento nuevo en viejo mal padezco;  
que quiere este impío Rey, que solo sienta,  
lo que esperó ninguno, y no merezco.  
Lidio en mi soledad, que me presenta  
siempre el pasado bien y la ventura,  
15 y la perdida gloria me atormenta.  
Rayos de Amor, inmensa Hermosura,  
que suspiro y deseo y busco ausente,  
volved la claridad excelsa y pura.  
Que, si veo los cercos y oro ardiente;  
20 que vos ciñe y corona en rico velo,  
descansaré del llanto y voz doliente.  
Y en el herboso, fresco y fértil suelo,  
que el padre y sacro Betis deleitoso  
baña, agradable al alto y claro cielo;

25 Alzaré a vuestro nombre generoso,  
cual fue en Pafo a Dione consagrado,  
un templo insigne y suntuoso.  
Do, quien el peligroso mar surcado  
hubiere del Amor, ya salvo en puerto,  
30 a las aras atento y humillado,  
Los votos, que en el ancho golfo incierto  
prometió, pagará, dejando escrita  
la causa del peligro y temor cierto.  
Mas voy, por do no sufre la infinita  
35 fuerza de mi pasión y suerte indigna;  
que alguna muestra de esperanza admita.  
Y antes que pueda ver la luz divina  
vuestra, aquel rigor último a la vida,  
vendrá del mal, en que mi ardor me inclina.

40 Y en breve espacio fincará perdida  
la esperanza desierta y el deseo,  
triunfando de mi muerte aborrecida.  
Nunca temí el dolor del mal, que veo;  
que entró al descuido Amor blando y sereno,  
45 para aquistar de mí el mayor trofeo.  
En tal sazón ya sin remedio peno;  
que, lo que menos duele, es el tormento.  
tanto de mí me aparto y enajeno!  
Quien abrir del mar ciego el alto asiento

50 en mi ligera nave verme pudo  
con alegre bonanza y manso viento,  
Y viese el cielo oscurecer desnudo  
de luces; borrascoso el Ponto; el fiero  
Noto con negro horror soplar sañudo;  
55 Aunque su pecho armase duro acero;  
en tan cruel mudanza y suerte mía,  
donde solo y sin fuerzas desespere,  
De humana compasión se vencería,  
si puede un grave caso sucedido  
60 turbar de mortal pecho la alegría.  
Ya que estoy a mis lástimas rendido,  
de mis hermosos ojos (triste) ausente,  
en soledad y en confusión perdido;  
A do torciere el paso, irá presente  
65 el florido esplendor de la belleza;  
que me tiene abrasado en fuego ardiente.  
Por difíciles riscos y aspereza  
en la nocturna sombra celebrada  
será del canto mío su grandeza.  
70 Adonde no se halle alguna entrada  
de hombre, o fiera, mostrará el desierto  
su figura en los árboles labrada.  
Allí mi error y engaño y desconcierto  
escrito, y en mi llanto lamentado,  
75 será de mi dolor testigo cierto.  
Aquel tierno semblante, venerado;  
la bella luz; do el cielo gracias llueve,  
la rica falda de oro ensortijado;  
Y el suave color de rosa y nieve;  
80 las perlas; por do Amor alegre envía  
la voz al corazón y el daño aleve,  
Presentes en mi triste compañía,  
para temor de la alma, a la memoria  
renovarán la ufana suerte mía.  
85 Y del perdido bien de la victoria  
darán las ocasiones; que huyeron,  
en el progreso luengo de mi historia.  
No sé, por do los hados inducieron  
esta mi soledad en el extremo;  
90 que en el principio nunca prometieron.  
Vos, Ojos, de quien cuido solo y temo  
morir penoso ausente, cuando fuere  
de mi dolor el término supremo;  
Húmedos en mi muerte a quien vos viere

95 vos descubrid, y vuestra faz llorosa  
muestre, como mi mal vos duele y hiere.  
Porque sea mi suerte más dichosa,  
que en vida, en muerte, y el tormento mío  
venza a la vuestra condición sañosa.  
100 Porque en ausencia por el bien porfío;  
si en presencia me niegan el derecho,  
y me engaño en tan alto desvarío?  
Destinado nací para este hecho;  
y sujeto a belleza ingrata y dura,  
105 siempre afligido y triste y roto el pecho.  
La Aurora pareció con veste oscura,  
présaga de mi afán, y el nuevo día  
mudó el semblante ledó y luz segura.  
Jamás gocé alguna hora de alegría;  
110 que no fuese teñida de tristeza,  
si merecí tal bien en mi osadía.  
No culpo yo el rigor y la dureza  
de mi luciente Estrella en tanto engaño,  
mi obstinación sí culpo y mi firmeza.  
115 Debía no huir mi desengaño;  
mas consiento la pena, y no rehúso,  
si abracé la ocasión, sufrir el daño.  
Pero la ausencia así me descompuso  
de toda la paciencia; que no hallo  
120 en mí el lugar; que la razón dispuso.  
Sufriendo peno y muero, y siempre callo;  
pues me conozco al fin de Amor tirano  
humilde y pobre y sin valor vasallo.  
Yo sé, que un tierno pecho y soberano  
125 del mezquino se acuita y condolece,  
y procura su bien con larga mano.  
Mas a quien la ventura desfallece,  
y no vale esperanza, es bien la muerte;  
pues en la vida mísera el mal crece.  
130 Ya no mas buscaré, si el dolor fuerte  
desmaya; porque estoy determinado  
en seguimiento siempre de mi suerte.  
Y de esta soledad acompañado,  
con un deseo, en otro convertido,  
135 de mis glorias iré desamparado.  
Y cuando no pudiere haber olvido,  
(que difícil será) no es ya tan largo  
el tiempo, en los trabajos consumido;  
Que no me halle luego el trance amargo,

140 y al cuerpo suelta la alma en vuelo presto,  
cansada dejará el pesado cargo.  
Y en sombra yacerán y oscuro puesto  
mis dolores conmigo sepultados;  
y cesarán del vago error molesto,  
145 que ahora no reposan, mis cuidados.

<SONETO XXXIII. Al Dotor Martin Martinez>

Tú, que alegras el Tebro esclarecido,  
y del Betis ondoso el curso ufano  
dejas; y el precio antiguo Italiano  
miras en el sepulcro del olvido;  
5 Por ventura del yugo sacudido  
la cerviz alzas libre, y del tirano  
Amor en ti desmaya el furor vano?  
o en fiero ardor espiras encendido?  
Que yo en la Patria sin mi Luz me veo,  
10 triste, preso, herido, solo, ausente,  
y perseguido siempre de un cuidado.  
Sin esperanza avivo mi deseo;  
y apena de este río a la corriente  
descubro el mal, que sufro no cansado.

<SONETO XXXIV>

Mi Luz, así en la vuestra bella frente  
nunca ofenda las rosas hielo frío;  
y así blando al ingrato Señor mío  
vea en esas estrellas yo presente;  
5 Que me digáis; humilde amante ausente  
si en vuestro corazón hallo desvío?  
si vuestro pecho tierno el desvarío  
dulce, como en mi tiempo alegre, siente?  
Porque por esa púrpura templada  
10 en blanca y pura nieve, y por los ojos  
suaves, do respira mi esperanza;  
Que en la más luenga ausencia y apartada  
no vos negó mi alma los despojos,  
ni en mí temió el Amor jamás mudanza.



<SONETO XXXV>

Cuando cantar deseo la belleza  
vuestra y serena luz, que humilde honoro;  
el esplendor y puros rayos de oro,  
do afinan los de Febo su riqueza;  
5 Reconozco el valor y la grandeza,  
en quien de eterno ardor celeste coro  
ensalzó de sus bienes el tesoro,  
y desigual me inclino a tanta alteza.  
Dadme favor alguno en vuestra gloria,  
10 de honesto amor oh llama generosa,  
y de esta nuestra edad oh raro ejemplo;  
Porque a la eternidad de la Memoria  
por precio de beldad maravillosa  
consagre vuestro nombre yo en su templo.

<SONETO XXXVI>

Llegue el dolor, si puede crecer tanto,  
a desatar esta secreta llaga;  
que no me deja reposar, y haga  
ante quien temo el justo oficio el llanto.  
5 Que cuando descubriere de ello, cuanto  
mostrar se debe, a quien tan mal se paga  
de mi mal, podrá ser, que se deshaga  
la sombra del peligro y de mi espanto.  
Si no, escondido en esta oscura niebla,  
10 acabe a gusto ajeno; mas de suerte,  
que falte del remedio la esperanza.  
Porque quien siempre yace en la tiniebla,  
no espere ver la luz, sino en la muerte;  
que la gloria de amor tarde se alcanza.

<SONETO XXXVII. Al Conde de Gelves>

Señor, si este dolor del mal, que siento,  
veo desvanecer en mi memoria;  
y en olvido yacer la triste historia;  
que fue dura ocasión a mi tormento,

5 De España con voz alta y noble aliento  
cantaré los triunfos y victoria;  
y daré entre su honor y eterna gloria  
al valor vuestro insigne igual asiento.  
Mas un dulce esplendor; un cerco y oro;  
10 que en crespas hebras arde; una armonía  
y gracia; que florece y orna el suelo;  
Una belleza, a quien suspenso adoro,  
impiden esta altiva empresa mía,  
y en su furor me llevan hasta el cielo.

<CANCIÓN II. A d. Luis Ponce de León Duque de Arcos>

Oh clara luz y honor del Occidente,  
espíritu real, do puso el cielo  
de su inmenso valor grandeza tanta;  
en quien, cubierta de oro el vario velo,  
5 con puro ardor de púrpura luciente  
la gloria su riqueza esparce y planta;  
si el molesto dolor, que me quebranta,  
y me instiga a cantar la grave pena;  
que aborrezco y procuro,  
10 me dejase algún tanto ya seguro  
del fuego, que en mi pecho ardiendo suena,  
y del cruel rigor del hielo duro;  
que me condena a doloroso llanto  
y a perpetua cadena,  
15 consagraría en honra vuestra el canto.  
Mas yo siguiendo voy con paso incierto  
en horror de la noche, en ciego día  
por los riscos y cerros no tratados  
lejos el fulgor bello y la Luz mía;  
20 que me lleva a morir en temor cierto,  
a donde solo entraron desdichados;  
que esto es premio a mis penas y cuidados.  
ya en la doblada imagen Espartana  
la coronada frente  
25 muestra la quinta vuelta el Sol caliente;  
después que abierto el corazón con hierro  
me trajo Amor al yugo obediente.  
siempre sonó de allí mi lira triste,  
el mi luengo destierro,  
30 y el desdén, que en mi daño mi Luz viste.  
La memoria; los hechos valerosos;  
las columnas; del fiero armado Marte

los trofeos alzados; que en rocío  
sangriento manan; la destreza y arte  
35 de los ínclitos pechos generosos;  
que bañó Betis, Tajo, y Duero frío,  
a que aspiraba el rudo canto mío,  
oscurecidos yacen en olvido.  
solo es Amor mi canto,  
40 los ojos bellos y oro puro canto.  
tal me tiene el cruel preso y rendido,  
y entregado a la fuerza de mi llanto!  
recíbeme la noche y deja el día,  
celebrando perdido  
45 el sereno esplendor de la Luz mía.  
Aquel, que el glorioso y rico Lauro  
coronó con sus verdes hojas de oro;  
que con suave y culta noble lira;  
igual de Grecia y de Castalia al coro,  
50 suspende el Indo piélago y el Mauro;  
y con el canto al mismo Febo admira;  
y osadamente levantarse aspira  
con felice armonía a la memoria  
y Romana alabanza,  
55 del Itálico honor clara esperanza;  
y de las almas grandes con victoria;  
aquel vuestro valor dichoso alcanza  
solo a esculpir en el eterio velo  
con venturosa historia;  
60 que no mi canto, ajeno de consuelo.  
El peso inmenso y movimiento ardiente  
sufre y sustenta apenas el grande Atlante;  
que siente grave, y la cerviz inclina;  
yo, que no soy tan fuerte y tan constante,  
65 temo caer con él y juntamente  
mi deseo ilustrar con fama indigna;  
y la muerte, que a Erídano destina  
el ímpetu Paléneo acelerado,  
en la corriente umbrosa;  
70 que hubo del hecho el nombre, do en llorosa  
honra el dudoso electro fue engendrado.  
la suerte acerba suya y lastimosa,  
aparta mi esperanza y mi deseo,  
y el miserable hado  
75 de quien perdió el caballo de Perseo.  
Vuestro valor excelso; la grandeza  
del ánimo; la gloria verdadera;

el alto y vigilante pensamiento  
a Esmirna ya cansado y Mantua hubiera,  
80 y del Cisne Dirceo aquella alteza  
de no imitado vuelo y grave acento,  
y de Olmeo al insigne ayuntamiento;  
cuanto más una pobre, estéril vena,  
aunque el oro abundoso,  
85 que Hermo tuerce en sus ondas, y el dichoso  
Tajo con su luciente y rica arena,  
y del Hidaspes Medo el curso ondoso  
sonasen de mi canto en la corriente  
de vuestra gloria llena,  
90 y la lluvia, que Rodas vio presente.  
Querer cerrar en poco el bien, que el cielo  
largo y felice ofrece al nombre vuestro,  
será, como quien piensa y osa en vano  
dinumerar del mar sagrado nuestro,  
95 las ondas, o en el seco, ardiente suelo  
las arenas; que mira el Africano,  
o los astros del cerco soberano.  
mejor es con silencio a vuestra fama  
dar la gloria debida,  
100 y venerar tanta virtud crecida;  
que luce y resplandece en viva llama,  
como estrella del Polo esclarecida.  
que contra el Tiempo y todo el rigor crudo,  
la lumbre, en que se inflama,  
105 es de inmortal firmeza eterno escudo.

<SONETO XXXIIX>

Profundo y luengo, eterno y sacro Río;  
que el ancho curso tuyo y grande frente  
mezclas en el mar hondo de Occidente,  
y en él junto el amargo llanto mío;  
5 De mi deseo vano, en quien porfía;  
de esperanza y remedio siempre ausente,  
en esta soledad por tu corriente  
hago ocasión a nuevo desvarío.  
Tú, si del canto mío un tiempo oíste  
10 el tierno son, aunque mayor que el Ebro,  
y yo cuánto menor que el claro Orfeo!  
Admite en estas ondas mi voz triste;  
que serás en los males, que celebro,

solo mi Pimpla y mi Castalio Olmeo.

<SONETO XXXIX>

No puedo sufrir más el dolor fiero,  
ni ya tolerar más el duro asalto  
de vuestras bellas luces, antes falto  
de paciencia y valor, en el postrero  
5 Trance, arrojando el yugo, desespero;  
y, por do voy huyendo, el suelo esmalto  
de rotos lazos; y alzo osado en alto  
el cuello, y verme libre alegre espero.  
Mas qué vale mostrar estos despojos,  
10 y la ufanía de alcanzar la palma  
de un vano atrevimiento sin provecho?  
El rayo, que salió de vuestros ojos,  
puso su fuerza en abrasar mi alma,  
dejando casi sin tocar el pecho.

<SONETO XL>

Cubre en oscuro cerco y sombra fría  
del cielo puro el esplendor sereno  
la noche triste, y lloro, de afán lleno,  
perdido el bien, que tuve, y mi alegría.  
5 Ningún alivio en la miseria mía  
hallo; de ningún mal me siento ajeno.  
cuanto en la confusión nublosa peno,  
padezco en la purpúrea luz del día.  
En otro yerto Cáucaso el cuidado  
10 profundo mío, y mi mortal deseo  
el pecho despedaza, que renueva.  
Do nunca en mi tormento no cansado  
pudiera el hijo ínclito de Alceo  
mostrar de su valor segunda prueba.

<SONETO XLI>

Viví, cuando Amor quiso, en mi cuidado  
ufano y sin temor; mas mi destino  
no sufrió, que este bien fuese contino;  
que no dura en amor un dulce estado.  
5 Desierto de remedio y engañado,  
cual mísero y errante peregrino,

por los montes voy solo sin camino,  
de mí mismo y de Amor desamparado.

En medio del dolor en la memoria  
10 tal vez consiento sombras de alegría;  
que engañan dulcemente la esperanza.

Mas esto es la segur, que de mi gloria  
corta lo extremo; que en la suerte mía  
del bien nace en mis daños la venganza.

#### <SONETO XLII>

Cuando miro el fino oro al manso viento  
en lucientes rieles esparcido;  
o en hermosas lazadas recogido,  
mil causas justas hallo a mi tormento.

5 Cuando la llama y luz de puro aliento  
rutilar veo en torno; y que el vencido  
pecho tiene en su fuego convertido,  
mil causas justas hallo al mal, que siento.

Cuando escucho la angélica armonía;  
10 y admiro el valor vuestro y gentileza,  
mil causas hallo justas a serviros.  
Mas cuando en la humildad contemplo mía;  
y en vuestro dulce afecto y su nobleza,  
no hallo causa justa a más suspiros.

#### <ELEGIA V>

Pues la luz, que escogí por cierta guía,  
sombra oscura del cielo me defiende;  
llora conmigo, Amor, la pena mía.

Ya sobre mi nubloso horror desciende,  
5 y me aflige la suerte y rinde a llanto;  
que el fuego, que me abrasa, airado enciende.

En lágrimas deshago el triste canto,  
y en ellas ya debería estar deshecho  
el duro corazón, que sufre tanto.

10 Qué áspera condición de fiero pecho  
en tan siniestro caso me levanta,  
y me tuerce a sufrir tan impío hecho?  
Cómo explicar podré congoja tanta,  
si faltan las palabras? si el efecto  
15 triste el sentido mísero quebranta?

Qué podré ya temer? qué tierno afecto  
habrá, que ablande en parte mi dureza,  
pues vivo en tal dolor con mal secreto?  
Quién me impide mirar la gran belleza;  
20 el celestial semblante y armonía;  
que deterraban toda mi tristeza?  
Ya para mí se ha oscurecido el día;  
y pues en las tinieblas me lamento,  
llora conmigo, Amor, la pena mía.  
25 El puro fuego, aquel divino aliento,  
que en el blando y rendido pecho mío  
mi Sol bello envió de su alto asiento;  
Se altera con rigor en hielo frío,  
y acaba de la vida ya suspensa  
30 la parte; que estrenó mi desvarío.  
Y la virtud de la alma y fuerza inmensa;  
que me llevaba sin graveza al cielo,  
entorpecida está de nieve intensa.  
Ya no pretendo yo encumbrar el vuelo  
35 a algún favor; que estoy desconfiado,  
sin bien, oscuro y derribado al suelo.  
Queda solo este bien a mi cuidado,  
renovar con dolor esta memoria;  
Amor, lloremos mi dichoso estado.  
40 A do el favor antiguo? a do la gloria  
de mi pasado tiempo y venturoso?  
a do tantos despojos y victoria?  
Collados altos; Bosque deleitoso;  
Fuente abundosa y agradable Puesto;  
45 testigos de mi bien y mi reposo,  
A do las luces y el semblante honesto?  
el oro en rico cerco recogido,  
con bello error entorno, o descompuesto?  
A do el coral lustroso y encendido;  
50 y el color dulce de suave rosa,  
tiernamente tal vez descolorido?  
A do la blanca mano y generosa;  
que el yugo puso blandamente al cuello,  
y fue prenda a mi alma dolorosa?  
55 A do el ardor luciente del cabello?  
a do más que marfil y no tocada  
nieve del pecho tierno el candor bello?  
A do la perfección, nunca imitada,  
de aquella imagen viva y hermosura,  
60 con envidia de todas admirada?

Qué fuerza de astro, qué cruel ventura  
puede apartarme el bien de mi deseo?  
de mi grave temor quién me asegura?

En un mismo lugar estoy, y no veo  
65 la Luz, que a la alma da virtud crecida,  
y pierdo el bien; que siempre ver deseo.

Grande dolor, pero en cuitada vida  
bien lo debe abrazar, quien la consiente,  
y sufre sustentar esta caída.

70 Si donde el Sol se esconde de la gente;  
o a do en rosado carro va la Aurora  
con purpúreo celaje y blanca frente,

Fortuna, de mi daño causadora,  
me llevase esta Luz serena y bella;  
75 que humilde reconozco por Señora,  
Aunque mil muertes me ofreciese en ella.

por la tiniebla y claridad del día  
buscando iría mi fatal Estrella.

Y ahora una enemiga compañía  
80 el paso, al bien abierto, me deshace;  
llora conmigo, Amor, la pena mía.

En esta soledad me satisface  
cuanto es triste, y a muchos insufrible,  
y todo extraño desconcierto aplace.

85 Quién espera en Amor? si aborrecible  
su bien y su mal es en su mudanza,  
y, cuanto mas halaga, más terrible.

Si pudiese perderse la esperanza,  
oh cuán breve sería el ciego engaño;

90 que nace de amorosa confianza!  
Porque descubriría el desengaño,  
presente al cielo, que mis cuitas mira,  
la vanidad y causa de su daño.

Mísero, quien estima, y quien admira  
95 simple tan frágil fuerza, y olvidado  
de sí, su perdición busca y suspira.

Pues yo ausente, aún no estoy desesperado;  
para que no desmaye el dolor crudo;  
Amor, lloremos mi dichoso estado.

100 Mis quejas oiga el ímpetu sañudo  
de Vulturno, y las lleve resonando,  
do Hiperión esconde el rayo agudo;

Y traspase de allí al caliente bando,  
y a la llena región de fría nieve,  
105 mi cuidado y dolor multiplicando.



Mi daño alcance, quien surcando debe  
abrir el hondo lago de Neptuno,  
y quien, oh Marte, a tu furor se atreve.  
Si se hallare desdichado alguno;  
110 que tuvo bien, y lo perdió, este puede  
consuelo en mí tener más oportuno.  
Escrita mi infelice historia quede  
en bronce; y llore de mi gloria muerta  
quejoso el mal; que a tanto bien sucede.  
115 Si algún amante en esta parte incierta  
llegare, lleno de mortal fatiga,  
y con dolor herido y cuita cierta,  
Señale en esta arena, y mustio diga;  
aquí no entra, quien no es desdichado.  
120 y aquí la suerte a todo afán obliga.  
En tanto que se acerca el impío hado:  
y nos escucha esta ribera fría,  
lloremos, Ojos, mi dichoso estado.  
Llore Betis los versos; que me oía,  
125 y tú, que no te ofendes de mis males,  
llora conmigo, Amor, la pena mía.  
Las aves con sus cantos desiguales  
acompañan la voz de mi lamento,  
y de esta fuente rotos los cristales.  
130 No es mi queja mayor que mi tormento;  
que el corazón, que tengo, es bien bastante  
para cualquier profundo sentimiento.  
Mas este que padezco, va delante  
a todos cuantos tiene el Amor fiero;  
135 ni puede alguno ser su semejante.  
Desconfío, aborrezco, amo, espero,  
y llega a tal extremo el desconcierto;  
que ya no sé, si quiero, o si no quiero.  
Testigo es de mis males el desierto;  
140 que me ve en su desnuda y roja arena  
vencido del dolor y casi muerto.  
Cándida Luna, que con luz serena  
oyes atentamente el llanto mío;  
has visto en otro amante otra igual pena?  
145 Mírame en este solo y hondo río  
lamentando mi mal con su ruido,  
y me cubre del cielo el manto frío.  
Repara el carro instable a mi gemido;  
y pues Amor tocó tu exento pecho,  
150 duélete de quien ama tan perdido.

Así el dormido Joven, satisfecho  
del hermoso fulgor de tu luz pura,  
amancille jamás tu alegre lecho.  
Pues de nieblas la faz rompiste oscura,  
155 para mirar el tiempo ufano y ledo;  
cuando pude esperar en mi ventura,  
En este mal, en que me vence el miedo,  
ofrece algún remedio a tanto daño;  
pues valerme en mis ansias nunca puedo.  
160 Que en este mi infortunio y mal extraño  
por ventura la suerte ofrecería  
algún flaco reparo a tal engaño.  
Mas pues Diana sigue su alta vía;  
y acogida a mis lágrimas me niega,  
165 llora conmigo, Amor, la pena mía.  
Ya que mudanza a tanto mal no llega;  
y, roto del mar negro en la onda fiera,  
cruel fortuna a lástimas me entrega,  
De este sonante río en la ribera  
170 esperaré, si soy de tal bien digno,  
que mi esquiva pasión conmigo muera.  
Y seré en esta tierra triste indigno  
ejemplo del dolor; que Amor presenta  
al más dichoso amante y más mezquino.  
175 Cubrirá mi sepulcro esta sedienta  
arena; que el Sol hiere en luengo día,  
y un verso; que declare así mi afrenta;  
Dio ausencia y soledad, siendo su guía.  
a un mísero amador injusta muerte;  
180 Amor, que siempre fue en su compañía.  
yace con él en una misma suerte.

<SONETO XLIII>

Qué espíritu encendido Amor envía  
en este frío corazón esquivo,  
que a la alba en calor grande el pecho avivo,  
y ardo al aparecer del nuevo día.  
5 Yo me inflamo, si a Febo se desvía  
la sombra; y cuando de aquel puesto altivo  
declina el Sol, me quemo en fuego vivo,  
y abraso, cuando tuerce al mar la vía.  
Centella soy, si el lubricán parece;  
10 llama, cuando se ven las luces bellas,  
y el blanco rostro a Delia se colora.

Fuego soy, cuando el orbe se adormece;  
incendio al esconder de las estrellas,  
y ceniza al volver de nueva Aurora.

<SONETO XLIV>

Lloro solo mi mal, y el hondo río  
en sus turbadas ondas mezcla el llanto.  
ya es tiempo, digo, Amor, en triste canto;  
que el cierto fin termine el dolor mío.  
5 Sigo ausente, sin bien tu desvarío,  
y en tu vana esperanza me levanto;  
y ahora desamparas todo, cuanto  
de tu incierta promesa más confío.  
Ya es tiempo; Amor, que el áspero tormento  
10 acabe, o que en mi vida se deshaga  
el desigual deseo y la osadía.  
Que en tanto afán ya falta el sufrimiento,  
y el golpe de esta siempre acerba llaga,  
lo íntimo penetró de la alma mía.

<SONETO XLV>

Clara, suave Luz, alegre y bella,  
que el zafiro y color del puro cielo  
templáis de la esmeralda con el velo,  
que resplandece en una y otra estrella;  
5 Fulgor divino; lúcida Centella;  
por quien libre mi alma, en alto vuelo  
las alas rojas bate, y huye el suelo  
ardiendo vuestro dulce fuego en ella;  
Si yo no solo abraso el pecho mío,  
10 mas tierra y giro aéreo; y en mi llama  
doy principio inmortal de incendio eterno;  
Por qué el rigor no puedo y vuestro frío  
antiguo regalar? por qué no inflama  
mi estío ardiente a vuestro helado invierno?

<SONETO XLVI>

Cuando de mi Luz bella el desdén siento,  
y fenecer mi gloria en tibio olvido;  
huyo señero y triste, aborrecido,  
el áspero dolor de mi tormento.

5 Mis vanas esperanzas represento,  
el poco bien, el mucho mal sufrido;  
y ausente, despagado y ofendido  
mi libertad llorada osado intento.  
Pero si vos después rendido el cuello,  
10 y vieredes colgados mis despojos;  
dudad las duras armas de Amor ciego.  
Que en las lucientes hebras del cabello  
y alegre fucilar de dulces ojos  
preso, me pierdo todo, y ardo en fuego.

<SONETO XLVII>

Vuelvo al ufano corazón el día;  
en que mi Luz mostró su luz hermosa,  
y relució suave y amorosa,  
bella en mis ojos igualmente y pía;  
5 Y acuérdome, que el Sol, que descendía,  
paró al ardiente Flegón la espumosa  
rienda, y con su tardanza espaciosa  
sintió el ínfimo polo ausencia fría;  
Entonces inflamado en dulce fuego,  
10 mi gloria alabo y bien, y alegre digo;  
cuál buena suerte alcanza a mi ventura?  
No el cetro del Romano envidia y Griego;  
porque imperio mayor tiene consigo,  
quien ama soberana hermosura.

<SONETO XLIIIX>

El color bello en el humor de Tiro  
ardió, y la nieve vuestra en llama pura,  
cuando, Estrella, vibrasteis con dulzura  
los rayos, por quien mísero suspiro.  
5 Vivo esplendor de lúcido zafiro,  
sereno cielo; eterna hermosura,  
pues merecí alcanzar esta ventura,  
acoged blandamente mi suspiro.  
Con él mi alma, en el celeste fuego  
10 vuestro abrasada, viene, y se transforma  
en la belleza vuestra soberana.  
Y en tanto gozo, en su mayor sosiego  
su bien, en cuantas halla, alegre informa;  
que en él solo menor la gloria gana.

<ELEGIA VI. A la muerte de don Pedro de Çuñiga>

Luego que el pecho me hirió el esquivo  
y triste son del caso sucedido,  
enfrió el corazón un hielo vivo.  
Quise empero turbar a mi sentido,  
5 y vencer a la fama con engaño;  
que tanto mal no debe ser creído.  
Mas el quejoso sentimiento extraño  
en el común dolor, que se veía,  
me descubrió, cuanto era grande el daño.  
10 Cuán de otra suerte (ay mísero) fingía  
el suceso y memoria de las cosas;  
que en la pompa real se me ofrecía!  
Mas oh mis esperanzas gloriosas  
cuán mal surten! cuán mal divides, Muerte,  
15 la unión de tantas gracias venturosas!  
Qué corazón se ve tan duro y fuerte,  
que no acabe en sus lágrimas deshecho?  
que no estalle, estrechado de tal suerte?  
Murió, ay dolor, y no rompió mi pecho?  
20 qué mal, qué pena espera mi dureza  
después de este cruel y acerbo hecho?  
Qué señales daré de mi tristeza?  
suspiros tristes y lloroso acento;  
que condenen del hado la aspereza;  
25 Y en exequias de eterno sentimiento  
estos versos; que sean los despojos  
del bien, que ya perdí, del mal, que siento.  
Lágrimas quién dará para mis ojos?  
suspiros quién al corazón doliente?  
30 quién palabras, que espinen como abrojos?  
Ya veo, ya conozco aquí presente  
aquel semblante en viva Luz cubierto,  
con pura claridad resplandeciente;  
Y me culpa, su espíritu desierto  
35 si lloro que en región de la alegría  
está, desamparando el cuerpo muerto.  
Grande causa de llanto es esta mía,  
pues contemplo cuán alta confianza,  
España, te robó un oscuro día.  
40 Pero si vuelvo intento esta mudanza;

y veo, a quien suspiro, venerable,  
donde el poder terreno tarde alcanza;  
Envidia es, no congoja lamentable,  
al que huye en la senda peligrosa  
45 los trabajos del suelo miserable.  
Quién llora, porque goce en paz dichosa,  
lejos de estos Euripos de la vida,  
la alma de quien amó más gloriosa?  
Allí la ambición vana y sin medida,  
50 odio y codicia y miedo y error ciego  
su quietud no alteran escogida.  
Mas la simpleza amable y el sosiego;  
que en celestes espíritus presenta  
de la inmortal belleza ardiente fuego.  
55 Nuestra mísera vida a quién contenta?  
quién desea luchar en las cadenas,  
dónde la alma se cansa y atormenta?  
Nuestras glorias de afán y dolor llenas,  
sin bien, sin esperanza, sin consuelo  
60 descubren con más cuita nuevas penas.  
Nunca alzamos los ojos en el cielo,  
opresos con la carga y peso humano;  
que a la alma impide levantar el vuelo.  
Revueltos en deseo y temor vano,  
65 temblamos, enemigos de la gloria  
de aquel felice asiento soberano.  
A quien no ofende la cruel memoria,  
do más ensancha Betis la alta frente;  
y da al mar de sus ondas la victoria.  
70 Hambre; peste; furor de Marte ardiente;  
rigor del cielo nunca mitigado;  
y ansioso temor del mal ausente.  
Entonces (oh dolor) el impío hado  
arrebato aquel Joven animoso,  
75 con la cumbre de un monte quebrantado.  
Quedó tendido el cuerpo generoso  
sin vida en la desnuda tierra helada,  
con el horror del golpe impetuoso.  
No cala con tal furia acelerada  
80 el rayo penetrante, despedido  
de la nube con ímpetu rasgada.  
Turbó sus ondas Betis con gemido;  
y sus Ninfas lloraron a su amante,  
y del León sonó el feroz rugido.  
85 Jamás dolor a este semejante

sintieron las Riberas caudalosas;  
que toca el hondo piélago de Atlante.  
Crecieron las membranzas congojosas  
con su muerte, y Hesperia fue testigo  
90 del llanto y de las quejas lastimosas.  
A ti, oh gran Pedro, a ti su estrecho amigo  
lleva ahora también de nuestro río  
lejos la suerte desigual consigo.  
Quema el fogoso ardor del seco estío  
95 la bella flor, y de la tierna planta  
las hojas el nevoso invierno frío;  
Mas Céfiro suave las levanta  
hermosas con alegre y blando vuelo,  
y Filomela en ellas dulce canta.  
100 Nosotros, cuando rompe el mortal velo;  
y fallece el vital y amado aliento,  
jamás el pie imprimimos en el suelo.  
Breve, dudosa vida con tormento,  
cierto temor, deseos no acabados  
105 son de nuestra miseria el fundamento.  
Áspera y justa ley; que los cuidados  
y amor desvanecido y ciego enfrena  
de humanos corazones engañados.  
Yo mismo aquel dolor, que me condena,  
110 busco y mi perdición, y hago queja  
del cielo; que mis ímpetus refrena.  
Cuán pocas veces la pasión nos deja!  
cuán presto la alegría queda muerta,  
y, no siendo aún hallado, el bien se aleja!  
115 Como desierta, oscura, vía incierta;  
que se revuelve en sí, sin dar camino  
a quien de ella saliendo apenas acierta.  
Así es la vida nuestra; que continuo  
seguimos ofuscados, sin que atienda  
120 a remediarse el ánimo mezquino;  
Hasta que allana el fin de la contienda  
el yerto paso, y con tormento interno,  
muestra al mortal rigor abierta senda.  
Entonces de la tierra el amor tierno  
125 y la gloria caduca a la alma ingrata  
son congoja y temor de fuego eterno.  
Las esperanzas todas desbarata  
la muerte, y al que en vicio sepultado  
yace, en pena inmortal aflige y trata.  
130 Dichoso tú, que al cielo arrebatado,

alegre relucir ves las estrellas,  
y yuso de tus pies el mar hinchado;  
Y del viento los soplos, las centellas;  
que ilustran esparcido el aire errante;  
135 y nuestras voces oyes y querellas;  
Y al Rey del alto Olimpo triunfante;  
que la tierra gobierna, y pone freno  
al mar; que no se extienda resonante;  
De gloria y piedad celeste lleno,  
140 ruegas por nuestras culpas por ventura,  
de amor santo alargando el ancho seno.  
Aunque la voz del llanto y veste oscura  
no sufra de tu suerte la alegría;  
que goza de la excelsa hermosura,  
145 Permite, que tu muerte y pena mía  
publique en cuanto la grandeza Hispana  
dilata la pujante monarquía.  
Afecto son de la rudeza humana  
estos suspiros, que osan, y lamento  
150 mostrar su afán y tu honra soberana.  
Porque perpetuo siempre el sentimiento  
con memoria será del bien perdido;  
pues eras nuestra gloria y ornamento.  
Yo al amor, que te debo, agradecido,  
155 (si algo pueden mis versos) te prometo,  
que no esconda tu nombre ingrato olvido.  
Antes, por do el Tarteso va quieto  
al vaso inmensurable de Nereo,  
y acoge en su profundo al Sol secreto;  
160 Do los abetos mira Febo Ideo;  
que lleva del mar nuevo a la corriente  
el Español, muriendo en su deseo;  
Y do el límite rojo de Oriente  
viste de pura luz la bella Aurora;  
165 do rígida impresión Islanda siente;  
Do el Indo bebe el Nilo, y se colora,  
será con más estima venerado  
no solo por tu ausencia de quien llora,  
Mas de quien tu valor aventajado,  
170 y oyere la excelencia de tu gloria;  
porque, siempre de todos celebrado,  
hará igual con el tiempo tu memoria.



Hórrido Invierno, que la luz serena  
y agradable color del puro cielo  
cubres de oscura sombra y turbio velo  
con la mojada faz de nieblas llena;  
5 Vuelve a la fría gruta, y la cadena  
del nevoso Aquilón; y entre aquel hielo;  
que oprime con rigor el duro suelo,  
las furias de tu ímpetu refrena.  
Que en tanto que, en tu ira embravecido,  
10 asaltas el divino Hispalio río;  
que corre al sacro seno de Occidente;  
Yo triste, en nube eterna del olvido,  
culpa tuya, apartado del Sol mío,  
no me enciendo en los rayos de su frente.

<SONETO L>

Cual dejando el Olimpo soberano,  
por la columna ebúrnea y roja frente  
las ondas y sortijas de luciente  
oro mi Luz movió en semblante humano.  
5 En ellas centellando Amor tirano,  
me anudó el corazón con red ardiente;  
y blando puso el yugo a mi doliente  
cuello entonces la tierna y blanca mano.  
Promesa fue este dulce acogimiento  
10 para el bien de esperanza glorioso,  
y fin del peso; que sufrí cansado.  
Qué no podré esperar de mi tormento,  
si en hebras, que el Sol mira envidioso,  
me hallo estrechamente relajado?

<SONETO LI>

Oye tú solo, eterno y sacro Río,  
el grave y mustio son de mi lamento;  
y confuso en tu grande crecimiento  
mezcla en el Ponto inmenso el llanto mío.  
5 Los suspiros ardientes, que a ti envió,  
antes que los derrame airado viento,  
acoge en tu sonante movimiento;  
porque se esconda en ti mi desvarío.

No sean más testigos de mi pena  
10 los árboles, las peñas, que solían  
responder, y quejarse a mi gemido.

Y en estas ondas altas y esta llena  
corriente, que mis lágrimas porfían  
vencer, vivan mi mal y amor crecido.

<SONETO LII>

Del fresco seno lúcido la Aurora  
de tierno hielo perlas esparcía,  
y con purpúrea frente alegre abría  
el esplendor suave, que atesora;

5 El sereno confín de Euro y de Flora  
con la rosada llama; que encendía  
Delio aún no rojo bien, al nuevo día  
esclarece y esmalta, orla y colora.

Cuando sale mi Luz, y en Oriente  
10 desmaya el puro ardor, oh vos del cielo  
vagas Lumbres, si tanto se consiente,  
Digo con vuestra paz; que en mortal velo,  
más que vos bella apareció y fulgente  
mi Luz; que honora el rico Hesperio suelo.

<SONETO LIII>

Ardió en las llamas de Eta Alcides fiero;  
que desdeñó el valor nunca vencido  
de su inmortal espíritu encendido  
quedar mortal, sujeto al común fuero.

5 Tal yo, que en la serena lumbre muero  
de mi Estrella inflamado; aunque el perdido  
dolor me trae mísero rendido,  
eterno en su vigor vivir espero.

Mas cuanto desigual es nuestra suerte;  
10 que el veneno acabó su fuerte pecho,  
y del error nació su grande gloria.

Pero mi Luz no se preció en mi muerte,  
y yo, en sus rayos vivo incendio hecho,  
perpetua ofrezco al tiempo esta memoria.

<SONETO LIV>

Dichoso fue el ardor, dichoso el vuelo,  
con que, desamparado de la vida,  
dio Ícaro en su gloria esclarecida  
nombre insigne al salado y hondo suelo.  
5 Y quien despeñó el rayo dende el cielo  
en la onda del Erídano encendida;  
que llorosa lamenta y afligida  
Lampecie en el hojoso y duro velo.  
Pues de uno y otro eterna es la osadía  
10 y el generoso intento; que a la muerte  
negaron el valor de sus despojos.  
Yo más dichoso en la alta empresa mía;  
que en el Olimpo me encumbró mi suerte,  
y ardí vivo en la luz de vuestros ojos.

<CANCIÓN III>

Este lugar desierto,  
y este silencio oscuro y escondido;  
do el Sol no halla abierto  
el paso al carro ardiente,  
5 testigos de mi dulce bien perdido  
son y del daño cierto,  
memoria amarga de mi gloria ausente,  
do cansa al pensamiento  
el molesto dolor de mi tormento.  
10 Aquí junto a las flores;  
al pie de este alto Lauro coronado,  
volaban los Amores  
por la purpúrea frente;  
que el cerco, en hebras de oro relazado,  
15 con los varios colores  
de las dichosas piedras de Oriente  
a la aura descubría,  
y al Amor mismo de su amor hería.  
Volaban rociando  
20 con la ambrosía el rosado, apuesto cuello,  
y suspenso, mirando  
su luz, yo ardía en fuego,  
preso en sortijas bellas del cabello,  
y vi mi muerte, cuando

25 vi en sus ojos opuesto el niño ciego;  
y en su nevado pecho  
quedó espíritu dulce el Amor hecho.  
Perlas, que en rojo seno,  
y del Niseo Hidaspes relucían  
30 en el curso sereno,  
muchas coronas juntas  
formaban en las trenzas, que ceñían  
el oro de ámbar lleno,  
y esparciendo distantes ricas puntas  
35 por la frente, ardió luego  
mi alma presurosa en vivo fuego.  
Cuál fue mi acerba pena,  
viendo en su pura luz nacer mi muerte;  
conoce, quien ordena,  
40 que muera en tibio olvido  
con esquivo cuidado de mi suerte.  
cuán presto desordena  
Amor, lo que desea un afligido;  
que luego en la mudanza  
45 corta el vuelo sin tiempo a la esperanza.  
Pequeña fue mi gloria,  
pero grande el afán y grande el daño;  
que dejó en la memoria  
de belleza deseo,  
50 y dejó a la alma triste cierto engaño;  
que en su mísera historia  
vuelve y revuelve el simple devaneo;  
y lleva por despojos  
fuego en el corazón, llanto en los ojos.  
55 Vago y sereno Río;  
tú, que alegre aspirabas a mi canto,  
alto Monte; y tu frío  
Bosque; solo y oscuro,  
cuántas veces oído habéis mi llanto?  
60 cuántas el pesar mío  
vuestro silencio perturbó seguro,  
sin ver de aquella ingrata  
menos desdén, o voluntad más grata?  
Su nombre en la corteza  
65 vuestra extendiendo, en llanto deshacía  
mis ojos con terneza;  
y en el lugar, donde ella  
se reclinó, cuitoso me tendía;  
y atento en su belleza,

70 hasta que daba luz la Idalia Estrella,  
allí estaba llorando,  
y en mis quejas al cielo importunando.  
Pasó mi bien ligero,  
cual niebla; que la esparce y rompe el viento.  
75 quedome dolor fiero;  
que nunca de mi parte,  
y en su memoria desmayarme siento.  
y siempre desespero,  
que el tiempo en mí deshaga alguna parte.  
80 y puesto en tal extremo,  
ni el bien deseo ya, ni el daño temo.

<ELEGIA VII>

Si el grave mal, que el corazón me parte  
y tiene siempre en áspero tormento,  
sin darme de sosiego alguna parte;  
Pusiese fin al mísero lamento;  
5 que en mis ojos conoce lastimoso  
solo en eterna pena propio asiento;  
Podría yo vuestro dolor quejoso  
consolar, como bien ejercitado,  
Señor, en mi pasión y afán cuitoso.  
10 Pero nunca permite Amor airado,  
o que levante la cerviz cansada,  
o en algo desocupe mi cuidado.  
Por la prolija senda y no acabada  
de mi dolor prosigo; y mi porfía.  
15 en el mayor peligro es más osada.  
En silencio de oscura noche fría,  
me aflige el miedo triste del olvido,  
ausente de la Luz de la alma mía.  
Y en la sombra del aire desparcido  
20 se me presenta la visión dichosa,  
cierto descanso al ánimo afligido.  
Mas veo mi serena Luz hermosa  
cubrirse; porque en ella haber espero  
sepulcro, cual perdida Mariposa.  
25 Entonces me derriba el dolor fiero,  
y mi llorosa faz fijando en ella,  
como Cisne, que hiere el son postrero;  
Digo; Luz de mi alma, pura Estrella,  
si vos turba el osado intento mío,

30 y por eso celáis la imagen bella:  
Ponedme, no en rigor de duro frío,  
mas donde a la abrasada África enciende  
el hórrido calor del seco estío.  
Y allí veréis, que al corazón no ofende  
35 su fuerza toda; que el sutil veneno,  
que de vos lo penetra, lo defiende.  
No me escondáis el resplandor sereno;  
que siempre he de seguir vuestra belleza,  
cual Clicie al Sol de ardientes rayos lleno.  
40 Amo, mas con temor, vuestra grandeza,  
para afinar ufano en vuestro fuego,  
lo que esta en mí defiende vil corteza.  
Que es mucha gloria mía, yo no niego:  
pero por este paso en alto vuelo,  
45 do sin vos no es posible, osando llevo.  
Y separada del umbroso velo,  
como desea estar, mi alma pura  
se halla, y mira leda el claro cielo.  
Espero a vuestra sola hermosura  
50 por bien tan excelente con memoria  
del tiempo y su furor hacer segura.  
No gravaré en columnas vuestra historia,  
ni en las tablas con lumbres engañadas,  
ni vos daré con sombras falsas gloria;  
55 Mas en eternas cartas y sagradas,  
con la virtud, que Febo Apolo inspira  
de las Cirreas cumbres ensalzadas.  
Y si, a do opreso Atlante no respira  
con la pesada carga, y a do suena  
60 turbado el alto Ganges, lleno de ira.  
Y si, a do el hondo Argiro la ancha vena  
derrama, y el Duina grande y frío  
las tardas ondas con el hielo enfrena;  
No pudiere alcanzar el canto mío,  
65 honrará vuestra gloria y mis enojos,  
cuanto Ebro y Tajo cerca y nuestro río.  
Seré dichoso yo, el que los despojos  
con pecho humilde y con rendida frente  
osé entregar, mi Luz, a vuestros ojos.  
70 Así le digo; y viendo el Oriente;  
do el cielo y tierra tocan, esmaltado,  
y que mi Luz se esconde en Occidente;  
Al triste ministerio del cuidado  
vuelvo, ofendido de mi pena intensa,

75 de vida sí, no de pasión, cansado.  
En tal suerte con la alma al mal suspensa  
me halla el canto vuestro; que florece,  
y vuestro nombre ilustra en gloria inmensa.  
Y al rudo ingenio oscuro mío ofrece  
80 con eterno valor perpetua fama,  
del ardor premio justo, que en vos crece.  
Si do el deseo noble, que me inflama,  
fuese mi voz, sería en honra vuestra  
una siempre inmortal y viva llama.  
85 Mas fortuna no sufre al fin siniestra,  
que intente este gran bien, y así me deja  
hacer solo esta corta y simple muestra.  
El Tracio Amante, a cuya dulce queja,  
el severo Plutón, enternecido,  
90 rinde aquella, que en sombra se la aleja,  
Cuando en el frío Ródope y tendido  
yugo del alto y áspero Pangeo  
llorando se acuitó y gimió perdido;  
Y trajo al son del número Febeo  
95 las peñas, fieras y árboles mezclados,  
y el Coro; que bañó el florido Olmeo,  
Con inmortales versos y sagrados  
en la escondida niebla refería  
los principios del mundo comenzados;  
100 El Sol ardiente; Cintia blanca y fría;  
los celestiales giros; y pureza  
de la alta, inmensa luz, y la armonía.  
Y arrebatado en la mayor grandeza  
del tenebroso cerco reluciente,  
105 cantó el candor profundo y su riqueza.  
Mas porque al mortal ánimo doliente,  
de sentir su belleza excelsa indigno,  
turbaba aquel fulgor y ardor presente:  
Con otro canto menos puro y digno,  
110 pero sublime, y que rudeza humana  
huye, y sigue difícil el camino;  
Volvió a herir la lira soberana,  
honrando a quien la bella Melpómene  
con blandos ojos mira, y, la profana  
115 Multitud despreciada, lo sostiene,  
do alegre nunca verse el Héroe puede:  
que el favor largo suyo jamás tiene.  
A este solo el felice bien concede;  
que libre, cuando llegue la impía muerte,

120 de su furor y olvido y sombra quede.  
Aquel también, que mereció tal suerte,  
que el sacro verso ensalce su alabanza;  
no temerá el agudo hierro fuerte.  
Tal, de las Musas gloria y esperanza,  
125 dio a la inmortalidad el paso abierto,  
quien celebró de Grecia la venganza.  
Y el otro no menor, (y no es incierto,  
lo que tu Fama, afirmas) que el Troyano  
piadoso cantó, y al Daunio muerto.  
130 Tal el suave espíritu Romano  
huyó con Delia el lago Estigio lento,  
y el blando, el terso y el gentil Toscano.  
Por esta senda sube con aliento  
el culto Laso prez y honor de España,  
135 mezclado en el Pierio ayuntamiento.  
Do, si al deseo mío Amor no engaña,  
pienso en la cumbre veros venturoso;  
que riega y la Castalia Linfa baña,  
Si en medio el curso no perdéis dudoso  
140 la vía llana a vos, y no ofendido  
lleváis por ella el paso trabajoso.  
El rico Tajo vuestro, conocido  
será por vos, do extiende el curso el Indo,  
y el collado de Cintra, esclarecido  
145 con tal honra, será otro nuevo Pindo.

<SONETO LV>

Ya pues que no resiste mi esperanza  
de esta ausencia mortal el golpe fiero,  
y cuido, que será dolor postrero  
este; que renació en vuestra mudanza;  
5 Acabad con mis ansias la venganza;  
que si de esta ocasión injusta muero,  
libre, que en vida triste nunca espero,  
sentiré en tanto afán tal vez bonanza.  
Y si vos no sufrís, que mi tormento  
10 ponga término al daño con la muerte;  
porque jamás descansa de mi pena.  
Diré contra mi mal; que más contento  
estoy con la dureza de mi suerte;  
pues, esto quiere en mí, quien me condena.



<SONETO LVI>

Voy siguiendo la fuerza de mi hado  
por este campo estéril y escondido.  
todo calla, y no cesa mi gemido;  
y lloro ausente el bien, que vi engañado.  
5 Crece el camino, y crece mi cuidado;  
que nunca mi dolor pone en olvido.  
el curso al fin acaba, aunque extendido;  
pero no acaba el daño dilatado.  
Qué aprovecha en un duro afán presente  
10 rehuir, si se esculpe en la memoria  
y frescas muestras siempre las señales?  
Vuela Amor en mi alcance; y no consiente  
en mi afrenta, que olvide aquella historia,  
que descubrió la senda de mis males.

<SONETO LVII>

A do inclino los ojos, allí veo  
de mi ingrata enemiga la belleza;  
y en dulce sentimiento de terneza  
cuitoso con mi pena devaneo.  
5 Cuánto debo en mi mal a mi deseo;  
que entibia mi dolor con tal destreza;  
que, cuando más envuelto en mi tristeza,  
descubro lo que busco y más deseo.  
Si este engañoso velo de mi daño  
10 no sustentara el pecho, acostumbrado  
al perpetuo furor de mi tormento,  
Ya fuera muerto. mas dañoso Engaño,  
que me enlazas de nuevo en mi cuidado;  
por qué me huyes más veloz que el viento?

<SONETO LIX>

Nací yo por ventura destinado  
al amoroso engaño, y ofrecido  
en mi ofensa a desdén, a ingrato olvido,  
sujeto siempre a miserable estado?  
5 Rompa la aguda espada el implicado  
nudo, pues de mi industria nunca ha sido

suelto por mi dolor; que en mal perdido  
el más cruel remedio es acertado.  
Cuelguen de este alto roble los despojos,  
10 de mi penoso error, y la que incierto  
me sostuvo Esperanza un tiempo, muera.  
Que ya no doy lugar a bellos ojos,  
ni a dulce risa y habla lisonjera,  
y en él se escriba; Amor quedó aquí muerto.

<SONETO LIX>

Mi bien, que tardo fue a llegar, en vuelo  
pasó, cual rota niebla por el viento;  
y creció siempre horrible mi tormento,  
después que me cercó el temor y el hielo.  
5 Alzaba mi esperanza al alto cielo;  
pero en el comenzado movimiento,  
cayó muerta; y, llorando sin aliento,  
me lastimo desierto en este suelo.  
Donde, pagado solo de mi llanto,  
10 huyo aun livianas muestras de alegría,  
ausente, aborrecido y olvidado  
Triste memoria indigna esfuerza el canto;  
y, quejoso en la instante pena mía,  
descanso, cuando gimo más cuitado.

<SONETO LX>

No espero más de Faetón luciente,  
ni de la blanca Cintia noche, o día.  
discurra Hiperión, por otra vía,  
y Prosérpina ocupe el Oriente.  
5 Porque los dulces rayos de la frente,  
que el cielo de la Estrella ilustran mía,  
son, mi Apolo y mi Delia, cierta guía  
en la oscura tiniebla y luz presente.  
En tanta gloria ofende mi flaqueza;  
10 que tolerar no puedo, en ella atento,  
cual águila, el ardor de su belleza.  
Dichoso yo, si, como el gran deseo  
de cegar en la causa del tormento,

Argos fuera tal vez, después Fineo.

<ELEGIA IIX>

Mi Luz, el esplendor de esa belleza  
dio aliento al simple mío y débil canto,  
y de Pieria me encumbró en la alteza.

Ni del pedido carro el miedo tanto,  
5 ni el fuego me cortó el atrevimiento;  
que Faetusa por mí acabase en llanto.

Llegó a mi solo bien el pensamiento;  
que solo se debía a mi ventura  
tal bien, tal esperanza y tal tormento.

10 Tanto puede el valor y hermosura  
de vuestros ojos; que temer ya dudo,  
que me cubra en olvido muerte oscura.

No alcanzara tal bien mi ingenio rudo,  
si vuestro alegre espíritu amoroso  
15 no armara al miedo el corazón desnudo.

Creció el ardor con ímpetu dichoso,  
y abrasó en su virtud mi tibio pecho,  
vuelto ligero todo y generoso.

El gran Toscano amante, que, deshecho  
20 de amor, cantó su pena dulcemente;  
y quien de Adria lo sigue en el estrecho;

Y aquel, por quien Sebeto alza la frente  
con guirnaldas hermosas y corales;  
do, Pausílipo al mar airado siente,

25 Y quien del rico Tajo los cristales,  
mezcla no inferior al Arno frío,  
tierno en encarecer sus propios males;

No igualan con la pena y dolor mío,  
bien que suena menor al fin mi lira,  
30 ni fue tal su famoso desvarío.

Mas pues mi alma mísera suspira  
por vos, mis Ojos, donde muero y vivo,  
flaqueza es mía, si a exceder no aspira.

En no acabado incendio yo me avivo,  
35 y hallo efectos; que jamás pensados  
pueden ser de otro pecho, a vos esquivo.

Estos pasos, que llevo tan contados;  
el temor; el respeto; la esperanza;  
los favores, sin tiempo enajenados,

40 En dudoso recelo y confianza,

me tienen trasportado, y mi porfía  
sigue por toda parte su mudanza.  
Si a donde el rojo Sol su luz desvía,  
o a do hiere su fuerza ardiente arena,  
45 me pudiese poner la suerte mía;  
Entre el hielo desierto con mi pena  
estaría contento, entre la llama,  
sonando en mis pies presos la cadena.  
Yo sé, con que vigor Amor inflama  
50 sujetas voluntades, y que nieve  
lento en amado corazón derrama.  
Yo sé, que aunque de nuevo ingrato pruebe  
su saña en mí, no olvidaré el cuidado,  
ni el daño luengo, ni el descanso breve.  
55 Que, solo a do estuviere y apartado,  
la imagen de belleza soberana  
ya sabe, que en mi pecho he trasformado.  
Donde jamás entró beldad profana;  
después que vi su luz, y a su deseo  
60 quedó mi voluntad rendida y llana.  
Y allí, cuando a Occidente el rayo Ideo  
va, o la Aurora su límite esclarece,  
con la más pura lumbre arder la veo.  
Mi alma goza el bien, que Amor le ofrece,  
65 y humilde envía nuevos los despojos;  
y cuanto más vencida, tanto crece  
en ella el fuego vuestro, bellos Ojos.

<SONETO LXI>

De la Luz, en que espira Amor herido,  
al corazón altivo y desdeñoso  
pasó, rompiendo, el rayo glorioso,  
la sombra, en que dormía, del olvido.  
5 Doliome entonces mucho, haber perdido  
un punto, y vi en mi mal dolor dudoso;  
gloria cierta; afán breve; bien dichoso;  
y el deseo en sus votos ya vencido.  
De hoy más amo y adoro cuantos daños,  
10 celoso de mi suerte, Amor procura,  
bienes viendo exhalar sus ojos bellos.  
Eternos corran mis felices años;  
y a mi alma, abrasada en llama pura,  
siempre enlace la red de sus cabellos.

<SONETO LXII>

Si fuera esta la misma de belleza  
luz; que mi dulce Rey pintó serena,  
juzgando lo que siento de mi pena,  
pensara en ella ver vuestra grandeza;  
5 Mas tanta gloria y bien mortal flaqueza  
no admite, y del deseo me condena;  
que Amor no sufre, oh celestial Sirena,  
ni sufre veros cerca vuestra alteza.  
Y es justo, que si viera de otra suerte,  
10 creciera con tal ímpetu mi llama;  
que mis cenizas fueran los despojos.  
Mas oh dichoso yo, si de tal muerte  
acabara; que el fuego, que me inflama,  
cual Fénix, me avivara en vuestros ojos.

<SONETO LXIII>

Tu gozas la luz bella en claro día,  
dichoso Endimión, de tu Diana;  
mi Luz yo veo con la luz temprana,  
y deseando pierdo mi alegría.  
5 Tú duermes blando sueño en noche fría,  
hasta que sale la Alba roja y cana;  
yo velo con herida nunca sana  
la sombra siempre y luz sin la Luz mía.  
En tu rosada frente y dulces ojos  
10 Delia suspira; y tu robado aliento  
de su pasado afán la aquista gloria;  
Yo mi Luz sin dolor de mis enojos  
veo con rayos de oro en alto asiento,  
ingrata al que padece en su memoria.

<SONETO LXIV>

El suave esplendor de la belleza;  
que alegre en vos espira dulcemente;  
y la serena luz; do Amor presente

tiempla los puros rayos de terneza;  
5 En el más claro asiento de la alteza  
vos hacen entre tantas diferente;  
que por vos glorioso el Occidente,  
su nombre solo ensalza con grandeza.  
Mas el valor; el noble entendimiento;  
10 el espirtu; el intento generoso  
asciende a la región de luz serena.  
Y fuera del humano sentimiento,  
de Envidia sin temor llamaros oso;  
oh sola en nuestra edad bella Sirena.

<SONETO LXV>

Cuán bien, oscura Noche, al dolor mío  
conformas, y resuenas a mi llanto,  
murmurando con sordo y triste canto,  
entre estas duras peñas alto Río.  
5 Óyame este desnudo cielo frío,  
(si tanto con mis quejas me levanto)  
mas pues no espero bien en daño tanto;  
vana es la queja y mal, en que porfío.  
Rompa del corazón más tierna parte  
10 mi gran pesar; acábese encubierto;  
y a tal agravio falte la memoria.  
Que no es justo, que en esta, u otra parte  
se diga; que perdí, sin culpa muerto,  
las debidas promesas de mi gloria.

<CANCION IV>

Amor, tú que en los tiernos, bellos ojos,  
bañados dulcemente en lluvia de oro,  
centellaste, las alas esparciendo,  
y, mi pecho encendiendo,  
5 nuevamente aquistaste los despojos;  
tu hacha pido, y tu favor adoro,  
para ensalzar la Luz de mi cuidado;  
las trenzas; que aura mueve  
por el marmóreo cuello; que la nieve  
10 pura vence en blancura; y el rosado  
color; que yace al fin con pena grave

en sombra desteñido  
tiernamente de viola suave,  
do me enredé otra vez preso y perdido;  
15 y en la robada forma de belleza  
cantaré tu valor y su grandeza.  
Cual fucila en la sola noche oscura,  
honor del cielo y astros el Lucero,  
de ti Venus hermosa amor hermoso;  
20 tal con ardor dichoso  
de mi Luz el vigor y hermosura,  
en el horror se descubrió primero;  
y la niebla rompió, mostrando el día  
en el nubloso manto,  
25 y con el regalado y dulce llanto  
enterneció el dolor a la alma mía.  
rocío celestial, que en vario lustre  
las nubes haces bellas,  
cuando esparce sus rayos Febo ilustre,  
30 no iguala en el color a sus centellas;  
que en perlas, esmeraldas y zafiros  
trajeron de mi pecho mil suspiros.  
No mereció esta pluvia el suelo indigno,  
aunque el repuesto sitio y escondido  
35 enriquezca por ella alegre Flora;  
que ya excede a la Aurora.  
esta, de quien el cielo era bien digno,  
herido destiló el Amor ufano,  
y quien dejó las ondas de Citera  
40 por el Asirio amante.  
esta ocasión instante  
de mi afán y mi muerte lastimera,  
en fuego me abrasó, dando a mis males  
nueva suerte de pena,  
45 y origen a mis cuitas desiguales.  
no habrá canto agradable de Sirena,  
ni de Perseida Circe tal engaño;  
que, cual mi Luz llorosa, cause daño.  
Las hebras, esparcidas por el cuello,  
50 cual oro, en hilos vuelto, y derramado  
sobre el terso marfil; que el manso viento  
toca ledó y contento,  
cogidas unas van en lazo bello,  
sin arte libres otras y cuidado.  
55 cual juega errando incierta por la frente,  
cual cubre un sutil velo.

así el dorado ardor y luz del cielo  
aún no encelan las nubes de Occidente.  
en unas hace Amor el yugo, y tiene  
60 en otras fabricada  
la red; en que mi amado error sostiene,  
presa de ricas piedras y esmaltada.  
de todas vida y muerte se me ofrece,  
y siempre en el dolor mi suerte crece.  
65 No he visto yo de púrpura encendida  
desvanecer la gracia a nueva rosa;  
que solo se descubra su blancura;  
que así quede tan pura,  
tan bella, tierna y de color perdida,  
70 cuanto mi Luz turbada y lastimosa,  
blanco alabastro el rostro parecía  
blando y descolorido,  
de pasión y de lástima ofendido;  
que me robó el sosiego y alegría.  
75 la Alba, cuando, enlazado al hombro, ciñe  
el manto entretejido;  
que la concha Sidonia en orlas tiñe,  
se rinde a su semblante enternecido.  
tal es Amor hermoso y Venus bella;  
80 cual mi pura y luciente y clara Estrella.  
La luz medrosa pues y esmaltes de oro,  
sin orden apartados; la belleza  
del rostro, blandamente desmayado,  
si no fuera el cuidado;  
85 que tengo, suyo, y el valor, que honoro,  
me inclinara al poder de su grandeza.  
y aunque de su señal  
halló apuntada  
mi frente, y preso el cuello  
del glorioso cerco del cabello,  
90 mi alma se sintió y paró alterada.  
las alas sacudió, y ardió en el fuego;  
que en sus centellas luce.  
quedé, cual rudo amante, opreso y ciego.  
crece la llama súbita, y reluce  
95 en las entrañas mías, y conmigo  
de mi mal en la ausencia soy testigo.  
Bien creo yo, que puede una luz bella  
arder en amoroso pecho y tierno,  
y desatallo en la ceniza ardiente;  
100 mas que pueda a mi ausente



pecho atraer la fuerza de mi Estrella,  
y abrasar en un Etna, o Vesvio eterno,  
estando triste, sin cuidado, ajena  
del apuesto ornamento,  
105 y llena de cuitoso sentimiento;  
que mueve más a lástima, que apena;  
y que en ella se admira aquella gloria  
de eterna hermosura,  
con el dolor, que siente en la memoria  
110 y en la virtud, que resta en su figura,  
esto es prez de belleza soberana;  
que no debe alabar lengua profana.  
Ya no procure Amor para mi daño  
la dorada raíz; el vario nudo;  
115 la luz; púrpura; nieve y el rocío,  
pues no es al dolor mío  
remedio alguno del tormento extraño  
luz llorosa; oro suelto y el desnudo  
color de no tocada y blanca nieve;  
120 que en ellos estoy solo  
atento, como Clicie al rojo Apolo.  
y aunque ya mi temor en vano pruebe  
sacarme de este fuego; que me enciende,  
ni el Amor lo permite,  
125 ni quiero de la llama, que me ofende,  
huir, ni que el pavor mi afrenta evite.  
porque yo sé, que gano con la muerte  
presente nueva vida y alta suerte.  
Tú, sacro Amor, que con doradas alas  
130 atraviesas del Austro al Oriente,  
y abres con tu fuerza el mar sonante;  
y a Febo, al arrogante  
Marte subiendo vences, y alto igualas  
a Jove y sobrepujas; tú presente,  
135 pues viste la Luz mía, dame aliento,  
para extremar sus glorias;  
tus engaños; tus fuerzas y vitorias;  
mi firmeza; mi cuita y mi lamento.  
yo no demando premio, ni deseo;  
140 que bien sé, que no debo  
esperar algún bien a mi deseo.  
mas por el mal, que siempre humilde llevo,  
te pido, no remedio, sino alguna  
mudanza en el tenor de mi fortuna.  
145 Tú esculpiste (admitiendo bien mis ojos

la belleza) en el pecho su semblanza;  
y, en él resplandeciendo por las venas,  
de su forma no ajenas,  
cobro aliento y reparo a mis enojos;  
150 y descubro a mis ansias esperanza.  
de aquí nace el valor, que de la tierra  
me alza a la inmensa alteza,  
y hace, que aborrezca esta corteza;  
que, lo mejor que es mío, dentro encierra.  
155 y el puro ardor me vuelve en pura llama,  
y en la sagrada cumbre  
la vista hermosura más me llama  
de la inmortal, celeste, impírea lumbre;  
y todo el bien, Amor, de ti proviene,  
160 y el ancho mundo en tu poder sostiene.

<SONETO LXVI>

Serena Luz, presente en quien espira  
divino amor, que enciende y junto enfrena  
pecho gentil; que en la mortal cadena  
al alto Olimpo glorioso aspira;  
5 Ricos Cercos y oro, do se mira  
tesoro celestial de eterna vena;  
armonía de angélica Sirena,  
que entre las perlas y el coral respira;  
Cuál nueva maravilla, cuál ejemplo  
10 de la inmortal grandeza nos descubre  
la sombra del hermoso y puro velo?  
Que yo en esa belleza, que contemplo,  
(aunque a mi flaca vista ofende y cubre)  
la inmensa busco, y voy siguiendo al cielo.

<SONETO LXVII>

En sortijas y flores de oro ardiente,  
de perlas y rubíes coronada,  
con hermosas figuras enlazada  
cercó mi Luz la bella y blanca frente.  
5 Los olores, que siembra el Oriente,  
y la ámbar; que en sus hebras fue sagrada,  
se movieron con la aura sosegada,

cual en el manso mar el Sol luciente.  
Espíritus de Amor en aquel fuego  
10 armaron las saetas y cadena,  
y ardió el cruel herido, y preso el cuello.  
Yo, traspasado el pecho, quedé ciego.  
mas fue mucho mayor mi acerba pena;  
que en llama eterna me enredó el cabello.

<SONETO LXIIX>

Si intentas imitar mi Luz hermosa,  
templar, oh grande artífice, procura  
en el candor de nieve llama pura,  
y confundir los lirios con la rosa.  
5 Y será el color de ellos la amorosa  
terneza; que florece con dulzura  
suavemente en su gentil figura,  
si la arte es para tanto poderosa.  
Mezcla cínamo negro y Sirio nardo,  
10 casia, incienso, en que cubre el rico nido,  
vivo el Arabio Fénix en su muerte.  
Que, si no te atraviesa el duro dardo  
de su vista, dichoso y atrevido  
dar podrás muestra alguna de esta suerte.

<SONETO LXIX>

Cual de oro era el cabello ensortijado,  
y en mil varias lazadas dividido;  
y cuanto en más figuras esparcido,  
tanto de más centellas ilustrado.  
5 Tal de lucientes hebras coronado,  
Febo aparece en llamas encendido;  
tal discurre en el Polo esclarecido  
un ardiente cometa arrebatado.  
Debajo el puro, propio y sutil velo  
10 Amor, Gracia, Valor, y la belleza  
templada en nieve y púrpura se vía.  
Pensara, que se abrió esta vez el cielo,  
y mostró su poder y su riqueza,  
si no fuera la Luz de la alma mía.

<SONETO LXX>

En esta helada parte, do no envía  
su agudo rayo el Sol a intensa nieve;  
quiere Amor, que en ausencia el dolor lleve  
siempre en sombra y horror, y en luz del día.

5 De estos ojos el llanto se desvía  
jamás, y si descanso un tiempo breve;  
con soledad llorosa pluvia llueve  
de ellos continuo a la alma triste mía.

No me rinde mi mal, que en el ya hecho  
10 estoy a padecer; mas verme ausente  
y en una vida muerta condenado.  
Do el fuego me atormenta en vano el pecho,  
do veo sin remedio el bien presente  
para más confusión de mi cuidado.

<SONETO LXXI>

En vano error de dulce engaño espero,  
y en la esperanza de mi bien porfío;  
y aunque veo acabarme, el desvarío  
me inclina del Amor, adonde muero.

5 Ojos, de mi deseo fin postrero;  
sola ocasión al alto furor mío;  
abrid la luz; romped el temor frío;  
que me derriba opreso en dolor fiero.

Porque es mi pena tal, que tanta gloria  
10 no cabe en ella; y pierdo el seso, cuando  
al mal, que no merezco, osando llego.

Pues venzo mi pasión con la memoria,  
y con la honra de saber, penando;  
que a Troya no encendió tan bello fuego.

<ELEGIA IX>

Esta amorosa Luz serena y bella,  
que en el usado curso a la alma mía  
es eterno esplendor, y al cielo estrella;  
Esta, que en sombra oscura, en claro día

5 con el inmenso ardor me abrasa el pecho,  
quedando toda en sí nevada y fría;  
De mi dolor, del grande agravio hecho  
con su valor me paga, y aunque muero,  
me hallo en mi tormento satisfecho.

10 Amor me trajo el mal, y en él espero  
volver al bien perdido; y si esto niega,  
el sentido acabó el dolor primero.  
Surco el áspero mar en noche ciega,  
siguiendo porfioso mi deseo;

15 que sin pavor al piélago se entrega.  
Yo, que al fin naufragar al triste veo  
entre las altas ondas; qué esperanza  
buscar podré al temor, con que peleo?  
No procuro a mi daño seguridad  
20 en la fortuna mía, ni pretendo  
mis cuitas mejorar en la mudanza.  
Ni ya huyo, ni oso, ni defiendo  
mi alma del peligro, ni me excuso  
del mal; que en mi cercana muerte entiendo.

25 Todo para mi pena se dispuso,  
y lo debo, pues di ocasión en ello;  
su flecha cuando Amor al pecho puso.  
Mi osado orgullo, y mi lozano cuello,  
la razón y el gallardo pensamiento  
30 quedaron enredados de un cabello.  
No siente en el yusano, oscuro asiento,  
los cien brazos y cuerpo relajado,  
Egeón con sus nudos más tormento.  
Las trenzas de oro crespo, ensortijado,  
35 que, cual cometa ardiente, resplandecen,  
esparcidas con arte, o sin cuidado;  
De quien las tersas hebras se enriquecen  
del radiante hijo de Latona,  
y en color y belleza se engrandecen;

40 Juntas en ricos cercos y corona,  
entre lucientes piedras anudadas,  
do mi impío Rey alegre se corona;  
En sus hermosas vueltas y sagradas  
el corazón llevaron, y herido  
45 halló el error y muerte en sus lazadas.  
De allí quedé sujeto y sin sentido,  
si no para dolor, y de alegría,  
en cuanto amando viva, despedido.  
Conmigo este mi afán y suerte mía

50 temprano acabará con pena indigna;  
que no dura en dolor luenga porfía.  
Pues consiente mi excelsa Luz divina,  
que celebre la gloria de su nombre,  
y al cuerpo humano el fuego suyo afina.

55 Hacer sublime espero su renombre,  
y que en sus fines últimas la Aurora,  
y el negro Melo y frío mar lo nombre.  
Ensalce al verde Lauro en voz canora  
el tierno, dulce y amador Toscano

60 la belleza y el bien, que humilde honora;  
Que yo canto, aunque el duro Amor tirano  
en mis entrañas fiero el odio incita,  
el valor de mi Lumbre soberano.  
Y si en mi pena y lástima infinita

65 se me concede espacio de reposo,  
su memoria en el tiempo será escrita.  
En tanto, a do alza Betis deleitoso  
las verdes cañas y la ovisa frente  
del puro vaso de cristal hermoso;

70 Y con llena, espumosa, alta corriente  
entra, donde Neptuno la ancha y honda  
ribera ocupa y ciñe de Occidente;  
En la rica, dorada y fértil onda  
haré los sacros juegos en su gloria;

75 y que el coro de Náyades responda.  
Y al árbol generoso de victoria  
rendirá el tierno Mirto, aunque mi canto  
por sí no espera honrarse en tal memoria.  
Cuantas veces reí del blando llanto

80 de Laso; cuyo igual no sufre España;  
ni tiene a quien venere y precie tanto.  
Cualquier dolor de amor, cualquier hazaña,  
me pareció, y aquel temor fingido;  
que ahora siento bien su fuerza extraña.

85 Amor, que no comporta un atrevido  
y libertado pecho, el arco fiero  
torció, y al desarmar dio un gran sonido.  
Pasome el corazón, y con severo  
imperio me usurpó el dichoso estado,

90 en que ufano cuidé vivir primero.  
Quedé siempre cativo y sojuzgado  
de tales dos estrellas; que en el cielo  
a todas la beldad han despojado.  
Y en la purpúrea red y rico velo

95 de la hermosa frente vi mi vida  
presa, sin esperar algún consuelo.  
Mas tal bien y tal honra vi ofrecida  
a los trabajos míos; que contento  
justamente la di por bien perdida.

100 De allí el soberbio y animoso intento  
oscuro de mi canto quedar pudo;  
que solo dio lugar a mi tormento;  
Y aquel rayo de Júpiter sañudo;  
y los fieros Gigantes derribados;

105 principio de mis versos grande y rudo;  
Y el valor de Españoles, olvidados  
fincaron; que pudieron en mi pena  
más mis nuevos dolores y cuidados.  
Entre armas y entre hierro mal resuena

110 cansado, el noble espíritu amoroso,  
del mal; que su sosiego desordena.  
Dichoso, quien en verso generoso  
celebra las hazañas inmortales,  
y el vigor y el esfuerzo valeroso.

115 O quien en las regiones celestiales  
termina el vuelo, y de su cumbre mira  
la vanidad y cosas de mortales.  
Quien de una bella Luz arde y suspira;  
quien se ve condenado al mal presente;

120 que de su pensamiento no retira,  
No puede contemplar al Sol luciente,  
ni admirar la virtud y el nombre ajeno;  
que Amor tanto reposo no consiente.  
Basta el dolor, en que muriendo peno,

125 si cabe esta memoria en el mal mío,  
y de mi gloria ausente el tiempo bueno.  
Mas yo temo, que yace en horror frío  
(que el ánimo es présago de su daño)  
del olvido, en que triste desconfío.

130 Fue siempre a mi deseo Amor extraño,  
indució mi congoja y sentimiento,  
y me encubrió la sombra de mi engaño.  
Mas pues que desconhorto el pensamiento,  
o siga olvido, o el desdén me hiera,

135 ya estoy hecho a cansar el sufrimiento.  
Por do me lleva injusta suerte fiera,  
irán conmigo solos mis enojos,  
hasta el fin miserable, que me espera.  
Y siempre volveré los mustios ojos,

140 donde quedó (y do yo quedar deseo)  
mi gloria, mi fortuna y mis despojos.  
Si de ellos levantara algún trofeo  
mi Luz, espero ver, que por ventura  
tierna se muestre y mansa a mi deseo.

145 No es de roca engendrada alpestre y dura,  
es blanda y cortésmente piadosa,  
y causa mi pasión mi desventura.  
En color de suave y pura rosa,  
dulces ojos y angélica armonía,  
150 y noble trato y gracia deleitosa.  
No reina crueldad, ni ser podría,  
que en celestial belleza se hallase  
deseo de la pena y muerte mía.  
Si a los hondos estrechos me llevase  
155 Amor del Indo Océano, o perdido  
en la Africana arena me abrasase;  
Firme siempre estaría, no rendido;  
que en pecho, más que fino diamante,  
está fijo el cuidado y esculpido.

160 Si puede ser, que Hiperión levante  
primera luz de España, y que el corriente  
Ganges no entre en el golfo resonante;  
Esperar se podrá; que al pecho ardiente  
oprima el frío intenso de la nieve,  
165 o mitigue su fuego vehemente.  
La lluvia, que en mi faz continuo llueve,  
regalar puede bien el duro hielo,  
aunque apretar su fuerza Aquilón pruebe.  
Gracias humilde hago al alto cielo;

170 que, ya que me perdí en mi daño cierto,  
mostró en mi tiempo esta mi Estrella al suelo.  
Amor, cuando el pesado cuerpo muerto  
mi espíritu dejare, a mi Luz bella  
presenta mi peligro descubierto.

175 Que una lágrima puede sola de ella  
renovarme la gloria de la vida.  
dichosa, si tal bien hallase en ella!  
En tanto que mi suerte aborrecida  
me aqueja, cantaré desamparado  
180 mi presente fortuna y la perdida,  
de todas esperanzas apartado.



<SONETO LXXII. A Fernando Melendes de Cangas>

Ya que nublosa sombra cubre y frío  
la blanca frente de este monte alzado;  
y del grave Aquilón aliento helado  
retarda el lento curso al hondo río;  
5 Siento de ingrata mano al pecho mío  
nieve arrojada, y siento desmayado  
mi fuego; y culpo mi deseo osado,  
y de Amor el tirano señorío.  
Que por un vano bien; que huye luego,  
10 y me deja dolor eterno; pierdo  
de libertad amada la nobleza.  
Mas oh que acierta mal, quien anda ciego!  
y el que cuida, Fernando, ser más cuerdo,  
descubre en tal hazaña más flaqueza.

<SONETO LXXIII>

Canté quejas y afán de injusta pena;  
que padecí cuitoso y ofendido,  
a todas las desdichas ofrecido,  
en que el Amor a un mísero condena.  
5 Fue el premio en tibia voluntad ajena  
dolor con esperanza, a do perdido  
deseo me inclinó, y al fin vencido  
traigo a fuerza arrastrando la cadena.  
Tú, a quien rinden su gloria insignes ríos,  
10 favorece, Tarteso padre, el canto;  
que tierno y simple en honra tuya espira.  
Que, si me dan lugar los males míos;  
no solo oirás de Amor gemido y llanto,  
más hazañas; que Marte airado inspira.

<SONETO LXXIV>

La Hidra de amoroso pensamiento,  
que rota del acero siempre crece;  
contienda áspera a la alma triste ofrece,  
rendida a la impía fuerza del tormento.  
5 Si del olvido justo y sentimiento

la aguda espada en ella se entorpece;  
y con su daño fértil reverdece,  
por un cuidado muerto alzando ciento;  
Forzoso es el socorro al ya cansado  
10 Alcides del trabajo; porque en fuego  
con el desdén la acabe el duro hierro.  
Mas recelo; que en Juno Amor trocado  
la suba al cielo, y crezca en vano luego  
con nueva confusión más grande el yerro.

<SONETO LXXV>

Pienso en mi pena atento, y mal presente  
y procuro algún medio al daño instante.  
pero soy en mi bien tan inconstante;  
que vuelvo a la ocasión la incierta frente.  
5 Cuando me aparto y cuido estar ausente,  
menos de mi peligro estoy distante.  
voy siempre con mis culpas adelante,  
sin que de tantos yerros escarmiente.  
Noble Vergüenza mía, que el perdido  
10 valor sientes, por qué no abrasa el pecho,  
y vence tu virtud mi desvarío?  
Si del error y sombra del olvido  
me sacas, diré en honra de este hecho;  
que solo debo a ti poder ser mío.

<SONETO LXXVI>

De mi blanca Sirena la luz pura  
de tierna y bella nieve se vestía,  
y entre aquel frío dulce Amor traía  
llamas, en que mi alma ardiendo apura.  
5 Al son suave, lleno de dulzura  
mi preso corazón con gloria mía  
deja el cuerpo, y las alas de alegría,  
a perderse en sus ojos, apresura.  
Cuando el hielo se rompe, y encendido  
10 reluce, y el color de ardiente rosa,  
y el pecho afina en su beldad serena.  
Y yo, con tanto bien enriquecido,  
me renuevo con vida gloriosa  
en la inmensa virtud de mi Sirena.

<SONETO LXXVII>

Voy por esta desierta, estéril tierra,  
de antiguos pensamientos molestado,  
sin el bello esplendor del Sol rosado;  
que de sus puras luces me destierra;  
5 El paso a la esperanza se me cierra;  
de una ardua cumbre a un cerro voy enriscado,  
con los ojos volviendo al apartado  
lugar, solo principio de mi guerra.  
Tanto bien representa la memoria,  
10 y tanto mal encuentra la presencia;  
que me desmaya el corazón vencido.  
Oh crueles despojos de mi gloria,  
desconfianza, olvido, celo, ausencia,  
por qué estrecháis a un mísero rendido?

<CANCIÓN V. A d. Leonor de Milan Condesa de Gelves>

Esporce en estas flores  
pura nieve y rocío  
blanca y serena luz de nueva Aurora,  
y con varios colores  
5 estrene el bosque frío  
los esmaltes de Céfiro y de Flora;  
pues la excelsa Heliadora  
descubre su belleza,  
do con ledo semblante  
10 Betis corre pujante,  
y del Ponto acrecienta la grandeza;  
y vos, Astros hermosos,  
mirad la última Hesperia venturosa.  
Rojo Sol, que el luciente  
15 cerco de tu corona  
sacas del hondo piélago, mirando  
del Ganges la corriente,  
el Darien, la Sona,  
y del divino Nilo el fértil bando;  
20 si tú llegares, cuando  
esta cándida Estrella  
alza al celeste velo,  
dando alegría al suelo,  
de los floridos ojos la luz bella,  
25 de aquellos rayos ciego,

arderás, en tus llamas hecho fuego.  
Luna, que resplandeces  
sola, fría, argentada  
en el callado cielo tenebroso;  
30 y tu sombra enriqueces  
en la hacha inflamada  
de Titán con vigor maravilloso;  
si el Lucero hermoso,  
do el tierno Amor se apura;  
35 mirares, encendida  
en llama esclarecida,  
con más claro esplendor y hermosura,  
volarás por la cumbre,  
y la tierra ornarás de eterna lumbre.  
40 Junta a inmensa belleza ya está la cortesía,  
y suma honestidad y humilde trato  
con valor y grandeza,  
en el dichoso día  
45 que el cielo largo la volvió más grato.  
vivo y puro retrato  
de inmortal hermosura,  
rayo de amor sagrado  
que a su consorte amado  
50 consigo junto en fuego eterno apura;  
y si parte le ofende,  
es que el velo mortal su bien comprende.  
El sacro rey de ríos,  
que nuestros campos baña,  
55 al bello aparecer de este Lucero  
cubrió los vados fríos  
al pie de la montaña,  
do vio su Febo fulgurar primero,  
del oro, que el Ibero  
60 en las cavernas hondas  
halla, y con flores puras  
compuso en mil figuras,  
y con perlas el curso de las ondas;  
y rutilando el cielo,  
65 suave olor en torno esparció el suelo.  
Las gracias amorosas  
con las Ninfas un coro  
tejieron en el claro, undoso seno;  
y de purpúreas rosas  
70 envueltas en el oro  
con ámbar oloroso y flores lleno,

dulce despojo ameno  
del revestido prado,  
las guirnaldas mezclaron,  
75 y alegres coronaron  
los lazos del cabello ensortijado;  
que, cual de las estrellas,  
por el aire volaron sus centellas.  
El alto monte verde,  
80 que de Palas es gloria,  
sintiendo en sí los pies de su señora,  
su tristeza ya pierde,  
y le da la victoria  
aquel, do Prometeo gime y llora;  
85 y aquel, do la sonora  
lira de Tracia espira;  
y el Olimpo, que sube  
y vence la aérea nube;  
y Atlante, que del peso aún no respira;  
90 pues su cumbre sostiene  
la belleza, que el cielo en tierra tiene.  
Yo entretejer quisiera  
su nombre esclarecido  
entre la blanca Luna y Sol rosado;  
95 y su gloria pusiera  
en el peplo extendido,  
que en otra edad Atenas vio estimado;  
cuando el tiempo llegado  
Minerva es celebrada.  
100 dichoso el año y día;  
y quien ve el año y día.  
herido yace allí con asta airada  
el áspero Tifeo,  
que muerto pierde todo su deseo.  
105 Mas pues que la rudeza  
de este mi indigno canto,  
que un deseo produce simple y llano,  
no puede a su belleza  
dar nombre y gloria, cuanto  
110 se debe al valor suyo soberano  
y mi intento es en vano;  
Cisnes, que la corriente  
de Betis vais cortando,  
el cuello levantado,  
115 do el Indo rompe el mar, llevad presente  
su nombre y canto mío,

do el Bálteo seno hiela el cielo frío.  
Di humilde a esta luz pura;  
sufra vuestra belleza  
120 mi rústica simpleza.

<SONETO LXXIIX>

Pura, bella, suave Estrella mía,  
que, sin temor de oscuridad profana,  
vestís de luz serena la mañana,  
y la tierra encendéis desnuda y fría;  
5 Pues vos, a quien mi alma triste envía  
mil suspiros, movéis la soberana  
vuestra empresa cual ínclita Diana  
contra Venus y Amor con osadía;  
Yo seré, como aquel, que su belleza  
10 con hierro amancilló; y el casto hecho  
lo mostró con más gloria y hermosura.  
Pero si Luna sois, tendré en la alteza  
Latmia del cazador el tierno pecho  
y no del, que honró Arcadia, la figura.

<SONETO LXXIX>

Fértil, riente, ledó y fresco Prado,  
tú Monte, y Bosque húmedo y hermoso,  
el uno y otro siempre venturoso,  
que de las bellas plantas fue tocado;  
5 Betis, con puras ondas ensalzado,  
y con ricas olivas abundoso,  
cuanto eres más felice y glorioso,  
pues quedas de mi Aglaya acompañado.  
Tendréis perpetua y dulce primavera,  
10 y del Elisio campo tiernas flores,  
si vos viere el fulgor de la Luz mía.  
Ni estéril soplo, ni rigor vos hiera;  
antes Venus, las Gracias, los Amores  
vos miren y en vos reine la Alegría.

<SONETO LXXX>

A vuestro grave y muerto hielo frío,  
temiendo el Niño ciego su aspereza,

opuso con inútil rustiqueza  
el leve y vivo, ardiente fuego mío.  
5 Su nieve muestra y llama el fuego y frío;  
y reluchando esfuerzan su grandeza.  
el fuego al frío ablanda la dureza,  
y dispone veloz, cual suelto río.  
Quedó Amor del asalto glorioso;  
10 y vos y yo contentos nos hallamos,  
pero todo mi bien turbose luego.  
Que por un triste caso y lastimoso  
con mi afrenta y dolor ambos quedamos.  
con mayor frío vos, yo con más fuego.

<SONETO LXXXI. Por la Condesa de Gelves>

Quién osa desnudar la bella frente  
del fulgente esplendor y luz del cielo?  
quién veda el ornamento y gloria al suelo  
de las crespas lazadas de oro ardiente?  
5 Impío Febo esta lástima consiente  
con envidia sacrílega y con celo;  
después que ve cubrir de oscuro velo  
la llama de sus hebras reluciente.  
Con dura mano arranca los despojos,  
10 y atiende a mejorar cuanto perdía,  
y altivo de sus rayos se corona;  
Porque ya puedan ver mortales ojos  
con luz serena siempre un claro día  
en sus lúcidas trenzas y corona.

<ELEGIA X>

Qué señales presentes de tristeza  
me roban la esperanza de alegría,  
y me rinden sujeto a su dureza?  
Qué noche de dolor me cierra el día?  
5 y qué niebla del cielo oscurecida  
destiñe el fulgor puro a la Luz mía?  
Oh mísero quien sufre en triste vida  
los asaltos de Amor, y ya no siente  
remedio a su fortuna aborrecida.

10 No veré yo mi Luz resplandeciente,  
que esclarezca en mis ojos, y el hermoso  
ardor y crespos lazos de la frente?  
Aún no es grave este mal, que si penoso  
esperase después mudar ventura,  
15 y ver aquel semblante generoso;  
No vendría a tener por desventura  
la soledad; que muerta en quien bien ama,  
pierde en él su rigor la muerte oscura.  
Y tornaríá aquella ardiente llama  
20 con la vista a abrasarme en la presencia  
del fuego, en que mi alma ausente inflama.  
Temo empero, que en esta luenga ausencia  
me desampare solo en el camino,  
y desfalezca al mal con la paciencia.

25 El cielo, que entre el cerco cristalino  
de sus astros intenta sostenella,  
claro día podrá tener continuo.  
Será, si esparce mi luciente Estrella  
su esplendor y su fuerza al frío suelo,  
30 más dichosa la tierra y siempre bella;  
Más hermoso el purpúreo, abierto cielo,  
pero yo más mezquino y desdichado,  
y entregado a perpetuo desconsuelo.  
Qué corazón tendré en mi mal, cuitado?

35 qué dureza habrá en mí, si yo no muero  
de terrible dolor atravesado?  
Tú Ánimo, présago lastimero  
de mi infelice suerte, el cuerpo al punto  
desnuda del sutil vigor ligero.

40 Que, como en el amor le fuiste junto,  
justo es, que en tal estrecho no te alejes  
de aquel divino y celestial trasunto.  
Y, antes que el peso inútil veloz dejes,  
lleva del muerto amante la memoria;  
45 aunque tardando con razón te quejes.  
Sienta el mísero cuerpo alguna gloria,  
(si puede sentir bien helado y frío)  
y tu goza felice tu victoria.  
Mas oh dolor, oh extraño desvarío,  
50 quién me ofreció este mal de triste muerte?  
de qué nace este vil recelo mío?  
Es de alta y soberana, eterna suerte  
esta mi sola Lumbre de belleza,  
y el hado; opuesto a ella, es poco fuerte.



55 Tan rara perfección, tanta grandeza  
no sufre, como yo, mortal mudanza,  
es luego eterno su valor y alteza?  
Pero en el golfo airado sin bonanza,  
donde se halla nunca algún sosiego;  
60 y falta en el peligro la esperanza,  
Se cansa y se fatiga el vital fuego,  
y desea arribar al rico asiento;  
do segura desprecie el furor ciego.  
Esto es lo que recelo descontento;  
65 y porque el corazón jamás rendido,  
se desmaya, y se muere el sufrimiento.  
Siempre cuidado tal cayó en olvido,  
que si el temor, que tengo, me hiriera,  
hallara Amor el paso defendido.  
70 Si la pasión de la alma consintiera,  
venciera esta aflicción, que me atormenta,  
y descansado de este afán viviera.  
Mas amo, y busco, y hallo al fin mi afrenta,  
y sigo el ancho paso de mi daño;  
75 por donde la ocasión me lo presenta.  
Nueva Pena y Temor; Furor extraño;  
y vos, en quien mi rostro se humedece,  
Lágrimas; Esperanza; Error y Engaño,  
Porque el usado brío en mi fallece,  
80 pues en esta sospecha no estoy cierto?  
por qué el frío mis venas entorpece?  
Si es porque muera ausente, ya estoy muerto;  
después que mis dos luces me dejaron  
con soledad penando en el desierto.  
85 Todas las esperanzas me faltaron,  
y contra la fortuna de mi vida  
Amor y el cielo airados conspiraron.  
Ella será temprano mal perdida;  
que en tan terrible mal muy poco puede  
90 la fuerza, que en sí tiene enflaquecida.  
Si Amor este deseo me concede;  
que, faltando primero del aliento  
libre de este pesar y afrenta quede;  
Daré por bueno yo mi apartamiento,  
95 y, triste sepultado en este ajeno  
campo, descansaré de mi tormento.  
Que mi Lucero el esplendor sereno  
difundirá a mi túmulo dichoso,  
de eterna y nueva lumbre siempre lleno.

100 Y entonces, con el vuelo glorioso,  
ilustrando la sombra de Occidente,  
al cielo se alzar  victorioso.  
Saturno frío, el impío Marte ardiente  
tendrán de sus clarísimas centellas  
105 virtud y luz más pura y excelente,  
y el coro de las cándidas estrellas.

<SONETO LXXXII>

Un tiempo, aunque fue breve, os  atrevido,  
por ventura atendiendo la victoria,  
quejar y de mi afán mostrar la historia  
a quien me trae en ciego error perdido.  
5 Ahora, o con más lastima ofendido  
o cierto de la falta de mi gloria,  
no hago de mis males más memoria;  
que si yacieran solos en olvido.  
Pero el silencio al fin no puede tanto;  
10 que en soledad no rompa, y, lo que impide  
su vista, escribo del dolor forzado.  
Comienza el día, y doy principio al canto  
y llanto; que en la noche Amor despide,  
y llanto y canto avivan mi cuidado.

<SONETO LXXXIII>

Inmenso ardor de eterna hermosura  
en vuestra dulce faz se me aparece;  
y en mis entrañas arde, y siempre crece  
con inmortal incendio virtud pura.  
5 Con alteza y valor vuestra figura  
sin igual en mi alma resplandece;  
y pues ufana sufre, bien merece  
algún corto favor de su ventura.  
No puede ser mayor vuestra belleza;  
10 y no es ya justo, que cegu is mis ojos,  
su flaca luz gastando en tanto fuego.  
Que si al pecho mostr is vuestra grandeza;  
muriendo en llama, no dar  despojos,  
los que pudiera dar, viviendo ciego.

<SONETO LXXXIV>

Mi pura Luz si olvida el fértil suelo,  
que Betis enriquece en Occidente;  
y abre las frías nubes con ardiente  
rayo, esparciendo en torno el rico velo;  
5 El asiento más digno será el cielo  
al sacro esplendor suyo reluciente;  
y de allí con las llamas de su frente  
romperá el rigor duro al torpe hielo.  
O, ya que aun no se debe a la belleza  
10 sin el riesgo de ausencia, será el grado  
propio el pecho, do yace obedecida.  
Que a tal valor del mundo la grandeza,  
o la alma , en sus centellas encendida,  
es de esta excelsa Luz lugar sagrado.

<SONETO LXXXV>

Nunca mi mal terrible sentiría,  
ni descansar querría de mi pena;  
si cuidase tal vez, que mi serena  
Luz alegre y suave me sería.  
5 Mas no sufre la indigna suerte mía  
esta gloria, y de sí la aparta ajena;  
y a rendir la esperanza me condena;  
porque osé, y di lugar a esta osadía.  
Haga el cielo, que pierda en menor daño  
10 la memoria de aquel atrevimiento;  
que tuve en ver mi afán no aborrecido;  
Cuándo agradó a mi Bien, que en dulce engaño  
sufriese ufano y ledo el mal, que siento.  
mas qué vale, a quien muere en tibio olvido?

<SONETO LXXXVI. A C. M. de Figueroa>

Quando mi pecho ardió en su dulce fuego,  
osé cantar, Mosquera, el mal que siento;  
y diome al tierno canto ufano aliento  
el Sol, en cuyo ardor estuve ciego.  
5 Osé mostrar mi llanto en blando ruego  
a quien a Amor desprecia y su tormento;

y el humilde quejar de mi lamento  
me dio osadía, y dio esperanza luego.

Ahora, que la Luz yo pierdo ausente,  
10 y crece, mi dolor con su belleza;  
(notad el grande error de mi porfía)  
Lloro el pasado bien y el mal presente;  
y, puesto en soledad de mi tristeza,  
la esperanza me falta y la osadía.

#### <CANCION VI>

Cantemos al Señor, que en la llanura  
venció del ancho mar al Trace fiero.  
tú Dios de las batallas, tú eres diestra,  
salud y gloria nuestra.

5 tú rompiste las fuerzas y la dura  
frente de Faraón, feroz guerrero.  
sus escogidos Príncipes cubrieron,  
los abismos del mar, y descendieron,  
cual piedra, en el profundo, y tu ira luego  
10 los tragó, como arista seca el fuego.

El soberbio Tirano, confiado  
en el grande aparato de sus naves;  
que de los nuestros la cerviz cativa  
y las manos aviva  
15 al ministerio injusto de su estado,  
derribó con los brazos suyos graves  
los cedros más excelsos de la cima,  
y el árbol; que más yerto se sublima,  
bebiendo ajenas aguas, y atrevido  
20 pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños, confundidos  
del impío furor suyo, alzó la frente  
contra ti, Señor Dios, y con semblante  
y con pecho arrogante,

25 y los armados brazos extendidos  
movió el airado cuello aquel potente.  
cercó su corazón de ardiente saña  
contra las dos Hesperias, que el mar baña;  
porque en ti confiadas le resisten,  
30 y de armas de tu fe y amor se visten.

Dijo aquel insolente y desdeñoso;  
no conocen mis iras estas tierras,  
y de mis padres los ilustres hechos?

o valieron sus pechos  
35 contra ellos con el Húngaro medroso,  
y de Dalmacia y Rodas en las guerras?  
quién las pudo librar? quién de sus manos  
pudo salvarlos de Austria y los Germanos?  
podrá su Dios, podrá por suerte ahora  
40 guardallas de mi diestra vencedora?  
Su Roma, temerosa y humillada,  
los cánticos en lágrimas convierte.  
ella y sus hijos tristes mi ira esperan,  
cuando vencidos mueran.  
45 Francia está con discordia quebrantada,  
y, en España amenaza horrible muerte,  
quien honra de la Luna las banderas.  
y aquellas en la guerra gente fieras  
ocupadas están en su defensa,  
50 y aunque no, quién hacer me puede ofensa?  
Los poderosos pueblos me obedecen,  
y el cuello con su daño al yugo inclinan;  
y me dan, por salvarse, ya la mano,  
y su valor es vano;  
55 que sus luces cayendo se oscurecen.  
sus fuertes a la muerte ya caminan;  
sus vírgenes están en cautiverio;  
su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio.  
del Nilo a Éufrates fértil y Istro frío,  
60 cuanto el Sol alto mira, todo es mío.  
Tú Señor, que no sufres, que tu gloria  
usurpe, quien su fuerza osado estima,  
prevaleciendo en vanidad y en ira;  
este soberbio mira;  
65 que tus aras afea en su victoria.  
no dejes, que los tuyos así oprima;  
y en sus cuerpos, cruel, las fieras cebe;  
y en su esparcida sangre el odio pruebe.  
que, hecho ya su oprobrio, dice; dónde  
70 el Dios de estos está? de quién se esconde?  
Por la debida gloria de tu nombre;  
por la justa venganza de tu gente;  
por aquel de los míseros gemido,  
vuelve el brazo tendido  
75 contra este, que aborrece ya ser hombre;  
y las honras, que celas tú, consiente;  
y tres y cuatro veces el castigo  
esfuerza con rigor a tu enemigo;

y, la injuria a tu nombre cometida,  
80 sea el hierro, contrario de su vida.  
Levantó la cabeza el poderoso;  
que tanto odio te tiene, en nuestro estrago  
juntó el consejo; y contra nos pensaron,  
los que en él se hallaron.  
85 venid, dijeron; y en el mar ondoso  
hagamos de su sangre un grande lago;  
deshagamos a estos de la gente;  
y en nombre de su CRISTO juntamente;  
y, dividiendo de ellos los despojos,  
90 hártense en muerte suya nuestros ojos.  
Vinieron de Asia y portentosa Egipto;  
los Árabes y leves Africanos;  
y los que, Grecia, junta mal con ellos,  
con los erguidos cuellos,  
95 con gran poder y número infinito;  
y prometer osaron con sus manos  
encender nuestros fines; y dar muerte  
a nuestra juventud con hierro fuerte;  
nuestros niños prender y las doncellas;  
100 y la gloria manchar y la luz de ellas.  
Ocuparon del piélago los senos,  
puesta en silencio y en temor la tierra,  
y cesaron los nuestros valerosos,  
y callaron dudosos;  
105 hasta que, al fiero ardor de Sarracenos,  
el Señor eligiendo nueva guerra,  
se opuso el Joven de Austria generoso  
con el claro Español y belicoso;  
que Dios no sufre ya, en Babel cativa  
110 que su Sion querida siempre viva.  
Cual León a la presa apercebido,  
sin recelo los impíos esperaban  
a los que, tú Señor, eras escudo;  
que el corazón desnudo  
115 de pavor, y de fe y amor vestido,  
con celestial aliento confiaban.  
sus manos a la guerra compusiste,  
y sus brazos fortísimos pusiste,  
como el arco acerado, y con la espada  
120 vibraste en su favor la diestra armada.  
Turbáronse los grandes, los robustos  
rindiéronse temblando y desmayaron.  
y tú entregaste, Dios, como la rueda,

como la arista queda  
125 al ímpetu del viento a estos injustos;  
que mil huyendo de uno se pasmaron.  
cual fuego abrasa selvas, cuya llama  
en las espesas cumbres se derrama;  
tal en tu ira y tempestad seguiste,  
130 y su faz de ignominia convertiste.  
Quebrantaste al cruel dragón, cortando  
las alas de su cuerpo temerosas,  
y sus brazos terribles no vencidos;  
que con hondos gemidos  
135 se retira a su cueva, do silbando  
tiembla con sus culebras venenosas,  
lleno de miedo torpe sus entrañas,  
de tu León temiendo las hazañas;  
que, saliendo de España, dio un rugido  
140 que lo dejó asombrado y aturdido.  
Hoy se vieron los ojos humillados  
del sublime varón y su grandeza,  
y tú solo, Señor, fuiste exaltado;  
que tu día es llegado,  
145 Señor de los ejércitos armados,  
sobre la alta cerviz y su dureza,  
sobre derechos cedros y extendidos,  
sobre empinados montes y crecidos;  
sobre torres y muros, y las naves  
150 de Tiro; que a los tuyos fueron graves.  
Babilonia y Egito amedrentada  
temerá el fuego y la asta violenta,  
y el humo subirá a la luz del cielo;  
y faltos de consuelo,  
155 con rostro oscuro y soledad turbada  
tus enemigos llorarán su afrenta.  
mas tu Grecia, concorde a la esperanza  
Egicia, y gloria de su confianza,  
triste, que a ella pareces, no temiendo  
160 a Dios, y a tu remedio no atendiendo.  
Por qué, ingrata, tus hijas adornaste  
en adulterio infame a una impía gente;  
que deseaba profanar tus frutos;  
y con ojos enjutos  
165 sus odiosos pasos imitaste,  
su aborrecida vida y mal presente?  
Dios vengará sus iras en tu muerte;  
que llega a tu cerviz con diestra fuerte

la aguda espada suya, quién, cuitada,  
170 reprimirá su mano desatada?  
Mas tú fuerza del mar, tú excelsa Tiro,  
que en tus naves estabas gloriosa;  
y el término espantabas de la tierra;  
y, si hacías guerra,  
175 de temor la cubrías con suspiro,  
como acabaste, fiera y orgullosa?  
quién pensó a tu cabeza daño tanto?  
Dios, para convertir tu gloria en llanto;  
y derribar tus ínclitos y fuertes,  
180 te hizo perecer con tantas muertes.  
Llorad Naves del mar, que es destruida  
vuestra vana soberbia y pensamiento.  
quién ya tendrá de ti lástima alguna;  
tú, que sigues la Luna,  
185 Asia adúltera, en vicios sumergida?  
quién mostrará un liviano sentimiento?  
quién rogará por ti? que a Dios enciende  
tu ira, y la arrogancia, que te ofende.  
y tus viejos delitos y mudanza  
190 han vuelto contra ti a pedir venganza.  
Los que vieren tus brazos quebrantados,  
y de tus pinos ir el mar desnudo;  
que sus ondas turbaron y llanura, viendo tu muerte oscura,  
195 dirán, de tus estragos espantados;  
quién contra la espantosa tanto pudo?  
el Señor, que mostró su fuerte mano.  
por la fe de su Príncipe Cristiano,  
y por el nombre Santo de su gloria  
200 a su España concede esta victoria.  
Bendita, Señor, sea tu grandeza;  
que después de los daños padecidos,  
después de nuestras culpas y castigo,  
rompiste al enemigo  
205 de la antigua soberbia la dureza.  
adórente, Señor tus escogidos;  
confiese, cuanto cerca el ancho cielo,  
tu nombre, oh nuestro Dios, nuestro consuelo;  
y la cerviz rebelde, condenada,  
210 perezca en bravas llamas abrasada.

<SONETO LXXXVII. Por la Vitoria de Lepanto>



Hondo Ponto, que bramas atronado  
con tumulto y terror, del turbio seno  
saca el rostro, de torpe miedo lleno;  
mira tu campo arder ensangrentado,  
5 Y junto en este cerco y encontrado  
todo el Cristiano esfuerzo y Sarraceno;  
y, cubierto de humo, y fuego y trueno,  
huir temblando el impío quebrantado.  
Con profundo murmurio la victoria  
10 mayor celebra; que jamás vio el cielo,  
y más dudosa y singular hazaña;  
Y di, que solo mereció la gloria;  
que tanto nombre da a tu sacro suelo,  
el Joven de Austria y el valor de España.

<SONETO LXXXIIX>

Si transformar pudiese mi figura,  
como el Ideo Júpiter solía;  
en blanco Cisne vuelto ya sería,  
mirando de mi Leda la luz pura;  
5 Y sin algún temor de muerte oscura  
en honra suya el canto ensalzaría;  
su frente y bellos ojos tocaría,  
ensandeciendo ufano en tal ventura.  
Mas en luciente pluvia convertido,  
10 perdería el electro la fineza;  
si el velo esparce, suelto en rayos de oro.  
Pero, siendo en la falda recogido,  
y junto al esplendor de la belleza,  
tendría el precio del mayor tesoro.

<SONETO LXXXIX>

Mi bello Sol, si voy de vos ausente  
a parte extraña, do el dolor me ofende,  
y el fuego; que mi alma presa enciende,  
en dulce ardor contino está presente;  
5 Aunque el color purpúreo de Oriente,  
do el Sol menor de vuestra luz descende,

vea cerca; y do el manto oscuro tiende  
el apartado extremo de Occidente,  
Conmigo irá el Amor igual en parte  
10 con la mitad de la alma; que me alienta;  
que el resto vive en vuestra faz, que adora,  
Y dividido en una y otra parte,  
presente con el bien; que me sustenta,  
siempre veré resplandecer mi Aurora.

<SONETO XC>

Aquí, do me persiguen mis cuidados,  
solo, sin mi Luz bella, y ofendido,  
en noche de dolor siempre escondido  
lamento mis deseos engañados.  
5 Vuelvo a ver mis contentos ya pasados,  
para mayor afán; que el bien perdido  
más duele al que se ve en confuso olvido,  
y contra sí sus males conjurados.  
Cuanto intento alentar mi acerba pena;  
10 y cuanto fundo en esperanza y tengo,  
todo gasta y destruye mi tormento.  
Vos, que, rota de Amor la impía cadena,  
respiráis del trabajo; que sostengo,  
dadme esfuerzo en tan grave sentimiento.

<ELEGIA XI>

Yo cuidé; dulce Bien de la alma mía,  
que primero con muerte al cuerpo ausente  
desamparara en tierra sola y fría;  
Y que el rigor pudiera del presente  
5 dolor humedecer en vuestros ojos  
la pura claridad y luz ardiente;  
Que apartado, y rendido a mil enojos,  
alentar las congojas de mi vida,  
acrecentando al mal nuevos despojos.  
10 Mas vivo ya en ausencia aborrecida,  
y no muero en la sombra del olvido;  
donde fincó mi gloria oscurecida.  
Si esto sufro, qué afán no habré sufrido?  
qué puede ya imprimir el sentimiento

15 en este corazón endurecido?  
Mayor es que el dolor el sufrimiento,  
y tal es el dolor; que debe el pecho  
justamente acabarse al mal, que siento.  
De heladas rocas ásperas fui hecho,  
20 y me crio la fiera Tigre Hircana;  
pues no estoy de mis lástimas deshecho.  
En esta parte estéril y profana,  
do la noche con tela tenebrosa  
vence a la luz de Febo soberana;  
25 Vuestra inmensa belleza y generosa  
conmigo veo atento, y considero  
las molestias de ausencia lastimosa.  
Alguna vez me tiene el dolor fiero  
tan opreso en sus ansias y cansado;  
30 que a mi despecho temo y desespero.  
Betis, de mi lamento acrecentado  
vuelve mis tristes lágrimas, sonando  
en el veloz océano mezclado.  
Y creo, que do la Alba el rojo bando,  
35 con las flores purpura, y la luz nueva  
abre el Sol, los colores matizando,  
Es mi mal conocido; que la prueba,  
que Amor extrema en mi, señal que sea,  
quiere, a do sus desdichas todas lleva.  
40 Si mi alma procura y ver desea  
vuestra serena faz, arde en su fuego,  
sin que en ella su gloria y su bien vea.  
Porque el dulce Tirano, que en mi ciego  
pecho está siempre, ofrece a la memoria  
45 mi pérdida y dolor presente luego.  
La muerte, si viniere; será gloria;  
pero a tan duro corazón no quiere  
dar alguna esperanza de victoria.  
Un contino temor me aflige y hiere;  
50 que ya, si no me mata el mal de ausencia,  
no habrá por qué mi muerte Amor espere.  
Porque yo, que vivía en la presencia  
venturoso, deseo, estando ajeno  
y ausente, poner fin a mi dolencia.  
55 Mi alma, en el fulgor bello y sereno  
presa de vuestra frente, me tendría  
siempre de vuestra luz ufano y lleno.  
Y con el precio igual a mi osadía,  
gozara merecer; que, por vos muerto,

60 consagré a vuestro honor la vida mía.  
Y a quien de bien alguno estaba incierto,  
que mayor gloria diera su fortuna;  
si, solo y sepultado en el desierto,  
Mereciera gozar de sola una  
65 lágrima de esos bellos, tiernos ojos;  
lo que esperar no pude en suerte alguna.  
Dichosos más que flores los abrojos;  
que, de esa rica lluvia rociados,  
honraran la ocasión de mis enojos.  
70 No sepulcros de mármoles labrados,  
reliquias de memoria gloriosa,  
fueran, cual fuera el mío, celebrados.  
Mas oh mi eterno Sol y Luz hermosa,  
que ni bañado de ese llanto puro,  
75 ni estoy muerto en mi ausencia dolorosa.  
Antes, como rendido ya, y seguro  
en las penas de amor, me veo ausente,  
sin temer el dolor acerbo y duro.  
A un tibio y lento pecho vuelve ardiente  
80 el uso del amor, y quien bien ama,  
esperando su gloria, el mal no siente.  
Mi pecho, que arde y en su afán se inflama,  
si en su tormento ingrato desfallece,  
otro aliento no siente, que su llama.  
85 Pero en sola esta llama aviva y crece,  
y solo espira en la ligera fuerza  
de aquel movable ardor que no perece.  
El temor amoroso, que se esfuerza  
en mi alma, sujeta al mal instante,  
90 a perder la esperanza y bien me fuerza.  
El mesurado trato y el semblante;  
la bella luz, en quien Amor espira;  
el oro, en crespas ondas rutilante;  
Si un tierno amante gime ya y suspira;  
95 que en otro tiempo alegre con ventura  
gozó mirar presente, y ya no mira;  
Y desierto en la noche siempre oscura  
lamenta con dolor solo y perdido;  
que no merece ver su hermosura;  
100 Cúlpenle, si la vida aborrecido  
desea, y si esperar más bien pretende;  
por no perder ya más, que lo perdido.  
De tal causa mi lástima desciende;  
que aun vitupero en tanto mal mi suerte,

105 si algún pequeño espacio no me ofende.  
Por el paso que voy a ver mi muerte,  
tanta envidia merezco; que no siento  
en alguno dolor de mi mal fuerte.  
Después que vi, y gocé de mi tormento;  
110 y conocí el valor de esa belleza;  
y de mi libertad y pensamiento;  
Mis entrañas cercó vuestra grandeza;  
y ocupó vuestro nombre mi memoria;  
y Amor hizo en mí asiento de firmeza.  
115 Sin vos estuve ajeno de mi gloria,  
y quedé, siempre amando, a amar forzado;  
llevando de esta fuerza la victoria.  
Siempre vive en mi alma venerado  
vuestro valor y gracia y cortesía,  
120 de quien se halla rico mi cuidado.  
Pero si ahora lejos de alegría  
padezco, a vuestros ojos yo lo debo;  
que prometieron bien a mi porfía.  
Vuestra beldad merece el mal, que llevo;  
125 que no es bien, que asegure la esperanza,  
pues a tan alta empresa al fin me atrevo.  
Si el Amor prometiera confianza  
sin temor de peligro y desventura;  
y no trocara el bien con la mudanza;  
130 Ofendiera el agravio esa luz pura;  
porque, es deuda de pena y de tormento,  
osar tanto, ofrecido a la ventura.  
Mas a la ausencia, en que morir me siento,  
no hallo causa alguna, y solo espero  
135 acabar con la vida el sufrimiento.  
En esta soledad padezco y muero,  
y en la razón mis penas entretengo;  
para dar nueva fuerza al dolor fiero.  
Tal vez, que suspendido, acaso tengo  
140 el ímpetu de males, me levanto,  
a do sin esperanza me sostengo.  
Allí rompo las venas de mi llanto,  
y de la lluvia exhala el fuego ardiente;  
que en ceniza convierte el mortal manto.  
145 Etna, que el duro hielo y frío siente  
en sus coronas altas ensalzado,  
y con el blanco velo reluciente;  
Cuando del impío Encélado abrasado  
es con serpientes ásperas herido;

150 y se revuelve de uno y otro lado;  
El fuego, en nube espesa reducido  
de ardientes globos y furor humoso,  
arroja con horrisono estampido.  
El estruendo de peñas tempestuoso  
155 con alto horror resuena en torno y brama,  
y tiembla todo el monte cavernoso.  
Mi pecho, que de fuera es nieve, y llama  
dentro, cuando el Amor lo mueve y hiere;  
gime y sonando el bravo ardor derrama.  
160 Rebosan mil incendios, cuando quiere  
feroz, que a la alma abrase su crudeza;  
sin jamás condolerse de quien muere.  
El rayo, que sepulta con fiereza  
al terrible Gigante; que del cielo  
165 pensó regir soberbio la grandeza,  
No iguala al que en eterno desconsuelo  
me deja atravesado, sin la culpa,  
que él tuvo en el terrestre patrio suelo.  
Sola una cosa habrá, con que me culpa  
170 Amor, que es en ausencia tener vida,  
mas el deseo mío me disculpa.  
Aunque apartado siempre en mi perdida  
soledad, tan hermosa y estimada  
vos hallo; que doy la honra merecida.  
175 Con el mismo respeto venerada  
estáis, y con el mismo sentimiento  
y tierno afecto humilde siempre amada.  
Ya veo vuestros ojos y consiento  
por los míos la pena; que proviene.  
180 ya temo el rostro airado y descontento.  
Ya el temor con ligeras alas viene,  
y me deja sin luz de bien incierto,  
y preso la tristeza el pecho tiene.  
Ya veo con mi gloria el cielo abierto;  
185 que vos contemplo alegre y piadosa;  
y honráis con vuestras plantas el desierto.  
Consuelo son de ausencia congojosa  
estas muestras de vana fantasía,  
aunque es cierta mi pena lastimosa.  
190 La esquivada soledad y mi porfía,  
la tristeza y temor de mi cuidado  
me dividen de vos, oh alma mía.  
Muera pues, quien de vos está apartado,  
acábese en la vida la memoria;

195 que a un prolijo dolor desesperado  
mal puede venir bien, que le dé gloria.

<SONETO XCI>

Oh cara perdición; oh dulce engaño;  
suave mal, sabroso descontento;  
amado error del tierno pensamiento;  
luz, que nunca descubre el desengaño;  
5 Puerta, por la cual entra el bien y el daño;  
descanso y grave pena del tormento;  
vida del mal; vigor del sufrimiento;  
de confusión revuelta cerco extraño;  
Vario mar de tormenta y de bonanza;  
10 segura playa y peligroso puerto;  
sereno, inestable, oscuro y claro cielo;  
Por qué como me diste confianza  
de osar perderme, ya que estoy desierto  
de bien, no pones a mi afán consuelo?

<SONETO XCII>

Solo y medroso ya, del daño cierto;  
que en la guerra de Amor temido había,  
tarde con mejor suerte al fin huía  
seguro en tempestad tan grande al puerto.  
5 Mas de un golpe en el medio curso incierto,  
cuando con más descuido proseguía,  
Amor, que en vuestros ojos me atendía;  
de un golpe atravesó, cruel, mi pecho abierto.  
Y antes, que yo pudiera de mi pena  
10 alabar la ventura, envidioso  
huyó con vos, y me olvidó perdido;  
Cual huye el Parto, do el Éufrates suena,  
y revuelve el caballo presuroso,  
dejando al fiero contendor herido.

<SONETO XCIII>

En esta soledad, que el sol ardiente  
y rehúyen sus rayos estoy puesto;  
a todo mal de ingrato Amor dispuesto,

triste, y sin mi Luz bella, y siempre ausente.

5 Finjo y cuido tal vez estar presente  
alegre en el dichoso y fresco puesto,  
y en la gloria me pierdo; que el molesto  
dolor de la alma aparta este accidente.

Nunca silencio y soledad oscura  
10 pueden dar a quien ama tal contento,  
si no se cambiase la alegría.

Poco en memoria el bien de amor me dura,  
que aun en este ocioso apartamiento  
no se afirma en segura fantasía.

<SONETO XCIV>

Flaca Esperanza en todas mis porfías;  
Deseo vano en desigual tormento,  
y, inútil fruto del afán que siento,  
lágrimas sin descanso, y ansias mías;

5 Sufrid, que una hora alegre en tantos días  
tristes merezca un triste descontento;  
y que pueda sentir tal vez contento  
la gloria de fingidas alegrías.

No es justo no, que siempre quebrantado  
10 me oprima el mal; y me deshaga el pecho  
nueva pena de antiguo desvarío.

Mas oh que temo tanto el dulce estado,  
que (como perdí al bien todo derecho)  
abrazo ufano el grave dolor mío.

<SONETO XCV>

Huyo la blanda voz y el tierno canto;  
que en celeste armonía espira y suena,  
de esta, de España luz, gentil Sirena,  
mas vuelvo al fin sujeto al dulce encanto.

5 Bien sé, que este placer acaba en llanto;  
que esto es imagen cierta de mi pena,  
y Amor injusto siempre me condena;  
porque sirvo, y padezco y sufro tanto.

Ulises, que pudiste venturoso



10 surcar, seguro y sin temor del daño,  
el golfo de la bella Leucosia;  
Cuánto fueras más grande y valeroso,  
si tentaras perderte en este engaño,  
oyendo a la inmortal Sirena mía.

<CANCIÓN VII>

Ya bien podrás hartar de tu crudeza,  
Amor, en mi herido pecho el hierro;  
y tu rabia ensañar en mis entrañas.  
mas no podrás hacer, que mi dureza  
5 dude ya mayor mal; ni en mi destierro  
que la venza el temor de tus hazañas.  
son tales tus extrañas  
leyes y condición; que ya no espero  
remedio, ni lo quiero.  
10 antes ufano abrazo el daño todo  
de esta mi perdición; que el dolor fiero  
no da lugar al bien en algún modo.  
véngate en mí, Cruel, que estoy desierto,  
en pena vivo siempre, en gloria muerto.  
15 No deja respirar el golpe crudo  
al triste corazón, ni deja al llanto;  
que quiebre su furor, antes los ojos  
secos, y el rostro de pasión desnudo  
fingen ledo semblante. pero cuanto  
20 procuran encerrar de sus enojos,  
son míseros despojos  
de obstinación confusa y clara afrenta.  
quién habrá, que consienta  
tanto mal, y lo esconda en ciego olvido,  
25 sin que memoria alguna de él se sienta?  
mas oh cuánto es mejor, que esté perdido  
en silencio; pues cabe tal cuidado  
solo en mi corazón desesperado.  
Es, cuanto pienso, lástima, es tormento.  
30 el bien me cansa, aflige la alegría;  
que sin envidia en otra gente veo.  
temo el favor; procuro el descontento;  
reposo en la mudanza esquiva mía;  
y tan ajeno estoy de buen deseo;

35 que olvidarme deseo  
de todo, lo que fue mi bien y gloria.  
qué presta la memoria,  
de perdidos contentos en un triste?  
qué pequeño triunfo, qué victoria  
40 tan corta, Amor, en acabarme hubiste?  
hubiste, Amor, victoria de tal suerte;  
que estoy, vencido al fin, más duro y fuerte.  
Los ojos abro, solo a ver mi daño,  
y holgarme con él sin confianza;  
45 pues desamparo ya sin ella el miedo.  
y valgo tanto ya en el desengaño;  
que, aunque me siento extraño de esperanza,  
como volver a ella nunca puedo,  
cobro tanto desnudo;  
50 que, si tal vez me acuerdo, que la tuve,  
y con ella sostuve  
los males, que me dio tu mano fiera,  
cuando en más bien con más favor estuve;  
aborrezco los días y primera  
55 ocasión; que me trajo al desvarío,  
y alabo esta ventura del mal mío.  
El rayo de los tiernos ojos bellos;  
el color dulce y pura faz serena;  
que mi soberbia frente quebrantaron,  
60 el rico y terso lazo de cabellos;  
que prendieron mi alma en su cadena;  
y mil trofeos de ella levantaron;  
y en tu templo colgaron  
mis despojos, Amor, ya poca parte  
65 serán, para estimarte.  
osado pecho tengo y generoso;  
que se atreve a mostrarse, sin dudarte,  
contrario de tu nombre poderoso.  
bien puedes revolver en guerra luego  
70 contra mí el aire, el mar, la tierra, el fuego.  
Si, en cuantos, impío, ofendes, hay alguno;  
que se espante de ver mi atrevimiento;  
y tenga de mi pérdida recelo;  
crea; que mi dolor me fue importuno;  
75 y que un desesperado pensamiento  
se obliga mal a recibir consuelo.  
pero yo qué recelo?  
que contra ti, oh cruel, oh mi enemigo  
pocas injurias digo.

80 y pues llego en el daño a tanto extremo;  
que estoy solo en estrecho sin amigo,  
esfuérmome en el mal, y no lo temo;  
que no rehúye alguna desventura,  
quien tiene tan perdida la ventura.

<SONETO XCVI>

Cual rociada Aurora en blanco velo  
descubre el candor nuevo al claro día;  
cual sagrado lucero, del Sol guía,  
sus rayos abre ufano al puro cielo;  
5 Cual Venus a honrar parte el fértil suelo  
de Cipro, y va en hermosa compañía  
con ella Amor, las Gracias y Alegría,  
que Céfiro las lleva en blando vuelo;  
Tal salisteis, mi Luz serena y bella,  
10 al día y cielo y suelo dando gloria  
y aquistasteis de todos los despojos,  
Tendió a aquel punto Amor su red, y en ella  
sus alas quemó preso; y la victoria  
rindió de la alma mía a vuestros ojos.

<SONETO XCVII>

Sol, que con alas de oro vas luciente,  
y al Euro tu primero ardor colora;  
mostrando al blanco cerco de la Aurora  
la fogosa corona y roja frente;  
5 Cuando el ondoso claustro de Occidente  
entrares, donde reina alegre Flora;  
si la Luz, que este ausente amante adora,  
vieres, lleva esta triste voz doliente.  
Después que vos dejé, mis bellos ojos,  
10 y en puras perlas Hebras enlazadas,  
la noche oscureció al sereno día.  
El bien me falta, y sobran los enojos;  
y en horas de tristeza mal contadas  
ningún lugar me queda de alegría.

<SONETO XCIIX>

Tiempo fue de dolor, el que yo tuve  
sujeto a dura voluntad ajena.  
Tiempo fue, en que perdí mi grande pena;  
mas en perder más fiero mal sostuve.  
5 Tiempo fue de mi afrenta aquel, do estuve  
atado y sin valor en la cadena.  
Tiempo fue, en que cerré a la luz serena  
los ojos, y en error perdido anduve.  
Tiempo es ya, que no duerman en su engaño,  
10 mis sentidos; ya es tiempo; que deshaga  
la razón mi porfía y devaneo.  
Que ya no es justo conocer el daño,  
y abrazar la ocasión; aunque en la llaga  
siempre abierta respire mi deseo.

<SONETO XCIX>

Ya que la grande fe del amor mío,  
y el eterno dolor de mi tormento  
no pueden descubrir un sentimiento  
liviano en vuestro ingrato pecho frío;  
5 Mostrad con más desdén mayor desvío;  
porque con el afán, que triste sienta,  
o acabe en triste muerte el descontento,  
o huya este confuso desvarío.  
Antes, pues más no sufre el mal presente,  
10 volved, fiera Enemiga de mi gloria,  
la dulce libertad, que yo tenía.  
Porque de vos ya pierdo osadamente  
sin esperanza alguna la memoria.  
mas ay cómo me engaña esta osadía.

<SONETO C>

Bien puede el vano error y la porfía  
de mi ardiente deseo desfrenado  
llevarme en su furor arrebatado,  
y oscurecerme el cielo en claro día;  
5 Que al fin la Luz serena, que me guía,

la vista abre de nuevo a mi cuidado;  
y de improviso horror todo ocupado,  
repugno a la perdida suerte mía.  
Respiro ya del importuno peso;  
10 y, aunque no arrojé el yugo sacudido,  
no me oprime la fuerza del tormento.  
Ni libre canto ya, ni lloro preso;  
ni sano, de mi llaga, ni herido,  
dudoso estoy en confuso sentimiento.

<SONETO CI>

Ya comienza a mudar su faz el cielo  
sereno de mis días no turbado;  
ya tornan a estrecharme mis cuidados;  
y Amor en fuego vuelve el tibio hielo.  
5 Incauto en tantos daños alzo el vuelo  
de atrevidos deseos no cansados;  
que van, en lo que siguen, tan cebados;  
que pierden al peligro ya el recelo.  
Ufano intento, débil esperanza  
10 y pocas fuerzas hacen, que fallezca  
en medio del camino la osadía.  
Cuando trocare el caso esta mudanza;  
será, para que siempre en mal padezca,  
quien yerra, y persevera en su porfía.

<ELEGIA XII>

Las quejas, y suspiro y llanto luengo  
de mi pasado daño, en tanto extremo  
descubran la pasión, del mal que tengo.  
Presente está el cruel dolor; que temo,  
5 y conmigo no finca la esperanza;  
que de mi triste afán fue el bien supremo.  
Miserables efectos de mudanza,  
que roban de mi dulce primavera  
las flores con perpetua mal andanza.  
10 Perdida bien en otro tiempo fuera  
la vida, cuando lleno de alegría  
mi muerte más plañida ser pudiera.  
Pero en esta mezquina suerte mía

qué consuelo tendré, si en tal estado,  
15 mi niebla oscureció a la luz del día?  
Si yo me hubiera tanto recelado  
de peligros de amor, con más paciencia  
sufriera este dolor necesitado.  
Mas quien favorecido en la presencia  
20 estuvo siempre; no esperó, a su gloria  
que nuciera la fuerza de la ausencia.  
Antiguas ocasiones y memoria,  
y mis nuevos trabajos representan  
la esperada promesa de victoria.  
25 Los bienes y los males más me afrentan;  
cuando inquiero razón, para librarme  
de los lazos de Amor, que me atormentan.  
Pueden mis pensamientos animarme;  
para mostrar ausente sufrimiento,  
30 no osando en el peligro conhortarme.  
No se debe a mi grave sentimiento  
ya compasión alguna, antes conviene  
un extraño linaje de tormento.  
En tanto mal no sé, por qué sostiene  
35 mi espíritu la vida, ni si es justo,  
que en mísero temor se canse y pene.  
Amor me lleva ausente por su gusto;  
para extremar en mí toda crudeza,  
y obedezco por fuerza el mando injusto.  
40 Si mi pecho constante con dureza  
se vio, sin confianza y osadía  
conocerá su ímpetu y braveza.  
No doy lugar al bien, en que me vía;  
después que, puesto solo en el desierto,  
45 mi niebla oscureció a la luz del día.  
Cuanto al dolor terrible ya estoy muerto;  
pero en la honra de sufrir tan vivo,  
que a su rigor opongo el pecho abierto.  
Quien me juzgó otro tiempo muy esquivo,  
50 no me culpe, si estoy sin fuerza alguna;  
que con el mal perdí el intento altivo.  
Cúlpeme, si abrazare esta importuna  
cuita en el corto espacio de mi vida,  
si otra vez esperare en tal fortuna.  
55 Yo tengo la esperanza aborrecida,  
y tengo amor, y sé que no me engaño;  
pero no sé, en qué parte en mí se anida.  
No siente, quien no sabe, que es el daño

de amor desesperado, cual el mío,  
60 revuelto en el horror del desengaño.  
No espero, y amo; y huyo ya, y porfío;  
y si busco pretexto a mi ventura,  
es inútil, pues temo y desconfío.  
No se vio, cual la mía, desventura;  
65 mas, mirando a la causa, do procede;  
bien debida al furor de tal locura.  
El temor de no ver tanto en mí puede;  
que derriba mis vanos fundamentos,  
y ver mi adversa suerte no concede.  
70 Cuidé tener seguros mis intentos,  
cuando en mar sosegado navegaba  
con próspera bonanza y frescos vientos.  
Mas ensañose tempestad tan brava;  
que las crespadas ondas de alegría  
75 en altos montes de agua levantaba.  
Corrió fortuna allí la nave mía:  
y, sin que me valiera confianza,  
mi niebla oscureció a la luz del día.  
Ya tarde puedo yo aguardar mudanza;  
80 si no espero remedio, ni lo pido,  
ni me asegura Amor más esperanza.  
Tan mísero me veo y confundido,  
y rendido a la pena; que imposible  
será, cual yo, hallar otro perdido.  
85 El afán, que padezco, es insufrible;  
mas por aquella Luz, do Amor florece,  
cuanto es más grave, me es más aplacible.  
Favor de la ventura no merece,  
quien por temor del mal del bien rehúye;  
90 y al peligro su vida nunca ofrece.  
El suceso en mil casos varios huye,  
cuando se pesa más y considera,  
y toda la esperanza se destruye.  
A la entrada difícil y carrera  
95 del amoroso y ciego laberinto  
no aprovechó temer mi suerte fiera.  
Amor halló mi pecho en el procinto  
tan gallardo y soberbio; que no pudo  
ser más bravo el que rige a Delo y Cinto.  
100 Mas vibrando sañoso el rayo crudo.  
temblome el corazón, y desmayado  
dejé caer medroso el fuerte escudo.  
Allí, cuando yo fui desamparado,

fuera justa la muerte por castigo;  
105 pues perdí mi temor y mi cuidado.  
Confío yo mi vida a mi enemigo;  
muéstrole la ocasión para mi pena,  
y laméntome de él, como de amigo?  
Ya no daré razón tan cierta y buena,  
110 que me excuse de afrenta en mi porfía;  
ni habrá ya a quien admire mi cadena.  
En soledad estoy sin alegría,  
y me asombra el dolor; porque en una hora  
mi niebla oscureció a la luz del día.  
115 Gime conmigo el Sol, conmigo llora  
el Héspero, y la Noche se lamenta,  
y conmigo te quejas, roja Aurora.  
Quién es tan olvidado, que consienta,  
y procure lugar para su muerte;  
120 tomando la ocasión, que se presenta?  
No recelo el dolor del trance fuerte,  
sino que estoy ausente; y que, si muero,  
no puede haber memoria de mi suerte.  
Si fuera piedra yo, si duro acero,  
125 comportara mis ansias; mas (cuitado)  
no tengo en tanto mal el pecho fiero.  
El ánimo en mis llamas abrasado,  
después de roto el nudo, alzaré el vuelo  
al trono, donde está sacrificado;  
130 Yo quedaré desierto en este suelo,  
premio digno a mi lástima penosa,  
y lo espera, quien ve mi desconsuelo.  
Tú, si bañare tu ribera oncosa,  
Tartésio Río, mi sepulcro; suena,  
135 hiriendo triste en él con voz quejosa.  
Pues no se condolece de mi pena  
un pecho ingrato, y sin amor, lloroso  
sus iras impías y mi mal resuena.  
Podrá ser, que, en la muerte venturoso,  
140 alcance claro nombre y escogido  
de constante amador y no dichoso.  
Pero ya que me veo al fin partido,  
de mis bellas estrellas desterrado,  
do no puedo, ni espero ser oído;  
145 Y que, a molesta ausencia condenado,  
relucho, contrastando al dolor mío,  
protesto; que en mi mal no soy culpado;  
No para atender bien; que en pecho frío



no cabe compasión de mal extraño,  
150 ni admite Amor tan áspero desvío.  
Mas para no dar fuerzas al engaño,  
por donde me conduce solo, ausente,  
con que pueda culparme en tanto daño.  
Y pues Amor mis lástimas consiente,  
155 no quiero yo vedar a mi memoria  
cosas; con que mi pena se acreciente.  
Los favores, que fueron rica historia  
y dichosos despojos de alegría;  
los perdidos contentos de mi gloria  
160 Sean triste desdicha y suerte mía,  
pues en seguro y llano y ledó estado  
mi niebla oscureció a la luz del día.  
Mas porque no se ofenda el bien pasado;  
aunque es agravio injusto al pensamiento,  
165 quiero el dolor por él sufrir doblado.  
Pero tengo tan tierno el sentimiento;  
que me enflaquece, y temo la caída;  
que mal se pierde tanto laxamiento.  
El riesgo no me turba de la vida;  
170 que abandono el temor con el deseo,  
y la esperanza yace confundida.  
Bien puedo ya decir; que no deseo,  
mas dudo la memoria; que persigue  
mi alma, a do mis bienes, triste, veo.  
175 Amor qué bien, o qué valor consigue,  
trocando a cada paso mi tristeza?  
qué gloria de mal nuevo se le sigue?  
Si yo me viera rico y en grandeza;  
si estuviera rebelde y no vencido;  
180 si pudiera perder en mi pobreza,  
Mostrara en mí la fuerza de su olvido;  
vengara su desdén; su airado pecho;  
y trajera contino perseguido.  
Mas a quien olvidado ya y deshecho  
185 está de su furor; a quien no siente;  
a quien llegar no puede a más estrecho,  
Para qué lo maltrata? que ni ausente,  
ni preso y desdeñado, ni sujeto  
tengo más que sentir, que me atormente.  
190 Si algún bien esperara, yo prometo,  
que de grado escogiera este importuno  
dolor; que no permite estar secreto.  
Mis males cuento todos de uno en uno,

hallo poca razón, y no me atrevo  
195 a consolar mi ofensa con alguno.  
Confórtome con esto; que no debo  
mas a mi bien; que no haya merecido;  
y que en estos mis males no soy nuevo.  
Y así triste y lloroso me despido  
200 de la alma ; que me da el postrero aliento,  
si del cielo no soy favorecido.  
La voluntad rendida le presento  
otra vez, y consagro los despojos  
de este mal y cuitoso apartamiento.  
205 Que no es mucho, que guarde mis enojos  
con las ricas memorias de alegría;  
pues voy solo y ausente de sus ojos.  
Pero si la infelice suerte mía  
la mueve tiernamente a mi cuidado,  
210 huirá mi niebla de la luz del día.  
Y, siendo de sus rayos inflamado,  
aquí, do estoy ausente en dolor fiero,  
renovaré la gloria al mal pasado.  
Después de tanta sombra el Sol espero;  
215 que el día ilustrará a la noche oscura,  
y en aquel dulce bien de amor primero  
los ojos fijaré en mi Lumbre pura.

<SONETO CII>

En la oscura tiniebla del olvido,  
y fría sombra, do tu luz no alcanza,  
Amor, me tiene opreso sin mudanza  
este fiero desdén aborrecido.  
5 Porque de su aspereza perseguido,  
hecho mísero ejemplo de venganza,  
del todo desampare la esperanza  
de volver al favor y al bien perdido.  
Tú, que sabes mi fe; y que ves mi llanto,  
10 rompe las densas nieblas con tu fuego,  
y tórname a la dulce suerte mía.  
Mas oh si oyese yo tal vez el canto  
de mi ingrata cruel; saldría luego  
a la pura región de la alegría.

<SONETO CIII>

Ya siento el dulce espíritu de la aura;  
que mansamente murmurando aspira;  
ya veo el puesto, a donde Amor me tira,  
y a do su muerte llama el fuego instaura.  
5 Cuál amador de Cintia, o Delia, o Laura  
temió más el desdén, la ardiente ira;  
que yo la Luz; que tiernamente mira  
mi mal, y de la pena me restaura.  
Como al que espantó el rayo con el trueno  
10 y lumbre; que aún le queda en la memoria  
el alto estruendo del terror pasado.  
Tal yo, que estuve triste y siempre lleno  
de males, huyo en muestras de mi gloria,  
temiendo, el bien, que no esperé, engañado.

<SONETO CIV>

Tú, que con la robusta y ancha frente  
y grandes hombros sustentaste alzado,  
Rey Africano, el polo apresurado,  
y cerco de los astros reluciente;  
5 Y tú, que cuando Atlante temblar siente  
la inmensa carga, sin doblar cansado  
y yerto cuello tuyo, levantado  
sufriste tanto peso osadamente;  
Aunque en valor no igual ni en la grandeza,  
10 no vos envidia yo; porque el sereno  
cielo y estrellas, donde Amor se cría;  
Y donde reina eterna la belleza,  
sostuve glorioso y de bien lleno,  
cuanto sufrió la corta suerte mía.

<SONETO CV>

Amor en mí se muestra ardiente fuego,  
y en las entrañas de mi Luz es nieve.  
fuego no hay, que ella no torne nieve,  
ni nieve, que no mude yo en mi fuego.  
5 La fría zona abraso con mi fuego,  
la Tórrida mi Luz convierte en nieve.

pero no puedo yo encender su nieve,  
ni ella entibiar la fuerza de mi fuego.  
Contrastan igualmente hielo y llama;  
10 que fuera de otra suerte el mundo hielo,  
o su máquina toda viva llama.  
Mas fuera; que resuelto ya en el hielo,  
o el corazón desvanecido en llama,  
ni temiera mi llama, ni su hielo.

<SONETO CVI>

Hurtadas glorias de esperanza incierta;  
vanos efectos; días mal gastados  
dieron triste principio a mis cuidados,  
y ocasión a mis lástimas abierta.  
5 De mi favor y mi alegría cierta  
los pasos fueron súbito cortados;  
y fueron mis dolores renovados  
con la memoria de mi gloria muerta.  
Ahora queda inútil esperanza;  
10 frío; calor; temor; suspiro y llanto;  
y solo Amor, en mi engañada suerte.  
No deseo tornar en confianza;  
que no hay corazón, que sufra tanto;  
ni aun bien, que me defienda de la muerte.

<SONETO CVII>

Solo de unos honestos, dulces ojos  
tengo lleno mi alto pensamiento;  
solo de una belleza cuido y siento;  
que da justa ocasión a mis enojos.  
5 Solo me prende un lazo; que en manojos  
de oro esparce el Amor al manso viento;  
solo de una grandeza mi tormento  
procede; que enriquece mis despojos.  
No escucho otra voz, ni amo, y no me acuerdo  
10 de otra gracia jamás, ni espero y veo  
otro valor igual en mortal velo.  
Si no fuese saber, que ausente pierdo

la gloria, que se debe a mi deseo,  
nunca más bien de Amor me diese el cielo.

<SONETO CIIX>

Llevarme puede bien la suerte mía  
al destemplado cerco y fuego ardiente  
de la abrasada Libia, o donde siente  
prolija sombra Tile noche y día.  
5 Que en la niebla tendré la luz del día,  
templanza en el calor, aunque esté ausente  
de vos, mi Bien; y niegue el inclemente  
Amor, dulce esperanza a mi porfía.  
Y no podrá mi áspero tormento,  
10 y el inmenso dolor, que temo tanto,  
turbarme un solo punto de mi gloria;  
Que en medio de mi grave sentimiento,  
de mi hielo y mi llama alegre canto  
de mi dichoso afán la rica historia.

<SONETO CIX>

Aquí yo vi el luciente y puro velo  
por los hermosos hombros esparcido;  
que se puso en mi cuello, y sacudido  
a la aura el oro retocó en su vuelo.  
5 Cual baja el bello Amor del alto cielo,  
con crispante esplendor esclarecido;  
tal mi Luz pareció con encendido  
vigor; que hace ilustre y rico el suelo.  
Mis ojos, que gozaron esta gloria,  
10 son dichosos, y guardan la alegría  
para el dolor; que la alma presa siente.  
O que dulce holganza a la memoria,  
dulce bien y regalo de aquel día;  
que siempre alabo en soledad ausente.

<SONETO CX. A don Pedro Tello>

En tanto que en el fiero, hórrido seno  
de la antigua Cartago el estandarte

de España honráis, y al Sarraceno Marte  
el pecho de temor mostráis ajeno;  
5 Yo aquí, do el rico Betis, de honor lleno,  
el fértil curso ufano en vueltas parte;  
dando de mí al Amor la mejor parte,  
de mi incierta esperanza me enajeno.  
Mi Luz bella y sus lazos y oro canto;  
10 y aunque el valor insigne vuestro admiro,  
de Lauro a vos no envidio la corona.  
Que a mayor premio el ánimo levanto,  
si mi divina Luz; por quien suspiro,  
de sus hermosas hebras me corona.

<SONETO CXI>

Pensoso vuelvo a la alma del pasado  
tiempo el dolor, que tuve, y el presente,  
ya que razón alguna no consiente;  
que en dulce error padezca enajenado.  
5 El cuello ya levanto deslazado;  
que la señal del yugo impresa siente.  
cuál tuyo, oh impío Amor grave accidente,  
digo, podrá mudar mi ufano estado?  
Yo sé bien, cuánto duele una esperanza;  
10 que huye, y un temor; que crece en pena,  
y cuán vano es el fin de mi deseo.  
Mas deshaces, Cruel, mi confianza  
simple; que a tus engaños me condena,  
y voy alegre al mal, que temo y veo.

<LIBRO TERCERO>

<SONETO I>

Las armas fieras cante, el triste hado  
del soberbio Ilión, ceniza hecho;  
el impío orgullo; el temerario pecho,  
con saeta celeste atravesado;  
5 El mar, nunca primero navegado,

y duras peñas del concurso estrecho;  
de Centauros el ímpetu deshecho,  
o Egeón con cien brazos indignado;  
Quien en la Aonia selva ornó su frente,  
10 habitador de la Cirrea cumbre;  
para vencer la muerte con memoria.  
Que yo solo (si Amor tal bien consiente)  
mi pura Estrella, canto vuestra lumbre;  
que me afina en las llamas de su gloria.

<SONETO II>

Por qué abrasas en nuevo encendimiento,  
impío, ingrato Señor, mi ciego pecho?  
que ya, casi olvidado del mal hecho,  
en soledad vivía del tormento.  
5 Cuando más descuidado y más contento,  
revuelves a meterme en tal estrecho,  
oblígame, cruel, que a mi despecho,  
procure contrastar tu fiero intento.  
Las armas en el templo ya colgadas,  
10 visto, y el acerado escudo embrazo,  
y en mi venganza salgo a la batalla.  
Mas ay, que ni las flechas que templadas  
en la luz de mi Estrella están ni al brazo  
tuyo, resiste bien segura malla.

<SONETO III>

Quién rompe mi reposo? quién desata  
el dulce sueño al corazón cansado?  
quién despierta el temor de mi cuidado?  
quién mi sosiego amado desbarata?  
5 La fuerza de mi afán, que me maltrata,  
turbando mi descanso; y tan pagado  
estoy del mal; que, en él enajenado,  
de lo más el sentido se recata.  
Fuera yo a mi pasión no agradecido,  
10 si no buscara extremos en la pena;  
como en la presunción de mi osadía.

El bien de mi dolor tan bien sufrido  
es, pensar que, cuan fiero me condena,  
tanto es mayor con él la gloria mía.

<SONETO IV>

Ojos, en quien mi espíritu respira  
tal vez, ardiendo en lúcidas centellas;  
ojos no, mas purísimas estrellas;  
rayos, que el Sol menor celoso mira;  
5 Rico puesto, a do solo Amor espira,  
dichoso, en las eternas luces bellas;  
y sus llamas afina, y tiempla en ellas  
siempre fiero y cruel la aguda vira;  
No alcanza nombre alguno a la belleza  
10 vuestra, y así no digo cuanto siento;  
que tanto bien no cabe en voz humana.  
Baste, que para osar a vuestra alteza,  
vos llame; oh dulce causa a mi tormento,  
ojos de mi Sirena soberana.

<SONETO V>

Céfiro renovó en mi tierno pecho  
floridas ramas de esperanza cierta,  
a mansa lluvia, a sol templado abierta,  
y todo se mostraba en mi provecho.  
5 Cuando de hielo un crudo soplo hecho,  
de aquella parte de calor desierta,  
abate en tierra mi esperanza muerta,  
y el trabajo en un punto fue deshecho.  
Quedó en el mismo puesto el hielo frío,  
10 que con el fuego en mi dolor contiene;  
y vence alguna vez, otra es vencido.  
De allí siempre temí en el pecho mío  
la nieve, que aunque el fuego me defiende,  
medroso estoy del daño recibido.

<SONETO VI>

Salen mil pensamientos al encuentro,  
cuando estoy mas ajeno, y pueden tanto;  
que apena de mis males me levanto,



y doy en el peligro siempre dentro.  
5 Sin recelo mi afrenta sigo, y entro,  
osando (oh ciego error) para más llanto.  
alcanzo aunque me esfuerzo a valer cuanto  
a las mudanzas debo, en que me encuentro.  
El esquivo dolor no es el que hace  
10 la guerra, que padezco, de mi daño;  
que el mal no espanta a quien lo tiene en uso.  
El bien, que espero y temo, me deshace;  
que yo sé bien por el ausente engaño  
juzgar de este presente el fin confuso.

<ELEGIA I>

Bien debes esconder, sereno Cielo,  
tus luces, y tejer de oscuro manto  
en torno luengamente el ancho velo;  
Y España deshacerse en mustio llanto,  
5 y volver en un triste sentimiento  
siempre la dulce voz, y alegre canto;  
Y Betis remover del hondo asiento  
negras ondas, creciendo el mar hinchado  
el curso de su mísero lamento;  
10 Pues oh dolor, tarde temido, el hado  
pudo airado robar la luz hermosa  
al suelo eternamente despojado.  
Perpetua sombra y niebla tenebrosa  
desconhorte los pechos, espantados  
15 de dureza tan áspera y llorosa.  
Acábense con este los cuidados;  
las congojas antiguas; y el gemido  
por todos los sucesos desdichados.  
El Sol de hermosura esclarecido,  
20 rayo de la divina hermosura  
yace en fría tiniebla oscurecido.  
Quien pudo ver la luz suave y pura,  
clarísima Heliadora, de tus ojos,  
nunca esperó tan grande desventura.  
25 Las ricas hebras, lúcidos manojos  
de oro terso, sutil, y ensortijado,  
son ya de muerte míseros despojos.  
Vese el dulce color amortiguado,  
y sin vigor la bella y blanca frente;  
30 y queda el cuello apuesto derribado.

El blando trato; el corazón clemente;  
la gracia generosa y cortesía;  
la fe y modestia y la virtud presente  
Entrega un desdichado, y cruel día  
35 en duros brazos de la muerte fiera,  
cuando menos al miedo se debía.  
Esta engañosa vida lisonjera,  
desierta y en confuso error perdida,  
después de tanto mal qué bien espera?  
40 Con esta triste y última partida  
es dulce vida ya la amarga muerte,  
y amarga muerte ya la dulce vida.  
Ningún caso tan áspero, o tan fuerte  
estrago, y ningún ímpetu sañoso  
45 del Cielo; que contrasta nuestra suerte,  
Puede; aunque, quebrantando proceloso,  
arranque gruesos muros bien trabados,  
y se confunda el orbe temeroso,  
Rendir los corazones levantados;  
50 que el valor glorioso los alienta,  
entre peligros mil nunca turbados.  
Mas esta, que enemiga se presenta,  
y deshace cruel con impía mano  
la verde flor, indigna de esta afrenta;  
55 Al más excelso pecho, y sobrehumano  
desnuda de la usada fortaleza;  
que contra su rigor se opone en vano.  
Terrible mal, pero común tristeza;  
que desbarata la ambición profana,  
60 freno de vanas pompas y grandeza.  
Contra esta furia, rígida tirana  
solo finca un reparo no ofendido;  
que es la ardiente virtud y soberana.  
Rompa el Cielo, en mil rayos encendido,  
65 y con pavor horrísono cayendo,  
se despedace en hórrido estampido;  
Tal es, que este furor y horror tremendo,  
y cuanto conspirare por su daño,  
rendido ante ella quedará gimiendo.  
70 Bien puede al hombre ciego y de ella extraño,  
enflaquecer, y su memoria injusta  
acabar del olvido en lento engaño;  
Mas nunca podrá haber victoria justa  
de quien se aparta, y singular contino  
75 sigue y alcanza al bien con gloria Augusta.

Dichoso, aquel espíritu divino;  
que la alta frente descubrió seguro,  
sin temer el común peligro indigno;  
Y al estrellado claustro y ardor puro  
80 encumbró el fácil vuelo en paz, purgado  
de corteza mortal y error oscuro.  
Si amor de la virtud jamás cansado;  
si piedad; si corazón honesto;  
si sufrimiento, apenas enseñado;  
85 Y si ánimo humillado, y bien dispuesto;  
si trabajos de inmenso sentimiento;  
si a santas obras pecho firme y puesto,  
Pueden de este apartado, y grave asiento  
colocarte, oh sin par bella Heliodora,  
90 en los giros de eterno movimiento;  
Tú serás en el Cielo nueva Aurora,  
antes luciente Sol; que muestre al día  
la riqueza y valor, que en ti atesora.  
Y cuando la desnuda noche fría  
95 oscurezca el fulgor, serás Lucero;  
que descubra en su horror serena vía.  
Y viendo el color tuyo verdadero,  
variado en la púrpura y la nieve,  
y el oro, que igual nunca vio el Ibero;  
100 Dirá; quien te mirare, si osar debe  
en tanto mal; ingrato a tu belleza,  
el impío hado a tanto bien se atreve.  
Tú jamás descansaste en la estrechez;  
que tu alma ofendía, y padeciste  
105 dolor, y siempre afanes y tristeza.  
Ni quiso el claro Olimpo, ni pudiste  
ya esperar más trabajos, y dejaste  
alegre al Cielo todo, a España triste.  
Contigo arrebatado nos llevaste  
110 el deseo de amor honesto y santo,  
con el que en nuestros pechos inflamaste.  
Yo canté tu valor, y ahora canto  
el premio merecido de tu gloria,  
aunque a la voz impide el tierno llanto.  
115 Mas en mí no desmaya la memoria  
de tu virtud, de quien el tibio Olvido  
desespere ganar jamás victoria;  
Y veo, que es el llanto mal perdido;  
porque descansas libre ya, y segura,  
120 y la ocasión de mi dolor olvido.

No podía tu inmensa hermosura;  
tu valor; tu divino entendimiento  
contento sosegar en sombra oscura;  
Y desdeñando, el duro ligamento  
125 deslazaste; y en leve vuelo suelta  
pisas el cerco eterio y firme asiento.  
Si puedes renovarte alguna vuelta  
la memoria del suelo despreciado,  
en dichosa alegría y bien envuelta;  
130 Da esfuerzo a este mi espíritu cuitado;  
para sufrir la acerba y luenga pena,  
de esta vida la lástima y cuidado.  
Que ya de la esperanza se enajena,  
ya su intento engañado y error siente;  
135 y en tormento molesto se condena.  
Que en tu honra inclinado el Occidente;  
el frío Ebro; el Tajo caudalosos  
venerará este día humildemente.  
Y Betis, que contigo fue dichoso,  
140 pero ya desdichado que te pierde,  
y triste, y sin el ancho curso ondoso;  
En medio de su fértil campo verde  
hará, que el coro todo se levante  
de Ninfas; que con dulce voz concuerde;  
145 Y metiendo en el piélago de Atlante  
la frente por su abierto y hondo seno  
con ímpetu extendido resonante;  
Dará ocasión; que el mar de peñas lleno,  
alce el canto en tu gloria, rodeando  
150 sus bandas, de otra alguna voz ajeno;  
Hasta que el claro son multiplicando,  
entre, volviendo el paso, en el Egeo,  
en el último Euxino reparando.  
Yo, si el Cielo, presente a mi deseo,  
155 no corta el hilo frágil de esta vida,  
y al canto aspira espíritu Febeo;  
Espero, tu memoria esclarecida  
hacer insigne ejemplo de la Fama,  
prenda solo a mis lágrimas debida,  
160 Y quien oír pudiere de tu llama  
viva el puro esplendor, y la belleza;  
que, por cuanto el Sol cerca, se derrama;  
Culpará de sus hados la dureza;  
que le negó admirar en este suelo  
165 la luz excelsa de ínclita grandeza.

Alma dichosa, tú, que el alto Cielo  
enriqueces alegre, y gloriosa  
te cubres de purpúreo y sutil velo;  
Vuelve a mirar a España lastimosa  
170 en tu partida; que de bien y ajena,  
yace en terreno afecto congojosa.

Esta triste ribera, de afán llena,  
que vio desaparecer su blanca Aurora;  
con mustio verso murmurando suena.  
175 La sublime y bellísima Heliadora,  
roto el cansado y grave peso frío,  
abrasada en la eterna luz; que adora,  
es tutela del sacro, Hesperio Río.

<CANCIÓN I. A don Alonso Perez de Guzman Duque de Medina>

Príncipe excelso, a quien el hondo seno  
por su luciente curso y extendido  
el sacro, padre Océano, inclinado  
ofrece, de respeto humilde lleno,  
5 en el corriente estrecho celebrado  
el tributo debido;  
si del Dirceo Cisne esclarecido  
la voz grande y sonora el alto canto,  
y de Cirra el aliento en mí inspirara;  
10 yo nunca las hazañas ensalzara  
de aquel que causó en Troya último llanto;  
ni el que ofendido tanto  
de la sañosa Juno, limpió en guerra  
de fieras y tiranos la ancha tierra.  
15 Antes pensara, alzando osado el vuelo  
por la inmensa región de vuestra gloria;  
sin perder el dichoso atrevimiento,  
entre los puros astros que orna el Cielo,  
con cercos de lumbroso movimiento,  
20 vuestra insigne memoria entrelazar, negando la victoria  
del claro nombre al Tiempo desdeñoso.  
mas aunque el valor vuestro, y su grandeza  
no admiten de mis versos la rudeza;  
25 y de Ícaro el suceso peligroso  
me vuelva temeroso,  
y el riesgo, a que me obligo, atento veo;

no puedo contrastar a mi deseo.  
Si el noble, liberal, y cortés hecho,  
30 y piedad del ánimo excelente  
no sufrió; que la sangre generosa  
(aunque contraria con discorde pecho)  
de la estirpe real, y gloriosa  
casa vuestra en la ardiente  
35 Libia acabase presa indignamente,  
premio tenéis ya de esta cortesía;  
que toda cuanto es grande, admira España  
la honra singular de esta hazaña;  
y, vencida la Envidia, se desvía  
40 de su antigua porfía;  
y a su pesar conoce en tanta muestra;  
que solo pudo ser tal obra vuestra.  
Vos; que, cual Sol, que luce entre las nieblas;  
resplandecéis en esta edad oscura,  
45 a renovar la bella edad pasada,  
cuando venciendo alegre las tinieblas,  
fue la sola Virtud más estimada;  
pues ya por vos procura  
subir a su grandeza y lumbre pura,  
50 y del olvido ingrato, en quien se esconde  
vuestro favor invoca, y vuestra mano  
pide; y osa elevar el vuelo ufano  
a su difícil yerta cumbre donde  
el premio igual responde,  
55 no la desamparéis; que en vos espera  
vibrar su llama, y descubrir entera.  
No esperéis, en el mármol esculpido,  
o en el sujeto bronce bien labrado;  
que figurado vuestro nombre espire;  
60 que en breve espacio yace oscurecido,  
aunque el ingenio junto y arte inspire  
de Fidia aventajado;  
que este es mortal trabajo limitado.  
porque el divino coro de Helicon,  
65 intento a vuestra gloria, el árbol verde;  
que su esplendor florido nunca pierde,  
teje en hojas de roble, y lo corona  
de una inmortal corona;  
para ceñir en torno de oro ardiente  
70 con siempre eterno nombre vuestra frente.  
Nunca la luz jamás, y la grandeza,  
que de amable virtud el fuego inflama;

y el brío generoso; el alto pecho;  
después de la fatal, común tristeza,  
75 cuando al valor se niega su derecho  
centellará en la llama,  
do la memoria más vos busca y llama;  
si la sagrada Musa, agradecida,  
no deshace la sombra del Olvido.  
80 es vano intento, es ciego error perdido,  
cuidar que pueda alguno alcanzar vida,  
a su nombre debida;  
si este favor pujante no proviene,  
de aquella ínclita voz de Melpómene.  
85 Cuántos famosos Príncipes encubre,  
cuántos heroicos pechos encerrados  
tiene el silencio oscuro en negro velo?  
el Tiempo vencedor esconde, y cubre  
todo cuanto valor ilustró al suelo.  
90 de aquellos, que admirados,  
y fueron de los hombres venerados;  
aun rastro de su gloria no se alcanza.  
vos, de tanta engañada muchedumbre  
distinto vos veréis en alta cumbre,  
95 con pocos alcanzando esta alabanza;  
no engañéis la esperanza;  
que de vos nos promete y hace cierta  
la natural virtud que está encubierta.  
Seguid, Señor, y osad los grandes hechos,  
100 no menos en la paz que en dura guerra,  
de los vuestros clarísimos mayores,  
cuyo valor sublime, cuyos pechos  
quebrantaron los bárbaros furores;  
que nuestra rica tierra,  
105 por donde el Africano mar la cierra,  
anegaron en sangre; y la abrasada,  
arenosa Numidia, helada y fría,  
roto su orgullo todo y su porfía  
vencida, en tristes lágrimas bañada  
110 se les rindió humillada;  
y Atlante con horror temió presente,  
gimiendo el postrer hado, amargamente.  
Del máspreciado nombre y glorioso,  
que España, de las gentes domadora,  
115 puede alabarse, sois felice lumbre.  
grande honor, gran cuidado trabajoso,  
para pedir las puntas de su cumbre;

porque la roja Aurora;  
y la lista; que intenso ardor colora;  
120 y la que en hielo torpe se condena;  
y las partes del orbe más extrañas  
conocen el fulgor de sus hazañas;  
que su valor en todas crece y suena  
con luz de gloria llena.  
125 vos, a igualar sus hechos obligado,  
solo seréis de todos admirado.

<SONETO VII>

Si puede celebrar mi rudo canto  
la luz de vuestro ingenio y la nobleza,  
tendrá perpetua gloria con grandeza  
de fama en el dorado y rico manto.  
5 Pero si de mi mal no me levanto,  
y Amor me ocupa todo en la belleza  
sola y grave ocasión de mi tristeza,  
por quien suspiro, y me deshago en llanto;  
Será, en cuanto sostenga la alma mía  
10 el duro peso, sin temor de olvido  
siempre vuestro valor de mi estimado.  
Porque el sosiego y trato y cortesía  
a vos todo me tienen ofrecido,  
oh ilustre honor del nombre Maldonado.

<SONETO IIX>

Tal vez abrasa con vapor fogoso,  
tal vez enfría con horror helado,  
de la Africana fuente desatado  
el cristal en el mismo trato ondoso.  
5 Cuando el cielo en la sombra está medroso,  
hierve en ardor su curso destemplado,  
y cuando yace el Sol más inflamado,  
corre un invierno de rigor nevoso.  
Son tales los milagros que en mi pecho,  
10 sujeto y condenado a tu crudeza,  
haces, fiero tirano y Señor mío;  
Que estoy en el calor un hielo hecho,  
y un fuego de inmortal naturaleza  
en la fuerza y vigor del mayor frío.



<SONETO IX>

Esconde, tardo Bágrada, en tu seno  
la fiera armada de tu osada gente;  
y, arrancando los cuernos de la frente,  
pierde el orgullo, ya de esfuerzo ajeno;  
5 Que a todo el ancho ponto pone freno,  
vengando con la aguda espada ardiente  
los insultos, que sufre el Occidente,  
el domador del Cita y Sarraceno.  
Verás la tierra presa, el mar sangriento,  
10 y al nombre de Bazán temblar medroso  
el corazón más bravo y arrogante;  
Y atado en hierro el cuello descontento,  
rendirse al brazo suyo poderoso  
cuanto abrazan el Nilo y grande Atlante.

<SONETO X>

Ausente pienso en mi dolor conmigo,  
si alguna vez estuve tan contento,  
que no diese al cuitoso sentimiento  
el lugar, que se debe al más amigo;  
5 Y hallo al fin en este mal, que sigo,  
que nunca una hora libre de tormento  
pude alcanzar; que al cabo el pensamiento  
es mi mayor contrario y enemigo.  
Bien que pruebo traer a la memoria  
10 sombras de un bien, que descubrí tan vano;  
que se desapareció luego a mis ojos.  
Mas esto no me puede causar gloria,  
antes da siempre a mi dolor la mano;  
para que no se acaben mis enojos.

<SONETO XI>

Vos, celebrando al son de noble Lira  
(insigne Soto) vuestra dulce pena,  
del Dauro la ribera tenéis llena,  
y el bosque verde; vuestro nombre admira;  
5 Yo aquí, do Amor en mi dolor conspira,  
solo en esta desierta, ardiente arena

mis ojos rompo triste en honda vena,  
y el grande Betis con mi mal suspira.  
Dichoso vos, que en luz de inmortal fuego  
10 de vuestra Fénix renováis la gloria;  
que no podrá cubrir niebla de olvido.  
Yo mísero, sin bien, herido y ciego  
avivo de mis males la memoria  
desesperado y nunca arrepentido.

<ELEGIA II>

Qué honor vos pudo dar, bella Enemiga;  
rendir mi pecho, que con tal cuidado  
buscasteis la ocasión de mi fatiga?  
Si yo nací sujeto y obligado  
5 a perderme en las ondas del mar fiero,  
cual navegante mísero, engañado;  
Por qué con dulce canto y lisonjero  
suspenso, me llevasteis compelido  
al dolor grave, en que lloroso muero?  
10 Bien conocía yo, aymé perdido,  
de vuestro corazón el falso engaño,  
y el áspero rigor de vuestro olvido.  
Huía, temeroso de mi daño,  
la luz de vuestros ojos y belleza;  
15 como si del Amor naciera extraño.  
No me valió vestirme de dureza  
contra las crudas flechas del tirano;  
que solo se contenta en mi tristeza.  
Porque viendo, que el golpe de su mano  
20 no abría bien el corazón constante,  
y que su intento sucedía en vano;  
Y que el arco de duro diamante  
perdía su vigor, vuelto indignado  
contra mi presunción tan arrogante,  
25 Se puso en vuestros ojos, regalado,  
blando, lleno de tierna cortesía,  
suave y dulcemente lastimado.  
Con esto mi firmeza y mi porfía  
rota, quedó vencida, y entregada  
30 a vuestra voluntad siempre la mía.  
Mostrasteis vos alegre, y agradada  
tanto del grave afán, que por vos siento,  
de rigor y desdén tan apartada;

Que os di mi libertad, y el pensamiento  
35 ocupé solo en vos, y fue mi gloria  
merecer en virtud de mi tormento.  
Ahora, que soberbia en la victoria  
vos descubris, a mi pasión esquiva,  
a mi nombre negáis vuestra memoria.  
40 En vuestro pecho no sufrís que viva  
de tanto amor una pequeña parte,  
sin deslazar mi ánima cativa.  
Este es el mal, que me deshace y parte  
el corazón mezquino, y con crudeza  
45 a mil varios peligros lo reparte.  
Si ofende al valor vuestro y su grandeza,  
que ose tanto fiar de mi cuidado;  
que adore mi humildad vuestra belleza,  
No merezco por ello ser culpado;  
50 porque conozco bien, cuán poco alcanza  
al cielo alto mi vuelo desmayado.  
Pero vos alentasteis mi esperanza,  
y vuestra luz me dio merecimiento,  
para abrazar tan alta confianza.  
55 La honra de mi noble pensamiento,  
mi fe y amor, a sola vos debido,  
son dignos de más grato acogimiento.  
Memorias tristes de mi bien perdido  
me siguen siempre, y me molestan tanto;  
60 que deseo acaballas en olvido.  
Deshecho todo en miserable llanto,  
hago testigos este prado y fuente  
del mal, que sufro ausente en mustio canto.  
Solo un cuidado tengo, que contente  
65 el corazón cuitado en tanta pena;  
que descanso ninguno me consiente,  
Y es, que al fin quedo en esta suerte ajena  
alegre de haber muerto a vuestra mano,  
antes que despedace esta cadena.  
70 Mas yo qué digo? a quién me quejo en vano?  
a un bello rostro y corazón de fiera,  
tierno en vista y en obras inhumano.  
Mejor será, que antes que yo muera  
en este error, huya mi suerte dura,  
75 y, lo que la Razón me ofrece, quiera.  
Esta Luz soberana y hermosura,  
que tanto hacer pueden en mi daño,  
se cubran para mí de sombra oscura.

Otra extraña región y cielo extraño  
80 me conviene buscar; porque perezca  
en la ausencia la causa de mi engaño.  
Do nunca a la memoria se me ofrezca  
el dulce nombre, iré, y a do conmigo  
siempre ocasión de justo desdén crezca.  
85 Mas qué valdrá? que nunca mi enemigo  
se aparta de mi pecho, y me presenta  
mi pura Estrella en mi favor consigo.  
A vos, mi Bien, así jamás consienta  
el cielo, que la luz de esa belleza  
90 del tiempo la común ofensa sienta;  
Pido, que no sufráis, que mi firmeza  
acabe; sin que sea agradecida,  
conforme al merecer de esa grandeza.  
Por ventura será cosa debida  
95 a vuestro gran valor, ser vos llamada  
ingrata, desleal, desconocida?  
La dulce Venus, madre regalada  
del tierno Amor, estaba lastimosa,  
y en fatiga continua congojada;  
100 Porque su hijo, cuya poderosa  
diestra rinde herido y humillado,  
cuanto cerca del Sol la luz fogosa;  
Aunque bello, y en ella figurado,  
cual parto de su inmensa hermosura,  
105 divinamente puro y acabado;  
No crecía en grandeza y compostura  
igual a la belleza, y que vivía  
mucho tiempo sujeto a tal ventura;  
Doliéndose del daño, no sabía,  
110 qué remedio tuviese una extrañeza,  
nunca vista jamás hasta aquel día.  
Al fin del triste caso la graveza  
la llevó a consultar por más seguro  
de las secretas cosas la certeza.  
115 Témis, que revelaba lo futuro,  
viendo su confusión, le dice; olvida  
Venus este temor del hado oscuro.  
Este tu Amor en esa edad florida  
Si no crece, aunque solo es engendrado,  
120 es por oculta causa y escondida.  
Puede solo nacer y ser criado,  
y no crecer. si quieres tú, que crezca;  
pare otro hijo, Contramor llamado;

Con tal suerte, que el uno favorezca  
125 mirando al otro hermano en crecimiento,  
cobrando cuerpo; que al igual florezca.

Pero si uno falta, a un movimiento  
ambos acabarán forzosamente,  
y este es decreto de infalible asiento.

130 Volvió Venus alegre, y juntamente  
al regalo del dulce, amado Marte,  
y, cuanto dijo Témis, vio presente.

Amor luego creció, mirando aparte  
a su hermano, y de sí con gran porfía  
135 el uno daba al otro mejor parte.

El uno y otro en igualdad crecía,  
hermoso en la figura y la grandeza;  
que a Citerea admiración ponía.

Señora, si al amor, que a vuestra alteza  
140 tengo, fallece amor, agradecido  
en parte alguna a mi mayor firmeza;

No digo; que por mí será perdido;  
que mi fe tal error nunca ha pensado,  
mas es Amor tan tierno y tan sentido;  
145 que temo, que se acabe mal mi grado.

#### <SONETO XII>

Amor, en un incendio no acabado  
ardí del fuego tuyo, en la florida  
sazón y alegre de mi dulce vida,  
todo en tu viva imagen trasformado.

5 Y ahora (oh vano error) en este estado,  
no con llama en cenizas escondida,  
mas descubierta, clara y encendida,  
pierdo en ti lo mejor de mi cuidado.

No más, baste, cruel, ya en tantos años  
10 rendido a ver al yugo el cuello yerto,  
y haber visto en el fin tu desvarío.

Abra la luz la niebla a tus engaños,  
antes que el lazo rompa el tiempo, y muerto  
sea el fuego del tardo hielo mío.

#### <SONETO XIII>

Pongan en tu sepulcro, oh flor de España,  
la Virtud militar y la Vitoria

grandes ciudades presas en memoria,  
y todo el noble mar, que a Grecia baña.

5 Tú solo, tú con singular hazaña  
ganaste vencedor tan alta gloria;  
que las voces se cansan de la historia;  
que tus ínclitos hechos acompaña.

El furor de Otomano quebrantado  
10 será justo despojo, que esculpido  
en lengua de la fama alce tu nombre  
Con tal blasón; valor nunca domado,  
ingenio y arte hacen, que vencido  
no pueda ser del tiempo un mortal hombre.

<SONETO XIV>

El triste afán del corazón doliente  
con la memoria de mis males llena  
voy repitiendo solo por tu arena,  
sacro rey de las aguas de Occidente.

5 Las ondas acrecienta a tu corriente,  
socorriendo a tu curso con la vena  
de mis ojos llorosa, y junto suena  
el suspiro; que esfuerza a la creciente.

Al fin gasto el humor, y cesa el viento,  
10 y exhala el fuego con incendio tanto,  
que de húmedo te hace ardiente río.  
En vano intentas a este encendimiento  
resistir; pues no pudo el grave llanto,  
quebrantar su furor, del dolor mío.

<SONETO XV>

Como en la cumbre excelsa de Mimante,  
do en eterna prisión arde, y procura  
alzar la frente airada, y guerra oscura  
mover de nuevo al cielo el gran gigante;

5 Se nota de las nubes; que delante  
vuelan y encima, en hórrida figura  
la calidad de tempestad futura,  
que amenaza con áspero semblante;

Así de mis suspiros y tristeza,  
10 del grave llanto y grande sentimiento  
se muestra el mal; que encierra el duro pecho.

Por eso no vos canse mi flaqueza,  
bella Estrella de Amor; que mi tormento

no cabe bien en vaso tan estrecho.

<SONETO XVI>

Fiero dolor, que el corazón cuitado  
tanto afliges y cansas; dolor fiero,  
que por templar mi mal con honra, quiero  
llamar solo dolor desesperado;  
5 Pues al extremo ha tu rigor llegado,  
y del Amor ningún remedio espero;  
acaba ya mi vida, o, pues no muero,  
acábase contigo mi cuidado.  
Porque si del furor de mi tormento  
10 puedo alentar, ya nunca más victoria  
daré de mí al autor de tu crudeza.  
Y el horror de la pena y mal, que siento,  
quedará siempre vivo en mi memoria;  
para huir contino tu dureza.

<SONETO XVII>

Preso en la red Amor dorada y pura,  
y ardiendo en vivos rayos de belleza,  
mueve el sutil pincel, y con destreza  
su fuerza en vuestra luz mostrar procura.  
5 La arte a su fin llegó; la hermosura  
al intento excedió en extrema alteza.  
en ella infunde el mismo su grandeza,  
y espíritu se hace en su figura.  
Su llama en él enciende a quien la mira,  
10 y en la virtud, que haya, soberana  
lleva la alma abrasada en alto vuelo.  
Y con la gloria eterna; que la inspira,  
goza, excelsa y bellísima Diana,  
el sereno esplendor del alto Cielo.

<SONETO XIIX>

Esta sola, desierta, ardiente arena;  
fatal sepulcro al último Occidente;

de armas rotas de muerta y presa gente,  
y de sangrientos ríos está llena.  
5 Infamia y honra en un error condena  
al corazón cobarde, y al valiente,  
el premio es desigual; que el uno siente  
perpetua gloria, el otro eterna pena.  
Con un súbito estrago y espantoso,  
10 y confuso desorden acabando,  
cedió el valor Heroico al Africano.  
Grave crimen del vulgo temeroso;  
que pues murió, muriera peleando,  
do murió todo el Reino Lusitano.

<SONETO XIX>

Fernando, yo surqué con viento lleno  
del dulce Amor el grande mar abierto;  
y libre de temor, sin buscar puerto  
atravesé de un seno en otro seno.  
5 En medio el curso se turbó el sereno  
Cielo, y revuelto todo el Ponto incierto  
rompe mi flaca nave, y ya desierto,  
de salud en las ondas voy ajeno.  
Si en esta tempestad es tal mi suerte;  
10 que escape de peligro; nunca el fiero  
tirano llevará de mí victoria.  
Mas antes que en olvido cubra Muerte  
mi nombre humilde, celebrar espero  
del Español belígero la gloria.

<SONETO XX>

Si no sufría ya la adversa suerte,  
que más viviera el Reino Lusitano,  
ardiera en guerra fiera, y Marte insano  
moviera del contrario el brazo fuerte.  
5 Cuánta Saña y furor la furia vierte,  
hierro, fuego, enemigo, de impía mano  
armara, y no entregara al Africano  
los cobardes despojos en su muerte.  
No es vergüenza morir, y la victoria  
10 y vida, el honor no, rendir osado



al ímpetu de Libia violenta.  
Fuera sin culpa mísero con gloria;  
honrarse en la queja de su hado,  
y faltara a sus lágrimas la afrenta.

<SONETO XXI>

Soberbio Tajo, que en la gran corriente  
entrabas de Neptuno impetuoso,  
por qué con tardo paso y temeroso  
vas humilde abatiendo tu creciente?  
5 Si el fiero Luco osado alza la frente  
domador de tu ejército famoso,  
no debes tú por eso estar medroso;  
ni el furor Libio recelar presente.  
Que en tu favor el Ebro grande, el Duero,  
10 y el sacro ondoso Betis a porfía  
el valor juntarán la fuerza y arte.  
Luego verás al Númida guerrero  
perder roto el orgullo y la osadía,  
y cativo humillado venerarte.

<CANCIÓN II. Por la Pérdida del Rey Don Sebastian>

Voz de dolor, y canto de gemido,  
y espíritu de miedo, envuelto en ira,  
hagan principio acerbo a la memoria  
de aquel día fatal aborrecido;  
5 que Lusitania mísera suspira,  
desnuda de valor, falta de gloria.  
y la llorosa historia  
asombre con horror funesto y triste,  
dende el África Atlante y seno ardiente,  
10 hasta do el mar de otro color se viste;  
y do el límite rojo de Oriente,  
y todas sus vencidas gentes fieras  
ven tremolar de CRISTO las banderas.  
Ay de los que pasaron, confiados  
15 en sus caballos, y en la muchedumbre  
de sus carros, en ti, Libia desierta;  
y, en su vigor y fuerzas engañados,  
no alzaron su esperanza a aquella cumbre  
de eterna luz; mas con soberbia cierta

20 se ofrecieron la incierta  
victoria, y sin volver a Dios sus ojos,  
con yerto cuello y corazón ufano  
solo atendieron siempre a los despojos;  
y el Santo de Israel abrió su mano,  
25 y los dejó; y cayó en despeñadero,  
el carro, y el caballo y caballero.  
Vino el día cruel, el día lleno  
de indignación, de ira y furor, que puso  
en soledad, y en un profundo llanto  
30 de gente, y de placer el Reino ajeno.  
el Cielo no alumbró, quedó confuso  
el nuevo Sol, présago de mal tanto.  
y con terrible espanto  
el Señor visitó sobre sus males,  
35 para humillar los fuertes arrogantes;  
y levantó los bárbaros no iguales,  
que con osados pechos y constantes  
no busquen oro; mas con hierro airado  
la ofensa venguen y el error culpado.  
40 Los impíos y robustos, indignados  
las ardientes espadas desnudaron  
sobre la claridad y hermosura  
de tu gloria y valor, y no cansados  
en tu muerte, tu honor todo afearon,  
45 mezquina Lusitania sin ventura.  
y con frente segura  
rompieron sin temor con fiero estrago  
tus armadas escuadras y braveza.  
la arena se tornó sangriento lago,  
50 la llanura con muertos aspereza.  
cayó en unos vigor, cayó denuedo,  
mas en otros desmayo y torpe miedo.  
Son estos por ventura los famosos,  
los fuertes, los belígeros varones,  
55 que conturbaron con furor la tierra?  
que sacudieron reinos poderosos?  
que domaron las hórridas naciones?  
que, pusieron desierto en cruda guerra,  
cuanto el mar Indo encierra;  
60 y soberbias ciudades destruyeron?  
do el corazón seguro y la osadía?  
cómo así se acabaron, y perdieron  
tanto heroico valor en solo un día;  
y lejos de su patria derribados,

65 no fueron justamente sepultados?  
Tales ya fueron estos, cual hermoso  
cedro del alto Líbano, vestido  
de ramos, hojas, con excelsa alteza;  
las aguas lo criaron poderoso,  
70 sobre empinados árboles crecido,  
y se multiplicaron en grandeza  
sus ramos con belleza;  
y, extendiendo su sombra, se anidaron  
las aves, que sustenta el grande cielo;  
75 y en sus hojas las fieras engendraron,  
y hizo a mucha gente umbroso velo.  
no igualó en celsitud y en hermosura  
jamás árbol alguno a su figura.  
Pero elevóse con su verde cima,  
80 y sublimó la presunción su pecho,  
desvanecido todo y confiado;  
haciendo de su alteza solo estima.  
por eso Dios lo derribó deshecho,  
a los impíos y ajenos entregado,  
85 por la raíz cortado.  
que opreso de los montes arrojados,  
sin ramos y sin hojas, y desnudo,  
huyeron de él los hombres espantados;  
que su sombra tuvieron por escudo.  
90 en su ruina y ramos, cuantas fueron  
las aves y las fieras se pusieron.  
Tú, infanda Libia, en cuya seca arena  
murió el vencido Reino Lusitano,  
y se acabó su generosa gloria;  
95 no estés alegre y de ufanía llena;  
porque tu temerosa y flaca mano  
hubo sin esperanza tal victoria,  
indigna de memoria;  
que si el justo dolor mueve a venganza  
100 alguna vez el Español coraje,  
despedazada con aguda lanza,  
compensarás muriendo el hecho ultraje;  
y Luco amedrentado, al mar inmenso  
pagará de Africana sangre el censo.

<SONETO XXII>

Ya que en vano contraste al dolor fiero,  
y faltándome el bien, crece el tormento,  
y la esperanza sin algún aliento  
me olvida, y de remedio desespero;  
5 Este desierto puesto solo quiero;  
pues lo aquejó mil veces mi lamento;  
que al triste cuerpo, siempre descontento,  
sea el sepulcro de su mal postrero.  
Si tuvo en vos, Francisco, Amor tirano  
10 tal vez imperio, a lástima movido  
este verso cortad en mi memoria;  
Uno aquí yace, que amó firme en vano;  
y cuando esperó bien, aborrecido  
la vida lo dejó; y huyó su gloria.

<SONETO XXIII>

Fría Ceniza de mi ardiente fuego;  
y rotas hebras del mal firme nudo;  
que me enlazó; de cuitas ya desnudo  
vos miro alegre, y libre en mi sosiego.  
5 No es este el tiempo no, en que anduve ciego;  
ni la ocasión; que así perderme pudo;  
que contra el mal abraza el fuerte escudo  
razón; y el feudo antiguo ya vos niego.  
La luz pura, en mi oscura niebla abierta,  
10 me descubre el error, que proseguía;  
y lleva osando por el paso estrecho.  
Muerto el deseo, y la esperanza muerta,  
y sin fuerza vosotros, qué porfía  
vos mueve a molestar mi duro pecho?

<SONETO XXIV>

Cuando rendía la arrogante frente  
el ya vencido Reino Lusitano,  
y de Filipo el brazo soberano  
ponía el freno estrecho al Occidente;  
5 Con fiero influjo, con señal ardiente,  
que dio sospecha y dio temor no en vano,  
el Cielo se llevó con dura mano  
la luz más pura de Austria y excelente.

Mas de estrelladas hebras coronada  
10 esculpió entre los astros su belleza,  
do alegre mira el rico Hesperio suelo.  
Cuánto puedes Virtud, que arrebatada  
de esta humildad a la inmortal grandeza,  
eres amor, y eres honor del Cielo!

<SONETO XXV>

Donde el dolor me inclina, vuelvo el paso  
tan cansado y perdido; que no tengo  
para arribar fuerza, y nunca vengo  
a conceder holganza al cuerpo laso.  
5 El mal me sigue de uno en otro paso,  
perpetuo y grave, tal, que lo sostengo  
solo por entender, que en mí me vengo  
de cuanta pena por Amor yo paso.  
Si en este afán, que ha de acabarse tarde,  
10 osara esperar bien, fuera descanso  
dulce y regalo mi mortal congoja.  
Mas ya remedio no vendrá; que guarde  
el corazón caído; y más me canso,  
cuando el trabajo; intenso en algo afloja.

<SONETO XXVI>

Alma bella, que en este oscuro velo  
cubriste un tiempo tu vigor luciente,  
y en hondo y ciego olvido grave mente  
fuiste escondida, sin alzar el vuelo;  
5 Ya, despreciando este lugar, do el cielo  
te encerró y apuró con fuerza ardiente;  
y roto el mortal nudo, vas presente  
a eterna paz, dejando en guerra el suelo.  
Vuelve tu luz a mí, y del centro tira  
10 al ancho cerco de inmortal belleza,  
como vapor terrestre levantado  
Este espíritu opreso; que suspira  
en vano, por huir de esta estrechez;  
que impide estar contigo descansado.

<SONETO XXVII>

En noche sola voy con sombra oscuro,  
sin bien, perdido, ajeno de reposo,  
con débil paso y corazón medroso  
buscando del Amor lugar seguro.  
5 Siento al lado del arco el golpe duro,  
y, de mayor peligro receloso,  
vuelvo sujeto a mi dolor penoso;  
y en mal antiguo nuevo mal procuro.  
El yerto, hórrido risco, despeñado,  
10 y la montaña áspera parece  
llana senda al Deseo; que me lleva.  
Culpa no es de él, que siempre va engañado,  
mas la Razón; que ve, por qué se ofrece  
al conocido error, que nunca aprueba?

<SONETO XXVIII>

Osé, y temí, mas pudo la osadía  
tanto, que desprecie el temor cobarde.  
subí, a do el fuego mas me enciende y arde.  
cuanto más la esperanza se desvía.  
5 Gasté en error la edad florida mía;  
ahora veo el daño, pero tarde;  
que ya mal puede ser, que el seso guarde  
a quien se entrega ciego a su porfía.  
Tal vez pruebo (mas qué me vale?) alzar me  
10 del grave peso; que mi cuello oprime,  
aunque falta a la poca fuerza el hecho.  
Sigo al fin mi furor, porque mudarme  
no es honra ya, ni justo, que se estime  
tan mal de quien también rindió su pecho.

<SONETO XXIX>

Después que Mitridates rindió al hado  
el fiero pecho; y Asia sacudida  
cayó rota; y la Tierra, al fin vencida,  
vio el mar de los Piratas despojado;  
5 Lo que no pudo el Medo; el Parto osado;  
ni virtud de Sertorio esclarecida,  
una vil, flaca diestra la temida  
cabeza, oh gran Pompeyo, te ha cortado.  
Y el cuerpo, mal cubierto de la arena,

10       triste ultraje, y cruel, de humana gloria,  
          desierto yace, oh cuánto en ti la dura  
          Suerte discorde se mostró y ajena;  
          pues falleciendo tierra a tu victoria,  
          la tierra falleció a tu sepultura?

<SONETO XXX>

          Ya que el sujeto Reino Lusitano  
          inclina al yugo la cerviz paciente;  
          y todo el grande esfuerzo de Occidente  
          tenéis, sacro Señor, en vuestra mano;  
5       Volved contra el suelo hórrido Africano  
          el firme pecho y vuestra osada gente;  
          que su poder, su corazón valiente,  
          que tanto fue, será ante el vuestro en vano.  
          CHRISTO os da la pujanza de este imperio,  
10       para que la Fe nuestra se adelante,  
          por do su santo nombre es ofendido.  
Quién contra vos, quién contra el Reino Hesperio  
          bastará alzar la frente, que al instante  
          no se derribe a vuestros pies rendido?

<SONETO XXXI>

          Yo, que el temor al piélago Adriano  
          quité, y de Etolia en el famoso estrecho  
          quebré el orgullo, y sin valor deshecho  
          dejé primero el ímpetu Otomano;  
5       En este peligroso golfo insano,  
          do Francia llora rota el crudo hecho;  
          osando en tu valor, con fuerte pecho,  
          pongo fin al imperio Lusitano.  
          Alargue el mar su derramado seno,  
10       que en todo él pienso ser victoriosa,  
          siguiendo en cualquier trance tu bandera.  
          España así con esplendor sereno  
          dijo al grande Bazán, en la dudosa  
          conquista de la presa ya Tercera.

<ELEGIA III>

Cuál fiero ardor, cuál encendida llama,  
que duramente me consume el pecho,  
por estas venas mías se derrama?  
Abrasado ya estoy, ya estoy deshecho,  
5 cese, Amor, el rigor de mi tormento;  
basten los males; que en mi alma has hecho.  
Este dolor; que nuevo siempre siento;  
esta llaga mortal, contino abierta;  
este grave y perpetuo sentimiento;  
10 Esta corta esperanza y siempre incierta;  
este vano deseo peligroso;  
esta, fin de mis penas, muerte cierta  
Tal me tienen confuso y temeroso,  
y sin valor perdido, y quebrantado;  
15 que ni aun huir de mis pasiones oso.  
No es amor; es furor jamás cansado;  
rabia es; que despedaza mis entrañas,  
este eterno dolor de mi cuidado.  
Qué gran victoria, Amor, y qué hazañas,  
20 atravesar un corazón rendido,  
un corazón; que dulcemente engañas.  
Ya que me tienes preso, y tan herido,  
que en mi pecho no hallas lugar sano,  
no me acabes, cruel, en duro olvido.  
25 Mi fe, y mi pensamiento soberano;  
de mi grande osadía la nobleza,  
no sufren, que me dejes de la mano.  
Nací, para inflamarme en la pureza  
de aquellas vivas luces; que al sagrado  
30 Cielo ilustran con rayos de belleza.  
Y de sus flechas todo traspasado,  
por gloria estimo mi quejosa pena;  
mi dolor por descanso regalado.  
Tal es la dulce luz, que me condena  
35 al tormento, y tal es por suerte mía  
de mi Enemiga la beldad serena.  
Mas, aunque sin igual fue mi osadía,  
y el mal, que sufro, por tu fuego juro;  
que contrastar no puedo a mi porfía.  
40 Y cuanto en él mi corazón apuro  
y afinó, tanto más crece el deseo,  
y un temor; con que nunca me aseguro.  
Quién me daría, Amor, que el bien; que veo,  
gozase solo, y libre de recelo,  
45 en aquella verdad, con que lo creo;



Que nunca mi ofensor, medroso celo,  
que tan grave me aflige y desbarata,  
podría derribarme por el suelo.  
Ay cuánto tu crudeza me maltrata!  
50 ay cuánto puede en mí tu diestra airada,  
que contino me aviva, y siempre mata!  
Bella Señora, si mi voz cansada  
alcanza tanto bien, que no os ofende,  
oídla blandamente sosegada.  
55 Luz de eterna belleza, en quien me enciende,  
y gasta Amor, y en un lloroso río  
vuelto, contra sus llamas me defiende;  
Si os puede enternecer el dolor mío,  
comiencen a ablandaros mis enojos;  
60 no deis ya más lugar a más desvío.  
No me neguéis esos divinos ojos,  
que todo en vos me han ya trasfigurado,  
llevándose consigo mis despojos.  
Si ausente estoy de vos, muero cuitado,  
65 y vivo alegre, solo cuando os miro.  
mas ay cuán poco duro en este estado!  
Que cuando a verme en vos presente aspiro,  
mi enemiga fortuna no consiente;  
que falte causa al mal, por quien suspiro;  
70 y así estoy ante vos solo y ausente.

<CANCION III>

Con dulce lira el amoroso canto  
en alabanza de los bellos ojos,  
causa de mi error luengo y desvarío,  
probé, y aunque robaron los despojos  
5 de mi gloria el dolor y el grave llanto;  
que acrecentó las ondas a este río,  
oyendo el canto mío  
Febo y el coro eterno de Helicon,  
de mirto delicado y oloroso  
10 en honra de mi intento cuidadoso  
tejiendo de sus manos la corona  
dijeron enlazándome la frente;  
que cantase de Amor la fuerza ardiente.  
Yo entonces, en mis males ofendido,  
15 puse en olvido al belicoso Marte,  
y los fieros gigantes fulminados;

y celebré en la Hesperia alguna parte  
del dulce tiempo en mi dolor perdido;  
aunque en los años en amor gastados  
20 mis penosos cuidados  
el espacio mejor todo ocuparon,  
y dende allí huyó de mi memoria  
de los Iberos ínclitos la gloria;  
y cuántos hechos grandes acabaron  
25 en tierra y mar, en uno y otro polo,  
igualando en el curso al mismo Apolo.  
Y justo fue, que entre el furor del hierro  
el flaco son de esta mi humilde lira  
perdiese (si la tuvo) su osadía.  
30 mi débil canto a débil gloria aspira.  
el desdén, pena acerba, y mi destierro  
puede llorar la triste musa mía,  
y la antigua porfía  
de mi dolor. quien a Mavorte crudo,  
35 de adamantina túnica cubierto,  
cuando en la áspera Tracia al campo abierto  
mueve teñido en sangre el duro escudo,  
podrá escribir; si al fin le falta el vuelo,  
y se despeña dende el alto Cielo?  
40 Bien veo, oh gloria generosa, y lumbre  
de la invencible y bien dichosa España;  
que en vano el canto levantar intento;  
y que es más temeraria esta hazaña,  
que la de aquel, que en la celeste cumbre  
45 pensó regir del carro el movimiento.  
desfallece mi aliento,  
cuando presumo alzar vuestra grandeza,  
y aquellos altos soberanos pechos  
de los mayores vuestros, cuyos hechos  
50 exceden toda humana fortaleza.  
no cabe no en la inculta musa mía  
tanto valor y heroica valentía.  
Mas un deseo, que a alabaros mueve  
y compele mi ánimo, no deja  
55 que tenga en mi lugar el temor vano.  
y aunque Amor forme toda justa queja,  
que en honra ajena yo las voces pruebe  
de la lira ofrecida de su mano;  
tanto entiendo, que gano  
60 en celebrar el nombre glorioso  
de vuestro León claro y excelente;

que olvido sin temor su flecha ardiente,  
y con furor divino y venturoso  
subir de un giro en otro presto espero  
65 al orbe, do reside Marte fiero.

Ya con no usado vuelo me sublimo  
con fuertes alas por el grande campo  
del líquido sereno, y confiado  
en el inestable globo el paso estampo,  
70 y ya en el cerco lúcido el pie imprimo,  
y en el sanguino, do feroz armado  
Marte nunca aplacado

vibra la asta cruel, y arroja fuego,  
sin miedo entro; do veo tan extrañas  
75 de los abuelos vuestros las hazañas;  
que cuando a dalles justa estima llego,  
veo, que mi osadía en vano emprende,  
lo que su luz clarísima defiende.

Qué espíritu tan alto y generoso  
80 no dudará cantar el brazo fuerte,  
y el corazón indómito, que pudo  
con singular valor y diestra suerte  
romper en tierna edad al espantoso  
Moro, y después de vil temor desnudo  
85 ser de tantos escudo

en el asedio de la presa Alhama;  
por quien Genil temblando volvió el paso  
lloroso, ensangrentado, triste y laso,  
oyendo del divino Héroe la fama;  
90 que al bárbaro feroz y su denuedo  
hizo siempre cubrir de frío miedo?

Pirámides sublimes levantadas,  
ostentación de la soberbia humana,  
grandes colosos de elevada cumbre  
95 el tiempo domador huyendo allana,  
mas las obras insignes y extremadas,  
ardiendo con fulgor de eterna lumbré  
entre la muchedumbre

de tantos, que oscurece el torpe olvido  
100 sobran la inmensidad de luengos años,  
la Muerte, Envidia, Tiempo y sus engaños  
con su esplendor venciendo esclarecido;  
y os obligan, mostrando el vivo ejemplo,  
que lo sigáis al glorioso templo.

105 Vuestro valor, vuestro ánimo prudente,  
en una y otra suerte siempre entero,

el amor de virtud firme y constante  
no sufre, que su ímpetu ligero  
el tiempo contra vos muestre inclemente,  
110 ni que el fatal olvido se adelante.  
antes piden, que cante  
en honra vuestra aquel suave Orfeo;  
que revocó del reino inexorable  
su esposa, y que de vos contino hable  
115 con grave lira el escritor Dirceo.  
y vuele vuestra luz hasta la Aurora  
dende los fines de Favonio y Flora.  
Quisiera yo, que fuera tal mi canto,  
que mereciera la grandeza vuestra;  
120 y me inspirara Clío y Melpómene,  
mas pobre vena y temerosa diestra  
no me dejan alzar el vuelo tanto  
que lo menor, que en vos yo siento suene.  
quien lo poco, que tiene,  
125 ofrece, no merece alguna culpa;  
y en una empresa tan dudosa y alta  
quien se atreviere; si hiciere falta,  
haber osado vale por disculpa.  
y pues vuestro valor es soberano,  
130 no os merece ensalzar ingenio humano.  
Mas cual fuere, acoged mi simple musa,  
que yo (si no me engaña mi esperanza)  
pienso en la eternidad de la memoria  
esculpir vuestro nombre y alabanza;  
135 y hacer, la futura edad confusa  
que envidie a la que goza vuestra gloria.  
no estrenará victoria  
ira del Cielo, fuego, hierro airado,  
ni envejecido curso sin reposo;  
140 ni el tiempo no cansado y presuroso  
del canto a vuestro nombre consagrado;  
antes por la desierta Libia ardiente  
torcerá el gran Danubio su corriente.

<SONETO XXXII>

Osé subir con poco diestra suerte  
al florido Helicón, y donde baña  
el cristal de Hipocrene la campaña,  
y Castalia sus puras ondas vierte;

5 Para alabar el pecho osado y fuerte,  
los grandes hechos; que honran nuestra España,  
mas no se debe a mí tan gran hazaña,  
no es vencedor mi canto de la muerte.  
Por no entregarme al ocio descuidado,  
10 Antonio, escribo, y mi serena Estrella  
voy con mis rudos versos ofuscando.  
Mas, si en sus vivos rayos inflamado,  
me veo, vos veréis en gloria de ella  
honrando a España ir vuestro Fernando.

<SONETO XXXIII>

Dejad ya de seguir el paso incierto  
del militar honor, y aquel cuidado  
de igualar al abuelo celebrado;  
y en paz tomad, Señor, seguro puerto.  
5 Ya vuestro Sol va al Occidente cierto,  
de dolencia y afán y años cargado,  
qué esperáis? romped ya el embarazado  
camino, y escoged el más abierto.  
Harta gloria habéis dado a nuestra España  
10 con el valor y la real largueza;  
que sin igual en vos conoce el suelo.  
Creed, que no será menor hazaña  
vivir con vos de hoy más, y dar al Cielo  
parte de vuestras obras y grandeza.

<SONETO XXXIV>

Aunque el dolor, que la alma triste oprime,  
no deja respirar al buen deseo,  
si tal vez descargado el peso veo,  
y el duro afán, que menos me lastime;  
5 Podrá ser por ventura, que se estime  
mi canto igual con el del Tracio Orfeo;  
y que el sacro furor del gran Timbreo  
en la celeste cumbre me sublime.  
Entonces, cuando ya vencida incline  
10 la envidia, entre los pocos que sostiene,  
mostrará vuestro nombre la memoria.  
Y allí el valor y el corazón insigne  
vuestro honrarán las Musas de Hipocrene,

del Hesperio León oh excelsa gloria.

<SONETO XXXV>

Cese tu fuego, Amor, cese ya, en tanto  
que, respirando de su ardor injusto,  
pruebo a sentir este pequeño gusto  
de ver mi rostro humedecido en llanto.  
5 Que nunca el alto Etna con espanto  
los grandes miembros y el rebelde busto  
del impío; que cayó con rayo justo,  
puede encender, ni nunca encendió tanto.  
No amortiguan mis lágrimas tu fuego,  
10 antes avivan su furor creciendo,  
aunque venzan del Nilo la corriente.  
Si suelto en agua rompo el nudo luego,  
que más te agrada desatallo ardiendo?  
es menos mal lo que es más diferente?

<SONETO XXXVI>

Sigo por un desierto no tratado,  
sin luz, sin guía, en confusión perdido,  
el vano error, que solo me ha traído  
a la miseria del más triste estado.  
5 Cuanto me alargo más, voy más errado,  
y a mayores peligros ofrecido.  
dejar atrás el mal me es defendido;  
que el paso del remedio está cerrado.  
En ira enciende el daño manifiesto  
10 al corazón caído, y cobra aliento,  
contra la instante tempestad osando.  
O venceré tanto rigor molesto,  
o en los concursos de su movimiento  
moriré, con mis males acabando.

<SONETO XXXVII>

Dulces Halagos; tierno Sentimiento;  
regalos blandos y de furor extraño,  
que a un rudo pecho, y del Amor extraño

ocasión siempre fuiste del tormento;  
5 Qué dura fuerza y grande movimiento  
vos deshizo y abrió el cubierto daño?  
Por qué no me consuela el desengaño,  
ya que me ofende ver mi perdimiento?  
No me disteis herida tan liviana,  
10 que en lo íntimo de la alma no tocarse;  
yaciendo en ella eternamente abierta.  
Faltasteis; porque nunca yo alcanzase  
del bien, que tuve, en esperanza vana,  
de alegría segura una hora cierta.

<ELEGIA IV>

No bañes en el mar sagrado y cano,  
tu estrellada corona, Noche oscura;  
antes de oír este amador ufano.  
Y tú abriendo la húmeda hondura,  
5 alza las verdes hebras de la frente,  
de Náyades lozana hermosura.  
Aquí, do el grande Betis ve presente  
la armada vencedora; que el Egeo  
con sangre coloró de Turca gente,  
10 Quiero decir la gloria, en que me veo;  
pero no cause envidia este bien mío  
a quien aun no merece mi deseo.  
Sosiega el curso tuyo insigne Río,  
oye mi gloria; pues también oíste  
15 mis quejas en tu ondoso asiento frío.  
Tú amaste, y como yo, también supiste  
del mal dolerte; y celebrar la gloria  
de los pequeños bienes que tuviste.  
Corta será en mi bien la alegre historia  
20 de mi favor; que corta es la alegría,  
que tiene algún lugar en mi memoria.  
Cuando en el claro Cielo se desvía  
del Sol luciente el alto carro appena,  
y casi igual espacio muestra el día;  
25 Con voz, que entre las perlas blanda suena,  
teñida en puro ardor de fresca rosa,  
de honesto miedo y tierno y de amor llena,  
Me dijo así la bella desdeñosa;  
que me negaba un tiempo la esperanza,  
30 sorda y dura a mi lástima llorosa,  
Si por firmeza y dulce amar se alcanza

premio de Amor, tener yo espero y debo  
de los males; que sufro, más holganza.  
Mil veces, por no ser ingrata, pruebo  
35 vencer tu mucho amor, mas nunca puedo  
que es mi pecho a sentillo rudo y nuevo.  
Si en sufrir más me vences, yo te excedo  
en pura fe y afectos de terneza;  
vive, y confía osado amante y ledo.  
40 No sé, si oí, si fui de su belleza  
arrebatado; si perdí el sentido;  
sé, que allí se perdió mi fortaleza.  
Turbado dije al fin; por no haber sido  
este sublime bien de mí esperado,  
45 pienso, que debe ser (si es bien) fingido.  
Señora, bien sabéis; que mi cuidado  
todo se ocupa en vos; que yo no siento,  
ni pienso, sino en verme más penado.  
Mayor es que el humano mi tormento,  
50 y al mayor mal igual esfuerzo tengo,  
igual con el trabajo el sufrimiento.  
Las que por vos padezco, y que sostengo,  
penas, me dan valor, y siempre crece,  
mi fe, cuanto en mis males me entretengo.  
55 No quiero concederos; que merece  
mi mal tal bien; que vos probéis el daño;  
más ama, quien más sufre y más padece.  
No es mi pecho tan rudo, o tan extraño;  
que no sienta en el dulce afán primero;  
60 si, en esto que dijisteis, cabe engaño.  
Armado un corazón de fuerte acero  
tengo para sufrir, y está más fuerte,  
cuanto más el asalto es bravo y fiero.  
Diome el Cielo la causa de esta suerte,  
65 y yo la procuré, y hallé el camino,  
para poder honrarme con mi muerte.  
Lo que más entre nos pasó, no es digno,  
Noche, de oír el Austro presuroso,  
ni el viento, de tus lechos más vecino.  
70 Mete en el ancho piélago espumoso  
tus luengas trenzas negras y semblante;  
que en tanto, que tú yaces en reposo,  
podrá Amor darme gloria semejante.



Al triste humor, que mísero destilo,  
cómo no faltó? cómo crece tanto  
en medio de la vena de mi llanto  
de ardientes ondas este eterno Nilo?  
5 La llama esfuerza mi lloroso hilo,  
las lágrimas mi fuego; porque cuanto  
templallos pruebo, en mi dolor levanto  
de su concurso un mal mezclado estilo.  
No inundó mayor lluvia el duro suelo  
10 de la ancha tierra, ni Etna de su cumbre  
exhaló mayor llama sin sosiego.  
Deucalión, y quien pensó del Cielo  
regir incauto la perpetua lumbre,  
más agua aquí hallaran y más fuego.

<SONETO XXXIX>

Yo cuidé, cuando en duro hielo el justo  
desdén refriar pudo el fuego ardiente  
del corazón, y con osada frente  
se opuso contra Amor fiero y robusto;  
5 Que no bastara a derribarme el gusto,  
ni a torcerme el intento otro accidente;  
que ya me conocía diferente,  
y libre de un tirano tan injusto.  
Mas al primer sonido del asalto  
10 desamparo la fuerza, y el escudo  
rindo y armas temblando antes del hecho.  
Bien sé que, en lo que debo a la honra, faltó;  
mas el temor, que de ella está desnudo,  
y otra fuerza mayor vencen mi pecho.

<SONETO XL>

Cuitado yo, de cuál furor perdido  
olvido el sentimiento mejor mío?  
al peligroso error y desvarío  
por do voy? A do vuelo aborrecido?  
5 El orgullo del Austro embravecido,  
el Cielo oscuro y solo, y horror frío  
no me ponen temor, que al fin porfío

y venzo la razón con el sentido.

No cierro yo los ojos a mi daño;  
10 que quien me tiene opreso no consiente,  
que merezca en mi mal hallar disculpa.  
Delito es voluntario, no es engaño,  
pero si es; que en voluntad doliente  
siempre Amor da ocasión a nueva culpa.

<SONETO XLI>

Pensé, mas fue engañoso pensamiento,  
armar de intensa nieve el pecho mío;  
porque el rayo de Amor no al lento frío  
rompiese el rigor duro en vivo aliento.  
5 Procuré no rendirme al mal; que siento,  
y fue todo mi esfuerzo desvarío.  
mi libertad perdí y mi usado brío,  
cobré un dolor perpetuo, en mi tormento.  
La llama al hielo destempló en tal suerte;  
10 que, gastándose humor, quedó ardor hecho,  
y es inexhausto fuego, cuanto espiro.  
No puede este mi incendio darme muerte;  
que, cuanto de su fuerza más deshecho,  
tanto más de su eterno afán respiro.

<ELEGIA V>

En tanto que el furor del seco estío  
arde, y deja de sombra ya desierto  
cuanto de Betis parte el hondo río;  
Vos en sosiego, y en seguro puerto  
5 vivís, Luz de Cabrera, descansado,  
de los peligros de este mar incierto.  
No os turba el corazón grave cuidado,  
ni la molesta y desigual tristeza,  
ni un trabajo con otro encadenado.  
10 De la ambición el fasto, y la grandeza  
no os cansa; que sabéis cuán poco dura  
en cosas tan caducas la firmeza.  
Lo que el vulgo confuso ama, y procura,  
huís, y en las tinieblas veis la lumbre  
15 que la virtud descubre en su faz pura.

Subiendo su alta, y su difícil cumbre;  
miráis abajo tanto error, y engaño  
de la ignorante y ciega muchedumbre.  
Y apartando del cierto bien el daño  
20 mostráis no haber gastado vanamente  
el tiempo, causador del desengaño.  
Y cuando el ocio algún lugar consiente,  
con vuestra bella esposa recogido;  
vuestro pasado amor hacéis presente.  
25 Y en su dulce memoria entretenido,  
referís con señales de alegría  
cuando por ella os visteis más perdido.  
Y satisfecho bendecís el día,  
que poseedor vos hizo en ledo estado  
30 del bien, que en esperanza os ofendía.  
Mas yo mísero amante, enajenado  
de mí, siempre rendido, y temeroso;  
en frágil tabla corto el mar turbado.  
Solo, sin esperanza, sospechoso,  
35 seguido de un perpetuo descontento,  
nunca en mi mal admito algún reposo.  
Cuando quise perderme en mi tormento,  
fuera acabar la vida mejor suerte;  
que abrazar un eterno sentimiento.  
40 Mas mi hado no quiere, que yo acierte  
a huir los peligros, y me obliga  
a padecer viviendo inmortal muerte.  
Yo vi, no sé, si será bien, que diga,  
o si calle mi mal; yo vi mezquino  
45 mi dulce y hermosísima enemiga.  
Ya otras veces la vi, y perdí continuo,  
temiendo mi dolor, aquella gloria  
debida solo a espíritu divino.  
Mas esta vez que comenzó la historia  
50 prolija, y no acabada de mi pena,  
su imagen pintó Amor en mi memoria.  
Aunque la mortal suerte no es tan llena  
de bien; que alcance el nombre soberano,  
de esta mi pura y celestial Sirena.  
55 Mi pecho, que sufrió de Amor tirano  
los más bravos asaltos, y dureza,  
y mereció mas honra que hombre humano;  
Cuando atento notó la gran belleza,  
las luces, donde Amor solo respira,  
60 y del color suave la pureza.

Cual mariposa, que a perderse aspira  
en la llama, corriendo con engaño  
al dulce fucilar, que en ella mira;  
Tal se arrojó, más cierto de mi daño,  
65 a consumirme en este sacro fuego,  
y aunque veo mi mal, en él me engaño.  
Mas oh Deseo mío vano y ciego,  
por qué me haces renovar memorias;  
que no me sufren consentir sosiego?  
70 Amor, en tus despojos y victorias  
cuenta esta mía; y cuenta juntamente  
esta gloria mayor entre tus glorias.  
Si yo pensaba descansar ausente,  
y libre de mis males acabados,  
75 el breve curso de esta edad presente;  
Ya estoy con nuevas penas y cuidados  
sujeto, derribado, y tan rendido;  
que soy solo entre amantes desdichados.  
Pero cuánto es mejor ser yo perdido,  
80 y lamentar por ella; qué contento  
ser de alguna jamás favorecido?  
Amor, inspira en mí el divino aliento.  
para dejar perpetuo en letras de oro  
su valor, mi firmeza, y mi tormento.  
85 Que en cuanto baña, y cerca el seno Moro;  
y el Indo riega, y el Danubio frío,  
el nombre eterno irá, que siempre honoro.  
Y el caudaloso y rico Betis mío  
de verde sauz la frente coronado,  
90 humillará a su voz el grande río.  
Y cuando por ventura mi cuidado  
pudiere relajar de tanta pena;  
que me fatiga el corazón cansado,  
Diré; dulce y bellísima Sirena,  
95 cuya suave voz, y tierno canto  
con celeste armonía espira, y suena;  
Si puede mi tormento valer tanto;  
que satisfaga en parte mi osadía,  
yo a padecer me obligo siempre en llanto.  
100 Pero sufrid, que piense la alma mía,  
por haberse ofrecido a vuestra alteza;  
que merece perderse en su porfía.  
No condenéis ingrata su firmeza  
en sombra del olvido, y desdeñosa  
105 su vuelo no turbéis con aspereza.

Sed, pues tan bella sois, sed piadosa;  
porque bien debe ser favorecido,  
quien en tan alta empresa espera, y osa.  
Y en honra de mis males busco y pido  
110 solo una corta muestra de esperanza,  
de ser perpetuamente más perdido.  
Que en mi fortuna injusta la bonanza  
no procuro, ni atiendo, y solo quiero;  
que mi pasión no alivie la mudanza.  
115 Otras cosas diría, mas el fiero  
dolor me aqueja tanto; que cuitado  
de todo mi remedio desespero.  
Vos, que sabéis, cuán mal este cuidado  
puede arrancarse de un vencido pecho,  
120 con inmortales nudos enlazado;  
Vivid, de vuestro estado satisfecho,  
con la bella Isabela dulcemente  
en yugo honesto con blandura estrecho.  
Yo, pues mi dura suerte no consiente;  
125 que pueda descansar de mi querella,  
solo, sin esperanza, firme, ausente,  
seguiré siempre mi cruel estrella.

<SONETO XLII>

Hacer no puede ausencia; que presente  
no vos tenga mi Estrella; que en la hora  
que se viste de púrpura la Aurora,  
en su rosada falda estáis luciente.  
5 Cuando Febo esclarece el Oriente,  
en su espléndida imagen vos colora;  
y en sus rayos florecen a deshora  
con puro ardor las hebras y la frente.  
Cuando, honor de los astros, el Lucero  
10 ilustra el orbe, entre los brazos veo  
de Venus encenderse esa belleza.  
Allí vos hablo, allí suspiro y muero.  
mas vos, dulce enemiga a mi deseo,  
despreciáis el dolor en mi tristeza.

<SONETO XLIII>

Huyo apriesa medroso el horror frío,  
y la aspereza y aterido invierno;

y espero de Favonio el soplo tierno  
contra su fuerza y contra el seco estío.  
5 Mas, Herrera, en el grave estado mío  
me ofende el prevenir, y al fin discierno  
Céfiro breve, y Aquilón eterno;  
y siempre en un error por mal porfía.  
Al cabo habrá de ser, que el destemplado  
10 estío acabe en fuego, o en tanta nieve  
rígida bruma el pecho endurecido.  
Vos, que en sosiego, si de amor cansado  
estáis, o si pasión presente os mueve;  
tened dolor de verme tan perdido.

<SONETO XLIV>

Al fin yaces, oh del valor Latino  
última gloria, por tu fuerte mano;  
tentado habiendo reducir en vano  
la libertad al orbe, de ella indigno.  
5 La virtud te guió, perdió el destino;  
pero pudo tu esfuerzo soberano  
mostrar, que fuiste capitán Romano,  
y solo sucesor de Bruto digno.  
O si ajena ambición no te moviera  
10 a desnudar el hierro, o ya desnudo,  
siguiera tu hazaña la ventura;  
Que ninguno tu igual en Roma hubiera.  
mas trájote en desprecio el hado crudo  
del grave seso y la virtud segura.

<SONETO XLV>

Tú, que del sacro imperio de Occidente,  
Francia, fuiste cabeza, y del Cristiano,  
valor, mísera ya, el orgullo insano  
pierde, y humilla al fin la yerta frente.  
5 No tientes del Ibero pecho ardiente,  
siguiendo el odio ciego de un tirano,  
mas el poder y esfuerzo soberano;  
que a injusta empresa el Cielo es inclemente.  
A do huyó el deseo, que tenías

10 de imitar piadosa las hazañas  
del grande Carlo y fuerte Godofredo?  
Mas oh mezquina en impío error porfías;  
y enciendes fiero el fuego en tus entrañas;  
y corres a tu muerte ya sin miedo.

<SONETO XLVI>

Esta rota y cansada pesadumbre,  
osada muestra de soberbios pechos;  
estos quebrados arcos y deshechos,  
y abierto cerco de espantosa cumbre;  
5 Descubren a la ruda muchedumbre  
su error ciego, y sus términos estrechos;  
y solo yo en mis grandes males hechos  
nunca sé abrir los ojos a la lumbre.  
Pienso, que mi esperanza ha fabricado  
10 edificio más firme; y aunque veo  
que se derriba, sigo al fin mi engaño.  
De qué sirve el juicio a un obstinado,  
que la razón oprime en el deseo?  
de ver su error, y padecer más daño.

<CANCIÓN IV>

Si alguna vez mi pena  
cantaste tiernamente, Lira mía,  
y en la desierta arena  
de este campo extendido  
5 dende la oscura noche al claro día  
rompiste mi gemido;  
ahora olvida el llanto,  
y vuelve al desusado y alto canto.  
No celebro los hechos  
10 del duro Marte; y sin temor osados  
los valerosos pechos,  
la siempre insigne gloria,  
de aquellos Españoles no domados;  
que para la memoria,  
15 que canto, me da aliento  
Febo a la voz, y vida al pensamiento.  
Escriba otro la guerra,  
y en Turca sangre el ancho mar cuajado,  
y en la abrasada tierra  
20 el conflicto terrible;

y el Lusitano orgullo quebrantado  
con estrago increíble;  
que no menor corona  
teje a mi frente el coro de Helicon.  
25 A la grandeza vuestra  
no ofenda el rudo son de osada lira;  
que en lo poco que muestra, glorioso Fernando,  
aunque desnuda, y sin destreza espira,  
30 el curso refrenando  
el sacro Hesperio Ríu  
mil veces se detuvo al canto mío.  
El linaje y grandeza;  
y ser de tantos reyes descendiente,  
35 la pura gentileza;  
y el ingenio dichoso,  
que entre todos vos hacen excelente,  
y el pecho generoso  
en esa edad florida  
40 de vos prometen una heroica vida.  
No basta no el imperio;  
ni traer las cervices humilladas  
presas en cautiverio  
con vencedora mano;  
45 ni que de las banderas ensalzadas  
el Cita y Africano  
con medroso semblante,  
y el Indo y Persa sin valor se espante.  
Que quien al miedo obliga  
50 y rinde el corazón, y desfallece  
de la virtud amiga;  
y va por el camino,  
do la profana multitud perece,  
sujeto al yugo indigno  
55 pierde la gloria y nombre,  
pues siendo más, se hace menos hombre.  
Los Héroes famosos  
los niervos al deleite derribaron,  
que ni en los engañosos  
60 gustos, ni en lisonjeras  
voces de las Sirenas peligraron;  
antes las ondas fieras  
atravesando fueron,  
por do ningunos escapar pudieron.  
65 Seguid, Señor, la llama  
de la virtud; que en vos sus fuerzas prueba;



que si bien vos inflama  
de su amor en el fuego,  
viendo su bella luz, con fuerza nueva,  
70 sin admitir sosiego;  
buscaréis en el suelo  
la que consigo os alzaré en el Cielo.  
No os desvanezca el pecho  
la soberbia ignorante y engañada,  
75 ni lo mostréis estrecho;  
que para aventajaros  
entre las sombras de esta edad culpada,  
debéis siempre esforzaros.  
que solo aquello es vuestro  
80 que a vos debéis y a vuestro brazo diestro.  
Aquel, que libre tiene  
de engaño el corazón, y solo estima  
lo que a virtud conviene;  
y sobre cuanto precia  
85 el vulgo incierto, su intención sublima,  
y el miedo menosprecia;  
y sabe mejorarse,  
solo Señor merece, y Rey llamarse.  
Qué no son diferentes  
90 en la terrena masa los mortales;  
pero en ser excelentes  
en valor y hazañas?  
se hacen unos de otros desiguales.  
estas glorias extrañas;  
95 en los que resplandecen,  
si ellos no las esfuerzan, se entorpecen.  
Por el camino cierto  
de las divinas Musas vais seguro;  
do el Cielo os muestra abierto  
100 el bien, a otros secreto,  
con guía tal; que en el peligro oscuro  
de perturbado afecto  
venciendo el duro asalto,  
subiréis de la gloria en lo más alto.  
105 Y porque las tinieblas,  
fatal estorbo a la grandeza humana,  
no escondan en sus nieblas  
el valor admirable,  
haré; que en vuestra gloria soberana  
110 siempre Talía hable;  
y que la bella Flora,

y los Reinos la canten de la Aurora.

<SONETO XLVII>

Bárbara Tierra, que en tu frío seno  
cubres los grandes cuerpos derribados  
de aquellos Españoles; que domados  
dejaron de terror el orbe lleno;  
5 Mira en los altos troncos el ajeno  
trofeo, y gime viendo allí colgados  
los despojos, jamás nunca esperados  
en tanto honor del impío Sarraceno.  
Y tú Mar, que manchaste tu corriente  
10 con generosa sangre, suena airado;  
y decid ambos tristes de esta suerte;  
Heroicas almas, gloria de Occidente,  
id dichosas; que ya el acerbo hado  
lloró España, honró el mundo vuestra muerte.

<SONETO XLIIX>

Rompíó la proa en dura roca abierta  
mi frágil nave; que con viento lleno  
veloz cortaba el piélago sereno,  
y apenas escapo de la muerte cierta.  
5 Afirme el pie yo en tierra, que la incierta  
onda no me tendrá en su inestable seno;  
ni la vana esperanza podrá ajeno  
traerme, de mis glorias, ya desierta.  
Si la sombra del daño padecido  
10 puede mover, Filipo, vuestro pecho,  
huid surcar del ponto la llanura;  
Y creed, que ninguno de Cupido  
seguro navegó el profundo estrecho;  
que no perdiese al cabo la ventura.

<SONETO XLIX>

De este tan grave peso, que cansado  
sufro, Fernando, y sin valor contraste,  
procuro alzar el cuello, mas no basto;  
que al fin doy con la carga desmayado.  
5 De mil flaquezas mías afrentado,

me enciendo en ira, y la paciencia gasto;  
pero nunca león hambriento al pasto  
va, como yo al error de mi cuidado.  
Mas aunque oprima en mí mi mejor parte,  
10 ved si estoy ya de Amor aborrecido,  
oso al fin, y me opongo a mi deseo.  
Y en estos trances de dudoso Marte  
será de mí, si soy varón, vencido  
otro, mayor que el Africano Anteo.

<SONETO L>

Despoja la hermosa y verde frente  
de los árboles altos el turbado  
Otoño, y, dando paso al viento helado,  
queda lugar a la aura de Occidente.  
5 Las plantas, que ofendió, con el presente  
espíritu de Céfito templado  
cobran honra y color; y esparce el prado  
olor de bellas flores dulcemente.  
Mas oh triste; que nunca mi esperanza.  
10 después que la abatió desnuda el hielo,  
torna avivar para su bien perdido.  
Cruda suerte de amor, dura mudanza,  
firme a mi mal, que el variar del cielo  
tiene contra su fuerza suspendido!

<SONETO LI>

Esperé un tiempo, y fue esperanza vana,  
librar de esta congoja el pensamiento,  
subiendo de Castalia al alto asiento,  
do no puede alcanzar Musa profana;  
5 Para cantar la honra soberana  
(ved cuán grande es, Girón, mi atrevimiento)  
de quien con inmortal merecimiento  
contrasta el hado, y su furor allana.  
Que bien sé, que es mayor la insigne gloria  
10 de quien Melas bañó, y el Mincio frío,  
que de quien lloró en Tebro sus enojos.  
Mas qué haré, si toda mi memoria  
ocupa Amor, tirano Señor mío?  
qué? si me fuerzan de mi Luz los ojos.

<SONETO LII>

Error fue disponer el tierno pecho,  
usado en el dolor de Amor esquivo,  
a nueva libertad; que al fin cativo  
vuelvo, no sé si diga, a mi despecho.

5 Pudo traerme el crudo a tal estrecho,  
que abrió en la fuerza de un semblante altivo  
la vena, que encendió en un fuego vivo  
al corazón, ya en vano un hielo hecho.  
Mas qué mucho? no vemos inflamarse  
10 un pedernal herido, y encontrado  
un hierro en otro despedir centellas?  
Cómo puede mi pecho no abrasarse  
al golpe del Amor, si está tocado  
siempre en el fuego de mis dos estrellas?

<SONETO LIII>

Así perturbe lluvia nunca, o viento  
tus bellas ondas, sacro Hesperio Río,  
y a tu nombre se incline el Ebro frío,  
y el Tebro, el Nilo, el Istro violento;

5 Si a piedad te mueve mi tormento;  
do siempre muero, y sin temor porfío,  
ausente entre mil males del bien mío,  
sin que pueda aun valerme el pensamiento;  
En estos troncos guarda mi cuidado,  
10 y en estas peñas mi gemido y pena  
tus Naides suenen con lloroso canto;  
Que nadie habrá, que, habiendo aquí aportado,  
lea mi mal, y con la faz serena  
pase, y no bañe el rostro en tierno llanto.

<SONETO LIV>

Pierdo, tu culpa, Amor, pierdo engañado,  
siguiendo tu esperanza prometida,  
el más florido tiempo de mi vida,  
sin nombre, en ciego olvido sepultado.

5 Ya no más, baste haber siempre ocupado

el pensamiento y la razón perdida  
en tu gloria, y mi infamia aborrecida;  
que quien muda la edad, trueca el cuidado.  
Yo he visto a los pies puesto un duro hierro,  
10 y torcello la mano del cativo,  
y desatarse de aquel nudo fuerte.  
Mas oh que ni el desdén, ni mi destierro  
pueden borrar del corazón esquivo,  
lo que nunca podrá gastar la muerte.

<SONETO LV>

La fría falda y cumbre de Pirene,  
que parte al Franco y al osado Ibero,  
cuando hiela desierto Aquilón fiero,  
tanta copia de nieve no sostiene,  
5 Cuanto hielo en mi pecho el temor tiene,  
cuando aparta sus rayos mi Lucero;  
y, retraído su esplendor primero,  
de avivarme en su bella luz se abstiene.  
Libia arenosa, aunque el ardor presente,  
10 del Sol te abrasa, si del hielo mío  
el rigor sientes, perderás la fama.  
Que mayor fuego me encendió este ausente  
corazón; mas en mí ya acaba el frío  
el vigor, y deshace de su llama.

<ELEGIA VI>

A la pequeña luz del breve día,  
y al grande cerco de la sombra oscura  
veo llegar la corta vida mía.  
La flor de mis primeros años pura  
5 siento perder su fuerza en todo, y siento  
otro deseo, que mi bien procura.  
Voluntad diferente y pensamiento  
reina dentro en mi pecho, que deshace  
el no seguro y flaco fundamento.  
10 Lo que más me agradó, no satisface  
al ofendido gusto; y solo admito,  
lo que sola razón intenta y hace.  
Del ancho mar el término infinito,

la inmensa tierra, que su curso enfrena,  
15 al bien que estimo, son lugar finito.

Lo que la gloria vana alcanza apena,  
por quien se cansa la ambición profana,  
y en mil graves peligros se condena;

La virtud menosprecia soberana,  
20 y contenta de sí, no para en cosa  
de las que admira la grandeza humana.

Yo lejos por la senda trabajosa  
sigo entre las tinieblas a su lumbre,  
abrasado en su llama gloriosa.

25 Y si no rompe, antes que a la cumbre  
suba el hilo mortal, hallarme espero  
libre de esta confusa muchedumbre.

Porque ya veo apresurar ligero,  
y volar, como rayo acelerado,  
30 del tiempo el desengaño verdadero.

Huyen, como saeta, que el armado  
arco arroja, los días no parando,  
envidiosos del no firme estado.

Va el tiempo siempre avaro derribando  
35 nuestra esperanza, y llévase consigo  
las cosas todas del terreno bando.

Esta caduca vida, por quien sigo  
lo que en su gusto conformar no debe,  
y soy de mí por ella mi enemigo;

40 Sombra es desnuda, humo, polvo, nieve,  
que el Sol ardiente gasta con el viento  
en un espacio muy liviano y breve.

Es estrecha prisión, do el pensamiento  
repara, y ve en la niebla una luz clara  
45 de la razón, que oprime al sentimiento.

Y, como quien mi libertad prepara,  
siento, que de mi sueño entorpecido  
me llama, y de esta suerte se declara;

O mísero, oh anegado en el olvido,  
50 oh en Cimeria tiniebla sepultado,  
recuerda de ese sueño adormecido.

Estás en ciego error enajenado,  
que contigo se cría y envejece;  
y no das fin a tu mortal cuidado?

55 Por ventura, mezquino, te parece  
que el Sol no toca el medio de su alteza,  
y la cercana noche te oscurece.

En tanto que está verde esta corteza

frágil, y no la cubre torpe hielo,  
60 y blanca nieve llena de graveza;  
Vuelve por ti, refrena el presto vuelo;  
y coge al tiempo la mal suelta rienda;  
no te condene de ignorancia el velo.  
Porque si vas por esta abierta senda,  
65 serás uno en la errada y ciega gente,  
do nunca el fuego de virtud te encienda.  
Cuanto Febo de Aurora al Occidente,  
y ciñe dende el Austro hasta Arturo,  
perece sin virtud indignamente.  
70 Aquel dichoso espíritu, seguro  
de estos asaltos vivirá contino,  
que fuere en obras y en palabras puro.  
Fuerza es de la virtud, y no destino  
romper el hielo y desatar el frío  
75 con vivo fuego de favor divino.  
Desampara tu osado desvarío,  
no des más ocasión a tanto engaño;  
que la edad huye, cual corriente río.  
Serán de tu fatiga premio extraño  
80 dolor confuso, vergonzosa afrenta,  
tristes despojos de tu eterno daño.  
Si esto no te congoja y descontenta,  
que puede dar congoja y descontento,  
a quién del suelo levantar se intenta?  
85 Tú te acabas en mísero tormento,  
pensando vanamente ser dichoso,  
y contigo tu incierto fundamento.  
Arranca de tu pecho desdeñoso  
la impía raíz, que cría tu esperanza  
90 falsa en loco deseo y engañoso.  
Y no es otra tu gloria y confianza,  
sino perder y aborrecer (cuitado)  
a ti por quien descansa en la mudanza.  
Este sano consejo y acertado  
95 la venda de los ojos me descubre,  
y me hace mirar con más cuidado.  
Viéndome en el error, y que se encubre  
la luz, que me guiaba, en el desierto,  
un frío miedo el corazón me cubre.  
100 Mas yo no puedo de mi engaño cierto  
librarme; porque el fuego espira ardiente,  
que al mal me tiene vivo, y al bien muerto.  
Y cuando espero con la luz presente

sacalla del incendio, con dulzura  
105 extraña la alma presa se resiente.  
Al resplandor de la belleza pura  
corre encendida con tan alta gloria,  
que ni otro bien, ni otro placer procura.  
Porque Amor me refiere a la memoria  
110 de mi dulce pasión el triste día,  
que le dio nueva causa a su victoria.  
Yo ya de mil peligros recogía  
el corazón cansado con reposo,  
y conmigo indignado así decía;  
115 Después de este trabajo congojoso  
razón será, que en agradable estado  
viva algún tiempo alegre y no medroso.  
Qué fuerza del Amor, qué brazo airado  
penetrará mi pecho endurecido  
120 con un hielo perpetuo y obstinado?  
No sufra el cielo ya, que más perdido  
ser pueda yo en tan luengo desvarío;  
baste el tiempo en engaños despendido.  
El grave yugo y duro peso frío,  
125 que oprime a la alma, y entorpece el vuelo  
al generoso pensamiento mío.  
Descienda roto y sacudido al suelo;  
que la cerviz ya siento deslazada,  
ya niego el feudo a Amor, ya me rebelo.  
130 Será el prado, y la selva de mi amada,  
y cantaré, como canté, la guerra  
de la gente de Flegra conjurada.  
Y levantando la alma de la tierra,  
subiré a las regiones celestiales;  
135 do todo el bien y quietud se cierra.  
La vanidad de míseros mortales  
miraré, despreciando su grandeza,  
causa de siempre miserables males.  
En estos pensamientos y nobleza  
140 pasar contento y ledo yo pensaba  
de esta edad corta y breve la estrechez;  
Que aún ya de la cruel tormenta y brava  
no estaba enjuto mi húmedo vestido  
ni appena el pie en la tierra yo afirmaba.  
145 Cuando Amor, que me trae perseguido,  
en tempestad más áspera pretende  
que yo peligre en confusión perdido;  
Con tal belleza el corazón me ofende,



que no puede huir su nueva pena,  
150 ni del mal, que padece, se defiende.

Un furor bello, que con luz serena  
me representa una inmortal figura,  
en perpetuo tormento me condena.

De la suave faz la nieve pura,  
155 la limpia, alegre, y mesurada frente,  
do mostrarse la púrpura procura,  
Y apenas osa, y al fin osadamente  
quiere mostrarse; fueron en mi daño  
causa de este pestífero accidente.

160 Cual yo quedase, hecho de mí extraño,  
sábelo Amor, que en la miseria mía  
me da ocasión para mayor engaño.

Suspiro y lloro cuanto es luengo el día;  
y nunca cesan el suspiro y llanto  
165 cuanto es luenga la noche oscura y fría.

La dulce voz de aquel su dulce canto  
mi alma tiene toda suspendida;  
mas no es canto la voz, es fuerte encanto,

Que tras su viva fuerza y encendida  
170 me lleva compelido sin provecho,  
para perder en tal dolor la vida.

Duro jaspe cercó su tierno pecho,  
do Amor despunta con trabajo vano  
las flechas todas del carcaj deshecho.

175 El rostro, do escribió Amor de su mano,  
dichoso quien por mí pena y suspira,  
si cabe tanto bien en pecho humano;

de este miedo y peligro me retira,  
y hace, que levante el pensamiento  
180 a la grandeza, que en su lumbre mira.

A todos pone espanto mi tormento,  
y a quién no espantará el dolor, que paso?  
y, lo menos descubro, en lo que siento.

Yo voy siguiendo de uno en otro paso  
185 a mi bella Enemiga presurosa,  
y la pienso alcanzar con tardo paso.

Cuando la pura Aurora y luminosa  
muestra la blanca mano al nuevo día,  
veo la de mi Estrella más hermosa.

190 Mas cuanto mi fortuna me desvía  
de su grandeza, tanto más osado  
por ella sigo la esperanza mía.

Tus viras en mi pecho traspasado

ya no caben, Amor, porque está lleno  
195 de tantas, como en él has arrojado.  
En la luz bella y resplandor sereno  
estabas de sus ojos escondido,  
y me penetró de ellos el veneno.  
De allí arrojaste en ímpetu encendido  
200 flechas de mi Enemiga, y tu victoria  
de ellos nació, y fui de ellos yo herido.  
Amor, tu bien les debes esta gloria;  
que, si no fuera por la fuerza de ellos,  
en mí ya se perdía tu memoria.  
205 Tal es la nieve de los ojos bellos,  
tal es el fuego de la luz serena;  
que hielo y ardo a un mismo punto en ellos.  
Del frío Euxino a la encendida arena,  
que el Sol requema en África abrasada,  
210 no se ve, cual lamía, otra igual pena.  
Pero podrá dichosa ser llamada  
por quien me causa esta pasión interna,  
con envidia de todos admirada.  
Así fuese yo el cielo, que gobierna  
215 en cerco las figuras enclavadas,  
para siempre mirar su luz eterna;  
Así sus puras luces y sagradas  
volviese siempre a mis vencidos ojos,  
y me abrasase en llamas regaladas;  
220 Como todas mis ansias, mis enojos  
serían bien y gloria, y mi tormento  
descanso en el ardor de mis despojos.  
Mal podré yo decir mi sentimiento,  
si el dolor no me deja de la mano;  
225 si vence su rigor al sufrimiento.  
Grande esperanza en un deseo vano  
es la molesta causa de mi pena,  
y un ciego error de dulce Amor tirano.  
No me espanto, que esté mi Estrella ajena  
230 de amor, pues he el amor todo ocupado,  
y de él solo mi ánima está llena;  
Que en el todo se ha toda transformado;  
y así amo solo, y ella sola amada  
es, no amando un amor tan extremado.  
235 Tal vez suele poner la faz rosada  
de aquel color, que suele al tierno día  
mostrar la fresca Aurora rociada;  
Y le digo, Señora dulce mía,

si pura fe, debida a vuestra alteza,  
240 merece algún perdón de su osadía;

Vuestro excelso valor, y gran belleza  
no se ofendan en ver, que oso y espero  
premio, que se compare a su grandeza.

Tanto peno por vos, tanto vos quiero,  
245 y tanto di; que puedo ya atrevido  
decir, que por vos vivo, y por vos muero.

Así digo; y en esto embebecido  
con dulce engaño desamparo el puerto,  
y me abandono por el mar tendido.

250 Sopla el fiero Aquilón, de bien desierto,  
las ondas alza y vuelve un torbellino,  
y el cielo en negra sombra está cubierto.  
No puedo, ay oh dolor, ay oh mezquino,  
remediar el peligro, que recela  
255 el corazón en su dolor indigno.

Bien fuera tiempo de coger la vela  
con presta mano, y revolver a tierra  
la proa, que cortando el ponto vuela.

Mas yo, para morir en esta guerra,  
260 nací inclinado; y sigo el furor mío,  
por donde del sosiego me destierra.

El que de este amoroso desvarío  
vive libre, si puedo ser culpado,  
por volver a este mal con tanto brío,  
265 sepa, que debo más a mi cuidado.

#### <SONETO LVI>

Este dolor, que nace en mí y se cría,  
si tal vez, desdeñoso de él, me atrevo  
a dalle muerte; con furor de nuevo  
torna a crecer sin miedo en su porfía.

5 Poca defensa hace la alma mía,  
que en el último extremo ya no pruebo  
poner el pecho al trance, como debo,  
más cansado, que ajeno de osadía.

Vos, que me veis, Ribera, quebrantado,  
10 no me culpéis; que el mal, que así recelo,  
combate con gran ímpetu conmigo;  
Cual fiero Anteo, siendo derribado,  
que, tocando la dura faz del suelo,

más feroz revolvía al enemigo.

<SONETO LVII>

Tú, que vengando con la armada mano  
el ya perdido honor del Occidente,  
teñiste del Ionio la corriente  
con la vertida sangre de Otomano;  
5 Y volviendo, en el piélago Africano  
venciste el Reino antiguo y Tiria gente,  
y del Francés y Escoto el pecho ardiente  
rompiste y la pujanza del Germano;  
Y de rendir cansado el mar y tierra,  
10 descansas ya en la paz del alto Cielo;  
que la tierra era poca a tanta gloria;  
Ahora que amenaza cruda guerra  
el impío Cita, y tiembla todo el suelo,  
ven, o envía a los tuyos la victoria.

<SONETO LIIIX>

Aquí, do estoy ausente y escondido,  
lloro mi mal, pero es el dolor tanto;  
que en mis ojos desmaya el triste llanto,  
y fallece en silencio mi gemido.  
5 Por esta oscura soledad perdido  
huyo, y voy alejándome, mas cuanto  
me aparto, el mal me sigue, y pone espanto;  
y no me vence en tanto afán sufrido.  
Duro Pecho; Porfía no cansada;  
10 rebelde Condición; que osa y contrasta  
a tan grande mudanza y desventura,  
Llevadme por la senda acostumbrada  
de mi error al peligro; que ya basta  
ver el fin, sin tentar nueva ventura.

<SONETO LIX>

Rayo de guerra, grande honor de Marte,  
fatal ruina al Bárbaro Africano,  
que en la temida España del Romano  
imperio levantaste el estandarte;  
5 Si la voz de la Fama, en esa parte,

do estás, puede llegar al reino vano,  
teme con el vencido Italiano  
del osado Español la fuerza y arte.  
Otro, mayor que tú, en el yugo indigno  
10 lo puso, y un gran Leiva la victoria  
de Italia conquistó en sangrienta guerra.  
Y al fin un nuevo César, que al Latino  
en clemencia y valor ganó la gloria;  
y añadió mar al mar, tierra a la tierra.

<CANCION V. Al Santo Rey Don Fernando>

INCLINEN a tu nombre, oh Luz de España,  
ardiente rayo del divino Marte,  
Camilo, y el belígero Africano,  
y el vencedor de Francia y de Alemaña  
5 la frente armada de valor y de arte;  
pues tú con grave seso y fuerte mano  
por el pueblo Cristiano  
contra el ímpetu bárbaro sañudo  
pusiste osado el generoso pecho.  
10 cayó el furor ante tus pies desnudo,  
y el impío orgullo Vándalo deshecho,  
con la fulmínea espada traspasado,  
rindió la acerba vida al fiero hado.  
De ti temblaron todas las riberas,  
15 todas las ondas, cuantas juntamente  
las columnas del grande Briareo  
miran: y al tremolar de tus banderas  
torció el Nilo medroso la corriente;  
y el monte Libio, a quien mostró Perseo  
20 el rostro Meduseo,  
las cimas altas humilló rendido  
con más pavor, que cuando los Gigantes,  
y el áspero Tifeo fue vencido.  
prostráronse los bravos y arrogantes,  
25 temiendo con espanto y con flaqueza  
el vigor de tu excelsa fortaleza.  
Pero en tantos triunfos y vitorias,  
la que más te sublima y esclarece,  
de CHRISTO oh excelso Capitán, Fernando,  
30 y remata la cumbre de tus glorias,  
con que a la eternidad tu nombre ofrece;  
es, que peligros mil sobrepujando,

volviste al sacro bando,  
y a la Cristiana religión trajiste  
35 esta insigne Ciudad y generosa;  
que en cuanto Febo Apolo de luz viste,  
y ciñe la grande orla espaciosa  
del mar cerúleo, no se ve otra alguna  
de más nobleza y de mayor fortuna.  
40 Cubrió el sagrado Betis de florida  
púrpura y blandas esmeraldas llena  
y tiernas perlas la ribera oncosa,  
y al Cielo alzó la barba revestida  
de verde musgo; y removi6 en la arena  
45 el movable cristal de la sombrosa  
gruta, y la faz honrosa  
de juncos, cañas y coral ornada,  
tendi6 los cuernos húmedos, creciendo  
la abundosa corriente dilatada,  
50 su imperio en el Océano extendiendo;  
que al cerco de la tierra en vario lustre  
de soberbia corona hace ilustre.  
Tú después que tu espíritu divino,  
de los mortales nudos desatado,  
55 subi6 ligero a la celeste alteza,  
con justo culto, aunque en lugar, no digno  
a tu inmenso valor, fuiste encerrado;  
hasta que ahora la real grandeza  
con heroica largueza  
60 en este sacro templo y alta cumbre  
trasfiere tus despojos venerados.  
do toda esta devota muchedumbre,  
y sublimes varones, humillados  
honran tu Santo nombre glorioso,  
65 tu religión, tu esfuerzo belicoso.  
Salve oh defensa nuestra, tú, que tanto  
domaste las cervices Agarenas,  
y la fe verdadera acrecentaste.  
tú cubriste a Ismael de miedo y llanto  
70 y en su sangre ahogaste las arenas;  
que en las campañas Béticas hollaste.  
tú solo nos mostraste  
entre el rigor de Marte violento,  
entre el peso y molestias del gobierno  
75 juntas en bien trabado ligamento  
justicia, piedad, valor eterno ;  
y cómo puede, despreciando el suelo,

un Príncipe guerrero alzarse al Cielo.

<SONETO LX>

Subo, con tan gran peso quebrantado,  
por esta alta, empinada, aguda sierra;  
que aún no llevo a la cumbre, cuando yerra  
el pie, y trabuco al fondo despeñado.  
5 Del golpe y de la carga maltratado,  
me alzo apena, y a mi antigua guerra  
vuelvo. mas qué me vale? que la tierra  
misma me falta al curso acostumbrado.  
Pero aunque en el peligro desfallezco,  
10 no desamparo el paso; que antes torno  
mil veces a cansarme en este engaño.  
Crece el temor, y en la porfía crezco;  
y sin cesar, cual rueda vuelve en torno;  
así revuelvo a despeñarme al daño.

<SONETO LXI>

Adónde está el placer, que yo sentía  
en pensar que de vos era querido?  
adónde el bien, que tuve me ha huido,  
cuando más mi esperanza prometía?  
5 Cuán presto gustáis ver, Señora mía,  
deshecho el lazo en vos, de amor tejido;  
aunque a vuestro desgrado más torcido  
lo siente mi cerviz en su porfía.  
Excusé siempre, y recelé dudando  
10 vuestra altiva exención, mas en mi daño  
no me pude valer de mi cordura;  
Que Amor vos tuvo, y dísteisme burlando  
dulces promesas, arras del engaño;  
que da fin no debido a mi ventura.

<SONETO LXII>

Tú, que en la tierna flor de edad luciente,  
Jerónimo moriste, y apartado

de los tuyos, el piélago sagrado  
honraste con tu cuerpo eternamente;  
5 Recibe, no de mármol excelente  
digno sepulcro, del mortal cuidado  
breve gloria, do al fin yace olvidado,  
más lágrimas de triste amor ardiente.

Recibe esta memoria de mi pena;  
10 que te será perpetua por ventura,  
pequeña prenda del amor estrecho.

Tú gozas de la pura luz serena,  
tú tienes todo el mar por sepultura,  
y siempre eterno vives en mi pecho.

<ELEGIA VII>

Bien puedo, injusto Amor, pues ya no tengo  
fuerza, con que levante mi esperanza,  
quejarme de las penas, que sostengo.

No temo ya, ni siento la mudanza;  
5 que en la sombra de un bien me dio mil daños,  
nacidos de una vana confianza.

Luenga experiencia en estos cortos años  
de tantos males trueca a mi deseo  
el curso, enderezado a sus engaños.

10 Pienso mil veces, y ninguna creo,  
que he de llegar a tiempo, en que descanse  
del grave afán, en que morir me veo.

Mas porque tu furor tal vez se amanse,  
no tienes condición, que se conduela  
15 de ver, que yo de padecer no canse.

Tendí al prospero Céfiro la vela  
de mi ligera nave en mar abierto,  
donde el peligro en vano se recela.

El Cielo; el viento; el golfo siempre incierto  
20 cambiaron tantas veces mi ventura;  
que nunca tuve un breve estado cierto.

Anduve ciego, viendo la luz pura,  
y, para no esperar algún sosiego,  
abrí los ojos en la sombra oscura.

25 La fría nieve me abrasó en tu fuego;  
la llama, que busqué, me hizo hielo;  
el desdén me valió, no el tierno ruego.

Subí, sin procurallo, hasta el Cielo;  
que se perdió en tal hecho mi osadía.  
30 cuando me aventuré, me vi en el suelo.



No estoy ya en tiempo, donde a la alegría  
dé algún lugar, ni puedo a mi cuidado  
sacar del vano error de su porfía.  
Do está la gloria de mi bien pasado,  
35 que, como en sueño, vi tal vez delante?  
a do el favor a un punto arrebatado?  
Mísera vida de un mezquino amante,  
siempre en cualquier sazón necesitada  
del bien que huye, y pierde en un instante.  
40 Mal puedo hallar fin a la intrincada  
senda, por donde solo voy medroso,  
si no la tuerzo, o rompo en la jornada.  
Tan alcanzado estoy y menesteroso,  
que desespero de salud, y pienso,  
45 que vale osar en hecho tan dudoso.  
Mas oh cuán mal en este error dispenso  
las cosas; que contienen mi remedio!  
con cuánto engaño voy al mal suspenso!  
Tiénesme puesto, Amor, un duro asedio;  
50 yo no sé, si me rindo, o me defiendo;  
ni sé hallar a tanto daño un medio.  
Nuevo fuego no es este, en que me enciendo;  
pero es nuevo el dolor; que me deshace,  
tan ciega la ocasión, que no la entiendo.  
55 La soledad abrazo, y no me aplice  
el trato de la gente, en el olvido  
el cuidado mil cosas muda, y hace.  
En árboles y peñas esculpido  
el nombre de la causa de mi pena  
60 honro con mis suspiros y gemido.  
Tal vez pruebo, rompiendo en triste vena  
primero el llanto, con la voz quejosa  
decir mi mal, mas el temor me enfrena.  
Pienso, y siempre me engaño en cualquier cosa;  
65 que encuentra con el vago pensamiento  
la atrevida esperanza y temerosa.  
Dísteme fuerza, Amor, dísteme aliento,  
para emprender una tan gran hazaña;  
y me olvidaste en el seguido intento.  
70 No tiene el alto mar, cuando se ensaña  
igual furor, ni el ímpetu fragoso  
del rayo tanto estraga, y tanto daña;  
Cuánto en un tierno pecho y amoroso  
se embravece tu furia; cuando siente  
75 firme valor y corazón brioso.

Qué me valió hallarme diferente  
en tu gloria, que huye, y conocerme  
mayor en tu vencida y presa gente?  
Ni tu podías más ya sostenerme,  
80 ni yo en tan grande bien pude, mezquino,  
aunque más me esforzaba, contenerme.  
Yo siempre fui de tanta gloria indigno,  
y también de este fiero mal; que paso.  
ni tú, ni yo acertamos el camino.  
85 Una ocasión y otra a un mismo paso  
se me presentan; que perdí, y conmigo  
me culpo, y avergüenzo en este paso.  
Tú solo puedes ser, Amor, testigo  
de aquellos días dulces de mi gloria,  
90 y cuán ufano me hallé contigo.  
No te refiero yo mi alegre historia  
con presunción, antes la traigo a cuenta  
para más confusión de mi memoria.  
No es tanto el grave mal, que me atormenta  
95 que no merezca más, pues viendo abierto  
el Cielo al bien, me hallo en esta afrenta.  
Austro Cruel, que en breve espacio has muerto  
la bella flor, en cuyo olor vivía,  
y me dejaste de salud desierto;  
100 Siempre te hiera nieve; y sombra fría  
te cerque; y a tu soplo falte el vuelo,  
impío ofensor de la ventura mía.  
Yo, me vi en tiempo, libre de recelo,  
que aun el bien me dañaba, ahora veo,  
105 que el más mísero soy, que tiene el suelo.  
Desespero, y no mengua mi deseo;  
y en igual peso están villano miedo,  
osadía, cordura y devaneo.  
Estos cuidados, que olvidar no puedo,  
110 me desafían a sangrienta guerra;  
porque esperan vencerme o tarde, o cedo.  
El hijo de Agenor la dura tierra  
labra, y le ofende el fruto belicoso;  
que en armadas escuadras desencierra;  
115 A mí de mi trabajo sin reposo  
nace de cuitas una hueste entera;  
que me trae afligido y temeroso.  
Del lago Argivo la serpiente fiera  
no se multiplicó con tal espanto,  
120 como en crecer mi daño persevera.

Para mayor caída me levanto  
del mal tal vez, y luego desfallezco,  
y me acuso de haber osado tanto.  
El tormento, que sufro, no encarezco;  
125 que pasar mal no es hecho de alabanza,  
mas descanso en decir cómo padezco.  
Horas, que tuve un tiempo de holganza,  
cuando pensaba, que era agradecida  
mi pena, tomad ya de mí venganza.  
130 Yo soy, yo el que pensé en tan dulce vida  
no mudar algún punto de mi suerte,  
yo soy, yo, el que la tengo ya perdida.  
El corazón en fuego se convierte,  
en lágrimas los ojos, y ninguno  
135 puede tanto; que venza por más fuerte.  
A ti me vuelvo, amigo no oportuno,  
antes cruel contrario, antes tirano;  
robador de mis glorias importuno.  
Tú me traes a una y otra mano  
140 sujeto al freno, y voy a mi despecho  
por fragoso camino y por lo llano.  
Condición tuya es rendir el pecho  
feroz, oso decir; que ya te olvidas  
de ella, con quien me pone en tanto estrecho.  
145 Tu arco y flechas dónde están temidas?  
do está la ardiente hacha abrasadora  
de tantas almas, a tu ley rendidas?  
Eres tú aquel, que al padre de la Aurora,  
vencedor de la fiera temerosa,  
150 quebró el orgullo, y sojuzgó a deshora?  
Aquella diestra y fuerza poderosa;  
que derriba los pechos arrogantes,  
do está ocupada, o dónde está ociosa?  
Puedes vencer los ásperos Gigantes,  
155 los grandes Reyes abatir, trocando  
a un punto sus intentos inconstantes;  
Y no te ofendes ver ahora, cuando  
más tu valor mostrabas; que perdiste  
las honras, que ganaste triunfando?  
160 Mísero Amor, tan poco (di) pudiste,  
que un tierno pecho, a tanta furia opuesto,  
sin temor te desprecia, y te resiste?  
Ya conozco el engaño manifiesto,  
en que viví; ninguna fuerza tienes,  
165 jamás a quien te huye eres molesto.

Solo en mi triste corazón te vienes  
a mostrar tu poder, no más, oh crudo;  
que ni quiero tus males, ni tus bienes.

Ves este pecho de valor desnudo,  
170 abierto, traspasado, a tantas flechas  
hará de tu desdén un fuerte escudo.

Aunque pesadas vengan y derechas,  
puede tanto el agravio de mi ofensa,  
que sin efecto volverán deshechas.

175 No sé, cuitado, si hacer defensa  
será mas daño; que tu dura fuerza  
la siento cada hora más intensa.

Quién puede haber tan bravo, quién que tuerza  
un ímpetu tan grande, y que deshaga  
180 tu furor, cuando más furor lo esfuerza?

Tan dulce es el dolor de esta mi llaga;  
que en sentirme quejoso soy ingrato;  
porque en mi pena el mal es mucha paga.

Atrevido deseo sin recato,  
185 memoria, que del bien ya tuve, ufana,  
mueven mi lengua al triste mal, que trato,

Engaño es este de esperanza vana,  
que piensa en sus mudanzas mejorarse,  
instable siempre, y sin valor liviana.

190 No pueden las raíces arrancarse,  
que en lo hondo del pecho están trabadas;  
donde pueden del tiempo asegurarse.

No esperen pues tus penas nunca usadas,  
ni espere, Amor, la voluntad de aquella,  
195 que las tiene en mi daño concertadas,  
Hacer, que de ellas yo me aparte, y de ella  
me olvide un punto; porque el vivo fuego,  
que nace de su luz serena y bella,  
cual siempre, me traerá vencido y ciego.

#### <SONETO LXIII>

Reina del grande Océano dichosa,  
sin quien a España falta la grandeza,  
a quien Valor, Ingenio, y la Nobleza  
hacen más estimada y generosa;

5 Cuál diré, que tú seas, Luz hermosa  
de Europa? tierra no; que tu riqueza

y gloria no se cierra en su estrechez,  
Cielo sí; de virtud maravillosa.  
Oye, y se espanta, y no te cree el que mira  
10 tu poder y abundancia; de tal modo  
con la presencia ve menor la fama.  
No Ciudad, eres orbe. en ti se admira  
junto, cuanto en las otras se derrama,  
parte de España, mas mejor que el todo.

<SONETO LXIV>

No siento ya del modo, que sentía  
del dulce Amor los hechos, ni el contento,  
que en el tierno dolor de mi tormento  
y en mi sola tristeza descubría.  
5 Porque esto (que perpetuo yo fingía)  
no alcanza mi doliente sentimiento;  
y no se puede (ay hado violento)  
guardar bien tanto en la memoria mía.  
Pierdo triste el sentido con la pena,  
10 que tengo en verme en tal estado puesto,  
lleno de confusión, de bien desierto.  
Del cuello flojo arrastra la cadena  
a mi despecho, y voy al fin dispuesto,  
para sufrir de grado el daño cierto.

<SONETO LXV>

Vos, que ajeno del mal, en que rendido  
fuiste al duro Amor, alzáis la frente,  
y libre ya de su dolor presente,  
Señor, vivís alegre y no ofendido;  
5 No penséis, que del todo sacudido  
habéis el yugo a la cerviz doliente,  
ni estéis ufano; porque el fuego ardiente  
en la muerta ceniza está escondido.  
Que no tal vez la lumbre de esperanza  
10 descubrirá camino, cuando luego  
volveréis, como yo, al error pasado;  
Mas si vuestro valor tal suerte alcanza,  
que no deis más lugar al furor ciego,  
seréis de mí, más que varón llamado.

<SONETO LXVI>

Si de nuestra amistad el nudo estrecho  
por desdén, o liviano movimiento,  
que culpa no conozco en mí, ni siento,  
queréis, que sea sin razón deshecho;  
5 Aunque no me saldrá del firme pecho  
del justo amor el gran merecimiento,  
y he de llevar contino, descontento  
la injusta pena de este injusto hecho;  
Romped los lazos ya de esta cadena,  
10 que suelto a mi pesar; si al cabo os place  
poner fin triste a nuestro dulce trato.  
Yo vuestra culpa sufriré y mi pena;  
pues tarde sé, que en esto satisface  
a tanta voluntad un pecho ingrato.

<SONETO LXVII>

Temor me impide, esfuerza la esperanza,  
y cuanto me entorpece, Alfonso, el hielo;  
tanto el ardor me alienta, y alza el vuelo,  
y llega, do el deseo appena alcanza.  
5 Fijo la vista, sin temer mudanza,  
en la luz bella de mi eterno Cielo,  
y oso traer una centella al suelo;  
que abrasará con él mi confianza.  
Si fue con pena inmensa la osadía,  
10 que robó el fuego a la celeste rueda,  
terror y ejemplo a humano atrevimiento;  
Podré alabarme en la fortuna mía;  
que aunque mi grande afán al suyo exceda,  
deseo, que no acabe mi tormento.

<SONETO LXIIX>

Soto, no es justo, que tu canto suene,  
y honre solo al humilde Dauro frío;  
más digno es de él el sacro Betis mío;

que el nombre tuyo en tanta estima tiene.

5 Las venas de Castalia y de Pirene  
rebosarán por ti en su ondoso río;  
y vendrá a conocelle señorío,  
quien fue sepulcro al hijo de Climene.  
Aquí es la rica Arabia, y el dichoso  
10 nido, en que tu inmortal fénix enciende  
el fuego; que en ti afina su belleza.  
Ven al florido asiento y oloroso,  
huye el desierto, do su luz se ofende,  
y de tu excelso ingenio la grandeza.

<SONETO LXIX>

El Frigio nudo deslazar procura  
el grande vencedor del Oriente;  
y en vano cansa, aunque mil modos tiene  
contra aquella difícil ligadura.

5 Con arte no, con fuerza se aventura.  
al fin, y rompe con la espada ardiente  
toda su confusión; y juntamente  
cumple, o burla del hado la ventura.  
Yo, que mal puedo con industria alguna  
10 desatar este lazo; que mi cuello  
oprime, y de valor muestra desnudo;  
Hacer debo lo mismo en mi fortuna,  
mas puedo mal, que no es cortar un nudo,  
Fernando, quebrantar este cabello.

<ELEGIA IIX>

De aquel error, en que viví engañado,  
salgo a la pura luz, y me levanto  
tal vez del peso, que sufrí cansado.

Pudo mi desconcierto crecer tanto,  
5 que anduve de mí mismo aborrecido,  
sujeto siempre a la miseria y llanto.  
Ya vuelvo en mí, y contemplo, cuán perdido  
rendí el lozano corazón sin miedo  
a los dañados gustos del sentido.  
10 Mas sé, que, aunque me esfuerzo, apena puedo  
abrazar la razón; porque el engaño  
no se me aparta de la vista un dedo.

Y no me vale, aunque en mi bien me engaño,  
pensar quién soy, ni deducir del Cielo  
15 la clara origen contra un dulce daño.  
Cuán mal se limpian del corpóreo velo  
las manchas, y cuán tarde se desata  
de su pasión quien anda en este suelo!  
Mil buenos pensamientos desbarata  
20 la ocasión, a deleites ofrecida,  
cuando menos el hombre se recata.  
Mas estos son peñascos de la vida,  
do se rompe la nave en mar ondoso,  
si no va con destreza bien regida.  
25 Quién es tan temerario y desdeñoso,  
que se entregue a la muerte en esperanza  
del caso siempre incierto y peligroso?  
Quien quisiera hartarse en la venganza  
de mis males hallara a su deseo  
30 colmada la medida sin mudanza;  
Si, conociendo yo mi devaneo,  
no diera al vano gusto de la mano,  
y alzara de la tierra al fiero Anteo.  
Grande trabajo es, aunque no es vano,  
35 querer mudar una costumbre larga;  
grande es, pero es el premio soberano.  
Traje en los hombros esta grave carga  
sin reposar, como otro nuevo Atlante,  
en quien de todo el Cielo el peso carga.  
40 No soy después del daño tan constante,  
que no tiemble en pensar lo que sufría,  
y de mi obstinación que no me espante.  
Ahora voy por una llana vía  
a la seguridad del bien, que sigo,  
45 do será no acertar desdicha mía.  
Considero apartado yo conmigo  
del rojo Sol la inmensa ligereza,  
y en cuanto infunde su calor amigo;  
La tibia, instable Luna, la grandeza  
50 del ancho mar; su vario movimiento;  
el sitio de la tierra y su firmeza.  
Juzgo, cuánto es el gusto y el contento  
de gozar la belleza diferente,  
que en sí contiene este terrestre asiento.  
55 Y cuán dulce es vivir alegremente  
espacios luengos de una edad dichosa,  
y contemplar tan alto bien presente;



Do en esta vista y luz maravillosa  
el ánimo encendido ensalce el vuelo  
60 a la profunda claridad hermosa;  
Y allí se afine de aquel torpe velo,  
que en sí lo trajo opreso; y no le impida  
la gruesa niebla y el error del suelo.  
Cuánta miseria es perder la vida  
65 en la purpúrea flor de la edad pura,  
sin gozar de la luz del Sol crecida!  
Cuán vana eres humana hermosura!  
cuán presto se consume y se deshace  
la gracia y el donaire y apostura!  
70 La bella virgen, cuya vista aplace,  
y regala al sentido, en tiempo breve  
al mismo, que agradó, no satisface.  
No así tan presto aparta el viento leve,  
y disipa las nieblas, y el ardiente  
75 Sol desata el rigor de helada nieve;  
Como a la tierna edad la flor luciente  
huye, y los años vuelan, y parece  
el valor y belleza juntamente.  
Cuán breve, y cuán caduca resplandece  
80 nuestra gloria! cuán súbito, en el punto  
que deleita a los ojos, desaparece!  
Mas oh si ser pudiese, que este punto  
de breve vida alegres en sosiego  
gozásemos sin miedo y dolor junto.  
85 Cual, de ambición y de avaricia ciego,  
surca el piélago inmenso peregrino,  
y ve del Sol más tarde el claro fuego.  
Cual, ardiendo en furor de Marte indigno,  
arma el osado pecho en duro hierro  
90 contra el estrecho deudo y el vecino.  
Cual, de sí mismo puesto en un destierro,  
niega su voluntad por otra ajena,  
y sigue inferior el mayor yerro.  
Lisonjeros halagos, dulce pena,  
95 buscado mal del desvarío humano  
traen de gusto la esperanza llena.  
Ningún monte, o desierto, ningún llano,  
a do pueda llegar gente atrevida,  
nos librará del ciego error profano.  
100 Ira, miedo, codicia aborrecida  
nos cercan, y huir no es de provecho,  
que las llevamos siempre en la huida.

Incierto y congojoso tiene el pecho,  
quien espera, no goza ni sosiega,  
105 si sus vanos contentos no ha deshecho.  
Quien sabe en qué se goza, y nunca entrega  
la fortuna dichosa al brazo ajeno,  
de la virtud a la alta cumbre llega.  
Estos deleites que seguí sin freno,  
110 que al fin tan caro cuestan, me trajeron  
siempre de confusión y temor lleno.  
Ni fueron firmes, ni fieles fueron,  
dañáronme huyendo; y si hubo alguno,  
que no, huyó con cuantos me huyeron.  
115 Seguro gozo puede ser ninguno,  
ninguno puede ser perpetuo, en cuanto  
la tierra cría, y cerca el gran Neptuno.  
Sola Virtud, tú sola puedes tanto,  
que el gozo dar perpetuo, y bien seguro  
120 puedes, si en amor tuyo me levanto.  
Lugar puede hallarse tan oscuro,  
do se esconda algún tiempo el error cierto,  
mas sale a fuerza al cabo al aire puro.  
La vergüenza del propio desconcierto,  
125 el miedo, vengador de nuestras penas,  
nos muestran nuestra falta en descubierta.  
El delito y las culpas son ajenas  
de nuestra condición, pero nacimos  
con flaquezas de mil miserias llenas;  
130 Y tan mal nuestros bienes conocimos,  
y dimos tanta mano al torpe gusto,  
que solos sus regalos admitimos.  
Do está el deseo ya del honor justo?  
do el amor verdadero de la gloria?  
135 do contra el vicio el corazón robusto?  
Gran hazaña es gozar de la victoria  
del bravo contendor, y los despojos  
guardar para blasón de la memoria;  
Pero es mucho mayor ante los ojos,  
140 que miran bien, por la no usada senda  
caminando entre peñas y entre abrojos  
Sobrepujar en áspera contienda  
sus contrarios, y verse en la ardua cumbre,  
do no alcance el nublado, ni lo ofenda.  
145 Mas quién podrá subir sin viva lumbre?  
quién sin favor que aliente su flaqueza,  
y la alce de esta grave pesadumbre?

Si yo pudiese bien en tu belleza  
fijar mis ojos, Musa soberana,  
150 y contemplar cercano tu grandeza;  
Del ciego error y multitud profana,  
que se entorpece en la tiniebla oscura,  
no seguiría la opinión liviana.  
Antes con libertad libre y segura,  
155 abrasado en tu amor, ocuparía  
la vida en admirar tu hermosura.  
Y aquí, do el Betis desigual varía  
el curso, y vuelve y trueca la creciente;  
un apartado puesto escogería.  
160 Do la ambición de tanta errada gente,  
los deseos injustos, la esperanza,  
dulce engaño del ánimo doliente;  
En este estado, libre de mudanza,  
no podrían turbarme del sosiego,  
165 que en la discreta soledad se alcanza.  
Rompa los senos otro del mar ciego  
con prestas alas de su osada nave,  
do no se aventuró Romano, o Griego;  
Llegue, do el sacro Océano se trabe  
170 con el piélago Austral, y no cansado  
cerque el golfo, que el hielo torna grave;  
Que bien puede alabarse confiado  
de haber visto, tratado y conocido,  
y mil varios peligros allanado;  
175 Pero no habrá gozado, ni entendido  
los bienes, que el silencio en el desierto  
da a un corazón modesto y bien regido,  
fuera de todo humano desconcierto.

<SONETO LXX>

Mira del sacro Amor oh bella esposa  
este luciente espejo, que Uranía  
te ofrece, el cual de la inmortal Sofía  
es don; que muestra su virtud hermosa.  
5 Afija en él la vista generosa,  
su concierto percibe y armonía;  
y, conociendo tu valor, desvía  
los ojos de esta niebla tenebrosa.  
Porque si bien estimas tu grandeza,

10 no te podrá teñir el claro velo  
humo, o sombra de error y de mancilla.  
Antes, ardiendo en fuego de pureza,  
alzarás con tu fuerza el noble vuelo;  
que merezcas la eterna y alta silla.

<SONETO LXXI>

No bastó el daño al fin y estrago fiero  
del fuerte muro y del Sidonio techo;  
y el cuello haber al yugo estrecho  
de quien domó al Tesin y al grande Ibero;  
5 Si no a un infame Dárdano extranjero,  
(a quien oh Roma padre tuyo has hecho)  
decir; que di rendida el limpio pecho,  
y pagué al limpio Amor injusto fuero.  
Tanto pudo la envidia? pudo tanto  
10 la Musa de Virgilio mentirosa;  
que osó manchar mi nombre esclarecido?  
Mas la verdad, mayor que su alto canto,  
dirá; que menos casta y generosa  
Lucrecia fue, que la Fenisa Dido.

<SONETO LXXII>

Podrá imitar la singular destreza  
del Pintor el semblante generoso,  
y el rayo de esas luces amoroso;  
si tanto cabe en la mortal bajeza.  
5 Mas cómo imitará tanta grandeza,  
tantos bienes; que el alto y poderoso  
Olimpo os dio, si al que es en ver dichoso,  
ciega la luz de esa inmortal belleza?  
No puede merecer la suerte humana  
10 bien de tanto valor; porque encogiera  
en este corto espacio todo el Cielo.  
Baje Amor, oh Francisca soberana,  
y descubra esa imagen verdadera;  
para que nunca envidie al Cielo el suelo.

<CANCION VI>

Bien puedo en este oscuro y solo puesto,  
pues el silencio ocupa este desierto,  
romper la voz y quejas de mi llanto.  
sufrí la fuerza del dolor molesto,  
5 cuando en el mal cabía algún concierto;  
ya ni esfuerzo, ni seso valen tanto;  
que le resistan, cuanto  
pensé y osé esperar. mas oh perdido,  
cuán bien merezco verme en tal estado.  
10 de qué sirve injuriar al afligido;  
que la pena que siento,  
es harta confusión de mi cuidado?  
esconda al fin el triste apartamiento  
de este cerrado bosque mi lamento.  
15 Vos, que por luenga edad tenéis en uso,  
árboles altos, de escuchar atentos  
quejas de otros amantes desdichados;  
oíd tristes mi llanto y mal confuso;  
que nunca pena igual a mis tormentos,  
20 ni cuidado se vio, cual mis cuidados.  
en pasos bien contados  
perdí el camino, no en la sombra oscura;  
que fuera a mi dolor algún consuelo,  
hallar disculpa, mas la lumbre pura  
25 siguiendo atentamente,  
erré, por donde me guiaba el Cielo.  
pensando a la Ocasión tener la frente,  
perdí todo mi bien, halleme ausente.  
Procuré quebrantar mi esquiva suerte,  
30 poniendo el pecho osado a todo trance;  
que el dolor dio licencia a mi osadía.  
creció el furor de males, y en alcance  
no vino de ellos, no, la dura Muerte;  
que pusiera remedio a mi porfía.  
35 triste y acerbo día,  
que siempre estará vivo en mi memoria.  
mas do me lleva mi pasión ajeno?  
desesperado Bien y muerta Gloria,  
vos oh, vos me trajisteis,  
40 adonde sin remedio en vano peno,  
y, como si debieran ser, me disteis,  
sin un alegre día, tantos tristes.  
Ahora veo tarde el desengaño,  
mas llega a tiempo que aprovecha poco;  
45 que pierde en mi fortuna el bien su efecto.

aunque pensar contar parte del daño,  
o descubrir de este dolor, que toco,  
será imposible, pero en este aprieto  
alguna vez prometo  
50 romper por el camino mas espeso  
para salir del mal, y es error mío;  
porque me lleva con el mismo exceso,  
por la revuelta senda,  
donde me cansa el ciego desvarío;  
55 y desespero el bien, y a suelta rienda  
voy, adonde no habrá quien me defienda.  
Segura es la fortuna al miserable;  
porque de mayor daño falta el miedo.  
yo en última miseria estoy, y temo,  
60 si ya no mayor mal, mal variable.  
no es mucho que lo tema, pues no puedo  
asegurarme. oh mi dolor supremo,  
sácame de este extremo;  
entrégame a los brazos de la muerte;  
65 pues no sé quien mi afrenta satisfaga.  
y es de linaje tal y de tal suerte,  
que es mejor no tocalla,  
no pudiendo sanar esta mi llaga.  
triste quien solo y sin vigor se halla  
70 herido y sin escudo en la batalla.  
Bien sé, que mi pasión secreta entiende  
solo quien conoció mi pensamiento;  
y que esta queja otro ninguno alcanza.  
mas, como quien ventura ya no atiende,  
75 no oso mostrar mi grande sufrimiento,  
y confuso en mis ansias y mudanza,  
tomo de mí venganza.  
qué no pudiera al fin mover mi llanto,  
si otro con menor causa mover pudo  
80 el negro lago y sombras del espanto?  
oyose su recuesta.  
náufrago, temo el piélagos sañudo.  
pero no era sazón de quejas esta  
en ocasión tan grave y tan molesta.  
85 Quiero hablar más claro, y la vergüenza,  
que tengo de mí solo, no concede  
que pueda respirar el dolor fiero.  
crece el mal siempre, y siempre en él comienza  
la esperanza del bien. ninguno puede  
90 no engañarse en su daño lisonjero;

si sigue al mal primero  
el bien, que se conforma a su deseo.  
descubriome la usanza de mis males  
por el pasado engaño, este que veo;  
95 que me tuvo dudoso,  
en cuanto descubría sus señales.  
y quedé tan cobarde y sospechoso;  
que ni aun mirar de lejos el bien oso.

<SONETO LXXIII>

Si para que yo sienta cuánto fuego  
abrasa vuestro pecho, a la luz pura  
y a los rayos de eterna hermosura  
queréis, que llegue deslumbrado luego;  
5 No me digáis; que mire con sosiego  
su resplandor y su gentil figura;  
mas que huya su ardor; si, la ventura  
puede librarme, ya encendido y ciego.  
Qué maravilla es, que en viva llama  
10 os consumáis, teniendo el Sol presente,  
y siendo vos a su calor de cera?  
Conoce el mal ajeno, quien bien ama;  
y mi pasión en su presencia siente  
la fuerza de la vuestra más entera.

<SONETO LXXIV>

Fue gloria de mi alto pensamiento  
osar y ver vuestra beldad serena;  
y de firmeza arder mi alma llena,  
desesperando el fin de su tormento.  
5 Si como mereció mi atrevimiento  
la honra y el valor de tanta pena,  
consintiera el cruel, que me enajena,  
no ofenderos el bien del mal que siento;  
Pensara merecer con la fe mía  
10 nombre de vuestro, mas a tanta alteza  
la humilde, mortal suerte no conviene.  
Mas ya que no vos canse mi osadía,  
no pretendo consuelo a mi tristeza;

sino que consintáis, que por vos pene.

<SONETO LXXV>

Pues cubre al orbe en asombrado velo  
la negra oscuridad, y las estrellas  
miran, errando en torno en formas bellas  
dudosas el desierto y hondo suelo;  
5 Tú noche, a quien mis lástimas revelo,  
y al gemido respondes triste de ellas;  
oye mi mal, atiende a mis querellas,  
así a ti sola sirva el vago Cielo.  
Que no quiero, que el día vea el llanto  
10 de estos ojos mezquinos; que en tal pena  
no conviene la luz al dolor mío.  
Escucha tú, que del color el manto  
de mi ventura tienes, oh serena  
Noche, mi queja en tu silencio y frío.

<SONETO LXXVI>

Estos, que al impío Turco en cruda guerra,  
al Moro, al Anglo, y al Escoto airado,  
y vencen al Tudesco, y al dudado  
Francés, y al Belga en su cercada tierra;  
5 Y los estrechos, que el mar hondo encierra,  
sobran, pasando por lugar vedado  
con valor, cual vio nunca el estrellado  
Cielo; que tantas cosas mira, y cierra;  
Bien muestran en la gloria de sus hechos,  
10 que son tus hijos, oh felice España,  
honra del alto imperio de Occidente.  
Alabe Roma los famosos pechos  
de los suyos; que nunca (y no me engaña  
el amor) fue a esta igual su osada gente.

<ELEGIA IX>

Si el presente dolor de vuestra pena  
sufre escuchar de la pasión, que siento,  
esta mi Musa de dulzura ajena;  
Estad, Señor, un breve espacio atento



5 a las llorosas lástimas, que canto  
solo, puesto en olvido y descontento.  
Que, si yo puedo declarar bien, cuanto,  
estrago hace Amor en mis entrañas,  
no será en vano mi quejoso llanto.

10 Mas cómo las cruizas y hazañas  
del fiero usurpador de la alma mía  
decir podré, y sus vueltas siempre extrañas?  
Seguro, alegre, en quietud vivía  
con libertad y corazón ufano,

15 mostrando contra Amor grande osadía.  
Pensaba, mas al fin pensaba en vano,  
que contra la dureza de mi pecho  
no pudiera el rigor de este tirano.  
No me valió; que al cabo a mi despecho

20 rendí a su yugo el quebrantado cuello,  
y fue mi orgullo sin valor deshecho.  
Un sutil hilo pudo de un cabello,  
más bello que la luz del Sol dorado,  
traerme preso sin jamás rompello;

25 Y unos ojuelos de color mezclado,  
que prometen mil bienes, sin dar uno,  
tomaron el imperio en mi cuidado.  
Vilos, y me perdí, mas oh importuno  
remedio, que no viéndolos me pierdo

30 del mayor mal, que tuvo amante alguno.  
El seso pierdo, cuando estoy más cuerdo.  
pero amor es furor. quien no está loco,  
dirá; que hablo sin algún acuerdo.  
Las cosas, que de amor apunto y toco,

35 no alcanza esa profana y ruda gente;  
vos sí, que de su mal no sabéis poco.  
Yo voy por un camino diferente  
en los males que tengo, y nunca espero  
sanar de este dolor, que la alma siente.

40 Al bien medroso, al mal osado y fiero,  
y estoy de gloria y ufanía lleno,  
cuando en la fuerza del tormento muero.  
Si puedo alguna vez hallarme ajeno  
de mi pasión, ocupo la memoria;

45 en cuán poco merezco, lo que peno.  
No cabe en mí, pensar que tanta gloria  
se debe a mi dolor; ni que se entienda  
de mi afán la dichosa y rica historia.  
No hallo ya razón, que me defienda

50 de perdición; pues corro tras mi engaño,  
y me despeño sin cobrar la rienda.  
De un día en otro voy al fin del año,  
desvanecido y lleno de esperanza,  
sin abrazar el claro desengaño.

55 Pienso y entiendo, que hacer mudanza  
podrá valerme, mas la cruda vira  
de Amor o cerca, o lejos todo alcanza.  
Mil veces contra mí me pongo en ira,  
y culpo mi temor y mi flaqueza;

60 que del honrado intento me retira.  
Mas quién tiene tan grande fortaleza?  
quién ve libre del mal aquel semblante  
y pura flor de angélica belleza?  
No soy peña, ni duro diamante;

65 tal furor tierno vive en estos ojos,  
que de su luz se enciende en un instante.  
Son pequeños, no alcanzan mis enojos  
a merecer la gloria del mal mío,  
ni verse juntos entre sus despojos.

70 Nevoso invierno y abrasado estío  
destruyen mi esperanza de tal suerte,  
que me acaba el calor, y mata el frío.  
Mas, que otro pudo ser, mi pecho es fuerte;  
pues no fallece en tal dolor, sufriendo

75 los extremos efectos de la muerte.  
Cual suele Febo aparecer, trayendo  
la luz, y los colores a las cosas,  
cuando del sacro mar sale luciendo;  
Tales sus dos estrellas gloriosas

80 dan a mi alma claridad divina;  
que me enciende en mil llamas amorosas.  
Y cual se muestra el Cielo, si declina  
la luz, y con la sombra tenebrosa  
el horror de la noche se avecina;

85 Tal yo, sin su beldad maravillosa,  
estoy confuso y lleno de recelo,  
desierto y triste en soledad penosa.  
Las ricas hebras del dorado velo  
vencen a las que cercan a Ariana

90 en el eterno resplandor del Cielo.  
Cuánto me engaña esta esperanza vana  
en contar de mi afán la triste historia,  
y el desdén de mi Estrella soberana!  
No sufre mi fortuna tanta gloria,

95 que espere merecer alguna parte  
de mi dolor lugar en su memoria.  
El fiero estruendo del sangriento Marte,  
de que tiembla medroso el Lusitano,  
atónito de tanto esfuerzo y arte;  
100 Incita este mi canto humilde y llano  
en su alabanza, pero apena puedo  
juntar las Musas al furor insano.  
Otro, que tenga espíritu y denuedo,  
podrá cantar igual a tan gran hecho;  
105 que yo en decir mis males estoy ledo.  
El dolor, que padece vuestro pecho,  
permita, y la serena luz ardiente,  
y el oro, que os enlaza en nudo estrecho;  
Que yo, oh sublime gloria de Occidente,  
110 ose mostrar en este rudo canto  
lo que el deseo publicar consiente.  
Que si, como pretendo, yo levanto  
la voz, el Indo extremo, el Lapon frío,  
y aquel, que el alto Febo abrasa tanto;  
115 Y quien habita el Amazonio río  
honrarán vuestro nombre generoso,  
admirados de oír el canto mío.  
Cuándo será aquel día, en que el hermoso  
rayo de Amor y celestial Lucero  
120 hiera este campo y río venturoso?  
Betis, que al grande Océano ligero  
con curso ufano contrastar porfías,  
sin espantarte su semblante fiero;  
Con creciente mayor, que la que envías,  
125 rebosa, y salgan del ondoso seno  
tus Ninfas a ayudar las voces mías.  
Descubra el Cielo el resplandor sereno;  
y virtud nueva infunda a tu ribera,  
y al campo de mis flores siempre lleno.  
130 La luz de hermosura verdadera,  
por quien suspira el venturoso amante,  
por quien en esperanza desespera;  
De rosas, con faz pura, semejante  
a la bella y divina cazadora,  
135 se te muestra, y ya casi está delante.  
Pinta pues variando, orna y colora  
de perlas y esmeraldas tus cristales,  
y tus arenas enriquece y dora;  
Y ciñe con mil ramos de corales

140 la venerable frente, a cuya alteza  
son los más grandes ríos desiguales;  
Y ofrece humildemente a su belleza  
los nobles dones, que abundante cría  
de tu fértil corriente la riqueza.

145 Venid, diciendo, ya Señora mía,  
merezca ya por vos aquesta tierra  
el bien, que mereció esa tierra fría.  
En esta parte el largo Cielo encierra  
(tanto puede alcanzar la suerte humana)

150 cuanto aparta de otras y destierra.  
Sola vuestra grandeza soberana  
le falta, para ser siempre dichosa,  
venid pues, oh clarísima Diana.  
Este prado y ribera venturosa,

155 este bosque, esta selva y esta fuente  
vos llama y vos suspira deseosa.  
Ceñid vuestra serena y limpia frente  
de este florido cerco entrelazado  
de los ricos esmaltes de Oriente.

160 Humilde don, mas debe serpreciado;  
que yo doy solo a vos estos despojos,  
a pagar mayor censo condenado.  
Ya son eternas flores los abrojos,  
y el frío invierno vuelto ya en verano

165 con la cercana luz de vuestros ojos.  
En medio de este abierto y fértil llano  
alzará de mis Ninfas todo el coro  
un templo a vuestro nombre soberano.  
Y con guirnaldas en las hebras de oro

170 tejerán vueltas, y traerán consigo  
las que en sus ondas cría el seno Moro.  
Y todas juntas cantarán conmigo  
del sagrado himeneo en alabanza;  
de que el Cielo ha querido ser testigo.

175 Venid, oh gloria nuestra y esperanza;  
deshaga vuestra vista el sentimiento  
de quien tanto se ofende en la tardanza.  
Mas dónde me arrebatara el pensamiento?  
do en tan alta grandeza me levanto

180 con vano y temerario atrevimiento?  
Vos tenéis, gran Marqués, de esto, que canto,  
la culpa, y me hicisteis atrevido;  
que yo de mí no pienso, ni oso tanto.  
Mi ruda Musa solo en mi gemido

185 se ocupa y en memoria de los daños,  
que a tan mísero estado me han traído.  
Sabrosa perdición, dulces engaños,  
siempre temido mal, eterna pena,  
que sufrí triste de mis tiernos años,  
190 Gloria de mis desdichas dieron llena  
al simple canto, a cuya rusticidad  
abrió el Amor una profunda vena.  
Mas para celebrar la gran belleza,  
de la inmortal Diana y su luz pura,  
195 y del mucho amor vuestro la grandeza,  
ni puedo, ni merezco tal ventura. <LIBRO PRIMERO>

<SONETO II>

Luz, en cuyo esplendor el alto coro  
con vibrante fulgor está apurado;  
de dulces rayos bello ardor sagrado;  
do enriqueció Eufrosina su tesoro;  
5 Ondoso cerco; que purpura el oro,  
de esmeraldas y perlas esmaltado;  
y en sortijas lucientes encrespado,  
a quien me inclino humilde, alegre adoro;  
Cuello apuesto; serena y blanca frente;  
10 gloria de Amor, gentil semblante y mano;  
que desmaya la rosa y nieve pura,  
Es esta, por quien fuerzo al mal presente;  
que pruebe su furor; y siempre en vano  
aventajar intento mi ventura.

<SONETO IV>

Oh, fuera yo el Olimpo, que con vuelo  
de eterna luz girando resplandece;  
cuando mengua Timbreo, y Cintia crece,  
en el medroso horror del negro velo;  
5 En lo mejor del noble, Hesperio suelo;  
que cerca y baña el Betis y enriquece,  
viera la alma Belleza; que florece,  
y esparce lumbre y puro ardor del cielo;  
Y, en su candor clarísimo encendido,  
10 volviera todo en llama, como espira  
en fuego, cuanto asciende a la alta etra.  
Tal vigor en sus rayos escondido  
yace; que si con fuerza alguno mira

en ella, con más fuerza en él penetra.

<SONETO V>

Amor, que me vio libre y no ofendido,  
torció, de mil despojos ricos llena  
en lazos de oro y perlas la cadena;  
y en nieve escondió y púrpura atrevido.  
5 Con la flor de las luces yo perdido,  
llegué, y apresuré mi eterna pena.  
tiembla el pecho fiel, y me condena.  
huyo, doy en la red, caigo rendido.  
La culpa de mis daños no merezco;  
10 que fue el nudo hermoso, y de mi grado  
no una vez le entregara la victoria.  
Cuanto sufro en mis cuitas y padezco,  
hallo en bien de mis yerros engañado;  
y del engaño salgo a mayor gloria.

<SONETO VII>

Vuela y cerca la lumbre, y no reposa,  
y huye, y vuelve a su beldad rendida,  
figura simple suya; y encendida  
siente; que fue a su muerte presurosa.  
5 Mas yo alegre en mi luz maravillosa  
a consagrar osando voy mi vida;  
que espera, de su bello ardor vencida,  
o perderse, o cobrarse venturosa.  
Amor, que en mi engrandece su memoria;  
10 entibia mi esperanza en lento engaño,  
y en llama ingrata ufano me consumo.  
Cuidé (tal fue mi mal!) ganar la gloria  
del bien, que vi, y al fin hallo en mi daño;  
que solo de mi incendio resta el humo.

<ELEGIA I>

Un divino esplendor de la belleza,  
pasando dulcemente por mis ojos,  
mi afán cuitoso causa y mi tristeza.  
Peno, pero el valor de mis enojos  
5 agradezco a mi llama, por quien amo  
dolor; que da a mi Estrella mis despojos.  
Nuevo amador en nuevo ardor me inflamo;

y me renuevo en su vigor, y espero  
aquel bien; que suspiro ausente y llamo.  
10 Primero es este mal, será postrero;  
que no podrá sufrir el tierno pecho  
o mayor otro fuego, o menos fiero.  
Si Amor, do el hielo en el Rifeo lecho  
cobra rigor eterno, me llevara,  
15 se viera de mi incendio al fin deshecho.  
Cuido, que el frío Ponto no engendrara  
veneno más terrible que su vista;  
ni que más algún rayo penetrara.  
Mas que fuera, si acaso y cerca vista  
20 tal vez de mí; y gozara yo rendido  
el precio de abrasar me en tal conquista?  
Cuantas flechas desarma en mi herido  
corazón el Tirano; tanta gloria  
atiendo, de mis males ofendido.  
25 No me dará el cruel por más victoria,  
que las cuitas me acaben; que padezco,  
negando tanta estima a mi memoria.  
Bien sé, que con mi pena no merezco  
honrarme; y el sentido devanea,  
30 osado en la pasión, a que me ofrezco.  
Diome el impío sus ojos, con que vea  
mi sola perdición, mas mi ventura  
esta mi perdición por bien desea.  
El valor; la grandeza y hermosura  
35 me esfuerzan al peligro; y me sustenta  
en medio del dolor mi Lumbre pura.  
El áspero trabajo, que me afrenta  
en descanso se vuelve; y, si la miro,  
el daño más molesto me contenta.  
40 Si sale de su pecho algún suspiro;  
quedo ingrato a mis males; y deseo,  
y debo la razón, por que suspiro.  
Corto en la mucha gloria; que poseo,  
por mi excelso y felice pensamiento,  
45 hallo el humano nombre al bien, que veo.  
Y más temo en la envidia del tormento,  
el que me excusa y roba este inhumano;  
que cuanto mal me causa, y cuanto siento.  
No toca el puro fuego y soberano  
50 a quien no muere amando, a quien perdido  
no se deja llevar de ajena mano.  
Dichoso yo, que aventuré atrevido

la amada libertad; en que vivía,  
y, me gané venciendo, de vencido.  
55 Lánzame el caso vario, donde enfría  
Arturo, y la desnuda tierra en cielo  
nevoso hiela, o Febo do porfía.  
De África el seco rostro con el vuelo  
abrasado, y feroz con hacha ardiente  
60 recocer y teñir de oscuro velo;  
Que en la impresión, o rígida, o caliente,  
alentará mi pecho desmayado  
con suave beldad mi Luz presente.  
Quien el deleite sabe regalado  
65 del triste; y el placer, que encubre y tiene  
el tierno corazón en su cuidado,  
Solo puede entender, cuan bien me aviene  
en mi dulce pesar; y la holganza;  
que en mi pena a mi espíritu proviene.  
70 No puedo de mi afán hacer mudanza;  
que Amor no me consiente, que descanse  
del dolor; que sostiene mi esperanza,  
antes quiere; que en el muriendo canse.

<SONETO IX>

Pues de mi bello Sol el rayo ardiente  
mi débil vista ofende en claro día;  
y tarde la suave llama envía  
al pecho; que su aliento apenas siente;  
5 Vea yo en blanca Luna su fulgente  
esplendor; que dé fuerza a la alma mía,  
no por mi daño incierta siempre y fría,  
mas con florida luz y ardor presente.  
Que la celeste hacha será oscura,  
10 y la nocturna sombra luminosa;  
y podrá gloriarse en mis despojos.  
Y, sin cobrar temor a mi ventura,  
veré (o gran bien) mi Delia piadosa  
volver, cual a Endimión, los tiernos ojos.

<SONETO X>

Lento y pesado Olvido, que del daño  
eres, que más me aqueja, mayor parte;  
si a mi memoria ocupas esta parte;  
que siempre me recuerda el desengaño,



5 Y ajeno del Amor y de su engaño  
respiro, y mi dolor de mí se parte;  
prometo agradecido celebrarte  
en la misma sazón del día y año.  
De suerte; que a tu nombre igual no sea  
10 Nemósina; y se humille el claro asiento,  
y a la umbrosa región rinda tu gloria.  
Si no, desierto Olvido, yo te vea  
padecer olvidado con tormento,  
y eterna de tus males la memoria.

<SONETO XI>

Bellas Flechas de la alma; ardiente llama;  
do afina y avalora sus despojos;  
LAZOS purpúreos; lúcidos Manojos;  
en cuyo cerco amor mi espíritu inflama;  
5 Volved la luz serena a quien vos llama,  
crespas Hebras floridas; dulces Ojos;  
que los nudos bien siente y los abrojos,  
quien pena, y su mal sufre y por vos ama.  
En solo un corazón tentad el fuego,  
10 y el arco; que, aunque solo, su firmeza  
el precio del mayor amante encierra.  
Que gastará la aljaba el Niño ciego,  
y los rayos; que enciende esa belleza,  
primero que desmaye en tanta guerra.

<SONETO XII>

Yacía sin memoria entorpecido,  
con fría sangre el corazón helado,  
Amor hizo; que escriba en mi cuidado;  
cosas; que me enajenen del olvido.  
5 Vi una Luz bella, en ella vi encendido;  
que el rigor corrió en llamas desatado;  
y, todo en ardor vivo transformado,  
espero ver el tiempo al fin vencido.  
Levanto ya el cuidado y pensamiento.  
10 quieren Amor y Honor; que ensalce el vuelo  
de más noble osadía, que Perseo.  
Trabajo dulce, amado sufrimiento,  
que sin pavor podéis llevarme al cielo;  
acompañad eternos mi deseo.

<SONETO XIII>

Do el suelo hórrido el Albis frío baña  
al Sajón; que oprimió con muerta gente;  
y rebosó espumoso su corriente  
en la esparcida sangre de Alemaña;  
5 Al celo del excelso Rey de España,  
al seguro consejo y pecho ardiente  
inclina el duro orgullo de su frente  
medroso y su pujanza a tal hazaña.  
La desleal cerviz cayó; que pudo  
10 sus ondas con semblante sobrar fiero;  
y sus bosques romper con osadía.  
Marte vio, y dijo; y sacudió el escudo;  
oh gran Emperador, gran Caballero,  
cuánto debo a tu esfuerzo en este día!

<SONETO XVII>

Las hebras, que cogía en lazos de oro  
con arte vuestra blanca y tierna mano,  
miraba; y el semblante altivo y llano;  
y la florida luz; que amando adoro.  
5 Creía, en vos del sacro, excelso coro  
que el esplendor se unía soberano;  
porque en sombra, aunque bella, y traje humano  
no vio tal bien el orbe y tal tesoro.  
Cuando rompistes leda el dulce espanto;  
10 que de vos parte ausente y solo apena,  
preguntando; qué fuerza me arrebató?  
Yo, que temo partir me, suelto en llanto,  
digo; pienso, que a muerte me condena  
del cruel vuestro amor la saña ingrata.

<SONETO XIX>

Crece y alienta fiero en el Nemeo  
León, e imprime su furor presente;  
y en el orbe terrestre esfuerza ardiente  
las llamas el dañoso Hiperioneo.  
5 Y cuando Amor, ingrato a mi deseo,  
descubre en su León mas inclemente  
los rayos; acabar indignamente  
mi estéril esperanza triste veo.  
Abrasa el corazón, do nunca el frío

10 tuvo lugar. ay oh dolor penoso,  
a quien otro es ninguno semejante.  
No puede amortiguar el llanto mío  
este incendio; que el Betis espumoso,  
ni todo el grande Océano es bastante.

<SONETO XXI>

De bosque en bosque, de uno en otro llano  
solo en medroso horror y en sombra oscura  
voy suspirando ausente, y la Luz pura  
busco; que me encubrió el Amor tirano.  
5 Corto el río, y traspaso el monte en vano;  
que no se debe más a mi ventura.  
el bien, que la esperanza me procura,  
huye, y se me desliza de la mano.  
En este duro estrecho me lamento;  
10 porque sea mi daño manifiesto,  
y alguno se condueña en mi cuidado.  
No conhorta al fin esto mi tormento;  
que tanto mi dolor es más molesto,  
cuanto de ajeno pecho más llorado.

<SONETO XXIII>

Del fiero Marte el canto numeroso,  
y de la selva olvido y verde prado  
la avena; porque vuelvo al fin, cuitado,  
en gloria de quien turba mi reposo.  
5 De aquel cruel, que fuerte y poderoso  
terror de hombres y Dioses y cuidado,  
me forzó a tolerar el mal de grado,  
y en mi pasión me agrada estar lloroso.  
El silencio; el semblante descontento;  
10 y el confuso gemido es muestra abierta  
de mi penoso y luengo desvarío.  
No me duele, aunque inmenso, mi tormento.  
duéleme; que mi pena, a todos cierta,  
no conozca, quien causa el error mío.

<SONETO XXIIIX>

El bravo fuego sobre el alto muro  
del soberbio Ilión crecía airado;  
y todo por mil partes derramado

se envolvía confuso en humo oscuro  
5 Caía, traspasado por el duro  
hierro; y ardía en llamas abrasado;  
y se rendía al ímpetu del hado  
del Frige osado el corazón seguro.  
Solo el Rey de Asia, muerto en la ribera,  
10 grande tronco (ay cruel dolor) yacía;  
y su cuerpo bañaba el Ponto ciego.  
Oh fuerza oculta de la suerte fiera,  
que cuando Troya en fuego perecía;  
falte a Príamo tierra, y falte fuego.

<SONETO XXIX>

Acabe ya el lamento grande mío,  
con quien inundo, Betis, tu corriente;  
que mi dolor acerbo no consiente  
perpetuo estado a tanto desvarío.  
5 Este fuego, en quien ardo, gaste el frío;  
rompa este yugo estrecho ya mi frente;  
y Amor en sus rendidos no me cuente;  
que de él, a luengo paso, me desvío.  
No me tendrá en confuso error su olvido,  
10 su desdén, su rigor, y su tormento;  
que tanto se cansaron en mi pena.  
Mas yo qué digo, ausente y ofendido,  
si el impío ofrece siempre al pensamiento  
de mi astro fatal la luz serena?

<SONETO XXXIV>

Las hebras de oro puro, que la frente  
cercan en ricas vueltas, do el tirano  
Señor teje los lazos con su mano,  
y arde en la dulce luz resplandeciente;  
5 Cuando el invierno frío se presente,  
vencedor de las flores del verano,  
el purpúreo color tornando vano,  
en plata volverán su lustre ardiente.  
Y no por eso Amor mudará el puesto;  
10 que el valor lo asegura y cortesía;  
el ingenio y de la alma la nobleza.  
Es mi cadena y fuego el pecho honesto,  
y virtud generosa, Lumbre mía;  
de vuestra eterna, angélica belleza.

<SONETO XXXV>

Si a mi triste memoria en hondo olvido  
desierta sepultase sombra oscura;  
jamás yo ausente en mísera figura  
lamentaría el daño no debido.  
5 Mas presente la llevo, y voy perdido,  
por cierto error, a estrecha desventura;  
y es muerte fiera el, ya de mi ventura,  
rico despojo; al corazón caído.  
De mi gloria me acuerdo para pena;  
10 del mal para dolor; y nunca veo  
o pienso cosa ajena de mi engaño.  
Pobre de bien mi suerte, y de afán llena,  
fue; y aunque no, bastara mi deseo;  
para no dar lugar al desengaño.

<SONETO XXXVI>

Del peligro del mar, del hierro abierto,  
que vibró el fiero Cimbro; y espantado  
huyó la airada voz; salió cansado  
de la infelice Birsá Mario al puerto.  
5 Viendo el estéril campo, y el desierto,  
sitio de aquel lugar infortunado;  
lloró con él su mal ; y lastimado  
rompió así en son triste el aire incierto.  
En tus ruinas míseras contemplo,  
10 oh destruido muro, cuanto el cielo  
trueca; y de nuestra suerte el grande estrago.  
Cual más terrible caso, cual ejemplo,  
mayor habrá, si puede ser consuelo,  
a Mario en su dolor el de Cartago?

<SONETO XXXIX>

Del mar las ondas quebrantarse, vía  
en las desnudas peñas, desde el puerto;  
y en conflicto las naves, que el desierto  
Bóreas, bramando con furor, batía.  
5 Cuando, gozoso de la suerte mía,  
aunque afligido del naufragio cierto,  
dije; no cortará del Ponto incierto  
jamás mi nave la temida vía.

Mas ay triste! que apenas se presenta,  
10 de mi fingido bien una esperanza,  
cuando las velas tiendo sin recelo;  
Vuelo cual rayo, y súbita tormenta  
me niega la salud, y la bonanza;  
y en negra sombra cubre todo el cielo.

<SONETO XLII>

Desea descansar de tanta pena,  
conociendo ya tarde el desengaño,  
mi alma, hecha a su dolor extraño;  
y del perdido tiempo se condena.  
5 Ve su triste esperanza de ansias llena;  
poco bien; mucho mal; perpetuo daño;  
y las glorias debidas, cierto engaño;  
que él su dulce tirano al fin ordena.  
Siente sus fuerzas flacas y sin brío,  
10 y su deseo vano y peligroso;  
y medrosa levanta appena el vuelo.  
Amor, porque no crezca en ella el frío,  
el fuego aviva, do arde; y sin reposo  
busca y gime, hallando luz del cielo.

<SONETO XLIII>

El suave color, que dulcemente  
espira, el tierno ardor de rosa pura;  
la viva luz de eterna hermosura;  
el sereno candor y alegre frente;  
5 El semblante, do yace Amor presente;  
la mano; que a la nieve de blancura  
orna; pueden volver la noche oscura  
en día y claridad resplandeciente.  
En vos el Sol se ilustra, y se colora  
10 el blanco cerco; y ledas las estrellas  
fulguran; y las puntas de Diana.  
Tal vos contemplo; que la roja Aurora,  
y de Venus la lumbre soberana,  
en vuestra faz ardiendo son más bellas.

<SONETO XLIV>

Alzo el cansado paso, y a la cumbre,  
sufriendo encima esta pesada carga,

pruebo llegar; mas la distancia larga  
me ofende, y más la grave pesadumbre.  
5 Bien que me esfuerza una pequeña lumbre;  
que veo lejos, pero no descarga  
esto mi afán penoso; antes alarga  
de mi prolijo error la incertidumbre;  
Con el peso abrazado desfallezco;  
10 que mi obstinada afrenta no consiente,  
que desampare ya esta empresa mía.  
Luchando con el mal pruebo, y me ofrezco  
al peligro; esperando ver presente  
alegre en tantos tristes algún día.

<SONETO XLV>

El fuego, que en mi alma se alimenta,  
y consume al estéril duro frío,  
da vida al, casi muerto, pecho mío;  
y en virtud de sus llamas me sustenta.  
5 Justo es, que muera y viva en él, y sienta  
la gloria de mi dulce desvarío;  
porque de mis trabajos yo confío  
la esperanza del premio, en quien me alienta.  
Como en inmenso frío junta espira  
10 inmensa oscuridad, cuya tristeza  
ocupa el corazón con grave pena;  
Así con el excelso ardor conspira  
excelsa luz; que deja en su belleza  
mi alma de alegría y de bien llena.

<SONETO XLVI>

De vos ausente ocupo en llanto el día,  
y la noche me acoge en mi lamento;  
y, para más dolor, conmigo cuento  
mi breve bien perdido y alegría.  
5 Vuestro duro rigor ya bien debería  
enternecerse de mi sentimiento;  
y descubrirme tanto apartamiento  
un rayo solo de la Lumbre mía.  
Pero si vos queréis con este olvido  
10 alentar la pasión, que me maltrata;  
lo hecho sobra ya para venganza.  
Mas, aunque en soledad y aborrecido,

no podréis; aunque más podáis, ingrata,  
que yo no os ame; ajeno de esperanza.

<SONETO XLIX>

Pues la flor, do crecía mi esperanza,  
quemó duro rigor de ingrato hielo;  
y a mi ardiente deseo negó el cielo  
de fortuna mejor más confianza;  
5 Do el Sol con tibio rayo tarde alcanza,  
y luenga sombra ofende el mustio suelo;  
daré ausente, olvidado, sin consuelo;  
a mi injusta osadía igual venganza.  
Mas no sufre la fuerza, que padezco,  
10 tan corta paga, en tanto atrevimiento;  
que en la ausencia el dolor es menos fiero.  
Llego ya a estrecho tal, que no merezco,  
alabanza, ni culpa en mi tormento;  
tanto es grande mi mal que desespero.

<SONETO L>

El trabajo de Fidia ingenioso  
que a Júpiter Olimpo dio la gloria;  
fue soberbio despojo de victoria  
al Tiempo, en nuestra injuria presuroso;  
5 Pero al valor de Aquiles animoso  
el siempre insigne Homero alzó la historia;  
y dio a la Fama eterna su memoria,  
con alta voz del canto generoso.  
Yo, que mal puedo ser en honra vuestra  
10 nuevo Homero; consagro, Luz de España,  
de mis incultos versos la armonía.  
Mas si me mira Calíope diestra,  
valdrá (si mi deseo no me engaña)  
más que Fidia mortal la Musa mía.

<SONETO LI>

Triste esperanza, incierta, en blando pecho,  
por luengo tiempo inútil engendada;  
que mi descanso y gloria aventurada  
en temor truecas vano, y en estrecho;  
5 Huye de mí; que sobra el daño hecho.  
sigue en otra ocasión mejor entrada;



porque en vida tan mísera y cansada  
es toda tu porfía sin provecho.  
Si este lugar lloroso te contenta;  
10 busca mejor fortuna el pobre estado,  
y sosiego al furor del dolor mío.  
Que atendiendo el deseo me atormenta,  
y caído y sin fuerzas mi cuidado  
me estrecha el corazón con torpe frío.

<SONETO LII>

Razón es ya, que la cansada vida,  
tanto tiempo sujeta al Amor vano,  
huya el fiero poder de este tirano;  
y ya deslace mi cerviz caída.  
5 Perezca la esperanza aborrecida;  
el deseo abatido; y mi liviano  
intento; que mi bien ya está en mi mano,  
ya tengo mi fortuna conocida.  
Seguro podré ver de hoy más la suerte  
10 del mísero amador; el vil denuesto;  
el congojoso miedo; el celo frío.  
Que no podrá respeto de mi muerte  
hacer que mude el curso al fin propuesto;  
tal ejemplo es el grave dolor mío.

<SONETO LV>

Igual al Tebro, al Arno y al Metauro,  
superior al Tajo y Duero y Ebro;  
sagrado, Hispalio Río, a quien celebro,  
corre ufano al ondoso Ponto Mauro.  
5 Tu bello Mirto rinde al verde Lauro,  
y a las menores hojas del Enebro.  
cuanto es mayor el Lauro que el Enebro,  
tanto es al Mirto inferior el Lauro.  
Solo falta, conforme a tu alta gloria,  
10 lugar en el luciente y firme cielo  
con el nombre de Erídano trocado.  
Mas ya que se te niegue esta victoria;  
serás en el dichoso, Hesperio suelo,  
cual Heliconio Olmeo, venerado.

<SONETO LVI>

La viva llama dais y luz ardiente  
del rosado esplendor y faz serena;  
la gracia y risa tierna, de amor llena,  
a Venus bella, a Faetón luciente;  
5 Al cielo el, que vos dio, valor presente;  
la suave armonía; que resuena  
en vuestra dulce boca, a su Sirena;  
el olor; perlas y oro al Oriente;  
La mano y color lúcido a la Aurora;  
10 las flechas al Amor; que en mi herido  
pecho gasta cruel con ardor ciego.  
A mí triste vos place dar, Señora,  
solo esquivo desdén, ingrato olvido;  
que en vuestro hielo enciénden me impío fuego.

<SONETO LIIX>

La muerte pido, un corazón amante  
vos me entregáis; y me dejáis ausente  
de las bellas lazadas de oro ardiente;  
y del sereno y celestial semblante.  
5 Porque no temo pues el mal instante;  
aunque sus rayos Marte ya clemente  
contraiga; si el dolor, que está presente,  
cansa el pecho en sus lástimas constante?  
Este afán no esperado, esta partida,  
10 el errante furor enciende fiero;  
no el trabajo cruel de enferma suerte.  
Tal me hallo en la ausencia aborrecida;  
que el dado corazón fue triste agüero  
al duro cierto riesgo de la muerte.

<CANCIÓN II>

Algún tiempo esperé de aquellos ojos  
gozar la dulce luz; que tiernamente  
se mostraba a mi llanto piadosa;  
del Sol cuando Diana estuvo ausente,  
5 y no le desplazieron mis enojos.  
ahora, que esta sombra tenebrosa  
se entrepone a mi Lumbre venturosa,  
su esplendor me fallece en el desierto,  
cercado de terror y niebla oscura;

10 y crece el mal, y el daño se apresura.  
    procuro salir del con paso incierto,  
        y doy en la espesura;  
    donde todo me estorba, y la esperanza  
        desmaya con dolor de la mudanza,  
15 cualquier fulgor presente a la memoria  
    vuelve de mi perdido bien la gloria.  
    Fue en mi luengo camino cierta guía  
    mi Luz, y mi cuidado embebecido  
    adestraba por ella el pensamiento.

20     ahora (ay triste) ausente y ofendido,  
        en soledad confusa y agonía  
        la veo oscurecida sin aliento.  
    culpa de quien me causa tal tormento.  
    cuando en la asperidad del bosque espeso

25     me enselvo mas, la claridad se aparta,  
    y de su ajena gloria a la alma aparta.  
    temo otro nuevo error en mi progreso.  
        de este agravio no harta  
    la Fortuna, un nubloso cerco opone;

30     que pluvioso el bien me descompone,  
    y mi Estrella arrebatada de los ojos.  
    yo ciego voy por ásperos abrojos.  
    Ya subo apenas, y nunca descansando,  
    por yertos riscos, pasos despeñados,

35 ya en hondos valles bajo con presteza,  
    lugares de las fieras no tratados,  
    el pensamiento en ellos variando.  
        un frío horror y súbita tristeza  
    roba el vigor, y engendra la flaqueza.

40 cualquier soplo de viento, que resuena  
    entre árboles desnudos quebrantado,  
    aqueja la esperanza y el cuidado;  
    que piensa ser la causa de su pena.  
        pero luego engañado

45 hallo el cuidado y la esperanza vana;  
    que, como sombra, se me va liviana.  
    mas luego en la memoria Amor despierta,  
    para cobrar su bien, la gloria muerta.  
    Salgo de esta aspereza a un verde llano,

50 de flores y de violas vestido,  
    y de mi Luz el claro lampo veo.  
    la belleza, el olor lleva el sentido,  
    y el sereno esplendor y soberano.  
    contemplo en su vigor, cuanto deseo,

55 y es el Amor semblante a mi deseo.  
el pecho abierto admite el blando fuego,  
y pruebo en la dulzura de este hecho,  
que no arde con viva fuerza el pecho.  
todo mi gran placer se turba luego,  
60 al principio deshecho.  
admírame la culpa; que no es mía,  
y procuro encenderme con porfía,  
y tanto lo procuro por mi daño;  
que me abraso y consumo en este engaño.  
65 Cuando oso descubrir el mal, que siento,  
hallo tanta tibieza el bien, que espero;  
que desconfío luego de mi gloria.  
y vuelvo al llanto y al dolor primero,  
desesperado de mi pensamiento,  
70 viendo muerta en mis bienes la memoria.  
olvido el dulce tiempo y dulce historia  
de mi leda fortuna y aplacible.  
veo mi malandanza estar presente,  
y el remedio; que aguardo, siempre ausente.  
75 torno a la oscuridad; que más terrible  
es la luz al doliente.  
y estoy en soledad con luengo llanto,  
do suena solo y gime el triste canto.  
y no espero volver al bien pasado,  
80 ni fin al vano error de mi cuidado.

<SESTINA III>

Por este umbroso bosque y verde selva  
con mi prolija pena ofendo el día;  
y, cuando cerca a Febo ciega noche,  
renuevo mis gemidos en el llanto;  
5 y acrecienta las ondas a este río,  
ausente de los rayos de mi Lumbre.  
Tal vez pienso cuidadoso, que mi Lumbre  
hiere con el sereno ardor la selva;  
y cansa de mis lágrimas el río.  
10 más cuando se me aparta y huye el día,  
desierto me resuelvo todo en llanto;  
y a mis ojos deseo eterna noche.  
Si en el silencio oscuro de la noche  
riela por el cielo alguna lumbre,  
15 luego, la que fue causa de mi llanto,  
me parece presente en esta selva;

y hace esclarecer un nuevo día,  
y alegra el mustio bosque y hondo río.  
Testigo de mi gloria ha sido el río;  
20 que engañado me vio en profunda noche,  
hasta que apareció rosado el día,  
y allí representándose mi Lumbre;  
que enriquece la fría, estéril selva,  
así dije tal vez, cesando el llanto;  
25 Mi Sol, si a compasión vos mueve el llanto;  
que produce de lágrimas un río;  
sufrid, que rompa yo esta espesa selva;  
y vaya envuelto siempre en dulce noche,  
para encender mi pecho en vuestra lumbre,  
30 pues me es niebla sin vos el claro día.  
Oh que seguro bien tendré en el día,  
que enjuguéis de estos ojos vos el llanto;  
y enviéis a mi alma aquella lumbre;  
que consume en su fuego el tardo río;  
35 que no verán mis ojos triste noche,  
y será alegre el tiempo en esta selva.  
La selva alcanzará un perpetuo día,  
y estancará del llanto el grande río  
en la noche; en quien viere yo mi Lumbre.

<SONETO LIX>

Después que en mí tentaron su crudeza  
de Amor y vos las flechas y los ojos;  
di honra al uno, al otro los despojos,  
y sufrí saña de ambos y aspereza.  
5 El fuego, que encendió vuestra belleza,  
hizo dulces y alegres mis enojos;  
y suave entre espinas y entre abrojos  
el dolor; que causaba mi tristeza.  
Tuve esperanza incierta de mi ufana  
10 muerte, viendo el valor de mi tormento;  
y confié este error de mi osadía.  
Mas ay, que tanta gloria suerte humana  
no alcanza; y no se debe al mal, que siento,  
el bien, que me negáis, Estrella mía.

<SONETO LX>

Quién debe, sino yo, acabar el llanto?  
que, de mis esperanzas derribado

me veo en tal miseria, y apartado  
de aquella Luz; que ausente alabo y canto.

5 Mi alma no soporta pesar tanto,  
y el nudo, que la estrecha, desatado,  
ligera irá con vuelo acelerado,  
sin descansar siguiendo su ardor santo.

Si esta indigna corteza la retarda;  
10 y lenta engaña el gozo de su gloria,  
corta, Amor, corta presto el flaco aliento.  
Que solo el bien, que en mi dolor me guarda,  
por la vida, que pierdo, tal victoria  
dará; que en precio exceda a mi tormento.

<SONETO LXI>

Aquí, donde florece la belleza,  
en cuyo dulce fuego el Amor prueba  
su flecha; y mil trofeos nobles lleva,  
vi de mi Luz serena la pureza.

5 Mi bien, que fue, el valor y su grandeza  
en mi memoria mísera renueva;  
y, entre pasado afán y cuita nueva,  
no espero algún remedio a mi tristeza.  
De mi gloria oh dichoso, antiguo puesto,  
10 cuán desigual semblante en ti contemplo!  
cuán gran mudanza aflige la alma mía!  
Oscuro el día, y siempre el Sol molesto  
te hiera; y seas de mí mal ejemplo,  
hasta que en ti renazca mi alegría.

<SONETO LXII>

Mientras Amor vos entrega los despojos  
de quien suspira tierna, y cuida, y ama;  
yo en vano ausente ardo en tibia llama,  
viendo trocar mis flores en abrojos.

5 Vos en vuestro esplendor honráis los ojos;  
yo voy, a do mi ciego error me llama.  
vuestro Sol vos regala y vos inflama;  
yo en lenta pena enciendo mis enojos.  
Dichoso vos, que nunca o vuestra gloria  
10 fue de penosas ansias ofendida;  
o sentistes la fuerza del veneno.  
Mas yo jamás, mezquino, sin memoria,  
sin triste mal de amor pasé la vida;

y del más corto bien fui siempre ajeno.

<SONETO LXIII>

Yo vi en sazón alegre un tierno pecho  
ufano dulcemente con mi pena;  
y que anudarnos pudo en su cadena  
el ya cortés Amor con lazo estrecho.  
5 Yo veo el bien, que tuve, ya deshecho,  
y mi segura fe, de cuitas llena;  
y que el ingrato en impío afán condena,  
a quien halla en su agravio satisfecho.  
Yo vi, que no fui indigno de la gloria;  
10 que en su rigor me usurpa la mudanza,  
y en sombra del olvido ya me veo.  
Entristéscome siempre en la memoria;  
desfallezco medroso en la esperanza,  
y al fin pierdo la vida en el deseo.

<SONETO LXV>

Si yo puedo vivir de vos ausente,  
fálteme siempre el bien, y ofenda el cielo;  
y al débil cuerpo mío en leve vuelo  
la alma, suelta del peso no sustente.  
5 Si puedo respirar sin el presente  
vigor de vuestra luz; el impío suelo,  
lleno de eterna sombra y desconsuelo,  
entre el perdido número me cuente.  
Si padezco doliente y apartado;  
10 si se enajena el bien; que en vos tenía,  
por qué no rompe el pecho esta mudanza?  
Si muero, do se pierde mi cuidado;  
a mis ojos Amor por qué no envía  
un solo rayo dulce de esperanza?

<SONETO LXVII>

Con triste voz, oh triste Musa, suena  
de estos excelsos Héroses la memoria;  
de quien recela el Hado la victoria,  
y las mustias exequias mustia ordena.  
5 Por que pueda cantar (si en tanta pena  
da lugar el dolor) la ingrata historia.  
esparce en tanto en honra suya y gloria

el Jacinto, Amaranto y Azucena.  
Vos, no rendidas almas generosas,  
10 con desigual asedio y dura suerte,  
en la ribera Libia; que el mar baña,  
Al cielo id veneradas, id dichosas;  
que no osará negar soberbia Muerte;  
que sois eterna luz y prez de España.

<ESTANÇAS I>

Podrá fuerza cruel de airado cielo,  
y hacer suerte adversa de mi hado;  
que pise peregrino estéril suelo,  
o surque el ancho piélago apartado;  
5 y no que de la fe el seguro celo  
se mude, y dé lugar a otro cuidado;  
y entre agrado de la alma, o a despecho  
nueva llama de amor en este pecho.  
No es brío de lozano pensamiento,  
10 ni liviana promesa y mal cumplida,  
certeza firme sí de noble intento;  
que durará en el curso de mi vida.  
aunque ofendo al honor de mi tormento,  
declarando verdad tan conocida;  
15 pues basta ser la causa de mi pena  
la gran beldad de vuestra luz serena.  
La luz serena vuestra y beldad pura,  
que sola en vos eterna resplandece;  
el tierno acogimiento y la dulzura;  
20 do espira, y en mi alma el Amor crece,  
así me desvanecen la ventura;  
que se pierde en el bien, que no merece.  
porque es la mayor gloria, que se alcanza,  
padecer, en mi mal, sin esperanza.  
25 Tan encogido estuvo mi deseo;  
que aun del dolor no pretendió memoria,  
nunca se aventuró mi devaneo,  
y puse siempre en el temor mi gloria.  
amando me contento, y no deseo  
30 esto de vos, y pierdo esta victoria,  
si se puede decir; que la ha perdido,  
quien ama tan cortés y comedido.  
Volved la alegre Luz de vuestros ojos,  
y afijad en los míos su belleza;  
35 porque renueve en ella los despojos,



y afine la alma de esta vil corteza.  
no querría más bien de mis enojos;  
que publicarse en toda la grandeza,  
que el cielo ve; que tuve sufrimiento  
40 igual a mi osadía y mi tormento.  
Después que ya no pudo estar cubierto  
el dolor, en que vivo de mí extraño;  
y Amor me hizo osado al descubierto,  
lo menos de mi afrenta fue y mi daño,  
45 lo mucho, que sabéis; que el riesgo cierto;  
que paso en mi temor y usado engaño,  
ni se puede decir; como se siente,  
ni sentirse de pecho diferente.  
Solo espero en dolor tan inhumano,  
50 que conozcáis; que sin algún reposo  
lo sufro, y estoy siempre más ufano,  
cuando en mi afán, me hallo más penoso.  
si mereciese yo de Amor tirano  
este bien, en mis lástimas dichoso,  
55 podría ya cuidar; que en vos no prende  
menos el vivo fuego, que me enciende.  
No cabe en la fortuna humilde mía  
tanto bien, sobra haber de vos oído;  
que no vos desagrada mi osadía,  
60 y place ver en este error perdido.  
el grande amor medroso desconfía,  
el pequeño contino es atrevido.  
quien ama poco, espere mucho, pero  
yo, que amo mucho, poco bien espero.

<SESTINA IV>

Dejo la más florida planta de oro,  
y lloro ausente y solo aquella Lumbre;  
que sigo, y siento el pecho arder en fuego.  
mas el estrecho lazo de la mano  
5 me alienta, y la dulzura de la boca;  
que puede regalar la intensa nieve.  
Yo recelé la fuerza de la nieve;  
cuando no pude ver el árbol de oro,  
y perdí las palabras de su boca.  
10 pero volvió al partir la alegre lumbre;  
y con el blanco hielo de la mano  
todo me destempló en ardiente fuego.  
Ardió conmigo junto en dulce fuego;

y el rigor desató de fría nieve,  
15 y el corazón me puso de su mano  
en la mía; y tendió los ramos de oro,  
y, vibrando en mis ojos con su lumbre,  
ambrosía y néctar espiró en su boca.  
Si oyese el blando acento de su boca,  
20 y fuese de mi pecho al suyo el fuego;  
que procedió a mi alma de su lumbre,  
yo jamás temería ingrata nieve;  
y, cogiendo las tersas hojas de oro,  
crinaría mi frente con su mano.  
25 Mas ya me hallo lejos de la mano;  
y no escucho el sonido de su boca;  
ni veo la raíz luciente de oro;  
y no me abraso todo y vuelvo en fuego?  
pues crece siempre en mi dolor la nieve,  
30 y no ofenden mis lástimas mi Lumbre,  
Abre, dulce suave, clara Lumbre,  
las nieblas; y mitiga con tu mano  
mi sed; y la dureza de tu nieve  
desencoge y resuelve; pues tu boca  
35 fue la última causa de mi fuego,  
y contigo me enreda al tronco de oro.  
Yo espero ya Flor de oro y pura Lumbre  
tocar la tierna mano; y vuestra boca  
que deshiele en mi fuego vuestra nieve.

<ELEGIA VII>

La llama, que destruye el pecho mío;  
y consume cruel en fuego eterno,  
se alienta en el rigor de vuestro frío.  
Qué nieve, que engendró Sitionio invierno,  
5 basta contra su fuerza? qué dureza  
cerca ese corazón medroso y tierno?  
De mi encendido Etna la braveza  
no puede regalar el tardo hielo  
de vuestra blanda y áspera belleza.  
10 Aunque de la herviente Libia el cielo  
con intensos ardores abrasase,  
y siempre el rojo Sirio nuestro suelo;  
Y aunque las llamas todas exhalase  
de su ahumada cumbre Tifoeo,  
15 y con guerra al Olimpo fatigase;  
Con mi dolor, con mi denuesto creo,

que no podrán romper el hielo vuestro,  
ni el incendio podrá de mi deseo.  
Favoreció al ardor el Amor diestro;  
20 que le dio vida luenga en mis entrañas,  
y fui yo mismo en mi pasión maestro.  
Aquí tienen principio sus hazañas  
en la tibieza vuestra y en mi llama  
con gloria en el suceso y pena extrañas.  
25 Hiélase en vos Amor, en mí se inflama,  
la pena que me dais, tengo por gloria.  
vuestro desdén me aparta, amor me llama.  
Gran valor y gran honra es la victoria  
de un vencido, y soberbios los despojos  
30 de un desdichado amante y sin memoria.  
Conocí yo el poder de vuestros ojos,  
rendíme , y sujeté mi libre cuello  
con aquejada cuita a mis enojos.  
Tejióme en bellos lazos el cabello;  
35 que excede al oro Arabio, la cadena;  
que el mal me causa, y fuerza a sostenello.  
La boca, en que el alado Niño suena  
con armonía alegre y risa honesta,  
el furor acrecienta de mi pena.  
40 Grave error, grave culpa mía es esta;  
pues admito recelo en mi tormento,  
y a mi osadía miedo vil molesta.  
Porque mi aventurado pensamiento  
halla bienes de amor, jamás pensados,  
45 y regalos de tierno sentimiento.  
Ay los favores casi a fuerza dados;  
la habla; la dulzura; y el consuelo;  
que dan tarde los ojos recatados.  
Transportado me tienen en el cielo,  
50 y ledo en su memoria el bien contemplo;  
que igual no estrenó amante en mortal velo.  
Yo sé, que muero ya, y que soy ejemplo,  
aunque ofrecido al mal de mi cuidado,  
de venturoso amor en alto templo.  
55 Solo estoy de un afán desconhortado;  
que del fuego, que sufro, una centella  
no entra en vuestro corazón helado.  
Si Amor permite, que esa luz, mi bella  
llama, vibre sus rayos en mi vista,  
60 y que el ardor presente lleve en ella;  
sé, que no habrá tormento, que resista

mi gloria, y cuido ufano, que el trofeo  
 alzaré vencedor en mi conquista.  
 Que la divina fuerza, que en vos veo,  
 65 podría desatar la nieve fría,  
 y el hielo envejecido del Rifeo.  
 Gloriosa, serena Estrella mía,  
 relucid en el fuego; que consiento,  
 y dad nuevo vigor a mi osadía.  
 70 Que a vuestra alteza ínclita presento  
 mi dolor; mi cuidado; el daño cierto,  
 y el blando y lastimoso sentimiento.  
 Los suspiros fogosos, que yo vierto,  
 darán fe de mis males, y admirada  
 75 enterneced tal vez el pecho yerto.  
 Sois vos mi Estrella sola venerada  
 de la alma, que vos honra, con firmeza,  
 aunque no agradecida, no mudada.  
 Yo procuro hacer vuestra belleza  
 80 perpetua, con osado y noble canto;  
 que en el tiempo asegure su grandeza.  
 Aliento me da Amor, con que levanto  
 la voz, no inferior a eterna Fama;  
 cubierto de purpúreo y rico manto.  
 85 Y en el ardor dichoso de mi llama  
 se deshará, quien viere el nombre escrito,  
 el nombre; que en suave amor me inflama.  
 Tendrá jamás el término prescrito;  
 porque, como su inmensa hermosura  
 90 y su valor, así será infinito.  
 Cual vuela la paloma blanca y pura,  
 tal en la gloria, que suspenso honoro,  
 mi canto volará con voz segura.  
 Luces bellas; Sortijas crespas de oro;  
 95 Mano; en nieve y en púrpura teñida;  
 dulce Boca; de Amor dulce tesoro;  
 Gracia; Risa; Armonía nunca oída;  
 Valor; Ingenio conceded la gloria  
 a quien por vos de todo el bien se olvida.  
 100 Que aunque se debe al cielo esta victoria  
 mi fe es digna, que sola tal hazaña  
 celebre, y alce en vuelo su memoria,  
 por cuanto señorea y vence España.

<SONETO LXIIX>

De aquella ardiente Luz y ardor luciente,  
en quien los ojos abre el Amor ciego;  
centellas de suave y blando fuego  
vuelan con alas de oro dulcemente,  
5 Unas llegan al orbe, a do presente  
Venus estrellas puras forma luego;  
que lo ornan más, errando en bello fuego,  
que el Héspero hermoso al Occidente.  
Mas otras, descendiendo por mi suerte,  
10 para dar me valor, al tierno pecho,  
lo abrasan, condenado a eterna pena.  
Yo pido por envidia de mi muerte;  
que en este corazón, de amor deshecho,  
todas ponga mi alegre Luz serena.

<SONETO LXX>

Volved, suaves Ojos, la luz pura,  
si a esto da lugar vuestra grandeza;  
y templad mi dolor; que la dureza  
no cabe en vuestra inmensa hermosura.  
5 La soberbia y desdén harán oscura  
la mucha claridad de vuestra alteza.  
y, no es blasón de singular belleza,  
trocar en mal el bien de mi ventura.  
Después que Amor dejó, serenos Ojos,  
10 por vos el celeste orbe, el dulce puesto  
mejoró alegre en vos, y honró la tierra.  
Mirad, o no, mi cuita y mis enojos,  
(tal es mi noble afán!) yo estoy dispuesto,  
para morir ufano en esta guerra.

<SONETO LXXI>

El roto lazo había ya del muerto  
fuego alegre del cuello sacudido;  
mas fue en vano el reposo concedido,  
y recreció mayor el desconcierto.  
5 Amor a vuestros ojos trajo cierto  
el corazón; y en ellos defendido,  
allí encendió su flecha, allí herido  
vos entregué mi pecho, al hierro abierto.  
En la tibia ceniza resplandece  
10 de vuestra dulce luz centella ardiente,

y su blando calor desata al frío.  
Oh cual venganza al justo Rey se ofrece!  
porque ya vuestro ardor mi pecho siente,  
y siente vuestro pecho el hielo mío.

<SONETO LXXII>

Amor, para qué vale el sufrimiento  
en un pecho enseñado a tanta gloria,  
si es, todo lo que guarda la memoria,  
causa de afán a la alma y de tormento?  
5 Porque no pierde triste el flaco aliento,  
quien perdió, y no en su culpa, la victoria;  
y de su dulce bien la alegre historia  
vio trocar en eterno sentimiento.  
Por qué se esfuerza en vano mi esperanza,  
10 y ajeno en luenga ausencia de mi suerte  
me sostiene en dolor y en llanto fiero?  
Harto es al que padece en tal mudanza,  
poder honrar su vida con la muerte;  
que lentamente llega al fin postrero.

<ELEGIA IIX>

El Sol del alto cerco descendía,  
y el paso lentamente apresuraba;  
y no expiraba la aura mansa y fría;  
Cuando, suspenso el curso, con que lava  
5 el sacro muro, honor de Hesperia fama,  
Betis la frente ovosa triste alzaba.  
No viendo la cruel, por quien derrama  
mil suspiros lloroso, en voz ajena  
dijo, ardiendo de amor en fiera llama.  
10 Adónde estás? escucha de mi pena  
la fuerza, que en tu ausencia reverdece;  
y a mayor mal me obliga y me condena.  
Ven, Ninfa, adonde el Ciclamor florece;  
que en la entrepuesta hiedra está sombrío;  
15 y do, al Timble igualando, el Pobo crece.  
Que todo, cuanto abraza este gran río,  
es mío, y será tuyo, si tú vienes.  
ven; oh ven Galatea al llanto mío.  
Qué tardas? por qué, ingrata, te detienes?  
20 no canses mi esperanza, que afligida  
penando en confusión y en miedo tienes.

Una guirnalda guardo retejada  
de siempre ardientes rosas, blancas flores,  
y de violas blandas esparcida;  
25 Que enlazada en tu frente con olores,  
que cría el Oriente fortunado,  
encenderás los Sátiros de amores.  
Cubrirá de ostro Asirio un estimado  
y rico manto el cuerpo bello y puro,  
30 envidia de las Naidas y cuidado.  
Consagraré a tu nombre un bosque oscuro,  
con empinados árboles tendido;  
que nunca ose cortar el hierro duro.  
Mas esto, Galatea, si rendido  
35 no ha tu altivo corazón, yo quiero  
prometer otro don mas escogido.  
Las torres, que el Tebano alzó primero,  
mira, a quien la cerúlea y alta frente  
y el curso inclina el mar de Atlante fiero;  
40 Do vibra la asta Marte; que caliente  
bañó en la sangre Maura, y, llena de ira,  
pone a la Aurora el yugo y Occidente;  
Donde valor, virtud el cielo inspira;  
la grandeza; el imperio glorioso;  
45 y felice fortuna siempre aspira.  
En estos dará Febo poderoso  
a sublimes espirtus noble aliento  
con industria y cuidado generoso.  
Habrá, quien cante humilde su tormento;  
50 quien belígero horror y aguda espada;  
y quien el dulce y rústico lamento.  
Que aunque tú de pastores celebrada  
seas en Aretusa y Mincio frío,  
y del lascivo Sulmonés cantada;  
55 Si atiendes a su alegre desvarío;  
te agradará, en mis brazos blanda mente,  
su canto, que suspira el dolor mío.  
Ven pues, ven, Galatea; que el ardiente  
calor a estas mis ondas te convida,  
60 templadas con el Céfito presente.  
Y en la secreta Urna y escondida  
trataremos de amor suave y blando,  
sin nunca desear más dulce vida.  
Cantando yo, tú ayudarás sonando,  
65 y la zampoña y canto confundido  
con lazo estrecho al fin irá cesando.

Dichoso yo, si, alcanzo, lo que pido;  
que si lo alcanzaré, pues tu deseo  
no aborrece los juegos de Cupido.  
70 Aunque la Siracusia Ninfa Alfeo  
busque; y con Ilia el Tebro venturoso;  
y esté con Tiro el hórrido Enipeo;  
Ensalzaré yo el curso espacioso  
con puras ondas, esmaltado y lleno  
75 de esmeraldas el suelo deleitoso.  
Y el vaso de Cristal y claro seno  
coronaré con oro y perlas bellas,  
la aura esparciendo espíritu sereno.  
Infundirán propicias tus estrellas  
80 virtud al campo alegre y flor hermosa.  
y, arderé, yo inflamado en sus centellas.  
Qué lira habrá, qué cítara llorosa,  
que no se rinda humilde y dé la gloria?  
qué silvestre zampoña y amorosa?  
85 Será eterna y sagrada tu memoria,  
en cuanto ciña el mar, y Cintio vea;  
pues das al amor mío esta victoria,  
mi dulce, bella, amada Galatea.

<SONETO LXXIII>

La Luz serena mía; el oro ardiente,  
en mil cercos lucientes dividido;  
y en dulce nieve y púrpura teñido,  
Casa, el color suave de la frente;  
5 Canto, y, como el ingrato Amor consiente  
ciego en su esplendor bello, estoy herido,  
y oscurezco sus glorias, ofendido  
de tanto bien con lira y voz doliente.  
Oso, y aunque el deseo me levante,  
10 el peso es grande, y culpa mi osadía;  
quien amara el peligro de mi pena.  
Mas el cielo cansó al soberbio Atlante;  
y no es mayor su empresa que la mía,  
pero si el vano error, que me condena.

<SONETO LXXIV>

Cuando el dolor desmaya al sufrimiento,  
estoy de todo bien desamparado;  
y sacudir del cuello quebrantado



pruebo el yugo inmortal de mi tormento.  
5 Mas viendo el oro terso suelto al viento;  
o entre sortijas bellas enlazado;  
vuelvo alegre de nuevo a mi cuidado.  
tan dulce me es por él el mal, que siento!  
Al ardiente crispas de dulces ojos,  
10 del tierno y puro Amor hermosa llama,  
descubro sin temor el pecho abierto.  
Mal puedo yo negalle mis despojos;  
si blanda enciende, y áspera me inflama;  
y con el mal y el bien me tiene incierto.

<SONETO LXXIIX>

Si algo puedo cuidar, que vos ofenda;  
muera en ausencia vuestra perseguido;  
y, en ciego engaño y confusión perdido,  
a remediar mi daño nunca atienda;  
5 Y jamás la esperanza me defienda  
de ese injusto desdén y tibio olvido;  
y, cuando más me importe ser oído,  
tarde la voz de mi dolor se entienda.  
Pero si no da entrada el pensamiento  
10 a cosa; que no sea vuestra gloria,  
y de cuanto es ajeno se desvía;  
Por qué negáis, ingrata a mi tormento,  
que se ufane mi mal con la memoria  
de ser la causa vos, Estrella mía?

<CANCIÓN III>

Desnuda el campo y valle el yerto invierno,  
y empaña en torno al cielo desvelado  
negra faz de enemiga, oscura niebla;  
y el sereno esplendor del Sol eterno  
5 se confunde en una hórrida tiniebla;  
y, rendido a mis lástimas, cuitado,  
miro el mísero estado;  
que mi gloria enflaquece y confianza,  
cobrando siempre fuerzas la olvidanza.  
10 y la Luz, que en mi bien resplandecía,  
asombró con mudanza  
en triste noche al fin mi alegre día.  
Esclarece en el último Occidente  
el cielo, y los colores matizando,

15 baña y orna la tierra de su lumbre.  
su claridad la hierba y la flor siente,  
y el árbol; que corona su alta cumbre;  
mas yo, mezquino, mi dolor llorando,  
voy en vano lamentando.

20 y la Luz, que mostraba su grandeza;  
y me cubría de inmortal belleza,  
cerrada nube ofusca, y de mis ojos  
la roba con presteza,  
y mi llanto acrecienta y mis enojos.

25 Con instable fulgor y rayos de oro  
Cintia entre sombras altas aparece,  
y lleva el dulce amante a su cuidado;  
a quien, para gozar de su tesoro,  
la sazón y la suerte favorece.

30 yo laso, que me veo mal tratado.  
solo y desconfiado  
sin mi Lumbre en desierta noche y fría,  
qué traza seguiré? qué cierta guía?  
quién podrá en esta niebla aborrecida  
35 adestrarme a la vía;  
que escogí de mi bien, tan mal perdida?  
Va el piélago surcando presurosa  
la nave, enderezada de la estrella;  
que gobierna su curso, y sin recelo  
40 sufre la ira del Ponto procelosa;  
que con terror descarga toda en ella.  
yo, en quien su saña toda vierte el cielo,  
el hondo mar del celo  
abro con frágil pino, y la Luz clara  
45 veo anublarse y esconderse avara;  
ondas gemir; subir el golfo en alto;  
y cuan poco repara  
mi vida de la muerte el duro asalto.  
En el horror nocturno brama airado,  
50 y quebranta los árboles el viento,  
hasta que muestra el día luz alguna;  
que retarda su ímpetu indignado,  
y espira deleitoso un blando aliento.  
mas en mi oscuridad y en mi fortuna  
55 una sombra importuna  
crece, encubriendo el lustre de la Aurora,  
y su imagen los astros descolora.  
estruendo es todo, es ira, es furia horrible,  
y al enfermo; que llora

60 su mal, es el remedio ya imposible.  
Al dulce ardor primero y pura llama  
las aves cantan ledas, y el rocío  
las flores cerca de esplendor luciente;  
que tiembla entre las perlas, que derrama,  
65 y alegra el campo un aire tierno y frío;  
y cuando mi Luz sale, el mal presente  
lloro, y de humor caliente  
el suelo con mis mustios ojos baño,  
y no descanso con llorar mi daño;  
70 que mi dolor no admite algún consuelo.  
solo este desengaño  
del mal tengo en mi acerbo desconsuelo.

<SONETO LXXIX>

Cuando el fiero Tirano de Oriente  
la afrenta, que sufrió, con osadía  
se aventura a pagar, y, España mía,  
contrastas con valor su saña ardiente;  
5 Amor se esfuerza en mi pasión doliente,  
y finge, y me presenta una alegría  
vana; para que sienta en mi porfía,  
del bien cayendo, el mal más duramente.  
Yo cuido defenderme en mejor suerte;  
10 y resistir sin miedo el duro asalto;  
y descansar seguro en mi sosiego.  
Cuando importa mostrar el pecho fuerte,  
me pierdo, y hallo de valor más falto;  
y rindo el corazón al hierro y fuego.

<SONETO LXXXIII>

Si la fuerza, que ponen y cuidado  
en mi dolor las lágrimas; pusiera  
la voz de mi doliente suerte, fuera  
el dulce son y llanto bien gastado.  
5 Que el pecho ingrato vuestro al fin trocado.  
con piedad y lástima se viera;  
y a mi estrecha esperanza no ofendiera  
desdén tibio, ira injusta de mi hado.  
Mas cuido, que si el mísero lamento,  
10 para gemir mi mal, y el nuevo canto;

que me enseña el Amor, me ofrece el cielo;  
Que, cual Áspide sorda al tierno acento,  
negara al corazón, que temo tanto,  
que ablande su rigor, vuestro impío celo.

<SONETO LXXXV>

Duro el pecho, y fue grande el sufrimiento;  
que encoló la crudeza de esta llaga.  
mas bien no sé (mezquino) ya, que haga  
en el dolor esquivo, que consiento.  
5 Oso, y fallece el ánimo al tormento,  
de mi arrojado intento justa paga.  
pero, aunque más la pena me deshaga,  
acabará en silencio el sentimiento.  
Tan grave el golpe fue, que el fiero arquero  
10 de las purpúreas alas quedó ufano,  
viéndome atravesado las entrañas.  
Temblé al furor, que trajo, y gemí, empero  
después (oh simple yo!) alabé la mano  
ocasión de estas ásperas hazañas.

<SONETO LXXXVII>

Si deseáis, que muera a vuestra mano;  
por qué dais vida a un corazón abierto?  
es crueldad vengar en cuerpo muerto  
culpa, si la hay, de un simple error liviano.  
5 Si con saña buscáis de amor tirano  
dolor eterno a un mísero desierto;  
por qué hacéis, (oh extraño desconcierto!)  
que mengue y mi pasión fallezca en vano?  
Poco es esto, si debo yo, Luz mía,  
10 que mis entrañas corte el hierro y parta;  
y me acabe el desdén; que el mal me ha hecho.  
Mas que mis esperanzas y alegría  
rompa, quien tanto bien, cruel, me aparta,  
cómo sufre y no estalla un tierno pecho?

<SONETO LXXXIIX>

Bello Cerco y ondoso, que, enlazado

en sutil vuelta y varia de ámbar pura,  
tenéis mi preso cuello; que aun procura  
hallarse más revuelto y anudado;  
5 Si el vigor de ese fuego renovado,  
veo, que abrasa (oh bien de mi ventura)  
a aquella; que me tiene, ingrata y dura,  
ausente, y de mi todo enajenado;  
No habrá en el suelo nuestro, ni en el cielo  
10 hebras lucientes de oro terso tales,  
ni de amor tan hermosa red y llama.  
Ni aun en el cielo habrá, ni habrá en el suelo  
despojos de cabello ilustre iguales  
honor, oh rica Trenza, de quien ama.

<SONETO LXXXIX>

Trenzas, que en la serena y limpia frente,  
de anillos de oro crespo coronadas,  
formáis lucientes vueltas y lazadas;  
donde el mayor Vulcano espira ardiente,  
5 El Sol, o que aparezca en Oriente  
con las puntas de llamas dilatadas,  
o que las junte, de subir cansadas,  
se rinde a vuestra luz resplandeciente.  
Vos, mis hermosos Cercos, anudado  
10 tenéis mi cuello, y nunca espero el día,  
principio a libertad, fin a la pena.  
Porque, alegre en el mal de mi cuidado,  
de la prisión huir no pienso mía;  
ni los lazos romper de esta cadena.

<SONETO XC>

Aquí, do lloro en ti, fiel Desierto,  
y aquejo con mi llanto el son del río,  
vi la luz y belleza y amor mío  
en la serena noche al cielo abierto.  
5 Esperé entonces vida, espero muerto  
sepulcro ahora en este asiento frío,  
y en el aliento último; que envió,  
perdón humilde haber de quien me ha muerto.  
Porque a tanta grandeza y hermosura  
10 fue mi error temerario; y justa pena  
la muerte, aunque menor que mis tormentos.

Mas nunca mi memoria será oscura;  
que Amor no siempre a olvido me condena,  
pues muero osando grandes pensamientos.

<SONETO XCII>

Justo es, que la cansada, incierta vida,  
tiempo tanto sujeta al Amor vano,  
desdeñe el rigor impío; y del tirano;  
yugo ose alzarse mi cerviz caída.  
5 Perezca la esperanza aborrecida;  
el deseo abatido; y mi liviano  
intento; que mi bien ya está en mi mano,  
ya tengo mi fortuna conocida.  
Seguro podré ver la indigna suerte  
10 del mísero amator; el vil denuesto;  
el congojoso miedo; el celo frío.  
Qué no podrá respecto de mi muerte  
hacer que mude el curso al fin propuesto;  
tal ejemplo es el grave dolor mío?

<ELEGIA X>

Dulce y bello Dolor de mi cuidado,  
que el corazón, cubierto de esperanza,  
en temor tenéis puesto y engañado;  
Si en esta de mi bien cruel mudanza  
5 mi triste afán conhorto y sufrimiento,  
de fortuna mejor no es confianza.  
Hallo dispuesto al mal el sentimiento,  
para mostrar la causa de mi pena;  
no para pretender merecimiento.  
10 No sufre vuestra inmensa luz serena,  
que miren su esplendor aquellos ojos;  
que hacen su esperanza de bien llena.  
Débense a la belleza mis enojos;  
y que se pierda, en cambio, la victoria,  
15 de contar, como vuestros, mis despojos.  
No merece la vida, quien la gloria  
espera de su amor por bien sufrido;  
o quien intenta más que la memoria.  
El que pudo llegar a tal partido;  
20 que descubrió una muestra de alegría,  
conténtese del bien, con ser perdido.

Venturoso fue el claro y dulce día;  
que señaló el favor del bien, ya hecho,  
con piedra de Oriente, a la alma mía.

25 Si no fuera en sazón de tiempo estrecho,  
temor había justo de la vida;  
que no era en tanta gloria diestro el pecho.

Pero si ser debía, bien perdida  
fuera, si feneciera allí, y quedará  
30 recuerdo de mi suerte esclarecida.

El valor del deseo allí gozara,  
si desmayado, en vuestros brazos puesto,  
tiernamente muriendo descansara.

Mas a mi duro afán y ausencia expuesto,  
35 padezco en soledad, de bien desierto,  
y humilde inclino el cuello al yugo impuesto.

Y si, después que ausente fuere muerto,  
se buscare la causa de mi daño,  
muéstrese en claridad el pecho abierto.

40 Que en él sin velo y sin error de engaño  
escrito el nombre se verá mi Estrella,  
vuestro, el favor, que tuve, el día, el año.

Veráse rutilar vuestra luz bella  
en él con la suave fuerza ardiente;  
45 y a quien la ve, que abrasa su centella.

Que ya que vos dio el cielo al Occidente,  
solo en el pecho mío pertenece  
tener lugar debido y excelente.

Ni amaros, ni mirar la luz merece,  
50 el que no rinde a vos los pensamientos  
con la primera vista, que se ofrece.

Después que se mudaron mis intentos,  
peno, y holgara estar, si más pudiera,  
sujeto a nuevos y ásperos tormentos.

55 No cuido recelar mi suerte fiera,  
aunque aparte mis ojos de su lumbré;  
que poco duele el hado a quien lo espera.

Estáis, mi Sol sereno, en alta cumbre,  
do no puede llegar nuestra bajeza;  
60 y de allí me miráis con mansedumbre.

Mostráis dulces vislumbres de terneza;  
para dar a mi pecho algún consuelo,  
ocupado de lástima y tristeza.

Mas yo, que no levanto presto el vuelo,  
65 culpa del ser humano a vuestro asiento,  
gimo desamparado en este suelo.

Quién me diera las fuerzas al intento  
iguales, para alzar me de la tierra;  
do solo llegará mi atrevimiento;  
70 Y hecho vencedor en esta guerra,  
entrara en los lugares, que deseo;  
que la distancia y ocasión los cierra.  
Dichoso tú, que al monstruo Meduseo  
la soberbia y frente hórrida cortaste;  
75 que en marmóreo rigor trocó a Fineo,  
Pues con talares de oro sin contraste  
sublime al Oriente y glorioso  
por no usado camino traspasaste.  
Yo desdichado y triste, que el hermoso  
80 Lucero de mi alma aun con la vista  
cercar no puedo ya, ni espero, ni oso.  
Si la vida perdiera en tal conquista  
de males amorosos, esta pena  
hay sola, que a su ímpetu resista.  
85 Desdeñar, de dulzura tierna ajena,  
que ofenda a vuestro pecho soberano  
la gloria, en que la muerte me condena.  
Que no se debe a mi tormento insano  
tanto bien; que deshaga con la vida.  
90 mi sufrimiento y mi dolor tirano.  
Pero si en esta ausencia aborrecida  
del cuidado acercáis la esquiva muerte,  
digna de mi esperanza mal perdida;  
Pienso, que usáis conmigo en esta suerte  
95 de última piedad en tiempo indigno;  
por acortar la pena a mi mal fuerte.  
Y acabaráse aquel temor contino  
en este caso injusto, y la engañada  
opinión del ánimo mezquino.  
100 Mi alma, alegremente aventurada,  
volará, triunfando en los despojos  
de mi afán y mi ansia no cansada.  
En tanto que se aluengan mis enojos,  
vos, oh mi Sol hermoso, con ternura  
105 mirad mi cuita y húmedos mis ojos.  
Y si el deseo ausente a la belleza  
sin igual me llevare en algún día;  
volviendo a mí los rayos de esa alteza,  
tornadme a la primera suerte mía.



Quejoso ya del tiempo mal perdido,  
las armas, con que al dulce Rey tirano  
ofrecido seguí, esperando en vano,  
pongo, de mis deseos ofendido.

5 Basta en mi tierna edad haber crecido  
Amor; que en mí cansó su diestra mano.  
consejo me parece ya bien sano;  
desviarme del curso proseguido.  
Bien puedo, y tengo fuerzas y osadía,  
10 y valgo a contrastar su gran dureza;  
y negar de mis males la victoria.  
Mas no sufre el cruel, que en la alma mía  
mi Luz no me presente su belleza;  
y así me aflige y vence la memoria.

<SONETO XCIX>

En los lucientes nudos enlazado  
ufano, yo sufría mi tormento;  
y en llama dulce ardía y puro aliento,  
cual Ave Arabia, en ella renovado.

5 Creía, en tales lazos anudado  
se escondía el cruel; que el mal, que siento,  
causa, de su cadena tan contento,  
cuan sin memoria alguna en mi cuidado.  
Cuando los ricos cercos relazaron  
10 el oro terso, a la aura desparcido;  
y quedé nuevamente asido en ellos.  
En los ramos, que a suerte se enredaron,  
me abrasé, en vivo fuego convertido;  
y Amor se consumió en los ojos bellos.

<SONETO C>

Sombra y vano terror del pensamiento  
mi alma en un confuso error condena;  
y aparece, de horror medroso llena,  
la sañosa aspereza, que lamento.

5 Desmaya en el silencio el sufrimiento,  
y la ausencia ensandece más la pena.  
crece y arde el desdén, y el miedo enfrena  
las iras de un honrado sentimiento.

Revuelvo en la inquieta fantasía  
10 cosas; que dan principio a mayor daño,

y no acierto el remedio en tal mudanza.

De qué sirve huir, si mi porfía  
contrasta, asegurada de su engaño,  
y abraza en el peligro a la esperanza?

<SONETO CI>

Podrá ser que este afán indigno acabe,  
y que de mi debida gloria cobre  
un bien pequeño; y en mi mal me sobre  
razón, con que tu nombre, Amor, alabe?  
5 Gran bien te pido, pero en mi bien cabe.  
mas, cuando tu favor en mi más obre;  
la esperanza se halla ya tan pobre;  
que ni gozallo puede ya, ni sabe.  
Si no valgo este bien, a cuándo aguarda  
10 tu crueldad; que su furor no harta  
en lo que más me vale y me disculpa?  
Oh muerte, oh vida luego; que si tarda  
cualquiera, y tu dudanza no se aparta,  
será la dilación la mayor culpa.

<SONETO CII>

Ardí, Fernando, en fuego claro y lento,  
muchos días dichoso; y si el turbado  
reino de Amor no tiene fiel estado,  
entre los presos yo viví contento.  
5 Después por dar la vela al blando viento.  
cuando la luz del cielo se ha mostrado,  
de aquel estrecho nudo desatado  
esparcí con el pie la llama al viento.  
Mas la imagen de Amor airada y fiera  
10 siempre delante trae a mi enemiga,  
tal, que estoy a la orilla de Leteo.  
Si muriendo pasare su ribera  
escribase en mi mármol que huía,  
y que murió luchando mi deseo.

<SONETO CIII>

Es este el fruto, Amor, que al fin recojo

del continuo servicio de mis años?  
esta es la cierta fe de tus engaños?  
de tus promesas este es el despojo?  
5 Ay, que bien yo merezco el mal, que escojo;  
pues que cierro los ojos en mis daños;  
y huyo de tus claros desengaños;  
y contra mi tan sin razón me enojo.  
Porque no debe un noble entendimiento  
10 tanto abatirse, que te dé el imperio;  
y de ti solo penda su esperanza.  
Mas qué? si yo amo y sigo mi tormento;  
y por la gloria abrazo el vituperio;  
y estimo por firmeza la mudanza.

<ELEGIA XI>

Estoy pensando en medio de mi engaño,  
el error de mi tiempo mal perdido;  
y cuan poco me ofendo de mi daño.  
Vuelvo los ojos, que el mejor sentido  
5 alumbra; y hallo una pequeña senda,  
do paso humano apenas está esculpido.  
Procuro, antes que el breve Sol descienda  
a encubrirse en el último Occidente,  
llegar al fin de esta mortal contienda.  
10 Y como quien se ve del daño ausente,  
que considera su temor pasado,  
y aun no descansa con el bien presente;  
Tal de mi afrenta y mi dolor cargado,  
en la seguridad nunca sosiego;  
15 y en el sosiego siempre estoy turbado.  
Aquel vigor, aquel celeste fuego,  
que enciende mis entrañas, me levanta  
de la oscura tiniebla y error ciego.  
Veo el tiempo veloz, que se adelanta,  
20 y derriba con vuelo presuroso,  
cuanto el hombre fabrica, y cuanto planta.  
Oh cierto desengaño vergonzoso;  
oh grave confusión de nuestro yerro;  
claro enemigo; amigo sospechoso;  
25 Tú me pusiste solo en un destierro,  
de cuanto me podía dar contento;  
y por ti a la alegría el paso cierro.  
Cuantas veces me diste al pensamiento  
ocasiones de gloria; si yo osara

30 valer me del honor de tu tormento.

Fueme la suerte en lo mejor avara,  
sombras fueron de bien las que yo tuve;  
oscuras sombras en la luz más clara.

Ninguna en tantas penas, que sostuve,  
35 puso merecimiento al amor mío;  
cuando de merecer más cerca estuve.

Acabe ya este grande desvarío,  
o, pues no acaba, estas razones vanas;  
que sin provecho, a quien no escucha, envío.

40 Tus mundanzas, oh tiempo, soberanas,  
las cosas que revuelven y quebrantan,  
movibles, graves, firmes, y livianas,  
Me arrebatan el ánimo; y levantan  
de este cansado peso, que contrasta;

45 y en su diversa condición me espantan.  
La edad robusta huye apriesa y gasta  
las fuerzas; y se pierde la ufanía;  
y a tu furor ninguna fuerza basta.

Cuántas cosas mostró el sereno día  
50 alegres; que tu furia apresurada  
entristeció en la noche y sombra fría?

Venció vencida Troya, y derribada  
se alzó; y en su ruina se prostraron  
los muros de Micenas estimada.

55 Las vencedoras llamas abrasaron  
las altas torres, que labró Neptuno;  
y a Grecia sus cenizas acabaron.

El Africano ejército importuno  
a España sepultó en sangriento lago;  
60 y libre su furor dejó a ninguno.

Mas roto sufre igual el duro estrago  
por la mano Española; y al fin siente  
el hierro, no una vez, la gran Cartago.

Y el que en el patrio suelo estrechamente  
65 vivía oscuro, osado se aventura,  
por el remoto golfo de Occidente;

Y con valor, igual a su ventura,  
bravas gentes sujeta y fieros pechos;  
sin rendirse al temor de muerte oscura.

70 Arcos y claros títulos estrechos  
son a su gloria inmensa; pues él solo  
vence los grandes hechos, con sus hechos.

No descubre la luz del rojo Apolo  
tal vigor, y osadía, y brazo fuerte;

75 en cuanto cerca en uno y otro polo.  
Tú domador de toda humana suerte  
al fin vences, abates su grandeza,  
y entregas a los brazos de la muerte.  
Tú ejercitas ahora la riqueza,  
80 las armas del soberbio Turco fiero;  
y del Persa el valor y fortaleza.  
Las celadas y escudos, el ligero  
Araxes vuelve en ondas espumosas,  
del bravo Trace y Medo Cavallero.  
85 Osadas gentes, duras y sañosas,  
a la ambición de cuyo grande pecho  
es pequeño el imperio de las cosas;  
Teñid en sangre el hierro; y el estrecho  
paso abrid, oh crueles, a la muerte;  
90 vengad el daño a vuestras honras hecho.  
No volváis la fiereza y brazo fuerte,  
y el furor de la ira no vencida,  
sobre nuestra desnuda y flaca suerte.  
Que ya la gloria del valor perdida  
95 nuestra virtud en ocio se remata;  
nuestra virtud, que tanto fue temida.  
Culpa de quien, pudiendo, la maltrata;  
y no le da lugar; antes procura,  
que muera a manos de la envidia ingrata.  
100 La ardiente Libia es triste sepultura  
del destruido Reino Lusitano;  
y eterna pena a su fatal locura.  
Bañado en noble sangre el Africano  
campo rebosa, y con dolor suspira  
105 lejos Atlante, y Abila cercano.  
El impío Cimbra osadamente aspira  
y espera el cetro; y sin pavor seguro  
a su marino Claustro se retira.  
El alto, fuerte, inexpugnable muro  
110 pasó la fuerza Hispana; y puso a tierra  
cuanto halló el furor del fuego oscuro.  
Mas oh infame remate de tal guerra,  
reina el vencido, y el engaño tanto  
puede, que al mismo vencedor destierra.  
115 Oh cuánto en vano se ha expendido, oh cuánto  
valor esconde aquel ingrato suelo,  
que al Turco de temor cubriera y llanto.  
No ha visto el (que ve todo) inmenso cielo  
empresa de mayor atrevimiento;

120 más firme corazón y sin recelo.  
Contumaz y cobarde movimiento,  
furor plebeyo, y desleal nobleza,  
indigna de sufrir vital aliento;  
Do está la fe, que a la real alteza  
125 debes? a do huyó de tu memoria?  
a do la religión y su firmeza?  
Piensas, o esperas alcanzar victoria  
contra Dios, contra el Rey? oh intento ciego  
digno de vituperio, y no de gloria.  
130 Oh como crías en tu pecho el fuego;  
que ha de abrasar tu patria generosa;  
sin que esfuerzo te valga, o humilde ruego.  
Cual soberbio turbión de la fragosa  
alcázar se despeña de Apenino,  
135 tal va contra ti España poderosa.  
Apresurar el paso a su destino  
veo las cosas todas; y en mi pecho  
hacer los pensamientos un camino.  
No puedo, aunque procuro a mi despecho,  
140 librar me de ellos; y a mal grado mío  
voy con ellos adonde el mal me han hecho.  
Oso temiendo, y con el mal porfío;  
y tal vez la razón lugar me deja,  
contra mi obstinación y desvarío.  
145 Mas poco dura, porque al fin se aleja  
en la ocasión que viene; y quedo ufano  
de aquello que debiera tener queja.  
Quién pudiera traer siempre a la mano  
de la razón la voluntad perdida;  
150 sin que temiera su ímpetu liviano.  
Varias revueltas de confusa vida  
dejadme respirar de mi deseo;  
dejadme ya curar esta herida.  
Que todo cuanto pienso, y cuanto veo,  
155 es dar aliento a la amorosa llama;  
dar vigor sin provecho al devaneo.  
Dichoso aquel, a quien jamás inflama  
vano amor, ambición, y lo que adora  
y teme el vulgo incierto, siempre, y ama.  
160 Que el miedo, y la esperanza engañadora  
con gran pecho seguro y sosegado  
en todo trance doma, a cualquier hora.  
Y de cuanto fatiga, y da cuidado  
a nuestros votos, libre va paciente;

165 en todos los peligros no turbado.  
Y no sufre en su pecho, ni consiente,  
que algún liviano afecto le dé asalto:  
y ofenda su sosiego injustamente.  
Antes mayor, mas glorioso y alto,  
170 que lo que alcanza fortaleza alguna,  
se ve y de ricos bienes menos falto.  
Firme y constante, sin temer fortuna,  
con mesurado curso va contino;  
y cualquier ocasión le es importuna.  
175 No lo ve en dudoso torbellino  
de las cosas el día extremo, pero  
dispuesto si, a seguille en su camino.  
Nosotros, turba vil, con afán fiero  
puestos en desear y amar estamos,  
180 y en servir a este bien perecedero.  
En mil casos presentes peligramos;  
y pocas o ninguna vez concede  
nuestra ruda ignorancia que huyamos.  
Nuestro valor tan cortamente puede;  
185 que caemos de la alta pesadumbre;  
y alzarnos casi nunca nos sucede.  
Él mira de la sacra excelsa cumbre  
los que erramos, y el gozo y vano intento  
desprecia con aguda y pura lumbre.  
190 Soplo airado no bate el yerto asiento  
del elevado Olimpo; si no alcanza  
a su ensalzada cima el fiero viento.  
Quien tan rastrera trae la esperanza  
desespere llegar a tal estado;  
195 que aunque tenga de sí más confianza,  
al fin verá, que en vano se ha cansado.

<SONETO CVII>

Esas columnas y arcos, grande muestra  
del antiguo valor; que admira el suelo,  
olvidad Escobar; moved el vuelo  
a la insigne y dichosa patria vuestra.  
5 Que no menos alegre acá se muestra  
o menos favorable el claro Cielo;  
antes en dulce paz y sin recelo  
vida suave, y ocio y suerte diestra.  
No con menor grandeza y ufanía,  
10 que el generoso Tebro al mar Tirreno

Betis honra al Océano pujante.  
Mas si oye vuestra lira y armonía,  
no temerá vencer, de gloria lleno,  
la corriente del Nilo resonante.

<SONETO CIIX>

Adónde me dejáis al fin perdido,  
ingratas horas de mi bien pasado?  
por qué no lleváis todo mi cuidado,  
y con favor tan corto mi sentido?  
5 Nunca volváis del puesto conocido  
a amancillar el corazón cuitado;  
torced antes el curso apresurado  
a la oscura región del hondo Olvido.  
Corred, huid con alas presurosas,  
10 horas de mi dolor, y mi memoria  
arrebatad, el vuelo acelerando.  
Si, sois crueles tanto, envidiosas,  
por usurpar la sombra de mi gloria;  
que a vosotras vais mismas acabando.

<SONETO CXIII>

Tiéneme ya el dolor en tanto estrecho;  
que el desmayado corazón doliente  
ve el grave mal; que más temió, presente,  
y no cuida rendirse al triste hecho.  
5 Obstinada porfía esfuerza el pecho;  
y vence endurecido este accidente.  
honra es, y no es valor; quien no consiente,  
que el mal tejido nudo esté deshecho.  
Vos, que con generoso y alto vuelo  
10 alzáis alegre el noble y dulce canto,  
libre de este amoroso sentimiento;  
Herid la lira, y dad algún consuelo  
a mi pena y afán; antes que el llanto  
último ponga fin a mi tormento.

<ELEGIA XII>

Por el seguido paso de mi gloria  
Amor me llevó triste y lastimado,  
a perder con la vida la memoria.  
Allí se renovó mi bien pasado;



5 los dichosos lugares de esperanza;  
el tiempo de mis premios engañado.  
Desfalleció mi alma en la mudanza,  
y rehuyó seguir por el camino;  
que le dio en otro estado confianza.

10 Vio su presente suerte y su destino,  
y el mal; que la afligía no apartarse  
del bien; que ausente causa afán contino.  
Allí sintió sus fuerzas acabarse,  
y, como sabidora de su daño,

15 en la ocasión, que tiene, repararse.  
Mas que pudiera al fin contra el engaño  
de Amor, aunque excusara su presencia;  
si la trajo a perder su error extraño.  
Si yo no me valía con la ausencia;

20 cómo podía ver me defendido  
presente, y sin hacelle resistencia?  
Por no usado tormento estoy rendido,  
y por usado mal sufro y espero,  
(si puede ser) hallar me más vencido.

25 Mas luego torno a ver mi dolor fiero;  
y conozco su ímpetu y braveza,  
y huyo, y vuelvo a él, y con él muero.  
Helado fue mi pecho, de aspereza  
se vistió en otros años, por bien mío;

30 no se abatió al regalo y la terneza.  
Lleno de noble ardor y osado brío,  
seguro se hallaba y confiado;  
juzgando el dulce bien por desvarío.  
Viviera yo contento en tal estado,

35 sino viera la Luz resplandeciente;  
que encendió el corazón en fuego airado.  
En lazos de oro y ámbar, que su frente  
ufanos esmaltaban, dio a mi cuello  
el yugo; que padece mansamente.

40 Ni desatallo pude, ni rompello;  
ni pude desdeñar el duro imperio;  
que me perdió mi mal; para querello.  
Estoy en un estrecho cautiverio,  
ya sin algún valor; y en mi tormento

45 descubre siempre Amor nuevo misterio.  
Ahora, que reciente el daño siento  
con la memoria dulcemente amarga,  
busco alguna ocasión al sufrimiento.  
Mas esta del dolor pesada carga

50 las fuerzas enflaquece, y mi deseo,  
para crecer más pena, el vuelo alarga.  
Bien puede mi impío Rey alzar trofeo  
solo de mis miserias; pues me lleva,  
donde mayor afrenta siempre veo.  
55 Si desease yo segunda prueba  
de mis pasadas glorias, cobraría  
esfuerzo en el afán, que se renueva.  
Mas ya no tengo fuerza, ni osadía;  
para sufrir presente el bien incierto,  
60 ni me contentan casos de alegría.  
Moriré solo, ausente en el desierto,  
o ante mi soberana Luz presente,  
si, primero que llegue, no soy muerto.  
Pero temo, que la aura se presente  
65 del favor; que tenía, y se deshaga  
mi triste confianza vanamente.  
Amor estas mis deudas tan mal paga;  
que no pretendo premio, y solo quiero,  
que de mi voluntad se satisfaga.  
70 Promesa fue de muerte el bien primero,  
y yo la consentí, y con la mudanza  
muerte será por bien el mal postrero;  
pues niego a mis trabajos la esperanza.

<SONETO CXV>

Llegado al fin del cierto desengaño,  
qué debo hacer más en mi tormento;  
si no mostrar al ciego entendimiento  
el error de su curso siempre extraño?  
5 Desespero, no temo ya algún daño,  
huyo, osando en el mal, mi perdimiento;  
y, aunque no gusto bien el bien, que siento,  
huelgo hallar me libre de mi engaño.  
Mas todo es vanidad, todo es braveza  
10 de estos mis pensamientos desvalidos;  
que con cualquier favor harán mudanza.  
Mal excusar ya puedo mi flaqueza;  
si Amor, a mis mejores dos sentidos  
promete viva lumbre de esperanza.

<SONETO CXVI>

Yo voy, oh bello Sol de la alma mía,

buscando el nuevo ardor del Sol luciente;  
porque, desamparado el Occidente  
vuestro esplendor no veo y mi alegría.  
5 Podré decir; que voy en noche fría,  
por donde humano paso no se siente.  
mas llévame el osado Amor presente;  
pensando que a nacer me torna el día.  
Encúbrese las luces, que aparecen,  
10 cuando en ellas humilde a vos me inclino;  
y el Oriente tardo se me aparta.  
Que las vuestras en Hispal resplandecen,  
y la tersa corona de oro fino;  
do procuro, que el cuerpo a veros parta.

<SONETO CXVII>

La falda y el tendido, yerto lado  
del abrasado Etna, a do suspira  
del peso opreso, y con furor respira  
el espantoso Encélado inflamado;  
5 Con hierba y verdes árboles ornado  
florece, y todo el fuego; que con ira  
resonando su cumbre excelsa espira,  
no ofende al fresco sitio variado.  
Mas el cruel incendio de mi pecho  
10 consume, aunque pequeña, si aparece,  
la flor de la esperanza incierta mía.  
Ardo todo, y, en fuego al fin deshecho,  
me rehago en su llama, y siempre crece  
con el ardor la fuerza y la porfía.

<SONETO CXIX>

Si Amor el generoso y dulce aliento  
en mi rendido pecho ardiendo inspira;  
yo ufano ensalzaré con noble lira  
la hermosa ocasión de mi tormento.  
5 Aquel, que en tierno y nuevo y alto acento  
celebró el verde Lauro; en quien espira  
Erato, y a quien sigue, honra y admira  
de Italia bella el doto ayuntamiento;  
Oír en el puro, Elisio prado  
10 entre felices almas la armonía;  
que llevaría deleitosa la aura;  
Y diría; del canto arrebatado,

o es esta la suave lira mía,  
o Betis, cual mi Sorga, tiene a Laura.

<LIBRO SEGUNDO>

<SONETO I>

El bello nombre, quiere Amor, que cante,  
de mi Luz, por do en propia, o tierra ajena,  
nunca otro Español pie imprimió la arena  
siguiendo, Cintia y Delia, a vuestro amante.  
5 Seré el primero, osando que levante  
la humilde voz, do el Betis grande suena;  
y que las flores coja a mano llena  
del rico huerto nuestro y abundante.  
Vos, a quien de Cefiso; Eurota, Ismeno  
10 las dulces ondas bañan, y del Tebro;  
oíd mi canto, y dad a Amor la gloria.  
Porque admirando el esplendor sereno  
de mi Luz; ni al Erídano, ni al Ebro  
pensaréis honrar con la victoria.

<SONETO II>

Al puro ardor, que vibran mis estrellas,  
do Amor sus rayos tiempla en dulce fuego;  
siente abierto mi pecho el daño luego,  
apurando mi alma en sus centellas.  
5 Crueles, aunque siempre luces bellas;  
que no me sufren consentir sosiego.  
y es el mal, que, herido y preso y ciego,  
la pena, es galardón, que nace de ellas.  
Si algún lugar me finca de esperanza,  
10 es para padecer; y en dura suerte  
nueva ocasión presente a mis enojos.  
Tal me tiene este ingrato en viva muerte;  
que puedo ya decir sin confianza;  
Amor para mi error cerró los ojos.

<SONETO III>

Puede, oponerse osando mi cuidado  
con razón al rigor del Amor fiero;  
y de este afán, en que penando muero,

buscar tarde el remedio no hallado.  
5 Puede traer la culpa del pasado  
error, y del presente, y del que espero;  
y dar me a conocer; que sigo y quiero  
y amo mi perdición más obstinado.  
Y no podrá romper el nudo estrecho,  
10 ni aliviar la cerviz del grave peso;  
que tal valor su vil temor no encierra.  
Solo me muestra el mal al fin de él hecho,  
y, aconseja, que huya, estando preso;  
porque me haga el impío mayor guerra.

<SONETO V>

Cual planta, que pidiendo el alto cielo,  
muestra el verde remate y la belleza;  
y del sonante rayo la braveza  
la arroja con estruendo rota al suelo;  
5 Tal, mi Esperanza ufana alzaba el vuelo,  
mas de vuestro desdén cruel dureza  
sin gloria la derriba con tristeza,  
cuando menos debía a su recelo.  
La aura, que de Favonio blando espira,  
10 no concede indignado a la alma mía  
Amor, que no se harta de mi daño.  
Rendido al desamor y a vuestra ira,  
sufro desesperado con porfía  
de mi dolor la fuerza y vuestro engaño.

<SONETO VI>

Cuidé yo de tus lazos y tu fuego,  
mal grado de tu saña, Amor tirano  
librar me , y fue mi pensamiento vano;  
que tú no me sufriste algún sosiego.  
5 Tenté de tus engaños (rudo y ciego)  
escaparme , y huyendo en campo llano,  
vine a caer (oh mísero) en tu mano;  
que tarde se conmueve a tierno ruego.  
Cuánto, decía entonces; fortunado  
10 es, quien se te defiende, Señor fiero!  
mas quien, fiero Señor, se te defiende?  
Ay, que todo es esfuerzo imaginado;

que tu fuerza deshace el fuerte acero,  
y tu ingenio al más cauto engaña y prende.

<SONETO VII>

Do el Mauritano Ponto fiero baña  
de la soberbia Argel el fuerte muro,  
el cielo con terror y horror oscuro  
amenazó la muerte a toda España.  
5 Bramaba el mar ardiendo en ira extraña,  
bramando ardía airado el mar perjuro;  
solo en tanto pavor domó seguro  
César del hado adverso la impía saña.  
El piélago y aliento embravecido  
10 abatieron su ímpetu indignado;  
y respiró el medroso Libio suelo.  
Ve alegre, corazón nunca vencido;  
que la victoria no te impide el Hado,  
ni el viento, y mar cruel, mas todo el cielo.

<SONETO IIX>

Si en mano del Amor yo puse el freno  
de esta mi voluntad, no bien sujeta,  
de qué me espanto pues; que se prometa  
traerme tan rendido y siempre ajeno?  
5 Tarde llego al remedio; que el veneno  
cruel destiempla el pecho con secreta  
virtud. no es justo ya en edad perfecta  
andar lleno de afán, de afrenta lleno.  
Pueda abrir la razón la niebla oscura,  
10 y ose romper por esta selva espesa;  
que mil buenos deseos embaraza.  
Dura resolución, mas bien segura;  
que, quien teme el trabajo, y lento cesa,  
el premio de la gloria en vano abraza.

<ELEGIA I>

En este bosque frío, que sostiene  
mi cítara, en el Sauce levantada,  
más pena de mi triste amor no suene.  
Céfiro la aura blanda y sosegada

5    aparte de las cuerdas; que hería  
      con armonía dulce y regalada.  
      Que la serena Luz de la alma mía  
      cubre sus bellos rayos a mis ojos,  
      y del favor, que tuve, la alegría.

10    Vencen el sufrimiento mis enojos;  
      porque tengo en mis cuitas tierno pecho,  
      no usado a caminar por los abrojos.  
      Ya no espero mudanza al daño hecho;  
      que Amor, Fortuna, y mi luciente Estrella

15    me aprietan, puesto siempre en duro estrecho.  
      Cual del fuego se informa la centella;  
      procede mi dolor del amor mío,  
      y el luengo afán de mi mortal querella.  
      Sigo un error, y sigo un desvarío

20    por el confuso rastro de mi vida,  
      y, aunque alcanzo mi engaño, en él porfío.  
      Cómo podré esta suerte aborrecida  
      huir? cómo podrá el cansado cuello  
      sacudir esta carga desabrida?

25    Un blando hilo de un sutil cabello  
      en un lazo lo aflige apremiado,  
      sin que pueda quebrallo, o deshacello.  
      Si fuera con acero fabricado;  
      o en terribles cadenas gravemente

30    de hierro rudo y rígido labrado;  
      Según el corazón la pena siente,  
      poco era quebrantallo entre los brazos,  
      roto con fuerza airada y saña ardiente;  
      Y el esparcido peso, en mil pedazos

35    mostrara el indignado sentimiento,  
      enhiesto y libre el cuello de embarazos.  
      Mas ay, que da este áspero tormento  
      del amoroso yugo; que sostengo,  
      lugar, sin que se rompa, al movimiento.

40    Y cuando pienso (triste) que el bien tengo,  
      el cuello hallo atado al mismo instante;  
      y de nuevo a sufrir mis ansias vengo.  
      Ojos, rayos de Amor, fulgor crispante  
      de mi alma, abrasada en su veneno,

45    oíd esto; que dice un pobre amante.  
      Belleza inmensa, y puro Ardor sereno;  
      do Amor su flecha, el Polo sus estrellas,  
      tiempla, y baña de honor y gloria lleno;  
      La ilustre claridad de esas centellas

50 me inclina al fuego, y su vigor inflama  
mi pecho en las celestes luces bellas.  
Nunca tocado fui de ajena llama,  
ni de semblante dulce fui vencido;  
que el vuestro la beldad mayor desama.

55 Soporté mi mal siempre, no rendido,  
subiendo, a do no llega otra ventura,  
y no esperé el favor, jamás debido.  
Ni ardiente Sol; ni fría noche oscura;  
ni peligros; que turban la osadía,

60 me impidieron mirar vuestra luz pura.  
Solo fue mi regalo y mi alegría,  
con sujeción de la alma venerada,  
cuanto pudo sufrir la suerte mía.  
Qué cosa vos dijisteis, que admirada

65 de mí no fuese? qué memoria augusta  
pudo ser con más honra celebrada?  
Ahora, que en mi pena gloria justa  
yo atendía por premio a mi firmeza;  
que de vos no presumo cosa injusta,

70 En esta soledad de mi tristeza,  
do me olvidáis, ausente, se dilata,  
probando en mil contrastes mi flaqueza.  
Ay cuánto de mis bienes desbarata  
esta grave mudanza! cuánto siente

75 la alma, que en daño tal Amor maltrata!  
Triste aquel, que sus lástimas consiente,  
y ve herir su pecho rayos de ira,  
y está siempre a su agravio obediente.  
Como el que en alto y bravo mar suspira,

80 temiendo con pavor el furor crudo,  
y mustio el cielo oscuro en torno mira;  
El raudo soplo de Aquilón desnudo  
el horror le presenta de la muerte;  
cuyo golpe atraviesa el duro escudo;

85 Así yo, del desdén sañudo y fuerte  
en el golfo de olvido enajenado,  
temo el último trance de mi suerte.  
El cielo, antes quieto y sosegado,  
turbar veo, y trocarse en hielo frío

90 blando espirtu del Céfito templado.  
Crece con mi lamento el grande río,  
y corre entre estas peñas espumoso,  
llevando al sacro Océano el mal mío.  
Un tiempo ledó en él y venturoso



95 canté la gloria ufana de mi llanto  
con lira y verso humilde y piadoso.  
Betis apareció con fresco manto  
de verdes hojas, y escúchome atento;  
y agradó a Galatea el vario canto.

100 Entonces con dichoso y noble aliento  
crinó mi frente el árbol de victoria,  
y di en mi patria a Amor primero asiento.  
Mas para qué refiero yo la historia  
de mis daños? pues hacen mis despojos  
105 indignos de caber en su memoria.  
Ay mis bellos, floridos, dulces Ojos,  
no vos canse, si al fin saber deseo;  
por qué vos placen tanto mis enojos?  
Que el singular honor de mi trofeo  
110 perdéis con tales hechos, y no debo  
padecer la esperanza del deseo.  
No soy en vuestro amor, mis Luces, nuevo;  
que, dende que nací, me dio por pena  
mi impío Rey el afán, que ausente llevo.

115 Puso a mi cuello preso una cadena,  
para señal de aquella; que arrastrando  
con mi vergüenza y confusión resuena.  
No sabía su fuerza, aunque penando  
andaba en esta prueba amarga mía,  
120 mi futura pasión pronosticando;  
Hasta que en el alegre y triste día  
de mi bien y mi mal, crecer presente  
vi mi ardor en la nieve vuestra fría.  
Resplandeció en mis ojos dulcemente,  
125 cual lúcido relámpago vibrado,  
pura vislumbre de un vigor luciente.  
El error descubrió y dolor pasado,  
incierto y ruDa mente padecido;  
que siento con más fuerza renovado.

130 El Soldado, en la guerra envejecido,  
del trabajo y horror del duro Marte  
descansa con el premio merecido.  
Yo, abrazando de Amor el estandarte,  
traigo roto el pavés; cortado el pecho;  
135 atravesado de una y otra parte;  
De espantosas heridas ya deshecho;  
que abiertas con peligro y rigor fiero  
me arrojaron corriendo al mismo estrecho.  
Y, cual si mármol fuera, o fuera acero,

140 tal desdeñoso y áspero me trata  
semblante blando y corazón severo.  
Pues mi fatal Estrella me es ingrata,  
lo que esperar se debe, de mi daño,  
es no temer; porque el temor me mata.  
145 Que más vale esforzarme en el engaño;  
y no rendirme a un simple movimiento;  
y juzgarme en la pena por extraño.  
Que con esto, si puedo, mi tormento  
será menos terrible; y si no basta,  
150 al fin acabarse el sufrimiento  
con la vida; que opuesta al mal contrasta.

<SONETO X>

El corazón huido busco y llamo  
él; do el rigor esfuerza el duro hielo,  
entra, y sin miedo pisa estéril suelo,  
yo, esquivando el dolor; mis males amo.  
5 Las lágrimas y quejas, que derramo,  
no vencen su porfía, y sin recelo  
allí se pierde; y no osa alzar el vuelo,  
y su obstinado error al fin desamo.  
No porque tema ya peligro alguno;  
10 que no doy más lugar a miedo cierto,  
ni admito en tanto afán remedio vano.  
Mas porque es poquedad ser importuno  
a un lento pecho; y ser más precio muerto;  
que esperar la salud de ingrata mano.

<SONETO XI>

Amor, si el fuego, en quien inunda el pecho;  
que mal puede entibiar la fría nieve,  
con tus alas avivas, muerto en breve  
será tu ardor y el corazón deshecho.  
5 Procuro, en esta llama satisfecho,  
que sin cesar en mí su fuerza pruebe;  
porque del mal mi alma el premio lleve,  
causando el daño luengo algún provecho.  
Este suave incendio me sustenta;  
10 y consagra en honor de mi Luz pura  
mis entrañas; que crecen apuradas.  
Dichoso el corazón, a quien alienta  
tal virtud; que engrandece con ventura

la gloria de mis penas renovadas.

<SONETO XII>

Podrá (y no yerro) nunca luz ardiente  
tocar mi pecho, y nunca ser vencido  
de oro podrá, en madejas esparcido,  
con gloria de otra ilustre y bella frente.

5 Que vuestra luz, do yace Amor presente,  
tiene y el rico cerco recogido  
mi cuello y pecho preso y mal herido,  
y dulcemente el yugo y fuego siente.

Nací yo destinado a vuestra llama,  
10 Amor me dio valor para mi muerte;  
y pago amando a vos la deuda nuestra.  
Volando voy, do el ciego ardor me inflama;  
cual va a su fuerza el cielo, y es mi suerte  
en vuestro fuego arder, y helaros vuestra.

<SONETO XIII>

La llama crece, y arde; y crece luego  
el dolor; que mi gloria y bien deshace.  
el pecho exhala todo, y se rehace  
cual Ticio, sin hallar algún sosiego.

5 No sé, do alienta Amor, do esfuerza el fuego.  
ni de qué pena ya se satisface.  
mal me quejo del daño, que me hace,  
si es cruel, voluntario, ingrato y ciego.

Felice Meleagro, cuya muerte  
10 gastó su ardiente hado; mas yo veo,  
que renace mi vida en el tormento.

No huyo la aspereza de mi suerte.  
aunque, si por la causa la deseo,  
la temo por el fiero mal, que siento.

<SONETO XIV>

Regando enciendo todo, ardiendo baño  
con triste humor, prolijo el campo abierto,  
y mi afán canso y lloro sin concierto;  
y el llanto con suspiros acompaño.

5 Esperanza y razón mi injusto daño;  
causa; esta y aquella al fin desierto  
me tienen de salud, y tan incierto,

que con el bien y con el mal me engaño.

Voy, como sombra pálida, y cuitoso  
10 doy gemidos, y asombro el bosque oscuro;  
que tarde en lasa y honda voz responde.  
En tanta confusión, do estoy medroso,  
una Luz se me ofrece y ardor puro  
distante, pero cerca se me esconde.

<ELEGIA II>

Yo siempre culparé los ojos míos;  
que, enemigos del ocio de mi vida,  
siguieron de mi error los desvaríos.

Por ellos llama tal fue despedida  
5 al corazón; que, ardiendo en las entrañas,  
crece con nuevo ímpetu encendida.

Todo el valor de Amor y sus hazañas,  
su bien, su mal, su gloria y su tormento  
eran a mi memoria muy extrañas.

10 Mas cuando con un tierno sentimiento  
en mi sus rayos descubrió mi Estrella;  
y mis daños honró mi sufrimiento,

Conocí su poder y mi querella,  
y el temor; que me aflige no apartado,  
15 y no me dolió arder en su centella.

Dulce me era el dolor; caro el cuidado;  
dichosa la membranza de mi pena;  
ledo el tiempo lloroso de mi estado.

Aquel bello esplendor de luz serena  
20 me miró blanda mente de su alteza,  
y la culpa admitió, que me condena.

El bien, que cabe en la mortal flaqueza,  
(direlo? o no?) me dio; si se consiente,  
que ose yo pensar tanta grandeza.

25 Porque sufre, que abraza mi doliente,  
pecho su llama, y (suelto el torpe frío)  
lo afine siempre en su vigor presente.

Mas este que me vale esfuerzo mío,  
si muero en soledad; y si mis ojos  
30 son causa del engaño, en qué porfío?

Tiranos de mi gloria y mis despojos,  
que los lleváis, do esperan ser perdidos,  
llorad, si por vos peno, mis enojos.

El uso y la virtud de mis sentidos  
35 vos ocupasteis todos en mi muerte,

sin ser a mi remedio consentidos.  
La vida vence al fin el riesgo fuerte;  
y vos, como si hubiérades victoria,  
este daño escogéis por mejor suerte.  
40 Si visteis, y gozasteis de la gloria;  
si ufanos abrazáis el bien primero,  
perded ya con la vista la memoria.  
Estoy tal, que otro bien de Amor no espero,  
y vos no lo esperéis; pues tarde entiendo  
45 en mi mal; que es a todos el postrero.  
Aborrezco el lugar, do estoy muriendo,  
ved, cuán corta firmeza es esta mía;  
porque ante de mi Luz no expiro ardiendo.  
Sandeces de amorosa fantasía  
50 son estas, que me traen en dudanza  
ausente, con temor, sin alegría.  
Mis Ojos, poco debo a la esperanza,  
si me duelo de vos, y temo, ajeno  
de cuita, en mis dolores la mudanza.  
55 Y aunque en mi soledad con ansia peno,  
nunca veré al Amor tan mi enemigo;  
que no juzgue mi afán por justo y bueno.  
La Noche; que, me escucha, lo que digo,  
y el Cielo de sus astros esparcido,  
60 será de este mi crédito testigo.  
Los ojos, que hube un tiempo aborrecido;  
por ser principio al mal de mi deseo;  
donde quedé a mis lástimas rendido,  
Más dulces que la vida, que poseo  
65 son, y a mi gloria vienen tan iguales;  
que al mérito el dolor ceder no creo.  
Y aunque lleve victoria de mis males,  
la que el progreso rompe al curso humano,  
serán en mí sus bienes inmortales.  
70 Y porque jamás esto salga en vano,  
ante mi Lumbre afirma el Amor puro;  
que nunca en bien tan alto y soberano  
otro felice amante vio seguro.

<SONETO XVI. A Martin R. de Arellano>

Dura por mí fue al Tajo tu partida,  
dejando solo el Betis, Arellano;  
y en llanto me obligó y dolor insano  
tu ausencia, de mí siempre aborrecida.

5 Tú sabes, que esparció a mi triste vida  
afán el cielo y cuita en larga mano;  
y en mi mal dulce amigo eras y hermano,  
y no hay quien me consuele ya en tu ida.  
Hiriome fiera el pecho mi Luz bella;  
10 y se escondió a mi vista, y con ardiente  
fuego a la alma abrasó en su mal envuelta.  
Y tú, que eras descanso a mi querella,  
te vas en tanto; sin dejar presente  
una incierta esperanza de tu vuelta.

<SONETO XVII>

Ardo, Amor, y no enciende el fuego al hielo,  
y con el hielo no entorpezco al fuego.  
contrasta el muerto hielo al vivo fuego.  
todo soy vivo fuego y muerto hielo.  
5 No tiene el frío polo tanto hielo,  
ni ocupa el cerco eterio tanto fuego  
tan igual es mi pena; que ni el fuego  
me ofende más, ni menos daña el hielo.  
Muero, y vivo, en la vida, y en la muerte,  
10 y la muerte no acaba, ni la vida;  
porque la vida crece con la muerte.  
Tú, que puedes hacer la muerte vida;  
por qué me tienes vivo en esta muerte?  
por qué me tienes muerto en esta vida?

<SONETO XIX>

Estos ojos, no hartos de su llanto;  
que atan estrecha suerte me han traído,  
lloren, sin descansar, el bien perdido,  
si lágrimas prolijas valen tanto.  
5 Que cuando mi dolor subiere, cuanto  
debe al mal y al amor, en lento olvido  
solo, a la ira y al desdén rendido,  
cual Cisne, expiraré en funesto canto.  
Y este cielo, enseñado a mi lamento,  
10 podrá llevar por este campo abierto  
mi voz triste a la causa de mi daño.  
Porque yo oso esperar, que mi tormento  
(pues es venganza indigna contra un muerto)  
o venza, o junto acabe con mi engaño.

<SONETO XX>

Si tiene a do reináis mi pura Estrella, lugar  
la fe; en la pena, que consiento;  
mostrad algún pequeño sentimiento,  
y el premio vendrá a ser que espero de ella.  
5 Pero si vos queréis, que pierda en ella  
este bien; acabad con mi tormento;  
que, a quien daña el valor del pensamiento,  
no es justo, permitáis vivir con ella.  
Y si estas obras de afición ausente  
10 en vuestra voluntad tal vez la gloria  
gozan; que se concede al venturoso.  
Aquí do estoy, diré; que estoy presente;  
y que más vale el mal de mi memoria,  
que el bien, que causa ajeno amor dichoso.

<SONETO XXI>

Dulces Contentos míos, ya pasados,  
que sostuve en error de mi esperanza;  
lo que vuestro recuerdo más alcanza,  
es dolor de mis días mal gastados.  
5 Porque, envuelto en deseos y cuidados;  
me consumo, llorando la mudanza;  
y Amor, que reconoce su venganza,  
mis daños me descubre, renovados.  
Qué puedo yo, si ausente me condeno,  
10 sino solo al olvido y niebla fría  
esta memoria ingrata rendir muerta?  
Mas ay, que tiene el corazón, ajeno  
de bien; presente siempre la Luz mía,  
y ofrece en cierto mal su gloria incierta.

<SONETO XXII>

Alzo ligeras alas al deseo,  
sigo el bello esplendor de mi alegría;  
hállolo reluciente en la Osa fría,  
y desespere el bien, que más deseo.  
5 Suspenso en un incierto devaneo;  
que mi esperanza cansa y mi porfía,

digo; porque, serena Lumbre mía  
 leda en estéril parte arder vos veo?  
 Llevar debía el Céfiro victoria,  
 10 siempre de vuestra llama esclarecido,  
 al Euro ufano, que con él contiene.  
 Mas oh, que el cielo causa mi gemido,  
 por honrar gente, indigna de memoria;  
 que el Sol con tibio rayo apenas enciende.

<SONETO XXIII>

Amor con todo el fuego, que el humoso  
 Etna espira y las islas de Vulcano,  
 me abrasa el pecho; que asegura en vano  
 a su mortal ardor algún reposo.  
 5 Con la nieve, que, el Cáucaso nevoso  
 y el desnudo Rifeo hace cano,  
 mi alma enfría; y rompe el inhumano,  
 a la esperanza el paso temeroso.  
 Que en los ojos, do siempre el hielo y llama  
 10 suya en mi muerte acuerdan, fijo tiene  
 el ímpetu y furor de su braveza.  
 Y por vengarse más, la seca rama;  
 do estoy asido, sin quebrar sostiene,  
 probando en nuevas penas mi flaqueza.

<SONETO XXIV>

Un tiempo ave Caistra viví en fuego,  
 pero ya blanco Cisne en ondas vivo;  
 que solo de mi mal cuitoso escribo,  
 cuanto escribí de bien en mi sosiego.  
 5 Pensé, trocando grado, trocar luego  
 suerte, y fue vano error; que Amor esquivo  
 en uno y otro estado al fin cativo  
 me oprime y en igual desasosiego.  
 De mi pecho exhaló un Vesubio ardiente,  
 10 ahora, de mis ojos despedido,  
 corre un Istro nevoso desatado.  
 No esfuerza con la nieve la creciente,  
 antes con el ardor más encendido  
 va en abundoso curso dilatado.

<SONETO XXV>



Ningún remedio espero en mi tormento,  
y de mejor fortuna desespero.  
muriendo vivo, aunque viviendo muero,  
ajeno y ocupado en pensamiento.  
5 Temó el fiero dolor, y si contento  
alguno tengo, temo el dolor fiero.  
cansado mi pasión abrazo y quiero,  
y el mal, que más rehúyo, más consiento.  
Tan ufano estoy siempre en la tristeza;  
10 que nunca ceso de alabar el día;  
que fue ocasión de merecer mi daño.  
No doy lugar al bien, y en mi estrechez,  
perdiendo vanamente la edad mía,  
no sé hallar me libre de mi engaño.

<ELEGIA III>

Quién me daría, Amor, una voz fuerte,  
y espíritu en mis lástimas osado,  
para cantar las cuitas de mi suerte?  
Que el luengo error de mi primer cuidado  
5 ocupada me tiene la memoria,  
y todo mi sosiego enajenado.  
Yo nací, para ver, cruel, tu gloria,  
cual Tántalo, engañado, y al extremo  
para llorar perdido mi victoria.  
10 Sufro el dolor, que ya algún mal no temo;  
si a tan estrecho paso reducido,  
de ti desesperar es bien supremo.  
Pero al freno me traes tan rendido;  
que en mi furor enciendes la esperanza;  
15 que me vuelva suspenso y confundido.  
Nuevo mal al antiguo mal alcanza,  
y tal es el pasado y el que viene;  
que en su rigor no siento la mudanza.  
Ni huir, ni esperar ya me conviene,  
20 y huyo, espero, temo ya y confío,  
y, lo que me desmaya, me sostiene.  
Por qué este porfioso desvarío  
no extirpas, Rey ingrato, y de mi pecho  
no arrancas este indigno dolor mío?  
25 Téngate ya mi daño satisfecho;  
que poca es la venganza en el sujeto,  
y matar al rendido no es derecho.

Seguí siempre en lo público y secreto  
tu estandarte, y, al carro aherrojado,  
30 tu valor celebré con tierno afecto.  
Si no eres en las rocas engendrado  
del alto, yerto Cáucaso espantoso,  
y de la Armenia tigre alimentado,  
Serás a mis tormentos piadoso;  
35 que de la pena ya, que la alma siente,  
no sé, gran tiempo ha, lo que es reposo.  
El esplendor de Febo, y, la fulgente  
escuadra de las lúcidas estrellas  
recoge el hondo seno de Occidente;  
40 Yo mezquino, constante en mis querellas,  
jamás descanso doy al mustio canto,  
y se envuelven mis lágrimas con ellas.  
Que no acabe en tan duro mal me espanto,  
y que crezca a los cercos de mis ojos  
45 perpetua exhalación de ardiente llanto.  
Si cuidas tú, que llevas más despojos  
en mi pasión, o gloria más dichosa,  
y por eso acrecientas mis enojos;  
Yo te protesto, Amor, por la penosa  
50 historia de la vida, que prosigo;  
que la victoria alcanzas afrentosa.  
Fortuna, que te sirva, oh mi enemigo,  
quiere, su imperio temo, y temo el tuyo,  
ya vasallo rebelde, infiel amigo.  
55 En mi muerte, Tirano, te destruyo,  
pues nací para amar, y solo quiero,  
que se entienda, cuán poco de ti huyo.  
Bien sé que en vano me lamento y muero,  
por ablandar esa cruel dureza;  
60 que sin provecho mitigar espero.  
Cual revuelve la rueda con presteza  
a Ixión; que se huye y va siguiendo,  
tal me revuelve y tuerce tu fiereza.  
Y cual el triste Sísifo subiendo  
65 va el gran peñasco alzado a la alta cumbre,  
siempre descanso alguno no admitiendo;  
Tal de mi afán la grave pesadumbre  
llevando lejos voy, do ausente veo,  
triste sin alcanzar, mi pura Lumbre.  
70 El nieto ilustre del insigne Alceo,  
en mil grandes empresas glorioso,  
se inclinó al duro yugo de Euristeo;

Yo, que no soy tan fuerte y valeroso,  
y de tu fuego, Amor, estoy herido  
75 por qué, estaré soberbio y animoso?  
Mírame ante tus pies preso y rendido,  
y suena en mi cerviz el hierro puesto,  
humilde a tus crudezas ofrecido,  
Perdona mi dolor; que ya dispuesto  
80 estoy a sufrir sin quejas mi tormento,  
y escoger por más gloria mi denuesto.  
Aspire el deleitoso y vivo aliento  
a mi encendido pecho; porque en llama  
se tiemple el hielo, en que enfriarme siento.  
85 Ya que mi muerte no se excusa, inflama  
mi alma en el vigor de la Luz mía;  
porque ensalce mi nombre eterna fama.  
Que el helado rigor y nieve fría  
de su olvido y desdén turba y detiene  
90 a tu fuego el valor con osadía.  
Si volver por los tuyos te conviene,  
por mis ojos arroja en sus entrañas  
el fuego; que abrasado al orbe tiene.  
Que si yo veo, Amor, tales hazañas,  
95 daré en justo rescate de tal pena  
mi hierro, y el ardor, con que te ensañas.  
Porque su libre cuello en la cadena  
ver y encenderse el frío de su pecho,  
es todo el bien; que tu poder ordena,  
100 si tu poder se extiende a tan gran hecho.

<SONETO XXIIIX>

Cuando pienso, cansado del tormento;  
que con mi afrenta Amor herirme pudo  
de una serena Luz con rayo agudo,  
y que rendí el valor y entendimiento;  
5 Vuelvo triste a mirar mi perdimiento,  
mas tan solo me hallo y tan desnudo  
de fuerza; que romper el débil nudo,  
que me enlazó el deseo, nunca intento.  
Seguir el mismo curso en el cerrado  
10 laberinto, y sufrir ya más denuesto;  
no debo, si en mí queda algún sentido.  
Acabe el vano error de mi cuidado.  
pero qué digo simple? yo protesto;  
que hablo enajenado y ofendido.

<SONETO XXIX>

Si no es llorar, qué pueden ya mis ojos?  
mi alma de lamento se mantiene.  
con él crece el ardor, y se sostiene,  
y la lluvia se alienta en sus despojos.  
5 Un tiempo esperé premio a mis enojos,  
mas tarde es ya; que mi pasión previene.  
pero acabar en lágrimas conviene  
a quien de flores nacen los abrojos.  
En llanto me consumo, y cuando espero,  
10 (grande y nuevo milagro) dar memoria  
a mi nombre, resuelto en triste río;  
Ocurre el fuego, en él me abraso y muero,  
desvaneciendo en llama con más gloria.  
justo, aunque grave bien al dolor mío.

<SONETO XXX>

Al sereno esplendor de luz ardiente,  
de celestial zafiro a la belleza  
la alma, volando en torno con presteza,  
las alas rojas mueve dulcemente.  
5 Amor, que de este cielo nunca ausente  
respira, le descubre su grandeza,  
y de gloria mil bienes y riqueza;  
que sola ella los conoce y siente.  
En este engaño siempre va, y se olvida  
10 de quien cuidadoso de su afán la llama,  
y en conocido error cansa y porfía.  
Porque espera tal vez allí, encendida  
de aquellas puras luces en la llama,  
hallar sepulcro igual a su osadía.

<SONETO XXXI>

Corre soberbio al mar del llanto mío,  
Betis claro, sagrado honor de ríos;  
y no acaben mis grandes desvaríos,  
donde se acaba en él tu grande río.  
5 Antes oigan mi afán y desvarío  
entre el fuego y rigor de hielos fríos,  
y se conduelan de los males míos

Libia ardiente y desnudo Islando frío.  
Y el Indo; que primero ve la Aurora;  
10 y el otro, que más tarde alumbra Apolo,  
hagan memoria eterna de mis daños.  
Y tú lamenta esta postrera hora;  
en que muero de bien ausente y solo,  
rico de pensamientos, pobre de años.

<ELEGIA IV>

Si este inmortal dolor y sentimiento;  
que me fuerza a penar sin esperanza,  
no puedo desatar del pensamiento;  
Si esta fortuna súbita y mudanza  
5 a una prolija ausencia me condena,  
por qué tengo en mi daño confianza?  
Quien vio mi día, y vio mi Luz serena,  
podrá juzgar, a cuanto mal me ofrezco  
en noche de tiniebla y de horror llena.  
10 Tormento nuevo en viejo mal padezco;  
que quiere este impío Rey, que solo sienta,  
lo que esperó ninguno, y no merezco.  
Lidio en mi soledad, que me presenta  
siempre el pasado bien y la ventura,  
15 y la perdida gloria me atormenta.  
Rayos de Amor, inmensa Hermosura,  
que suspiro y deseo y busco ausente,  
volved la claridad excelsa y pura.  
Que, si veo los cercos y oro ardiente;  
20 que vos ciñe y corona en rico velo,  
descansaré del llanto y voz doliente.  
Y en el herboso, fresco y fértil suelo,  
que el padre y sacro Betis deleitoso  
baña, agradable al alto y claro cielo;  
25 Alzaré a vuestro nombre generoso,  
cual fue en Pafo a Dione consagrado,  
un templo insigne y suntuoso.  
Do, quien el peligroso mar surcado  
hubiere del Amor, ya salvo en puerto,  
30 a las aras atento y humillado,  
Los votos, que en el ancho golfo incierto  
prometió, pagará, dejando escrita  
la causa del peligro y temor cierto.  
Mas voy, por do no sufre la infinita  
35 fuerza de mi pasión y suerte indigna;

que alguna muestra de esperanza admita.

Y antes que pueda ver la luz divina  
vuestra, aquel rigor último a la vida,  
vendrá del mal, en que mi ardor me inclina.

40 Y en breve espacio fincará perdida  
la esperanza desierta y el deseo,  
triunfando de mi muerte aborrecida.

Nunca temí el dolor del mal, que veo;  
que entró al descuido Amor blando y sereno,  
45 para aquistar de mí el mayor trofeo.

En tal sazón ya sin remedio peno;  
que, lo que menos duele, es el tormento.  
tanto de mí me aparto y enajeno!

Quien abrir del mar ciego el alto asiento

50 en mi ligera nave ver me pudo  
con alegre bonanza y manso viento,

Y viese el cielo oscurecer desnudo  
de luces; borrascoso el Ponto; el fiero  
Noto con negro horror soplar sañudo;

55 Aunque su pecho armase duro acero;  
en tan cruel mudanza y suerte mía,  
donde solo y sin fuerzas desespero,  
De humana compasión se vencería,  
si puede un grave caso sucedido

60 turbar de mortal pecho la alegría.

Ya que estoy a mis lástimas rendido,  
de mis hermosos ojos (triste) ausente,  
en soledad y en confusión perdido;

A do torciere el paso, irá presente  
65 el florido esplendor de la belleza;  
que me tiene abrasado en fuego ardiente.

Por difíciles riscos y aspereza  
en la nocturna sombra celebrada  
será del canto mío su grandeza.

70 Adonde no se halle alguna entrada  
de hombre, o fiera, mostrará el desierto  
su figura en los árboles labrada.

Allí mi error y engaño y desconcierto  
escrito, y en mi llanto lamentado,  
75 será de mi dolor testigo cierto.

Aquel tierno semblante, venerado;  
la bella luz; do el cielo gracias llueve,  
la rica falda de oro ensortijado;

Y el suave color de rosa y nieve;  
80 las perlas; por do Amor alegre envía

la voz al corazón y el daño aleve,  
Presentes en mi triste compañía,  
para temor de la alma, a la memoria  
renovarán la ufana suerte mía.  
85 Y del perdido bien de la victoria  
darán las ocasiones; que huyeron,  
en el progreso luengo de mi historia.  
No sé, por do los hados inducieron  
esta mi soledad en el extremo;  
90 que en el principio nunca prometieron.  
Vos, Ojos, de quien cuido solo y temo  
morir penoso ausente, cuando fuere  
de mi dolor el término supremo;  
Húmedos en mi muerte a quien vos viere  
95 vos descubrid, y vuestra faz llorosa  
muestre, como mi mal vos duele y hiere.  
Porque sea mi suerte más dichosa,  
que en vida, en muerte, y el tormento mío  
venza a la vuestra condición sañosa.  
100 Porque en ausencia por el bien porfío;  
si en presencia me niegan el derecho,  
y me engaño en tan alto desvarío?  
Destinado nací para este hecho;  
y sujeto a belleza ingrata y dura,  
105 siempre afligido y triste y roto el pecho.  
La Aurora pareció con veste oscura,  
présaga de mi afán, y el nuevo día  
mudó el semblante ledó y luz segura.  
Jamás gocé alguna hora de alegría;  
110 que no fuese teñida de tristeza,  
si merecí tal bien en mi osadía.  
No culpo yo el rigor y la dureza  
de mi luciente Estrella en tanto engaño,  
mi obstinación sí culpo y mi firmeza.  
115 Debía no huir mi desengaño;  
mas consiento la pena, y no rehúso,  
si abracé la ocasión, sufrir el daño.  
Pero la ausencia así me descompuso  
de toda la paciencia; que no hallo  
120 en mí el lugar; que la razón dispuso.  
Sufriendo peno y muero, y siempre callo;  
pues me conozco al fin de Amor tirano  
humilde y pobre y sin valor vasallo.  
Yo sé, que un tierno pecho y soberano  
125 del mezquino se acuita y condolece,

y procura su bien con larga mano.

Mas a quien la ventura desfallece,  
y no vale esperanza, es bien la muerte;  
pues en la vida mísera el mal crece.

130 Ya no mas buscaré, si el dolor fuerte  
desmaya; porque estoy determinado  
en seguimiento siempre de mi suerte.

Y de esta soledad acompañado,  
con un deseo, en otro convertido,  
135 de mis glorias iré desamparado.

Y cuando no pudiere haber olvido,  
(que difícil será) no es ya tan largo  
el tiempo, en los trabajos consumido;  
Que no me halle luego el trance amargo,  
140 y al cuerpo suelta la alma en vuelo presto,  
cansada dejará el pesado cargo.

Y en sombra yacerán y oscuro puesto  
mis dolores conmigo sepultados;  
y cesarán del vago error molesto,  
145 que ahora no reposan, mis cuidados.

<SONETO XXXIV>

Mi Luz, así en la vuestra bella frente  
nunca ofenda las rosas hielo frío;  
y así blando al ingrato Señor mío  
vea en esas estrellas yo presente;

5 Que me digáis; humilde amante ausente  
si en vuestro corazón hallo desvío?  
si vuestro pecho tierno el desvarío  
dulce, como en mi tiempo alegre, siente?

Porque por esa púrpura templada  
10 en blanca y pura nieve, y por los ojos  
suaves, do respira mi esperanza;  
Que en la más luenga ausencia y apartada  
no vos negó mi alma los despojos,  
ni en mí temió el Amor jamás mudanza.

<SONETO XXXV>

Cuando cantar deseo la belleza  
vuestra y serena luz, que humilde honoro;  
el esplendor y puros rayos de oro,  
do afinan los de Febo su riqueza;



5 Reconozco el valor y la grandeza,  
en quien de eterno ardor celeste coro  
ensalzó de sus bienes el tesoro,  
y desigual me inclino a tanta alteza.  
Dadme favor alguno en vuestra gloria,  
10 de honesto amor oh llama generosa,  
y de esta nuestra edad oh raro ejemplo;  
Porque a la eternidad de la Memoria  
por precio de beldad maravillosa  
consagre vuestro nombre yo en su templo.

<SONETO XXXVI>

Llegue el dolor, si puede crecer tanto,  
a desatar esta secreta llaga;  
que no me deja reposar, y haga  
ante quien temo el justo oficio el llanto.  
5 Que cuando descubriere de ello, cuanto  
mostrar se debe, a quien tan mal se paga  
de mi mal, podrá ser, que se deshaga  
la sombra del peligro y de mi espanto.  
Si no, escondido en esta oscura niebla,  
10 acabe a gusto ajeno; mas de suerte,  
que falte del remedio la esperanza.  
Porque quien siempre yace en la tiniebla,  
no espere ver la luz, sino en la muerte;  
que la gloria de amor tarde se alcanza.

<SONETO XXXIIX>

Profundo y luengo, eterno y sacro Río;  
que el ancho curso tuyo y grande frente  
mezclas en el mar hondo de Occidente,  
y en él junto el amargo llanto mío;  
5 De mi deseo vano, en quien porfía;  
de esperanza y remedio siempre ausente,  
en esta soledad por tu corriente  
hago ocasión a nuevo desvarío.  
Tú, si del canto mío un tiempo oíste  
10 el tierno son, aunque mayor que el Ebro,  
y yo cuánto menor que el claro Orfeo!  
Admite en estas ondas mi voz triste;  
que serás en los males, que celebro,  
solo mi Pimpla y mi Castalio Olmeo.

<SONETO XLI>

Viví, cuando Amor quiso, en mi cuidado  
ufano y sin temor; mas mi destino  
no sufrió, que este bien fuese contino;  
que no dura en amor un dulce estado.  
5 Desierto de remedio y engañado,  
cual mísero y errante peregrino,  
por los montes voy solo sin camino,  
de mí mismo y de Amor desamparado.  
En medio del dolor en la memoria  
10 tal vez consiento sombras de alegría;  
que engañan dulcemente la esperanza.  
Mas esto es la segur, que de mi gloria  
corta lo extremo; que en la suerte mía  
del bien nace en mis daños la venganza.

<ELEGIA V>

Pues la luz, que escogí por cierta guía,  
sombra oscura del cielo me defiende;  
llora conmigo, Amor, la pena mía.  
Ya sobre mi nubloso horror desciende,  
5 y me aflige la suerte y rinde a llanto;  
que el fuego, que me abrasa, airado enciende.  
En lágrimas deshago el triste canto,  
y en ellas ya debería estar deshecho  
el duro corazón, que sufre tanto.  
10 Qué áspera condición de fiero pecho  
en tan siniestro caso me levanta,  
y me tuerce a sufrir tan impío hecho?  
Cómo explicar podré congoja tanta,  
si faltan las palabras? si el efecto  
15 triste el sentido mísero quebranta?  
Qué podré ya temer? qué tierno afecto  
habrá, que ablande en parte mi dureza,  
pues vivo en tal dolor con mal secreto?  
Quién me impide mirar la gran belleza;  
20 el celestial semblante y armonía;  
que deterraban toda mi tristeza?  
Ya para mí se ha oscurecido el día;  
y pues en las tinieblas me lamento,  
llora conmigo, Amor, la pena mía.  
25 El puro fuego, aquel divino aliento,  
que en el blando y rendido pecho mío

mi Sol bello envió de su alto asiento;  
Se altera con rigor en hielo frío,  
y acaba de la vida ya suspensa  
30 la parte; que estrenó mi desvarío.  
Y la virtud de la alma y fuerza inmensa;  
que me llevaba sin graveza al cielo,  
entorpecida está de nieve intensa.  
Ya no pretendo yo encumbrar el vuelo  
35 a algún favor; que estoy desconfiado,  
sin bien, oscuro y derribado al suelo.  
Queda solo este bien a mi cuidado,  
renovar con dolor esta memoria;  
Amor, lloremos mi dichoso estado.  
40 A do el favor antiguo? a do la gloria  
de mi pasado tiempo y venturoso?  
a do tantos despojos y victoria?  
Collados altos; Bosque deleitoso;  
Fuente abundosa y agradable Puesto;  
45 testigos de mi bien y mi reposo,  
A do las luces y el semblante honesto?  
el oro en rico cerco recogido,  
con bello error entorno, o descompuesto?  
A do el coral lustroso y encendido;  
50 y el color dulce de suave rosa,  
tiernamente tal vez descolorido?  
A do la blanca mano y generosa;  
que el yugo puso blanda mente al cuello,  
y fue prenda a mi alma dolorosa?  
55 A do el ardor luciente del cabello?  
a do más que marfil y no tocada  
nieve del pecho tierno el candor bello?  
A do la perfección, nunca imitada,  
de aquella imagen viva y hermosura,  
60 con envidia de todas admirada?  
Qué fuerza de astro, qué cruel ventura  
puede apartarme el bien de mi deseo?  
de mi grave temor quién me asegura?  
En un mismo lugar estoy, y no veo  
65 la Luz, que a la alma da virtud crecida,  
y pierdo el bien; que siempre ver deseo.  
Grande dolor, pero en cuitada vida  
bien lo debe abrazar, quien la consiente,  
y sufre sustentar esta caída.  
70 Si donde el Sol se esconde de la gente;  
o a do en rosado carro va la Aurora

con purpúreo celaje y blanca frente,  
Fortuna, de mi daño causadora,  
me llevase esta Luz serena y bella;  
75 que humilde reconozco por Señora,  
Aunque mil muertes me ofreciese en ella.  
por la tiniebla y claridad del día  
buscando iría mi fatal Estrella.  
Y ahora una enemiga compañía  
80 el paso, al bien abierto, me deshace;  
llora conmigo, Amor, la pena mía.  
En esta soledad me satisface  
cuanto es triste, y a muchos insufrible,  
y todo extraño desconcierto aplace.  
85 Quién espera en Amor? si aborrecible  
su bien y su mal es en su mudanza,  
y, cuanto mas halaga, más terrible.  
Si pudiese perderse la esperanza,  
oh cuán breve sería el ciego engaño;  
90 que nace de amorosa confianza!  
Porque descubriría el desengaño,  
presente al cielo, que mis cuitas mira,  
la vanidad y causa de su daño.  
Mísero, quien estima, y quien admira  
95 simple tan frágil fuerza, y olvidado  
de sí, su perdición busca y suspira.  
Pues yo ausente, aún no estoy desesperado;  
para que no desmayer el dolor crudo;  
Amor, lloremos mi dichoso estado.  
100 Mis quejas oiga el ímpetu sañudo  
de Vulturno, y las lleve resonando,  
do Hiperión esconde el rayo agudo;  
Y traspase de allí al caliente bando,  
y a la llena región de fría nieve,  
105 mi cuidado y dolor multiplicando.  
Mi daño alcance, quien surcando debe  
abrir el hondo lago de Neptuno,  
y quien, oh Marte, a tu furor se atreve.  
Si se hallare desdichado alguno;  
110 que tuvo bien, y lo perdió, este puede  
consuelo en mí tener más oportuno.  
Escrita mi infelice historia quede  
en bronce; y llore de mi gloria muerta  
quejoso el mal; que a tanto bien sucede.  
115 Si algún amante en esta parte incierta  
llegare, lleno de mortal fatiga,

y con dolor herido y cuita cierta,  
Señale en esta arena, y mustio diga;  
aquí no entra, quien no es desdichado.  
120 y aquí la suerte a todo afán obliga.  
En tanto que se acerca el impío hado:  
y nos escucha esta ribera fría,  
lloremos, Ojos, mi dichoso estado.  
Llore Betis los versos; que me oía,  
125 y tú, que no te ofendes de mis males,  
llora conmigo, Amor, la pena mía.  
Las aves con sus cantos desiguales  
acompañan la voz de mi lamento,  
y de esta fuente rotos los cristales.  
130 No es mi queja mayor que mi tormento;  
que el corazón, que tengo, es bien bastante  
para cualquier profundo sentimiento.  
Mas este que padezco, va delante  
a todos cuantos tiene el Amor fiero;  
135 ni puede alguno ser su semejante.  
Desconfío, aborrezco, amo, espero,  
y llega a tal extremo el desconcierto;  
que ya no sé, si quiero, o si no quiero.  
Testigo es de mis males el desierto;  
140 que me ve en su desnuda y roja arena  
vencido del dolor y casi muerto.  
Cándida Luna, que con luz serena  
oyes atentamente el llanto mío;  
has visto en otro amante otra igual pena?  
145 Mírame en este solo y hondo río  
lamentando mi mal con su ruido,  
y me cubre del cielo el manto frío.  
Repara el carro instable a mi gemido;  
y pues Amor tocó tu exento pecho,  
150 duélete de quien ama tan perdido.  
Así el dormido Joven, satisfecho  
del hermoso fulgor de tu luz pura,  
amancille jamás tu alegre lecho.  
Pues de nieblas la faz rompiste oscura,  
155 para mirar el tiempo ufano y ledo;  
cuando pude esperar en mi ventura,  
En este mal, en que me vence el miedo,  
ofrece algún remedio a tanto daño;  
pues valer me en mis ansias nunca puedo.  
160 Que en este mi infortunio y mal extraño  
por ventura la suerte ofrecería

algún flaco reparo a tal engaño.

Mas pues Diana sigue su alta vía;  
y acogida a mis lágrimas me niega,  
165 llora conmigo, Amor, la pena mía.

Ya que mudanza a tanto mal no llega;  
y, roto del mar negro en la onda fiera,  
cruel fortuna a lástimas me entrega,

De este sonante río en la ribera  
170 esperaré, si soy de tal bien digno,  
que mi esquiva pasión conmigo muera.

Y seré en esta tierra triste indigno  
ejemplo del dolor; que Amor presenta  
al más dichoso amante y más mezquino.  
175 Cubrirá mi sepulcro esta sedienta  
arena; que el Sol hiere en luengo día,  
y un verso; que declare así mi afrenta;  
Dio ausencia y soledad, siendo su guía.  
a un mísero amador injusta muerte;  
180 Amor, que siempre fue en su compañía.  
yace con él en una misma suerte.

#### <SONETO XLVI>

Cuando de mi Luz bella el desdén siento,  
y fenecer mi gloria en tibio olvido;  
huyo señero y triste, aborrecido,  
el áspero dolor de mi tormento.

5 Mis vanas esperanzas represento,  
el poco bien, el mucho mal sufrido;  
y ausente, despagado y ofendido  
mi libertad llorada osado intento.

Pero si vos después rendido el cuello,  
10 y vieredes colgados mis despojos;  
dudad las duras armas de Amor ciego.  
Que en las lucientes hebras del cabello  
y alegre fucilar de dulces ojos  
preso, me pierdo todo, y ardo en fuego.

#### <SONETO XLVII>

Vuelvo al ufano corazón el día;  
en que mi Luz mostró su luz hermosa,  
y relució suave y amorosa,

5 bella en mis ojos igualmente y pía;  
Y acuérdome, que el Sol, que descendía,

paró al ardiente Flegón la espumosa  
rienda, y con su tardanza espaciosa  
sintió el ínfimo polo ausencia fría;  
Entonces inflamado en dulce fuego,  
10 mi gloria alabo y bien, y alegre digo;  
cuál buena suerte alcanza a mi ventura?  
No el cetro del Romano envidia y Griego;  
porque imperio mayor tiene consigo,  
quien ama soberana hermosura.

<SONETO L>

Cual dejando el Olimpo soberano,  
por la columna ebúrnea y roja frente  
las ondas y sortijas de luciente  
oro mi Luz movió en semblante humano.  
5 En ellas centellando Amor tirano,  
me anudó el corazón con red ardiente;  
y blando puso el yugo a mi doliente  
cuello entonces la tierna y blanca mano.  
Promesa fue este dulce acogimiento  
10 para el bien de esperanza glorioso,  
y fin del peso; que sufrí cansado.  
Qué no podré esperar de mi tormento,  
si en hebras, que el Sol mira envidioso,  
me hallo estrechamente relajado?

<SONETO LIII>

Ardió en las llamas de Eta Alcides fiero;  
que desdeñó el valor nunca vencido  
de su inmortal espíritu encendido  
quedar mortal, sujeto al común fuero.  
5 Tal yo, que en la serena lumbre muero  
de mi Estrella inflamado; aunque el perdido  
dolor me trae mísero rendido,  
eterno en su vigor vivir espero.  
Mas cuanto desigual es nuestra suerte;  
10 que el veneno acabó su fuerte pecho,  
y del error nació su grande gloria.  
Pero mi Luz no se preció en mi muerte,  
y yo, en sus rayos vivo incendio hecho,  
perpetua ofrezco al tiempo esta memoria.

<SONETO LV>

Ya pues que no resiste mi esperanza  
de esta ausencia mortal el golpe fiero,  
y cuido, que será dolor postrero  
este; que renació en vuestra mudanza;  
5 Acabad con mis ansias la venganza;  
que si de esta ocasión injusta muero,  
libre, que en vida triste nunca espero,  
sentiré en tanto afán tal vez bonanza.  
Y si vos no sufrís, que mi tormento  
10 ponga término al daño con la muerte;  
porque jamás descansa de mi pena.  
Diré contra mi mal; que más contento  
estoy con la dureza de mi suerte;  
pues, esto quiere en mí, quien me condena.

<SONETO LVII>

A do inclino los ojos, allí veo  
de mi ingrata enemiga la belleza;  
y en dulce sentimiento de terneza  
cuitoso con mi pena devaneo.  
5 Cuánto debo en mi mal a mi deseo;  
que entibia mi dolor con tal destreza;  
que, cuando más envuelto en mi tristeza,  
descubro lo que busco y más deseo.  
Si este engañoso velo de mi daño  
10 no sustentara el pecho, acostumbrado  
al perpetuo furor de mi tormento,  
Ya fuera muerto. mas dañoso Engaño,  
que me enlazas de nuevo en mi cuidado;  
por qué me huyes más veloz que el viento?

<SONETO LX>

No espero más de Faetón luciente,  
ni de la blanca Cintia noche, o día.  
discurra Hiperión, por otra vía,  
y Prosérpina ocupe el Oriente.  
5 Porque los dulces rayos de la frente,  
que el cielo de la Estrella ilustran mía,  
son, mi Apolo y mi Delia, cierta guía  
en la oscura tiniebla y luz presente.  
En tanta gloria ofende mi flaqueza;



10 que tolerar no puedo, en ella atento,  
cual águila, el ardor de su belleza.  
Dichoso yo, si, como el gran deseo  
de cegar en la causa del tormento,  
Argos fuera tal vez, después Fineo.

<ELEGIA IIX>

Mi Luz, el esplendor de esa belleza  
dio aliento al simple mío y débil canto,  
y de Pieria me encumbró en la alteza.  
Ni del pedido carro el miedo tanto,  
5 ni el fuego me cortó el atrevimiento;  
que Faetusa por mí acabase en llanto.  
Llegó a mi solo bien el pensamiento;  
que solo se debía a mi ventura  
tal bien, tal esperanza y tal tormento.  
10 Tanto puede el valor y hermosura  
de vuestros ojos; que temer ya dudo,  
que me cubra en olvido muerte oscura.  
No alcanzara tal bien mi ingenio rudo,  
si vuestro alegre espíritu amoroso  
15 no armara al miedo el corazón desnudo.  
Creció el ardor con ímpetu dichoso,  
y abrasó en su virtud mi tibio pecho,  
vuelto ligero todo y generoso.  
El gran Toscano amante, que, deshecho  
20 de amor, cantó su pena dulcemente;  
y quien de Adria lo sigue en el estrecho;  
Y aquel, por quien Seбето alza la frente  
con guirnaldas hermosas y corales;  
do, Pausílipo al mar airado siente,  
25 Y quien del rico Tajo los cristales,  
mezcla no inferior al Arno frío,  
tierno en encarecer sus propios males;  
No igualan con la pena y dolor mío,  
bien que suena menor al fin mi lira,  
30 ni fue tal su famoso desvarío.  
Mas pues mi alma mísera suspira  
por vos, mis Ojos, donde muero y vivo,  
flaqueza es mía, si a exceder no aspira.  
En no acabado incendio yo me avivo,  
35 y hallo efectos; que jamás pensados  
pueden ser de otro pecho, a vos esquivo.  
Estos pasos, que llevo tan contados;

el temor; el respeto; la esperanza;  
los favores, sin tiempo enajenados,  
40 En dudoso recelo y confianza,  
me tienen trasportado, y mi porfía  
sigue por toda parte su mudanza.  
Si a donde el rojo Sol su luz desvía,  
o a do hiere su fuerza ardiente arena,  
45 me pudiese poner la suerte mía;  
Entre el hielo desierto con mi pena  
estaría contento, entre la llama,  
sonando en mis pies presos la cadena.  
Yo sé, con que vigor Amor inflama  
50 sujetas voluntades, y que nieve  
lento en amado corazón derrama.  
Yo sé, que aunque de nuevo ingrato pruebe  
su saña en mí, no olvidaré el cuidado,  
ni el daño luengo, ni el descanso breve.  
55 Que, solo a do estuviere y apartado,  
la imagen de belleza soberana  
ya sabe, que en mi pecho he transformado.  
Donde jamás entró beldad profana;  
después que vi su luz, y a su deseo  
60 quedó mi voluntad rendida y llana.  
Y allí, cuando a Occidente el rayo Ideo  
va, o la Aurora su límite esclarece,  
con la más pura lumbre arder la veo.  
Mi alma goza el bien, que Amor le ofrece,  
65 y humilde envía nuevos los despojos;  
y cuanto más vencida, tanto crece  
en ella el fuego vuestro, bellos Ojos.

<SONETO LXI>

De la Luz, en que espira Amor herido,  
al corazón altivo y desdeñoso  
pasó, rompiendo, el rayo glorioso,  
la sombra, en que dormía, del olvido.  
5 Doliome entonces mucho, haber perdido  
un punto, y vi en mi mal dolor dudoso;  
gloria cierta; afán breve; bien dichoso;  
y el deseo en sus votos ya vencido.  
De hoy más amo y adoro cuantos daños,  
10 celoso de mi suerte, Amor procura,  
bienes viendo exhalar sus ojos bellos.

Eternos corran mis felices años;  
y a mi alma, abrasada en llama pura,  
siempre enlace la red de sus cabellos.

<SONETO LXII>

Si fuera esta la misma de belleza  
luz; que mi dulce Rey pintó serena,  
juzgando lo que siento de mi pena,  
pensara en ella ver vuestra grandeza;  
5 Mas tanta gloria y bien mortal flaqueza  
no admite, y del deseo me condena;  
que Amor no sufre, oh celestial Sirena,  
ni sufre veros cerca vuestra alteza.  
Y es justo, que si viera de otra suerte,  
10 creciera con tal ímpetu mi llama;  
que mis cenizas fueran los despojos.  
Mas oh dichoso yo, si de tal muerte  
acabara; que el fuego, que me inflama,  
cual Fénix, me avivara en vuestros ojos.

<SONETO LXIII>

Tú gozas la luz bella en claro día,  
dichoso Endimión, de tu Diana;  
mi Luz yo veo con la luz temprana,  
y deseando pierdo mi alegría.  
5 Tú duermes blando sueño en noche fría,  
hasta que sale la Alba roja y cana;  
yo velo con herida nunca sana  
la sombra siempre y luz sin la Luz mía.  
En tu rosada frente y dulces ojos  
10 Delia suspira; y tu robado aliento  
de su pasado afán la aquista gloria;  
Yo mi Luz sin dolor de mis enojos  
veo con rayos de oro en alto asiento,  
ingrata al que padece en su memoria.

<SONETO LXIV>

El suave esplendor de la belleza;

que alegre en vos espira dulcemente;  
y la serena luz; do Amor presente  
tiempla los puros rayos de terneza;  
5 En el más claro asiento de la alteza  
vos hacen entre tantas diferente;  
que por vos glorioso el Occidente,  
su nombre solo ensalza con grandeza.  
Mas el valor; el noble entendimiento;  
10 el espirtu; el intento generoso  
asciende a la región de luz serena.  
Y fuera del humano sentimiento,  
de Envidia sin temor llamaros oso;  
oh sola en nuestra edad bella Sirena.

<SONETO LXV>

Cuán bien, oscura Noche, al dolor mío  
conformas, y resuenas a mi llanto,  
murmurando con sordo y triste canto,  
entre estas duras peñas alto Río.  
5 Óyame este desnudo cielo frío,  
(si tanto con mis quejas me levanto)  
mas pues no espero bien en daño tanto;  
vana es la queja y mal, en que porfío.  
Rompa del corazón más tierna parte  
10 mi gran pesar; acábese encubierto;  
y a tal agravio falte la memoria.  
Que no es justo, que en esta, u otra parte  
se diga; que perdí, sin culpa muerto,  
las debidas promesas de mi gloria.

<SONETO LXIIX>

Si intentas imitar mi Luz hermosa,  
templar, oh grande artífice, procura  
en el candor de nieve llama pura,  
y confundir los lirios con la rosa.  
5 Y será el color de ellos la amorosa  
terneza; que florece con dulzura  
suavemente en su gentil figura,  
si la arte es para tanto poderosa.  
Mezcla cínamo negro y Sirio nardo,  
10 casia, incienso, en que cubre el rico nido,

vivo el Arabio Fénix en su muerte.  
Que, si no te atraviesa el duro dardo  
de su vista, dichoso y atrevido  
dar podrás muestra alguna de esta suerte.

<ELEGIA IX>

Esta amorosa Luz serena y bella,  
que en el usado curso a la alma mía  
es eterno esplendor, y al cielo estrella;  
Esta, que en sombra oscura, en claro día  
5 con el inmenso ardor me abrasa el pecho,  
quedando toda en sí nevada y fría;  
De mi dolor, del grande agravio hecho  
con su valor me paga, y aunque muero,  
me hallo en mi tormento satisfecho.  
10 Amor me trajo el mal, y en él espero  
volver al bien perdido; y si esto niega,  
el sentido acabó el dolor primero.  
Surco el áspero mar en noche ciega,  
siguiendo porfioso mi deseo;  
15 que sin pavor al piélago se entrega.  
Yo, que al fin naufragar al triste veo  
entre las altas ondas; qué esperanza  
buscar podré al temor, con que peleo?  
No procuro a mi daño seguridad  
20 en la fortuna mía, ni pretendo  
mis cuitas mejorar en la mudanza.  
Ni ya huyo, ni oso, ni defiendo  
mi alma del peligro, ni me excuso  
del mal; que en mi cercana muerte entiendo.  
25 Todo para mi pena se dispuso,  
y lo debo, pues di ocasión en ello;  
su flecha cuando Amor al pecho puso.  
Mi osado orgullo, y mi lozano cuello,  
la razón y el gallardo pensamiento  
30 quedaron enredados de un cabello.  
No siente en el yusano, oscuro asiento,  
los cien brazos y cuerpo relazado,  
Egeón con sus nudos más tormento.  
Las trenzas de oro crespo, ensortijado,  
35 que, cual cometa ardiente, resplandecen,  
esparcidas con arte, o sin cuidado;  
De quien las tersas hebras se enriquecen  
del radiante hijo de Latona,

y en color y belleza se engrandecen;  
40 Juntas en ricos cercos y corona,  
entre lucientes piedras anudadas,  
do mi impío Rey alegre se corona;  
En sus hermosas vueltas y sagradas  
el corazón llevaron, y herido  
45 halló el error y muerte en sus lazadas.  
De allí quedé sujeto y sin sentido,  
si no para dolor, y de alegría,  
en cuanto amando viva, despedido.  
Conmigo este mi afán y suerte mía  
50 temprano acabará con pena indigna;  
que no dura en dolor luenga porfía.  
Pues consiente mi excelsa Luz divina,  
que celebre la gloria de su nombre,  
y al cuerpo humano el fuego suyo afina.  
55 Hacer sublime espero su renombre,  
y que en sus fines últimas la Aurora,  
y el negro Melo y frío mar lo nombre.  
Ensalce al verde Lauro en voz canora  
el tierno, dulce y amador Toscano  
60 la belleza y el bien, que humilde honora;  
Que yo canto, aunque el duro Amor tirano  
en mis entrañas fiero el odio incita,  
el valor de mi Lumbre soberano.  
Y si en mi pena y lástima infinita  
65 se me concede espacio de reposo,  
su memoria en el tiempo será escrita.  
En tanto, a do alza Betis deleitoso  
las verdes cañas y la ovosa frente  
del puro vaso de cristal hermoso;  
70 Y con llena, espumosa, alta corriente  
entra, donde Neptuno la ancha y honda  
ribera ocupa y ciñe de Occidente;  
En la rica, dorada y fértil onda  
haré los sacros juegos en su gloria;  
75 y que el coro de Náyades responda.  
Y al árbol generoso de victoria  
rendirá el tierno Mirto, aunque mi canto  
por sí no espera honrarse en tal memoria.  
Cuantas veces reí del blando llanto  
80 de Laso; cuyo igual no sufre España;  
ni tiene a quien venere y precie tanto.  
Cualquier dolor de amor, cualquier hazaña,  
me pareció, y aquel temor fingido;

que ahora siento bien su fuerza extraña.  
85 Amor, que no comporta un atrevido  
y libertado pecho, el arco fiero  
torció, y al desarmar dio un gran sonido.  
Pasome el corazón, y con severo  
imperio me usurpó el dichoso estado,  
90 en que ufano cuidé vivir primero.  
Quedé siempre cativo y sojuzgado  
de tales dos estrellas; que en el cielo  
a todas la beldad han despojado.  
Y en la purpúrea red y rico velo  
95 de la hermosa frente vi mi vida  
presa, sin esperar algún consuelo.  
Mas tal bien y tal honra vi ofrecida  
a los trabajos míos; que contento  
justamente la di por bien perdida.  
100 De allí el soberbio y animoso intento  
oscuro de mi canto quedar pudo;  
que solo dio lugar a mi tormento;  
Y aquel rayo de Júpiter sañudo;  
y los fieros Gigantes derribados;  
105 principio de mis versos grande y rudo;  
Y el valor de Españoles, olvidados  
fincaron; que pudieron en mi pena  
más mis nuevos dolores y cuidados.  
Entre armas y entre hierro mal resuena  
110 cansado, el noble espíritu amoroso,  
del mal; que su sosiego desordena.  
Dichoso, quien en verso generoso  
celebra las hazañas inmortales,  
y el vigor y el esfuerzo valeroso.  
115 O quien en las regiones celestiales  
termina el vuelo, y de su cumbre mira  
la vanidad y cosas de mortales.  
Quien de una bella Luz arde y suspira;  
quien se ve condenado al mal presente;  
120 que de su pensamiento no retira,  
No puede contemplar al Sol luciente,  
ni admirar la virtud y el nombre ajeno;  
que Amor tanto reposo no consiente.  
Basta el dolor, en que muriendo peno,  
125 si cabe esta memoria en el mal mío,  
y de mi gloria ausente el tiempo bueno.  
Mas yo temo, que yace en horror frío  
(que el ánimo es présago de su daño)

del olvido, en que triste desconfío.  
130 Fue siempre a mi deseo Amor extraño,  
indució mi congoja y sentimiento,  
y me encubrió la sombra de mi engaño.  
Mas pues que desconhorto el pensamiento,  
o siga olvido, o el desdén me hiera,  
135 ya estoy hecho a cansar el sufrimiento.  
Por do me lleva injusta suerte fiera,  
irán conmigo solos mis enojos,  
hasta el fin miserable, que me espera.  
Y siempre volveré los mustios ojos,  
140 donde quedó (y do yo quedar deseo)  
mi gloria, mi fortuna y mis despojos.  
Si de ellos levantara algún trofeo  
mi Luz, espero ver, que por ventura  
tierna se muestre y mansa a mi deseo.  
145 No es de roca engendrada alpestre y dura,  
es blanda y cortésmente piadosa,  
y causa mi pasión mi desventura.  
En color de suave y pura rosa,  
dulces ojos y angélica armonía,  
150 y noble trato y gracia deleitosa.  
No reina crueldad, ni ser podría,  
que en celestial belleza se hallase  
deseo de la pena y muerte mía.  
Si a los hondos estrechos me llevase  
155 Amor del Indo Océano, o perdido  
en la Africana arena me abrasase;  
Firme siempre estaría, no rendido;  
que en pecho, más que fino diamante,  
está fijo el cuidado y esculpido.  
160 Si puede ser, que Hiperión levante  
primera luz de España, y que el corriente  
Ganges no entre en el golfo resonante;  
Esperar se podrá; que al pecho ardiente  
oprima el frío intenso de la nieve,  
165 o mitigue su fuego vehemente.  
La lluvia, que en mi faz continuo llueve,  
regalar puede bien el duro hielo,  
aunque apretar su fuerza Aquilón pruebe.  
Gracias humilde hago al alto cielo;  
170 que, ya que me perdí en mi daño cierto,  
mostró en mi tiempo esta mi Estrella al suelo.  
Amor, cuando el pesado cuerpo muerto  
mi espíritu dejare, a mi Luz bella



presenta mi peligro descubierto.  
175 Que una lágrima puede sola de ella  
renovarme la gloria de la vida.  
dichosa, si tal bien hallase en ella!  
En tanto que mi suerte aborrecida  
me aqueja, cantaré desamparado  
180 mi presente fortuna y la perdida,  
de todas esperanzas apartado.

<SONETO LXXII. A Fernando Melendes de Cangas>

Ya que nublosa sombra cubre y frío  
la blanca frente de este monte alzado;  
y del grave Aquilón aliento helado  
retarda el lento curso al hondo río;  
5 Siento de ingrata mano al pecho mío  
nieve arrojada, y siento desmayado  
mi fuego; y culpo mi deseo osado,  
y de Amor el tirano señorío.  
Que por un vano bien; que huye luego,  
10 y me deja dolor eterno; pierdo  
de libertad amada la nobleza.  
Mas oh que acierta mal, quien anda ciego!  
y el que cuida, Fernando, ser más cuerdo,  
descubre en tal hazaña más flaqueza.

<SONETO LXXIII>

Canté quejas y afán de injusta pena;  
que padecí cuitoso y ofendido,  
a todas las desdichas ofrecido,  
en que el Amor a un mísero condena.  
5 Fue el premio en tibia voluntad ajena  
dolor con esperanza, a do perdido  
deseo me inclinó, y al fin vencido  
traigo a fuerza arrastrando la cadena.  
Tú, a quien rinden su gloria insignes ríos,  
10 favorece, Tarteso padre, el canto;  
que tierno y simple en honra tuya espira.  
Que, si me dan lugar los males míos;  
no solo oirás de Amor gemido y llanto,  
más hazañas; que Marte airado inspira.

<SONETO LXXIV>

La Hidra de amoroso pensamiento,  
que rota del acero siempre crece;  
contienda áspera a la alma triste ofrece,  
rendida a la impía fuerza del tormento.  
5 Si del olvido justo y sentimiento  
la aguda espada en ella se entorpece;  
y con su daño fértil reverdece,  
por un cuidado muerto alzando ciento;  
Forzoso es el socorro al ya cansado  
10 Alcides del trabajo; porque en fuego  
con el desdén la acabe el duro hierro.  
Mas recelo; que en Juno Amor trocado  
la suba al cielo, y crezca en vano luego  
con nueva confusión más grande el yerro.

<SONETO LXXVI>

De mi blanca Sirena la luz pura  
de tierna y bella nieve se vestía,  
y entre aquel frío dulce Amor traía  
llamas, en que mi alma ardiendo apura.  
5 Al son suave, lleno de dulzura  
mi preso corazón con gloria mía  
deja el cuerpo, y las alas de alegría,  
a perderse en sus ojos, apresura.  
Cuando el hielo se rompe, y encendido  
10 reluce, y el color de ardiente rosa,  
y el pecho afina en su beldad serena.  
Y yo, con tanto bien enriquecido,  
me renuevo con vida gloriosa  
en la inmensa virtud de mi Sirena.

<ELEGIA X>

Qué señales presentes de tristeza  
me roban la esperanza de alegría,  
y me rinden sujeto a su dureza?  
Qué noche de dolor me cierra el día?  
5 y qué niebla del cielo oscurecida  
destiñe el fulgor puro a la Luz mía?  
Oh mísero quien sufre en triste vida  
los asaltos de Amor, y ya no siente  
remedio a su fortuna aborrecida.

10 No veré yo mi Luz resplandeciente,  
que esclarezca en mis ojos, y el hermoso  
ardor y crespos lazos de la frente?  
Aún no es grave este mal, que si penoso  
esperase después mudar ventura,  
15 y ver aquel semblante generoso;  
No vendría a tener por desventura  
la soledad; que muerta en quien bien ama,  
pierde en él su rigor la muerte oscura.  
Y tornaría aquella ardiente llama  
20 con la vista a abrasar me en la presencia  
del fuego, en que mi alma ausente inflama.  
Temo empero, que en esta luenga ausencia  
me desampare solo en el camino,  
y desfalezca al mal con la paciencia.

25 El cielo, que entre el cerco cristalino  
de sus astros intenta sostenella,  
claro día podrá tener continuo.  
Será, si esparce mi luciente Estrella  
su esplendor y su fuerza al frío suelo,  
30 más dichosa la tierra y siempre bella;  
Más hermoso el purpúreo, abierto cielo,  
pero yo más mezquino y desdichado,  
y entregado a perpetuo desconsuelo.  
Qué corazón tendré en mi mal, cuitado?

35 qué dureza habrá en mí, si yo no muero  
de terrible dolor atravesado?  
Tú Ánimo, présago lastimero  
de mi infelice suerte, el cuerpo al punto  
desnuda del sutil vigor ligero.

40 Que, como en el amor le fuiste junto,  
justo es, que en tal estrecho no te alejes  
de aquel divino y celestial trasunto.  
Y, antes que el peso inútil veloz dejes,  
lleva del muerto amante la memoria;

45 aunque tardando con razón te quejes.  
Sienta el mísero cuerpo alguna gloria,  
(si puede sentir bien helado y frío)  
y tu goza felice tu victoria.  
Mas oh dolor, oh extraño desvarío,  
50 quién me ofreció este mal de triste muerte?  
de qué nace este vil recelo mío?  
Es de alta y soberana, eterna suerte  
esta mi sola Lumbre de belleza,  
y el hado; opuesto a ella, es poco fuerte.

55 Tan rara perfección, tanta grandeza  
no sufre, como yo, mortal mudanza,  
es luego eterno su valor y alteza?  
Pero en el golfo airado sin bonanza,  
donde se halla nunca algún sosiego;  
60 y falta en el peligro la esperanza,  
Se cansa y se fatiga el vital fuego,  
y desea arribar al rico asiento;  
do segura desprecie el furor ciego.  
Esto es lo que recelo descontento;  
65 y porque el corazón jamás rendido,  
se desmaya, y se muere el sufrimiento.  
Siempre cuidado tal cayó en olvido,  
que si el temor, que tengo, me hiriera,  
hallara Amor el paso defendido.  
70 Si la pasión de la alma consintiera,  
venciera esta aflicción, que me atormenta,  
y descansado de este afán viviera.  
Mas amo, y busco, y hallo al fin mi afrenta,  
y sigo el ancho paso de mi daño;  
75 por donde la ocasión me lo presenta.  
Nueva Pena y Temor; Furor extraño;  
y vos, en quien mi rostro se humedece,  
Lágrimas; Esperanza; Error y Engaño,  
Porque el usado brío en mi fallece,  
80 pues en esta sospecha no estoy cierto?  
por qué el frío mis venas entorpece?  
Si es porque muera ausente, ya estoy muerto;  
después que mis dos luces me dejaron  
con soledad penando en el desierto.  
85 Todas las esperanzas me faltaron,  
y contra la fortuna de mi vida  
Amor y el cielo airados conspiraron.  
Ella será temprano mal perdida;  
que en tan terrible mal muy poco puede  
90 la fuerza, que en sí tiene enflaquecida.  
Si Amor este deseo me concede;  
que, faltando primero del aliento  
libre de este pesar y afrenta quede;  
Daré por bueno yo mi apartamiento,  
95 y, triste sepultado en este ajeno  
campo, descansaré de mi tormento.  
Que mi Lucero el esplendor sereno  
difundirá a mi túmulo dichoso,  
de eterna y nueva lumbre siempre lleno.

100 Y entonces, con el vuelo glorioso,  
ilustrando la sombra de Occidente,  
al cielo se alzar  victorioso.  
Saturno frío, el impío Marte ardiente  
tendrán de sus clarísimas centellas  
105 virtud y luz más pura y excelente,  
y el coro de las cándidas estrellas.

<SONETO LXXXII>

Un tiempo, aunque fue breve, os  atrevido,  
por ventura atendiendo la victoria,  
quejar y de mi afán mostrar la historia  
a quien me trae en ciego error perdido.  
5 Ahora, o con más lastima ofendido  
o cierto de la falta de mi gloria,  
no hago de mis males más memoria;  
que si yacieran solos en olvido.  
Pero el silencio al fin no puede tanto;  
10 que en soledad no rompa, y, lo que impide  
su vista, escribo del dolor forzado.  
Comienza el día, y doy principio al canto  
y llanto; que en la noche Amor despide,  
y llanto y canto avivan mi cuidado.

<SONETO LXXXIV>

Mi pura Luz si olvida el f ertil suelo,  
que Betis enriquece en Occidente;  
y abre las frías nubes con ardiente  
rayo, esparciendo en torno el rico velo;  
5 El asiento más digno será el cielo  
al sacro esplendor suyo reluciente;  
y de all  con las llamas de su frente  
romper  el rigor duro al torpe hielo.  
O, ya que aun no se debe a la belleza  
10 sin el riesgo de ausencia, será el grado  
propio el pecho, do yace obedecida.  
Que a tal valor del mundo la grandeza,  
o la alma, en sus centellas encendida,  
es de esta excelsa Luz lugar sagrado.

<SONETO LXXXV>

Nunca mi mal terrible sentiría,  
ni descansar querría de mi pena;  
si cuidase tal vez, que mi serena  
Luz alegre y suave me sería.  
5 Mas no sufre la indigna suerte mía  
esta gloria, y de sí la aparta ajena;  
y a rendir la esperanza me condena;  
porque osé, y di lugar a esta osadía.  
Haga el cielo, que pierda en menor daño  
10 la memoria de aquel atrevimiento;  
que tuve en ver mi afán no aborrecido;  
Cuándo agradó a mi Bien, que en dulce engaño  
sufriese ufano y ledó el mal, que siento.  
mas qué vale, a quien muere en tibio olvido?

<SONETO LXXXVII. Por la Vitoria de Lepanto>

Hondo Ponto, que bramas atronado  
con tumulto y terror, del turbio seno  
saca el rostro, de torpe miedo lleno;  
mira tu campo arder ensangrentado,  
5 Y junto en este cerco y encontrado  
todo el Cristiano esfuerzo y Sarraceno;  
y, cubierto de humo, y fuego y trueno,  
huir temblando el impío quebrantado.  
Con profundo murmurio la victoria  
10 mayor celebra; que jamás vio el cielo,  
y más dudosa y singular hazaña;  
Y di, que solo mereció la gloria;  
que tanto nombre da a tu sacro suelo,  
el Joven de Austria y el valor de España.

<SONETO XC>

Aquí, do me persiguen mis cuidados,  
solo, sin mi Luz bella, y ofendido,  
en noche de dolor siempre escondido  
lamento mis deseos engañados.  
5 Vuelvo a ver mis contentos ya pasados,  
para mayor afán; que el bien perdido  
más duele al que se ve en confuso olvido,  
y contra sí sus males conjurados.  
Cuanto intento alentar mi acerba pena;  
10 y cuanto fundo en esperanza y tengo,

todo gasta y destruye mi tormento.  
Vos, que, rota de Amor la impía cadena,  
respiráis del trabajo; que sostengo,  
dadme esfuerzo en tan grave sentimiento.

<SONETO XCV>

Huyo la blanda voz y el tierno canto;  
que en celeste armonía espira y suena,  
de esta, de España luz, gentil Sirena,  
mas vuelvo al fin sujeto al dulce encanto.  
5 Bien sé, que este placer acaba en llanto;  
que esto es imagen cierta de mi pena,  
y Amor injusto siempre me condena;  
porque sirvo, y padezco y sufro tanto.  
Ulises, que pudiste venturoso  
10 surcar, seguro y sin temor del daño,  
el golfo de la bella Leucosia;  
Cuánto fueras más grande y valeroso,  
si tentaras perderte en este engaño,  
oyendo a la inmortal Sirena mía.

<CANCIÓN VII>

Ya bien podrás hartar de tu crudeza,  
Amor, en mi herido pecho el hierro;  
y tu rabia ensañar en mis entrañas.  
mas no podrás hacer, que mi dureza  
5 dude ya mayor mal; ni en mi destierro  
que la vengza el temor de tus hazañas.  
son tales tus extrañas  
leyes y condición; que ya no espero  
remedio, ni lo quiero.  
10 antes ufano abrazo el daño todo  
de esta mi perdición; que el dolor fiero  
no da lugar al bien en algún modo.  
véngate en mí, Cruel, que estoy desierto,  
en pena vivo siempre, en gloria muerto.  
15 No deja respirar el golpe crudo  
al triste corazón, ni deja al llanto;  
que quiebre su furor, antes los ojos  
secos, y el rostro de pasión desnudo  
fingen ledo semblante. pero cuanto  
20 procuran encerrar de sus enojos,  
son míseros despojos

de obstinación confusa y clara afrenta.  
quién habrá, que consienta  
tanto mal, y lo esconda en ciego olvido,  
25 sin que memoria alguna de él se sienta?  
mas oh cuánto es mejor, que esté perdido  
en silencio; pues cabe tal cuidado  
solo en mi corazón desesperado.  
Es, cuanto pienso, lástima, es tormento.  
30 el bien me cansa, aflige la alegría;  
que sin envidia en otra gente veo.  
temo el favor; procuro el descontento;  
reposo en la mudanza esquiva mía;  
y tan ajeno estoy de buen deseo;  
35 que olvidar me deseo  
de todo, lo que fue mi bien y gloria.  
qué presta la memoria,  
de perdidos contentos en un triste?  
qué pequeño triunfo, qué victoria  
40 tan corta, Amor, en acabarme hubiste?  
hubiste, Amor, victoria de tal suerte;  
que estoy, vencido al fin, más duro y fuerte.  
Los ojos abro, solo a ver mi daño,  
y holgarme con él sin confianza;  
45 pues desamparo ya sin ella el miedo.  
y valgo tanto ya en el desengaño;  
que, aunque me siento extraño de esperanza,  
como volver a ella nunca puedo,  
cobro tanto denuedo;  
50 que, si tal vez me acuerdo, que la tuve,  
y con ella sostuve  
los males, que me dio tu mano fiera,  
cuando en más bien con más favor estuve;  
aborrezco los días y primera  
55 ocasión; que me trajo al desvarío,  
y alabo esta ventura del mal mío.  
El rayo de los tiernos ojos bellos;  
el color dulce y pura faz serena;  
que mi soberbia frente quebrantaron,  
60 el rico y terso lazo de cabellos;  
que prendieron mi alma en su cadena;  
y mil trofeos de ella levantaron;  
y en tu templo colgaron  
mis despojos, Amor, ya poca parte  
65 serán, para estimarte.  
osado pecho tengo y generoso;



que se atreve a mostrarse, sin dudarte,  
contrario de tu nombre poderoso.  
bien puedes revolver en guerra luego  
70 contra mí el aire, el mar, la tierra, el fuego.  
Si, en cuantos, impío, ofendes, hay alguno;  
que se espante de ver mi atrevimiento;  
y tenga de mi pérdida recelo;  
crea; que mi dolor me fue importuno;  
75 y que un desesperado pensamiento  
se obliga mal a recibir consuelo.  
pero yo qué recelo?  
que contra ti, oh cruel, oh mi enemigo  
pocas injurias digo.  
80 y pues llego en el daño a tanto extremo;  
que estoy solo en estrecho sin amigo,  
esfuérmeme en el mal, y no lo temo;  
que no rehúye alguna desventura,  
quien tiene tan perdida la ventura.

<SONETO XCVII>

Sol, que con alas de oro vas luciente,  
y al Euro tu primero ardor colora;  
mostrando al blanco cerco de la Aurora  
la fogosa corona y roja frente;  
5 Cuando el ondoso claustro de Occidente  
entrares, donde reina alegre Flora;  
si la Luz, que este ausente amante adora,  
vieres, lleva esta triste voz doliente.  
Después que vos dejé, mis bellos ojos,  
10 y en puras perlas Hebras enlazadas,  
la noche oscureció al sereno día.  
El bien me falta, y sobran los enojos;  
y en horas de tristeza mal contadas  
ningún lugar me queda de alegría.

<SONETO XCIIX>

Tiempo fue de dolor, el que yo tuve  
sujeto a dura voluntad ajena.  
Tiempo fue, en que perdí mi grande pena;  
mas en perder más fiero mal sostuve.  
5 Tiempo fue de mi afrenta aquel, do estuve  
atado y sin valor en la cadena.  
Tiempo fue, en que cerré a la luz serena

los ojos, y en error perdido anduve.  
Tiempo es ya, que no duerman en su engaño,  
10 mis sentidos; ya es tiempo; que deshaga  
la razón mi porfía y devaneo.  
Que ya no es justo conocer el daño,  
y abrazar la ocasión; aunque en la llaga  
siempre abierta respire mi deseo.

<SONETO XCIX>

Ya que la grande fe del amor mío,  
y el eterno dolor de mi tormento  
no pueden descubrir un sentimiento  
liviano en vuestro ingrato pecho frío;  
5 Mostrad con más desdén mayor desvío;  
porque con el afán, que triste siento,  
o acabe en triste muerte el descontento,  
o huya este confuso desvarío.  
Antes, pues más no sufre el mal presente,  
10 volved, fiera Enemiga de mi gloria,  
la dulce libertad, que yo tenía.  
Porque de vos ya pierdo osadamente  
sin esperanza alguna la memoria.  
mas ay cómo me engaña esta osadía.

<SONETO C>

Bien puede el vano error y la porfía  
de mi ardiente deseo desfrenado  
llevarme en su furor arrebatado,  
y oscurecerme el cielo en claro día;  
5 Que al fin la Luz serena, que me guía,  
la vista abre de nuevo a mi cuidado;  
y de improviso horror todo ocupado,  
repugno a la perdida suerte mía.  
Respiro ya del importuno peso;  
10 y, aunque no arrojo el yugo sacudido,  
no me oprime la fuerza del tormento.  
Ni libre canto ya, ni lloro preso;  
ni sano, de mi llaga, ni herido,  
dudoso estoy en confuso sentimiento.

<SONETO CI>

Ya comienza a mudar su faz el cielo  
sereno de mis días no turbado;  
ya tornan a estrecharme mis cuidados;  
y Amor en fuego vuelve el tibio hielo.  
5 Incauto en tantos daños alzo el vuelo  
de atrevidos deseos no cansados;  
que van, en lo que siguen, tan cebados;  
que pierden al peligro ya el recelo.  
Ufano intento, débil esperanza  
10 y pocas fuerzas hacen, que fallezca  
en medio del camino la osadía.  
Cuando trocare el caso esta mudanza;  
será, para que siempre en mal padezca,  
quien yerra, y persevera en su porfía.

<ELEGIA XII>

Las quejas, y suspiro y llanto luengo  
de mi pasado daño, en tanto extremo  
descubran la pasión, del mal que tengo.  
Presente está el cruel dolor; que temo,  
5 y conmigo no finca la esperanza;  
que de mi triste afán fue el bien supremo.  
Miserables efectos de mudanza,  
que roban de mi dulce primavera  
las flores con perpetua mal andanza.  
10 Perdida bien en otro tiempo fuera  
la vida, cuando lleno de alegría  
mi muerte más plañida ser pudiera.  
Pero en esta mezquina suerte mía  
qué consuelo tendré, si en tal estado,  
15 mi niebla oscureció a la luz del día?  
Si yo me hubiera tanto recelado  
de peligros de amor, con más paciencia  
sufriera este dolor necesitado.  
Mas quien favorecido en la presencia  
20 estuvo siempre; no esperó, a su gloria  
que nuciera la fuerza de la ausencia.  
Antiguas ocasiones y memoria,  
y mis nuevos trabajos representan  
la esperada promesa de victoria.  
25 Los bienes y los males más me afrentan;  
cuando inquiere razón, para librar me

de los lazos de Amor, que me atormentan.  
Pueden mis pensamientos animarme;  
para mostrar ausente sufrimiento,  
30 no osando en el peligro conhortarme.  
No se debe a mi grave sentimiento  
ya compasión alguna, antes conviene  
un extraño linaje de tormento.  
En tanto mal no sé, por qué sostiene  
35 mi espíritu la vida, ni si es justo,  
que en mísero temor se canse y pene.  
Amor me lleva ausente por su gusto;  
para extremar en mí toda crudeza,  
y obedezco por fuerza el mando injusto.  
40 Si mi pecho constante con dureza  
se vio, sin confianza y osadía  
conocerá su ímpetu y braveza.  
No doy lugar al bien, en que me vía;  
después que, puesto solo en el desierto,  
45 mi niebla oscureció a la luz del día.  
Cuanto al dolor terrible ya estoy muerto;  
pero en la honra de sufrir tan vivo,  
que a su rigor opongo el pecho abierto.  
Quien me juzgó otro tiempo muy esquivo,  
50 no me culpe, si estoy sin fuerza alguna;  
que con el mal perdí el intento altivo.  
Cúlpeme, si abrazare esta importuna  
cuita en el corto espacio de mi vida,  
si otra vez esperare en tal fortuna.  
55 Yo tengo la esperanza aborrecida,  
y tengo amor, y sé que no me engaño;  
pero no sé, en qué parte en mí se anida.  
No siente, quien no sabe, que es el daño  
de amor desesperado, cual el mío,  
60 revuelto en el horror del desengaño.  
No espero, y amo; y huyo ya, y porfío;  
y si busco pretexto a mi ventura,  
es inútil, pues temo y desconfío.  
No se vio, cual la mía, desventura;  
65 mas, mirando a la causa, do procede;  
bien debida al furor de tal locura.  
El temor de no ver tanto en mí puede;  
que derriba mis vanos fundamentos,  
y ver mi adversa suerte no concede.  
70 Cuidé tener seguros mis intentos,  
cuando en mar sosegado navegaba

con próspera bonanza y frescos vientos.

Mas ensañose tempestad tan brava;  
que las crespadas ondas de alegría  
75 en altos montes de agua levantaba.

Corrió fortuna allí la nave mía:  
y, sin que me valiera confianza,  
mi niebla oscureció a la luz del día.

Ya tarde puedo yo aguardar mudanza;  
80 si no espero remedio, ni lo pido,  
ni me asegura Amor más esperanza.

Tan mísero me veo y confundido,  
y rendido a la pena; que imposible  
será, cual yo, hallar otro perdido.

85 El afán, que padezco, es insufrible;  
mas por aquella Luz, do Amor florece,  
cuanto es más grave, me es más aplacible.

Favor de la ventura no merece,  
quien por temor del mal del bien rehúye;  
90 y al peligro su vida nunca ofrece.

El suceso en mil casos varios huye,  
cuando se pesa más y considera,  
y toda la esperanza se destruye.

A la entrada difícil y carrera  
95 del amoroso y ciego laberinto  
no aprovechó temer mi suerte fiera.

Amor halló mi pecho en el procinto  
tan gallardo y soberbio; que no pudo  
ser más bravo el que rige a Delo y Cinto.

100 Mas vibrando sañoso el rayo crudo.  
temblome el corazón, y desmayado  
dejé caer medroso el fuerte escudo.

Allí, cuando yo fui desamparado,  
fuera justa la muerte por castigo;  
105 pues perdí mi temor y mi cuidado.

Confío yo mi vida a mi enemigo;  
muéstrole la ocasión para mi pena,  
y laméntome de él, como de amigo?

Ya no daré razón tan cierta y buena,  
110 que me excuse de afrenta en mi porfía;  
ni habrá ya a quien admire mi cadena.

En soledad estoy sin alegría,  
y me asombra el dolor; porque en una hora  
mi niebla oscureció a la luz del día.

115 Gime conmigo el Sol, conmigo llora  
el Héspero, y la Noche se lamenta,

y conmigo te quejas, roja Aurora.  
Quién es tan olvidado, que consienta,  
y procure lugar para su muerte;  
120 tomando la ocasión, que se presenta?  
No recelo el dolor del trance fuerte,  
sino que estoy ausente; y que, si muero,  
no puede haber memoria de mi suerte.  
Si fuera piedra yo, si duro acero,  
125 comportara mis ansias; mas (cuitado)  
no tengo en tanto mal el pecho fiero.  
El ánimo en mis llamas abrasado,  
después de roto el nudo, alzaré el vuelo  
al trono, donde está sacrificado;  
130 Yo quedaré desierto en este suelo,  
premio digno a mi lástima penosa,  
y lo espera, quien ve mi desconsuelo.  
Tú, si bañare tu ribera oncosa,  
Tartesio Río, mi sepulcro; suena,  
135 hiriendo triste en él con voz quejosa.  
Pues no se condolece de mi pena  
un pecho ingrato, y sin amor, lloroso  
sus iras impías y mi mal resuena.  
Podrá ser, que, en la muerte venturoso,  
140 alcance claro nombre y escogido  
de constante amador y no dichoso.  
Pero ya que me veo al fin partido,  
de mis bellas estrellas desterrado,  
do no puedo, ni espero ser oído;  
145 Y que, a molesta ausencia condenado,  
relucho, contrastando al dolor mío,  
protesto; que en mi mal no soy culpado;  
No para atender bien; que en pecho frío  
no cabe compasión de mal extraño,  
150 ni admite Amor tan áspero desvío.  
Mas para no dar fuerzas al engaño,  
por donde me conduce solo, ausente,  
con que pueda culparme en tanto daño.  
Y pues Amor mis lástimas consiente,  
155 no quiero yo vedar a mi memoria  
cosas; con que mi pena se acreciente.  
Los favores, que fueron rica historia  
y dichosos despojos de alegría;  
los perdidos contentos de mi gloria  
160 Sean triste desdicha y suerte mía,  
pues en seguro y llano y ledó estado

mi niebla oscureció a la luz del día.  
Mas porque no se ofenda el bien pasado;  
aunque es agravio injusto al pensamiento,  
165 quiero el dolor por él sufrir doblado.  
Pero tengo tan tierno el sentimiento;  
que me enflaquece, y temo la caída;  
que mal se pierde tanto laxamiento.  
El riesgo no me turba de la vida;  
170 que abandono el temor con el deseo,  
y la esperanza yace confundida.  
Bien puedo ya decir; que no deseo,  
mas dudo la memoria; que persigue  
mi alma, a do mis bienes, triste, veo.  
175 Amor qué bien, o qué valor consigue,  
trocando a cada paso mi tristeza?  
qué gloria de mal nuevo se le sigue?  
Si yo me viera rico y en grandeza;  
si estuviera rebelde y no vencido;  
180 si pudiera perder en mi pobreza,  
Mostrara en mí la fuerza de su olvido;  
vengara su desdén; su airado pecho;  
y trajera contino perseguido.  
Mas a quien olvidado ya y deshecho  
185 está de su furor; a quien no siente;  
a quien llegar no puede a más estrecho,  
Para qué lo maltrata? que ni ausente,  
ni preso y desdeñado, ni sujeto  
tengo más que sentir, que me atormente.  
190 Si algún bien esperara, yo prometo,  
que de grado escogiera este importuno  
dolor; que no permite estar secreto.  
Mis males cuento todos de uno en uno,  
hallo poca razón, y no me atrevo  
195 a consolar mi ofensa con alguno.  
Confórtome con esto; que no debo  
mas a mi bien; que no haya merecido;  
y que en estos mis males no soy nuevo.  
Y así triste y lloroso me despido  
200 de la alma ; que me da el postrero aliento,  
si del cielo no soy favorecido.  
La voluntad rendida le presento  
otra vez, y consagro los despojos  
de este mal y cuitoso apartamiento.  
205 Que no es mucho, que guarde mis enojos  
con las ricas memorias de alegría;

pues voy solo y ausente de sus ojos.

Pero si la infelice suerte mía  
la mueve tiernamente a mi cuidado,  
210 huirá mi niebla de la luz del día.

Y, siendo de sus rayos inflamado,  
aquí, do estoy ausente en dolor fiero,  
renovaré la gloria al mal pasado.

Después de tanta sombra el Sol espero;  
215 que el día ilustrará a la noche oscura,  
y en aquel dulce bien de amor primero  
los ojos fijaré en mi Lumbre pura.

<SONETO CVI>

Hurtadas glorias de esperanza incierta;  
vanos efectos; días mal gastados  
dieron triste principio a mis cuidados,  
y ocasión a mis lástimas abierta.

5 De mi favor y mi alegría cierta  
los pasos fueron súbito cortados;  
y fueron mis dolores renovados  
con la memoria de mi gloria muerta.

Ahora queda inútil esperanza;  
10 frío; calor; temor; suspiro y llanto;  
y solo Amor, en mi engañada suerte.

No deseo tornar en confianza;  
que no hay corazón, que sufra tanto;  
ni aun bien, que me defienda de la muerte.

<SONETO CVII>

Solo de unos honestos, dulces ojos  
tengo lleno mi alto pensamiento;  
solo de una belleza cuido y siento;  
que da justa ocasión a mis enojos.

5 Solo me prende un lazo; que en manojos  
de oro esparce el Amor al manso viento;  
solo de una grandeza mi tormento  
procede; que enriquece mis despojos.

No escucho otra voz, ni amo, y no me acuerdo  
10 de otra gracia jamás, ni espero y veo  
otro valor igual en mortal velo.

Si no fuese saber, que ausente pierdo



la gloria, que se debe a mi deseo,  
nunca más bien de Amor me diese el cielo.

<SONETO CIX>

Aquí yo vi el luciente y puro velo  
por los hermosos hombros esparcido;  
que se puso en mi cuello, y sacudido  
a la aura el oro retocó en su vuelo.  
5 Cual baja el bello Amor del alto cielo,  
con crispante esplendor esclarecido;  
tal mi Luz pareció con encendido  
vigor; que hace ilustre y rico el suelo.  
Mis ojos, que gozaron esta gloria,  
10 son dichosos, y guardan la alegría  
para el dolor; que la alma presa siente.  
O que dulce holganza a la memoria,  
dulce bien y regalo de aquel día;  
que siempre alabo en soledad ausente.

<LIBRO TERCERO>

<SONETO I>

Las armas fieras cante, el triste hado  
del soberbio Ilión, ceniza hecho;  
el impío orgullo; el temerario pecho,  
con saeta celeste atravesado;  
5 El mar, nunca primero navegado,  
y duras peñas del concurso estrecho;  
de Centauros el ímpetu deshecho,  
o Egeón con cien brazos indignado;  
Quien en la Aonia selva ornó su frente,  
10 habitador de la Cirrea cumbre;  
para vencer la muerte con memoria.  
Que yo solo (si Amor tal bien consiente)  
mi pura Estrella, canto vuestra lumbre;  
que me afina en las llamas de su gloria.

<SONETO III>

Quién rompe mi reposo? quién desata  
el dulce sueño al corazón cansado?  
quién despierta el temor de mi cuidado?  
quién mi sosiego amado desbarata?  
5 La fuerza de mi afán, que me maltrata,  
turbando mi descanso; y tan pagado  
estoy del mal; que, en él enajenado,  
de lo más el sentido se recata.  
Fuera yo a mi pasión no agradecido,  
10 si no buscara extremos en la pena;  
como en la presunción de mi osadía.  
El bien de mi dolor tan bien sufrido  
es, pensar que, cuan fiero me condena,  
tanto es mayor con él la gloria mía.

<SONETO IV>

Ojos, en quien mi espíritu respira  
tal vez, ardiendo en lúcidas centellas;  
ojos no, mas purísimas estrellas;  
rayos, que el Sol menor celoso mira;  
5 Rico puesto, a do solo Amor espira,  
dichoso, en las eternas luces bellas;  
y sus llamas afina, y tiempla en ellas  
siempre fiero y cruel la aguda vira;  
No alcanza nombre alguno a la belleza  
10 vuestra, y así no digo cuanto siento;  
que tanto bien no cabe en voz humana.  
Baste, que para osar a vuestra alteza,  
vos llame; oh dulce causa a mi tormento,  
ojos de mi Sirena soberana.

<ELEGIA I>

Bien debes esconder, sereno Cielo,  
tus luces, y tejer de oscuro manto  
en torno luengamente el ancho velo;  
Y España deshacerse en mustio llanto,  
5 y volver en un triste sentimiento  
siempre la dulce voz, y alegre canto;  
Y Betis remover del hondo asiento  
negras ondas, creciendo el mar hinchado  
el curso de su mísero lamento;  
10 Pues oh dolor, tarde temido, el hado

pudo airado robar la luz hermosa  
al suelo eternamente despojado.  
Perpetua sombra y niebla tenebrosa  
desconhorte los pechos, espantados  
15 de dureza tan áspera y llorosa.  
Acábense con este los cuidados;  
las congojas antiguas; y el gemido  
por todos los sucesos desdichados.  
El Sol de hermosura esclarecido,  
20 rayo de la divina hermosura  
yace en fría tiniebla oscurecido.  
Quien pudo ver la luz suave y pura,  
clarísima Heliadora, de tus ojos,  
nunca esperó tan grande desventura.  
25 Las ricas hebras, lúcidos manojos  
de oro terso, sutil, y ensortijado,  
son ya de muerte míseros despojos.  
Vese el dulce color amortiguado,  
y sin vigor la bella y blanca frente;  
30 y queda el cuello apuesto derribado.  
El blando trato; el corazón clemente;  
la gracia generosa y cortesía;  
la fe y modestia y la virtud presente  
Entrega un desdichado, y cruel día  
35 en duros brazos de la muerte fiera,  
cuando menos al miedo se debía.  
Esta engañosa vida lisonjera,  
desierta y en confuso error perdida,  
después de tanto mal qué bien espera?  
40 Con esta triste y última partida  
es dulce vida ya la amarga muerte,  
y amarga muerte ya la dulce vida.  
Ningún caso tan áspero, o tan fuerte  
estrage, y ningún ímpetu sañoso  
45 del Cielo; que contrasta nuestra suerte,  
Puede; aunque, quebrantando proceloso,  
arranque gruesos muros bien trabados,  
y se confunda el orbe temeroso,  
Rendir los corazones levantados;  
50 que el valor glorioso los alienta,  
entre peligros mil nunca turbados.  
Mas esta, que enemiga se presenta,  
y deshace cruel con impía mano  
la verde flor, indigna de esta afrenta;  
55 Al más excelso pecho, y sobrehumano

desnuda de la usada fortaleza;  
que contra su rigor se opone en vano.  
Terrible mal, pero común tristeza;  
que desbarata la ambición profana,  
60 freno de vanas pompas y grandeza.  
Contra esta furia, rígida tirana  
solo finca un reparo no ofendido;  
que es la ardiente virtud y soberana.  
Rompa el Cielo, en mil rayos encendido,  
65 y con pavor horrísono cayendo,  
se despedace en hórrido estampido;  
Tal es, que este furor y horror tremendo,  
y cuanto conspirare por su daño,  
rendido ante ella quedará gimiendo.  
70 Bien puede al hombre ciego y de ella extraño,  
enflaquecer, y su memoria injusta  
acabar del olvido en lento engaño;  
Mas nunca podrá haber victoria justa  
de quien se aparta, y singular contino  
75 sigue y alcanza al bien con gloria Augusta.  
Dichoso, aquel espíritu divino;  
que la alta frente descubrió seguro,  
sin temer el común peligro indigno;  
Y al estrellado claustro y ardor puro  
80 encumbró el fácil vuelo en paz, purgado  
de corteza mortal y error oscuro.  
Si amor de la virtud jamás cansado;  
si piedad; si corazón honesto;  
si sufrimiento, apenas enseñado;  
85 Y si ánimo humillado, y bien dispuesto;  
si trabajos de inmenso sentimiento;  
si a santas obras pecho firme y puesto,  
Pueden de este apartado, y grave asiento  
colocarte, oh sin par bella Heliadora,  
90 en los giros de eterno movimiento;  
Tú serás en el Cielo nueva Aurora,  
antes luciente Sol; que muestre al día  
la riqueza y valor, que en ti atesora.  
Y cuando la desnuda noche fría  
95 oscurezca el fulgor, serás Lucero;  
que descubra en su horror serena vía.  
Y viendo el color tuyo verdadero,  
variado en la púrpura y la nieve,  
y el oro, que igual nunca vio el Ibero;  
100 Dirá; quien te mirare, si osar debe

en tanto mal; ingrato a tu belleza,  
el impío hado a tanto bien se atreve.  
Tú jamás descansaste en la estrechez;  
que tu alma ofendía, y padeciste  
105 dolor, y siempre afanes y tristeza.  
Ni quiso el claro Olimpo, ni pudiste  
ya esperar más trabajos, y dejaste  
alegre al Cielo todo, a España triste.  
Contigo arrebatado nos llevaste  
110 el deseo de amor honesto y santo,  
con el que en nuestros pechos inflamaste.  
Yo canté tu valor, y ahora canto  
el premio merecido de tu gloria,  
aunque a la voz impide el tierno llanto.  
115 Mas en mí no desmaya la memoria  
de tu virtud, de quien el tibio Olvido  
desespere ganar jamás victoria;  
Y veo, que es el llanto mal perdido;  
porque descansas libre ya, y segura,  
120 y la ocasión de mi dolor olvido.  
No podía tu inmensa hermosura;  
tu valor; tu divino entendimiento  
contento sosegar en sombra oscura;  
Y desdeñando, el duro ligamento  
125 deslazaste; y en leve vuelo suelta  
pisas el cerco eterio y firme asiento.  
Si puedes renovarte alguna vuelta  
la memoria del suelo despreciado,  
en dichosa alegría y bien envuelta;  
130 Da esfuerzo a este mi espíritu cuitado;  
para sufrir la acerba y luenga pena,  
de esta vida la lástima y cuidado.  
Que ya de la esperanza se enajena,  
ya su intento engañado y error siente;  
135 y en tormento molesto se condena.  
Que en tu honra inclinado el Occidente;  
el frío Ebro; el Tajo caudalosos  
venerará este día humildemente.  
Y Betis, que contigo fue dichoso,  
140 pero ya desdichado que te pierde,  
y triste, y sin el ancho curso ondoso;  
En medio de su fértil campo verde  
hará, que el coro todo se levante  
de Ninfas; que con dulce voz concuerde;  
145 Y metiendo en el piélago de Atlante

la frente por su abierto y hondo seno  
con ímpetu extendido resonante;  
Dará ocasión; que el mar de peñas lleno,  
alce el canto en tu gloria, rodeando  
150 sus bandas, de otra alguna voz ajeno;  
Hasta que el claro son multiplicando,  
entre, volviendo el paso, en el Egeo,  
en el último Euxino reparando.  
Yo, si el Cielo, presente a mi deseo,  
155 no corta el hilo frágil de esta vida,  
y al canto aspira espíritu Febeo;  
Espero, tu memoria esclarecida  
hacer insigne ejemplo de la Fama,  
prenda solo a mis lágrimas debida,  
160 Y quien oír pudiere de tu llama  
viva el puro esplendor, y la belleza;  
que, por cuanto el Sol cerca, se derrama;  
Culpará de sus hados la dureza;  
que le negó admirar en este suelo  
165 la luz excelsa de ínclita grandeza.  
Alma dichosa, tú, que el alto Cielo  
enriqueces alegre, y gloriosa  
te cubres de purpúreo y sutil velo;  
Vuelve a mirar a España lastimosa  
170 en tu partida; que de bien y ajena,  
yace en terreno afecto congojosa.  
Esta triste ribera, de afán llena,  
que vio desaparecer su blanca Aurora;  
con mustio verso murmurando suena.  
175 La sublime y bellísima Heliadora,  
roto el cansado y grave peso frío,  
abrasada en la eterna luz; que adora,  
es tutela del sacro, Hesperio Río.

<CANCIÓN I. A don Alonso Perez de Guzman Duque de Medina>

Príncipe excelso, a quien el hondo seno  
por su luciente curso y extendido  
el sacro, padre Océano, inclinado  
ofrece, de respeto humilde lleno,  
5 en el corriente estrecho celebrado  
el tributo debido;  
si del Dirceo Cisne esclarecido  
la voz grande y sonora el alto canto,  
y de Cirra el aliento en mí inspirara;

10 yo nunca las hazañas ensalzara  
de aquel que causó en Troya último llanto;  
ni el que ofendido tanto  
de la sañosa Juno, limpió en guerra  
de fieras y tiranos la ancha tierra.

15 Antes pensara, alzando osado el vuelo  
por la inmensa región de vuestra gloria;  
sin perder el dichoso atrevimiento,  
entre los puros astros que orna el Cielo,  
con cercos de lumbroso movimiento,

20 vuestra insigne memoria entrelazar, negando la victoria  
del claro nombre al Tiempo desdeñoso.  
mas aunque el valor vuestro, y su grandeza  
no admiten de mis versos la rudeza;  
25 y de Ícaro el suceso peligroso  
me vuelva temeroso,  
y el riesgo, a que me obligo, atento veo;  
no puedo contrastar a mi deseo.  
Si el noble, liberal, y cortés hecho,  
30 y piedad del ánimo excelente  
no sufrió; que la sangre generosa  
(aunque contraria con discorde pecho)  
de la estirpe real, y gloriosa  
casa vuestra en la ardiente

35 Libia acabase presa indignamente,  
premio tenéis ya de esta cortesía;  
que toda cuanto es grande, admira España  
la honra singular de esta hazaña;  
y, vencida la Envidia, se desvía  
40 de su antigua porfía;  
y a su pesar conoce en tanta muestra;  
que solo pudo ser tal obra vuestra.

Vos; que, cual Sol, que luce entre las nieblas;  
resplandecéis en esta edad oscura,  
45 a renovar la bella edad pasada,  
cuando venciendo alegre las tinieblas,  
fue la sola Virtud más estimada;  
pues ya por vos procura  
subir a su grandeza y lumbre pura,

50 y del olvido ingrato, en quien se esconde  
vuestro favor invoca, y vuestra mano  
pide; y osa elevar el vuelo ufano  
a su difícil yerta cumbre donde  
el premio igual responde,

55 no la desamparéis; que en vos espera

vibrar su llama, y descubrir entera.  
No esperéis, en el mármol esculpido,  
o en el sujeto bronce bien labrado;  
que figurado vuestro nombre espire;  
60 que en breve espacio yace oscurecido,  
aunque el ingenio junto y arte inspire  
de Fidia aventajado;  
que este es mortal trabajo limitado.  
porque el divino coro de Helicon,  
65 intento a vuestra gloria, el árbol verde;  
que su esplendor florido nunca pierde,  
teje en hojas de roble, y lo corona  
de una inmortal corona;  
para ceñir en torno de oro ardiente  
70 con siempre eterno nombre vuestra frente.  
Nunca la luz jamás, y la grandeza,  
que de amable virtud el fuego inflama;  
y el brío generoso; el alto pecho;  
después de la fatal, común tristeza,  
75 cuando al valor se niega su derecho  
centellará en la llama,  
do la memoria más vos busca y llama;  
si la sagrada Musa, agradecida,  
no deshace la sombra del Olvido.  
80 es vano intento, es ciego error perdido,  
cuidar que pueda alguno alcanzar vida,  
a su nombre debida;  
si este favor pujante no proviene,  
de aquella ínclita voz de Melpómene.  
85 Cuántos famosos Príncipes encubre,  
cuántos heroicos pechos encerrados  
tiene el silencio oscuro en negro velo?  
el Tiempo vencedor esconde, y cubre  
todo cuanto valor ilustró al suelo.  
90 de aquellos, que admirados,  
y fueron de los hombres venerados;  
aun rastro de su gloria no se alcanza.  
vos, de tanta engañada muchedumbre  
distinto vos veréis en alta cumbre,  
95 con pocos alcanzando esta alabanza;  
no engañéis la esperanza;  
que de vos nos promete y hace cierta  
la natural virtud que está encubierta.  
Seguid, Señor, y osad los grandes hechos,  
100 no menos en la paz que en dura guerra,



de los vuestros clarísimos mayores,  
cuyo valor sublime, cuyos pechos  
quebrantaron los bárbaros furores;  
que nuestra rica tierra,  
105 por donde el Africano mar la cierra,  
anegaron en sangre; y la abrasada,  
arenosa Numidia, helada y fría,  
roto su orgullo todo y su porfía  
vencida, en tristes lágrimas bañada  
110 se les rindió humillada;  
y Atlante con horror temió presente,  
gimiendo el postrer hado, amargamente.  
Del máspreciado nombre y glorioso,  
que España, de las gentes domadora,  
115 puede alabarse, sois felice lumbre.  
grande honor, gran cuidado trabajoso,  
para pedir las puntas de su cumbre;  
porque la roja Aurora;  
y la lista; que intenso ardor colora;  
120 y la que en hielo torpe se condena;  
y las partes del orbe más extrañas  
conocen el fulgor de sus hazañas;  
que su valor en todas crece y suena  
con luz de gloria llena.  
125 vos, a igualar sus hechos obligado,  
solo seréis de todos admirado.

<SONETO IIX>

Tal vez abrasa con vapor fogoso,  
tal vez enfría con horror helado,  
de la Africana fuente desatado  
el cristal en el mismo trato ondoso.  
5 Cuando el cielo en la sombra está medroso,  
hierva en ardor su curso destemplado,  
y cuando yace el Sol más inflamado,  
corre un invierno de rigor nevoso.  
Son tales los milagros que en mi pecho,  
10 sujeto y condenado a tu crudeza,  
haces, fiero tirano y Señor mío;  
Que estoy en el calor un hielo hecho,  
y un fuego de inmortal naturaleza  
en la fuerza y vigor del mayor frío.

<SONETO X>

Ausente pienso en mi dolor conmigo,  
si alguna vez estuve tan contento,  
que no diese al cuitoso sentimiento  
el lugar, que se debe al más amigo;  
5 Y hallo al fin en este mal, que sigo,  
que nunca una hora libre de tormento  
pude alcanzar; que al cabo el pensamiento  
es mi mayor contrario y enemigo.  
Bien que pruebo traer a la memoria  
10 sombras de un bien, que descubrí tan vano;  
que se desapareció luego a mis ojos.  
Mas esto no me puede causar gloria,  
antes da siempre a mi dolor la mano;  
para que no se acaben mis enojos.

<SONETO XVI>

Fiero dolor, que el corazón cuitado  
tanto afliges y cansas; dolor fiero,  
que por templar mi mal con honra, quiero  
llamar solo dolor desesperado;  
5 Pues al extremo ha tu rigor llegado,  
y del Amor ningún remedio espero;  
acaba ya mi vida, o, pues no muero,  
acábase contigo mi cuidado.  
Porque si del furor de mi tormento  
10 puedo alentar, ya nunca más victoria  
daré de mí al autor de tu crudeza.  
Y el horror de la pena y mal, que siento,  
quedará siempre vivo en mi memoria;  
para huir contino tu dureza.

<SONETO XVII>

Preso en la red Amor dorada y pura,  
y ardiendo en vivos rayos de belleza,  
mueve el sutil pincel, y con destreza  
su fuerza en vuestra luz mostrar procura.  
5 La arte a su fin llegó; la hermosura  
al intento excedió en extrema alteza.  
en ella infunde el mismo su grandeza,

y espíritu se hace en su figura.  
Su llama en él enciende a quien la mira,  
10 y en la virtud, que haya, soberana  
lleva la alma abrasada en alto vuelo.  
Y con la gloria eterna; que la inspira,  
goza, excelsa y bellísima Diana,  
el sereno esplendor del alto Cielo.

<SONETO XIIX>

Esta sola, desierta, ardiente arena;  
fatal sepulcro al último Occidente;  
de armas rotas de muerta y presa gente,  
y de sangrientos ríos está llena.  
5 Infamia y honra en un error condena  
al corazón cobarde, y al valiente,  
el premio es desigual; que el uno siente  
perpetua gloria, el otro eterna pena.  
Con un súbito estrago y espantoso,  
10 y confuso desorden acabando,  
cedió el valor Heroico al Africano.  
Grave crimen del vulgo temeroso;  
que pues murió, muriera peleando,  
do murió todo el Reino Lusitano.

<SONETO XIX>

Fernando, yo surqué con viento lleno  
del dulce Amor el grande mar abierto;  
y libre de temor, sin buscar puerto  
atravesé de un seno en otro seno.  
5 En medio el curso se turbó el sereno  
Cielo, y revuelto todo el Ponto incierto  
rompe mi flaca nave, y ya desierto,  
de salud en las ondas voy ajeno.  
Si en esta tempestad es tal mi suerte;  
10 que escape de peligro; nunca el fiero  
tirano llevará de mí victoria.  
Mas antes que en olvido cubra Muerte  
mi nombre humilde, celebrar espero  
del Español belígero la gloria.

<SONETO XX>

Si no sufría ya la adversa suerte,  
que más viviera el Reino Lusitano,  
ardiera en guerra fiera, y Marte insano  
moviera del contrario el brazo fuerte.  
5 Cuánta Saña y furor la furia vierte,  
hierro, fuego, enemigo, de impía mano  
armara, y no entregara al Africano  
los cobardes despojos en su muerte.  
No es vergüenza morir, y la victoria  
10 y vida, el honor no, rendir osado  
al ímpetu de Libia violenta.  
Fuera sin culpa mísero con gloria;  
honrárase en la queja de su hado,  
y faltara a sus lágrimas la afrenta.

<SONETO XXI>

Soberbio Tajo, que en la gran corriente  
entrabas de Neptuno impetuoso,  
por qué con tardo paso y temeroso  
vas humilde abatiendo tu creciente?  
5 Si el fiero Luco osado alza la frente  
domador de tu ejército famoso,  
no debes tú por eso estar medroso;  
ni el furor Libio recelar presente.  
Que en tu favor el Ebro grande, el Duero,  
10 y el sacro ondoso Betis a porfía  
el valor juntarán la fuerza y arte.  
Luego verás al Númida guerrero  
perder roto el orgullo y la osadía,  
y cativo humillado venerarte.

<SONETO XXII>

Ya que en vano contraste al dolor fiero,  
y faltándome el bien, crece el tormento,  
y la esperanza sin algún aliento  
me olvida, y de remedio desespero;  
5 Este desierto puesto solo quiero;  
pues lo aquejó mil veces mi lamento;  
que al triste cuerpo, siempre descontento,  
sea el sepulcro de su mal postrero.  
Si tuvo en vos, Francisco, Amor tirano  
10 tal vez imperio, a lástima movido

este verso cortad en mi memoria;  
Uno aquí yace, que amó firme en vano;  
y cuando esperó bien, aborrecido  
la vida lo dejó; y huyó su gloria.

<SONETO XXIII>

Fría Ceniza de mi ardiente fuego;  
y rotas hebras del mal firme nudo;  
que me enlazó; de cuitas ya desnudo  
vos miro alegre, y libre en mi sosiego.  
5 No es este el tiempo no, en que anduve ciego;  
ni la ocasión; que así perderme pudo;  
que contra el mal embraza el fuerte escudo  
razón; y el feudo antiguo ya vos niego.  
La luz pura, en mi oscura niebla abierta,  
10 me descubre el error, que proseguía;  
y lleva osando por el paso estrecho.  
Muerto el deseo, y la esperanza muerta,  
y sin fuerza vosotros, qué porfía  
vos mueve a molestar mi duro pecho?

<SONETO XXIV>

Cuando rendía la arrogante frente  
el ya vencido Reino Lusitano,  
y de Filipo el brazo soberano  
ponía el freno estrecho al Occidente;  
5 Con fiero influjo, con señal ardiente,  
que dio sospecha y dio temor no en vano,  
el Cielo se llevó con dura mano  
la luz más pura de Austria y excelente.  
Mas de estrelladas hebras coronada  
10 esculpió entre los astros su belleza,  
do alegre mira el rico Hesperio suelo.  
Cuánto puedes Virtud, que arrebatada  
de esta humildad a la inmortal grandeza,  
eres amor, y eres honor del Cielo!

<SONETO XXVI>

Alma bella, que en este oscuro velo  
cubriste un tiempo tu vigor luciente,

y en hondo y ciego olvido grave mente  
fuiste escondida, sin alzar el vuelo;  
5 Ya, despreciando este lugar, do el cielo  
te encerró y apuró con fuerza ardiente;  
y roto el mortal nudo, vas presente  
a eterna paz, dejando en guerra el suelo.  
Vuelve tu luz a mí, y del centro tira  
10 al ancho cerco de inmortal belleza,  
como vapor terrestre levantado  
Este espíritu opreso; que suspira  
en vano, por huir de esta estrechez;  
que impide estar contigo descansado.

<SONETO XXVII>

En noche sola voy con sombra oscuro,  
sin bien, perdido, ajeno de reposo,  
con débil paso y corazón medroso  
buscando del Amor lugar seguro.  
5 Siento al lado del arco el golpe duro,  
y, de mayor peligro receloso,  
vuelvo sujeto a mi dolor penoso;  
y en mal antiguo nuevo mal procuro.  
El yerto, hórrido risco, despeñado,  
10 y la montaña áspera parece  
llana senda al Deseo; que me lleva.  
Culpa no es de él, que siempre va engañado,  
mas la Razón; que ve, por qué se ofrece  
al conocido error, que nunca aprueba?

<SONETO XXXI>

Yo, que el temor al piélago Adriano  
quité, y de Etolia en el famoso estrecho  
quebré el orgullo, y sin valor deshecho  
dejé primero el ímpetu Otomano;  
5 En este peligroso golfo insano,  
do Francia llora rota el crudo hecho;  
osando en tu valor, con fuerte pecho,  
pongo fin al imperio Lusitano.  
Alargue el mar su derramado seno,  
10 que en todo él pienso ser victoriosa,  
siguiendo en cualquier trance tu bandera.  
España así con esplendor sereno

dijo al grande Bazán, en la dudosa  
conquista de la presa ya Tercera.

<CANCIÓN III>

Con dulce lira el amoroso canto  
en alabanza de los bellos ojos,  
causa de mi error luengo y desvarío,  
probé, y aunque robaron los despojos  
5 de mi gloria el dolor y el grave llanto;  
que acrecentó las ondas a este río,  
oyendo el canto mío  
Febo y el coro eterno de Helicon,  
de mirto delicado y oloroso  
10 en honra de mi intento cuidadoso  
tejiendo de sus manos la corona  
dijeron enlazándome la frente;  
que cantase de Amor la fuerza ardiente.  
Yo entonces, en mis males ofendido,  
15 puse en olvido al belicoso Marte,  
y los fieros gigantes fulminados;  
y celebré en la Hesperia alguna parte  
del dulce tiempo en mi dolor perdido;  
aunque en los años en amor gastados  
20 mis penosos cuidados  
el espacio mejor todo ocuparon,  
y dende allí huyó de mi memoria  
de los Iberos ínclitos la gloria;  
y cuántos hechos grandes acabaron  
25 en tierra y mar, en uno y otro polo,  
igualando en el curso al mismo Apolo.  
Y justo fue, que entre el furor del hierro  
el flaco son de esta mi humilde lira  
perdiese (si la tuvo) su osadía.  
30 mi débil canto a débil gloria aspira.  
el desdén, pena acerba, y mi destierro  
puede llorar la triste musa mía,  
y la antigua porfia  
de mi dolor. quien a Mavorte crudo,  
35 de adamantina túnica cubierto,  
cuando en la áspera Tracia al campo abierto  
mueve teñido en sangre el duro escudo,  
podrá escribir; si al fin le falta el vuelo,  
y se despeña dende el alto Cielo?  
40 Bien veo, oh gloria generosa, y lumbre

de la invencible y bien dichosa España;  
que en vano el canto levantar intento;  
y que es más temeraria esta hazaña,  
que la de aquel, que en la celeste cumbre  
45 pensó regir del carro el movimiento.

desfallece mi aliento,  
cuando presumo alzar vuestra grandeza,  
y aquellos altos soberanos pechos  
de los mayores vuestros, cuyos hechos  
50 exceden toda humana fortaleza.  
no cabe no en la inculta musa mía  
tanto valor y heroica valentía.

Mas un deseo, que a alabaros mueve  
y compele mi ánimo, no deja  
55 que tenga en mi lugar el temor vano.  
y aunque Amor forme toda justa queja,  
que en honra ajena yo las voces pruebe  
de la lira ofrecida de su mano;

tanto entiendo, que gano  
60 en celebrar el nombre glorioso  
de vuestro León claro y excelente;  
que olvido sin temor su flecha ardiente,  
y con furor divino y venturoso  
subir de un giro en otro presto espero  
65 al orbe, do reside Marte fiero.

Ya con no usado vuelo me sublimo  
con fuertes alas por el grande campo  
del líquido sereno, y confiado  
en el inestable globo el paso estampo,  
70 y ya en el cerco lúcido el pie imprimo,  
y en el sanguino, do feroz armado

Marte nunca aplacado  
vibra la asta cruel, y arroja fuego,  
sin miedo entro; do veo tan extrañas  
75 de los abuelos vuestros las hazañas;  
que cuando a dalles justa estima llego,  
veo, que mi osadía en vano emprende,  
lo que su luz clarísima defiende.

Qué espíritu tan alto y generoso  
80 no dudará cantar el brazo fuerte,  
y el corazón indómito, que pudo  
con singular valor y diestra suerte  
romper en tierna edad al espantoso  
Moro, y después de vil temor desnudo  
85 ser de tantos escudo



en el asedio de la presa Alhama;  
por quien Genil temblando volvió el paso  
lloroso, ensangrentado, triste y laso,  
oyendo del divino Héroe la fama;  
90 que al bárbaro feroz y su desnudo  
hizo siempre cubrir de frío miedo?  
Pirámides sublimes levantadas,  
ostentación de la soberbia humana,  
grandes colosos de elevada cumbre  
95 el tiempo domador huyendo allana,  
mas las obras insignes y extremadas,  
ardiendo con fulgor de eterna lumbre  
entre la muchedumbre  
de tantos, que oscurece el torpe olvido  
100 sobran la inmensidad de luengos años,  
la Muerte, Envidia, Tiempo y sus engaños  
con su esplendor venciendo esclarecido;  
y os obligan, mostrando el vivo ejemplo,  
que lo sigáis al glorioso templo.  
105 Vuestro valor, vuestro ánimo prudente,  
en una y otra suerte siempre entero,  
el amor de virtud firme y constante  
no sufre, que su ímpetu ligero  
el tiempo contra vos muestre inclemente,  
110 ni que el fatal olvido se adelante.  
antes piden, que cante  
en honra vuestra aquel suave Orfeo;  
que revocó del reino inexorable  
su esposa, y que de vos contino hable  
115 con grave lira el escritor Dirceo.  
y vuele vuestra luz hasta la Aurora  
dende los fines de Favonio y Flora.  
Quisiera yo, que fuera tal mi canto,  
que mereciera la grandeza vuestra;  
120 y me inspirara Clío y Melpómene,  
mas pobre vena y temerosa diestra  
no me dejan alzar el vuelo tanto  
que lo menor, que en vos yo siento suene.  
quien lo poco, que tiene,  
125 ofrece, no merece alguna culpa;  
y en una empresa tan dudosa y alta  
quien se atreviere; si hiciere falta,  
haber osado vale por disculpa.  
y pues vuestro valor es soberano,  
130 no os merece ensalzar ingenio humano.

Mas cual fuere, acoged mi simple musa,  
que yo (si no me engaña mi esperanza)  
pienso en la eternidad de la memoria  
esculpir vuestro nombre y alabanza;  
135 y hacer, la futura edad confusa  
que envidie a la que goza vuestra gloria.  
no estrenará victoria  
ira del Cielo, fuego, hierro airado,  
ni envejecido curso sin reposo;  
140 ni el tiempo no cansado y presuroso  
del canto a vuestro nombre consagrado;  
antes por la desierta Libia ardiente  
torcerá el gran Danubio su corriente.

<SONETO XXXII>

Osé subir con poco diestra suerte  
al florido Helicón, y donde baña  
el cristal de Hipocrene la campaña,  
y Castalia sus puras ondas vierte;  
5 Para alabar el pecho osado y fuerte,  
los grandes hechos; que honran nuestra España,  
mas no se debe a mí tan gran hazaña,  
no es vencedor mi canto de la muerte.  
Por no entregarme al ocio descuidado,  
10 Antonio, escribo, y mi serena Estrella  
voy con mis rudos versos ofuscando.  
Mas, si en sus vivos rayos inflamado,  
me veo, vos veréis en gloria de ella  
honrando a España ir vuestro Fernando.

<SONETO XXXIII>

Dejad ya de seguir el paso incierto  
del militar honor, y aquel cuidado  
de igualar al abuelo celebrado;  
y en paz tomad, Señor, seguro puerto.  
5 Ya vuestro Sol va al Occidente cierto,  
de dolencia y afán y años cargado,  
qué esperáis? romped ya el embarazado  
camino, y escoged el más abierto.  
Harta gloria habéis dado a nuestra España  
10 con el valor y la real largueza;  
que sin igual en vos conoce el suelo.

Creed, que no será menor hazaña  
vivir con vos de hoy más, y dar al Cielo  
parte de vuestras obras y grandeza.

<SONETO XXXIV>

Aunque el dolor, que la alma triste oprime,  
no deja respirar al buen deseo,  
si tal vez descargado el peso veo,  
y el duro afán, que menos me lastime;  
5 Podrá ser por ventura, que se estime  
mi canto igual con el del Tracio Orfeo;  
y que el sacro furor del gran Timbreo  
en la celeste cumbre me sublime.  
Entonces, cuando ya vencida incline  
10 la envidia, entre los pocos que sostiene,  
mostrará vuestro nombre la memoria.  
Y allí el valor y el corazón insigne  
vuestro honrarán las Musas de Hipocrene,  
del Hesperio León oh excelsa gloria.

<SONETO XXXIIX>

Al triste humor, que mísero destilo,  
cómo no falto? cómo crece tanto  
en medio de la vena de mi llanto  
de ardientes ondas este eterno Nilo?  
5 La llama esfuerza mi lloroso hilo,  
las lágrimas mi fuego; porque cuanto  
templallos pruebo, en mi dolor levanto  
de su concurso un mal mezclado estilo.  
No inundó mayor lluvia el duro suelo  
10 de la ancha tierra, ni Etna de su cumbre  
exhaló mayor llama sin sosiego.  
Deucalión, y quien pensó del Cielo  
regir incauto la perpetua lumbre,  
más agua aquí hallaran y más fuego.

<SONETO XL>

Cuitado yo, de cuál furor perdido  
olvido el sentimiento mejor mío?  
al peligroso error y desvarío  
por do voy? A do vuelo aborrecido?  
5 El orgullo del Austro embravecido,

el Cielo oscuro y solo, y horror frío  
no me ponen temor, que al fin porfío  
y venzo la razón con el sentido.  
No cierro yo los ojos a mi daño;  
10 que quien me tiene opreso no consiente,  
que merezca en mi mal hallar disculpa.  
Delito es voluntario, no es engaño,  
pero si es; que en voluntad doliente  
siempre Amor da ocasión a nueva culpa.

<ELEGIA V>

En tanto que el furor del seco estío  
arde, y deja de sombra ya desierto  
cuanto de Betis parte el hondo río;  
Vos en sosiego, y en seguro puerto  
5 vivís, Luz de Cabrera, descansado,  
de los peligros de este mar incierto.  
No os turba el corazón grave cuidado,  
ni la molesta y desigual tristeza,  
ni un trabajo con otro encadenado.  
10 De la ambición el fasto, y la grandeza  
no os cansa; que sabéis cuán poco dura  
en cosas tan caducas la firmeza.  
Lo que el vulgo confuso ama, y procura,  
huís, y en las tinieblas veis la lumbre  
15 que la virtud descubre en su faz pura.  
Subiendo su alta, y su difícil cumbre;  
miráis abajo tanto error, y engaño  
de la ignorante y ciega muchedumbre.  
Y apartando del cierto bien el daño  
20 mostráis no haber gastado vanamente  
el tiempo, causador del desengaño.  
Y cuando el ocio algún lugar consiente,  
con vuestra bella esposa recogido;  
vuestro pasado amor hacéis presente.  
25 Y en su dulce memoria entretenido,  
referís con señales de alegría  
cuando por ella os visteis más perdido.  
Y satisfecho bendecís el día,  
que poseor vos hizo en ledó estado  
30 del bien, que en esperanza os ofendía.  
Mas yo mísero amante, enajenado  
de mí, siempre rendido, y temeroso;  
en frágil tabla corto el mar turbado.

Solo, sin esperanza, sospechoso,  
35 seguido de un perpetuo descontento,  
nunca en mi mal admito algún reposo.  
Cuando quise perderme en mi tormento,  
fuera acabar la vida mejor suerte;  
que abrazar un eterno sentimiento.

40 Mas mi hado no quiere, que yo acierte  
a huir los peligros, y me obliga  
a padecer viviendo inmortal muerte.  
Yo vi, no sé, si será bien, que diga,  
o si calle mi mal; yo vi mezquino  
45 mi dulce y hermosísima enemiga.  
Ya otras veces la vi, y perdí contino,  
temiendo mi dolor, aquella gloria  
debida solo a espíritu divino.

Mas esta vez que comenzó la historia  
50 prolija, y no acabada de mi pena,  
su imagen pintó Amor en mi memoria.  
Aunque la mortal suerte no es tan llena  
de bien; que alcance el nombre soberano,  
de esta mi pura y celestial Sirena.

55 Mi pecho, que sufrió de Amor tirano  
los más bravos asaltos, y dureza,  
y mereció mas honra que hombre humano;  
Cuando atento notó la gran belleza,  
las luces, donde Amor solo respira,  
60 y del color suave la pureza.

Cual mariposa, que a perderse aspira  
en la llama, corriendo con engaño  
al dulce fucilar, que en ella mira;  
Tal se arrojó, más cierto de mi daño,  
65 a consumirme en este sacro fuego,  
y aunque veo mi mal, en él me engaño.

Mas oh Deseo mío vano y ciego,  
por qué me haces renovar memorias;  
que no me sufren consentir sosiego?

70 Amor, en tus despojos y victorias  
cuenta esta mía; y cuenta juntamente  
esta gloria mayor entre tus glorias.  
Si yo pensaba descansar ausente,  
y libre de mis males acabados,  
75 el breve curso de esta edad presente;  
Ya estoy con nuevas penas y cuidados  
sujeto, derribado, y tan rendido;  
que soy solo entre amantes desdichados.

Pero cuánto es mejor ser yo perdido,  
80 y lamentar por ella; qué contento  
ser de alguna jamás favorecido?  
Amor, inspira en mí el divino aliento.  
para dejar perpetuo en letras de oro  
su valor, mi firmeza, y mi tormento.  
85 Que en cuanto baña, y cerca el seno Moro;  
y el Indo riega, y el Danubio frío,  
el nombre eterno irá, que siempre honoro.  
Y el caudaloso y rico Betis mío  
de verde sauz la frente coronado,  
90 humillará a su voz el grande río.  
Y cuando por ventura mi cuidado  
pudiere relajar de tanta pena;  
que me fatiga el corazón cansado,  
Diré; dulce y bellísima Sirena,  
95 cuya suave voz, y tierno canto  
con celeste armonía espira, y suena;  
Si puede mi tormento valer tanto;  
que satisfaga en parte mi osadía,  
yo a padecer me obligo siempre en llanto.  
100 Pero sufrid, que piense la alma mía,  
por haberse ofrecido a vuestra alteza;  
que merece perderse en su porfía.  
No condenéis ingrata su firmeza  
en sombra del olvido, y desdeñosa  
105 su vuelo no turbéis con aspereza.  
Sed, pues tan bella sois, sed piadosa;  
porque bien debe ser favorecido,  
quien en tan alta empresa espera, y osa.  
Y en honra de mis males busco y pido  
110 solo una corta muestra de esperanza,  
de ser perpetuamente más perdido.  
Que en mi fortuna injusta la bonanza  
no procuro, ni atiendo, y solo quiero;  
que mi pasión no alivie la mudanza.  
115 Otras cosas diría, mas el fiero  
dolor me aqueja tanto; que cuitado  
de todo mi remedio desespero.  
Vos, que sabéis, cuán mal este cuidado  
puede arrancarse de un vencido pecho,  
120 con inmortales nudos enlazado;  
Vivid, de vuestro estado satisfecho,  
con la bella Isabela dulcemente  
en yugo honesto con blandura estrecho.

Yo, pues mi dura suerte no consiente;  
125 que pueda descansar de mi querella,  
solo, sin esperanza, firme, ausente,  
seguiré siempre mi cruel estrella.

<SONETO XLIV>

Al fin yaces, oh del valor Latino  
última gloria, por tu fuerte mano;  
tentado habiendo reducir en vano  
la libertad al orbe, de ella indigno.  
5 La virtud te guió, perdió el destino;  
pero pudo tu esfuerzo soberano  
mostrar, que fuiste capitán Romano,  
y solo sucesor de Bruto digno.  
O si ajena ambición no te moviera  
10 a desnudar el hierro, o ya desnudo,  
siguiera tu hazaña la ventura;  
Que ninguno tu igual en Roma hubiera.  
mas trájote en desprecio el hado crudo  
del grave seso y la virtud segura.

<SONETO XLV>

Tú, que del sacro imperio de Occidente,  
Francia, fuiste cabeza, y del Cristiano,  
valor, mísera ya, el orgullo insano  
pierde, y humilla al fin la yerta frente.  
5 No tientes del Ibero pecho ardiente,  
siguiendo el odio ciego de un tirano,  
mas el poder y esfuerzo soberano;  
que a injusta empresa el Cielo es inclemente.  
A do huyó el deseo, que tenías  
10 de imitar piadosa las hazañas  
del grande Carlo y fuerte Godofredo?  
Mas oh mezquina en impío error porfías;  
y enciendes fiero el fuego en tus entrañas;  
y corres a tu muerte ya sin miedo.

<SONETO XLVII>

Bárbara Tierra, que en tu frío seno  
cubres los grandes cuerpos derribados

de aquellos Españoles; que domados  
dejaron de terror el orbe lleno;  
5 Mira en los altos troncos el ajeno  
trofeo, y gime viendo allí colgados  
los despojos, jamás nunca esperados  
en tanto honor del impío Sarraceno.  
Y tú Mar, que manchaste tu corriente  
10 con generosa sangre, suena airado;  
y decid ambos tristes de esta suerte;  
Heroicas almas, gloria de Occidente,  
id dichosas; que ya el acerbo hado  
lloró España, honró el mundo vuestra muerte.

<SONETO LIII>

Así perturbe lluvia nunca, o viento  
tus bellas ondas, sacro Hesperio Río,  
y a tu nombre se incline el Ebro frío,  
y el Tebro, el Nilo, el Istro violento;  
5 Si a piedad te mueve mi tormento;  
do siempre muero, y sin temor porfío,  
ausente entre mil males del bien mío,  
sin que pueda aun valer me el pensamiento;  
En estos troncos guarda mi cuidado,  
10 y en estas peñas mi gemido y pena  
tus Naides suenen con lloroso canto;  
Que nadie habrá, que, habiendo aquí aportado,  
lea mi mal, y con la faz serena  
pase, y no bañe el rostro en tierno llanto.

<SONETO LV>

La fría falda y cumbre de Pirene,  
que parte al Franco y al osado Ibero,  
cuando hiela desierto Aquilón fiero,  
tanta copia de nieve no sostiene,  
5 Cuanto hielo en mi pecho el temor tiene,  
cuando aparta sus rayos mi Lucero;  
y, retraído su esplendor primero,  
de avivarme en su bella luz se abstiene.  
Libia arenosa, aunque el ardor presente,  
10 del Sol te abrasa, si del hielo mío  
el rigor sientes, perderás la fama.



Que mayor fuego me encendió este ausente  
corazón; mas en mí ya acaba el frío  
el vigor, y deshace de su llama.

<SONETO LVI>

Este dolor, que nace en mí y se cría,  
si tal vez, desdeñoso de él, me atrevo  
a dalle muerte; con furor de nuevo  
torna a crecer sin miedo en su porfía.  
5 Poca defensa hace la alma mía,  
que en el último extremo ya no pruebo  
poner el pecho al trance, como debo,  
más cansado, que ajeno de osadía.  
Vos, que me veis, Ribera, quebrantado,  
10 no me culpéis; que el mal, que así recelo,  
combate con gran ímpetu conmigo;  
Cual fiero Anteo, siendo derribado,  
que, tocando la dura faz del suelo,  
más feroz revolvía al enemigo.

<SONETO LVII>

Tú, que vengando con la armada mano  
el ya perdido honor del Occidente,  
teñiste del Ionio la corriente  
con la vertida sangre de Otomano;  
5 Y volviendo, en el piélago Africano  
venciste el Reino antiguo y Tiria gente,  
y del Francés y Escoto el pecho ardiente  
rompiste y la pujanza del Germano;  
Y de rendir cansado el mar y tierra,  
10 descansas ya en la paz del alto Cielo;  
que la tierra era poca a tanta gloria;  
Ahora que amenaza cruda guerra  
el impío Cita, y tiembla todo el suelo,  
ven, o envía a los tuyos la victoria.

<SONETO LIX>

Rayo de guerra, grande honor de Marte,  
fatal ruina al Bárbaro Africano,  
que en la temida España del Romano  
imperio levantaste el estandarte;  
5 Si la voz de la Fama, en esa parte,

do estás, puede llegar al reino vano,  
teme con el vencido Italiano  
del osado Español la fuerza y arte.  
Otro, mayor que tú, en el yugo indigno  
10 lo puso, y un gran Leiva la victoria  
de Italia conquistó en sangrienta guerra.  
Y al fin un nuevo César, que al Latino  
en clemencia y valor ganó la gloria;  
y añadió mar al mar, tierra a la tierra.

<SONETO LXI>

Adónde está el placer, que yo sentía  
en pensar que de vos era querido?  
adónde el bien, que tuve me ha huido,  
cuando más mi esperanza prometía?  
5 Cuán presto gustáis ver, Señora mía,  
deshecho el lazo en vos, de amor tejido;  
aunque a vuestro desgrado más torcido  
lo siente mi cerviz en su porfía.  
Excusé siempre, y recelé dudando  
10 vuestra altiva exención, mas en mi daño  
no me pude valer de mi cordura;  
Que Amor vos tuvo, y dísteisme burlando  
dulces promesas, arras del engaño;  
que da fin no debido a mi ventura.

<SONETO LXII>

Tú, que en la tierna flor de edad luciente,  
Jerónimo moriste, y apartado  
de los tuyos, el piélago sagrado  
honraste con tu cuerpo eternamente;  
5 Recibe, no de mármol excelente  
digno sepulcro, del mortal cuidado  
breve gloria, do al fin yace olvidado,  
más lágrimas de triste amor ardiente.  
Recibe esta memoria de mi pena;  
10 que te será perpetua por ventura,  
pequeña prenda del amor estrecho.  
Tú gozas de la pura luz serena,  
tú tienes todo el mar por sepultura,  
y siempre eterno vives en mi pecho.

<SONETO LXIII>

Reina del grande Océano dichosa,  
sin quien a España falta la grandeza,  
a quien Valor, Ingenio, y la Nobleza  
hacen más estimada y generosa;  
5 Cuál diré, que tú seas, Luz hermosa  
de Europa? tierra no; que tu riqueza  
y gloria no se cierra en su estrechez,  
Cielo sí; de virtud maravillosa.  
Oye, y se espanta, y no te cree el que mira  
10 tu poder y abundancia; de tal modo  
con la presencia ve menor la fama.  
No Ciudad, eres orbe. en ti se admira  
junto, cuanto en las otras se derrama,  
parte de España, mas mejor que el todo.

<SONETO LXIV>

No siento ya del modo, que sentía  
del dulce Amor los hechos, ni el contento,  
que en el tierno dolor de mi tormento  
y en mi sola tristeza descubría.  
5 Porque esto (que perpetuo yo fingía)  
no alcanza mi doliente sentimiento;  
y no se puede (ay hado violento)  
guardar bien tanto en la memoria mía.  
Pierdo triste el sentido con la pena,  
10 que tengo en ver me en tal estado puesto,  
lleno de confusión, de bien desierto.  
Del cuello flojo arrastra la cadena  
a mi despecho, y voy al fin dispuesto,  
para sufrir de grado el daño cierto.

<SONETO LXV>

Vos, que ajeno del mal, en que rendido  
fuiste al duro Amor, alzáis la frente,  
y libre ya de su dolor presente,  
Señor, vivís alegre y no ofendido;  
5 No penséis, que del todo sacudido  
habéis el yugo a la cerviz doliente,

ni estéis ufano; porque el fuego ardiente  
en la muerta ceniza está escondido.  
Que no tal vez la lumbre de esperanza  
10 descubrirá camino, cuando luego  
volveréis, como yo, al error pasado;  
Mas si vuestro valor tal suerte alcanza,  
que no deis más lugar al furor ciego,  
seréis de mí, más que varón llamado.

<SONETO LXVI>

Si de nuestra amistad el nudo estrecho  
por desdén, o liviano movimiento,  
que culpa no conozco en mí, ni siento,  
queréis, que sea sin razón deshecho;  
5 Aunque no me saldrá del firme pecho  
del justo amor el gran merecimiento,  
y he de llevar contino, descontento  
la injusta pena de este injusto hecho;  
Romped los lazos ya de esta cadena,  
10 que suelto a mi pesar; si al cabo os place  
poner fin triste a nuestro dulce trato.  
Yo vuestra culpa sufriré y mi pena;  
pues tarde sé, que en esto satisface  
a tanta voluntad un pecho ingrato.

<SONETO LXVII>

Temor me impide, esfuerza la esperanza,  
y cuanto me entorpece, Alfonso, el hielo;  
tanto el ardor me alienta, y alza el vuelo,  
y llega, do el deseo appena alcanza.  
5 Fijo la vista, sin temer mudanza,  
en la luz bella de mi eterno Cielo,  
y oso traer una centella al suelo;  
que abrasará con él mi confianza.  
Si fue con pena inmensa la osadía,  
10 que robó el fuego a la celeste rueda,  
terror y ejemplo a humano atrevimiento;  
Podré alabarme en la fortuna mía;  
que aunque mi grande afán al suyo exceda,  
deseo, que no acabe mi tormento.

<SONETO LXIIX>

Soto, no es justo, que tu canto suene,  
y honre solo al humilde Dauro frío;  
más digno es de él el sacro Betis mío;  
que el nombre tuyo en tanta estima tiene.

5 Las venas de Castalia y de Pirene  
rebosarán por ti en su ondoso río;  
y vendrá a conocelle señorío,  
quien fue sepulcro al hijo de Climene.  
Aquí es la rica Arabia, y el dichoso  
10 nido, en que tu inmortal fénix enciende  
el fuego; que en ti afina su belleza.  
Ven al florido asiento y oloroso,  
huye el desierto, do su luz se ofende,  
y de tu excelso ingenio la grandeza.

<SONETO LXIX>

El Frigio nudo deslazar procura  
el grande vencedor del Oriente;  
y en vano cansa, aunque mil modos tiene  
contra aquella difícil ligadura.

5 Con arte no, con fuerza se aventura.  
al fin, y rompe con la espada ardiente  
toda su confusión; y juntamente  
cumple, o burla del hado la ventura.  
Yo, que mal puedo con industria alguna  
10 desatar este lazo; que mi cuello  
oprime, y de valor muestra desnudo;  
Hacer debo lo mismo en mi fortuna,  
mas puedo mal, que no es cortar un nudo,  
Fernando, quebrantar este cabello.

<SONETO LXX>

Mira del sacro Amor oh bella esposa  
este luciente espejo, que Uranía  
te ofrece, el cual de la inmortal Sofía  
es don; que muestra su virtud hermosa.

5 Afija en él la vista generosa,  
su concierto percibe y armonía;  
y, conociendo tu valor, desvía  
los ojos de esta niebla tenebrosa.  
Porque si bien estimas tu grandeza,

10 no te podrá teñir el claro velo  
humo, o sombra de error y de manchilla.  
Antes, ardiendo en fuego de pureza,  
alzarás con tu fuerza el noble vuelo;  
que merezcas la eterna y alta silla.

<SONETO LXXII>

Podrá imitar la singular destreza  
del Pintor el semblante generoso,  
y el rayo de esas luces amoroso;  
si tanto cabe en la mortal bajeza.  
5 Mas cómo imitará tanta grandeza,  
tantos bienes; que el alto y poderoso  
Olimpo os dio, si al que es en ver dichoso,  
ciega la luz de esa inmortal belleza?  
No puede merecer la suerte humana  
10 bien de tanto valor; porque encogiera  
en este corto espacio todo el Cielo.  
Baje Amor, oh Francisca soberana,  
y descubra esa imagen verdadera;  
para que nunca envidie al Cielo el suelo.

<CANCIÓN VI>

Bien puedo en este oscuro y solo puesto,  
pues el silencio ocupa este desierto,  
romper la voz y quejas de mi llanto.  
sufrí la fuerza del dolor molesto,  
5 cuando en el mal cabía algún concierto;  
ya ni esfuerzo, ni seso valen tanto;  
que le resistan, cuanto  
pensé y osé esperar. mas oh perdido,  
cuán bien merezco ver me en tal estado.  
10 de qué sirve injuriar al afligido;  
que la pena que siento,  
es harta confusión de mi cuidado?  
esconda al fin el triste apartamiento  
de este cerrado bosque mi lamento.  
15 Vos, que por luenga edad tenéis en uso,  
árboles altos, de escuchar atentos  
quejas de otros amantes desdichados;  
oíd tristes mi llanto y mal confuso;  
que nunca pena igual a mis tormentos,  
20 ni cuidado se vio, cual mis cuidados.

en pasos bien contados  
perdí el camino, no en la sombra oscura;  
que fuera a mi dolor algún consuelo,  
hallar disculpa, mas la lumbre pura  
25 siguiendo atentamente,  
erré, por donde me guiaba el Cielo.  
pensando a la Ocasión tener la frente,  
perdí todo mi bien, halleme ausente.  
Procuré quebrantar mi esquiva suerte,  
30 poniendo el pecho osado a todo trance;  
que el dolor dio licencia a mi osadía.  
creció el furor de males, y en alcance  
no vino de ellos, no, la dura Muerte;  
que pusiera remedio a mi porfía.  
35 triste y acerbo día,  
que siempre estará vivo en mi memoria.  
mas do me lleva mi pasión ajeno?  
desesperado Bien y muerta Gloria,  
vos oh, vos me trajisteis,  
40 adonde sin remedio en vano peno,  
y, como si debieran ser, me disteis,  
sin un alegre día, tantos tristes.  
Ahora veo tarde el desengaño,  
mas llega a tiempo que aprovecha poco;  
45 que pierde en mi fortuna el bien su efecto.  
aunque pensar contar parte del daño,  
o descubrir de este dolor, que toco,  
será imposible, pero en este aprieto  
alguna vez prometo  
50 romper por el camino mas espeso  
para salir del mal, y es error mío;  
porque me lleva con el mismo exceso,  
por la revuelta senda,  
donde me cansa el ciego desvarío;  
55 y desespero el bien, y a suelta rienda  
voy, adonde no habrá quien me defienda.  
Segura es la fortuna al miserable;  
porque de mayor daño falta el miedo.  
yo en última miseria estoy, y temo,  
60 si ya no mayor mal, mal variable.  
no es mucho que lo tema, pues no puedo  
asegurarme. oh mi dolor supremo,  
sácame de este extremo;  
entrégame a los brazos de la muerte;  
65 pues no sé quien mi afrenta satisfaga.

y es de linaje tal y de tal suerte,  
que es mejor no tocalla,  
no pudiendo sanar esta mi llaga.  
triste quien solo y sin vigor se halla  
70 herido y sin escudo en la batalla.  
Bien sé, que mi pasión secreta entiende  
solo quien conoció mi pensamiento;  
y que esta queja otro ninguno alcanza.  
mas, como quien ventura ya no atiende,  
75 no oso mostrar mi grande sufrimiento,  
y confuso en mis ansias y mudanza,  
tomo de mí venganza.  
qué no pudiera al fin mover mi llanto,  
si otro con menor causa mover pudo  
80 el negro lago y sombras del espanto?  
oyose su recuesta.  
náufrago, temo el piélagosañudo.  
pero no era sazón de quejas esta  
en ocasión tan grave y tan molesta.  
85 Quiero hablar más claro, y la vergüenza,  
que tengo de mí solo, no concede  
que pueda respirar el dolor fiero.  
crece el mal siempre, y siempre en él comienza  
la esperanza del bien. ninguno puede  
90 no engañarse en su daño lisonjero;  
si sigue al mal primero  
el bien, que se conforma a su deseo.  
descubriome la usanza de mis males  
por el pasado engaño, este que veo;  
95 que me tuvo dudoso,  
en cuanto descubría sus señales.  
y quedé tan cobarde y sospechoso;  
que ni aun mirar de lejos el bien oso.

<SONETO LXXIII>

Si para que yo sienta cuánto fuego  
abrasa vuestro pecho, a la luz pura  
y a los rayos de eterna hermosura  
queréis, que llegue deslumbrado luego;  
5 No me digáis; que mire con sosiego  
su resplandor y su gentil figura;  
mas que huya su ardor; si, la ventura  
puede librar me, ya encendido y ciego.  
Qué maravilla es, que en viva llama



10 os consumáis, teniendo el Sol presente,  
y siendo vos a su calor de cera?  
Conoce el mal ajeno, quien bien ama;  
y mi pasión en su presencia siente  
la fuerza de la vuestra más entera.

<SONETO LXXIV>

Fue gloria de mi alto pensamiento  
osar y ver vuestra beldad serena;  
y de firmeza arder mi alma llena,  
desesperando el fin de su tormento.  
5 Si como mereció mi atrevimiento  
la honra y el valor de tanta pena,  
consintiera el cruel, que me enajena,  
no ofender os el bien del mal que siento;  
Pensara merecer con la fe mía  
10 nombre de vuestro, mas a tanta alteza  
la humilde, mortal suerte no conviene.  
Mas ya que no vos canse mi osadía,  
no pretendo consuelo a mi tristeza;  
sino que consintáis, que por vos pene.

<SONETO LXXV>

Pues cubre al orbe en asombrado velo  
la negra oscuridad, y las estrellas  
miran, errando en torno en formas bellas  
dudosas el desierto y hondo suelo;  
5 Tú noche, a quien mis lástimas revelo,  
y al gemido respondes triste de ellas;  
oye mi mal, atiende a mis querellas,  
así a ti sola sirva el vago Cielo.  
Que no quiero, que el día vea el llanto  
10 de estos ojos mezquinos; que en tal pena  
no conviene la luz al dolor mío.  
Escucha tú, que del color el manto  
de mi ventura tienes, oh serena  
Noche, mi queja en tu silencio y frío.

<SONETO LXXVI>

Estos, que al impío Turco en cruda guerra,  
al Moro, al Anglo, y al Escoto airado,

y vencen al Tudesco, y al dudado  
Francés, y al Belga en su cercada tierra;  
5 Y los estrechos, que el mar hondo encierra,  
sobran, pasando por lugar vedado  
con valor, cual vio nunca el estrellado  
Cielo; que tantas cosas mira, y cierra;  
Bien muestran en la gloria de sus hechos,  
10 que son tus hijos, oh felice España,  
honra del alto imperio de Occidente.

Alabe Roma los famosos pechos  
de los suyos; que nunca (y no me engaña  
el amor) fue a esta igual su osada gente.

<1. A DIEGO VELÁZQUEZ SILVA>

Vuela, oh joven valiente, en la ventura  
de tu raro principio; la privanza  
honra la posesión, no la esperanza  
del lugar que alcanzaste en la pintura.  
Anímete la augusta alta figura  
del Monarca mayor que el Orbe alcanza,  
en cuyo aspecto teme la mudanza  
aquel que tanta luz mirar procura.  
Al calor de este sol templa tu vuelo  
y verás cuánto extiende tu memoria  
la fama, por tu ingenio y tus pinceles.  
Que el planeta benigno a tanto cielo  
tu nombre ilustrará con nueva gloria,  
pues es más que Alejandro, y tú su Apeles.

<2. EN LOOR DE FERNANDO DE HERRERA>

Goza, oh nación osada, el don fecundo  
que te ofrezco en la forma verdadera  
que imaginé del culto y gran Herrera,  
y el fruto de su ingenio alto y profundo.  
Ya que amaste al primero, ama al segundo,  
pues pudo el uno y otro en su manera,  
aquel honrar del Tajo la ribera,  
este del Betis, y los dos el mundo.  
El dulce y grande canto el espumoso  
Océano a naciones diferentes  
lleve, y dilate ufano su pureza,  
porque tu nombre ilustre y generoso  
no envidie ya otras liras más valiente,

ni del latino o griego la grandeza.

### <3. A LA MUERTE DE MIGUEL ÁNGEL>

Razón es ya que el mármol duro, helado,  
que espíritu de ti recibió ardiente,  
vierta lágrimas tristes, pura fuente  
vuelto, de vida y honra despejado;  
razón es que le color vil opreciado  
que a tanta forma ministró valiente,  
persuadiendo verdad en lo aparente,  
sin valor muera en su primer estado;  
razón es ya que el alto ilustre templo  
que adornaste con sacro y real decoro,  
oscuro quede del color vecino;  
y que lloroso de Aganipe el coro  
viva, pues no de hoy más, cual raro ejemplo  
versos te oirá cantar, Ángel divino.

### <4. ANDRÓMEDA Y PERSEO>

La virgen del color patrio teñida  
en duro lazo aguarda en alta roca,  
por la voraz armada horrible boca  
el triste fin de su fatal partida.  
Por azabache y perlas conocida  
pluvia y cabello que le cubre y toca  
fue del joven vendido, a quien provoca,  
por no morir, a darle dulce vida.  
Y mi parte inmortal por culpa oscura  
del dragón ya casi en la boca fiera,  
aun a su libertad niega el deseo;  
y aunque fuerza del cielo la asegura,  
ni el daño teme ni el remedio espera;  
¡tanto es ingrata al celestial Perseo!

### <5. A CRISTO>

Pudieron numerarse las señales  
que en vuestra carne delicada y pura  
¡oh imagen de la eterna hermosura!  
el reparo imprimió de nuestros males;  
aunque fueron en sí tantas y tales,  
que el ingenio, no solo a la pintura,  
vencen, y tú ¡oh sagrada vestidura!

a trasladar en ti su gloria vales.  
Mas el amor que cela el rojo velo  
¿quién lo podrá contar, si aun el efeto  
la arte noble a formarlo no es bastante?  
Fue sin principio, eterno será. ¡Oh cielo!  
¿cómo a tan grande amor no me sujeto?  
¿qué hago, ¡oh piedra! en deuda semejante?

<6. A DON FERNANDO ENRIQUEZ DE RIBERA, TERCER DUQUE DE ALCALA>

Osé dar vida al nuevo vuelo  
del que cayendo al piélago dio fama,  
Príncipe excelso, viendo que me llama  
el honor de volar por vuestro cielo.  
Temo a mis alas, mi subir recelo  
¡oh gran Febo! a la luz de vuestra llama;  
que tal vez en mi espíritu derrama  
esta imaginación un mortal hielo.  
Mas promete al temor la confianza  
no del joven la muerte, antes la vida  
que se debe a una empresa gloriosa;  
y esta por acercarse a vos se alcanza;  
que no es tan temeraria mi subida,  
puesto que es vuestra luz más poderosa.

<7. SONETO>

En medio del silencio y sombra oscura,  
manto de horribles formas espantosas,  
veo la bella imagen de tres diosas,  
compuestas de oro, grana y nieve pura.  
Su ornato, resplandor y hermosura  
son partes para mí tan poderosas,  
que aunque enlazado estoy en varias cosas,  
me arrebató, entretiene y asegura.  
¡Oh vos, luces del cielo las mayores!  
Digo, con vuestra paz, que sois vencidas  
de dos soles que en gloria juzgo iguales,  
y que precio sus claros resplandores  
tanto, que en estas sombras extendidas  
no envidio vuestros rayos celestiales.

<8. A JUAN DE JÁUREGUI>

La muda poesía y la elocuente

pintura, a quien tal vez naturaleza  
cede en la copia, admira en la belleza,  
por vos, don Juan, florece altamente.

Aquí al docta lira, aquí el valiente  
pincel, de vuestro ingenio la grandeza  
muestran, que con ufana ligereza  
la fama extiende en una y otra gente.  
Alce la ornada frente el Betis sacro,  
su tesoro llevando al mar profundo,  
y de Jáuregui el nombre y la memoria;  
en tanto que su ilustre simulacro  
venera España, reconoce el mundo  
como de nuestra edad insigne gloria.

<9. SONETO>

Cual fresca rosa en Jericó plantada,  
que del alba libó en la luz dudosa  
preciadísimo aljófár, más gloriosa  
al fulgor de Titán se opone osada;  
y en verde ramo al Cielo levantada,  
el oro ostenta y púrpura hermosa,  
desparciendo fragancia deliciosa,  
Reina de los pensiles aclamada:  
Tal, pura Virgen, sois; habéis triunfado  
del sañoso Luzbel, porque el rocío  
de la gracia os previno en vuestra aurora:  
Que en la alteza eternal que se os ha dado,  
nunca en su honor debió tener vacío  
de Dios la Madre a quien el orbe adora

<10. No es piedra esta Señora>

No es piedra esta Señora  
que sostiene piadosa, reclinado  
en sus brazos, al muerto hijo helado:  
más piedra eres ahora  
tú, cuya vista a su piedad no llora:  
antes eres más duro,  
que a muerte tal las piedras con espanto  
se rompieron, y aún suelen hacer llanto.

<11. La noche, que en acción dulce, al reposo>

La noche, que en acción dulce, al reposo

rendida ves, de un Ángel fue esculpida  
en esta piedra, y dale el sueño vida;  
llámala y hablará, si estás dudoso.

<12. Dormir y aun ser de piedra es mejor suerte>

Dormir y aun ser de piedra es mejor suerte  
mientras la envidia y la vergüenza dura,  
y no ver ni sentir me es gran ventura;  
calla, pues, o habla bajo, no despierte.

<13. Las cosas percibidas>

Las cosas percibidas  
de los oídos, mueven lentamente;  
pero siendo ofrecidas  
a los fieles ojos, luego siente  
más poderoso efeto  
para moverse, el ánimo quieto.

<14. Perseo era el uno; y quise saber cómo>

Perseo era el uno; y quise saber cómo  
Andrómeda le agrada en Etiopía,  
virgen negra, y cabello, y lindos ojos.

<15. Tú, que el modelo de tu sacra idea>

Tú, que el modelo de tu sacra idea  
sacas a luz cuanto los ojos miran  
y al orbe bello en tu concepto vivo,  
tú, más hermoso retratado tienes.

<16. Y aquel que juntamente esculpe y pinta>

Y aquel que juntamente esculpe y pinta  
Miguel, más que mortal, ángel divino.

<17. ¡Cuán frágil eres, hermosura humana!>

¡Cuán frágil eres, hermosura humana!  
Tu gloria en esplendor es cuanto dura,  
breve sueño, vil humo, sombra vana,  
eres humana y frágil hermosura  
a la mezclada rosa semejante,

que alegre se levanta en la luz pura.  
Pero, vuelta la vista, en un instante  
cuanto cambia el azul el puro cielo,  
las hojas trueca en pálido semblante.  
Yace sin honra en el humilde suelo;  
¿quién no ve en esta flor el desengaño?  
que abre, cae, seca el sol, el viento, el hielo.

<18. De un humilde animal vengo>

De un humilde animal vengo,  
soy blando de condición,  
y, sin lengua, doy razón  
de todo, aunque no la tengo.

Y aún parece más que humano  
de mi poder la grandeza,  
porque otra naturaleza  
hago al que me da la mano.

Lo que estimo sobre todo,  
que no solo artificiales  
pero sobrenaturales  
cosas hago de alto modo.

Todo cuanto quiero hago  
y lo vuelvo a deshacer;  
un término es mi poder  
y sin término mi estrago.

Es mi poder en el suelo  
tan semejante al eterno,  
que puedo echar al infierno  
y puedo llevar al cielo.

Y, aquí para entre los dos,  
llega mi poder a tanto,  
que no solo haré un santo,  
pero haré al mismo Dios.

<19. Sacó un conejo pintado>

Sacó un conejo pintado  
un pintor mal entendido,  
como no fue conocido

estaba desesperado.  
Mas halló un nuevo consejo  
(para consolarse) y fue,  
poner de su mano al pie  
(de letra grande) CONEJO.

<20. Pintó un gallo un mal pintor>

Pintó un gallo un mal pintor,  
y entró un vivo de repente,  
en todo tan diferente  
cuanto ignorante su autor.  
Su falta de habilidad  
satisfizo con matallo;  
de suerte que murió el gallo  
por sustentar la verdad.

<21. No sé si por humana industria hecha>

No sé si por humana industria hecha,  
o por naturaleza fabricada.

<22. En tanto se llegó el dichoso instante>

En tanto se llegó el dichoso instante,  
Y del vientre purísimo y sellado,  
Sale el divino y sacrosanto Infante  
Dejando el limpio tálamo cerrado.

<23. Habiendo llevado el cielo>

Habiendo llevado el cielo  
El primer Lope del mundo,  
¿Qué mucho lleve el segundo,  
Si no los merece el suelo?  
Mas déjanos un consuelo  
Con pérdida tan extraña:  
Que cuanto sol y mar baña  
Celebrará la memoria  
De los dos, que fueron gloria  
La mayor que tuvo España.

<24. Era en la sazón dichosa>

Era en la sazón dichosa



Cuando ajena de alegría  
A su esposo y rey hacia  
Honras la sagrada esposa;  
Y andando en su movimiento,  
Un loco encontró un lanzón,  
Y al punto le dio afición  
De guardar un monumento.  
Puesto en su ejercicio pío,  
Vido acercarse a rezar  
A un honrado del lugar,  
Pero en fama de judío.  
Con la aprehensión o el celo  
Enarboló la cruel  
Asta, con que dio con él  
Mas que aturdido en el suelo;  
Y al pueblo, que le cercó  
Para vengar esta injuria,  
Daba voces con gran furia:  
¿Hemos de guardar o no?»  
Fabio mío, la razón  
Siga un camino quieto;  
Que nunca el celo indiscreto  
Alcanzó reformación.

<25. Mas joh cuan desusado del camino>

Mas joh cuan desusado del camino  
Que intenté proseguir tomé la vía,  
Honor de España, Céspedes divino!  
Vos podéis la ignorancia y noche mía,  
Mas que Apeles y Apolo, ilustremente  
Volver en agradable y claro día;  
Que en vano esperará la edad presente  
En la muda poesía igual sugeto,  
Ni en la ornada pintura y elocuente.  
A la futura edad prometo  
Que el nombre vuestro vivirá seguro  
Sin la industria de Sostrato, arquitecto.  
El faro excelsa torre, el grande muro.  
Mausoleo, pirámides y templo.  
Simulacro, coloso en bronce duro.  
Vuelto todo en cenizas lo contemplo;  
Que el tiempo a dura muerte condenadas  
Tiene las obras maestras para ejemplo.  
Mas si en eternas cartas y sagradas

Por nos se extiende heroica la pintura  
A naciones remotas y apartadas,  
Cercando de una luz excelsa y pura  
En el sagrado templo la alta fama,  
En oro esculpirá vuestra figura.  
Ahora para la luz de vuestra llama  
Sigo el intento y fin de mi deseo.  
Encendido del cielo que me inflama.

<26. Cuando teme perder el grave esposo>

Cuando teme perder el grave esposo  
La gran Reina de España ofrece al cielo  
Su dulce vida, en trueco generoso;  
Cae la flor, goza el rico fruto el suelo.  
Acto suyo imitado, acto glorioso  
Se ofrece a otra gran Reina Margarita,  
Que asaz en fruto y en amor la imita.

<27. De católicos Reyes engendada>

De católicos Reyes engendada,  
Por católica solo perseguida,  
En heroica virtud aventajada,  
Y entre ilustres matronas escogida,  
En el fingido bronce retratada  
La consorte de Enrico esclarecida  
Se muestra, que en su túmulo acompaña  
A otra Reina católica de España.

<28. Esta es, Príncipe excelso, la figura>

Esta es, Príncipe excelso, la figura  
Del humilde fray Pablo, levantado  
a tanta alteza, a quien mi ingenio osado  
En ambas Artes celebrar procura.  
Puesto a la entrada el paso os asegura  
a su heroica virtud determinado,  
La grandeza del uno y otro estado,  
El premio en la región eterna y pura.  
Entrad seguro a visitar el templo  
De sus trofeos, pues que ya os convida  
Mientras venera el mundo su memoria;  
Que yo cuidé animar, su faz y ejemplo,  
Y muerto lo formé, que darle vida

Solo pudo el autor de aquesta historia.

<29. En las frías aguas arrojado>

En las frías aguas arrojado,  
De crudo impuro amor el lazo estrecho,  
Con valeroso y encendido pecho  
Romper procura IGNACIO ardiendo helado.  
Culpa, amenaza, reprehende osado  
del ciego amante el obstinado hecho,  
Y habiendo al justo celo satisfecho  
El luengo error se rinde desmayado.  
Venció el fuego divino al fuego humano;  
Juntó por nuevo medio dos extremos,  
Y a de amorosas obras, ya de esquivas;  
No pudo el acto heroico ser en vano  
De tan gran caridad, pues de ella vemos  
Ardiendo en aguas muertas, llamas vivas.

<30. La muda Poesía, y la elocuente>

La muda Poesía, y la elocuente  
Pintura, a quien tal vez Naturaleza  
Cede en la copia, admira en la belleza;  
Por vos (Don Juan) florecen altamente.  
Aquí la docta lira, allí el valiente  
Pincel, de vuestro ingenio la grandeza  
Muestran; que con ufana ligereza  
La Fama extiende en una y otra gente.  
Alce la ornada frente el Betis sacro,  
Su tesoro llevando al mar profundo,  
Y de Jáuregui el nombre, y la memoria:  
En tanto que su ilustre Simulacro  
Venera España, reconoce el mundo  
Como de nuestra Edad insigne gloria.

<31. En tanto que al océano espumoso>

En tanto que al océano espumoso  
Lleva, Cueva divino, en su pureza  
De tu copioso ingenio la riqueza,  
El grande Río, ufano y glorioso:  
Y en la Selva de Alcides el hermoso  
Coro, entalla y escribe en la corteza  
De la abundosa oliva, por grandeza

Tu nombre ilustre y verso numeroso;  
Y o, combatido de elementos varios  
Aquí, codiciaré tu gran tesoro,  
Gloria del siglo, y la nación temida.  
Triunfará tu virtud de sus contrarios,  
Y o callaré para mayor decoro,  
Pues hablando tus obras, te dan vida.

<32. Céspedes peregrino, mi atrevida>

Céspedes peregrino, mi atrevida  
Mano, intentó imitar vuestra figura:  
Justa empresa, gran bien, alta ventura,  
Si alcanzara la gloria pretendida;  
Al que os iguale, solo concedida;  
Si puede haberlo, en verso, o en pintura,  
o en raras partes: que en la edad futura  
Darán a vuestro nombre eterna vida.  
Vos ilustráis del Betis la corriente,  
Y a mi dejáis en mi ardimiento ufano,  
Manifestando lo que el mundo admira:  
Mientras la fama va de gente en gente;  
Con vuestra imagen de mi ruda mano  
Por cuanto el claro eterno Olimpo mira.

<33. No es maravilla, oh docto Valderrama>

No es maravilla, oh docto Valderrama,  
Que honre mi mano, en el Retrato vuestro;  
Siendo sujeto ilustre, del más diestro  
Pincel, que celebró la antigua fama.  
Vuestra excelsa doctrina el Orbe inflama,  
En honra de la Patria, y Siglo nuestro:  
Y como en alta ciencia gran Maestro  
Gran premio, gran honor, gran gloria os llama.  
Por esto fue dichosa la osadía  
Que tuve, en intentar con rustiqueza  
Lo que no se concede a ingenio humano:  
Pues ya la envidia y tiempo en su porfía  
a su pesar, veneran la grandeza  
De vuestro nombre; por mi ruda mano.

<34. Aunque a tu gran valor Noble Pintura>

Aunque a tu gran valor Noble Pintura

La voz (por ser efecto soberano)  
No se concede; aquí mi osada mano  
Hizo hablar sin ella esta figura.  
Este Semblante, y grave compostura,  
Y señales de ingenio más que humano,  
Muestran que mi ardimiento no fue en vano;  
o proceda del Arte, o la ventura.  
Y a de Farfán el nombre reflorece  
En esta imagen, premio a mi fatiga,  
Si bien no dignamente celebrado.  
Mas tal forma de gloria no carece,  
Pues si le falta voz, basta que diga  
Quien es; de cuya mano es dibujado.

<35. Un cortesano Esaías>

Un cortesano Esaías  
Yace en este humilde espacio,  
Que ardiente ostentó en Palacio  
El celo y virtud de Elías;  
Quien sacó de piedras frías  
Dulce y saludable humor;  
Y al mayor Predicador  
Pablo, hurtó la doctrina,  
Huésped, la rodilla inclina  
Y prosigue con temor.

<36. Si de imitaros la gloria>

Si de imitaros la gloria  
Procuré, Alcázar, en vano,  
Basta, que pudo mi mano  
Extender vuestra memoria:  
Y no es pequeña vitoria  
Haber con la Arte podido  
Vencer del tiempo el olvido:  
El ingenio agudo y solo  
Celebre cantando Apolo  
Vuestro nombre esclarecido.  
Cante de Marte el rigor  
Con que en ancho mar y tierra  
Venciste en justa guerra  
Extraño y propio valor:  
Cante el Divino furor,  
Estilo, gracia, y el vuelo,

Que perdió de vista el suelo,  
En la castellana Lira:  
Que el mismo ensalza y admira  
Y prefiere a la del cielo.

<37. Parece en Varón tan digno>

Parece en Varón tan digno  
Mi corta alabanza en vano,  
Si a sugeto mas que humano  
Se debe ingenio divino.  
Mas por ser justo alabar  
La virtud, en quien la alcanza,  
a su gloria y alabanza,  
Se le debe este lugar.  
Y aunque excedan nuestro vuelo  
No se han de estimar por vanas  
Las alabanzas humanas  
Que suele estimar el cielo.  
Pues quien tuvo tanta parte  
De soberano caudal  
Vencer pudo el natural,  
Con la excelencia del Arte.  
Quien llegó con la pintura  
Al divino Rafael,  
Y del Ángel Micael  
Osó alcanzar la Escultura  
A mí no me espantaría  
Excediese a los mortales,  
Pues que dos Ángeles tales  
Lleva delante por guía.  
Así en Mase Pedro veo  
Ser más seguro envidiar  
Que pretender imitar  
Lo que no alcanza el deseo.  
Por tanto si a la memoria  
De su ilustre nombre falto,  
Juzgo que a varón tan alto  
Mi silencio es de más gloria.

<38. Y al gran varón que solía>

Y al gran varón que solía  
Darnos con su vida ejemplo,  
Lo sube Cristo a su Templo;

Porque es de su Compañía.  
Y como Soldado fue  
De su evangélica lista,  
Le paga con clara vista  
El gran caudal de su fe.  
Y el da por bien empleado  
De la güera los enojos  
Por gozar de los despojos  
Que ganó como Soldado.  
La piedra y los otros males,  
Tormento de su persona,  
Se le han vuelto en la corona  
Piedra y perlas orientales.  
Mejor, Padre, habéis triunfado  
Que David; y en testimonio  
Muchas veces al Demonio  
Con piedra habéis derribado:  
Por do el traidor declaró  
El no poderos sufrir,  
Que aunque está hecho a mentir  
Vuestra virtud confesó.  
Mil veces de lo profundo  
Decís al grave dolor;  
Estimo en más tu valor  
Que ser Monarca del Mundo.  
Como estáis lleno de luz  
(Varón santo) queréis vos  
Ganar por la cruz a Dios,  
Como os ganó por la cruz.  
Al fin priváis con el Rey  
En trabajos, y Paciencia,  
Y os hace por excelencia  
Estimador de su Ley.  
Padre venerable, el llanto  
No conviene a vuestra Muerte,  
Que es preciosa vuestra suerte  
Ante Dios, como de Santo.  
Bien se ve la honra crecida  
Que a mi libro le habéis dado,  
Pues Dios os a Retratado  
En su libro de la vida.  
A donde es fuerza decir  
Que no os habéis de borrar,  
Antes habéis de durar  
Cuanto Dios a de vivir.

<39. Alonso Díaz, no llega>

Alonso Díaz, no llega  
Mi ingenio a la excelsa gloria  
Que merece vuestra Historia  
Porque en sus aguas se anega.  
Que como el Cielo os concede  
Levantar tan alto vuelo,  
No puede ingenio del suelo  
Lo que solo el Cielo puede.  
No de una sola Corona  
Se corona vuestra frente,  
(Mericida por la fuente  
Que pareció en Elicona.)  
Que otra os aguarda más dina  
Por esta empresa sagrada,  
Que os da la fuente sellada  
Do nació la agua divina.  
Justamente mericida  
Pues tan liberal andáis  
Que las almas recreáis  
En la fuente de la vida.  
Do por siglos infinitos  
Vivirán vuestros concetos  
Y no ha mudanza sujetos  
Aunque sobre la agua escritos.  
Agua es, pero Agua Santa  
Con un retrato divino,  
Y de vos sujeto diño  
Pues hasta el cielo os levanta.  
Milagro que reverencio,  
Imagen santa que adoro,  
En tanto que por decoro  
Os alaba mi silencio.

<40. Prudente acuerdo es dejar>

Prudente acuerdo es dejar  
el mundo, cuando podéis;  
que podrá ser, si queréis  
otra vez, no lo alcanzar.  
Con esto obligáis a Dios,  
que no forme de vos queja,  
diciendo que el mundo os deja,



y que no le dejáis vos.  
Juntamente es mi consejo  
hagáis lo que habéis escrito:  
que yo también me remito  
a tenerlo por espejo,  
Y a guardar por esperanza  
en premio de esta victoria  
para conseguir la gloria  
el medio por do se alcanza.

<41. A la Fama y memoria>

A la Fama y memoria  
Doy, oh claro Don Juan! el eminente  
Varón, que honró el presente  
Siglo: y dio a la alta ciencia lustre y gloria:  
Con tan cierta esperanza  
Cual la virtud (no la ambición) alcanza.  
Y aunque el tiempo consume  
De piedras y metales la dureza,  
No puede su aspereza  
Acabar el ingenio ni la pluma:  
Porque en eternas cartas se asegura  
Vivo en la historia, vivo en la pintura.

<42. Las armas, y el varón ilustre canto>

Las armas, y el varón ilustre canto,  
Capitán de la insigne COMPAÑÍA  
Del apellido más temido y santo;  
La muestra de su esfuerzo, y osadía,  
En las primicias de la edad lozana;  
Que tal gloria a la nuestra prometía.  
Engrandeced, o Musa soberana,  
Mi humilde canto, en tan dichosa guerra:  
Huya de mí la multitud profana.  
Cuando la mayor parte de la tierra  
Era regida del común Tirano,  
Que envidioso la dulce paz destierra;  
Y victorioso el bárbaro Otomano  
(En mengua nuestra) ufano dilataba  
La secta impura del Profeta vano;  
Y cuando el velo de su faz quitaba  
Contra la Iglesia, el pérfido Lutero,  
Y sin color, la guerra publicaba;

A nuestro IGNACIO, noble caballero,  
Miraba el gran Rector del alto asiento  
Vestido de valor, y limpio acero.  
Y ha elegido por firme fundamento  
De un escuadrón felice, y poderoso,  
A resistir aquel furor violento.  
En medio el duro trance riguroso,  
Asaltado el Castillo de Pamplona  
Del Francés atrevido, y orgulloso.  
A trabajo, ni industria no perdona  
IGNACIO ilustre, en la ocasión presente;  
Antes aspira a la inmortal corona.  
Anima, esfuerza a la Española gente,  
Caudillos principales de su bando,  
Con fuerte pecho, y ánimo valiente:  
Por el gran Carlos, iba ponderando  
La justa obligación a dar la vida;  
El vil temor de todos desterrando.  
Tenían la esperanza ya perdida  
De socorro, y así la mejor parte  
Casi estaba a entregarse reducida.  
Tanto pudo su ardor, su industria y arte  
Que a resistir de nuevo, la famosa  
Gente se arroja entre el furor de Marte.  
La dura empresa, horrenda, y sanguinosa,  
De ambas partes los ánimos enciende;  
Haciendo la victoria más dudosa.  
Quien parte, desbarata, rompe, hiende,  
Entre el tropel, las cajas, trompas, truenos,  
Y su nombre inmortal hacer pretende.  
Aquí, y allí, de furia, y sangre llenos,  
o por las armas, o el metal horrendo  
Caen muchos de vigor, y vida ajenos.  
A la parte, do estaba resistiendo  
IGNACIO, con valor el duro estrecho,  
El peso de la guerra sosteniendo;  
De aquel fiero ruido contrahecho,  
o del cielo una bala despedida,  
La diestra pierna casi le ha deshecho.  
De otra piedra con furia resurtida,  
Fue en la siniestra Ignacio lastimado;  
Y cae su fortaleza no vencida.  
Honrosamente yace derribado;  
Y viendo su esperanza por el suelo  
El Español, se rinde desmayado.

¿Quién vio del joven Saulo el duro celo,  
Que ajeno de su patria y peregrino,  
Cercado en torno de la luz del cielo,  
La poderosa voz, rayo divino  
Lo derribó, y privó de fortaleza,  
Cortando el vano intento a su camino?  
Pero por este medio a tanta alteza  
Subió, que al claro Olimpo arrebatado  
Vio de ocultos misterios la grandeza.  
Después a los trabajos entregado,  
Para llevar el nombre fue elegido  
De infierno, tierra y cielo venerado.  
Y como en vaso puro, y escogido,  
Con él permaneció hasta la muerte,  
Aun estando su cuerpo dividido;  
A Ignacio, joven animoso, y fuerte  
Derribado en su orgullo venturoso,  
Así le avino aquí la diestra suerte.  
Fue llevado al contrario victorioso,  
Por medio de la industria y fuerza ajena,  
A su luengo martirio trabajoso.  
Allí por nuevo modo el cielo ordena,  
De disponer con luz divina, y pura,  
La alma de otros intentos varios llena.  
El Amor de la eterna hermosura  
Obró en su pecho cosas tan extrañas,  
Que todo humano afecto del apura.  
Hecho vaso escogido, en sus entrañas  
El dulce nombre de IESVS vivía,  
Con nuevas maravillas y hazañas;  
Hasta que se llegó el felice día,  
Do el Señor con favor único, y raro  
Llenó la alma a su siervo de alegría;  
Y el nombre, que a su dueño fue tan caro,  
Puso a su COMPAÑÍA, única, y nueva,  
Fiado en la promesa, y dulce amparo,  
Que en gloria suya por el orbe lleva.

<43. De varios pensamientos fatigado>

De varios pensamientos fatigado  
Que el grave yugo del Amor estrecho  
Da, al corazón humano cada día.  
Saliendo a respirar con tierno pecho  
Entre los frescos Álamos sentado

Que el Betis riega con su orilla fría.  
Oyendo el armonía  
De las aves, que el aire con su canto  
Alegran, y entre tanto  
El sitio ameno, el agua y su ruido  
Al sueño me han rendido,  
Propio de ánimo triste y congojoso,  
Y centro natural de su reposo.  
En medio el dulce olvido, de repente  
Oí rumor en el profundo asiento  
Y un ruido en las aguas espantable.  
Que bastara dejarme sin aliento,  
Sino viera delante claramente  
Al sacro Betis, viejo venerable  
Con aspecto agradable  
Sobre su ebúrneo vaso recostado,  
Y en torno rodeado  
De bellas Ninfas, con cabellos de oro,  
De su alcázar tesoro,  
Que atentas aguardaban sus razones  
Por entender tan altas pretensiones.  
Y alzando la alta frente coronada  
De verdes ovas, dijo en voz sonora,  
Prestándole atención las compañeras.  
O feliz tiempo, o venturosa hora  
En que veo cumplida y acabada  
Mi profecía, con gloriosas veras.  
Dichosas mis riberas  
Que oyen la clara trompa, y la voz nueva  
Del honor de la Cueva,  
Cisne, que al fin con canto mas que humano  
Ilustra el suelo Hispano,  
Do Reina la virtud, y la nobleza,  
Arte, ingenio, valor, y fortaleza.  
Este nuevo Marón, Vándalo Omero,  
Va los heroicos hechos celebrando  
Del ínclito varón, divino Marte,  
Honor del Mundo (santo Rey Fernando)  
El cual fue sin segundo, y el primero  
Que al Agareno con industria y arte  
Y al bando de su parte  
Movido por el Cielo hizo guerra.  
Y derribó por tierra  
Sus banderas, plantando justas leyes  
Oficio de los Reyes

Y a la famosa Bética oprimida  
Dio nueva luz, eterno nombre y vida.  
Ved si es justo, que empresa tan divina  
Cual su felice Musa nos pregona,  
Justamente guardada para él solo,  
Que en la difícil cumbre de Elicona  
De Lauro eterno la corona digna  
Le dé con las hermanas junto Apolo.  
Y de uno al otro Polo  
Gocen de su cultura el dulce fruto,  
Que me da por tributo,  
Sacando de la sombra del Olvido  
El tesoro escondido  
De los Héroes famosos cuyo vuelo  
Lo hace eterno, y claro en tierra, y Cielo.  
Ganges, Danubio, Nilo, y Tajo amado  
No envidiaré de hoy más vuestros loores,  
Con el Cisne que canta en mi ribera.  
Calló, porque con nuevos resplandores  
Había sus corrientes retocado  
Diana, por oírle placentera,  
Que nunca ella viniera  
Porque no me privara el Hado injusto  
Del agradable gusto.  
Despierto, y triste me hallé en el llano,  
Mas no fue el sueño vano,  
Y así no tuve el crédito perdido  
Hasta que vi lo que soñé cumplido.  
Canción, calle tu justo atrevimiento,  
Con que el vuelo subiste que oscurece  
Lo que a Hesperia enriquece.  
Y los hechos divinos  
De tal ingenio dignos,  
No sigas con furor ajeno oficio  
Pues me llama la suerte a otro ejercicio.

<44. Arrime Orfeo, el músico instrumento>

Arrime Orfeo, el músico instrumento  
que detuvo las Aves, y Animales,  
y refreno, los Monstruos infernales,  
y a los Ríos el curso, y movimiento,  
Suene de vuestra Harpa el dulce acento,  
que arrebatara, y suspende a los mortales,  
y engendra mil deseos celestiales,

que ilustran la Razón y Entendimiento.  
Hallo en vos, la Destreza tal cordura  
que le obligo a sentaros a su Mesa;  
y con Razón queréis solo gozalla  
Ojalá que nos diese la ventura;  
a ver, lo que por Fe el Mundo confiesa,  
sino es que para Dios queréis guardalla.

<45. Aunque a tu gran valor Noble Pintura>

Aunque a tu gran valor Noble Pintura  
la voz (por ser efecto soberano)  
no se concede; aquí mi osada mano  
hizo hablar sin ella esta figura.  
Este semblante, y grave compostura,  
y señales de ingenio mas que humano,  
muestran que mi ardimiento no fue en vano;  
o proceda del Arte, o la ventura.  
Ya de Farfán el nombre reflorece  
en esta imagen, premio a mi fatiga,  
si bien no dignamente celebrado.  
Mas tal forma de gloria no carece,  
pues si le falta voz, basta que diga  
quien es; de cuya mano es dibujado.

<46. Cesen de hoy más del Griego, y del Troyano>

Cesen de hoy más del Griego, y del Troyano  
los hechos y la Fama celebrada;  
pues vemos con la Daga, y con la Espada  
que llegáis donde no llevo Hombre humano.  
Y junto con la Ciencia de Cristiano  
otra manifestáis, tan ignorada  
del gran Comendador encomendada;  
fiada con razón de vuestra mano.  
Con justa causa sois tan estimado  
pues de aquel que primero abrió el camino  
Primogénito sois en la Destreza;  
Que para hacerse Eterno, le convino  
su Tesoro dejar depositado  
en vos, para su Gloria y su Riqueza.

<47. Cuanto con docta mano en la Pintura>

Cuanto con docta mano en la Pintura

hicieron muchos, tu, oh Vargas divino!  
solo alcanzaste, y gracia y hermosura  
más alta, con ingenio peregrino.  
diste ser, vida, afecto, a la figura;  
abriste con tu luz nuevo camino;  
y si bien da la voz Naturaleza  
no como el arte dura la belleza.  
Si a tan alto lugar llegó tu mano  
a mayor nombre y gloria alzaste el vuelo,  
renovando, por modo soberano,  
en ti la imagen del Pinto del cielo.  
ya tu pincel se deja atrás lo humano,  
venciendo a cuantos pintan en el suelo.  
callo al fin lo que a fuerza humana excede,  
por no impedir al cielo lo que puede.

<48. Este diseño es natural Retrato,>

Este diseño es natural Retrato,  
del Licenciado, y gran Doctor Pancorvo,  
contra cuya destreza no hay estorbo,  
Círculo, Línea, recta, vista, o tacto;  
Que este el otro en potencia, que este en acto,  
mas valiera tener galico Morbo,  
que aprovecharse aquí de ángulo Corvo,  
contra su herrezuelo, o garabato.  
Es en la Medicina, otro Galeno,  
archivo de Aritmética famoso,  
sabe ciencia aprendida en el profundo;  
Quien negara, que lo que hace es bueno,  
pues tiembla de su brazo belicoso,  
Moro, Ronda, Granada, y todo el Mundo.

<49. Felice Mesa, en quien, a puesto el Cielo>

Felice Mesa, en quien, a puesto el Cielo;  
de sus Excelsos dones, tanta parte  
que el caudal que entre muchos se reparte,  
lo junto en vos con un divino celo.  
Del Sacro Betis, único consuelo  
por el ausencia de su caro Marte,  
que en vos deposito la ciencia y arte  
honor y gloria, del Hesperio Suelo.  
Orne el Laurel Sagrado vuestra frente  
con yedra entretejido, y varias flores

Lirio, Jacinto, Rosas, y Violetas;  
Que entre la Diestra y Belicosa gente,  
de Marte; sois mayor de los Doctores  
y les dais luz, cual Febo a los Planetas.

<50. Fuerte batallador, padre de Ciencia>

Fuerte batallador, padre de Ciencia  
en el rigor, y veras aprobada  
quien puede resistir de vuestra espada  
el crudo filo, el ímpetu y violencia.  
Ninguno abra que os haga competencia,  
si juntáis a la diestra ejercitada  
la siniestra con arma aventajada,  
el ánimo, el esfuerzo, y la experiencia.  
Vuestro es el Lauro y Palma de Vitoria,  
pues delo que otro pudo ser avaro  
vos lo manifestáis con rostro afable;  
Que de vuestro Retrato por memoria  
conozca el Mundo, vuestro nombre claro  
Doctor honrado, Diestro y venerable.

<51. Carta de Pacheco, pintor de Sevilla, al racionero Paulo de Céspedes, en Córdoba>

Pensé (y mi pensamiento no fue vano)  
levantar el espíritu caído  
mediante el furor vuestro soberano;  
pues entre Apolo y vos está partido  
el poder, a mi musa dad aliento,  
que así seré mejor favorecido.  
No esparciré mis quejas por el viento  
entre los pobos do agradable suena  
de Betis el sagrado movimiento;  
ni en su margen tendido en seca arena  
aumentaré a sus ondas el tributo,  
crudos efectos que el amor ordena.  
Bien que amé, mas cogí el dichoso fruto  
y con segura fe quedé enlazado  
con dulce premio y con semblante enjuto.  
No entre rieles de oro ni en preciado  
zafiro, que al Olimpo claro excede,  
ni entre el candor con púrpura mezclado;  
otra imagen que nuevamente puede  
cantar Anacreón, un color bello  
cual a su ingenio y pluma se concede:



virgen de negros ojos y cabello,  
por elección, no solo por destino,  
me puso el yugo blandamente al cuello.  
Mas, oh, cuán desviado del camino  
que intenté proseguir para la vía,  
honor de España, Céspedes divino.  
Vos podéis la ignorancia y noche mía  
más que Apeles y Apolo ilustremente  
volver en agradable y claro día,  
que en vano esperará la edad presente  
en la muda poesía igual sujeto  
ni en la ornada pintura y elocuente.  
Antes, a la futura edad prometo  
que el nombre vuestro vivirá seguro,  
sin la industria de Sóstrato Arquitecto.  
El Faro, excelsa torre, el grande muro,  
mausoleo, pirámides y templo,  
simulacro, coloso en bronce duro,  
vuelto todo en ceniza lo contemplo,  
que el tiempo a dura muerte condenadas  
tiene las obras nuestras, para ejemplo.  
Mas si en eternas cartas y sagradas  
por vos se extiende heroica la pintura  
a naciones remotas y apartadas,  
cercado de una luz excelsa y pura,  
en el sagrado templo la alta Fama  
en oro esculpirá vuestra figura.  
Ahora yo, a la luz de vuestra llama,  
sigo el intento y fin de mi deseo,  
encendido del celo que me inflama.  
El perezoso padre de Morfeo  
en sagrado licor mi húmida frente  
bañaba y mis cuidados en Leteo,  
después que Febo al último occidente  
se retiró y la bella cazadora  
daba por él su luz resplandeciente.  
Cercano a la apacible y blanca Aurora,  
vi un hórrido lugar de luz ajeno,  
do la pálida y cruda Invidia mora;  
de acerba hiel el verde pecho lleno,  
de víboras crueles se alimenta,  
los negros dientes baña en su veneno.  
En los ajenos daños se contenta,  
en los bienes se enciende y se deshace,  
y rabiosa se muerde y atormenta.

Llevada del furor, a do le place  
camina, hinche el orbe del penoso  
ardor con que su hambre satisface.  
Por do pasa, con ceño riguroso,  
seca, entristece, y pierde su alegría  
el prado verde, alegre y deleitoso.  
Mas el que da color al claro día,  
movido a compasión, más se apresura  
y huye de la sombra la porfía.  
Y aunque estoy en la luz que me asegura  
ser engaño tener por cosa cierta  
lo que el cimerio sueño nos figura,  
pienso que toco, no la ebúrnea puerta  
mas la opuesta, pues veo lleno el suelo  
desta verdad, ¡ay, oh si fuera incierta!  
Si no, decid: ¿qué cubre en negro velo  
de los héroes famosos la memoria,  
cuyas almas habitan en el cielo?  
Y los que el verde lauro con victoria  
ganaron y de Betis la grandeza ,  
¿quién pudiera borrar con triste gloria?  
Puede de aquesta fiera la crudeza,  
derramada en los míseros mortales,  
consumir de sus bienes la riqueza.  
¿Qué tirano halló tormentos tales  
cuales padece el pecho donde mora,  
o contemple los bienes o los males?  
Los huesos seca, tiñe; descolora  
la faz de gualda y del color rosado,  
siendo crudo verdugo a quien la adora.  
¡Oh amigo, a cuánto mal hemos llegado,  
que cuanto el cielo a muchos darles quiso  
pierde. ¡Cómo no rompo lastimado!  
¿Dó la docta elocuencia de Meliso  
y de Vandalio el amoroso llanto  
y del que ilustra al joven Eliocriso?  
¿Y de Damón, a quien venero tanto,  
Marcial segundo que mi pecho alienta,  
cuya dulce memoria lloro y canto?  
Alma que en nueva luz vives contenta,  
espira en mí tu fuego más que humano,  
mientras el luengo destierro me atormenta.  
Quéjome, pero al fin me quejo en vano.  
¿Dó está aquel que de Elisa la belleza  
quiere que oséis pintar con diestra mano,

y con canto vestido de pureza  
las partes celebró que Amor le inspira  
y mostró de su ingenio la destreza?  
¿Y dó el mayor que el sacro coro admira,  
nuestro poeta, con razón divino,  
digno de la de Apolo y vuestra lira,  
que por la yerta cumbre abrió camino  
con que, glorioso, el español osado  
ufano va entre el griego y el latino?

Ya Betis, en su gruta retirado,  
gimió, tendido en el profundo asiento,  
de su lolas la muerte, lastimado.  
En torno de él, sus hijas dan al viento  
quejas y el oro crespo de sus frentes,  
sin veste, sin guirnaldas ni ornamento.

¡Y tú sagrado Apolo, que consientes  
que se pierdan las obras más perfectas,  
por la cruda ambición de los presentes!

¿Para qué el rigor de tus saetas  
y las de tu hermosa y clara hermana?  
¿Qué valen para ti tantos poetas?  
¿Qué los que no previenen la mañana  
con luz, con libros, con virtud divina,  
invidiando la musa soberana?

Lascivia y ocio al fin los encamina,  
y a la casta Penélope dan guerra  
cuando razón y la virtud declina.  
Solo gastan los frutos de la tierra,  
sirven de acrecentar la humana gente  
o los cuerpos que dentro el mundo encierra.  
del humor de Lieo alegre, ardiente,  
gustan más, entre flores y entre yerba,  
ministrándoles Ceres diligente,  
que el que produce el árbol de Minerva.

Basta ya ¿Dónde soy arrebatado?  
¿Quién mi canto de sátira reserva?  
Ya, caro amigo, el ánimo cansado  
siento, y será razón, así, que atienda  
a dar fin al discurso comenzado.

Yo voy, humilde, por la estrecha senda,  
libre de ociosidad en mi ejercicio,  
y no por eso libre de contienda.

La virtud resplandece opuesta al vicio,  
y pues no es reservada la inocencia,  
sufrir es agradable sacrificio.

El inmortal escudo de paciencia  
nos ha de acompañar cuanto la vida,  
si a tanto afán se halla resistencia.  
Y en tanto que la niebla ya extendida  
del ingenio escurece la memoria,  
mi humilde lira, a vos agradecida,  
anumera a los héroes vuestra gloria.

<1. Ya de vos no he de querer>

Ya de vos no he de querer  
galardón de mis suspiros,  
pues de mi pena en serviros  
me supe satisfacer.  
5 No tengo más que esperar  
en la causa de mi pena,  
pues es la causa tan buena  
con que me puede salvar.  
Y pues llego a merecer  
10 la gloria de mis suspiros,  
de mis males con serviros  
me puedo satisfacer.  
Pues nunca tenéis memoria  
del daño que me hacéis,  
15 para matarme la gloria  
de mi mal no os acordéis.  
Que no sufre el corazón  
no morir ya en vuestro olvido;  
membráos de su pasión,  
20 porque ser menos perdido  
es su mayor perdición.  
Matadme en vuestra memoria  
porque menos me matéis,  
que con aquesta victoria  
25 nunca alcanzaréis la gloria  
que en mis males pretendéis.  
Tan ufano y tan contento  
me hallo con mi pasión,  
que en lugar del galardón  
30 pido, señora, el tormento.  
Porque sola la memoria  
de que vos causáis mi pena  
hace mi pasión tan buena  
que su mal es mayor gloria.  
35 Y descansa el corazón

de su grave sentimiento,  
pues honra su perdición  
con la causa del tormento.

Ningún galardón merece  
40 el que espera merecer  
del tormento que padece,  
porque mengua en padecer  
lo que en esperanza crece.

Y porque de la pasión  
45 la mejor y la más buena  
es la que es sin redención,  
ventaja tiene el que pena  
sin esperar galardón.

<2. Pues que ya desengañar>

Pues que ya desengañar  
no me puede el desengaño,  
quiero volverme a engañar,  
señora, con vuestro engaño.

5 Podrá ser que ya no acierte  
en este confuso error,  
¿pero qué puede el dolor  
si no llevarme a la muerte?

Y pues que el desesperar  
10 no es remedio de mi daño,  
ya que me vuelvo a engañar  
no me dañe el desengaño.  
Quien sirve do es más servir  
encubrir el pensamiento,  
15 en vano sufre el tormento  
que no puede descubrir.

Porque es alivio de pena  
al herido corazón,  
dar muestras de su pasión  
20 a quien sus males ordena.

Mas quien sufre lo que siento  
y no lo puede decir,  
más siente: que es su tormento  
sufrir, y no descubrir.

<3. Callo la gloria que siento>

Callo la gloria que siento

en mi dulce perdición,  
por no perder el contento  
que tengo de mi pasión.  
5 Y más hago en encubrir  
por la honra de mi pena,  
que no me duele sufrir  
el mal que el Amor ordena.  
¿Quién publica mi tormento?  
10 ¿Será tal mi presunción  
que perderé el sentimiento  
que tengo de mi pasión?  
Y estimo tanto la gloria  
de mis penas recibida,  
15 que tengo en más su memoria  
que el descanso de mi vida.  
Por no perder el contento  
de mi grande perdición,  
no gozo de mi tormento  
20 publicando mi pasión.

<4. Hermosos ojos serenos>

Hermosos ojos serenos,  
serenos ojos hermosos,  
de dulzura y de amor llenos,  
lisonjeros y engañosos,  
5 quien no os ve pierde la vida,  
y el que os ve halla su muerte;  
mas quien muere de esta suerte  
cobra la vida perdida.  
Cuando veros merecí,  
10 tan contento me hallé  
con el gozo que sentí  
que todo el mal olvidé.  
Y viendo tanta belleza  
fue tan grande mi placer,  
15 que vivo ya sin más ver  
con extremo de tristeza.  
Porque no consiente Amor  
que viva sin sus enojos;  
que es hacer flaco el dolor  
20 que nace de vos, mis ojos.  
Soberbio en el pensamiento  
de estar en vuestra memoria,

solo me acaba la gloria  
de penar en tal tormento.  
25 Y con tan alta locura,  
consigo de mi pasión  
por favor de mi ventura  
lo que no cabe en razón.  
Porque en veros sin desdén  
30 alcance más gloria tal,  
que pierde su fuerza el mal  
y cobra fuerzas el bien.  
Cuando me aflige el deseo  
desfallezco en mi tormento,  
35 mas por una hora que os veo  
mil años vivo contento.  
Y ufano en esta visión,  
ajeno de mis enojos,  
vuelve al corazón los ojos  
40 y al sentido el corazón.  
Torno siempre de mi pena  
al descanso de miraros,  
y alabo mi suerte buena  
porque tan bien supe amaros.  
45 Pero después que os miré,  
vi un mal que nunca sentí,  
y troqué el bien que perdí  
por los males que gané.  
Ojos en cuya blandura  
50 nos hace el Amor la guerra,  
y en dichosa sepultura  
a cuantos os miran cierra,  
¿por qué en mi pecho sembráis  
tan dulce y ciego furor,  
55 que no os viendo sin dolor,  
sin respeto me tratáis?  
Poco o nada me debéis  
en querer yo mis enojos,  
es fuerza que me hacéis  
60 cuando me miráis, mis ojos.  
Adonde quiera que os veo  
todos mis males olvido,  
y en vuestra luz encendido  
lleváis, cual Hado, el deseo.

<5. Días de mi perdición>

Días de mi perdición,  
temidos y deseados,  
si os cansáis de mi pasión,  
¿por qué crecéis mis cuidados?

5 No hay en mí tanta dureza  
que los pueda sostener,  
ni me puede ya hacer  
mayor mal vuestra braveza.  
Yo padezco aborrecido,  
10 pero no desesperado,  
porque cuanto más perdido  
tanto más vivo engañado.  
Confuso solo y dudoso,  
no puede alegrarme el bien,  
15 que los daños del desdén  
me hacen todo celoso.  
Vos fuiste principio, días,  
de mis pequeños contentos,  
y volvéis mis alegrías  
20 ya en eternos descontentos.  
Tiempo ligero mudable,  
que nunca tienes firmeza,  
solo para mi tristeza  
te haces siempre inmutable.  
25 Como llevas sin parar  
mis cortos bienes perdidos,  
¿por qué dejas afirmar  
estos mis males crecidos?  
No tuve tanto de gloria  
30 que tal dolor sustentase:  
no quiso Amor que gozase  
de esto solo mi memoria.  
Mis ojos están gastados  
de lo mucho que lloraron,  
35 y mis sentidos cansados  
sin sentido me dejaron.  
No me queda otro caudal  
en esta grave mudanza,  
sino penosa esperanza  
40 de este mi perpetuo mal.

<6. Dulces esperanzas mías>

¡Dulces esperanzas mías,



qué vanamente nacisteis!,  
¡cuán presto acabáis los días  
de los bienes que me disteis!  
5 Levantástesme en la cumbre  
para derribarme luego;  
no pude sufrir la lumbre  
y caí turbado y ciego.  
Yo todo lo que merezco,  
10 y que no debiera, vi,  
pues por el mal que padezco  
a mí mismo aborrecí.  
¡Cuán mal hace confianza  
de sus contentos quien ama,  
15 que en una breve mudanza  
lo que desea desama!  
¡Para tan grave tormento  
cuán corta es, Amor, tu gloria!,  
¡y cuán vano el pensamiento  
20 que se ocupa en tal memoria!  
Es la esperanza temor  
duro, y cuidado el deseo,  
y con tan cansado amor,  
cuanto temo, más deseo.  
25 ¡Dichoso quien no padece  
desesperación de olvido!  
Pero ningún bien merece  
quien no pena aborrecido.  
¿Qué mal habrá que no sea  
30 menor que las que consiento?  
Bástale a quien no desea  
para no sentir tormento.  
Las horas de mi alegría  
en tristeza se volvieron,  
35 y de la desdicha mía  
su fundamento hicieron.  
Yo pagué como culpado  
porque en Amor esperé;  
mas ¡cuán bien es condenado  
40 quien ama con tanta fe!  
Toda perdición merece  
el que espera en tal belleza,  
porque ventura fallece  
a quien se calla en grandeza.  
45 Atrevióse el corazón,  
y a osadía tan injusta

Amor le da en galardón  
la muerte por gloria justa.  
Y quédame de esta gloria  
50 un tan dudoso contento,  
que en traerlo a la memoria  
renuevo todo el tormento.  
¡Vanidad de mis deseos,  
en lugar no agradecido:  
55 para tantos devaneos  
poco bien habéis tenido!  
Ya que me vea en extremo  
que la paciencia no basta,  
mis dolores menos temo  
60 cuanto el tormento más gasta.  
Y al fin de largo destierro,  
traigo con dura señal,  
al cuello por fuerza el hierro,  
y adoro solo mi mal.

<7. Vivo en nuevo desvarío>

Vivo en nuevo desvarío  
dudoso y desconfiado,  
y tanto temo el mal mío  
que huyo de mi cuidado.  
5 Busco ausencia a mi deseo,  
pero ¿qué vale el olvido,  
pues que todo cuanto veo  
me condena por perdido?  
Mis bienes persigue un mal  
10 tan desusado y esquivo,  
que aunque es mi pasión mortal,  
me tiene al tormento vivo.  
Mis glorias ya son deshechas  
por voluntad del Amor,  
15 que gastando en mí sus flechas  
me dejó solo el dolor.  
Derribé la confianza  
que sustentarme solía:  
¡o, cuán triste es la mudanza  
20 a quien perdió la alegría!  
En medio del corazón  
tengo escondida tal llaga,  
que no sana mi pasión

por más bien que Amor me haga.

25 Sospechas que me matáis,  
cese ya vuestra braveza,  
si de tal modo tratáis  
quien hace de vos firmeza.

¿Para qué me abris los ojos  
30 en tan grave sentimiento,  
pues que con tales enojos  
desfallece el sufrimiento?  
Mas quiero encubrir mis males

y negar lo que yo veo,  
35 porque son penas mortales  
las ansias de mi deseo.

Seré sordo a la razón  
que me publica mi engaño;  
que por no pedir perdón  
40 quiero sufrir nuevo daño.

A veces determinado  
me siento contra el recelo,  
y doy por bien empleado  
el menosprecio del celo.

45 ¿Pero qué vale osadía  
contra un fiero vencedor?  
¿Quién es aquel que porfía  
en hacer su mal mayor?

Con estas mudanzas mías  
50 engaño mis sentimientos,  
de esperanzas en porfías,  
de cuidados en tormentos.

No se muda mi dolor  
porque crezca la congoja,  
55 que el freno de mi temor  
nunca se tuerce ni afloja.

Yo conozco ya mi culpa;  
mas del celo que consiento,  
aquello que me disculpa  
60 causa todo mi tormento.

Cuanto procuré encubrir  
ahora está descubierto,  
que no puedo ya sufrir  
tanta pena y desconcierto.

65 En un temor ofendido  
mil temores se me ofrecen,  
y de un breve mal nacido  
otros mil nacen y crecen.

<8. Daba por ver una hora>

Daba por ver una hora  
serena y sin turbación,  
los bienes que mi señora  
promete por galardón.

5 Pero no sufre ventura  
este espacio de alegría,  
porque el bien huye, y no dura  
en alguna cosa mía.

Confuso y aborrecido,  
10 medroso y desesperado,  
¿para qué temo el olvido  
si muero al fin olvidado?

No es el corazón de hierro  
para llevar más tormento,  
15 pero del ajeno yerro  
yo pago lo que consiento.

Si la esperanza no falta,  
siempre doblará mi pena,  
que cuanto sube más alta  
20 tanto más peligro ordena.

solo me queda presente  
de mis bienes la memoria,  
y jamás estará ausente  
de mi pecho aquesta gloria.

25 Amor muestre su dureza  
y encienda su crueldad,  
que ya nunca su aspereza  
mudará mi voluntad.

Que en memoria del tormento  
30 permito mi perdición,  
porque igualo el pensamiento  
con mi desesperación.

En tal lugar me levanto  
que desespero el remedio,  
35 mas quien piensa y osa tanto  
a su mal no busca medio.

Faetón con ardor ciego  
del Sol llevó los caballos,  
con que el mundo abrasó en fuego,  
40 porque no supo guiallos.

Y de un rayo derribado,  
puso fin a su ventura,

en el río sepultado  
cuyo nombre siempre dura.  
45 Yo que de mi Sol hermoso  
presumí la pura lumbre,  
y atrevido y animoso  
no desmayo en la alta cumbre;  
si quiere Amor que del cielo  
50 encendido baje, y muerto,  
lugar pequeño es el suelo  
para tanto desconcierto.  
¡Oh vanidad!, ¡don perdido  
que se conoce engañado!,  
55 ¿para qué pretendo y pido  
lo que me ha de ser negado?  
Quien no debe esperar bien  
sus fantasías deshaga,  
que los golpes del desdén  
60 no dejan cerrar la llaga.  
Mas crean que no porfío  
por la mudanza que viene,  
porque solo el desvarío  
a la esperanza entretiene.  
65 Y la fuerza del deseo  
se consume de tal suerte,  
que en mis males yo no veo  
otro bien si no la muerte.  
No buscaré a mi esperanza  
70 cosas con que se sustente,  
porque en vana confianza  
¿qué tendré que me contente?  
solo deseo el dolor  
para nuevo desvarío,  
75 porque no se queje Amor  
de este sentimiento mío.  
Para servicios perdidos  
y trabajos olvidados,  
no serán mal recibidos  
80 estos presentes cuidados.  
Y no en vano Amor procura  
que muerte acorte mi pena,  
porque a quien faltó ventura  
la vida jamás fue buena.

<9. Yo lloro mi mal ausente>

Yo lloro mi mal ausente,  
de toda esperanza ajeno:  
quien lo causa no consiente  
que descubra por qué peno.

5 Quiere que muera en olvido  
entregado al mayor daño,  
y cuando veo este engaño  
me conozco más perdido.

Cuitado, que en tal temor  
10 no puede hallar defensa,  
y librarse del amor

la razón ya tarde piensa.

Entré en el tormento nuevo  
alegre del bien primero,

15 mas agora desespero:  
que sin remedio lo pruebo.

De esto no es la culpa mía,  
pero sí la eterna pena,  
porque el mal de mi porfía

20 me trajo quien me condena.

¿Mas para qué, triste, cuento

lo que a mi señora ofende,  
pues en silencio pretende  
que yo acabe, y mi lamento?

25 Nunca me saldrá del pecho  
cosa que turbe su gloria,  
ni del daño que me ha hecho  
sufriré que haya memoria.

Sin fiar al pensamiento

30 mis males, desesperado,  
aquí do estoy olvidado  
abrazaré mi tormento.

En tinieblas de la muerte,  
en soledad de la vida,

35 mi triste y penosa suerte  
será de mi bien querida.

Tan contento con mi mal  
estaré en este destierro,  
que cantaré atado al hierro

40 el bien de dolor mortal.

Pero no permite Amor  
que yo salga a ver la lumbre,  
porque en sombra del temor  
tengo ya antigua costumbre.

45 Mis ojos a oscuridad

hechos viven en tiniebla,  
y si se rompe la niebla  
cegarán en claridad.  
En el duro hielo frío  
50 intento matar mi fuego,  
y aunque de ello desconfío,  
la verdad siempre me niego.  
No que yo querría acabar  
la llama en que me consumo,  
55 pero arde tanto el humo  
que puede al mundo abrasar.

<10. Un mal que nunca descansa>

Un mal que nunca descansa,  
una pena sin reposo,  
un dolor que no se amansa,  
y un tormento riguroso,  
5 en enfermo y triste pecho  
ejercitan su poder,  
mas cuanto pueden hacer  
lo doy todo yo por hecho.  
Pudiera ser que mi mal  
10 se aliviara en la presencia,  
mas imposible es ser tal  
en las mudanzas de ausencia.  
Así perdido y cansado  
estoy sujeto al temor,  
15 porque me tiene el dolor  
en tiempo desesperado.  
El descanso de mi afán  
es el llanto de mis ojos,  
más harta gloria me dan  
20 pues puedo honrar mis enojos.  
Y lejos del bien que adoro  
ando triste y afligido,  
porque lloro por perdido  
todo el tiempo que no lloro.  
25 Penso por verme en presencia  
y muero porque no veo,  
porque fue siempre ausencia  
duro contrario al deseo.  
Tan lejos de mi remedio,

30 cuan cerca de perdición,  
las cosas que busco son  
extremos lejos del medio.  
Vivo ajeno de contento,  
ausente, siempre en mudanza,  
35 y me falta la esperanza  
por gloria de mi tormento.  
Quisiera solo pedir  
que de tantos mis enojos  
que sufro y he de sufrir,  
40 se humedeciesen sus ojos.  
Con esto el desconfiado  
corazón podrá alzarse,  
esperando mejorarse  
de este miserable estado.  
45 Mas ¡o grande desvarío  
de las mudanzas de amor!,  
¿cómo espero y desconfío?,  
¿cómo oso y tengo temor?  
Firme comencé a quejarme,  
50 y ahora vuelvo liviano  
a pedir consuelo vano,  
debiendo nunca mudarme.  
Este pecho que sostiene  
tanto mal, tanto tormento,  
55 aunque más padezca y pene  
nunca ha de torcer su intento.  
Duro mármol no es tan fuerte  
como voluntad dispuesta,  
a quien rigor no molesta,  
60 ni rinde Fortuna o Muerte.  
Mas no temo esta fuerza  
que es poco al hombre constante,  
pero Amor oprime y fuerza  
al corazón arrogante.  
65 Grave es su ímpetu y furor,  
mas pues del bien desespero,  
contrastar también espero  
Fortuna, Muerte o Amor.

<11. Yo me perdí por miraros>

Yo me perdí por miraros,  
pero nunca quiso Dios



que consintiese vos  
que mereciese yo amaros.  
5 Porque vuestra hermosura  
no sufre mortal bajeza,  
y es corta tanta ventura  
para tan alta grandeza.  
¡Desdichado el pensamiento  
10 que pone en vos la osadía,  
porque es vana la porfía,  
y es corto el merecimiento!  
Mas de tanta vanidad  
un solo consuelo queda:  
15 que promete la beldad  
lo que la grandeza veda.  
El gusto del pensamiento  
gastado en vuestra memoria,  
vuelve toda pena en gloria  
20 en la furia del tormento.  
Con esto en mi mal esquivo  
descanso, porque sé cierto  
que estoy en vuestros ojos vivo,  
pero en la memoria muerto.  
25 Levanto atrevido el vuelo  
para comenzar mi guerra,  
y aún no salgo de la tierra,  
y espero llegar al cielo.  
Mas aunque el lugar es alto,  
30 probaba favorecerme:  
que es culpar me ya si faltó,  
ya que quisiste valerme.  
Para tan rica esperanza  
pequeño favor os pido,  
35 porque en tanto mal sufrido  
mayor victoria se alcanza.  
Mas do no vale servicio,  
ni tiene fuerza el amor,  
cualquier poco beneficio  
40 bien puede tener valor.  
Puedo decir que merezco  
los bienes que Amor ordena,  
pues descanso con mi pena  
cuando más por vos padezco.  
45 Pero vuestra presunción  
no da lugar al deseo,  
y así rindo el corazón

a lo mucho que en vos veo.  
Mas el temor me condena  
50 que no muera en tanto mal,  
porque un gran dolor mortal  
la vida acorta la pena.  
Pero yo sé que el tormento,  
padeciendo siempre en vida,  
55 me da más merecimiento  
que la muerte conocida.  
Vivo siempre con dolor  
desque vi vuestra belleza,  
que a do no reina tristeza  
60 nunca se halla el amor.  
Como si fuera pesar  
así huyo de alegría;  
descanso solo en llorar  
el mal de la suerte mía.  
65 Si me pudiere valer,  
yo conozco cuanto erré,  
mas la culpa pena fue  
de mi pena por querer.  
Y pues no vale al tormento  
70 la confesión de mi daño,  
quiero callar lo que siento  
por no publicar mi engaño.  
Y adonde Amor me desecha,  
podré esperar en mudanza,  
75 porque do su brazo alcanza,  
todo lo pasa su flecha,  
Y si no, baste a mis ojos  
que vean su perdición,  
porque de tales despojos  
80 es el mal su galardón.

<12. Pues no puede este dolor>

Pues no puede este dolor  
acabarme en tal tormento,  
o ya no tengo yo amor,  
o me falta el sentimiento.  
5 Mas si crece mi firmeza  
con tantas penas mortales,  
y si me duelen mis males  
¿de qué nace esta extrañeza?  
¿Amor, qué gana en perderme

10 con tan áspera mudanza?  
Conténtese ya de verme  
desear sin esperanza.  
No me haga tanto daño,  
como en el nombre de amigo  
15 hacer obras de enemigo,  
sin descubrirme el engaño.  
No es tan terrible la muerte  
al penoso corazón,  
ni tan dura alguna suerte  
20 como perpetua pasión.  
La vida abraza el contento,  
que el que siempre está con pena  
no la juzga por tan buena  
como dar fin al tormento.  
25 Males sin remedio míos,  
de esperado bien despojos,  
abrid perpetuos dos ríos  
a estos mis llorosos ojos.  
Nunca permitáis que quien  
30 desespera por amar  
halle ocasión y lugar  
para ver siquiera el bien.  
Yo en este postrero punto  
conozco mi desengaño,  
35 pero viene con él junto  
el amor con quien me engaño.  
Mas pienso, si soy varón,  
que no valdrá su poder  
para de nuevo encender  
40 a este frío corazón.  
No es tanto el rigor del hielo  
en las nevosas montañas,  
como es el que esparce el celo  
en mis desnudas entrañas.  
45 Buen consuelo si me vale,  
mas nunca encendida llama  
con tal fuerza el monte inflama  
que a mi ardiente pecho iguale.  
Excede a todo dolor  
50 lo que menos me lastima,  
y en las ansias del temor  
la muerte menos me estima.  
Puede en mi alma claro engaño  
renovarme una esperanza.

55 aunque siempre la mudanza  
me descubre el desengaño.  
¡Dura ley de Amor tirano,  
que a sufrir y ver me obliga,  
y me muestra por su mano  
60 lo que no quiere que diga!  
Tanto veo que no siento  
si lo publique o calle.  
ni sé mi razón si halle  
disculpa a mi sufrimiento.  
65 Grave, extraño desconcierto  
de este nuevo mal esquivo,  
tarde vienes para un muerto.  
pero presto para un vivo.  
Cuando moría en olvido  
70 y perdía mi cuidado,  
fueras tan bien estimado  
cuanto ahora aborrecido.  
Vanidad de mi porfía  
es ésta, que nunca acierta  
75 a seguir la vana vía  
y dejar la senda incierta.  
Haga Amor lo que más quiere,  
que ya no podrá hacer  
sino acabar de perder  
80 al que por momentos muere.

<13. Desesperado, deseo>

Desesperado, deseo  
levantar mi flaco vuelo,  
y aunque su pérdida veo  
pretendo llegar al cielo.  
5 Las alas el fuego quema  
cuando no vale el remedio,  
porque con mi muerte tema  
extremos lejos del medio.  
¿Por qué Amor procuró  
10 tanto bien, tanta grandeza,  
si en un punto derribó  
mi vida desde su alteza?  
Mas yo, ¿por qué confiado  
no huí mi perdición?  
15 Vénganos de un lastimado  
que no espera redención.

Revuelve la confianza  
cosas que temo y espero;  
mas, ¡o dudosa esperanza,  
20 cosas pides con que muero!  
Conoce tu presunción,  
mira que subes el vuelo  
donde falta el galardón,  
y a do sobra el desconsuelo.  
25 Aun no estás bien afirmada  
y te juzgas por segura;  
vana esperanza engañada,  
deja de tentar ventura.  
Que todo cuanto presumo  
30 en el aire se desliza,  
y se deshace cual humo  
de mi fuego la ceniza.  
Cánsase el atrevimiento,  
mas mi ciega voluntad  
35 por no rendirse al tormento  
vive en esta vanidad.  
Hallo luego mil dolores  
con el sentido despierto,  
¿pero qué valen temores  
40 contra un corazón ya muerto?  
Vencido de mi pasión  
desespero merecer,  
perdida la presunción  
que tuve de no querer.  
45 Pensando en mi bien pasado  
no pasa por mí alegría;  
cuanto más desconfiado,  
tanto es mayor mi porfía.  
Conocido desvarío  
50 de rendida voluntad  
dio principio al furor mío  
negando mi libertad.  
¿Para qué busco disculpa  
cuando más siento el engaño?  
55 Llámese ya propia culpa  
lo que consiente mi daño.  
Suspiros tristes, mezclados  
en pequeñas alegrías,  
comenzaron los cuidados  
60 de mis antiguas porfías.  
Levantóse la esperanza

con tan poco fundamento,  
que con liviana mudanza  
destruyó mi pensamiento.

65 Pues de mi bien desespero,  
y doy por bien empleado  
este dolor en que muero  
perdido y determinado,  
no pueda más la pasión

70 que la constancia atrevida;  
tenga fuerza el corazón  
contra su cansada vida.  
Las más receladas flechas  
perderán cuanto ya han hecho,

75 aunque vayan bien derechas  
al acostumbrado pecho.  
No es atinada dureza  
rehusar tu yugo más,  
Amor, pues por mi firmeza

80 este galardón me das.  
Al fin de largo servicio  
con soledad en presencia,  
saco por más beneficio  
desesperación y ausencia.

85 ¿Hasta cuándo, di, pretendes  
tenerme en desconfianza?  
Ya mi pecho en vano enciendes  
pues quedo sin esperanza.  
Este galardón me dejas

90 de los días de mi olvido:  
que pierda todas mis quejas  
celoso y aborrecido.  
No quiero esperar tu bien  
y voluntad convertida,

95 porque ya debo al desdén  
lo que resta de mi vida.  
Será mejor que me acaben  
sentimientos tan honrados.  
y que en mi muerte se alaben

100 nobles y tristes cuidados.  
Huirán, cual niebla del viento,  
mis deseos consumidos,  
porque no sobre al tormento,  
sino solos mis gemidos.

<14. En todas mis alegrías>

En todas mis alegrías,  
breves y vanos contentos  
de mis engañados días,  
me dejáis los sentimientos  
5 de tantas tristezas mías.

Pero mal pude esperar  
en tal bien tantas mudanzas,  
debiendo considerar  
que a tan grandes esperanzas  
10 se sigue el desesperar.

¡O bienes de confusión,  
causa de mi perdición!,  
¿adónde me habéis traído,  
pues ya de lo bien servido  
15 desespere el galardón?

Mas ¡oh, qué vana victoria  
el cambio de aquesta gloria  
con suceso tan lloroso!

¡Quién se viera tan dichoso  
20 que perdiera la memoria!

Ausente, desesperado,  
aborrecido y sin bien,  
sufriendo un mortal cuidado,  
padezco nuevo desdén  
25 solo, triste y olvidado.

No me deja la pasión  
que conozca la razón;  
y puesto en continuo engaño  
los ojos cierro a mi daño  
30 con muy liviana ocasión.

Revuelve con mil antojos  
un error en otro error;  
si huyo de mis enojos  
torno forzado de amor

35 a dar en ellos de ojos.

Cercado de mi flaqueza  
no tengo en cosa firmeza  
sino en mi perpetua guerra,  
porque al bien que busco cierra  
40 siempre el paso mi tristeza.

No huelgo de estar presente  
ni lejos de mi tormento,  
no me pesa verme ausente,  
no puedo tener contento,

45 ni hallar quien me contente.  
Ando de mí todo esquivo,  
sin razón, libre y cautivo,  
acompañado y desierto;  
no puedo llamarme muerto,  
50 ni puedo nombrarme vivo.  
El dolor que siento es tal  
en mi suerte aborrecida,  
que sufro pena inmortal,  
porque muriendo mi vida  
55 no puede morir mi mal.  
¡Oh, si pudiesen llegar  
a do siempre habrán de estar  
estos deseos, que son  
lástimas del corazón  
60 para nunca descansar!  
¿Por qué no huye mi pena  
pues que me huye la culpa?  
Mas de aquesta culpa ajena  
el amor que me disculpa  
65 a mayor mal me condena.  
Perdiérase la esperanza  
en esta grave mudanza,  
pues para tan triste vida  
fuera más bien escogida  
70 la falta de confianza.  
El error del pensamiento  
ha llegado a tal extremo,  
que en la pena estoy contento,  
y nunca en mis males temo  
75 la fuerza de su tormento.  
Condenado y despedido,  
confuso y puesto en olvido,  
tan lleno estoy de cuidado  
que juzgo por mal pasado  
80 algún espacio perdido.  
Es este engaño presente  
muestra de mi desvarío,  
que quien no se duele y siente  
de mal como aqueste mío,  
85 con su daño se arrepiente.  
Sale agora de mis ojos  
el fuego por sus despojos,  
con que se abraza la tierra,  
y no se acaba la guerra



90 causada de mis enojos.

Yo estoy en dudosa suerte  
para esperar más mudanza,  
y el corazón no es tan fuerte  
que no pierda la esperanza  
95 de esta mi cercana muerte.

Acábense ya mis días  
al fin de mis alegrías:  
¡que en un pequeño dolor  
diese término el Amor  
100 a mis antiguas porfías!

Si en algo me satisfago  
luego allí se me deshace,  
y si en hacello me pago,  
veo que nunca se hace  
105 porque yo jamás lo hago.

Si comienzo a proponello  
está en la mano mudallo,  
y cuando vengo a gozallo,  
la causa de no hacello  
110 ha sido determinallo.

<15. Comience ya mi dolor>

Comience ya mi dolor  
a publicar lo que siento,  
porque quede al pensamiento,  
en premio de tanto amor,  
5 la honra de mi tormento.

Y mis penas inmortales,  
con gemidos desiguales,  
descubran de mi pasión  
lo que calla el corazón,  
10 temeroso de sus males.

Y vos, escuchad el canto  
de mi quejosa porfía,  
causa de la pena mía,  
pues tan presto ocupó el llanto  
15 al cabo de mi alegría.

Mas si os cansa la rudeza  
de mi profunda tristeza,  
podréis, señora, decir  
que poco sabe sentir

20 quien dice con sutileza.  
    Cuando yo os pude mirar  
    fue dar fuerzas al deseo,  
    para verme cual me veo,  
    y para desesperar  
25 de la gloria que deseo.  
    Juntáronse, por mi daño,  
    mi firmeza y vuestro engaño  
    en mi mal ; pero en un día  
    cuando mi fe más crecía  
30 fue el engaño desengaño.  
    Los mis servicios pasados  
    sin provecho se acabaron,  
    los presentes me dejaron  
    huyendo desesperados  
35 del galardón que esperaron.  
Y con nuevo desamor olvidada del favor  
    que diste, os apartaste  
    de mi remedio, y dejaste  
40 en la noche del dolor.  
    Si pudiera desear  
    de mis males la venganza.  
    ver esta triste mudanza  
    me hiciera sosegar  
45 con el fin de la esperanza.  
    Porque vi ya perdida  
    por vuestra mano mi vida,  
    y con tan grande firmeza  
    que falta a vuestra belleza  
50 de quien pueda ser servida.  
    Por alivio de mi pena  
    crece siempre mi cuidado,  
    de bien amar no cansado;  
    descanso con mi cadena  
55 de mi bien desesperado.  
    Mas tiéneme el sentimiento  
    tan cercado de tormento,  
    cuan apartado de olvido,  
    y de todo me despido  
60 pero no del pensamiento.  
    Sufro contino la mengua  
    de mi perpetua pasión,  
    mas en tanta confusión  
    mal podrá decir la lengua  
65 cuanto siente el corazón.

Vos, que sabéis conocer  
lo que yo supe entender,  
podéis bien considerar  
cuánto más nuestro en callar  
70 lo que me debéis doler.  
Cansado ya de la vida,  
pero nunca del deseo,  
conmigo solo peleo  
con la voluntad rendida  
75 al dolor en que me veo.  
Y no hallo otro tormento  
en el grave sentimiento  
de mi pasión inmortal,  
sino abrazar más mi mal  
80 cuando más crece el tormento.  
Si se ofrece a mi memoria  
algún dulce bien perdido,  
que debiera no haber sido,  
es por matarme la gloria  
85 que dormía en el olvido.  
Que la tristeza de un día  
en esta fortuna mía,  
con un perpetuo disgusto,  
duele más que dieron gusto  
90 muchos días de alegría.  
Sufro más pena que pueda  
mi cuidado comportar,  
y de tanto bien amar  
solo por dolor me queda  
95 padecer sin descansar.  
En los males que entretengo,  
los menores que sostengo  
son de tan áspera suerte,  
que huyen de darme muerte,  
100 porque con ellos la tengo.  
De mi dolor sin ventura,  
mi ventura con dolor  
me tiene siempre en temor,  
puesto en una noche oscura  
105 que no hiere luz de amor.  
Y allí en tristeza crecida  
padezco pena no oída,  
porque viven sin mudanza  
mi vida sin esperanza,  
110 y mi esperanza sin vida.

Por ventura vuestros ojos,  
hermosa luz celestial,  
en mi dolor desigual  
pueden solo dar enojos  
115 y no remediar el mal.

No, que yo vi, por mi pena,  
en vuestra lumbre serena  
volverse en vida mi muerte,  
cuando gocé en buena suerte  
120 solo de mi suerte buena.

Vuestras manos me acabaron  
los bienes que en mí hicieron,  
y aunque ellas me deshicieron,  
mis deseos me mataron  
125 cuando ante vos me trajeron.

No cabía en mi memoria  
presumir esta victoria  
de ser de vos bien querido;  
nadie fue jamás nacido  
130 que alcanzase tanta gloria.

Acerté solo en miraros  
cuando más temía veros,  
para errar siempre en quereros;  
mas pues yo merecí amaros,  
135 ¿cómo merecí perderos?

Ninguno sufrió tormento  
que igual sea al que yo siento,  
y en penas siempre mortales  
ninguno alcanzó mis males,  
140 ninguno mi sufrimiento.

Mas ya que, pues desespero,  
en vuestro olvido apartado,  
¿quién me diese que el cuidado  
y este dolor en que muero  
145 pueda ser manifestado?

Y lo que secreto escribo  
de este mi tormento esquivo  
fuese a todos descubierto,  
porque cuando fuere muerto  
150 puedan decir que estoy vivo.

<16. Sígueme siempre el Amor>

Sígueme siempre el Amor,

y tiéneme en tal extremo,  
que tengo menor temor cuando  
    más mis males temo,  
5 por acabar el dolor.  
    Busco mi mal, y lo quiero,  
    mas, ¡oh, si tanto valiese  
que por vos de amor muriese!;  
    pero tan gran bien no espero  
10 que vuestra merced sufriese.  
    El bien que gozo en amar  
    es de tanto merecer,  
    que no lo puedo pagar  
    sino solo con perder  
15 la vida que he de ganar.  
    Y la ventura de veros  
    es todo mi galardón,  
    pero no sufre razón  
    que en el bien de conoceros  
20 quede en vida el corazón.  
    Ved que tal es mi cuidado,  
    que de los males que siento  
    viéndome bien empleado,  
    con la gloria del tormento  
25 me hace desesperado.  
    Porque cuanto más padezco  
    los daños de mi memoria,  
    alcanzo más en la gloria  
    de lo que en pena merezco,  
30 pues sufrir es mi victoria.  
    Cuanto más mi pena crece  
    desmerezco en padecer,  
    que pues ninguno os merece,  
    mal puedo yo merecer  
35 el bien que el amor me ofrece.  
    Mas pues sufrir sé el dolor  
    cuanto darme vos sabéis,  
    bien, señora, entenderéis  
    que os sabrá servir mejor  
40 quien sabe cuánto valéis.  
    No sé mostrar mi pasión  
    cuanto la supe sentir,  
    que en mi grave perdición  
    no se puede bien decir  
45 cuanto siente el corazón.  
    Aunque vencido del miedo

que tengo a mi sufrimiento,  
os digo de mi tormento  
mucho más de lo que puedo,  
50 y menos de lo que siento.

Cansado de tanto amar,  
no descanso del cuidado  
volviendo siempre a penar,  
que de tanto amor pasado  
55 queda mucho que pasar.

Amor de grado me obliga  
con ley tan áspera y fuerte,  
que cuando mudando suerte  
su estandarte yo no siga,  
60 siga a mi vida la muerte.

Volved a mi mal esquivo,  
tiernos tal vez, vuestros ojos,  
que si quedo en ellos vivo  
la gloria de mis enojos  
65 me hará andar siempre altivo.

Si jamás, señora mía,  
quejoso del mal que siento  
de vos, mudé el pensamiento,  
fallézcame el alegría  
70 que tengo de mi tormento.

En estos bienes de Amor  
solo temo el olvidar:  
mas, ¡oh, que vano temor!,  
porque en ley de bien amar  
75 no cabe tan grave error.

Y pues he yo merecido  
al deseo igual la gloria,  
viviendo en vuestra memoria  
nunca los males de olvido  
80 llevarán de mí victoria.

<17. Pues vivo desesperado>

Pues vivo desesperado  
de presumir ya algún bien,  
¿por qué no muere el cuidado  
con este fiero desdén?  
5 En tan declarado olvido  
engañarme es poquedad,  
y en trocada voluntad  
no sentir ser ofendido.

Lo que los ojos descubren  
10 es error negar que sea;  
pequeños males se encubren  
al que amando devanea.  
Yo que miro en mi presencia  
esta mudanza enemiga,  
15 no es razón que sufra y diga  
que conviene la paciencia.  
No espero bien, y consiento  
sin gloria grave pasión.  
¡Cuán áspero es el tormento  
20 sin remedio o galardón!  
Ya es furor y desvarío  
conocerme maltratado  
y no querer ser curado,  
pues de otro bien desconfío.  
25 En destierro aborrecido  
paso la vida llorando,  
el bien poniendo en olvido  
y los males acordando.  
Tal guerra dentro en mi pecho  
30 Amor hace cada día,  
que por librarme daría  
estar ya muerto y deshecho.  
Con un deseo encendido  
me levanto en alto vuelo,  
35 y sin temor, atrevido,  
las alas pongo en el cielo.  
Mas no pueden sustentarme  
las fuerzas de este deseo,  
y cuando menos lo creo  
40 siento en el mar anegarme.  
Suspiros que vais perdidos,  
do no seréis escuchados,  
en males no conocidos,  
¡cuán mal que sois derramados!  
45 Yo, de mí mismo enemigo,  
busco el mal do no lo veo,  
y así, engañado, deseo,  
cuando debo huir, sigo.  
Antigua contrariedad  
50 en mis entrañas criada,  
que niego mi libertad  
con mi voluntad dañada.  
Cruda guerra del sentido

que en el corazón se enciende,  
55 y con mi mano me ofende  
cuando voy menos perdido.

Veo ya mi mal tan claro  
que no lo puedo negar;  
lo poco que en él reparo  
60 no lo deja remediar.

No es de piedra el corazón  
que no siente su dureza,  
pero juzga su flaqueza  
rendirse a tanta pasión.

65 Pensar del alma apartaros  
será, señora, acabarme;  
¿mas cómo podré olvidaros,  
sin que pueda yo olvidarme?

A do vos estáis, señora,  
70 mis tristes suspiros van;  
mas, ¡o, cuán poco podrán  
donde nunca piedad mora!

Yo os amo y no desespero,  
porque os di tanto en miraros,  
75 que en la fe de amor espero  
todo cuanto puedo amaros.

Y en pena de lo que osé  
vos admitís mi pasión,  
olvidando el galardón  
80 debido a tan grave fe.

Tanto mal tengo sufrido  
que no puede ser mayor,  
sin tener, aunque fingido,  
bien de vos en mi dolor.

85 No temo ya más tormento  
aunque más mal me tratéis,  
que más que el mal que me hacéis  
es mayor mi sufrimiento.

Mas si vos vuestra dureza  
90 siempre en mí queréis mostrar,  
no soy de tal fortaleza  
que la pueda comportar.

Y si vuestro desamor  
siempre a mi daño os convida,  
95 dadme vos, señora, vida  
que pueda con mi dolor.

Mas, ¡cuán lejos, mi señora,  
estáis vos del mal que siento,



sin cuidar en algún hora  
100 que por vos es mi tormento!  
Defiende la suerte mía,  
por vuestra grande esquiviza,  
la salida a la tristeza.  
y la entrada a la alegría.  
105 Pero más siento el olvido  
en que mi pena padezco,  
porque en ser por vos perdido  
tan grande mal no merezco.  
Mas si en este mal de amor,  
110 do nunca supe de gloria,  
hubiese de mí memoria, no sentiría el dolor.  
¿Mas cómo puedo esperar  
lo que desespere ser,  
115 que tal bien no puede estar  
en tan corto merecer?  
Y acordaros de mi mal  
en mi pena más crecida,  
daría gloria a mi vida  
120 como si fuese inmortal.  
¿Pero para qué me quejo  
a quien descansa en mi daño?  
¿Por qué ya, triste, no dejo  
de seguir tanto mi engaño?  
125 Desesperado, sin bien,  
en soledad y en olvido,  
no temo ser ofendido,  
ni recelo ya el desdén.  
Vestiré el desnudo pecho  
130 de constancia y fortaleza,  
sin que dude ser deshecho  
de aquel rayo de belleza.  
Do no cabe la esperanza  
y do no se espera medio,  
135 tendrá el mal solo el remedio  
que por la muerte se alcanza.  
Acábense con los días  
de mi pasado favor  
mis engañadas porfías,  
140 mi mal estimado amor.  
Y quédese la memoria  
a mi señora presente,  
porque alguna vez sea fuente  
de haber llevado tal gloria.

<18. Dulce y errada porfía>

Dulce y errada porfía,  
lisonjero pensamiento,  
al fin llegado es el día  
de vuestro gran perdimiento.  
5 Creísteis en el engaño  
de quien no os dio una esperanza,  
porque más sintáis el daño  
de no pensada mudanza.  
Mas ya que trueco el estado,  
10 ¿quién fuera tan venturoso  
que perdiera su cuidado  
como olvidó su reposo?  
Que en las desdichas de amor,  
al que tuvo alguna gloria,  
15 de los males el mayor  
es no perder la memoria.  
¿Adónde me habéis traído,  
prometiéndome galardón,  
pues de tanto bien perdido  
20 saco desesperación?  
Mi deseo y desvarío,  
que robasteis mi sosiego,  
mal podréis a un pecho frío  
encender en vuestro fuego.  
25 Desespero de alegría,  
y lamento con tristeza,  
y perdida la osadía  
desfallezco de flaqueza.  
No descansa mi dolor  
30 con llorar siempre mis males,  
porque es el llanto menor  
que mis penas desiguales.  
En el mal con que peleo  
no me vale ser mortal,  
35 porque vive mi deseo  
cuando más me acaba el mal.  
Cuando mas va de caída,  
sigo al fin mi mala suerte,  
porque más temo la vida  
40 que no recelo la muerte.  
De desdichas alcanzado  
abrazo mi perdición,

y de mucho lastimado  
ya no siento mi pasión.  
45 Y en esta fortuna mía,  
donde perdido me veo,  
no tengo más alegría  
que el dolor de mi deseo.  
Al cabo seréis perdidos,  
50 deseos bien ocupados,  
y moriréis ofendidos,  
pensamientos tan honrados.  
Pues me llevasteis la gloria  
del bien que gocé perdido  
55 y dejasteis la memoria  
por dolor del mal sufrido.  
Con la pena de teneros  
estoy tan sujeto al miedo,  
que no quiero ya quereros  
60 y desamaros no puedo.  
Pasiones, que perseguisteis  
un pecho tan lastimado,  
de los daños que hicisteis  
¿qué provecho habéis sacado?  
65 Y vos, continuos cuidados,  
en mi error desvanecidos,  
¿por qué sois tan bien llorados,  
pues sois tan mal consentidos?  
Pero todos los despojos  
70 de mi antigua gloria son  
lágrimas para los ojos,  
fuego para el corazón.  
Mas, ¡oh poco sufrimiento  
de esta mi contraria suerte,  
75 pues basta mi pensamiento  
para tan honrada muerte!  
Yo tengo por bien el mal,  
no siendo pena mayor;  
que a no ser mi pena tal,  
80 ¿qué merece mi dolor?  
Que el servicio es más ganado  
cuanto más perdido fuere,  
y aquel es mejor cuidado  
que más lástimas sintiere.  
85 Es gloria de mi pasión  
el grave dolor que siento,  
porque está mi perdición

en acabarse el tormento.

Y si bien alguno tengo  
90 del mal que sufro, y procede,  
y el mayor mal que sostengo  
por galardón me sucede.

¿Pero quién podrá tener  
tanta fineza de amor,  
95 que sepa bien entender  
los gozos de mi dolor?

<19. Desespere el corazón>

Desespere el corazón  
que osó quereros en vano,  
pues que ningún galardón  
se espera de vuestra mano.

5 Mas, ¡oh, qué mal empleado  
es el bien de mi tormento,  
pues sobra mi pensamiento  
por premio de mi cuidado!  
Que no es digna de memoria  
10 la pena que sufro yo,  
porque deshace la gloria  
que vuestra merced me dio.

Tanto en el amor merezco,  
que basta para mi fe  
15 acordarme que os miré  
para cuanto mal padezco.

No cabe en mi corazón  
pensando en tan gran ventura,  
la gloria de mi pasión,  
20 por tan alta hermosura.

Es tan grande la extrañeza  
que descubro en mi tormento,  
que temo el contentamiento  
como la mayor tristeza.

25 Antes me falte la vida  
que me falezca la pena,  
que pues della sois servida,  
la muerte tengo por buena.

Y alegre con esta suerte,  
30 vivo solo en confianza  
que a todos quito esperanza

de la gloria de mi muerte.  
Porque es tal mi ventura,  
que no merece la pena  
35 quien ,más dolor no procura,  
y de sí no se enajena.  
Mas si encubro mi tormento,  
es porque algún con fiado  
no quiera morir osado  
40 de envidia del mal que siento.  
No siento ya mi pasión  
ni temo el dolor crecido,  
pues me disteis presunción,  
señora, de ser perdido.  
45 La vanagloria que siento  
de morir a vuestra mano,  
hace ser mi mal liviano  
y ufano mi pensamiento.  
Mas la pena del amor  
50 no me deja sosegar:  
que do no reina el dolor  
nunca llega el bien amar.  
Pero en las que yo sostengo  
en los males que me dais,  
55 no quiero que me debáis  
más de las culpas que tengo.  
En mi grave sentimiento  
es ocasión de mi gloria,  
que aunque muera en el tormento  
60 viviré en vuestra memoria.  
No merezco yo bien tal  
más, pues vuestra merced ordena,  
por no acabarle la pena,  
que viva siempre mi mal.

<20. Quien vive en mortal cuidado>

Quien vive en mortal cuidado,  
si en mortal cuidado vive,  
perdido y desesperado,  
a ti su bien solo escribe.  
5 No juzguéis atrevimiento  
aquesta libertad mía,  
que no se llama osadía  
hacer público el tormento.  
Escusado fuera el miedo

10 a un corazón ofendido,  
mas tan poco es lo que puedo  
que huyo de ser oído.  
Porque amo es lo que temo,  
que do no vive el temor  
15 no puede hallarse amor  
que se esmere con extremo.  
Mi grave dolor obliga  
a escribirte tu crudeza,  
mas no sufre que lo diga  
20 el pesar y mi tristeza.  
Háblelo por mí el amor,  
si bien no pudiere yo,  
que no puedo decir, no,  
cómo siento mi dolor.  
25 ¿Adónde estás?  
¿A do escondes  
de mi vista tu belleza?  
¿O por qué no, di, respondes  
a la voz de mi tristeza?  
Yo me acuerdo que solías  
30 alegre oír mis pasiones,  
y con tus blandas razones  
cortésmente me acogías.  
Cuando holgabas mostrarme  
disgusto de mi dolencia,  
35 cuando tardabas en darme  
a la partida licencia;  
y cuando mi descontento,  
señora, no te placía,  
y a tu merced le dolía  
40 la pena de mi tormento;  
cuando no se me negaba  
el regalo de tu vista;  
cuando mi mal se pagaba  
con los males de una vista;  
45 cuando mezclaba en placer  
los daños de mi dolor,  
cuando me diste el favor  
que no pude merecer;  
tú, no sé yo si fingido  
50 era el amor que mostrabas,  
al canto de mi gemido  
dulcemente te ablandabas.  
Desvaneciste mi pecho,

y en soberbia le pusiste,  
55 y con el bien que me diste  
todo mi bien fue deshecho.  
¿Por qué con fiero desdén,  
después que me viste tal,  
me ofreciste tanto bien  
60 para sentir mayor mal?  
¡O ánimo endurecido!,  
¿para qué fue la clemencia  
si agravaste la sentencia  
contra un mísero rendido?  
65 Quien menos yerra en amor  
y quien más amarte pudo,  
yo soy, pues en mi dolor  
me esfuerzo a mostrarme mudo.  
solo por mí podré creer  
70 lo que otros podrán decir:  
que cuanto bien sé sentir  
callo por no te ofender.  
¿Por qué, señora, pusiste  
mi nombre en tu corazón,  
75 para usar conmigo ahora  
de tu dura condición?  
Hartaras, pues, tu crudeza  
sin fingir piedad un día,  
ni me dieras alegría  
80 para acabarme en tristeza.  
¿Hasta cuándo, cruel, piensas  
negarme la confianza?  
Contra ningunas ofensas  
ejercitas la venganza.  
85 No soy de ajeno señor,  
ni otro tiene en mí poder,  
¿pues por qué quieres perder  
al que tuyo hizo Amor?  
Bien puedes contar por gloria  
90 el engaño que me usaste,  
pero ninguna victoria  
podrás decir que ganaste.

<21. Yo moriré tan ufano>

Yo moriré tan ufano,  
si tu merced lo consiente,  
que sentiré solamente

no haber muerto más temprano.

5 Rasga los ojos, señora,  
do mis días se escribieron,  
que en el mal que siento ahora  
mis fuerzas desfallecieron.

No tengo forma de hombre,  
10 Llego ya al punto postrero,  
que con los efectos muero  
y vivo con solo el nombre.

Esta desdichada vida  
y mi venturosa muerte,  
15 por ingratitud perdida,  
ganada por bien quererte,  
por último beneficio  
de las penas que me dan,  
ante tus ojos harán  
20 de mí solo sacrificio.

Que el corazón ya no basta  
con dolor de tal dureza,  
y flacamente contrasta  
la vida a tanta tristeza.

25 Porque por tu condición  
sirviendo, vine a ganar,  
para que pueda contar  
lo servido en perdición.

Yo venzo en fe de querer  
30 a cuantos Amor siguieron,  
y así mi mal ha de ser  
más grave que cuantos fueron.

Que pues excedo en amor  
todo humano sentimiento,  
35 es fuerza que mi tormento  
de todos sea el mayor.

Y es muy justo que mi mal  
sobre todos en grandeza,  
porque no conoce igual  
40 tu valor y tu belleza.

Y mi pensamiento ufano  
con tan alto desvarío,  
espera que del mal mío  
vendrá el remedio temprano.

45 Pero yo entiendo en mi pena  
que siempre me ha de seguir  
en una misma cadena,  
y que nunca ha de morir.



Porque la luz de tus ojos  
50 de tal suerte me abrasó,  
que lo mortal apuró  
y me hizo sus despojos.  
En tan largo tiempo y hora,  
oye de la pena mía  
55 a quien todas por ti llora,  
sin consuelo ni alegría.  
Acabarme en mi pasión  
no estimes por gran vitoria,  
que la causa de mi gloria  
60 nace de mi perdición.  
¡Oh, si alguna vez osase  
descubrirte mi dolor,  
y mi lengua desatase  
esta sola vez Amor!  
65 Porque yo podría tanto,  
si por suerte no me engaño,  
y acabado el grave llanto  
que vería fin al daño.  
Que llevado en mi dolor  
70 no consiente el sufrimiento  
que pueda, y esto es amor,  
decir bien el mal que siento.  
Pero si Amor prometiese  
que se pudiese entender,  
75 no podría merecer  
el menor don que me diese.  
El uso de tantos males,  
hechos en mis sentimientos,  
los hace consigo iguales  
80 para abrazar tus tormentos.  
Fallézcame, pues, la gloria  
que tengo de mi mal fiero,  
si contento alguno espero  
que no sea en tu memoria.  
85 Aunque tú eres mi señora,  
sola tú, señora mía,  
la que destruye en un hora  
los años de mi alegría.  
¡Oh, si alguna vez volvieses  
90 esos tus ojos hermosos  
a mis males lastimosos  
porque de mí te dolieses!  
¡Mas yo, triste y cautivo,

de gloria y de bien desierto,  
95 estoy en tu olvido vivo  
pero en tu memoria muerto!  
¿No es pequeña presunción  
pensar que debe caber  
tan estrecho merecer  
100 con tan grande perfección?  
Mas yo esperando templar  
la pasión de mi deseo,  
no me sé desengañar  
de tan ciego devaneo.  
105 Culpa de mi desventura  
que en mi daño se concierta,  
y nunca al remedio acierta  
el error de mi ventura.  
Que pretendiendo sanarme  
110 me puso la mano Amor,  
pero no pudo librarme  
de la llaga del dolor.  
Porque el golpe de tu mano  
es la causa de mi muerte,  
115 y al triste que pudo verte  
espera salud en vano.

<22. Pues no puedo sostener>

Pues no puedo sostener  
la vejez de mi dolencia,  
quiero en público traer  
las lástimas de mi ausencia.  
5 Bien holgara yo encubrir  
mi mal, mas Amor me obliga  
que de mi tormento diga  
lo que más temo decir.  
La voz salir no se atreve  
10 del pecho que miedo enfrena,  
porque sabe que cual debe  
no puede decir su pena.  
Mas yo pienso aventurarme  
por los bienes que perdí,  
15 que aunque hable más por mí,  
ninguno podrá culparme.  
El dolor que me maltrata  
dé lugar para decir  
la culpa de quien me mata,

20 si lo puede consentir.  
Que a manifestar mi ofensa  
me atrevo muy cortamente,  
porque consigo se afrente  
quien de mí tan poco piensa,  
25 ¡Oh tú, enemigo mortal  
de mi esperanza perdida,  
da tanta vida a mi mal  
cuanto mal diste a mi vida!  
Porque me queda en descuento,  
30 como una sombra de gloria,  
esta pequeña memoria  
de los bienes que lamento.  
Mas si en mis penas mortales  
tan poca membranza tienes,  
35 la muerte, fin de mis males,  
dará principio a mis bienes.  
Que ya estoy en tal sazón  
por lo que vengo a decir,  
que temo menos morir  
40 que sufrir tu condición.  
Yo soy triste a quien sobró  
ventura en el pensamiento,  
y a quien siempre le faltó  
la esperanza del tormento.  
45 Supe sentir y entender  
cuánto se gana en mirar,  
para más desesperar  
y siempre desmerecer.  
Mi casa es aqueste yermo  
50 lleno de espinas y abrojos,  
el lecho, do nunca duermo,  
riegan en llanto mis ojos.  
En las tinieblas de olvido  
vivo de bienes desierto;  
55 menos mal fuera ser muerto  
que padecer tan perdido.  
No me duelen, pues, mis males,  
que me duelen sin cesar,  
sino que siendo mortales  
60 no me acaben de matar.  
Y lo que más me condena  
es el bien de la memoria,  
que quien más sabe de gloria  
sabe más sentir de pena.

65 Todo me ofende también,  
porque mi suerte fue tal,  
que elegí por mayor bien  
lo que es para mayor mal.  
Derriba ya mi flaqueza  
70 el error en que porfío;  
prosigo mi desvarío  
siempre lleno de tristeza.  
Déjanme solo en temor  
en los fines de mi daño,  
75 ¿quién mereció tal dolor  
que un amor tan sin engaño?  
¿Quién tendrá, pues, sufrimiento,  
do el mal siempre mayor crece,  
que si la edad desfallece  
80 no fallece mi tormento?  
¿Cómo puede ya sufrir  
tantas muertes una vida?  
¿Cómo se podrá sentir  
un mal que nunca se olvida?  
85 Tal estoy, que ya no espero  
remedio a mi mal esquivo,  
no vivo ya, porque vivo,  
y muero porque no muero.

<23. Busqué en mi muerte la vida>

Busqué en mi muerte la vida,  
y hallé en la vida mi muerte,  
la muerte no me fue vida,  
y la vida me fue muerte.  
5 Nacieron de aqueste error  
males de tal desconcierto,  
que cuando me tienen muerto  
me avivan para el dolor.  
Cuando el pensamiento mío  
10 bien alguno me promete,  
el error del desvarío  
en mil peligros me mete.  
Yo sé que es bien conocido  
el amor por quien padezco,  
15 y que galardón merezco  
porque también me he perdido.  
Mas pagan con desengaño  
los daños de aquesta cuenta,

pero no deja el engaño  
20 lugar por donde los sienta.  
Así vuelvo el pensamiento,  
pensando mudar ventura;  
mas poco vale cordura,  
que al fin torno a mi tormento.  
25 Mejor es llorar mis daños  
y entender lo que perdí,  
que sufrir más los engaños  
que tanto siempre temí.  
Mas ¿quién puede comportar  
30 desengaño tan dañoso,  
y por vivir en reposo  
perder la gloria de amar?  
Conoce de mí muy poco,  
y menos de lo que siento,  
35 quien por las penas que toco  
piensa alcanzar mi tormento.  
Mucho callo, y poco digo,  
antes no dejan que abra  
la boca a decir palabra,  
40 porque se muera conmigo.  
Voluntad desempeñada,  
ingrato y altivo pecho  
contra una vida cansada  
se embravecen sin provecho.  
45 Vil efecto de crudeza  
vengarse en hombre rendido:  
¿qué puede haber merecido  
quien padece por firmeza?  
Desengáñese quien piensa  
50 que es de error este castigo,  
porque sin hacer ofensa  
me tratan como a enemigo.  
Si es error querer amar,  
yo cometí gran error,  
55 de mi error es causa amor,  
si de amor nasce el errar.  
Mas del dolor que padezco  
a mí solo culparé,  
porque todo mal merezco  
60 por los males que busqué.  
Pero quien tuvo en ventura  
tan honrado pensamiento,  
¿qué más quiere que el tormento

con que a tanto se aventura?  
65 El remedio que yo espero  
no lo espera el más perdido,  
y contino desespere  
del galardón merecido.  
Tanto merecí en osar,  
70 que pude esperar en quien  
no sabe pagar con bien,  
lo que se pierde en amar.  
¡Oh, quién fuera tan dichoso  
que olvidara el pensamiento!  
75 ¡Quién no se viera medroso  
en las ansias del tormento!  
¿Cómo vivo, pues deseo?  
Porque en suerte tan perdida,  
poco desea la vida  
80 el que vive con deseo.

<24. Podrá con tal pena quién>

¿Podrá con tal pena quién?  
¿Quién podrá con pena tal?  
Si alguna vez cansa el bien,  
¿qué hará un contino mal?  
5 Mas nunca adonde entró Amor  
salió de allí la tristeza,  
y al que vence su crudeza  
jamás se vio vencedor.  
¿Qué mal me puede venir  
10 que no tenga merecido?  
¿Quién puede en vida sufrir  
el mal de tan grande olvido?  
¡Ay!, qué tan triste memoria...  
Mas, ¡ay!, qué tan grave error...  
15 ¿Que viva con tal dolor  
quien perdió toda su gloria?  
No hallo tan gran placer  
con quien descansa mi pena,  
que a quien se viene a perder  
20 ninguna fortuna es buena.  
Y porque mejor yo pueda  
quejarme de estas mudanzas,  
de tan ricas esperanzas  
el desengaño me queda.  
25 Estas esperanzas mías

me dieron por lastimarme;  
porque mil vanas porfías  
me afligen sin acabarme.  
Y porque si las perdiese  
30 hiciese experiencia yo,  
como el que en más bien se vio,  
cuanto el mal más me doliese.  
Forzado del sufrimiento,  
viviendo en confusa suerte,  
35 de miedo de mi tormento,  
pierdo el miedo de la muerte.  
Y en este extremo dudoso  
conozco ya, pero tarde,  
que fui vencedor cobarde  
40 y soy vencido animoso.  
En mis congojas mortales  
no me puedo defender,  
que no me vencen mis males  
ni los puedo yo vencer.  
45 Ni puedo, porque ellos pueden  
fácilmente derribarme;  
para mejor acabarme  
unos a otros suceden.  
Ya mis antiguas tristezas  
50 se cansan en su venganza,  
y las usadas crudezas  
tornan a hacer mudanza.  
Aquejado del dolor  
me suspendo en un cuidado;  
55 mas de tanto amor cansado  
tanto quedo del amor.  
Grande fue la presunción  
que cobré con osadía;  
mas fue mayor la pasión,  
60 fue mayor la pena mía.  
No basta mi sufrimiento,  
mas mi desdicha resiste:  
que alarga mi vida triste,  
por alargar el tormento.  
65 Alguna vez que me deja  
el dolor abrir los ojos,  
doy principio a nueva queja,  
y fin a viejos enojos.  
No hallo males que comienzan  
70 a renovarme la guerra;

yo luego pierdo la tierra,  
no esperando que me vengán.

Estoy tan sujeto al miedo,  
tan rendido a la flaqueza,  
75 que defenderme no puedo  
ni huir de mi tristeza.

En otro tiempo solía  
no temer y ser osado,  
¿mas qué puede un desdichado  
80 ausente y sin alegría?

Nadie piense que yo tengo  
mal igual al de otra gente,  
porque lo sufro y sostengo  
con ánimo tan paciente.  
85 Pues la causa que me fuerza  
es mayor que cuantas fueron,  
y jamás otros tuvieron  
ocasiones de esta fuerza.

No siento ya confianza  
90 que me pueda defender,  
que debajo de la lanza  
del dolor vengo a caer.

Mil males he procurado  
pensando acabar mi mal;  
100 no he hallado alguno tal,  
mas ellos bien me han hallado.

Si me quiero desatar  
de esta engañosa pasión,  
no puedo, triste, acabar  
105 el furor con la razón.

De las finezas alcanza  
que hay en el amor muy poco,  
¿quién ama si no está loco,  
con muy pequeña esperanza?

110 Esperanza y seso pierdo,  
porque amando desespero;  
nunca me hallo más cuerdo  
que cuando menos la quiero.

Peno siempre y no descanso,  
115 descanso cuando más peno,  
nunca tengo tiempo bueno  
sino cuando más me canso.

El dolor de mi gemido  
no me duele en padecer,  
120 sino porque va perdido



donde se estima el perder.

Pequeño dolor padece  
a quien la culpa condena,  
mas solo siente la pena  
125 aquel que no la merece.

No creí que el mal que pudo  
llegarme a la última suerte,  
pudiera a un cuerpo desnudo  
volver a darle la muerte.  
130 Mas hace el amor esquivo  
en mí tan gran desconcierto,  
que me ocluida como a muerto,  
y atormenta como a vivo.

Tan ajeno y tan suspenso  
135 me hallo, y tan apartado,  
que de mí me olvido, y pienso  
que se me ocluida el cuidado.

Traspórtome desde el suelo,  
mas cuando miro la lumbre,  
140 antes de tocar la cumbre  
las alas faltan al vuelo.

Pensar que pueda decir  
como debo el dolor mío,  
ni amor lo querrá sufrir  
145 ni en mí hay tal desvarío.

Quédese en este destierro  
entre mi gemido y llanto,  
porque no se ofenda tanto  
quien es culpa de mi yerro.

<25. Ufano muero en mis males>

Ufano muero en mis males  
porque sois ocasión de ellos,  
y no valgo a merecellos:  
que no son mis fuerzas tales  
5 que pudiesen sostenellos.

Pero en mi fe los merezco;  
pues a sufrillos me ofrezco  
digo en medio del dolor:

"Loado seas, Amor,  
10 por cuantas penas padezco."

Pero mal puedo sentir  
lo que más debo huir,  
porque en las penas mayores,

livianos son los dolores  
15 que el seso puede encubrir.  
Sufrió siempre el mal que siento  
sin pretender galardón,  
que es ingrato el corazón  
que os pide más que el tormento  
20 de tan dichosa pasión.  
Y con la gloria que vi  
cuando viéndoos me perdí,  
en mi grave pena digo:  
"No sé por qué me fatigo,  
25 pues con razón me vencí."  
Con el grande bien que veo  
en hallarme tan perdido,  
mi muerte pongo en olvido  
por la honra que poseo  
30 de ser yo vuestro vencido.  
Y siempre mi pensamiento  
dice en medio del tormento,  
alegre de su pasión:  
"Justa fue mi perdición,  
35 de mis males soy contento."  
Mas poco dura esta gloria  
a quien teme la partida,  
porque por partir la vida  
y quedar con la memoria  
40 es pena que no se ocluida.  
Y así el dolor que consiento  
en aqueste apartamiento  
no puede acabar mi mal;  
ved que tanto es más mortal  
45 que la muerte mi tormento.  
De la Esperanza desierto,  
del Deseo acompañado,  
voy en un mortal cuidado  
en mi triste vida muerto,  
50 en mi muerte no acabado.  
Y pues voy siempre conmigo  
en discordia, y enemigo,  
y de salud desespere,  
no tardes, Muerte, que muero;  
55 ven, porque viva contigo.  
Porque yo no puedo tanto  
que resista a mi dolor;  
basta que me tenga Amor

contino deshecho en llanto,  
60 y el alma siempre en temor.  
Mas porque yo soy testigo  
de esto que solo te digo,  
sin que lo sepa la vida,  
ven, Muerte, tan escondida  
65 que no te sienta conmigo.  
Porque yo sé que esta gloria  
no cabe en mi pensamiento,  
que aunque sufra más tormento,  
no contaré por victoria  
70 morir del mal que consiento.  
Y pues queréis que mi mal  
me tenga en vida mortal,  
porque más dolor sintiese,  
¡oh, si yo nunca muriese  
75 ni mi pena desigual!  
Mas quedéme satisfecho  
de mi voluntad rendida,  
que si sostengo la vida  
es por el bien que me ha hecho  
80 con pena tan merecida.  
No neguéis a mi pasión  
tan honrada presunción  
de perderme en contemplaros,  
pues que jamás olvidaros  
85 no puede mi corazón.  
Bien sé que el mal que padezco  
a mayor mal me condena,  
que en causa tan justa y buena  
si alguna cosa merezco  
90 es en honra de mi pena.  
Mas tal es la suerte fiera  
de mi pena lastimera,  
que digo desesperado:  
"Si no os hubiera yo amado,  
95 pluguiera a Dios que no os viera."  
Tal voy ausente y perdido,  
que el menor mal que yo siento  
es el más grave tormento  
que jamás ha padecido  
100 amoroso pensamiento.  
Aunque estéis de ello ofendida,  
descansara en mi partida,  
temeroso de perderos,

si como partí de veros  
105 me partiera de la vida.  
Mas ya que el Amor consiente  
esta nuestra división,  
yo os dejo mi corazón,  
porque veáis lo que siente  
110 en la ausencia mi pasión.  
Y en el mal de mi porfía  
ya que se me acaba el día,  
digo lleno de deseo:  
"¿Dónde estás que no te veo?  
115 ¿Qué es de ti, esperanza mía?"

<26. La gloria que en mi mal siento>

<LETRA AGENA>

<No hay mal que a mi mal se iguale,  
ni bien tal  
por quien trocarse mi mal.>

<GLOSA>

La gloria que en mi mal siento,  
5 es que para merecer  
ha de igualar mi tormento,  
cuanto más pueda crecer,  
con mi alto pensamiento.  
Con esto espero tendré  
10 cuanto merece mi fe  
si el Amor, juzgo, me vale,  
pues sé claramente que  
no hay mal que a mi mal se iguale.  
No hay tormento igual al mío,  
15 ni tan grande presunción  
que ose lo que yo porfío;  
que nunca en mi corazón  
no cabe tal desvarío.  
Y en haciendo mi victoria  
20 de tan honrada memoria,  
a la estima de mi mal  
no puede hallarse igual,  
ni bien tal.

En el mal a que me ofrezco,  
25 contento de ser perdido  
gozo el bien, porque merezco  
lo que nadie ha merecido  
por el dolor que padezco.  
Y nunca más pena siento  
30 que cuando cesa el tormento,  
porque en mi pasión mortal  
no hallo ajeno contento  
por quien trocase mi mal.

<27. CANCIÓN AL BIENAVENTURADO REY SAN HERMENEGILDO, MÁRTIR, QUE  
RECIUIÓ LA CORONA DEL MARTIRIO, SÁBADO SANTO, EN LA NOCHE, POR MANDADO  
DEL REY LEUVIGILDO, SU PADRE, HEREGE ARRIANO>

No sublimes columnas, do esculpía  
Roma de sus tiranos las hazañas,  
ni despojos del Bárbaro vencido  
honran, o nuestro Rey, tu sacro día,  
5 mas el humilde pecho y las entrañas  
de aqueste ayuntamiento esclarecido  
a tus aras rendido;  
y no te da el de Augusto piadoso  
y vencedor dichoso,  
10 que a tu valor pequeño es precio tanto,  
sino el más glorioso  
nombre de Mártir, y su amparo santo,  
y tu insigne memoria ensalza España  
por cuanto cerca el sol y el Ponto baña.  
15 Celebró los osados corazones  
Grecia, y Enotria en armas generosa  
el amor de virtud y la firmeza  
de ínclitos varones,  
y en su gloria la fama no reposa.  
20 Pero de tantas tuyas. ¿cuál proeza  
igual a la grandeza  
de tu excelso valor? ¿el pecho ardiente  
a la fe floreciente?  
¿Quién a tanto se puso aventurado?  
25 ¿Quién ofreció presente  
tanto, y perdió, y cobró tan alto estado?  
Tú entre los hombres, y entre Reyes fuiste  
el que vencer a todos mereciste.

Ni el dudoso peligro de la muerte,  
30 del impío padre ni el furor terrible,  
ni la terneza del afecto hermano  
que derriba el robusto pecho fuerte,  
quebrantaron tu ánimo invencible  
o movieron tu pecho soberano;  
35 todo engaño fue en vano,  
halago o crueldad no tuvo parte,  
o con fuerza o con arte  
para alcanzar de tu virtud victoria;  
pudieron bien quitarte  
40 la vida, y tú gozar eterna gloria;  
y mueres cuando, ¡oh caso nunca visto!,  
resurge el Redentor del mundo, Cristo.  
Mas el cruel, de fe y de amor ajeno,  
que a tan fiera hazaña se dispuso,  
45 y pudo osar en su maldad seguro,  
¿qué Istro, o Nilo con el curso lleno  
podrá limpiar la culpa en que se puso?  
Tema mirar la luz del cielo puro,  
huya al profundo obscuro;  
50 no espere, no, el fragor del rayo airado  
que rompe arrebatado:  
que el Olimpo, el viento y mar sañudo  
contra él han conjurado,  
y mal su error le puede ser escudo.  
55 que cuanto se dilata la venganza  
recompensa el tormento la tardanza.  
Tu afortunada patria a quien el cielo  
entre todas ha hecho tan gloriosa  
(no tanto por ser joya más preciada,  
60 de España honra, y esplendor del suelo  
y reina del Océano dichosa,  
cuanto por ser querida y estimada  
y en la sangre bañada  
del sacro Hermenegildo) muestra ufana  
65 con piedad cristiana  
en mayor excelencia tu grandeza;  
pues es tu soberana  
guarda y tu incomparable fortaleza,  
y da principio en este santo día  
70 a tus glorias, y bienes y alegría.

<28. CANCIÓN. Al varón firme y justo>

Al varón firme y justo  
no el culpado gobierno y la fiereza,  
no el tirano robusto,  
y toda su dureza,  
5 muda de la segura fortaleza.  
Nunca peligro alguno  
le turba, ni el desnudo hierro alzado,  
ni el piélagos importuno,  
ni del Tonante airado  
10 el rayo de tres puntas arrojado.  
La terrible ruina  
que al corazón más áspero quebranta,  
de su valor no es digna, que osado en furia tanta,  
15 el libre cuello sin temor levanta.  
De esta suerte el ardiente  
pecho del gran Pelayo abrió camino  
a su vencida gente,  
y de llanto contino  
20 bañó la faz del vencedor indigno.  
Tal el insigne y fuerte  
Conde, y el Cid en armas generoso,  
no dudando la muerte,  
al Árabe animoso  
25 domaron, y su orgullo temeroso.  
Y aquel gran caballero  
que contra el caro hijo rindió el hierro,  
y movió al Señor fiero con el impío destierro  
30 a proseguir airado el crudo yerro.  
Por esta misma vía  
el noble pecho y corazón constante  
y la fe que debía,  
mostró en igual semblante  
35 al Rey dudoso el Cordobés pujante.

<29. SONETO. Diestra heroica de Carlos, que igual mira>

Diestra heroica de Carlos, que igual mira  
del cielo vivo en vos vuestra vitoria,  
seguid, que ya el valor de toda historia  
rendido al vuestro, con dolor suspira.  
5 Domad del alto piélagos la ira,

que es la tierra pequeña a vuestra Gloria,  
donde el Imperio a España, y la memoria  
que por vos contra el Asia sola aspira.  
No puede ser mayor la gloria vuestra  
10 aunque es menor que vos, y vuestra Fama  
la grandeza del cielo abraza y cierra.  
Podéis cumplir esta esperanza nuestra,  
que para ella Europa toda os llama,  
pues sois Neptuno en mar, Marte en la tierra.

<30. A UNA OBRA ESPIRITUAL QUE ESCRIVIÓ DON LUIS PONCE DE LEON, HIZO  
FERNANDO DE HERRERA ESTE SONETO>

Vuestro canto y aliento excelso y pío,  
con armonía dulce así resuena,  
que se le rinde el cisne cuando suena  
en el corriente vaso del gran río.  
5 Dichoso vos, a quien no seca el frío,  
mas puro fuego de virtud serena,  
y yo, pues vuestro noble canto ordena  
vida inmortal al nombre humilde mío.  
Ya veo transferirse de Elicona  
10 la cumbre y de Parnaso la ribera  
al asiento de Náyades ondoso;  
y que del lauro verde la corona  
os da Betis, o gloria de Ribera,  
y del León más fuerte y generoso.

<31. A LA MUERTE DE DON LUIS PONCE DE LEÓN, DEL MISMO AUTOR. SONETO>

Aquí donde tú yaces sepultado,  
o gloria del León más excelente,  
el valor todo yace de Occidente  
con envidia de Marte derribado.  
5 No culpes la dureza de tu Hado  
que en tierra ajena tu dolor consiente,  
pues cuanto ves del Austro al Oriente  
es sepulcro a los fuertes consagrado.  
Será eterna en nosotros tu memoria,  
10 y puesto en el dorado y alto asiento  
defenderás mejor tu patrio suelo.  
No queda ya a la muerte mayor gloria,



pero queda igualado el sentimiento,  
tristeza a España y alegría al cielo.

<32. ELEGÍA DE FERNANDO DE HERRERA A LA MUERTE DEL MAESTRO JUAN DE MALARA>

No se entristece tanto cuando pierde  
desnudo, el ramo fértil y florido  
ya sin vigor cortado, el árbol verde,  
cuanto yo viendo suelto y dividido  
5 de la alma el lazo estrecho, con la muerte  
que velo no podrá cubrir de olvido.  
¡Oh duro corazón que en mal tan fuerte  
no rompes!, ¿cuándo esperas ablandarte  
después de esta terrible y grave suerte?  
10 De mi alma murió la mayor parte  
y el cielo, que en mi llanto es buen testigo,  
ve que nunca el dolor de mí se parte.  
¡Oh ejemplo de virtud!, ¡oh caro amigo!,  
que en mis entrañas vivas juntamente  
15 lo mismo que ya fuiste eres conmigo.  
Que la fe del amor jamás consiente  
que la muerte consuma con tu vida  
la llama que mi pecho ardiendo siente.  
Cortóse el paso a la amistad crecida,  
20 que nuestro dulce trato es acabado  
y el corazón de amarte no se olvida.  
Pensaba yo que el cuerpo desatado  
de los nudos de la alma, antes viviera,  
que yo sin ti esperar solo, apartado.  
25 Al fin pasé esta vida lastimera,  
y la sufrí. ¿Qué aguardo? ¿Por qué al cielo  
no te muestras mi guía verdadera?  
Cansado ya procuro alzar el vuelo  
al lugar glorioso y soberano,  
30 que al ánimo es pequeño asiento el suelo.  
Amor terreno, y un deseo vano,  
cuidado y engañosa la esperanza,  
no me dejan un punto de la mano.  
¿Cuándo pondré en mi estado tal mudanza  
35 que solo amor celeste en mí respire,  
con segura firmeza y confianza?  
Divino celo al corazón inspire,  
y le dé tal virtud que solo sienta  
el alto bien que a mortal pecho admire.

40 No me deje caer en esta afrenta  
donde me veo en confusión perdido,  
donde el mal que conozco me atormenta.

Tú, que en el cielo estás esclarecido,  
ruega por mí al Señor de cielo y tierra,  
45 porque no muera en sombra del olvido.

Valga la peligrosa y larga guerra  
que en mi alma se traba noche y día,  
con quien el paso a bien obrar me cierra.

Después que llevé muerte oscura y fría  
50 de tu mortal cuidado los despojos,  
huyó de mí el contento y alegría.

Lágrimas abundaron en mis ojos,  
y por tu arrebatado apartamiento  
en mí se renovaron los enojos.

55 El inmortal y claro ayuntamiento  
celebró los trofeos de tu gloria,  
y gimió Betis lleno de lamento.

Sonó una voz llorosa en tu memoria,  
el ingenio y bondad junto acabaron,  
60 cuando el Hado gozó de tu vitoria.

El valle y alto monte suspiraron,  
y a Híspalis vestida en negro manto  
pluvias y ciegas nubes ocuparon.

Contigo pereció el alegre canto,  
65 y en reliquias del daño doloroso  
quedó grave y quejoso y triste llanto.

Betis, que al sacro Océano espumoso  
llevaba el son de tu dorada lira  
altivo, y con grandeza glorioso,  
70 mudo en su gruta oscura se retira,  
y en el profundo vaso con gemido  
las tardas ondas discurriendo mira.

De tu canto quedaba suspendido  
el español osado, y el romano,  
75 y el francés orgulloso y atrevido.

Por ti, el ilustre príncipe tebano  
es más famoso, y vive su memoria,  
que por vencer al bárbaro africano.

Aunque se estime con eterna gloria  
80 por la fiera de Arcadia embravecida,  
más valor le dará tu noble historia.

Era trueno tu voz, pero tu vida  
claro rayo, que puro resplandece,  
con llama presurosa y encendida.

85 Que tu virtud y nombre reflorece  
con perpetua memoria, y sube al cielo  
la fama, que con honra tuya crece.  
Aunque tú me dejaste en este suelo,  
queda con Dios, ¡oh alma venturosa!,  
90 cubierta de purpúreo y rico velo.  
Que, si mi pena grave y dolorosa  
me da lugar en la pasión que siento,  
yo cantaré tu gloria generosa.  
En tanto, lo que sufre mi lamento,  
95 permite este lloroso verso mío,  
triste muestra de duro sentimiento.  
Aquí yace sin vida el cuerpo frío  
de Malara, que roto el mortal nudo  
donde a Vandalia riega el grande río  
100 voló al cielo su espíritu desnudo.

<33. FERNANDO DE HERRERA>

Con pena eterna y con dolor crecido,  
por alto mar, por el desierto suelo,  
Psyche mísera busca sin consuelo  
al dulce esposo, al bello amor perdido.  
5 Cuando el Amor, de propio amor herido,  
sus flechas toma y deja el alto cielo,  
cubierto en amoroso y claro velo,  
y a Malara hirió ya del vencido.  
El cual tocando la dorada lira  
10 a Psyche alegre canta, Amor hallado,  
y sus afectos resonó en el canto.  
Dichoso a quien Amor su aliento inspira  
que puede revolver nuestro cuidado,  
en esperanza, en miedo, en risa, en llanto.

<34. TRASLACIÓN DE LA PSYCHE DE HIERÓNIMO FRACASTORIO, POR FERNANDO DE  
HERRERA>

Ven, dulce Amor, o ven, dulce Cupido,  
a ti, hermoso Amor, Psyche hermosa  
te busca ardiendo en fuego no vencido.  
Y a ti te pide dios, ella diosa,  
5 a ti niño, ella niña blandamente  
con voluntad suave y amorosa.

O si te ama y te desea presente  
tan semejante a ti, di ¿por ventura,  
Amor, no la amarás ardientemente?  
10 Cupido, su belleza y su hermosura  
¿no la codiciarás? Ambos tenemos  
una patria, una origen de la altura.  
De Júpiter entrambos procedemos,  
entrambos juntamente en tierra estamos,  
15 juntamente en el cielo ambos nos vemos.  
Y los dones mezclados empleamos,  
entrambos juntamente en los mortales,  
y nuestros beneficios dilatamos.  
El bien y hermosura celestiales,  
20 con modos pongo yo maravillosos  
tiernamente en los pechos terrenales.  
Tú hieres corazones amorosos,  
y traes fuegos escondidamente,  
y en nuevo amor enciendes presurosos.  
25 De donde se concibe y juntamente  
crece, juntando en dulce casamiento  
de animales el género excelente.  
Ay me, mísera, sufro yo tormento  
usando de mis artes con mi daño,  
30 y padezco esta pena y sentimiento.  
Ay, muy tierna y muy apta al crudo engaño,  
para de ti, hermoso, ser movida  
al fuego que en mi blando pecho extraño.  
¿Cómo te vi, ay cuitada, ay me, perdida?  
35 ¿Cómo te conocí, o el más hermoso  
de cuantos en el mundo tienen vida?  
Ardí luego en tu fuego presuroso,  
y en amor de tu amor, y esto me agrada  
si en igual fuego tú ardes amoroso.  
40 Quita, niño, las vendas de la amada  
vista, y vuelve los ojos y luz pura  
a mí, que en amor tuyo estoy inflamada.  
Porque amarás, Amor, mi hermosura,  
codiciarás, Cupido, mi belleza,  
45 y no te apartarás de mi figura.  
Yo te labro con arte y sutileza  
una delgada venda entretejida  
con blanda seda y oro con pureza;  
con que ciñas la frente, do torcida  
50 la pintura se muestra con mil flores  
y rosas y jacintos esparcida.

Aquí te finjo yo, con los Amores  
que te sirven y van acompañando  
con la dorada aljaba y pasadores.  
55 Las anchas tierras todas traspasando,  
y los altos nublados con el vuelo,  
y el mar mojado y húmedo cortando.  
A las aves pintadas del gran cielo,  
a los monstruos del mar, los animales  
60 a cuanto cría el abundoso suelo  
sujetando con fuerzas desiguales  
a tu sublime imperio, y consagrado,  
y no perdonas a los celestiales.  
En carro de oro Júpiter llevado,  
65 se muestra por tu fuerza poderosa,  
los pies y manos con el hierro atado.  
Entre los cuales va tu Psyche hermosa,  
también triste y atada con cadena,  
y sigue tus triunfos dolorosa  
70 padeciendo cautiva larga pena.

<35. FERNANDO DE HERRERA>

Velleio, si mi canto  
rinde al olvido ciego la victoria,  
yo no presumo tanto  
que vuestra insigne gloria  
5 ose ofrecer a la inmortal memoria.  
Mas el amor debido  
a vuestro claro nombre y alabanza  
me aventura atrevido,  
aunque sin confianza,  
10 para seguir el fin de esta esperanza.  
Porque en tanta riqueza  
y nobles dones de la gran Sofía,  
podría mi rudeza,  
no como se devría,  
15 algo alabar do tanto se ofrecía.  
La memoria perdida  
de los convites que vio Roma ufana  
cuando cayó vencida  
la soberbia Atiana,  
20 que de sus vencedores fue tirana,  
las cenas abundantes

que vuestro culto estilo orna y colora,  
cuales nunca vio antes  
ni después vio la aurora,  
25 alaba mi pequeña musa agora.  
¡Oh vos afortunados,  
Lucullo, Antonio, Reina generosa!,  
que, yaciendo olvidados  
con muerte rigurosa,  
30 volvéis a luenga vida y venturosa.  
Los coliseos famosos,  
pirámides de inmensa pesadumbre  
y arcos espantosos  
que, con sublime cumbre,  
35 amenazaran la celeste lumbre,  
atierra el tiempo airado  
y dio tributo Roma de esta gloria  
al enemigo hado  
con tan grande victoria  
40 cuanto fueron sus honras y memoria.  
Mas lo que en esta cena  
vos celebráis, Velleio esclarecido,  
irá de suerte ajena,  
ni el fuego enfurecido  
45 podrá entregar jamás al hondo olvido.

<36. SONETO DE HERNANDO DE HERRERA>

De estas doradas hebras fue tejida  
la red en que fui preso y enlazado;  
fue blanda y dulce en mi primer estado,  
luego en dura y amarga convertida.  
5 Por la ocasión antigua fue sufrida  
la pena en que aborrezco lastimado,  
y en tal tormento adora mi cuidado  
la causa de mi muerte, y de mi vida.  
Y de estos ojos fue herido el pecho  
10 con hierro, y fuego, y cada día crece  
con el golpe mortal el amor mío.  
Crece mi ardor y crece vuestro frío,  
la red me aprieta, el ánimo fallece,  
y está dudoso Amor en mi provecho.

<37. ELEGÍA DE HERNANDO DE HERRERA>

Tan alta majestad, tanta grandeza  
mostráis con vuestra luz, mis dulces ojos,  
que aun yo temo mirar vuestra belleza.

Lleváis de tantas almas los despojos  
5 que muero con envidia; mas la gloria es mía,  
pues yo sufro los enojos.

Ojos do siempre vivo, si memoria  
tenéis de mí, dichoso mi tormento,  
que esto recibirá por su victoria.

10 No puede haber en mí merecimiento,  
si el mal que yo padezco no lo alcanza  
en honra de mi afán, y sufrimiento.

Ojos, que me quitáis la confianza  
cuando estoy más seguro, y bien tratado,  
15 y no cortáis el vuelo a la esperanza,  
tan lleno de vos pongo mi cuidado  
que lo que no sois vos tengo en olvido,  
y en vos estoy atento, y no cansado.

Aunque no vea el bien de ser vencido  
20 de vuestra soberana hermosura,  
válgame que jamás os he ofendido.

El día que no os veo es noche oscura,  
la noche que yo os veo es claro día,  
y el cielo se abre a vuestra lumbre pura.

25 Pierdo tanto el valor, y la osadía,  
mis ojos, cuando alegre considero  
la varia historia de la suerte mía.

Amor que ..... en vos está, y severo,  
me turba, pero al fin vuestra grandeza  
30 me alienta ..... y solo espero.

Humilde es mi fortuna a vuestra alteza  
y todo el ser humano os viene falto:  
mas si ... veis, lucero de belleza,  
podré solo subir a un bien tan alto.

<38. SONETO DEL MESMO>

El oro cresco al aura desparcido,  
y el resplandor de bella luz hermoso,

el semblante suave, y amoroso  
del tierno rostro, aunque descolorido;  
5 la dulce risa a quien estoy rendido,  
la blanca mano, el trato generoso,  
la gracia, la cordura y el reposo  
y el excelso valor esclarecido  
pudieron quebrantarme la dureza,  
10 y entregarme al Amor con nuevo engaño,  
y ser causa y efecto de mi muerte.  
Mas defender que ame la belleza  
que me dio tanto bien, aunque a mi daño,  
ni vos podréis, ni Amor podrá en mi suerte.

<39. SONETO>

De los rayos del sol por quien me guío  
llega la luz al alma, que la enciende,  
y las delgadas venas, brava, ofende  
y del presto calor destierra el frío.  
5 Miro la pura imagen del bien mío  
con aquella verdad que la alma entiende,  
y cuanto más la miro en mí se emprende  
la cierta luz que al corazón envío.  
Presente queda y vive en mi memoria,  
10 entrando por mis ojos de sus ojos,  
en los cuales Amor tiene más gloria.  
Por ellos bebe el bien y los enojos,  
que Amor dio a su belleza la victoria,  
como a causa mayor de sus despojos.

<40. SONETO>

"Preso soy de vos solo, y por vos muero  
(mi bella Luz me dijo dulcemente),  
y en este dulce error y bien presente,  
por vuestra causa sufro el dolor fiero.  
5 "Regalo y amor mío, a quien más quiero,  
si muriéramos ambos juntamente,  
poco dolor tuviera, pues ausente  
no estaría de vos, como ya espero."  
Yo, que tan tierno engaño oí, cuitado,  
10 abrí todas las puertas al deseo,  
por no quedar ingrato al amor mío.



Ahora entiendo el mal, y que engañado  
fui de mi Luz, y tarde el daño veo,  
sujeto a voluntad de su albedrío.

<41. SONETO>

Esta belleza, que del largo cielo  
contiene en sí la más felice parte,  
a do con clara luz su luz reparte,  
sereno deja el aire, alegre el suelo.  
5 Amor en torno va con puro velo,  
y de sus bellos ojos no se parte,  
que allí descubre su destreza y arte  
y en la causa del mal pone el consuelo.  
Dichosa la alma puesta en tal tormento,  
10 que espera descansar en dulce gloria;  
dichoso más quien es favorecido;  
yo, que también que de ello alcanzo aliento  
para cantar su nombre y su memoria,  
que no podrá temer favor de olvido.

<42. SONETO. A JUAN SANCHES ÇUMETA>

Zumeta, vuestra noble y dulce lira,  
a quien dará ventaja la de Orfeo,  
de nuestro Duque cantará el trofeo  
y la virtud que Marte en él inspira.  
5 Porque la mía débil aún no espira  
en gloria del amor como deseo,  
y en él consumo el tiempo yo y no veo  
más blando su desdén, menor su ira.  
El nombre que me da el soberbio canto  
10 convertid en vos mismo, y los despojos  
cantad, y las hazañas y memoria.  
Que yo tengo la lira hecha al llanto  
y solo suena en honra de los ojos  
y del cabello que robó su gloria.

<43. SONETO>

Aquí, en el gran Océano, apartado  
de mi Lucero, estoy en esperanza;  
ya pierdo y cobro varia confianza  
y renuevo mi lástima y cuidado.

5 Tal vez mirando el piélago indignado,  
turba mi olvido tarde la mudanza,  
y esperando en mis males la mudanza,  
soy de nueva fortuna salteado.  
Y mientras de mi Luz conmigo trato,  
10 el amor vuelve quieto y la dureza  
de ella, siempre alterada en mi memoria,  
ya me aparto y enojo y me maltrato,  
mas cuando considero su belleza,  
hallo que el mal por ella es alta gloria.

<44. SONETO>

En esas trenzas de oro Amor ordena  
el lazo fuerte, que jamás deshecho  
podrá ser de quien puesto en tal estrecho  
tiene igual a su gloria eterna pena.  
5 Y de los rayos de esa Luz serena  
el fuego temo con que abraza el pecho,  
y siente de su fuerza satisfecho  
la llama el pecho, al cuello la cadena.  
De esa hermosa boca en quien espira  
10 las suaves razones y el engaño,  
la dulce cortesía y blando trato;  
y en ellas prende al triste que suspira,  
esperando la gloria de su daño,  
sujeto al yugo del Amor ingrato.

<45. SONETO>

¡Ay de mí! ¡Ay qué lágrimas derrama  
amor con dolor nuevo! ¡Ay, oh sagrada  
pluvia, tú en la alma mía lastimada  
cae, templando el fuego que la inflama!  
5 Alienta al corazón, ya hecho llama,  
aunque por culpa ajena derramada;  
que tú en su mejor parte conservada  
serás cierto remedio de quien ama.  
Como la bella, tierna y fresca rosa  
10 que la púrpura y nieve del rocío  
tocando muestra más su hermosura,  
con esta pluvia así, de oro hermosa,  
más bello se descubre el amor mío  
con rayos claros de su lumbre pura.

<46. SONETO>

Los ojos bellos y las varias flores,  
el oro crespo y terso y frescas rosas,  
que tiemplan nieve y púrpuras dichosas,  
la boca dulce, asiento a los Amores;  
5 la blanca mano, larga a mis dolores,  
las palabras suaves y amorosas,  
la risa y gracia y todas vuestras cosas  
no causan a mi alma estos temores.  
Que bien puede librarse el que es sujeto  
10 y quebrantar el lazo inexplicado,  
si quiere su remedio en mal tan fuerte;  
mas porque es justo y glorioso efeto  
que os ame quien os vio, cual yo he mirado,  
mi vida ofrezco al yerro de la muerte.

<47. ESTANCIAS>

Abrasa mis entrañas un templado  
y suave calor, que de centella  
mansa y blanda procede sosegado,  
y las consume poco a poco en ella.  
5 Del bello rostro el resplandor rosado  
abraza al pecho con la fuerza de ella;  
cabellos, manos, ojos, cuello y frente,  
abrásanme en su fuego dulcemente.  
A una y otra parte Amor me lleva  
10 y me inflama en la Luz de que estoy ciego,  
aunque según yo veo en mí la prueba,  
no debe ser amor, sino algún fuego.  
Abrasa al corazón con fuerza nueva  
y dale aliento para el daño luego,  
15 enciéndelo, y, después de fuego hecho,  
más gloria siente el abrasado pecho.  
Entonces hallo en vuestros dulces ojos  
un cuidado, un dolor, un sentimiento,  
que vuelve sus trabajos, sus enojos,  
20 en amoroso premio y en contento.  
Entrégaos de su alma los despojos,  
por ver también cautivo el pensamiento,

y con la honra que en su fuego espera,  
arde y torna a nacer sin que en él muera.  
25 Purpúreo fénix que la Arabia cría,  
en quien no goza Muerte la victoria,  
en las llamas que enciende con porfía,  
quemándose no alcanza tanta gloria.  
Que el fuego que el Amor al pecho envía,  
30 como a holocausto digno de memoria,  
nace en más alta parte y es su efecto  
mejor y de más precio en el sujeto.

<48. AL CONDE DE GELUES. CANCIÓN>

Ilustre Conde mío,  
honor sagrado y gloria generosa  
del navegable río,  
que con ribera undosa  
5 levanta la cabeza venturosa;  
aunque con débil canto  
mi simple musa y mal ejercitada  
no pueda subir tanto  
que sea comparada  
10 con la de Tajo insigne y consagrada;  
y aunque por culpa mía  
no resplandezca Betis glorioso  
igual a la onda fría  
de Pisuerga dichoso,  
15 por quien Tajo dorado está dudoso,  
no penséis que el olvido  
pondrá en oscuridad mi nombre y fama,  
por el tiempo traído,  
porque Febo me llama  
20 y de su aliento el rudo pecho inflama.  
Entre las ondas de oro  
que Tajo lleva al mar acanalado,  
do su rubio tesoro,  
teñido en colorado,  
25 espacioso pasa y derramado;  
y entre Pisuerga y Tormes,  
y Turia con las flores oloroso,  
con mi canto conformes,  
Betis victorioso  
30 sus Ondas claras mezclará espumoso;

y en toda su ribera  
los cisnes numerosos y sagrados,  
con voz no lastimera  
sonarán sosegados  
35 y de favonios mansos halagados.  
No os pese que en mi canto  
vuestro valor se vea entretejido,  
aunque no sea tanto  
que haya merecido  
40 celebrar vuestro nombre esclarecido.  
Que en él os he compuesto  
un inmortal y sacro monumento,  
adonde está dispuesto  
a daros nuevo aliento  
45 después del trance y último tormento.  
No bastará la furia  
del Aquilón airado y mar y fuego  
a haceros injuria,  
ni el tiempo sin sosiego,  
50 ni envidia ni ambición del odio ciego.  
Sujetarase el hado,  
la rabia de la guerra sin memoria,  
y del cielo estrellado  
desciende la victoria:  
55 que consagro a las musas vuestra gloria.  
Aquel es venturoso  
a quien algún ingenio peregrino,  
con aliento dichoso,  
se le mostró benino  
60 y de mortal lo hace ser divino.  
La levantada cumbre,  
el grande anfiteatro, el muro fuerte,  
por no mudar costumbre,  
haciendo igual la suerte,  
65 allana la indignada altiva muerte.  
La soberbia de imperio,  
los hechos de españoles valerosos  
son triste vituperio  
de días presurosos,  
70 que en largo olvido quedan tenebrosos.  
solo puede Talía  
vivir, que con el tiempo nunca muere,  
y quien por esta vía  
seguir sus pasos quiere  
75 y quien loado de poetas fuere.

<49. SONETO>

Alégrate, Danubio impetuoso,  
de quien huyó el tirano de Oriente;  
tú, Alfeo sacro y Ebro caudaloso,  
sujetos a esa bárbara y vil gente;  
5 que la presa con lazo riguroso,  
que enfrena el curso a vuestra gran corriente,  
Betis quebrantará victorioso  
y vuestro imperio juntará a Occidente.  
Veréis al fiero y áspero tirano  
10 dejar del largo Éufrates esta parte,  
por fuerza y sangre y hierro y fuego y muerte.  
Y cerradas las puertas del dios Jano,  
sosegará, domesticado, Marte,  
con vuestra diestra y gloriosa suerte.

<50. SONETO. A JUAN DE MALARA>

Mientras, Malara, a Alcides valeroso  
haces eterno con sagrada lira,  
y el mismo Febo en vos su aliento inspira  
y divino furor ingenioso,  
5 Amor, a mis entrañas, temeroso,  
las flechas de oro crudamente tira,  
y pensando aplacar su cruel ira,  
dejo el canto de Marte sonoro.  
Las blandas musas sigo con cuidado  
10 y amor solo en mis números resuena  
y aquella Lumbre de inmortal belleza.  
No puedo defenderme en tal estado,  
que a eterno y duro yugo me condena:  
ved cuánto pudo Amor en mi aspereza.

<51. SONETO>

Si el tierno canto y blando movimiento  
de esta cítara triste, que solía  
en fortuna mejor con mi alegría  
causar en vos un nuevo sentimiento,  
5 no puede enternecer el duro intento  
y el crudo rigor vuestro que porfía

llevar a muerte la esperanza mía  
y deshacer de Amor el fundamento,  
diré que no hay amor en vuestro pecho,  
10 que el amor que mostrasteis fue un engaño,  
que sois ingrata, indina de memoria.  
Serame aquesta afrenta satisfecho  
y algún breve reparo a tanto daño,  
aunque es pequeño mal a tanta gloria.

<52. SONETO>

La incauta y descuidada mariposa,  
de la belleza de la luz rendida,  
en torno de ella vuela y, encendida,  
pierde en ella la vida presurosa.  
5 Mas yo en aquella Lumbre gloriosa  
corro a sacrificar mi triste vida,  
que de su bello y puro ardor vencida,  
perderse quiere en suerte tan dichosa.  
Amor, que en mí pretende nuevo efeto,  
10 dame vida por darme dura muerte  
y en la luz y en el oro me detiene.  
En torno de ellos voy con mal secreto  
y en ellos pierdo y cobro nueva suerte,  
y todo para daño mayor viene.

<53. A FRANCISCO PACHECO. SONETO>

De flores ciñe, Betis, tu corriente,  
más fresco y deleitoso que Peneo,  
pues en tu gloria canta un nuevo Orfeo  
y a tu honra inclina el Tebro la alta frente.  
5 Oirá tu nombre el lúcido Oriente  
y el esparcido piélago Eritreo;  
perlas el Indo, olores el Sabeo  
darán en tu memoria al Occidente.  
La urna de cristal, con letras de oro,  
10 descubre en tu perpetua y clara gloria,  
murmurando en sus ondas extendido:  
"Mis aguas, dice, olivas y tesoro  
el tiempo sepultara en el olvido  
a no ilustrar Pacheco mi memoria."

<54. SONETO>

"¿Qué espero adonde tengo el sufrimiento?  
¿Qué fruto he de coger de aquestas flores?  
Basten ya las afrentas y dolores,  
causadas de amoroso sentimiento.  
5 "Mi altivez, mi juicio y pensamiento,  
rendidos, ¡cómo están de estos temores!  
¡Oh mísera esperanza, en mis amores  
cuánto trabajo alcanzas y tormento!  
"Razón será que se convierta el pecho  
10 al alto y noble intento a que es criado,  
y desconfíe y tema de lo incierto."  
Cuán bien habló después del daño hecho,  
como si yo no fuese el más culpado  
y no aquella belleza que me ha muerto.

<55. SONETO>

Ardiente llama en abrazado pecho  
hace de su valor la mayor prueba  
con ocasión incierta y causa nueva  
para doblar el mal y crudo hecho.  
5 de este fuego yo estoy tan satisfecho,  
que vuelvo a arder en él cuando Amor prueba  
sus fuerzas en mi alma, que la lleva  
al duro trance y peligroso estrecho.  
En mis entrañas vive y las consume  
10 su fuego, sin remedio de la vida,  
que a su templo devoto la consagro.  
Amor efecto nuevo en mi presume,  
mas la llama en que ardo embravecida  
descubre que soy otro Meleagro.

<56. SONETO>

Amor con tal engaño me ha traído,  
que derriba la fuerza del cuidado  
cuando me ve más bien afortunado,  
y anégame en las ondas del olvido.



5 Cuando estoy condenado ya y caído,  
dame aliento a subir al bien pasado,  
mas es en el favor tan limitado,  
que temo siempre verme más perdido.  
Quisiera que el favor, o fuera frío  
10 para desesperar la confianza,  
o, para tomar vida, más caliente;  
porque tanta tibieza al dolor mío  
ni da vida ni muerte a la esperanza,  
mas tiéneme con pena diferente.

<57. SONETO>

Este tormento mío causó aquella  
bella, dulce y cruel señora mía;  
no sé si más cruel se vio algún día,  
ni si se vio más dulce o vio más bella.  
5 Muestra de piedad jamás vi en ella,  
y ella fue siempre dulce a mi porfía,  
y es siempre bella, y de la luz que envía  
su vista vence a la más clara estrella.  
Ya que es bella y cruel por dolor mío,  
10 sea, pues fue, ya dulce a mi tormento,  
y escuche atenta el mal de que yo muero.  
Que de mi grande y cierto amor espero  
mudar con tierno y lastimoso acento  
en fuego el hielo de su pecho frío.

<58. A PEDRO MOXCOSO DE MOXQUERA SONETO. Ms B>

Vuestro suave y tierno y noble canto,  
el espíritu excelso y armonía,  
a mi pecho virtud celeste envía  
y mueve en él furor divino y santo.  
5 Y si el Amor, cansado de mi llanto,  
diese espacio a la grave pena mía,  
en vuestra honra la cítara alzaría,  
Moxcoso, aunque no igual la voz levanto.  
Mas vos hacéis eterno el nombre vuestro,  
10 estampado en el rico manto de oro  
que Atenas consagró a su gran Minerva.  
Dichoso vos a quien el cielo diestro  
lo mejor entregó de su tesoro

y la gloria que dio con vos reserva.

<58a. A PEDRO MOXCOSO DE MOXQUERA SONETO. Ms B>

¿Cuál espíritu excelso y noble canto  
puede encenderme más en su armonía  
que vuestro grave estudio, que la vía  
enseña de virtud y de amor santo?  
5 ¡Cuántas veces, cansado de mi llanto,  
procuro terminar la pena mía,  
Moxcoso, y celebrar como devría  
vuestra honra, a do el vuelo no levanto!  
Mas voz hacéis eterno el nombre vuestro,  
10 estampado en el rico manto de oro  
que Atenas consagró a su gran Minerva.  
Dichoso vos, a quien el cielo diestro  
lo mejor entregó de su tesoro,  
y la gloria que os dio con vos reserva.

<59. SONETO>

Yo ardo, Lumbre mía, en la belleza  
de vuestro oro sutil y dulces ojos,  
do Amor, flaco y enfermo, los despojos  
lleva a mi alma, llena de terneza.  
5 ¡Qué celeste vigor y qué grandeza  
de Amor, que causa todos mis enojos:  
la débil flor en ásperos abrojos  
convierte por mi daño y mi tristeza!  
¡Ay, mi sagrada Luz, si al dolor mío  
10 vuestra dolencia ha acrecentado el fuego  
y con mayor rigor la antigua pena!,  
¿por qué me abrazo en vuestro hielo frío  
y en mi llama os heláis? ¿Por qué Amor ciego  
me prende y a vos suelta en la cadena?

<60. SONETO>

¡Que muera yo en el mal de mi tormento  
de vuestros bellos rayos abrazado!  
No merezco, mi Lumbre, ser culpado,

pues ellos causan el dolor que siento.  
5 Que vos no padezcáis el sentimiento  
de mi pena y la fuerza del cuidado,  
justo es: que vuestro grave y alto estado  
no sufre desigual merecimiento.  
Que arda yo sin premio de esperanza  
10 y que el deseo me consuma en vano,  
gloria es de Amor, que atravesó mi pecho.  
Que vos deis al dolor de mí venganza,  
que estéis ingrata al mal de Amor tirano,  
es culpa y vuestra, y mío el daño hecho.

<61. A DON PEDRO DE ÇÚÑIGA. SONETO>

Las estatuas, las tablas en que muestra  
que contiene la industria con el cielo  
y a los ojos engaña con el velo  
de la sutil y ingeniosa diestra,  
5 no pueden dar, señor, tan clara muestra  
de la luz que os inspira el Rey del cielo,  
y del tiempo el perpetuo y leve vuelo  
las oscurece, y la memoria vuestra.  
Consagrad a las musas vuestra gloria  
10 si queréis vida ilustre, y en su canto  
veréis vuestro valor representado.  
Eternas son y eterna en su memoria,  
y el nombre que celebran vive tanto,  
que en la inmortalidad es colocado.

<62. SONETO>

Amor, para remedio de mi vida,  
hízome en mis tormentos elocuente;  
valióme un tiempo, agora no consiente  
que me valga en fortuna aborrecida.  
5 Mi bella Lumbre de mi mal se olvida,  
ya que, cual buey cansado, voy paciente  
a sujetarme al yugo, obediente  
a su esquividad, siempre endurecida.  
solo hallo un remedio en tanto daño,  
10 que es, callando, sufrir mi dura suerte,  
formando piedad en su aspereza.  
Que por ventura, en este largo engaño,

ella se mudará, o vendrá la muerte  
que me pueda librar de su dureza.

<63. CANCIÓN>

En caduca sazón de invierno frío  
cuando suena con pluvia el bravo viento,  
Amor sembró las flores del verano  
en el huerto labrado en daño mío,  
5 y el sol favoreció con blando aliento  
y espiró la aura fresca, aunque temprano;  
y el Amor, de su mano,  
las plantas trasponía  
con estudio y porfía;  
10 reverdecen las plantas, nacen flores,  
y nacieron con ellas mis dolores,  
porque después el cielo quemó el huerto  
y esparció mis amores  
estériles en tierra, sin concierto.  
15 Con el templado tiempo se vestían  
las flores del color de mi esperanza,  
y pensaba gozar desvanecido  
el fruto que los árboles traían.  
Creció siempre segura confianza,  
20 y las flores siguiendo yo, perdido,  
solo fue concedido  
que el verde color viese  
y el dulce olor sintiese.  
Miré y traté y probé de su belleza,  
25 a tiempo que el estío con braveza  
se encendía indignado, no entendiendo  
bajar a la tristeza  
en que me veo ahora estar muriendo.  
Luego, una pluvia, en tempestad cubierta,  
30 los árboles deshoja con mi daño,  
las flores quemó el cielo y queda el huerto  
destruido, la industria de Amor muerta,  
y conozco yo tarde el crudo engaño  
de bien, viéndome solo en tiempo incierto;  
35 y en grande desconcierto,  
con súbita mudanza,  
olvido la esperanza;  
y aún no la olvido, que al Favonio espero  
que renueve mi huerto cual primero.

40 Y con este cuidado y pensamiento,  
a cada paso muero  
y no muere conmigo mi tormento.  
Canción, en frío tiempo  
y en el huerto nacida,  
45 con fortuna caída,  
si no quieres perderte en tal estado,  
espera que a ti vuelva el bien pasado,  
que tendrás, por ventura, mejor suerte  
y el daño remediado,  
50 si no será a los dos igual la muerte.

<64. EGLOGA>

Este es el fresco puesto, esta la fuente  
donde se recogía la hermosa  
Leucotea, del prado y bosque gloria.  
De aquí se parte a la ribera umbrosa  
5 de Pisuerga, que corre blandamente,  
y goza con su vuelta la victoria;  
y cubre la memoria  
de Betis cristalino,  
que al mar lleva el camino.  
10 Pierde el campo su bien en su partida  
y nace en mí la pena sin medida.  
Mas pues el llanto crece en noche y día  
y al dolor me convida,  
versos de Betis suena, avena mía.  
15 Betis murmura en su ribera y prado  
y los pinos responden a su canto;  
siempre escucha el amor de los pastores  
y a Pan que esparce el doloroso llanto,  
en amorosos fuegos inflamado.  
20 Betis siente las quejas y dolores  
de tiernos amadores.  
Betis sabe qué sea  
amar a Galatea.  
Será testigo el levantado pino,  
25 el prado verde, el bosque sin camino,  
la selva con oscura sombra fría,  
que al sol cierra el camino.  
Versos de Betis suena, avena mía.  
¿A do llevas, pastora, tu ganado?  
30 ¿A qué pasto, a qué río caudaloso

con oro y plata? ¿A qué hermosa fuente?  
¿A qué bosque encubierto y sonoro?  
¿A qué selva, arboleda y a qué prado?  
¿Qué dura voluntad te lleva ausente  
35 de este puesto presente?  
¿Quién lleva en tu partida  
nuestra gloria y la vida?  
¿Cómo podrán vivir sin ti pastores?  
¿Cómo podrás vivir sin tus pastores?  
40 ¿Por qué niegas, pastora, la alegría  
al campo y a las flores?

Versos de Betis suena, avena mía.  
Si ya de hoy más en cuanto Betis baña  
con turbio cielo, el tempestuoso viento  
45 derribare los árboles hojosos  
y al ganado dañare el grave aliento,  
y si huyeren ya de la campaña  
con temor los pastores dolorosos,  
tristes y congojosos,  
50 no turbe a quien lo vea,  
pues se va Leucotea.

Partiendo, Leucotea, los collados  
mirabas y los bosques consagrados,  
deseosa de ver la selva fría  
55 de Pisuerga y sus prados.

Versos de Betis suena, avena mía.  
Admirados se muestran los pastores  
y de la selva mirante llorando,  
que dejas de Vandalia el rico puesto  
60 y de Betis dorado el fértil bando  
por Pisuerga, y olvidas sus dolores.

Pastora, quien tu ausencia ve suspira, y así, espantado, mira  
cuán dulce y fresco asiento  
65 dejas por tu contento;  
y viendo la ribera y bosque y prado,  
vuelve contra Pisuerga congojado,  
y dice sin consuelo y alegría: "Ya todo está trocado."

70 Versos de Betis suena, avena mía.  
Jamás veré la fuente, el prado, el río  
que llorando no diga: "Aquí yo vide  
a Leucotea, altiva, con Albano,  
y agora de esta fuente se despide."  
75 ¿Cómo podré mirar sin dolor mío  
en su ausencia la selva y bosque y llano?  
Aquí con blanca mano

la vi despojar flores,  
mirando los pastores  
80 su hermosura, y con mi pena veo  
que está apartada más que yo deseo.  
Pisuerga ve lo que mi Betis vía  
y goza su deseo.

Versos de Betis suena , avena mía.  
85 Cualquier pastor que pasa, sola viendo  
sin ti esta selva triste, que hermosa  
era contigo, y es ya sola y fea,  
dice: "Con Leucotea era dichosa  
esta selva, sus árboles creciendo,  
90 y desdichada es ya sin Leucotea."

Sola, sin Leucotea,  
aquel día que Albano  
trocó el florido llano  
por Pisuerga, huyeron con espanto,  
95 turbadas de su daño y de mi llanto,  
las ovejas. Mas triste, con porfía  
y con lloroso canto,  
versos de Betis suena, avena mía.

No pacieron las tristes lamentándose  
100 y la agua rehuyeron de esta fuente;  
los bueyes en la noche no llegaron  
al heno, y las cabrillas tardamente  
vuelven del alto monte querellándose.  
Los pastores, confusos, se espantaron  
105 y tu ausencia lloraron;  
pero yo, aborrecido, así dije perdido:  
"No descienda a la hierba y al rocío,  
pues Leucotea va a Pisuerga frío  
110 y a su estéril ribera y selva fría  
y deja al Betis mío.

Versos de Betis suena, avena mía."  
Hermoso valle y abundosa fuente,  
alegre prado, de árboles ornada  
115 sombría selva, cuando con terneza  
os vía Leucotea coronada  
de rojas flores la dorada frente,  
¡cuál estaréis, no viendo su belleza,  
con perpetua tristeza!  
120 Valle, la hermosura  
y la corriente pura  
perderás, fuente; tornaraste, prado,  
con las espinas duras erizado;

los ramos secarás, selva sombría,  
125 del árbol despojado.  
Versos de Betis suena, avena mía.  
Y es justo que olvidéis, valle hermoso,  
la belleza, y las ondas, limpia fuente,  
y la alegría, prado; y tú, adornada  
130 selva espesa, los árboles, doliente;  
pues la gloria del campo deleitoso,  
oh valle, fuente, prado, selva amada,  
os deja, y no le agrada  
la purpúrea ribera,  
135 adonde honrada fuera.  
De los árboles altos no se acuerde  
la selva, y de la flor el prado verde,  
y tú, fuente, la vena estancia fría;  
valle, lo bello pierde.  
140 Versos de Betis suena, avena mía.  
Betis triste, cuánto a que yo te vide  
sereno y argentado espacioso;  
ahora torna turbio con tristeza  
y el curso inclina alzado y espumoso  
145 y las tendidas ondas ya despide.  
Cuántos ríos, temiendo tu grandeza,  
te daban la nobleza,  
y Tajo, igual primero,  
mostrábase postrero,  
150 lugar te concedía, aunque presente  
cantase a Elisa su pastor doliente;  
mas ya que Leucotea se desvía,  
primero alza la frente.  
Versos de Betis suena, avena mía.  
155 Betis, que altivo de tu hermosura,  
Tajo te dio y Pisuerga la ventaja,  
pues se va Leucotea con tu gloria,  
da al Tajo y a Pisuerga la ventaja,  
y al fondo mete la cabeza oscura.  
160 Con tu daño levanta y con victoria  
Pisuerga su memoria  
y el vaso de ovas lleno hinche en su curso ameno;  
con flores y con violas dichosas  
165 sus aves la resuenan amorosas  
y al numeroso canto y armonía  
se extienden deleitosas.  
Versos de Betis suena, avena mía.  
Venturoso quien viere sin trabajo



170 su gracia, su sosiego y su belleza;  
dichosos, ¡oh dichosos!, los pastores  
que tienen tal beldad en la aspereza  
de Pisuerga, ¡oh pastores!, y de Tajo.

A cuyo son siguiendo sus amores  
175 los faunos amadores,  
de las grutas callando,  
se quedan admirando.

Vos, oh pastores, gloria de la avena  
que iguala Tajo cuando el curso suena,  
180 con el canto que Betis alto envía resonad con voz llena.

Versos de Betis suena, avena mía.

Irás, pastora, a tu querido Albano,  
y los abrazos tiernos y amorosos  
185 le darás; él pondrá las variadas  
guirnaldas en tus rubios y hermosos  
cabellos, escogiendo con su mano  
las frutas en los árboles colgadas,  
con oro señaladas.

190 Iréis ambos trabados  
con abrazos mezclados:

con tu pastor, pastora venturosa,  
con tu pastor, pastora más hermosa.  
El cielo siempre os abra un nuevo día  
195 con luz pura y dichosa.

Versos de Betis suena, avena mía.

Albano, del sagrado Betis gloria,  
¿mitigó Leucotea tu esquivaza?

El suspiro primero, él te ha causado;  
200 por él precias, pastora, tu belleza,  
por él con ella ganas la victoria.

Los dos ha en dulces nudos enlazado,  
viendo vuestro cuidado,  
el Amor tiernamente,

205 favorable y presente,  
al blando yugo puesto por su mano.

¡Dichosa Leucotea con Albano,  
que gemiste por él con agonía!,  
triste es nuestro llano.

210 Versos de Betis suena, avena mía.

De selvas gloria y honra, Leucotea,  
domar la fuerza y el rigor pudiste  
del lozano pastor, dichoso Albano;  
el suspiro primero a ti dio triste.

215 Dichoso Albano con tu Leucotea,

dichosa Leucotea con tu Albano.

Tú le das con tu mano,  
en medio tus amores,  
frescas y bellas flores;

220 él te da con su mano las hermosas  
violas y purpúreas nuevas rosas,  
que el sol templado abiertas esparcía  
sus hojas olorosas.

Versos de Betis suena, avena mía.

225 Dichoso Albano, Leucotea bella  
contigo arde en amor y está contigo;  
tus versos cantáis ambos juntamente,  
los versos de quien Betis es testigo  
que sonando su canto y su querella

230 se espanta Filomela, y, dulcemente,  
os responde presente.

Contigo Leucotea  
el sueño, el día emplea.

Agora que contigo está, a ti mira  
235 segura, a ti contempla, a ti suspira,  
por ti muestra los ojos de alegría,  
sin tristeza y sin ira.

Versos de Betis suena, avena mía.

A ti concede, Albano venturoso,  
240 la tierra hierba, el prado varias flores;  
a tu canto serena todo el cielo.

Dichoso tú, que en medio los pastores  
de Pisuerga, con árboles hermoso,  
alegre cantas sin tener recelo.

245 Contigo tu consuelo,  
contigo Leucotea

coge el fresco y marea,  
y entre la verde grama recostado  
tu amor le muestras, y ella su cuidado,  
250 y cuenta las querellas que decía  
a este bosque apartado.

Versos de Betis suena, avena mía.

Mas ya el dolor que al llanto te ha llevado,

Jolas, cese con tan larga pena,  
255 pues dura del tormento la aspereza  
hasta que vea en la ribera, llena  
de ninfas y pastores y ganado,  
a Leucotea, altiva en su belleza,  
y entonces la tristeza

260 falezca, y venga junto

Albano, al mismo punto.  
Venid los dos, que en tanto que el rocío  
ame la abeja, el bosque alto y sombrío  
el jabalí, los cisnes la onda fría,  
265 sois ambos amor mío.  
Versos de Betis deja, avena mía.

<65. ESTANCIAS>

Dichoso sea el tiempo y sea el día  
y el lugar soberano y venturoso  
en que ardí en vuestro ardor, oh Lumbre mía,  
y el fuego me abrazó más glorioso.

5        Dichoso yo, y mis ojos que son guía  
a mi bien, y mi pecho el más dichoso,  
que está lleno de amor, y venturosos  
los suspiros que envío, a vos llorosos.

      Como la rosa extiende los colores  
10 y los colores se abren en la rosa,  
así mudáis el rostro en los colores  
de limpia nieve y de encendida rosa.  
Cuando los blancos lirios, rojas flores  
veo resplandecer con luz hermosa,  
15 compárolos a vos en la belleza,  
pero menores son a vuestra alteza.

      Mi fuego veo en vos, mis bellos ojos,  
y el lazo en tersas y doradas hebras;  
y cuanto me encendéis, divinos ojos,  
20 me prenden tanto las sagradas hebras.

      Si el pecho me abrazáis, ardientes ojos,  
el cuello anudan las compuestas hebras;  
sois mi prisión y muerte, nudo y llama,  
y así, enlazado, vivo y muero en llama.

25        Sois estrellas, mis ojos; frescas rosas,  
hermoso rostro; y blanca nieve, cuello;  
estrellas sois y nieve, frescas rosas,  
y no sois ojos, dulce rostro y cuello;  
hebras del oro puro, sois hermosas,  
30 y no doradas hebras del cabello:  
no sois oro ni rosas, nieve o estrellas,  
que más valor tenéis y sois más bellas.

      La llama, el lazo, la prisión, el dardo  
que el pecho arde y anuda y ata y hiere,  
35 sois ojos, hebras; vos, mirar gallardo,

causa porque, esperando, desespere.  
Veloz al daño y al remedio tardo  
fui por donde el Amor mi afrenta quiere:  
trenza, flecha , armonía y la luz alma,  
40 enlaza, llaga y prende, abraza al alma.  
Yo sufro el lazo, flecha, ardiente llama,  
y pésame que tengo solo un pecho  
para llevar el mal, pero bien ama  
quien procura tornar a ser deshecho.  
45 Cuanto Amor me persigue, hiere, inflama  
tanto está de mi fe más satisfecho.  
¿Qué puedo yo a mi bien dar por mi gloria  
si no muero? Mas muerte es mi victoria.  
La vida me dio Amor para la pena,  
50 con ella satisfago el mal que siento,  
y el descanso en la muerte a la alma ordena,  
pero yo vivo alegre en mi tormento.  
Amor, quien a tus males se condena,  
merece que le des algún contento;  
55 mas bien pagado está de tu grandeza  
quien arde en fuego eterno de belleza.

<66. ELEGÍA>

Ardo en el resplandor y en la pureza  
que da valor y gloria al alma mía  
de inmortal luz y celestial belleza.  
A mi pecho el Amor por ella envía  
5 sus rayos, que, hiriendo por mis ojos,  
un deseo amoroso y alto cría.  
Dulces suspiros son y sus enojos,  
que en un regalo dulce trasportado,  
me muestra la que lleva mis despojos.  
10 Alégrome, que estoy de mí apartado  
y junto de la bella Luz serena,  
do siento el corazón más inflamado.  
Nunca me satisfago de mi pena,  
que siempre miro en ella y allí tengo  
15 el fin de todo el bien que Amor ordena.  
Con la belleza ajena a formar vengo  
la suya soberana, y me levanto  
con ella adonde apena me sostengo.  
El rico y el dorado puro manto  
20 que teje en lazos bellos, y el rosado

color, las luces que celebro y canto;  
la dulce habla, el trato sosegado,  
la gracia, la humildad y cortesía  
me tienen en sus llamas abrazado.  
25 El deseo conmueve a la alma mía  
y al resplandor de su pureza lleva  
y ofrece la esperanza de alegría.  
Allí hace mi espíritu que mueva  
las alas a la luz del alto cielo  
30 y halle su belleza siempre nueva.  
Nunca bajo los ojos en el suelo,  
que la alma, de sus nudos desatada,  
rompe la oscuridad del mortal velo.  
Conoce el bien que tiene, y admirada  
35 en aquel claro sol de hermosura,  
alcanza su virtud toda inflamada.  
Dichoso yo, que tuve tal ventura,  
que la perfecta luz busqué encendido,  
no engañado en fingida compostura.  
40 Y el canto de sirenas esparcido  
huí, sin que de circes el veneno  
me tuviese de mí puesto en olvido,  
de vicio y confusión y de horror lleno.

<67. SONETO>

Trasasó de esa Luz el tierno pecho  
el amoroso fuego y la belleza,  
dura ocasión de toda mi tristeza,  
y pusieron mi vida en grave estrecho.  
5 Yo sufrí, confiando, el daño hecho,  
porque en vos esperaba más terneza;  
mas ahora que sé vuestra dureza,  
suspiro y temo, y busco mi provecho.  
Mas ya que me obligáis al dolor mío,  
10 por esos bellos ojos en quien siento  
la fuerza que a mi alma del mal viene,  
admitid los suspiros que os envió;  
que no os pido remedio a mi tormento,  
sino que consintáis que por vos pene.

<68. EGLOGA>

Paced, mis vacas, junto al claro río.

mientras yo, en su ribera recostado,  
ahora que el suave y blando aliento  
del Céfito se mueve sosegado,  
5 canto la gloria y bien del amor mío,  
con amoroso y lastimado acento.  
Sabrá mi pensamiento  
Betis, cual supo Tormes,  
y ambos serán conformes  
10 resonando mi gloria y bien, y en tanto  
las ondas paren a mi alegre canto;  
pues solo glorias cantaré y despojos,  
por no acabar en llanto  
estos mis tristes y cansados ojos.  
15 ¡Oh dulces sombras, olorosas flores  
de verdes prados! ¡Oh marea fresca!  
¡Oh árboles! ¡Oh hierba deleitosa,  
que en mi memoria siempre se refresca!  
¡Oh bella Nais, presente a mis amores,  
20 cuando con mi pastora más hermosa,  
en la fuente dichosa,  
gocé de mi sosiego,  
ardiendo en tierno fuego,  
y ella con varias rosas me adornaba,  
25 y yo con mis abrazos la estribaba,  
el dorado cabello dando al viento,  
que al sol su lustre daba,  
y a mí la gloria y bien y oro el contento!  
¡Oh dulce resonar del viento blando,  
30 cuando cantaba yo y me respondía  
Filomela suave tiernamente,  
y celebrabas, bella Cintia mía,  
nuestros amores tiernos suspirando,  
y al canto murmuraba aquella fuente,  
35 adonde Amor presente  
se mostró laborable!  
Tanto no es agradable  
a seca tierra lluvia, a estéril prado  
verde grama, en verano deseado,  
40 tanto tu voz en mí, que en mi memoria  
el Amor ha formado,  
que no me olvidaré de aquesta gloria.  
En tanto que la vid ciña hermosa  
el olmo espeso, y que levante el pino  
45 su corona extendida en la ribera  
de Betis, siempre te amaré con tino,

aunque tú dura seas o amorosa.  
Cuanto es más grata dulce primavera  
que la aspereza fiera  
50 del invierno terrible,  
cuanto es más apacible  
la Aurora que la noche oscura y fría,  
tanto te quiero más, pastora mía.  
Testigo es este pino, a do cortado  
55 está; primero el día  
será sin luz que olvide a mi cuidado.  
¿Estás, pastora mía, por ventura,  
en el cerrado bosque y mismo puesto  
adonde yo te vi la vez primera,  
60 donde Amor en tus ojos se vio puesto  
y donde me venció tu hermosura  
del río deleitoso en la ribera?  
¿Dónde mi suerte fiera  
me llevó por mi daño,  
65 para mayor engaño,  
por ventura suspírasme apartado,  
triste, solo, y a ausencia condenado,  
a las selvas de Betis conducido,  
llorando mi cuidado,  
70 entre árboles desnudos escondido?  
Dadme flores, oh ninfas, dadme rosas  
que envíe a mi pastora, a quien si veo,  
Amor me da temor y el pecho enciende.  
Dad a vuestro querido Meliseo  
75 los lirios y violas amorosas,  
ninfas, si hay alguna a quien ofende  
Amor, que en mí pretende  
nuevo mal mi pastora.  
Decid si espera ahora  
80 mi vuelta, así yo vea coronado  
vuestro crespo cabello y de oro ornado;  
si habéis visto en pastora más belleza  
en todo el bosque y prado;  
si habéis visto en pastora más ternura.  
85 A espigas rojas, que del sol ardiente  
tocadas muestran resplandor del oro,  
vencen las hebras tuyas, que esparcidas  
descubren el valor de su tesoro,  
a quien el viento mueve mansamente  
90 como ondas de oro, de quien vi perdidas  
de mil pastores vidas.

Cual parece Diana con beldad soberana  
suelto el cabello, en oro convertido,  
habiendo al fiero jabalí seguido,  
de cazadoras ninfas rodeada,  
tal, Cintia, has parecido  
de pastoral escuadra acompañada.  
Cuanta ventaja al mirto deleitoso  
100 da la humilde gemista, al fuerte pino,  
al lento sauce, y cuanta da la fuente  
a las ondas de Tormes cristalino,  
cuanta el carnero al toro generoso,  
tanta, Cintia, en belleza refulgente  
105 te dan humildemente  
las pastoras hermosas  
y ninfas amorosas.  
Los sátiros lascivos, admirados,  
su pena declaraban y cuidados;  
110 mas tú, los ojos de tu Meliseo  
en los tuyos trocados,  
hacías vanos de ellos el deseo.  
Esta dorada trenza recogida,  
en color roja y en azul mezclado,  
115 de quien tu bella frente despojaste,  
tan preso acá me tiene y enlazado  
y tan sujeta de su ardor mi vida,  
cuanto allá, Cintia mía, me anudaste.  
No hay llanto que baste,  
120 viendo ante mis ojos  
estos bellos despojos,  
y que tan lejos de ese bosque ausente  
estoy, Cintia, abrazado en fuego ardiente,  
aunque es algún consuelo ver que tengo  
125 una parte presente  
de ti, con quien mis males entretengo.  
Juro por esos ojos, Cintia mía,  
que son fuego en que está abrazado el pecho,  
que no gozo sin ti de alguna gloria,  
130 ni estoy de cosa alguna satisfecho.  
Tú sola eres regalo y mi alegría,  
tú sola eres eterna en mi memoria;  
por ti llevé victoria  
de mí el Amor primero,  
135 que me será postrero;  
por ti mi mal y mi gemido envío  
y responde a mi llanto triste el río.



Suspiro amargamente y llamo: "¡Cintia!"  
Resuena al canto mío  
140 el monte y prado y bosque atento: "¡Cintia!"  
Acuérdate, pastora, cuando al cuello  
anudaste tus brazos amorosa,  
callando, y de temor y amor turbada,  
mesclando los abrazos vergonzosa,  
145 en mí esparciendo tu sutil cabello,  
y que dijiste, abriendo la rosada  
boca, en voz alterada:  
"Goza la gloria mía,  
mi luz y mi alegría,  
150 mi bien, mi dulce amor; no quiera el cielo  
que yo ame otro, ni que vea el suelo  
igual amor, y toma del tormento  
premio justo, en consuelo,  
y sea alegre ya tu pensamiento."  
155 dejome entonces tu suave boca,  
con el dichoso aliento recibido,  
casi sin vida; el tierno Amor, muriendo,  
volvió el camino luego, arrepentido,  
y a perderse en tus labios se provoca;  
160 de abejas el rocío recogiendo,  
sus gozos confundiendo,  
mil veces ya callando, en ti ya suspirando.  
Dichoso yo, que merecí esta gloria  
165 presente, y siempre viva en mi memoria  
alegre tiempo, y bien y dulce aliento  
que me dio tal victoria,  
blando el dolor y grato mi tormento.  
¡Ay tiernos hurtos de la noche oscura,  
170 en el secreto y solo apartamiento!  
¡Ay bien perdido y ay perdida gloria!,  
¿cuándo veré ese puesto y fresco asiento  
y la luz de mi dulce hermosura,  
y esta gloria que lloro mal perdida?  
175 ¡Ay suerte aborrecida!,  
por ti solo me veo  
lejos de mi deseo,  
suspirando, gimiendo, lamentando,  
sin ver el tiempo deseado, cuando,  
180 sin pena alguna y lleno de alegría,  
estos bosques dejando,  
en tus brazos me halle, Cintia mía.

<69. ELEGÍA>

Si puede dar lugar a mi tormento,  
llena de Cintia bella tu memoria,  
Moxquera, cantaré el dolor que siento.  
Y en tu dichosa y bien tratada historia  
5 tendrá vida el amor de mi cuidado,  
que un tiempo fue que mereció más gloria.  
Tú, aunque del frío Tormes apartado,  
gozas de tu trofeo los despojos  
y vas altivo de ellos y adornado;  
10 mas yo, por mis crueles bellos ojos,  
padezco, y mayor daño siempre espero,  
que Amor me obliga a todos sus antojos.  
¡Dolor terrible, dolor crudo y fiero,  
que solo en mí se pruebe la crudeza  
15 de quien mi vista le agradó primero!  
Cintia, con piedad y con terneza,  
llena de amor, regálase contigo,  
y muestra en larga ausencia gran firmeza.  
Mas yo, que de mi mal solo testigo  
20 puedo ser, diré bien en tal estado,  
que me trata mi Luz como a enemigo.  
Y de sus dulces ojos desviado  
estoy, como en ausencia allí presente,  
pues un tierno mirar aún me es negado.  
25 Extiende el rojo sol su nueva frente  
a todos agradable, y las estrellas  
tiemblan con claridad resplandeciente;  
pero mi bien sus puras luces bellas  
a mí solo da graves y enojosas  
30 y me abraza el ardor de sus centellas.  
Cintia te escribe las antiguas cosas,  
memoria leda del amor dichoso,  
que agora en referir son deleitosas;  
aquel temor confuso y piadoso,  
35 el recelo, esperanza confundida,  
y al fin, con quietud vuestro reposo;  
pero yo en mi fortuna aborrecida  
veo eterno dolor y grave suerte

y la esperanza rota y abatida,  
40 asaltos crudos de terrible muerte;  
que muero en el temor de su braveza  
y no tengo valor al rigor fuerte.  
Infausta fue a mi vista su belleza,  
que a mi vida y mi alma fue tan cara,  
45 cuanto triste lo nuestro en mi flaqueza.  
Si por alguna vía yo esperara  
tanto mal, según de él con daño entiendo,  
el mar de Amor incierto no surcara.  
Mas ¡ay! que con mis males más me ofendo  
50 y la razón que hallo en mi fatiga  
descubro a mi dolor cuando me enciendo.  
Esta mi cruda y dulce mi enemiga  
sujeto a su deseo me condena,  
y a más que padecer mi mal me obliga.  
55 Cintia sufre contigo igual la pena,  
que la gloria es de Amor más verdadera  
cuando el amante, con quien ama, pena.  
Si Amor solo este bien me concediera,  
yo fuera entre amadores venturoso  
60 y en su loor mis años consumiera,  
¿qué templo hubiera insigne y suntuoso  
a Júpiter sagrado o a Diana  
igual al nombre suyo glorioso?  
Siempre la honra ilustre y soberana  
65 de mi fulgente Luz le diera parte  
con verso y armonía más que humana.  
Cintia es la muestra de tu ingenio y arte,  
y esclarecida con tu noble canto,  
su fama vuela en una y otra parte.  
70 ¿A quién su bella luz, el rico manto  
del enlazado resplandor del oro  
no pone de ti envidia y causa espanto?  
Dichoso amante, a quien el alto coro  
de Febo y sus bellísimas doncellas  
75 da su riqueza y su mayor tesoro,  
Cintia más clara es ya que las estrellas,  
y tú gozas por Cintia de la gloria  
cuando con amor tierno te querellas.  
Ella tendrá la honra y la victoria  
80 entre cuantas exalta la edad nuestra,  
sin que ofenda el olvido su memoria.  
Hieres la dulce lira con la diestra,  
y Amor, que cantas en su honor, se mueve

alegre al canto y la voz tuya adiestra.  
85 Entonces de los bellos ojos llueve  
de Cintia lluvia mansa y amorosa  
y Amor de ellos contigo el humor bebe,  
cual ave puesta en fértil y olorosa  
planta que coge con la boca abierta  
90 el rocío en su rama deleitosa.  
Varios efectos del dolor concierto  
piadoso el Amor, y dulcemente  
la ocasión os presenta llana y cierta.  
Yo, con mísero canto y voz doliente,  
95 celebro de mi Luz la hermosura,  
la crespada y sutil trenza de oro ardiente.  
Para tan gran sujeto y tal ventura  
corto ingenio, mas digno de tal canto  
por el amor, por mi firmeza pura.  
100 Pero si su memoria no levanto  
al purpúreo Oriente desde Atlante,  
y si mi verso siempre suena en llanto,  
es por su pecho, en mi dolor constante,  
que me trae rendido a su crudeza,  
105 más dura que el perpetuo diamante.  
Porque el valor de su inmortal belleza  
mi espíritu en sus honras enriquece  
y de Helicón iguala con la alteza.  
Que con el fuego que en mi alma crece  
110 me mueve un generoso y alto brío  
para la gloria que en su nombre ofrece.  
Mas aunque el furor noble al canto mío  
incita, por mi mal ella pretende  
que muera de su helado, estéril frío;  
115 y así el bien que mi Luz me da me ofende.

#### <70. CANCIÓN>

Jamás alzo las alas alto al cielo,  
de rosados colores adornado,  
mi tierno y amoroso pensamiento,  
que de vos, ¡oh Luz mía!, no olvidado,  
5 temiese nombre dar al ancho suelo,  
del cerúleo Neptuno hondo asiento,

como ahora que el blando y dulce aliento  
del manso Amor, que favorable espira,  
temo para cantar la gloria vuestra,  
10 si a la alma no me inspira  
la lumbre que a subir al cielo adiestra;  
porque para estimar tanta belleza,  
no hay espíritu igual a su grandeza.  
Vos, a quien el ardiente pecho mío  
15 en vuestras aras se consagra puesto,  
con el olor suave desparcido,  
aunque tengáis el corazón honesto  
armado contra mí de hielo frío,  
guiad mi plectro, en vuestro amor herido,  
20 porque de vos merezca ser oído;  
y sea mi dichoso y noble canto  
muestra de la divina hermosura  
que nueueco y solo espanto;  
será admirado de la edad futura,  
25 que se puede quejar del tiempo injusto,  
pues en vos le negó un milagro agosto.  
Hermosos nudos, crespas trenzas de oro,  
en coronas lucientes sustentadas,  
que enriquecéis la blanca y roja frente,  
30 llena de puras perlas y lazadas,  
del propio, rico y celestial tesoro,  
odores esparciendo de Oriente,  
al rubio sol, cuando en León ardiente  
los rayos altos tiende a nuestro suelo,  
35 vuestros cercos rebatan, y, rendido,  
huye del azul cielo,  
que vuestro resplandor esclarecido  
a tierra y mar y aire alumbra, y muestra  
cuánto es mayor la ilustre lumbre vuestra.  
40 Claros zafiros, esmeraldas bellas,  
dulcemente mezcladas, en quien tiene  
Amor su llama y el dolor mi pecho,  
de quien mi muerte al corazón proviene;  
del alma luces y del cielo estrellas,  
45 que alegre me tenéis del daño hecho,  
del mal cuanto de gloria satisfecho,  
vuestra llama envió dulce a mis ojos  
el ardor que me abraza, y la centella  
se alienta en los despojos  
50 que restan de mi alma, ardiendo en ella  
vuestra luz. Si me hiere Amor, me sana

con vuestra virtud alta y soberana.  
Coral lustroso, antes rubí encendido,  
donde el risueño Amor alegre espira,  
55 que cubrís de las piedras la blancura  
que el rojo mar en su corriente mira;  
espíritu celeste y recogido,  
principio dulce a toda mi ventura,  
deseo eterno de mi gloria pura,  
60 grato hablar y tierno acogimiento,  
respuesta humilde y piadosa vista,  
causa de mi tormento,  
que me lastima, prende y me conquista,  
de vos me viene el bien, de vos procede  
65 todo el favor que el blando Amor dar puede.  
Rosada, tierna y bien compuesta mano,  
de las perlas de Idaspes reluciente,  
llena de mil victorias con trofeo;  
puras plantas, en quien perder consiente  
70 la nieve el color vivo; altivo y llano  
y mesurado paso, por quien veo  
colgado arder en llama mi deseo,  
que el purpúreo coturno, en lazos de oro,  
por vos soberbio, cierra con grandeza  
75 el dichoso tesoro  
de la divina y celestial belleza,  
vos causáis mi dolor y pena fuerte;  
vos, mano y plantas, me buscáis la muerte.  
Hermoso blanco pecho, enhiesto cuello,  
80 limpio marfil de acerbas pomas bellas,  
que dulcemente muestra el sutil velo,  
los ojos de oro y luz de las estrellas  
y de Febo el ardor luciente y bello  
no ven en cuanto cubre el ancho cielo  
85 belleza tal en el terreno suelo;  
vos sois mi mal, y junto sois mi gloria,  
aunque ingratos y crudos en mi pena;  
no tenéis ya memoria,  
después que me enlazasteis la cadena  
90 que no podrá romper desdén y olvido,  
ni el dolor de mi tiempo mal perdido.  
Gracia, valor, ingenio, entendimiento  
no visto en nuestra humana compostura,  
humilde brío llano y gran reposo  
95 que esmaltáis la sagrada hermosura,  
digna de soberano y claro asiento;

semblante tierno, grave y amoroso,  
alegre risa, trato generoso,  
que la gloria lleváis a la belleza,  
100 llevándoos la belleza y a la gloria,  
dais gloria a la belleza,  
y la belleza os da valor y gloria,  
como el sol, que da al orbe eterna lumbre  
y tiene en sí los lustres de su lumbre.

105 En el alto y divino simulacro  
que en mis entrañas vuestra lumbre forma,  
por los ojos rompiendo el paso, lleva  
ardiente fuego de la ardiente forma  
del semblante real, hermoso y sacro;  
110 y siempre en la presencia se renueva  
para abrazarme en amorosa prueba,  
y tan firme se muestra cuando ausente,  
cuan cierta y bella en propia fuerza ofrece.

Aquesa Luz presente

115 Amor de sus efectos engrandece,  
que no puede crecer más la belleza  
ni verse más constante mi firmeza.

Los rayos que esparció Amor en mi vista  
con la ardiente virtud de vuestros ojos  
120 abrazan en su fuego el pecho mío  
y, en él quemando, dejan los despojos,  
sin que mi alma a su valor resista;  
que no hallo en mi fuerza tanto brío  
y fuera contrastalle desvarío.

125 Herido el corazón, temió su pena  
en la sangre alterada al hecho extraño,  
y aquella sangre ajena  
mi cuerpo inficionó con nuevo daño,  
tal que enfermo padece en su veneno,  
130 que porque vive en él lo da por bueno.

Tiempla el ardor que siento la armonía  
del amoroso verso y dulce llanto  
y con doradas alas subo al cielo,  
imitando al sublime y grave canto  
135 que sigue vuestra luz, Estrella mía;  
y la frágil corteza dejo al suelo,  
que impide con su peso el leve vuelo;  
y contemplo por vos la suma alteza,  
el celestial espíritu y la gloria

140 de la inmortal belleza,  
y a vos os debo aquesta gran victoria,

pues me prestáis el soberano aliento  
con alto y generoso atrevimiento.  
¿Qué debo, pues, hermosas bandas de oro,  
145 rayos y bellas piedras y corales,  
blanca mano, rosadas plantas, pecho  
gallardo, apuesto cuello y celestiales  
pomas, y marfil terso a quien honoro,  
dar igual al valor de tan gran hecho  
150 que pueda ser en parte satisfecho,  
sino es que yo me abrace siempre en fuego,  
y ardiendo pueda ver la edad futura?  
Que de esos rayos ciego  
conté vuestra grandeza y hermosura  
155 y vi con vuestros ojos tanta gloria,  
que hice eterna mi ínclita memoria.  
Canción, queda conmigo en testimonio  
del bien de mi dolor, si no te agrada  
llegar ante las luces de mi Estrella,  
160 y arder como yo en llama consagrada,  
que sola una centella  
de ella puede abrazar con fuego ardiente  
cuanto el sol ve del Euro al Occidente.

<SONETO XXVII>

Las luces, do el Amor su fuerza apura,  
con el sereno ardor de sus centellas,  
el Oro crespo en mil sortijas bellas  
de rayos coronado, y llama pura;  
5 Las palabras vestidas de dulzura,  
(que la armonía celestial en ellas  
parece) el pecho duro a mis querellas,  
la mano que a la Nieve vuelve oscura,  
Son causa del tormento y dolor mío,  
10 con muchas que callando siento y veo;  
y no me valen en mi esquiva suerte.  
En su dureza solo el bien confío,  
porque a vana esperanza y gran deseo  
no se debe pedir sino la muerte.

<71. ELEGÍA>

Deboos, mi Luz, tan poco de mi gloria  
y tanto sois en cargo a mi tormento,



que no oso confiallo a mi memoria;  
porque no habrá valor de sufrimiento  
5 que pueda sostener tanta dureza,  
ni permite el dolor más sentimiento.  
Veo el mal que temí y mayor crudeza,  
porque para mi pena siempre crece  
ocasión de recelos y tristeza.

10 Nunca Amor en sosiego permanece,  
que hiere con las flechas de mudanza  
a quien de sus servicios más merece.  
Si desviar pudiese esta esperanza  
del bien que yo no tengo ni lo quiero,  
15 no daría a mis lástimas venganza.  
Podéis creer, mi Luz, que si no muero  
es porque no sufrís que mis enojos  
se valgan de este bien que en vano espero;  
y pues que yo os miré con estos ojos,  
20 para dolor del alma, no sería  
justo que diese a muerte mis despojos.  
Matáisme dando vida, que la mía  
es merecer por vos quedar desierto  
mi cuerpo en esta tierra estéril, fría.

25 Acabaráse todo el desconcierto  
de mis grandes afanes, y gozara  
la gloria, que por vos soy de vos muerto;  
mas vos, Luz mía, la vendéis tan cara,  
que no la hallo precio, y así quedo  
30 culpando mi temor, mi suerte avara.  
Un espacio pequeño me concedo  
de reposo al dolor, y es la memoria  
del tiempo ya pasado en que fui ledo.  
Y como veo esta mi nueva historia  
35 cercada de tristezas y suspiros,  
doy principio a mi llanto con mi gloria.  
Tal estoy, Lumbre mía, por serviros,  
que siento más la pena que la muerte,  
y no oso algún remedio al mal pedir.

40 Mas ¿cuál no puede ser más buena suerte,  
si yo muero por vos y no en ausencia,  
duro hielo a mi fuego inmenso y fuerte?  
Amor me dio y Fortuna esta sentencia:  
que cuando más amase lastimado,  
45 huyese de mirar vuestra presencia.  
Y vos, como si fuese yo culpado,  
me condenáis a muerte del olvido,

que poco os pareció verme apartado.  
Pero el mal que padezco en ser perdido  
50 por vuestra hermosura soberana,  
estimo en más que el bien más escogido.  
Desde la oscura noche a la mañana  
y desde que el sol pinta el Oriente  
hasta que da la blanca luz su hermana,  
55 os llamo, ¡oh Estrella mía! , en voz doliente,  
y llevo vuestra efigie en mis entrañas,  
que más daño me hace estando ausente.  
En esta selva y soledad extrañas,  
voy contando mi gloria y dolor mío,  
60 y de Amor el valor y sus hazañas.  
Si la tierra caliente el seco estío,  
el fuego de mi pecho presuroso  
la quema, y arde juntamente el río.  
De mí todo me olvido sin reposo,  
65 por acordarme el mal que me habéis hecho,  
y huélgome de verme doloroso.  
Agradezco mi lástima a mi pecho,  
que tuvo sufrimiento en tanta pena,  
y dejo a mi enemigo satisfecho.  
70 Mas ya que estoy sin vos en tierra ajena,  
do el sol no tiende rayos de alegría,  
que toda yace en vuestra luz serena,  
y tuve algún valor en mi osadía,  
para osar levantar el pensamiento  
75 donde no mereció la suerte mía;  
pues deseáis que crezca mi tormento  
para hacerme mal, tened memoria,  
y acordad renovar mi sentimiento.  
Porque yo estimaré de tanta gloria  
80 que de mi mal tenéis, aquella parte  
que me dará de este acordar victoria.  
Y en tanto, pues, que vos por esta parte  
do todo el bien me huye, la esperanza  
irá de mi dolor adonde parte  
85 quien causó a su memoria esta mudanza.

#### <72. AMARILIS EGLOGA>

A la muerta Amarilis lamentaba  
Delfis, amor de musas, y la fuente,

el sacro río y ninfas amorosas  
consolaban su mal; que en voz doliente  
5       en la ribera sola se quejaba  
a las ondas airadas y espumosas  
con ansias dolorosas,  
y sin tomar consuelo  
así decía al cielo:  
10 "Vos dríades, napeas, ninfas bellas,  
que el canto lamentable y las querellas  
oísteis del pastor enamorado,  
referid todas ellas  
a quien canta su lástima y cuidado.  
15 "Este pino contiene las señales  
del dolor de Amarilis y su muerte;  
montes, vos sois testigos de mi llanto;  
vos escuchasteis con llorosa suerte  
mis lágrimas y quejas desiguales,  
20 y en lamento aullasteis a mi canto,  
doblando mi quebranto.  
¡Qué dolor, qué tristeza  
os tendrá en aspereza,  
oh valle, sierra, breña, cueva y prado!  
25 Y con qué llanto, todo congojado,  
triste se mostrará con el exceso  
del miserable hado  
de mi pastora y su cruel suceso.  
"Aun creo ahora que en el campo abierto  
30 que nace en vez de fértil sementera  
(según la suerte a todo mal se esfuerza)  
el cardo áspero, espina hórrida y fiera;  
y que está el bosque estéril y desierto  
y que las ondas corren ya por fuerza  
35 .....erza  
del puro movimiento,  
que va quieto y lento.  
Ni trae su ganado al pasto, al río,  
cantando Jolas por el llanto mío,  
40 ni muestra el vivo Tétilis humoso  
en el ardiente estío  
al labrador cansado y caluroso.  
"Fértil prado y hermosa fuente clara,  
sombria gruta y árboles ramosos,  
45 mientras mi dulce amor aquí vivía;  
fértil, clara, sombría voz, ramosos,  
ahora que muriéndoos desampara,

desnudos, turbia, estéril, no sombría,  
ajenos de alegría,  
50 ¡cuál quedaréis, cuitados,  
tristes y congojados,  
con la partida suya y mi lamento,  
como yo quedo agora descontento,  
viéndome de mi bien arrebatado,  
55 con eterno tormento,  
hasta que llegue el tiempo deseado!  
"Oh hermosa Amarilis, mayor parte  
de mi alma, no habrá jamás olvido  
que pueda de mi pecho enamorado  
60 borrarte, ni aún habiendo fenecido  
la vida, y siempre duraré en amarte.  
Mientras el tomillo verde su cuidado  
la abeja hubiere amado,  
la cigarra el rocío,  
65 serás tú dolor mío;  
y cuanto me contentan dulcemente  
las cabras, gloria mía ; así al presente  
tan triste mes aquella dura muerte,  
que te me llevó ausente.  
70 ¡Ay cómo fui engendrado en triste suerte!  
"Tu muerte ya las ninfas la lloraron.  
Vosotros, pino, sois testigo, y río.  
Las vacas aquel tiempo no pacieron;  
espantadas de oír el llanto mío,  
75 la grama y la agua clara no tocaron.  
Tu muerte aún crudas fieras la gimieron  
con dolor que tuvieron.  
Los montes resonando  
responden suspirando.  
80 Están los campos secos y sin gloria,  
viendo que muerte ensalza su victoria;  
las selvas gimen y peñascos fríos  
tu llorosa memoria,  
y las montosas cumbres y los ríos.  
85 "Vengan las fieras tristes a mi llanto,  
sus quejas crezcan, suspirando suenen  
los árboles, y hieran con lamento  
las peñas impelidas, que resuenen  
con un largo clamor que ponga espanto,  
90 el nombre de Amarilis por el viento,  
doblando el movimiento;  
esparcido contino,

y por mi mal, mezquino,  
desvanezca el rocío, y juntamente  
95 niegue la miel la abeja diligente,  
los árboles la fruta conocida;  
séquese el prado y fuente,  
y todo falte a quien faltó la vida.  
"Aymé mísero, veo yo cargada  
100 la vid, con verdes pámpanos hermosa,  
al olmo maridable sustentarse,  
y en la haya que crece ambiciosa,  
las palomas contemplo en paz amada,  
con dulces juegos dulces arrullarse,  
105 porque pueda inflamarse,  
creciendo en ellas luego  
el amoroso fuego;  
y yo, cuitado en culpa de fortuna,  
sin luz, sin bien, sin esperanza alguna,  
110 que es lo que menos (triste) ya presumo,  
por la suerte importuna,  
viviendo solitario, me consumo.  
"¿Por qué, muerta Amarilis, estos ojos  
desearán mirar la luz del cielo?  
115 Oh ¿para qué, mi lumbre escurecida,  
debo esperar (¡ay Laso!) algún consuelo?  
¿Por qué no entrego a muerte mis despojos  
y sigo con el vuelo aquella vida  
que tanto fue querida  
120 de mí, que la estimaba  
y como dea honraba?  
¿A qué me tardo? ¿Para qué, tendido  
en la tierra cruel, do está escondido  
mi bien, lloro la muda sepultura,  
125 fatigando perdido?  
Murió la luz, nació la sombra oscura.  
"Venid conmigo, dríades, al llanto,  
y náyades que en corros os juntaba  
mi pastora suave y amorosa  
130 y con vos en las ondas se bañaba.  
Venid ahora, Oreas, a mi canto,  
Hamadrias, Napea lastimosa,  
que en la ribera umbrosa  
del río derramado  
135 y en el herboso prado  
os acordáis de corros concertados,  
hechos allá en los montes levantados;

los lamentos doblad en la espesura,  
que suenen congojados.  
140 Murió la luz, nació la sombra oscura.  
"Ya no caiga el rocío deleitoso,  
ni amiga pluvia; caían el rocío  
y pluvia en tristes lágrimas mudados,  
de donde corra un querelloso río  
145 con ribera y concurso doloroso;  
y los mismos murmureos redoblados,  
confusos y mezclados,  
resuenen suspirando,  
su muerte lamentando;  
150 la arena crezca en lágrimas bañada,  
do la urna en cristales sustentada  
tiene Betis, y triste, en su hondura,  
hiera la voz cansada.  
Murió la luz, nació la sombra oscura.  
155 "Los robles van los ramos despidiendo;  
vos, mirto, y lauro, vos, romped ahora  
vuestras cabezas, con los ramos sueltos,  
mientras se mezclan juntos en un hora,  
con un confuso y esparcido estruendo,  
160 por las mareas blandas casi envueltos,  
a todas partes vueltos, y sopla con aliento  
el sacudido viento.  
El aire, ramos, hojas, impelidos  
165 con el ruido, suenen conmovidos,  
y resuelta con número lloroso  
tu nombre a mis oídos,  
porque acreciente el llanto doloroso.  
"¿Quién te me arrebató, Amarilis mía,  
170 Amarilis, dulcísima y hermosa,  
en un tiempo que quiso el alto cielo  
que gozases de vida deleitosa,  
de mi vida descanso y alegría?  
Dolor eterno ahora y desconsuelo,  
175 mientras fuere en el suelo,  
miserero y desdichado,  
ciego, sin bien, cuitado,  
pues no pude gozar con Himeneo  
próspero y largo cuanto mi deseo  
180 quisiera, siendo justo, concedido.  
Más eres según veo.  
Ya sombra es esta piedra con olvido.  
"Por ti el campo y ganado me alegraba,

ahora de él me aparto y lo aborrezco  
185 con dolor que del alma no está ausente;  
pues veo mayor pena que merezco,  
y, lo que yo jamás nunca esperaba.  
Aquí viere sonar alegremente,  
estando tú presente  
190 con las ninfas hermosas,  
coronada de rosas,  
sus versos, aunque rústicos, pastores,  
llenos de blandos celos y de amores.  
Ahora calla el campo y el ganado,  
195 y viendo mis dolores,  
dejó contigo su deleite el prado.  
"Tú estando aquí, las ninfas amorosas  
hacían corro, allí también viniendo  
los faunos, temor suyo; tú faltando,  
200 ellas faltan, los faunos no acudiendo.  
Estas selvas contigo eran hermosas,  
sin ti feas, y van desamparando,  
las estrellas dejando;  
que no le basta al prado  
205 rocío deseado.  
Apena llevo yo con paso incierto  
el mísero ganado sin concierto,  
apacentando triste en la maleza  
de este campo desierto,  
210 con bravas zarzas llenas de aspereza.  
"Quiero huir ya el trato de la gente,  
mezclado con las fieras espantosas,  
y allí gastar la vida lamentable  
en tristezas, con ansias congojosas;  
215 que pues me dejas, yo iré al sol ardiente,  
triste, solo, lloroso y miserable,  
o al frío incomportable,  
o a morir ahogado  
aquel río nombrado,  
220 donde dicen que hay los espantosos  
mostros, y que enriquece sus dichosos  
campos. Adiós, quedad, triste ganado  
y árboles hermosos;  
adiós, pastora mía, y mi cuidado.  
225 "Mas primero recibe tú estas flores  
y guirnaldas, que he puesto a tu memoria  
en el sepulcro, y este mirto crezca,  
que haga sombra y cubra aquí mi gloria;

pues no me quedan ya sino dolores,  
230 con que el cuidado triste se refresca.  
Y aunque animal se ofrezca  
algún impedimento,  
adonde descontento  
estuviere, pondré con presta mano  
235 tres altares en medio del verano,  
derribando tres toros poderosos  
en el tendido llano,  
con guirnaldas de lirios olorosos.  
"A ti te dará Apolo a ruego mío  
240 su lauro siempre verde y consagrado;  
darán faunos las vides adornadas  
de ramos y cloro entremezclado;  
dará sus piedras el ondoso río  
y Pales cuantas frutas variadas  
245 tiene en tierras labradas;  
y coronas de flores, gimiendo mis dolores,  
las ninfas, con los vasos espumosos  
de blanca leche; y versos numerosos  
250 yo te doy con las musas; yo los canto  
tristes y lastimosos  
y de su boca espiran en mi llanto.  
"A ti susurran tierna y blandamente  
los árboles cercanos, que, moviéndose,  
255 baten en la Aura mansa y regalada,  
con las hojas delgadas rebulléndose  
al suave sonido de Occidente,  
que halaga la tierra coronada,  
con la fuerza templada,  
260 resonando en mi canto  
doliente; y todo cuanto  
las selvas gimen, árboles, ganado,  
es Amarilis de su propio grado;  
y antes se verá el día tenebroso  
265 que no sea cantado  
tu nombre de mi verso numeroso.  
"Vendrán tristes: Espío, la hermosa  
de Betis hija; Espío, que los bellos  
campos tiene de flores despojadas;  
270 Talía, desatada los cabellos,  
y la mayor Betisa y la amorosa  
Egle, guarda del campo y mis ganados;  
y en coros concertados,  
consolando mi llanto,



275 dirán el tierno canto,  
el que les enseñó fauno benino  
a las dríades, cuando al peregrino  
Nemoroso el suceso consolaron,  
de su pastora indino,  
280 y a las náyades ellas lo enseñaron.  
"Y me darán consuelo glorioso  
dando a mi canto en honra tuya vida;  
que no se tardará afirmando el día  
que en esa sepultura ennoblecida  
285 no se junte este cuerpo venturoso  
con el tuyo, olvidando esta alegría  
la desventura mía.  
Y eras dina, pastora,  
que en avena sonora  
290 Títilo te cantara levantada,  
y que ya Galatea, despreciada,  
los cantos de Sicilia, que se oyeran en tu gloria extremada,  
y si en su tiempo fueras, lo hicieran.  
295 "Mas tú, o estés con Venus en el cielo,  
o en los Elíseos campos venturosos,  
escojas varias flores del verano,  
jacintos y narcisos amorosos,  
verde amaranto en el herboso suelo,  
300 que baña el río deleitoso y llano;  
y juntes con tu mano  
las rosas coloradas  
con violas mezcladas  
y con las flores blancas, y en tu frente  
305 hermosa las adornes; tiernamente  
me mira; que serás nuevo cuidado  
a la silvestre gente,  
y cual Pales honrada en todo el prado.  
"Así vengan las ninfas en mi llanto  
310 juntas a visitar tu sepultura,  
celebrando en su coro no cansado  
tu gracia, piedad y hermosura;  
y tú recibe blandamente en tanto  
en tu grande sepulcro levantado,  
315 de negro señalado,  
este verso postrero,  
que aquí ponerte quiero,  
el cual lo lea el que en el estío  
aquí llegare o que llevare al río  
320 o al pasto su ganado, y descontento

de ver el dolor mío,  
suspirando lamente mi tormento:  
"En la dichosa selva está durmiendo,  
acompañada del hermoso coro,  
325 dejando el prado de su vista indino,  
pues jamás conoció tan gran tesoro  
hasta que lo perdió, su bien perdiendo,  
Amarilis, que hace ser tan dino  
a Betis cristalino,  
330 que tiene en la hondura  
su sacra sepultura,  
cuanto el sepulcro insigne y venturoso  
de Elisa, que le puso Nemoroso,  
hace nobles los líquidos cristales  
335 del Tajo espacioso  
y ambos en este precio son iguales."  
Así cantaba, mientras Filomela  
las usadas querellas repetía,  
acompañando el canto miserable  
340 aquella pena que en su pecho cría,  
que la memoria triste la desvela  
y al cielo sube el canto lamentable.  
Con la voz admirable  
sonaban su lamento  
345 la selva y campo atento,  
la lástima y miseria redoblando,  
con la fuerza del canto resonando.  
Callando el triste, el campo resonante,  
del llanto respirando,  
350 y la selva callaron al instante.

<73. SONETO>

Rosas de nieve y púrpura vestidas,  
coral rojo en marfil resplandeciente,  
estrellas que ilustráis la pura frente,  
en oro fino hebras esparcidas,  
5 pues mi dolor y penas encendidas  
el duro pecho vuestro no consiente,  
o él es de humana suerte diferente,  
o estáis en blanca piedra convertidas.  
Y aunque ensalzado está en divina alteza,  
10 premio de vuestra eterna hermosura,  
por vos está obligado a más terneza;

si no seréis de Cipro la figura,  
que en la perdida muestra de belleza  
encubría la piedra ingrata y dura.

<74. SONETO>

En tanto que en el rico hesperio suelo  
alzas cual puro cisne el noble canto,  
Fernando, mi dolor solo levanto,  
y ausente y triste me lamento al cielo.  
5 Mi llama ardiente tiempla el frío hielo  
de mi enemiga, en cuya gloria canto;  
la voz quejosa impide el grave llanto,  
que esparce en mis entrañas crudo celo.  
Si ya el tierno, amoroso y dulce aliento  
10 en sacro verso diste a la memoria,  
consolando tu afán y larga pena,  
procura algún consuelo al mal que siento;  
así tu amor te dé toda la gloria  
de quien mi Luz a ausencia me condena.

<75. SONETO>

Ahora que siguiendo el fiero Marte  
de la fértil Calabria el rico llano  
guardáis con valerosa armada mano  
en la florida edad con fuerza y arte,  
5 yo, sujeto a dolor, el estandarte  
siguiendo voy del crudo Amor tirano  
por do no se estampó el paso humano,  
donde tristeza y soledad no parte.  
Vuestro animoso pecho alzar un templo  
10 espera al duro Marte y el trofeo  
ilustre componer de los despojos;  
yo en mi fortuna espero ser ejemplo  
de tormento, y temiendo mi deseo,  
morir solo, sin ver mis bellos ojos.

<76. EGLOGA>

El lastimoso canto y el lamento

de los tristes pastores  
Olimpio y Tirsi, a quien oyó cantando  
la ovejuela, olvidada sus dolores,  
5 y las linceas, callando,  
se espantaron, oyendo el dulce acento,  
y los ríos sus cursos alterados  
pararon refrenados,  
diré, de Olimpio y Tirsi el triste canto,  
10 ahora tú en las armas, oh dichoso  
príncipe y valeroso,  
al abuelo que a Francia puso espanto,  
imites con la fuerte y diestra mano,  
con fortuna y prudencia esclarecida,  
15 o en estudio de musas soberano,  
do Febo te convida.  
¿Cuándo será que cante yo tu gloria?  
¿Cuándo será que ensalce tu victoria  
con alto estilo y dé al horror de Marte  
20 la rudeza del campo alguna parte?  
Esta musa recibe ahora en tanto,  
aunque silvestre suena,  
y admite de pastores el lamento,  
pues tú amaste, y con voz suave y llena,  
25 al resonar del viento,  
día y noche esparciste el tierno canto,  
buscando a tu pastora y la llamaste,  
y los pinos amaste,  
donde ella, recostándose, dormía.  
30 Sentarte en ellos no te pese ahora,  
como si tu pastora  
se te mostrase en ellos cual solía.  
En tanto que descubro su cuidado,  
escúchame, y al canto ven tú, río,  
35 que de esta gloria, Betis, te ha alcanzado.  
Con el primer rocío  
la Aurora se mostraba cuando a un pino  
recostándose Olimpio, con indino  
dolor y con gemido largo habiendo  
40 suspirado, comienza así diciendo:  
"Calla en las ondas Betis ya quieto  
y deja el grave viento  
su rabia, con la sombra acrecentada,  
y no calla ni amansa su tormento  
45 la llaga renovada  
de mi pecho, do el fuego está secreto,

mas en ella me abraso bravamente.  
Con el dolor presente  
el duro Amor en mis entrañas prueba  
50 su fuerza y se enfurece en mi partida.  
¿Qué suerte aborrecida  
al mar airado con dolor me lleva?  
¿Quién me aparta de verte, Galatea?  
¿Qué río con mi llanto no ha crecido?  
55 No hay quien mi dolor no entienda y vea:  
han visto mi gemido,  
han visto mi lamento el nuevo día,  
y sin sueño la noche más tardía;  
quejándome a los campos sin concierto,  
60 responde a mi dolor todo el desierto.  
"Ya, mísero, no tengo yo cuidado  
que el lucero tardío  
el cielo cierre, o que a la roja Aurora  
destiña el claro sol, que el dolor mío  
65 aun no me deja un hora  
libre de mi tormento; mas, cuitado,  
suspiro de lo hondo de mi pecho  
y llamo en tal estrecho  
a mi cruda y querida Galatea.  
70 La voz me vuelve, y suena en dulce acento  
el quebrantado viento,  
y las ondas murmuran "Galatea".  
Ya no guío el ganado a la alta fuente,  
ni al puro río en la corriente fría,  
75 ni coronado de flores ya mi frente.  
Pasada es mi alegría  
en este duro y largo apartamiento,  
y en su lugar tristezas y tormento  
entraron en mi alma, y por mezquino,  
80 siguiendo solo el áspero camino.  
"Ahora me recuerdo, Galatea,  
del lugar por mi daño  
donde vieron mis ojos tu belleza,  
que me enlazó con amoroso engaño.  
85 Yo entonces con simpleza  
no sabía de Amor, aunque Nerea  
conmigo estaba en dulce compañía  
desde la noche al día.  
Acuérdome que siendo niño tierno,  
90 que aun apenas llevaba mi ganado,  
en un hermoso prado,

deshelando ya el suelo el duro invierno,  
engañando las aves junto al río,  
en un ciclamor alto a Amor vi puesto,  
95 como lo vi por grave dolor mío,  
de sus plumas compuesto.  
Junté alegre las varas enligadas  
para trabar sus alas variadas,  
y con callado paso me acercaba,  
100 si me sentía atento o si miraba."  
"Deja, niño, esa caza peligrosa,  
dijome Melibeo  
(riendo de mi engaño y mi rudeza);  
deja, niño, ese ciego devaneo,  
105 y huye con presteza,  
que es cruel ave la que ves hermosa,  
y tú serás, Olimpio, venturoso,  
si en quieto reposo  
vivieres libre de ella y de su engaño;  
110 mas cuando en la edad verde y floreciente  
estuvieres presente,  
hallarás al Amor por mayor daño,  
que pondrá al cuello tuyo la cadena  
que te traerá sujeto y condenado."  
115 "Ya sé que es el Amor; ya sé su pena  
habiéndote mirado.  
Nació en ásperas peñas del desierto  
y vive de mi mal y desconcierto.  
Ya sé que es el Amor en mi partida,  
120 que se muestra sediento de mi vida.  
"Ya voy al mar dudoso, a la ribera  
importuna, buscando  
los pastos peregrinos, y ya dejo  
del llano Betis el hermoso bando,  
125 y de mi bien me alejo,  
adonde solo y sin memoria muera.  
Oh Galatea, mi suspiro y llanto,  
si Amor pudiese tanto,  
que te hallase aquí en la vuelta mía,  
130 el mal sería breve, mas ya temo, por mi dolor supremo,  
que desampares esta selva fría.  
Ya me despido de esta selva y prado,  
de esta arboleda y río, mas primero  
135 iré triste aquel monte levantado,  
y veré por entero  
el lugar donde estabas y la fuente,

do la siesta tuvimos juntamente.  
El dolor moverá los tristes ojos,  
140 viendo perdidos todos mis despojos.  
"Quedad, adiós, hermoso prado mío;  
adiós, oh Galatea,  
más que él hermosa, y tú, dichosa fuente.  
Adiós, oh prado, fuente y Galatea.  
145 Volved ya tardamente,  
ovejas tristes, y huid el río  
y el conocido pasto. Adiós, oh selva,  
a do mi bien se enselva.  
Envidioos, selva umbrosa y fértil prado;  
150 más umbrosa y más fértil, pues mi gloria  
y mi sola memoria  
en vos sufre el calor del sol airado,  
y callando suspira el amor nuestro.  
Ahora os mira ella y habla ahora  
155 y se huelga en el verde sitio vuestro,  
y con la voz sonora  
mis dulces versos, meditando, suena;  
o con la deleitosa y blanda avena  
canta, cual ya cantaba en mis amores,  
160 los celos de mi alma y los dolores.  
"Envidioos selva umbrosa y fértil prado,  
ambos muy venturosos,  
ambos dignos de nombre soberano,  
en quien ella pondrá los pies hermosos  
165 y con su blanca mano  
cogerá verdes flores; y el dorado  
cabello, recogiendo entre las rosas  
las luces gloriosas,  
encubrirá, sus miembros reclinando,  
170 y doblará la hierba tierna y fría;  
y de la gloria mía  
el bien pasado son ahora cantando,  
gozaranse los valles, cueva y fuente  
y callarán las aves, retardándose  
175 las reparadas ondas lentamente,  
que bajan deslizándose,  
mientras con voz cantaré deleitosa  
mis quejas blandas y pasión llorosa.  
Envidioos, selva y prado, pues es vuestra  
180 la que ha sido alegría y gloria nuestra.  
"Mas ya con el dolor del mal que siento  
la fuerza se entorpece

y el calor de mi cuerpo con el frío  
de la muerte se aparta y desfallece,  
185 pues que veo el bien mío  
de mí alejado y voy al hondo asiento  
de Neptuno sin él, mirando alzarse  
las ondas y bajarse.

Tú, carnero mayor de mi ganado,  
190 jamás tu amor se esconde ni se aleja,  
ni que bales te deja  
en el bosque desierto y apartado,  
solo y triste; mas antes va siguiendo  
tu pasto, al valle, al río, y va contigo.  
195 ¿Por qué yo, mi pastora, al mar partiendo,  
no te llevo conmigo?

Tú, clara Luna, que con luz dudosa  
vuelves a tu pastor, tú, piadosa,  
pues sabes el dolor de amor qué sea,  
200 ten dolor de mi mal sin Galatea."  
Esto cantó el pastor, y, suspirando,  
calló con gran gemido.

El prado y valle y gruta y río y fuente  
responden a su canto entristecido,  
205 con acento doliente,  
de Galatea el nombre resonando,  
tristes de su dolor y grave pena  
que la ausencia le ordena.

Tú, lo que siguió Tirsi lamentando,  
210 refiere con el dulce verso, Febo,  
que los versos a Febo  
convienen, que en la hierba recostado  
comenzó con voz tierna el blando canto,  
de su intenso dolor tristes despojos,  
215 deshaciendo en contino y largo llanto  
los fatigados ojos,  
porque Leucipe mire su lamento  
y escuche de su amor el sentimiento;  
que lo tiene en temor y en llanto eterno,  
220 pues no viste de roble el pecho tierno.

"Si no hay quien escuche mi lamento  
en este solo prado  
y a las ninfas ofende mi gemido,  
a este monte, a este río arrebatado,  
225 a este pino extendido  
mis versos cantaré con triste acento.  
Oídme, montes, ríos, selvas mías,



pinos y peñas frías,  
pues Leucipe, a mi llanto endurecida,  
230 es sorda y huye . Arded en fuego, montes;  
arded conmigo, montes;  
arded, selva y ribera desparcida,  
pues Leucipe me deja en bravo fuego  
encendido y a muerte me condena  
235 por un vano furor, que mi sosiego  
trocó en perpetua pena.  
¿Quién pudiera pensar que hubiera día  
que la bella y cruel pastora mía  
mi avena y dulce canto no escuchara  
y del favor pasado se olvidara?  
"¿Por ventura te di, Leucipe, en vano  
los jacintos y rosas,  
los amarantos y agradables flores,  
y te puse guirnaldas amorosas,  
245 de mis tristes dolores  
memoria y triste don de Amor tirano?  
Cruel Leucipe , escucha estas mis quejas,  
pues a Tirsis ya dejas  
y de tu pecho a Tirsis has huido.  
250 Si no tienes amor, ten ya memoria,  
que se ofende tu gloria,  
ingrata a quien te adora tan perdido.  
Mira la amarillez de mi semblante  
y los hondos suspiros y lamento  
255 y la flaqueza del vencido amante,  
y muévate el tormento.  
Estos ojos que fueron gloria tuya  
no ven, que los dejó la lumbre suya;  
ni llevo al pasto ni al hermoso río  
260 mis ovejas, llorando el dolor mío.  
"No desprecies, Leucipe , el tierno canto  
que resonó en tu gloria  
y puso admiración a nuestro Jolas,  
que me ciñó la yedra en mi victoria,  
265 las rosas y violas,  
amorosos despojos de mi llanto,  
cuando vencí en la selva Alfesibeo  
y el viejo Melibeo,  
cuya memoria y pastoral avena  
270 engrandece de Betis la ribera;  
mas la mía primera  
con ventaja mayor y nombre suena,

y Fauno, que escuchó mi canto atento,  
quedó del armonía suspendido;  
275 paró Betis su curso, calló el viento,  
cesando su ruido.

La bella Libia díjome, herida  
de amor, que era su luz, que era su vida.

No me pudo vencer con su belleza,  
280 llena de piedad y de terneza.

"¡Oh amada de mí más que mi vida! ,  
el deleitoso prado ,  
el verde bosque, el caudaloso río  
que el alto curso tiende al mar hinchado,

285 sin ti son dolor mío,  
sin ti mi quietud está perdida,  
sin ti todo me cansa y desagrada;  
por ti tengo olvidada

la fría fuente, ninfas y ganados.  
290 Por tu belleza y ojos amorosos,  
los pastos abundosos,  
por ti, Leucipe, son, por ti olvidados.

Ven ya, pues, mi Leucipe, a esta ribera  
y a este abierto y levantado pino,  
295 testigo de la pena lastimera  
de tu Tirsis mezquino.

Descansaré contigo del tormento,  
contigo estará el campo más contento;  
verase el llano verde, el río puro,  
300 que parece sin ti seco y oscuro.

"No confíes, Leucipe , en tu belleza,  
que no siempre hermosa  
serás, que el lirio las colores pierde.

Pierde el olor y la beldad la rosa,  
305 la flor el árbol verde;  
huye la edad y corre con presteza,  
que dura poco su verano tierno,  
vencido del invierno.

Vendrá algún tiempo que amarás, pastora,  
310 herida del amor que yo padezco,  
y este bien que te ofrezco  
llorarás, lamentando en algún hora  
este perdido bien, esta victoria.

Cuando perdieres el color hermoso  
315 y de la luz la deseada gloria  
y el semblante amoroso,  
sabrás entonces el dolor, la pena

con que el olvido y el desdén condena,  
y de tu Tirsis muerto y olvidado  
320 lástima te hará tu triste estado.  
"Ven ya, Leucipe; mira el fresco viento  
que espira mansamente  
por toda esta ribera sosegada;  
el río, que las ondas mansamente  
325 va volviendo callando  
y suena de las aves el concento.  
Ahora ríe el prado y se levanta  
toda hermosa planta  
alegre con tu nombre, y ya las flores  
330 guardan y, en nueva luz, las frescas rosas  
y violas dichosas  
con tu gloria su lustre y los olores.  
Yo cogeré, Leucipe, con mi mano  
las castañas del árbol extendido  
335 y los dorados frutos del manzano,  
de Aretusa querido;  
y en la alta peña, al blando viento puesto,  
esperaré que vengas a este puesto.  
Ven ya, Leucipe, ven, pastora mía;  
340 aquí, ondas; aquí, Aura y sombría fría.  
"Aquí resonará el pasado canto  
y tu dichosa gloria  
y mis antiguos ásperos dolores,  
presente muestra de mi triste historia.  
345 Tú enlazarás de flores  
mi frente, y romperás tal vez en tanto  
la voz, hurtando el amoroso aliento,  
y con suave acento  
conmigo cantarás, Leucipe mía,  
350 nuestro amor, mi dolor y tus enojos,  
y volverás los ojos  
blandos, que mi tristeza en alegría  
trocarán. Ven, pues, ya; ven a este pino.  
Así halles buen pasto a tu ganado,  
355 y siempre el curso de ondas cristalino  
quieto y sosegado.  
¿Qué gusto puede darte en la aspereza  
de aquesa soledad y su tristeza?  
¿Qué gusto puede darte que yo muera,  
360 solo, sin luz, tendido en la ribera?"  
Aquí Tirsis paró y sonó un gemido,  
testigo del tormento

que padecía su cansado pecho.  
El río respondió con ronco acento,  
365 de tristes ondas hecho;  
el pino, de su daño enternecido,  
las ramas estremece suspirando;  
los pastores, alzando  
los fatigados cuerpos, el ganado  
370 llevan con tardo paso, que ya el cielo  
mostraba , abriendo al suelo,  
el sol, de puros rayos coronado,  
y con las cañas juntas, dulcemente,  
provocan su dolor con nuevo llanto.  
375 Uno siguiendo al otro en diferente  
número y triste canto,  
Leucipe resonaba y Galatea.  
Blandamente suave a la marea,  
Olimpio al fin al mar torció el camino,  
380 y Tiris vuelve solo y triste al pino.

<77. SONETO>

Con largo paso el áspero camino  
de este perjuro Amor seguí cuitado,  
de mil vanos temores maltratado  
y siempre me hallé de bien indino.  
5 Ahora que descubro el mal contino,  
de desdén y de olvido reforzado,  
condeno mi deseo y mi cuidado,  
la dura inclinación de mi destino.  
Que bien fuera razón alzar el vuelo  
10 con alto pensamiento y noble pecho  
de la abatida suerte que he sufrido;  
y no esperar que tierra y mar y cielo  
supieran cuanto mal Amor me ha hecho  
para quedar más preso y despedido.

<78. SONETO>

Por altos bosques voy con paso incierto;  
iba arrastrando el hierro al cuello impuesto;  
grave es, y el son que hace me es molesto,

que me recuerda el daño y dolor cierto.  
5 Los ojos alzo y veo un gran desierto  
lleno de horror, de espinos mal compuesto;  
desmayo en un intenso dolor puesto  
y a mi salud no hallo paso abierto.  
Esperanza desnuda me sustenta,  
10 deseo ardiente y Aura breve y fría,  
y mis suspiros rompo en triste llanto.  
Y cuando la razón del mal me afrenta,  
en medio del trabajo y pena mía,  
de mi enemiga la belleza canto.

<79. OTRO, DEL MISMO>

Dulce y vello despojo de la boca,  
en quien Amor se anida tan gozoso,  
¿es posible que soy tan venturoso  
que la victoria de este bien me toca?  
5 Mi gloria en la vuestra se provoca,  
y vuestro es ya el espíritu dichoso.  
Por un premio tan alto y generoso  
fue mi trabajo poco y pena poca.  
Si en aquel dulce espacio de mi gloria  
10 nos llevara el furor del duro hado,  
fuera sola en nosotros una suerte,  
y de ambos fuera solo una memoria,  
y el sepulcro fuera así entallado:  
"Una vida fue de estos y una muerte".

<80.SONETO DE FERNANDO DE HERRERA>

Cese, que tiempo es ya, el lamento mío  
con el cual creció, Betis, tu corriente;  
que mi dolor inmenso no consiente  
perpetuo estado a tanto desvarío.  
5 Este fuego en quien ardo acabe el frío,  
rompa el estrecho yugo ya mi frente,  
y Amor por su enemigo ya me cuente,  
que de él, a grandes pasos, me desvío.  
No me tendrá confuso más su olvido,  
10 su desdén, su rigor y su tormento,  
que tanto se probaron en mi pena.  
Mas yo ¿qué digo, ausente y ofendido,

si Amor me ofrece siempre al pensamiento  
la pura luz de mi inmortal Sirena?

<81. No bastó al fin aquel estrago fiero>

No bastó al fin aquel estrago fiero  
del fuerte muro y del Sidonio techo  
y haber traído al cautiverio estrecho  
a quien a Italia quebrantó primero;  
5 Sino a un infame Dárdano extranjero  
(a quien oh Roma padre tuyo has hecho)  
decir, que di rendida el limpio pecho,  
y pagué al limpio Amor injusto fuero.  
Tanto pudo la envidia, pudo tanto  
10 la Musa de Virgilio mentirosa;  
que osó manchar mi nombre esclarecido.  
Mas la verdad, mayor que su alto canto,  
dirá; que menos casta y generosa  
Lucrecia fue, que la Fenisa Dido.

<82. Después q. Mitradates rindió al hado>

Después que Mitradates rindió al hado  
el fiero pecho, y Asia sacudida  
cayó rota, y la tierra al fin vencida  
vio el mar de los Piratas despojado;  
5 Lo que no pudo el Medo, el Parto osado,  
y de Sertorio la virtud crecida,  
una vil, flaca diestra la temida  
cabeza, oh gran Pompeyo, te ha cortado.  
Y el Cuerpo, mal cubierto de la arena,  
10 mísero ejemplo de la humana gloria,  
desierto yace. oh cuanto en ti la dura  
Suerte discorde se mostró y ajena;  
pues falleciendo tierra a tu victoria,  
la tierra falleció a tu sepultura.

<83. DE FERNANDO DE HERRERA>

Bien debe coronarte Febo Ideo,  
Casas, la ingeniosa y docta frente

con las hermosas hojas de Peneo:  
Pues tú primero diste a la corriente  
5 del rey de ríos Betis generoso  
las perlas, que Arno, y Po en sus ondas siente.  
Ya el casto amor, y fuego deleitoso  
de aquel, por quien va Laura con victoria,  
premio justo de ardor maravilloso,  
10 Y quien dio a Mergilina insigne gloria,  
y aquel grave escritor de Marte airado,  
que de Rugier celebra la memoria,  
y todo el coro a Cintio consagrado,  
que la rica Toscana ha producido,  
15 igual de Augusto al tiempo afortunado.  
Roto el velo de error oscurecido,  
con la luz que les das, al claro día  
salen de las tinieblas del olvido.  
grande, pero dichosa tu osadía,  
20 que consiguió este fin de una esperanza,  
que solo en noble corazón se cría.  
Ahora nueva vida Laura alcanza,  
y a ti debe lo mismo, que al Toscano,  
pues reparas del tiempo la mudanza.  
25 En tanto que hiriere amor tirano  
a su rendida escuadra, y en los ojos  
se viere de quien aman inhumano:  
Y por un breve bien largos enojos  
30 diere a quien mas espera en su crudeza,  
trocando y renovando sus despojos:  
de este trabajo tuyo la grandeza  
celebrarase con eterna vida:  
que no sienta del tiempo la dureza.  
Y España a tu memoria agradecida  
35 tu nombre cantará perpetuamente  
entre los que la hacen conocida.  
Betis levantará la altiva frente,  
de esmeraldas lucientes adornado,  
tu gloria murmurando en su corriente.  
40 Y llevando su curso al mar sagrado,  
Casas resonará en el seno Mauro,  
y de allí al Indo extremo dilatado  
irá el nombre, en que Delio ilustra el lauro.

Cantemos al señor, que en la llanura  
venció del mar al enemigo fiero.  
Tú Dios de las batallas, tú eres diestra,  
salud, y gloria nuestra.  
5 Tú rompiste las fuerzas, y la dura  
frente de Faraón feroz guerrero.  
Sus escogidos príncipes cubrieron  
los avisos del mar, y descendieron  
cual piedra en el profundo, y tu ira luego  
10 los tragó, como arista seca el fuego.  
El soberbio tirano confiado  
en el grande aparato de sus naves,  
que de los nuestros la cerviz cautiva,  
y las manos aviva  
15 al ministerio de su duro estado:  
derribó con los brazos suyos graves  
los Cedros más excelsos de la Cima  
y el árbol que más yerto se sublima,  
bebiendo ajenas aguas, y pisando  
20 el más cerrado y apartado bando.  
Temblaron los pequeños, confundidos  
del impío furor suyo, alzó la frente  
contra ti, señor Dios, y enfurecido  
ya contra ti se vido  
25 con los armados brazos extendidos  
el arrogante cuello del potente.  
Cercó su corazón de ardiente saña  
contra las dos hesperias, que el mar baña.  
porque en ti confiadas le resisten,  
30 y de armas de tu fe, y amor se visten.  
Dijo aquel insolente, y desdeñoso,  
no conocen mis iras estas tierras,  
y de mis padres los ilustres hechos?  
O valieron sus pechos  
35 contra ellos con el Húngaro dudoso,  
y de Dalmacia y Rodas en las guerras?  
pudo su Dios librallos de sus manos?  
que Dios salvó a los de Austria, y los Germanos?  
por ventura podrá su Dios ahora  
40 guardallos de mi diestra vencedora?  
Su Roma temerosa y humillada  
sus canciones en lágrimas convierte.  
Ella y sus hijos mi furor esperan,  
cuando vencidos mueran.



45 Francia está con discordia quebrantada,  
y en España amenaza horrible muerte  
quien honra de la luna las banderas.  
Y aquellas gentes en la guerra fieras  
ocupadas están en su defensa,  
50 y aunque no, quien podrá hacerme ofensa?  
Los poderosos pueblos me obedecen,  
y con su daño el yugo han consentido,  
y me dan por salvarse ya la mano.  
Y su valor es vano,  
55 que sus luces muriendo se escurecen.  
Sus fuertes en batalla han perecido,  
sus Vírgenes están en cautiverio,  
su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio.  
Del Nilo a Éufrates y al Danubio frío  
60 cuanto el sol alto mira: todo es mío.  
Tú señor, que no sufres que tu gloria  
usurpe quien confía en su grandeza,  
prevaleciendo en vanidad y en ira:  
a este soberbio mira.  
65 que tus templos afea en su victoria,  
.....eza  
y en sus cuerpos las fieras bravas ceba,  
y en su esparcida sangre el odio prueba,  
70 y hecho ya su oprobrio, dice: dónde  
el Dios de estos está? de quién se esconde?  
Por la gloria debida de tu nombre,  
por la venganza de tu muerta gente,  
y de los presos por aquel gemido,  
vuelve el brazo tendido  
75 contra aquel, que aborrece ya ser hombre,  
y las honras que a ti se dan, consiente,  
y tres y cuatro veces su castigo  
dobla con fortaleza al enemigo  
y la injuria a tu nombre cometida,  
80 sea el duro cuchillo de su vida.  
Levantó la cabeza el poderoso,  
que tanto odio te tiene en nuestro estrago  
junto el concilio, y contra nos pensaron,  
los que en él se hallaron.  
85 Venid dijeron: y en el mar undoso  
hagamos de su sangre un grande lago.  
Deshagamos a estos de la gente.  
y el nombre de su Cristo juntamente.  
Y dividiendo de ellos los despojos:

90 hártense en muerte suya nuestros ojos.  
Vinieron de Asia, y de la antigua Egipto,  
Los Árabes, y fieros Africanos,  
y los que Grecia junta mal con ellos,  
con levantados cuellos,  
95 con gran potencia y número infinito.  
Y prometieron con sus duras manos  
encender nuestros fines, y dar muerte  
con hierro a nuestra juventud más fuerte,  
nuestros niños prender, y las doncellas,  
100 y la gloria ofender, y la luz de ellas.  
Ocuparon del mar los largos senos,  
en silencio y temor puesta la tierra,  
y nuestros fuertes súbito cesaron,  
y medrosos callaron,  
105 hasta que a los feroces Agarenos  
el señor eligiendo nueva guerra,  
se opuso el joven de Austria valeroso  
con el claro Español y belicoso.  
que Dios no sufre en Babilonia viva  
110 su querida Sion siempre cautiva.  
Cual león a la presa apercebido,  
esperaban los impíos confiados  
a los que tú señor eras escudo,  
que el corazón desnudo  
115 de temor, y de fe todo vestido,  
de tu espíritu estaban confortados.  
Sus manos a la guerra compusiste,  
y a sus brazos fortísimos pusiste  
como el arco acerado, y con la espada  
120 mostraste en su favor la diestra armada.  
Turbáronse los grandes, los robustos  
rindiéronse temblando, y desmayaron.  
y tú pusiste Dios, como la rueda,  
como la arista queda  
125 al ímpetu del viento, a estos injustos,  
que mil huyendo de uno se pasmaron.  
Cual fuego abrasa selvas, y cual llama,  
que en las espesas cumbres se derrama,  
tal en tu ira y tempestad seguiste,  
130 y su faz de ignominia confundiste.  
Quebrantaste al dragón fiero, cortando  
las alas de su cuerpo temerosas,  
y sus brazos terribles no vencidos.  
que con hondos gemidos

135 se retira a su cueva silbos dando,  
y tiembla con sus sierpes venenosas,  
lleno de miedo torpe sus entrañas,  
de tu león temiendo las hazañas.  
Que saliendo de España, dio un rugido,  
140 que con espanto lo dejó aturdido.  
Oí los ojos se vieron humillados  
del sublime varón y su grandeza,  
y tú solo, señor, fuiste exaltado.  
Que tu día es llegado,  
145 señor de los ejércitos armados,  
sobre la alta cerviz, y su dureza,  
sobre derechos cedros y extendidos,  
sobre empinados montes y crecidos,  
sobre torres, y muros, y las naves  
150 de Tiro, que a los tuyos fueron graves.  
Babilonia y Egipto amedrentada,  
del fuego y hasta temblará sangrienta,  
y el humo subirá a la luz del cielo,  
y faltos de consuelo,  
155 con rostro oscuro y soledad turbada  
tus enemigos llorarán su afrenta.  
Y tú Grecia, concorde a la esperanza  
de Egipto, y gloria de su confianza.  
Triste, que a ellas pareces, no temiendo  
160 a Dios y en tu remedio no atendiendo.  
Porque ingrata tus hijas adornaste  
en adulterio con tan impía gente,  
que deseaba profanar tus frutos,  
y con ojos enjutos  
165 sus odiosos pasos imitaste,  
su aborrecible vida, y mal presente?  
por eso Dios se vengará en tu muerte,  
que llega a tu cerviz su diestra fuerte  
la aguda espada. Quién será que pueda  
170 tener su mano poderosa queda?  
Mas tú fuerza del mar, tú excelsa Tiro,  
que en tus naves estabas gloriosa,  
y el término espantabas de la tierra:  
y si hacías guerra,  
175 de temor la cubrías con suspiro,  
como acabaste fiera y orgullosa?  
quien pensó a tu cabeza daño tanto?  
Dios, para convertir tu gloria en llanto,  
y derribar tus ínclitos y fuertes:

180 te hizo perecer con tantas muertes.  
Llorad naves del mar, que es destruida  
toda vuestra soberbia y fortaleza.  
quien ya tendrá de ti lástima alguna,  
tú que sigues la luna,  
185 Asia adúltera en vicios sumergida?  
Quién mostrará por ti alguna tristeza?  
Quién rogará por ti? Que Dios entiende  
tu ira, y la soberbia que te ofende.  
y tus antiguas culpas y mudanza  
190 han vuelto contra ti a pedir venganza.  
Los que vieren tus brazos quebrantados,  
y de tus pinos ir el mar desnudo,  
que sus ondas turbaron, y llanura,  
viendo tu muerte oscura,  
195 dirán, de tus estragos espantados:  
quién contra la espantosa tanto pudo!  
el señor que mostró su fuerte mano  
por la fe de su príncipe Cristiano,  
y por el nombre santo de su gloria:  
200 a España le concede esta victoria.  
Bendita señor, sea tu grandeza,  
que después de los daños padecidos,  
después de nuestras culpas y castigo:  
rompiste al enemigo  
205 de la antigua soberbia la dureza.  
adórente, señor, tus escogidos.  
Confiese, cuanto cerca el ancho cielo,  
tu nombre, oh nuestro Dios, nuestro consuelo,  
y la cerviz rebelde, condenada,  
210 padezca en bravas llamas abrasada.  
A ti solo la gloria  
por siglos de los siglos, a ti damos  
la honra, y humillados te adoramos.

<85. DE HERRERA EN RESPUESTA. SONETO>

Si de la bella y dulce lumbré mía  
cuando sus hebras de Oro esparce al viento,  
Amor, los rayos de divino aliento  
a vuestro pecho, aunque rebelde, envía.  
5 Yo espero ver en vos tanta osadía  
que cantéis el dolor y sentimiento  
que el blanco Cisne, en el herboso asiento  
con clara y suavísima armonía.

Mas temo yo señor, que la belleza  
10 de mi luz soberana, por mi daño  
en vos hará, lo que en el pecho mío.  
No quiera amor, que pueda en mi tristeza  
este dolor cruel y puro engaño  
básteme el fuego, sin el celo frío.

<86. CANCIÓN DE FERNANDO DE HERRERA>

Alza del hondo seno  
con ramosos corales enlazada  
la venerable frente,  
y en el curso sereno  
5 ilustra tu ribera celebrada,  
sagrado río Hesperio:  
a quien las claras aguas de Occidente  
reconocen imperio,  
y con ledo semblante  
10 Tarteso del olvido se levante.  
Tarteso engendradora  
de ligeros caballos, que vencían  
el ímpetu del viento  
con furia voladora,  
15 y las alas del rayo entorpecían:  
pues con eterna gloria  
su linaje, destreza, enseñamiento  
renueva a la memoria;  
y junta en esta parte  
20 el claro Andrada la experiencia el arte.  
Ya el Argeo no estime  
sus osados caballos belicosos,  
con que el Cita guerrero  
las campañas oprime  
25 de los incautos vénetos medrosos:  
donde el Lisonzo frío  
no sufriendo en su vaso el horror fiero  
de la sangre sin brío  
embebió en las arenas  
30 el ímpetu y corriente de sus venas.  
El pegaso famoso,  
que entre sus astros tiene el ancho cielo  
no merece igualarse  
con aquel generoso,

35 que este enseña, y lo engendra nuestro suelo:  
el Domador Latino,  
y el que pudo entre Griegos señalarse  
por un igual camino  
tanto le son menores,  
40 cuanto en la fama y en la edad mayores.  
Tú Betis pues ufano  
de haber criado en tu corriente ondosa  
tal hijo la corona  
le teje de tu mano  
45 con inmortal labor artificiosa:  
y del cerco encendido  
hasta la una, y otra helada zona  
el nombre esclarecido  
florezca de tal suerte,  
50 que no lo gaste el tiempo con la muerte.

<87. Musa, esparce purpúreas frescas flores>

Musa, esparce purpúreas frescas flores  
al túmulo del sacro Laso muerto;  
los lazos de oro suelte sin concierto  
Venus; lloren su muerte los Amores.  
5 Arda la rota aljaba y pasadores,  
la mirra y casia; y cuanto el encubierto  
Fénix quema; y con verso grave y cierto  
cante su gloria Febo y tus dolores.  
Laso, por quien el Tajo al rico Tebro  
10 y excede al Arno puro, sepultado  
yace entre verdes hojas de amaranto.  
Incline al nombre claro, que celebró  
sus coronas Parnaso; y admirado  
venere el alto y noble y tierno canto.

<88. SALICIO, EGLOGA>

Entre los verdes árboles, do suena  
Betis con altas ondas extendido,  
llevando al mar la frente de ovas llena;  
Alcón y Tirsis tristes con gemido  
5 lloraban de Salicio tiernamente  
el miserable caso sucedido.  
Cual simple tortolilla gime y siente  
el caro esposo, que perdió muriendo,

y su dolor descubre en son doliente.  
10 Violos llorar el rubio Sol naciendo,  
del bosque al uno y otro descuidado,  
violos llorar la luna apareciendo.  
Alcón sobre el un brazo recostado,  
Salicio, dijo, del ganado fuerte  
15 un templo gloria y su mayor cuidado;  
Dolor cruel ahora y dura suerte,  
entre nosotros siempre aborrecida;  
quién te llevó con rigurosa muerte?  
Contigo el dulce amor perdió la vida;  
20 no resuena tu canto en la aspereza  
al tierno son de la aura desparcida.  
Cual Febo, cuando oía su tristeza  
y suspiros de amor y afán penoso  
de Anfriso la corriente ligereza.  
25 Cubra el cielo el color claro y hermoso;  
llorad vos Ninfas del sonante río  
multiplicando el curso doloroso.  
Llorad lauros y plátano sombrío,  
y tú Fauno en el suelo reclinado,  
30 y contad en su muerte el dolor mío.  
Valles, crezca el suspiro apresurado  
por una y otra parte; y no cesando  
suene en llanto confuso todo el prado.  
Decid hijas de Betis suspirando;  
35 y el cisne entre sus ondas espumosas  
alce el lloroso cuello lamentando.  
ay ay pinta Jacinto en tus hermosas  
y tristes letras con el mal presente,  
y derrama mil quejas lastimosas.  
40 Oh Febo, Febo, ahora en el corriente  
Janto, o en Delo estés, ven ya ceñido  
de funesto ciprés la triste frente;  
Quebranta el arco de oro guarnecido,  
despedaza los duros pasadores;  
45 pues tu gloria y cuidado es ya perdido.  
Ven, no esparciendo al aire tus olores  
Citerea, ni en mirto coronada,  
ni mezclando las rosas a las flores;  
Mas con cerúlea veste congojada,  
50 y en triste hábito venga la alegría  
con negras hachas y con luz turbada;  
Y tú lloroso Amor en compañía  
rotas flechas y aljaba y arco, alzando

con las gracias del llanto la armonía.  
55 Traed valles suspiros vos llorando;  
y el lamentable acento vaya luego  
por campo y selva y bosque resonando.  
oh crudas Parcas, duro hado ciego,  
correrá el río con perpetua fuente,  
60 vivirán estas peñas en sosiego?  
Salicio, honor de la silvestre gente,  
no se verá en la selva, en este cielo  
nunca se verá más estar presente?  
Como la flor purpúrea, a quien el hielo  
65 del penetrable invierno y rigor frío;  
o dañó el rojo Sirio el tierno velo.  
Corred ya largas ondas del gran río,  
durad vos peñas, alargad la vida;  
que a vos el hado es amoroso y pío.  
70 Mas ya en otro Salicio en la escondida  
selva, ni alto monte, y valle abierto  
sonará su zampoña conocida.  
Gimen los montes mudos y el desierto,  
y las matosas peñas inclinadas,  
75 do el aire hiere; ya Salicio es muerto.  
Sus ondas Tajo en lágrimas trocadas,  
bañó la gruta oscura en tristes sonos,  
y las montosas vueltas y apartadas.  
La vana imagen busca tus razones  
80 por las selvas callada; que no siente  
el blando y tierno son de tus canciones;  
Que ya no te responde dulcemente,  
y no imita tus labios,  
y se esconde Filomela con mustia voz doliente.  
85 Y al canto de palomas ya responde  
el llanto con murmurio suspirando,  
que al dolor de tu muerte corresponde.  
Y nosotros los versos resonando  
con simple avena alzamos tus loores?  
90 decid Náyades tristes lamentando.  
Quién sonará entre rústicos pastores  
la zampoña, que al mismo Febo espanta,  
y aun espira tu canto y tus amores?  
Llora, y los versos Galatea canta,  
95 que te oía, aunque dura, helada y fiera,  
y con su voz al cielo los levanta;  
Y no los del Cíclope en la ribera,  
cuyo nombre en el canto celebrado



de mi memoria está del todo fuera.  
100 A ti de verde hiedra coronado  
todos nuestros pastores rodearon,  
y te dieron la gloria en todo el prado.  
Oyendo tus canciones se admiraron  
las Dríades, los Faunos su aposento  
105 por oírte cantar desampararon.  
Llorote, pastor sacro, el frío asiento  
del claro Tormes y ribera umbrosa  
con más dolor y con mayor lamento,  
Que a sus pastores dos con voz quejosa  
110 Sicilia, y a Sincero y Meliseo  
Sebeto con corriente no abundosa.  
Nunca sintió, mezclada con Alfeo  
Aretusa, en sus ondas tal gemido,  
ni el Ebro por la muerte de su Orfeo.  
115 Yo te lloro, Salicio, enternecido;  
tú el canto, que engendró el dolor, consiente;  
pues más de amor, que de arte va vestido;  
Que si algún tiempo el rudo son doliente  
de Betis pasa la ribera llena,  
120 que mete en el gran mar la altiva frente;  
Tú verás en el verso, que resuena  
tu memoria y tu nombre glorioso,  
do el puro Tebro y donde el Arno suena.  
Aquí el pastor con llanto lastimoso  
125 paró; y al triste canto dio un gemido  
del hondo río el curso presuroso.  
TIRSIS luego siguió el son esparcido,  
y atentas a su voz fueron cesando  
las ondas en el vaso recogido.  
130 No resonéis ya Ninfas lamentando;  
dejad vos montes y peñascos fríos  
las quejas, que extendisteis suspirando.  
Ahora derramad pastores míos  
en la pintada tierra frescas flores;  
135 traed sombra a las fuentes y a los ríos.  
Venid vosotros Faunos amadores,  
a las Dríades bellas descubriendo  
vuestro amor, vuestros celos y dolores,  
Porque Salicio al cielo alto subiendo  
140 así lo quiere; y llenos de alegría  
alza el canto, versos componiendo.  
Y junto aquella pura fuente fría  
este verso cortad en el sagrado

lauro, que de sus hojas lo ceñía;  
145        Porque si algún pastor allí cansado  
          llegare, pueda vello; y dar memoria  
          del túmulo, que cerca está labrado.  
          Salicio, al campo y a pastores gloria,  
          en brazos de las Musas muere puesto;  
150 y en el cielo está vivo con victoria.  
          Yo te pondré Salicio después de esto  
          dos consagradas aras, levantando  
          una a ti y otra a Febo en este puesto;  
          Pues le igualas en canto dulce y blando;  
155 y aquí pondré dos vasos espumosos  
          ambos con leche nueva rebosando.  
          Vendrán aquí pastores venturosos,  
          Menalca, Olimpio y Epolo, que en danza  
          imitará los Sátiros vellosos.  
160        Y cuando honrare con antigua usanza  
          tu sepulcro esparciendo el dulce vino,  
          serás de los pastores esperanza;  
          Y pediremos tu favor divino  
          para guardar el pasto y campo lleno  
165 contra el rigor del duro cielo indino.  
          Tu túmulo adornando el verde seno  
          de Flora cubrirá; que al fresco prado  
          las rosas quitará y color ameno.  
          Aquí vendrán en coro concertado  
170 Faunos, Sátiros, Pan, Cintio hermoso,  
          las Náyades de Betis venerado;  
          Las Ninfas del monte alto y confragoso,  
          las de árboles y selvas; consagrando  
          en honra tuya el canto numeroso.  
175        Aquí soplará manso el viento blando  
          del templado Favonio, habrá contino  
          verano nuevo y Cloris con su bando.  
          Palma, plátano, pobo, álamo y pino,  
          el grande ciclamor, el lauro verde,  
180 que a tu divina frente bien convino;  
          Extenderán con son, que nos acuerde  
          de ti, las hojas; y con rico manto  
          mostrará el prado, que el color no pierde.  
          Nacerá siempre eterno el amaranto,  
185 Narciso y helicriso deleitoso  
          y suave Jacinto y tierno acanto.  
          Torcerá el curso el río no espumoso  
          con blandas ondas largo y extendido,

para regar el campo espacioso.  
 190        Cantar te han con dulcísimo sonido  
              las selvas y los bosques altamente  
              en verso noble y canto esclarecido.  
              Árbol no habrá, que a Febo más contente,  
              que el que tu nombre escrito en sí tuviere,  
 195 tu nombre entre pastores excelente.  
              Y cuando el viento de través hiriere;  
              resonará en el aire con tu gloria  
              el árbol, que sus hojas conmoviere.  
              Por ti al Tajo dará el nombre y victoria  
 200 el puro Eurotas y el nevoso Ebro,  
              que refiere de Orfeo la memoria;  
              Y el mismo grande y caudaloso Tebro  
              inclinará sus ondas, admirado  
              del canto y de la avena, que celebro.  
 205        En tanto que en el monte levantado  
              el jabalí espumoso tenga asiento,  
              y cayere el rocío al verde prado;  
              En todo el pastoral ayuntamiento  
              será tu nombre eterno, y la dulzura  
 210 y tierna voz del amoroso acento.  
              Calló Tirsi; y del bosque la espesura  
              hirió el viento en señal de su grandeza,  
              y resonó Salicio con voz pura  
              el río y de los montes la aspereza.

<89. Betis, que en este tiempo solo y frío. Versión de las Anotaciones>

             Betis, que en este tiempo solo y frío  
              escuchas mi dolor; del hondo asiento  
              acoge en tu callado movimiento  
              los últimos suspiros; que yo envió.  
 5            Y si tiene valor tu sacro río;  
              dame que en árbol verde mi tormento  
              lamente transformado; que ya siento  
              cual Cisne débil voz al canto mío.  
              Porque con nuevas ramas tu corriente  
 10 cercaré coronando, y destilado iré en  
              tu curso largo y extendido.  
              Que mi luz ceñirá su bella frente  
              de mis hojas; o en llanto desatado  
              seré en sus blancas manos recogido.

<89a. Betis, que en este tiempo solo y frío. Versión de B>

Betis, que en este tiempo solo y frío  
escuchas mi dolor; del hondo asiento  
acoge en tu quieto movimiento  
los últimos suspiros; que yo envío.

5 Y si tiene valor tu sacro río;  
dame que en árbol verde mi tormento  
lamente transformado; que ya siento  
cual Cisne débil voz al canto mío.

Porque con nuevas ramas tu corriente  
10 cercaré coronando, y destilado iré en  
tu curso largo y extendido.

Que mi luz ceñirá su bella frente  
de mis hojas; o en llanto desatado  
seré en sus blancas manos recogido.

<90. Dichoso fue el ardor, dichoso el vuelo>

Dichoso fue el ardor, dichoso el vuelo,  
con que desamparado de la vida,  
dio nombre a su memoria esclarecida  
Ícaro en el salado y hondo suelo.

5 Y quien el rayo derribó del cielo,  
culpa de la carrera mal regida,  
que Lampecie llorosa y afligida  
lamenta en el hojoso y duro velo;

Pues de uno y otro eterna es la osadía  
10 y el generoso intento, que a la muerte  
negaron el valor de sus despojos;

Yo más dichoso en la fortuna mía,  
pues al cielo llegué con nueva suerte,  
y ardí vivo en la luz de vuestros ojos.

<91. Desterrado el invierno frío y cano>

Desterrado el invierno frío y cano,  
la tierra se vestía en mil colores  
con vivo lustre y fuerza del verano;

5 Y esparcidas las Rosas y las flores,  
con aura fresca espiran dulcemente  
en el aire tendido sus olores;

Cuando la alba salía de Oriente,  
cubierta de oro y púrpura hermosa

el variado manto refulgente;  
10 Y alegrando a la tierra deleitosa,  
con rociadas gotas regalaba  
a la hierba florida y abundosa.  
Yo entonces en el campo me hallaba  
cogiendo el fresco del templado aliento,  
15 que blandamente entre arboles sonaba.  
Traía la marea un movimiento  
suave y tierno, en torno desparcido  
que hería con dulce sentimiento.  
Vi el campo en flores varias revestido,  
20 que del rocío estaban esmaltadas,  
con que más su belleza ha florecido.  
Vi las húmedas Rosas, levantadas  
abrir la hojas bellas, que primero  
tenían todas juntas y cerradas;  
25 Y alegres con la vuelta del Lucero,  
mostraban su color entremezclado,  
más hermoso que nunca y más entero.  
No sé si la Alba había a Rosas dado,  
o tomado el color, y si a las flores  
30 había el día nuevo retocado.  
Uno el rocío, y unos los colores,  
uno el día, y de Venus amorosa  
ambos, y por ventura unos olores.  
Mas aquel con más fuerza poderosa  
35 por el aire se tiende en grande alteza,  
acá más cerca espira el de la rosa.  
La reina de las gracias y belleza.  
en su flor misma y astro reluciente  
pinta del puro rojo la fineza.  
40 Las flores ya extendían juntamente,  
con hermosas figuras reluciendo,  
su color y postura diferente.  
Unas en punta suben, esparciendo  
sus tiernas hojas al abierto cielo,  
45 otras una corona van tejiendo.  
Otras se tuercen en herboso suelo,  
de verde, azul y jalde señaladas,  
con violado, o con purpúreo velo.  
Y casi unas con otras enlazadas,  
50 heridos los colores van mudando;  
y a los ojos engañan ayuntadas.  
Esto miraba atónito yo, cuando  
vi toda su belleza ir de caída,

el resplandor y olores olvidando.  
55 Maravilleme, viendo así perdida  
la beldad y la edad de tantas flores,  
y muerta ya la Rosa aun no nacida.  
Tanta belleza y varios resplandores  
un día mismo adorna y descompone,  
60 ofreciendo y robando sus colores.  
Nosotros nos quejamos, porque pone  
naturaleza con avara mano  
tan breve gracia en flores, que compone;  
Aun no salen los dones del verano;  
65 cuando ella los derriba con la muerte,  
dejando al tiempo del despojo ufano.  
Cuan largo el día, es tan larga suerte  
de las Rosas, que junto en un momento  
su juventud en senectud convierte.  
70 La que ya vio nacer el blando aliento  
del nuevo Sol; morir aquesta vida,  
cuando del mar bajaba al hondo asiento.  
Más bien les ha la suerte concedido,  
si así mueren tan presto; que naciendo  
75 sucedan a su término cumplido.  
Coged las Rosas vos, que vais perdiendo,  
mientras la flor y edad Señora es nueva;  
y acordaos, que va desfalleciendo  
vuestro tiempo, y que nunca se renueva.

<92. O soberbia y cruel en tu belleza>

Oh soberbia y cruel en tu belleza,  
cuando la no esperada edad forzosa  
del oro, que aura mueve deleitosa  
mude en la blanca plata la fineza;  
5 y tiña el rojo lustre con flaqueza  
en la amarilla viola la rosa,  
y el dulce resplandor de luz hermosa  
pierda la viva llama y su pureza;  
dirás (mirando en el cristal luciente  
10 otra la imagen tuya) : "Este deseo  
¿por qué no fue en la flor primera mía?  
"¿Por qué, ya que conozco el mal presente.  
con esta voluntad con que me veo,  
no vuelve la belleza que solía?"

<92. SONETO. Versión de B>

Oh soberbia y cruel en tu belleza  
y con su verde flor victoriosa,  
cuando la edad trocare presurosa  
del oro cresco en plata la fineza;  
5 y al color encendido con flaqueza  
destiñere en la viola la rosa,  
y el dulce resplandor de luz hermosa  
perdiere el vivo fuego y su pureza,  
dirás entonces, viendo tanto daño  
10 en el cristal luciente: "Este deseo  
¿por qué no fue en la edad primera mía?  
"¿Por qué, ya que conozco el mal extraño,  
con esta voluntad que yo poseo  
no vuelve la belleza que solía?"

<93. Cuando el osado Leandro>

Cuando el osado Leandro,  
olvidado de temor,  
iba por el mar estrecho  
a gozar su dulce amor;  
5 cansado y puesto en peligro  
del mar lleno de furor,  
ya que las hinchadas aguas  
causaban su perdición;  
a las ondas que lo siguen  
10 dijo así el triste amador  
(como si jamás las ondas  
le muevan a compasión)  
perdonadme mientras llevo,  
a do dejé el corazón,  
15 y mostrad en mí a la vuelta  
vuestro ímpetu y furor.

<94. Tu que en el cresco piélagos llevada>

Tú que en el cresco piélagos llevada  
con la concha de perlas de Oriente  
y de rojos cabellos esmaltada,  
guiaste en sombra oscura el pecho ardiente  
5 por la canal tendida, que alterada  
con furor resonaba; a do presente  
la virgen temió el ponto, y el cortando,

dejó el náufrago claustro atrás bramando.

Tendió los brazos luego, alzó la mano  
10 tres veces a la imagen fugitiva,  
tres veces abrazando el aire en vano;  
probó abrazar aquella sombra esquiva.

Y el oro que en la frente relucía  
la purpúrea mejilla aun no vestía.

15 Hasta este tiempo contra el padre mío  
declina el yugo que me impone el cielo.

<95. Nací yo por ventura destinado>

Nací yo por ventura destinado  
al amoroso fuego, y que ofrecido  
me vea a desdén grave, a duro olvido,  
sujeto siempre a miserable estado?

5 Rompa la aguda espada el implicado  
nudo, pues de mi industria nunca ha sido  
suelto por mi dolor; que en mal perdido  
el remedio cruel es acertado.

Cuelguen de este alto roble los despojos  
10 de mi engañado amor, y la esperanza  
muera, que un tiempo me sostuvo incierto.

Que ya no doy lugar a bellos ojos,  
ni a la falsa risa y vana confianza,  
y en él se escriba; Amor quedó aquí muerto.

<96. Dime te ruego Lidia>

Dime te ruego Lidia,  
di por todos los dioses, por qué a Sibaris  
Quieres perder amándote?

di, por qué ha aborrecido el campo Marcio,

5 Pues tiene fuerza, y ánimo,  
para sufrir el polvo y el sol cálido?

Por qué entre iguales jóvenes  
a caballo no prueba la milicia;

Ni rige con freno áspero  
10 la dura boca del bridón de Francia?

Por qué se muestra tímido,  
y no toca del Tebro el vaso líquido?

Por qué la lucha rígida



huye más que la sangre de la víbora?  
15 Y no descubre cárdenos  
los fuertes brazos con las armas hórridas;  
Llevando la victoria  
con disco, y dardo, que traspase el término?  
Por qué en grave silencio  
20 se esconde, como el animoso Tessalo,  
Poco antes que en Asia,  
se destruyese el Ilión de Dárdano  
Porque en varonil hábito  
no fuese a muerte del Troyano ejército?

<97. Aunque en el caso yo de tal amigo>

Aunque en el caso yo de tal amigo  
herido gravemente y lastimado  
codiciase a mis lágrimas consuelo,  
porque mis lumbres en perpetuo llanto  
5 no manasen, ni este dolor tan grande  
a quemarme los pechos comenzase,  
pero, luego que aquesto concederme  
de mi ánimo pudo la amargura,  
acabé para ti estos mustios versos;  
10 con que te consolasen mis Camenas,  
si algo puede aliviar la Musa un mísero.  
porque tú todo poco a poco en lágrimas  
no te fueses, cual hielo se desata  
tocado con el Noto pluvioso.  
15 pues es rumor que en última tristeza  
vives con el acervo y duro hado  
del caro hermano, y que gozar no puedes  
del reposo los gustos, y del sueño;  
mas que cuando se aparta, y vuelve el día  
20 te quejas, y que buscas al perdido  
triste, y vago, y con llanto torpe el rostro,  
por todas las riberas, de la suerte  
que anduvo errando por las bandas todas  
de Eridano Lampecie congojada  
25 con la fraterna muerte, la cual dicen  
que siete noches sin el don del sueño,  
y ayuna continuó otros siete días.  
y, cuando con el largo error cansada  
del viaje, cayó en la gran ribera  
30 del Eridano umbroso; dando voces

a las ondas decía, vos volvedme  
mi Faetón, ay oh cualquiera sea  
la Ninfa, que esconde en este río.  
tú pero, si doler a alguno debe  
35 ajena muerte, tienes justa causa  
de tan grave dolor. porque tu hermano  
hizo perder en su temprana muerte  
tus cómodos y a ti mismo y a los tuyos.  
perdió tu caro hermano de ti mísero  
40 quitado, a quien amabas más que a otro.  
aquel Amor, aquel consuelo dulce  
de tu juventud era y esperanza  
y reparo y columna de tu casa;  
con quien siempre tratar, con quien solías  
45 estar, y los consejos escondidos  
de tu ánimo decir, mirando a él solo,  
y a todos prefiriendo, en cuya boca  
la gracia de la ambrosía parecía.  
oh grandemente míseros nosotros,  
50 y linaje afanado y fatigoso,  
de cuya suerte no hay peor alguna.  
en nos se embraveció la fiera guerra,  
que nunca edad alguna vio más dura,  
ni la tendrán jamás algunos días.  
55 Sufrimos tristes el cruel servicio,  
y los bárbaros mandos, y perdimos  
parte las caras casas y la patria.  
consumió las reliquias, y los míseros  
ciudadanos la peste corrompida,  
60 y aun hoy arde la furia en todas partes.  
No habían aun fin puesto los gemidos,  
y no habían cesado ya los ojos  
del triste llanto con mejillas secas,  
cuando tú Marco caes, cuando en tantas  
65 tristezas quebrantados desamparas  
a nosotros frustrados en tu crédito.  
esto no permitía que esperásemos  
tu edad verde y virtud y buenos hechos;  
que nosotros a ti joven sin ánimo  
70 y sin alguna habla miserables  
en la extranjera tierra sepultásemos;  
mas que habías de ser, a quien con fama  
la virtud igualase el alto Olimpo,  
uno que a muchos pueblos enseñases.  
75 Vos oh entretanto del Benaco padre

cien Ninfas, y tú Sarca, que descienes  
de las Alpinas cumbres, vos oh peñas  
de Naco, y vos oh piedras de Briano,  
y espesos bosques con umbrosas cimas,  
80 traed, oh traed algún consuelo  
a mi Bato, y quitadle de su ánimo  
tanta tristeza, a quien la santa ciencia  
abrazando no puede dar alivio,  
ni puede dar la Musa diligente  
85 con los acostumbrados dulces versos.  
mas después Bato que el poeta Tracio  
grande tiempo buscó, y lloró gran tiempo  
a su perdida Eurídice robada,  
con nada consolar más sus cuidados  
90 pudo, que con el blando canto y ciencia.  
siempre, o errase de Ródope en las selvas  
altas, o en ondas de Estrimón desierto,  
la acompañó la Musa, siempre al hombro  
pendió la ebúrnea lira, diestra en números.  
95 él siempre contemplaba el orbe inmenso,  
y el ornato del orbe y las estrellas  
con puras lumbres, y los grandes mares  
vastos montes, y ríos sin sosiego,  
y todo cuanto al fin pare la tierra.  
100 cuyo tenor con ley cierta advirtiéndolo,  
poco a poco sintió a su cara Eurídice  
borrársela en olvido, y en un gozo  
mudar la mente triste, tanto puede  
la forma de las cosas presentada  
105 ablandar y mover todos los ánimos!  
Entre los cuales él tu mismo hermano  
reciente de su muerte, mira el cielo  
admirado y las casas celestiales,  
y el día eterno, y la felice gente  
110 por orden, entre quien recibe gozo  
contándose con ellos. con él cerca  
las ánimas ilustres, sus abuelos  
y su padre en el rostro de su nieto  
fijan los ojos, y la bella efigie  
115 conocen, él su estirpe generosa,  
y ve el claro linaje, y los conoce  
y aprende sus hazañas y sus nombres,  
y también cuanto has de habitar en tierra.  
oh muy dichoso, a quien fue concedido  
120 antes que la vejez triste llegase,

tender el paso al celestial camino.  
La tierra, en tanto que los astros fueren,  
y que los mares corran, no olvidada  
al cielo llevará tu nombre y hechos.

<98. Los sueños que con sombras voladoras>

Los sueños que con sombras voladoras  
engañan al humano entendimiento,  
ni sacros templos, ni en calladas horas  
envían dioses del celeste asiento;  
5 mas con falsas visiones formadoras  
de las cosas, que ofrece al sentimiento;  
cada uno los hace y los figura  
en el reposo de la sombra oscura.  
Porque cuando los miembros derribados  
10 con hondo sueño están profundamente  
perdido su vigor, y desmayados,  
en vano juega la quieta mente,  
todo lo que en negocios y cuidados  
hubo en la claridad del sol luciente,  
15 con el horror y oscurecidas nieblas  
lo trata de la noche en las tinieblas.  
El que el fuerte lugar bate con guerra,  
y con ardientes llamas espantoso  
se encruelece en la enemiga tierra,  
20 y el miserable pueblo impetuoso  
con duro hierro y bravo fuego atierra,  
las armas ve y ejército dudoso,  
y las muertes de reyes, y cubiertos  
los campos con la sangre de los muertos.  
25 Los que las causas oran, el juzgado  
ven y las leyes, y con el rendido  
pecho y medroso el tribunal cerrado.  
sus riquezas esconde el afligido  
avaro, y halla el oro sepultado.  
30 del cazador el bosque es perseguido.  
libra su nave, o hace el marinero,  
que zozobre con él en el mar fiero.  
La deshonesto hembra, enajenada  
de sí, escribe regalos a su amante.  
35 Y adúltera da toda enamorada  
dones, que el pecho vencen más constante.  
la traza de la liebre imaginada

ladra el can, que en los sueños ve delante.  
en el espacio de la noche oscura  
40 de la mísera gente el dolor dura.

<99. Juntos todos; la tierra atropellada>

Juntos todos; la tierra atropellada  
con los pies no se ve, ni tanta gente  
en multitud confusa amontonada  
se podría contar, antes la ardiente  
5 arena sería en Libia numerada.  
todos crueles, de ánimo valiente,  
mas ruda turba, de soberbia llena,  
de razón falta, y de consejo ajena.  
Ni desnudar el hierro arremetiendo,  
10 ni en ordenanza saben conservarse,  
apriétanse, y apremian confundiendo,  
y unos con otros vienen a implicarse.  
mas quien atentamente fuese viendo  
con orden el ejército mostrarse  
15 del gran Cesar, diría sin recelo  
que lo juntó, y dispuso solo el cielo.  
Allí estaba de Italia poderosa  
la juventud belígera mostrando  
el gran valor, la industria belicosa.  
20 sus antiguas hazañas renovando;  
y de España en las armas generosa  
los capitanes en ilustre bando.  
que al cielo alzó sus hechos la victoria,  
y dio la tolerancia eterna gloria.  
25 También Rin, los que habitan tu ribera,  
a morir, o vencer acostumbrados,  
que menos temen a la muerte fiera,  
que ser vencidos; todos enseñados  
a seguir de Mavorte la bandera,  
30 de relucientes armas adornados  
en orden puestos todos, y sujetos  
de quien los rige y manda a los preceptos.

<100. SONETO DE FERNANDO DE HERRERA>

Al Canto de este Cisne, y voz doliente,  
que se queja en el sacro Hesperio río,  
Betis del arenoso asiento frío

alzó revuelta en Ovas la alta frente.  
5 Tú serás grande gloria de Occidente,  
dijo, y eterna fe del honor mío,  
y Galatea, y la ascondida Espío  
responderá a tu canto dulcemente.  
Darame el rubio Tajo la victoria,  
10 Tajo del tierno Laso celebrado,  
y al Arno seré igual en la nobleza.  
Calló, y las ondas levantó en su gloria,  
resuena luego el hondo seno, y vado,  
con dulce voz y con mayor pureza.

<101. FERNANDO DE HERRERA AL AVTHOR>

No bastaba ilustrar con viva Gloria  
Los Trofeos? y dar al fiero Marte  
Las Coronas y Palmas de Victoria?  
Y con nuevo Valor, Industria, y Arte  
5 Vibrar Terrible la Sangrienta Espada,  
Y celebrarla en una y otra Parte?  
Que en cuanto ve del Sol la Luz Dorada,  
Y en cuanto abraza el Mar, y cerca el Cielo,  
Va de Inmortales Glorias rodeada?  
10 Si no también con Generoso Vuelo  
Y con Fuerzas de Claro Entendimiento  
Dejar Perpetua su Memoria al Suelo?  
Y en Cartas a quien nunca Fuego y Viento  
Y las vueltas del tiempo harán Daño,  
15 Su Virtud descubrir y Fundamento?  
Donde roto y deshecho todo Engaño  
Su Valor resplandece Esclarecido,  
Con rara Muestra y con Intento extraño.  
No esconderá ya Nube del Olvido  
20 CARRANZA vuestro nombre Glorioso,  
Y el Espíritu excelso y encendido.  
Solo vos con Ardor Maravilloso  
En el Ingenio igual y en Valentía  
Seguís a Febo y Marte Belicoso.  
25 Y con Brío Dichoso y Osadía  
A España enriquecéis de aquella Gloria,  
Que nunca esperó ver en algún día.  
Y si vuestros trabajos con Memoria  
Fueren de Claro Artífice esculpidos,  
30 Los Despojos pondrá de la Victoria,

No Flores de Jacintos escogidos,  
Ni de Venus las Rosas estimadas,  
Mas Yelmos con las Plumas esparcidos,  
Rotas Astas, y Escudos, y Doradas  
35 Corazas, Fuertes Grebas, y de Marte  
Ardiente Cortadoras las Espadas.  
También pondrá con Gloria en otra Parte,  
Las Muestras del Ingenio, que levanta  
Una Nueva y Difícil, y Útil Arte.  
40 Esta Gloria admirable ensalza y canta  
Con mil Alas la Fama no cansada,  
Y a la una y otra Hesperia el Hecho espanta.  
Obra y Honra Inmortal tan extremada,  
Que la Máquina excelsa y la Grandeza  
45 De Egipto vence al Cielo levantada.  
Cuanto de hoy más la Fuerza y la Destreza  
Tuvieren de Valor, a vos se debe,  
Y vos les dais Valor y Fortaleza.  
Si alguno hubiere ya, que osado pruebe  
50 Con Armas la Dudosa y Varia Suerte.  
Conviene, que de vos la Industria lleve.  
No temerá el Peligro de la Muerte,  
Que crece en la Destreza la Osadía,  
Y al Corazón más Flaco hace Fuerte.  
55 Si a la Ribera Sosegada y Fría  
Que Betis orna, y viste, y al Sagrado  
Mar de Atlante su llano Curso envía,  
Fuere alguno, y mirare el Venerado  
Lugar, que le da Gloria, y su excelente  
60 Y Rico Sitio, y siempre afortunado.  
Aunque es honra del Último Occidente  
Y en el Poder soberbio y la Grandeza  
Oscurece y oprime al Oriente.  
No tanto admirará de su Riqueza  
65 La Abundancia, y sus Glorias, y su Fama,  
Cuanto de vuestro Pecho la Nobleza.  
Pues en vos solo el Cielo Alto derrama  
Industria, y Fortaleza no vencida,  
Y al Amor de Virtud Ilustre os llama.  
70 Oh Dichosos Trabajos de tal vida,  
Que cuando los Despojos diere a Muerte,  
Vivirá con más Luz esclarecida,  
Sin que le ofenda el tiempo y dura Suerte.

<107. SONETO II. Versión de B>

Voy siguiendo la fuerza de mi hado  
por este campo estéril y escondido.  
todo calla, y no cesa mi gemido;  
y lloro la desdicha de mi estado.  
5 Crece el camino, y crece mi cuidado;  
que nunca mi dolor pone en olvido.  
el curso al fin acaba, aunque extendido;  
pero no acaba el daño dilatado.  
Que vale contra un mal siempre presente  
10 apartarse y huir, si en la memoria  
se estampa, y muestra frescas las señales?  
Vuela Amor en mi alcance; y no consiente  
en mi afrenta, que olvide aquella historia,  
que descubierto el paso dio a mis males.

<116. SONETO X. Versión de B>

Rojo Sol, que con hacha gloriosa  
das color al profundo y alto cielo,  
hallaste tal belleza en todo el suelo,  
que igualase a mi bella Luz dichosa?  
5 Aura suave, blanda y amorosa,  
que nos regalas con el fresco vuelo;  
cuando se cubre del dorado velo  
mi Luz, tocaste trenza más hermosa?  
Luna; honor de la noche, ilustre coro  
10 de las errantes formas y fijadas,  
consideraste tales dos estrellas?  
Sol puro, Aura, Luna, luces de oro,  
oísteis vos mis penas nunca usadas?  
visteis Luz más ingrata a mis querellas?

<117. SONETO XI. Versión de B>

Suspiro, y pruebo con la voz doliente,  
que expire en sus dolores la alma mía;  
crece el suspiro en vano, y mi agonía,  
y el mal renueva siempre su accidente.  
5 Estas peñas, do solo muero ausente,  
rompe mi suspirar en noche y día;  
y no hiere (oh dolor de mi porfía)  
a quien estos suspiros no consiente.



Suspirando no muero, y no deshago  
10 parte de mi pasión, mas vuelvo al llanto;  
y cesando las lágrimas, suspiro.  
Esfuerza Amor el suspirar, que hago,  
y como el cisne muere en dulce canto,  
así acabo la vida en el suspiro.

<118. SONETO XII. Versión de B>

Yo voy por esta solitaria tierra,  
de antiguos pensamientos molestando,  
dejando el resplandor del Sol dorado,  
que de sus puros rayos me destierra.  
5 El paso a la esperanza se me cierra;  
de un alta cumbre a un monte voy enriscado,  
con mis ojos volviendo al apartado  
lugar, solo principio de mi guerra.  
Tanto bien refigura la memoria,  
10 y tanto mal encuentra la presencia;  
que me desmaya el corazón vencido.  
Oh crueles despojos de mi gloria,  
desconfianza, olvido, celo, ausencia,  
por qué seguís a un mísero rendido?

<130. SONETO XXII. Versión de B>

Céfiro renovó en mi tierno pecho  
floridas ramas de esperanza cierta,  
a mansa pluvia, a sol rosado abierta,  
y todo se mostraba en mi provecho.  
5 Cuando de hielo un crudo soplo hecho,  
de aquella parte de calor desierta,  
abate en tierra mi esperanza muerta,  
y el trabajo en un punto fue deshecho.  
Quedó en el mismo puesto el hielo frío,  
10 que con el fuego en mi dolor contiene;  
y vence alguna vez, otra es vencido.  
De allí siempre temí en el pecho mío  
la nieve, que aunque el fuego me defiende,  
dudoso estoy del daño recibido.

<137. SONETO. Versión de B>

Huye mi pensamiento el horror frío

y la aspereza helada y duro invierno,  
y la aura espera de Favonio tierno  
para librarse de él y del estío;  
5 pero en la suerte y grave estado mío  
el prevenir me ofende, y yo discierno  
Céfiro breve y Aquilón eterno  
y siempre en mi dolor por mal porfío.  
Al fin había de ser que el destemplado  
10 estío acabe en fuego, o en el hielo  
rígido invierno mi obstinado pecho.  
Que del furor sufrido no cansado,  
no se mueve a las vueltas que da el cielo,  
ni está en mis estragos satisfecho.

<140. SONETO XXXI. Versión de B>

El tiempo, que se alarga al mal extraño,  
y me muestra mis pasos bien contados;  
si término pusiese a mis cuidados,  
sería a mi esperanza desengaño.  
5 Que el oro, que me tiene en nuevo engaño,  
los ojos dulcemente regalados,  
sin valor a mis años mal gastados  
el remedio serían de su daño.  
Pero si en él se aumenta el dolor mío,  
10 si el oro es y los ojos inmortales,  
y es eterno el valor y altivo intento;  
Será de amor perpetuo el desvarío;  
y en las penas, que a todos son mortales,  
renacerá contino mi tormento.

<149. SONETO XXXIX. Versión de B>

Pura, bella, suave Estrella mía,  
que sin que os dañe oscuridad profana,  
dais la sagrada luz a la mañana,  
y la tierra encendéis helada y fría;  
5 Pues vos, por quien suspiros mil envía  
mi alma, cual castísima Diana,  
levantáis la bandera soberana  
contra Venus y Amor con osadía;  
Yo seré, como aquel, que su belleza  
10 con hierro violó; y el casto hecho  
más bello lo deseo y con mayor gloria.  
Mas si fuérades Luna en la aspereza,

de Ladmo, yo temiera el tierno pecho  
del cazador que aún vive su memoria punto.

<154. SONETO XLIII. Versión de B>

Oh cómo vuela en alto mi deseo,  
sin que de su osadía el mal fin tema!  
que ya las puntas de sus alas quema,  
donde ningún remedio al triste veo.  
5 Qué mal podrá alabarse del trofeo,  
subiéndose en la parte más suprema  
del fuego ardiente, en esta banda extrema  
cae por su culpado devaneo.  
Debía en mi fortuna ser ejemplo  
10 Dédalo, no aquel joven atrevido,  
que dio al salado seno insigne su nombre.  
Mas ya tarde mis lástimas contemplo.  
pero si muero, porque osé, perdido,  
jamás a igual empresa osó algún hombre.

<169. SONETO LVI. Versión de B>

Temiendo tu valor y tu ardiente espada,  
sublime Carlo, el bárbaro Africano,  
y el bravo horror del ímpetu Otomano  
la altiva frente humilla quebrantada.  
5 Italia en propia sangre rociada,  
el invencible, el áspero Germano,  
y el osado Francés con fuerte mano  
al yugo la cerviz trae inclinada.  
Alce España los arcos en memoria,  
10 títulos en colosos y estandarte  
despojos y coronas de victoria;  
Que ya en la tierra y mar no queda parte,  
que no sea trofeo de tu gloria,  
ni le resta más honra al fiero Marte.

<CANCIÓN IIII. Versión de B>

Esparce en estas flores  
pura nieve y rocío  
blanca y serena luz de nueva Aurora,  
y con varios colores  
5 se vista el bosque frío  
de los despojos de la rica Flora;

pues la excelsa Heliadora  
ya muestra su belleza,  
a do con alta frente  
10 da Betis su corriente,  
llevando al mar tendida su grandeza;  
y vos, lumbres del cielo,  
mirad felices nuestro Hesperio suelo.  
Rojo Sol, que el dorado  
15 cerco de tu corona  
sacas del hondo piélago, mirando  
el Ganges derramado,  
al Danubio y la Sona,  
y del divino Nilo el fértil bando;  
20 si tu llegares, cuando  
esta serena Estrella  
alza al rosado cielo,  
dando alegría al suelo,  
los ojos, do está Venus casta y bella,  
25 de aquellos rayos ciego,  
arderás, con tus llamas hecho fuego.  
Luna, que resplandeces  
sola, fría, argentada  
en el callado velo tenebroso;  
30 y tu luz enriqueces  
en la hacha inflamada  
del Sol con resplandor maravilloso;  
si el Lucero hermoso,  
do el puro Amor se alienta,  
35 mirares, encendida  
en llama esclarecida,  
que a limpias almas con virtud sustenta,  
correrás por la cumbre  
con grande y siempre eterna y clara lumbre.  
40 Junta a inmensa belleza ya está la cortesía,  
y suma honestidad y humilde trato  
con valor y grandeza,  
en el dichoso día  
45 que el largo cielo nos la volvió grato.  
vivo y puro retrato  
de inmortal hermosura,  
rayo de amor sagrado  
que al dulce esposo amado  
50 contigo junto en fuego eterno apura;  
y si parte le ofende,  
es que el cuerpo mortal su bien comprende.

El sacro rey de ríos,  
que nuestros campos baña,  
55 al bello aparecer de este Lucero  
cubrió los vados fríos  
al pie de la montaña,  
do vio resplandecer su Luz primero,  
del oro, que el Ibero  
60 en las cavernas hondas  
procura, y con las flores  
compuso en mil colores,  
y con perlas el curso de las ondas;  
y esclarecía el cielo,  
65 y daba olor suave en torno el suelo.  
Las gracias amorosas  
con las Ninfas un coro  
tejían en el blando, undoso seno;  
y de purpúreas rosas  
70 envueltas en el oro  
con ámbar oloroso y flores lleno,  
dulce despojo ameno  
del revestido prado,  
las guirnaldas ayuntaban,  
75 y todas coronaban  
el cabello sutil, largo y dorado,  
que, cual de las estrellas,  
por el aire volaron sus centellas.  
El alto monte verde,  
80 que de Palas es gloria,  
sintiendo en sí los pies de su señora,  
su tristeza ya pierde,  
y le da la victoria  
aquel, do Prometeo gime y llora;  
85 y donde la sonora  
lira de Tracia espira;  
el sagrado Helicon  
con florida corona,  
y do Atlante del peso no respira;  
90 pues su alteza sostiene  
la belleza, que el cielo en tierra tiene.  
Yo entretejer quisiera  
su nombre esclarecido  
entre la blanca Luna y Sol rosado;  
95 y su gloria pusiera  
en el peplo extendido,  
que en otra edad Atenas vio estimado;

cuando el tiempo llegado  
Minerva es celebrada.  
100 dichoso el año y día;  
y es quien ve el año y día.  
allí pintado está con asta airada  
el áspero Tifeo,  
que muerto pierde todo su deseo.  
105 Mas pues que la rudeza  
de este mi débil canto,  
causado de un deseo simple y vano,  
no puede a su belleza  
dalle la gloria, cuanto  
110 merece el valor suyo soberano,  
y mi intento es vano;  
Cisnes, que la corriente  
de Betis vais cortando,  
el canto vuestro alzando,  
115 su gloria y nombre resonad presente;  
y oían céfiro y Flora  
su inmensa hermosura con la Aurora.  
Canción humilde di a esta pura Estrella:  
sufra vuestra belleza  
120 mi rústica simpleza.

<175. SONETO LXI. Versión de B>

Cual de oro era el cabello variado,  
en mil varias lazadas dividido;  
y cuanto en más figuras esparcido,  
tanto de más centellas ilustrado.  
5 Tal suele de sus hebras coronado,  
Febo mostrarse en llamas encendido;  
tal discurre en el cielo esclarecido  
un ardiente cometa arrebatado.  
Debajo el puro y rico y sutil velo  
10 Amor, Gracia, Valor y la belleza  
templada en nieve y púrpura se vía.  
Pensara, que se abrió esta vez el cielo,  
y mostró su poder y su riqueza,  
si no fuera la Luz de la alma mía.

<178. EGLOGA VENATORIA. Versión de B>

De aljaba y arco tu Diana armada,  
que por el monte umbroso y extendido

a las fieras fatigas presurosa,  
huye del alto Ladmo desdichada,  
5 donde tu cazador duerme escondido;  
porque otra cazadora más hermosa  
persigue impetuosa  
al jabalí espumoso y enojado;  
porque otra más hermosa cazadora  
10 al ciervo sigue ahora.  
y si la viere Endimión, tu cuidado,  
ya corriendo la fiera en la maleza,  
te dejará por ella en la aspereza.  
Mas a Endimión no dejes tú Diana,  
15 queda con él, no siga al amor mío.  
Endimión, amor tuyo, esté contigo.  
en la callada noche, en la mañana,  
al Sol ardiente, al importuno frío  
mi dulce cazadora esté conmigo.  
20 este bosque es testigo,  
cuantas veces la llamo y busco en vano.  
la Aurora me oye sola sin su amante,  
y se ofrece delante,  
cuando espera las fieras en el llano.  
25 suspira ella su amor, yo lloro el mío,  
si al monte mira, yo a mi bosque y río.  
Hermosa cazadora, que has llevado  
del frío bosque mi herido pecho  
con el cabello de oro suelto al viento,  
30 y de flores y rosas coronado;  
eres Napea de este valle estrecho,  
que alcanzas con ligero movimiento  
al jabalí sediento,  
y del ciervo la planta voladora?  
35 que tu paso, y tu voz, y tu belleza  
mas que mortal grandeza  
descubre a tu Menalio, que te adora.  
tal va Cintia con traje soberano,  
encendiendo de amores a Silvano.  
40 ¿Qué dios, oh Ninfa bella, te ha ofrecido  
a mis ojos, corriendo yo una fiera  
sin cuidado de Amor; y vista luego  
te me llevó, dejándome perdido,  
porque en llama inmortal ardiendo muera?  
45 de tus ojos probó el tirano ciego  
con mi daño su fuego.  
mas tú habites el bosque oscuro y prado,

o la tendida selva de este río,  
jamás del pecho mío  
50 se apartará el Amor, que me ha abrasado,  
el bosque y prado del amor testigo,  
a amarte aprenderá también conmigo.

O la ligera garza levantando  
mire al halcón veloz y atrevido,  
55 o espere al jabalí cerdoso y fiero,  
o la Aura entre los árboles gozando;  
con silencio o voz muda en lo escondido  
del pecho solo lloraré primero  
el dolor, en que muero.

60 sin ti el feroz caballo, el rayo ardiente  
del imitado trueno, y la sabrosa  
caza, me es enojosa,  
pues tú me dejas mísero y doliente.  
todo me agradará, y será mi gloria,  
65 si vuelves, y de mí tienes memoria.

Porque huyes, y quieres que sin lumbre  
en esta selva muera con tormento,  
y no miras tu amante, que te llama?  
baja de esa fragosa y alta cumbre;  
70 que, según el ruido grave siento,  
por entre una y otra espesa rama,  
que las hojas derrama,  
un feroz jabalí se ha recogido.

con el arco en la blanca y tierna mano  
75 baja antes que al llano  
llegues, atravesado, y extendido  
de mi venablo, y muerto, la espumosa  
cabeza, llevarás victoriosa.

No te confíes, Ninfa, en tu belleza,  
80 que vendrá el día, en que las hebras de oro  
mude la edad ligera en blanca plata.  
antes muera, que vea tu tristeza.  
mas para qué suspiro triste, y lloro  
por quien a mis querellas es ingrata?

85 si tu dureza mata  
a quien te sigue, aquel, que te aborrece,  
qué pena habrá, que iguale con su culpa?  
pero quién no me culpa,  
pues sigo solo el mal, que se me ofrece?  
90 suspenso en el amor y en el deseo,  
al fin doy en un ciego devaneo.

Mas vos Amores, rojos dulcemente,



dejad las ondas claras de Citera,  
y a mi Ninfa herid con vuestra llama;  
95 que su hermosa flor perder no siente  
sin fruto inútil en la edad primera.  
y tú Diana, pues, Amor te inflama,  
cuando el monte te llama  
por el dormido amante, y ya el tormento  
100 conoces del Amor; si he venerado  
tus aras, y colgado  
del jabalí terrible y violento  
la alta frente, y del ciervo la ramosa,  
muéstrate a mis dolores piadosa.  
105 Si contigo viviera, Ninfa mía,  
en esta selva, tu sutil cabello  
adornara de rosas, y cogiera  
las frutas varias en el nuevo día;  
las blancas plumas del pintado cuello  
110 de la garza ofreciendo, y te trajera  
de la silvestre fiera  
los despojos, contigo recostado,  
y en la sombra cantando tu belleza;  
y en la verde corteza  
115 de la frondosa encina mi cuidado  
extendiendo, conmigo lo leyeras,  
y sobre mí las flores esparcieras.  
Ah cuantas veces entre aqueste juego  
a tu cuello los brazos rodeara!  
120 y en tus ojos mis ojos encendiendo,  
cuando mas descuidada de mi fuego,  
a tu boca el espíritu hurtara,  
mi espíritu en el tuyo convirtiendo,  
dulcemente muriendo.  
125 esto preciará más, que ver el vuelo  
del halcón, más que dar de un golpe muerte  
al jabalí más fuerte,  
o alcanzar por el ancho y largo suelo  
junto al agua herido y sin aliento  
130 al ciervo que atrás deja el leve viento.  
No dudes, ven conmigo, Ninfa mía.  
yo no soy feo, aunque la altiva frente  
no se muestra a tus hebras semejante.  
mas tengo amor, y fuerza y osadía,  
135 y tengo parecer de hombre valiente;  
que al cazador conviene este semblante  
robusto y arrogante.

iremos a la fuente, al dulce frío,  
y en blando sueño puestos al ruido  
140 del murmullo esparcido  
de la agua, tú en mis brazos, amor mío,  
y yo en los tuyos blancos y hermosos,  
a los Faunos haría envidiosos.

Mas si te agrada, y o si te agradase,  
145 ven conmigo a esta sombra, do resuena  
la aura en los ciclamoros revestidos  
de hiedra, do jamás se vio que entrase  
alzado el Sol con luz ardiente y llena.  
aquí hay álamos verdes y crecidos,  
150 y los pobos floridos,  
y el fresco prado riega la alta fuente  
con murmurio suave y sosegado.  
aquí el tiempo templado  
te convida a huir el Sol caliente.  
155 ven, Ninfa bella, ven ya Ninfa mía,  
este prado te llama y fuente fría.

<198. SONETO. Versión de B>

Sufrí llorando, al crudo Amor rendido,  
el dolor congojoso del cuidado;  
a celo, a pena, a ausencia condenado,  
y a desdén y a asperezas ofrecido.  
5 Amor movió mi canto entristecido  
y gobernó mi ingenio descuidado;  
él pudo levantarme a tal estado,  
que por ventura excederé al olvido.  
Quien conociere bien cuanto Amor puede,  
10 que leyere mis versos que compongo,  
muéstrese agradecido a mi memoria.  
Que él solo entiende cuánto mal excede  
al dolor, que en mi canto, Amor, dispongo,  
y él sabe si es igual el premio y gloria.

<200. SONETO. Versión de B>

Pues de este grave mal morir espero  
y no hay confianza en tanto daño,  
Amor me diese en premio de mi engaño  
este remedio solo, aunque postrero:  
5 que en duro bronce y en labrado acero,  
estuviese el dolor y el mal extraño,

y la dura ocasión del desengaño,  
por quien, con triste suerte, triste muero.  
Para quien de mi muerte la memoria  
10 y de la fe que tuve la firmeza  
a la futura edad fuese notoria.  
Que habría quien llorase mi tristeza  
con noble canto, y mi pasada gloria,  
despojos de mi bien y mi riqueza.

<203a. SONETO. Versión de B>

Con el cielo sereno, al mar abierto  
mi nave corre, y fresco el viento llega,  
y, entrando en golfo, la salud le niega  
cielo turbio, aire adverso, mar incierto.  
5 Vuelve, temiendo el mal presente, al puerto;  
temor y oscuridad la turba y ciega;  
y arrójala, y abierta, que se anega,  
libre la tempestad del daño cierto.  
Arrebatada va por el mar largo,  
10 sin esperanza alguna de remedio,  
y con temor de perdición terrible.  
Navegando en el mar de amor amargo,  
yo hallo en su peligro el mejor medio  
que es desear salud en lo imposible.

<203b. SONETO. Versión de B>

Al viento y al mar doy la vela y remo;  
próspero el viento es, y el mar quieto,  
y al fin puerto seguro me prometo  
y el voto hago de salud extremo.  
5 Dentro en el golfo airado el daño temo,  
con soplo adverso y piélagos inquieto,  
y el cielo a oscuridad está sujeto:  
no hay remedio a mi dolor supremo.  
Una Luz muestra clara el Occidente,  
10 que viste el cielo y la esperanza crece,  
el viento cae, sosiega el mar incierto.  
La prora vuelvo a ella, y juntamente  
la tierra en altas puntas aparece,  
y nunca llega al deseado puerto.

<205. SONETO. Versión de B>

¿Qué recio y fuerte lazo me encadena  
con hermosura y resplandor sagrado,  
que en llama ardiente, mísero, abrasado,  
a eterno y grave daño me condena?  
5 El celeste tesoro es, que mi pena  
en crespas hebras de oro fue tirado;  
por él levanto al cielo mi cuidado;  
por él gozo de gloria puesto en pena.  
Dichosos nudos del dorado hilo,  
10 que sois dulce consuelo a mi tormento  
y sois honra de España y luz del cielo,  
si fuese tal mi humilde y simple estilo  
que alzase vuestro nombre en alto acento,  
¿quién pudiera igualarme en mortal velo?

<212. SONETO. Versión de B>

La púrpura en la nieve desteñida  
sus dulces llamas del Amor perdía,  
y en los dorados cercos se veía  
Venus desfallecer con vuestra vida.  
5 La fiera muerte, de beldad vestida,  
su oscura noche vuelve en claro día,  
y en vuestros ojos puesta desconfía  
mi alma, que en vos muere partida.  
Pero espirando Amor, suave y tierno,  
10 en el bello semblante, la victoria  
llevó esperada, y se rindió la suerte.  
Ardió con vuestra luz su fuego eterno,  
y a la belleza dio de sí la gloria,  
que nuevo Amor en vos hizo a la muerte.

<213. SONETO. Versión de B>

Corta, vana alegría, inútil gloria,  
deseos sin efectos mal perdidos,  
suspiros tarde en mi dolor nacidos,  
despojos tristes de llorosa historia;  
5 para amargo temor de la memoria  
os siento en daño mío reducidos;  
mas después de mis males pretendidos,  
¿qué podéis pretender que os dé victoria?  
Conozco ya y entiendo bien mi engaño,  
10 que las heridas que en mi pecho veo

mostraron la experiencia de mi afrenta.  
Dejadme, pues huís, mi desengaño:  
que ni vuestras promesas ya deseo,  
ni el bien de vuestra pena me contenta.

<214. SONETO. Versión de B>

Veo el placer ajeno y el contento  
que ofrece Amor en el humilde estado,  
y como estoy doliente y fatigado  
procuro algún remedio a mi tormento.  
5 Levanto de la pena al pensamiento  
y digo que ya soy afortunado,  
y finjo la mudanza en más cuidado  
y dame la esperanza sufrimiento.  
Huye en vano mil veces mi deseo,  
10 la presa se le va, por quien yo muero,  
y se remonta, con desdén, perdido.  
Temo que habré de ser cual Salmoneo,  
que pretendió mudar el rayo fiero  
y fue con rayo cierto confundido.

<216. CANCIÓN. Al sueño. Versión de B>

Suave sueño, que con tardo vuelo  
las alas perezosas blandamente  
bates, de adormideras coronado,  
por el sereno y adormido cielo,  
5 ven ya al extremo puesto de Occidente,  
y del licor sagrado  
baña mis ojos; que, de amor cansado,  
con las revueltas de mi pensamiento,  
no admito algún reposo,  
10 y el dolor desespera al sufrimiento.  
¡Oh sueño venturoso,  
ven ya, ven dulce amor de Pasitea,  
a quien rendirse a tu valor desea!  
Divino sueño, gloria de mortales,  
15 descanso alegre al mísero afligido,  
sueño amoroso, ven a quien espera  
descansar breve tiempo de sus males,  
con el humor celeste desparcido.  
¿Cómo sufres que muera  
20 libre de tu poder quien tuyo era?

¿No es dureza dejar un solo pecho  
en perpetuo tormento  
y que no entienda el bien que al mundo has hecho

25 sin gozar de tu aliento?

Ven, sueño blando, sueño deleitoso,  
vuelve a mi alma ya, vuelve el reposo.

Sienta yo en este paso tu grandeza,  
baja esparciendo el inmortal rocío,  
huía la Alba, que en torno resplandece;

30 mira mi grave llanto y mi tristeza  
y la razón del descontento mío,

y mi frente humedece,

en la sazón en que la lumbre crece.

Vuelve, sabroso sueño, y las hermosas

35 alas suenen ahora,

y huya con sus alas presurosas

la desabrida Aurora;

Y lo que en mí faltó la noche fría

acabe la cercana luz del día.

40 Una corona fresca de tus flores,  
sueño, ofrezco, y descubre el dulce efeto

en los cansados cercos de mis ojos;

que el aire, lleno en líquidos olores,

ya tiene por qué sea más secreto;

y de estos mis enojos

destierra, manso sueño, los despojos.

Ven ya, pues, blando sueño, ven dichoso,

antes que el Oriente

descubra al sol con fuego presuroso.

50 Ven ya, sueño presente,

y acabará el dolor: así te vea

en brazos de tu dulce Pasitea.

Canción, si no agradares hecha en sueño,

como yo alcance a ser del sueño oído,

55 sufre el mal que te diere

quien más cuidado en tu dolor pidiere.

<217. SONETO. Versión de B>

En este espacio de camino incierto,

armado con los riscos y espantoso,

ay afán largo y paso peligroso,

dudosa la salud y temor cierto.

5 Entre espinas, huyendo este desierto,

pruebo buscar el paso no dañoso.

Resuena áspero el viento tempestuoso,  
el cielo en negra sombra está cubierto.  
Ya corro, despeñándome, sin tiento;  
10 ya doy en las espinas con los ojos,  
y término no hallo en mi camino.  
Cánsase y desespera el sufrimiento,  
y no teme ya tanto los abrojos  
cuanto ver la ocasión del mal contino.

<219. SONETO. Versión de B>

Estaba en varios nudos recogido  
el cabello dorado a quien adoro;  
no cabello dorado, antes el oro,  
por quien alegre llevo el mal sufrido.  
5 Estaba el resplandor más encendido  
de aquellas luces, del Amor tesoro,  
por quien mi gloria, ya perdida, lloro,  
pues son causa del daño a que he venido.  
La veste negra, la beldad del cielo  
10 era, y la voz de angélica armonía,  
el aire y gracia, de divino aliento.  
Yo que buscaba, triste, algún consuelo,  
viendo el valor de aquesta lumbre mía,  
llegué para llevar mayor tormento.

<221. SONETO. Versión de B>

En tus cristales claros la belleza,  
Océano, yo veo figurada  
de mi Luz, que, en sus hebras coronada,  
muestra su majestad y su grandeza.  
5 Tus ondas resplandecen con la alteza  
de los rayos de Febo, y la dorada  
frente en ellas contemplo reformada  
y de púrpura y nieve la pureza.  
Si alzo al cielo los ojos, donde junto  
10 imitas su color, hallo presente  
mi Lucero, de llamas esparcido.  
Yo, dudoso del bien, al mismo punto  
vuelvo a ti, y en tus ondas refulgente  
y en el cielo lo miro dividido.

<223. SONETO. Versión de B>

Tan alto llevó el vuelo mi esperanza,  
que mereció perderse en su osadía;  
yo bien lo imaginaba y le decía  
que no subiese al bien que ella no alcanza.  
5 No me escuchó, y fundose en confianza  
incierta, y perdió el bien que poseía;  
y puesta en tal extremo y agonía,  
conmigo se lamenta en la mudanza.  
Y para consolalla de su daño,  
10 de Faetón el rayo le recuerdo  
y de su osada empresa la memoria.  
Que a mi mal solo vale ya el engaño,  
con quien de mi esperanza el premio pierdo,  
y aun esto juzgo por más alta gloria.

<224. SESTINA I. Versión de B>

Un verde Lauro, en mi dichoso tiempo,  
solía darme sombra, y con sus hojas  
mi frente coronaba junto a Betis:  
entonces yo en su gloria alzaba el canto,  
5 y resonaba como blanco Cisne,  
la Soledad testigo fue, y el bosque.  
Después que al bien me dio principio el bosque,  
y en la sombra gocé del dulce tiempo,  
y canté como cuando muere el Cisne,  
10 el Lauro me negó sus verdes hojas.  
y en triste se trocó el alegre canto,  
y se admiró de mi lamento Betis.  
Yo busco el Lauro junto al grande Betis,  
y está cerrado en el espeso bosque,  
15 do apenas llega el lastimoso canto,  
que le ofrecí, el pasado alegre tiempo;  
mas él huye de darme más sus hojas;  
y yo me quejo como suele el Cisne.  
Jamás cantó tan triste el dulce Cisne,  
20 en el sonante curso del gran Betis;  
como yo, por el Lauro, y verdes hojas,  
que me impiden tratar el duro bosque;  
y con memoria del suave tiempo,  
resuena todo en lástimas mi canto.  
25 Ya no sonaré yo el felice canto,  
que puso envidia, en Betis, al gran Cisne;  
pues es contrario a mi esperanza el tiempo  
tristezas oirá y lágrimas ya Betis,



y al cielo moveré contra aquel bosque,  
30 que del Lauro defiéndeme las hojas.  
Pues ya no me coronó de las hojas  
enmudezca de hoy más el tierno canto;  
así vea desnudo al triste bosque,  
y llore mi dolor el blanco Cisne,  
35 que tiende el lecho en el soberbio Betis;  
pues el Lauro me falta, y deja el tiempo.  
Entristéceme el tiempo, el Lauro, y hojas,  
el canto no me agrada, el blanco Cisne  
lamente en Betis, y arda en fuego el bosque.

<225. SONETO XXV. Versión de B>

Dulce el fuego es de Amor, dulce la pena,  
y dulce de mi daño la memoria,  
cuando renueva Amor la antigua historia,  
que a su grave tormento me condena.  
5 Mas cuando hallo mi esperanza llena  
de bien y de promesas de victoria,  
un súbito dolor turba mi gloria,  
y todos mis concetos desordena.  
Que será esta Luz pura de belleza,  
10 la fe del limpio Amor en poca tierra  
muerta, y el fuego muerto; que me inflama.  
Oh vano ardor de la mortal flaqueza,  
si el fin; que ofrece paz de tanta guerra,  
no dejara ceniza de mi llama.

<226. SONETO XXVI. Versión de B>

A do tenéis la luz, Héspero mío,  
la luz, gloria y honor del Occidente?  
estás puesto en el cielo reluciente  
en importuno tiempo y seco Estío?  
5 Lleva tu resplandor al sacro río,  
que tu belleza espera alegremente,  
y el céfiro te sea otro Oriente  
hecho Lucero, y no Héspero tardío.  
Merezca Betis fértil tanta gloria,  
10 que solo el de estas luces ilustrado  
a tierra y cielo lleva la victoria.  
Que tu belleza, y resplandor sagrado  
hará perpetuo, de inmortal memoria,  
mientras corriere al mar arrebatado.

<230. SONETO. Versión de B>

Yo vi que mi Sirena dividía  
sus crespas ondas de oro al manso viento,  
y en voz tierna y suave movimiento  
mi duro corazón enternecía.

5 Mi rustiqueza ingrata y rebeldía  
perdió, vencida, el obstinado intento,  
y en blando y regalado sentimiento  
trocó mi alma la aspereza mía.

Nunca me vi más preso ni rendido,  
10 y nunca vi en Amor mayor dureza,  
ni más grave desdén, ni largo olvido.

Mi bien a tanto extremo y estrechez  
con dolor nuevo, Casas, me ha traído,  
que su dureza temo y su belleza.

<231. ELEGIA II. Versión de B>

Si ya la Luz que causa mi alegría,  
su resplandor aparta de mis ojos,  
para qué quiero ver la luz del día?

Para ver por ventura mis despojos  
5 en ajeno poder; y mi memoria  
muerta; y vueltas las flores en abrojos.

Amor, porque me dio breve victoria  
y no entera, con daño de la vida,  
que fortuna en sus hechos nueva gloria;  
10 Más grave siente la inmortal herida,  
con la fuerza del mal; y triste temo  
a la alma a tales ímpetus rendida.

Espero ya llegar a tal extremo,  
que a todos ponga lástima mi pena;  
15 y no espero tornar al bien supremo.

Libre quisiera estar de la cadena,  
que en los dorados nudos me ha forzado,  
a padecer el daño que me ordena.

Adonde la luz vuelvo fatigado  
20 una sombra, un horror, un gran tormento,  
se presenta en la fuerza del cuidado.

El prado que solía estar contento,  
y el río de mi canto entretenido,  
muestran de mi dolor el sentimiento.

25 Los árboles las ramas han perdido;

la hierba se consume, y se deshace;  
el calor en las flores esparcido.  
A nadie de mi lástima le place,  
sola mi bella Luz (ay dura suerte)  
30 se alegra, y mi dolor le satisface.  
A do me volveré con mal tan fuerte,  
quien podrá remediar mi desventura,  
sino la cruda, y espantosa muerte?  
Aquella claridad y hermosura  
35 que ya algún tiempo se llamaba mía,  
deshizo mi esperanza y mi ventura.  
Pues me deja mi Luz, y mi alegría,  
y no deja el dolor; quiere que muera,  
porfiando con mísera agonía;  
40 qué vana gloria de mi muerte espera?

<232. SONETO XXXII. Versión de B>

Largos sutiles lazos esparcidos  
por el rosado cuello, y blanca frente;  
dorada diadema ardor luciente;  
llenos de mis despojos ofrecidos.  
5 Tiernos y bellos ojos encendidos,  
rayos de Amor; por quien mi pecho siente  
la herida inmortal que llevo ausente;  
abrasada mi fuerza y mis sentidos.  
Dichoso yo, que merecí cadena  
10 de vuestras ricas hebras; y la llama,  
que de vos procedió en estos mis ojos.  
Oh si pudiera acrecentar la pena,  
y avivar más el fuego que me inflama,  
para daros debidos los despojos.

<232. SONETO XXXII. Versión de F>

Largos sutiles lazos esparcidos  
por el rosado cuello, y blanca frente;  
dorada diadema ardor luciente;  
llenos de mil despojos ofrecidos.  
5 Tiernos y bellos ojos encendidos,  
rayos de Amor; por quien mi pecho siente  
la herida inmortal que llevo ausente;  
abrazando mi fuerza y mis sentidos.  
Dichoso yo, que merecí cadena  
10 de vuestras ricas hebras; y la llama,

que de vos procedió en aquestos ojos.

Oh si pudiera acrecentar la pena,  
y avivar más el fuego que me inflama,  
para daros debidos los despojos.

<233. SONETO XXXIII. Versión de B>

El duro hierro agudo, que la mano  
rica de mis despojos, por vos siente;  
y la sangre esparció, que Amor presente  
guardó, cual Néctar puro y soberano.

5 Guiolo Amor; y abrió manso y humano  
lugar al dolor vuestro tiernamente;  
que el mal que siento grave y vehemente,  
blando siente el cruel pecho tirano.

La herida terrible que en mis ojos  
10 de los vuestros entró, y causó mi pena,  
venganza toma agora en vuestro yerro;  
No es culpa vuestra es gloria a mis despojos;  
y así que os hiera, el dulce Amor ordena,  
(como a mí vuestros ojos) vuestro hierro.

<237. SONETO XXXVII. Versión de B>

No es tan duro mi pecho, que no sienta  
la fuerza del dolor; que en él descende;  
mas Amor, por más daño, me defiende  
que dé muestras algunas de mi afrenta.

5 Quiere, que calle el mal, y que consienta  
la pena que de nuevo al alma ofende;  
y en fuego nunca usado ahora enciende  
el corazón; que en llama se sustenta.

Si esta grave pasión no perturbara  
10 el pecho; bien pudiera confiado  
llegar al dulce fin del Alegría.

Mas ay, cuánto es esta esperanza cara!  
y, por mirar su bien, cuánto ha pasado  
de dolor y tormento la alma mía!

<238. SONETO XXXIIX. Versión de B>

Este Lauro, que tiene en su corteza  
verde, escrita la honra de mi pena;  
y en él, el manso céfiro resuena,  
mi mal, su resplandor, y su belleza;

5 Cuando el Sol elevado en más alteza  
se vio, me dio en sus hojas sombra llena.  
fue el calor blando, y la congoja buena;  
y entonces me alegraba la aspereza.

Ahora oh triste hado, avaro cielo:  
10 que deja el Sol ardiente el paso abierto,  
y todo es mal y daño en mi fortuna.  
Con llanto eterno, y falto de consuelo.  
miro el Lauro; y padezco en el desierto,  
por su culpa, el calor queme importuna.

<240. ELEGIA III. Versión de B>

Oh suspiros; oh lágrimas hermosas,  
gloria del alma mía, y mi cuidado,  
que de mi pena fuisteis piadosas.

Oh sentimiento de amoroso estado;  
5 oh prendas de mi alma, y mi esperanza;  
que reparáis el mal del bien pasado.

Si alguna vez hallare yo mudanza,  
y algún desdén, en quien está mi vida,  
vos seréis mi reparo y confianza.

10 No temeré por vos ira encendida,  
si el Amor no temiese; vos sois puerto  
a la alma, en peligroso mar perdida.

Suspiros míos que me tenéis muerto,  
sueño yo aqueste bien? decid, es fingido?  
15 decid, hermosas lágrimas, es cierto?

Oh lágrimas, si hubiera concedido  
Amor, que yo os bebiera porque el pecho  
regarades, que en fuego está encendido.

No para que pudiera ser deshecho,  
20 mas para que tomara blando aliento,  
y fuera este de Amor ilustre hecho.

Y para que tuviera su aposento  
propio en el corazón; y relevara  
parte de mi dolor, y mi tormento.

25 No hay Néctar dulce por quien yo os trocara,  
ni lluvia de oro, oh lágrimas hermosas,  
por quien mi alma su dolor repara.

Tales lágrimas dulces piadosas,  
Venus Citerea derramó, dejando  
30 a Adonis en las selvas amorosas.

Y tales fueron los suspiros, cuando  
de amor de Marte presa suspiraba,

ardiendo en fuego deleitoso y blando.  
Con estas bellas lágrimas bañaba  
35 Diana el rostro blanco tiernamente,  
cuando de Endimión triste se apartaba.  
Hermosas perlas que del Oriente  
nacidas en la concha generosa  
se esparcen por el último Occidente,  
40 Tendidas por la púrpura hermosa,  
no dan tal resplandor, cual habéis dado;  
cayendo en los colores de la rosa.  
El rocío del cielo derramado,  
y en olorosas flores esculpido  
45 a vuestra gran belleza no ha igualado.  
Oh lágrimas dichosas, que el olvido  
nunca podrá borrar de mi memoria,  
con quien jamás espero ser perdido.  
Oh mi vida, mi alma, bien, y gloria;  
50 y vos suspiros de amorosa suerte,  
por quien gané vencido la victoria.  
Vivid alegres, sin que enojo fuerte  
o aspereza revoque esta alegría,  
que no podrá romper la dura muerte.  
55 Conmigo faltaréis a un mismo día,  
y renovándoos los celestes ojos  
lloraréis en la pena y muerte mía;  
y seréis del Amor dulces despojos.

<240. ELEGIA III. Versión de F>

Oh suspiros; oh lágrimas hermosas,  
gloria del alma mía, y mi cuidado,  
que de mi pena fuiste piadosas.  
Oh sentimiento de amoroso estado;  
5 oh prendas de mi alma, y mi esperanza;  
que reparáis el mal del bien pasado.  
Si alguna vez hallare yo mudanza,  
o algún desdén, en quien está mi vida,  
vos seréis mi regalo y confianza.  
10 No temeré por vos ira encendida,  
si el Amor no temiese; vos sois puerto  
a la alma, en peligroso mar perdida.  
Suspiros míos que me tenéis muerto,  
sueño yo a questo bien? decid, es fingido?  
15 decid, hermosas lágrimas, es cierto?  
Oh lágrimas, si hubiera concedido

Amor, que yo os bebiera porque el pecho  
regarades, que en fuego está encendido.  
No para que pudiera ser deshecho,  
20 mas para que tomara blando aliento,  
y fue este de Amor ilustre hecho.  
Y para que tuviera su aposento  
propio en mi corazón; y relevara  
parte de mi dolor, y mi tormento.  
25 No hay dulce néctar por quien yo os trocara,  
ni lluvia de oro, oh lágrimas hermosas,  
por quien mi alma su dolor repara.  
Tales lágrimas dulces piadosas,  
Venus Citerea derramó, dejando  
30 a Adonis en las selvas deliciosas .  
Y tales fueron los suspiros, cuando  
de amor de Marte presa suspiraba,  
ardiendo en fuego deleitoso y blando.  
Con esas bellas lágrimas bañaba  
35 Diana el rostro blanco tiernamente,  
cuando de Endimión triste se apartaba.  
Hermosas perlas que desde el Oriente  
nacidas en la concha generosa  
se esparcen por el último Occidente,  
40 Tendidas por la púrpura hermosa,  
no dais tal resplandor, cual habéis dado;  
cayendo en los colores de la rosa.  
El rocío del cielo consagrado,  
y en las hermosas flores esculpido  
45 a vuestra gran belleza no ha igualado.  
Oh lágrimas dichosas, que el olvido  
nunca podrá borrar de mi memoria,  
con quien jamás espero ser perdido.  
Oh mi vida, mi alma, bien, y gloria;  
50 y vos suspiros de amorosa suerte,  
por quien gané vencido la victoria.  
Vivid alegres, sin que enojo fuerte  
o aspereza revoque esta alegría,  
que no podrá romper la dura muerte.  
55 Conmigo faltaréis a un mismo día,  
y renovándoos los hermosos ojos  
lloraréis en la pena y muerte mía;  
y seréis del Amor dulces despojos.

Lloro solo mi mal, y el hondo río  
en sus turbadas ondas lleva el llanto;  
ya es tiempo, digo; Amor, en triste canto,  
que pongas justo fin al dolor mío;  
5 Que sigo ausente, sin tu desvarío,  
y en tu vana esperanza me levanto;  
y en este paso desamparas cuanto  
de tu promesa y tu valor confío.  
Ya es tiempo Amor, que el áspero tormento  
10 acabe; o que mi vida se deshaga,  
la esperanza, el deseo; y osadía.  
Que en tanto mal ya falta el sufrimiento,  
y el crudo golpe de esta acerba llaga  
a lo íntimo llegó de la alma mía.

<SESTINA II. Versión de B>

Al bello resplandor de vuestros ojos  
mi pecho abrasó Amor en dulce llama,  
y desató el rigor de fría nieve,  
que entorpecía el fuego de mi alma;  
5 y en los estrechos Lazos de oro y hebras  
sentí preso y sujeto al yugo el cuello.  
Cayó mi altiva presunción del cuello,  
y en vos vieron su pérdida mis ojos,  
luego que me rindieron vuestras hebras;  
10 luego que ardí, Señora, en tierna llama;  
pero alegre en su mal vive mi alma,  
y no teme la fuerza de la nieve.  
Yo en fuego ardo, vos heláis en nieve;  
y libre del Amor alzáis el cuello,  
15 ingrata a los tormentos de mi alma,  
que aun blandos a su mal no dais los ojos;  
mas siempre la abrasáis en viva llama,  
y sus alas prendéis en vuestras hebras.  
Viese yo, las doradas ricas hebras  
20 bañadas de mi llanto, si la nieve  
vuestra, diese lugar a esta mi llama;  
que la dureza de ese yerto cuello  
la lluvia ablandaría de mis ojos,  
y en dos cuerpos habría sola una alma.  
25 La Celestial belleza de vuestra alma  
mi alma enlaza en sus eternas hebras;  
y penetra la luz de ardientes ojos,  
con divino valor la helada nieve;



30 y lleva al alto cielo alegre el cuello,  
que enciende el limpio ardor inmortal llama.  
Amor, que me sustentas en tu llama,  
da fuerza al vuelo presto de mi alma;  
y del terreno peso alzando el cuello  
inflamarás la luz de sacras hebras;  
35 que ya, sin recelar la dura nieve  
miro tu claridad con puros ojos.  
Por vos viven mis ojos en su llama,  
o Luz de la alma, y las doradas hebras  
la nieve rompen, y dan gloria al cuello.

<249. ELEGIA IV. Versión de B>

Si es ley de Amor que quien os ama muera.  
y pague con la vida la osadía  
mi pena, y muerte sea la primera.  
Mas si pretende Amor, oh Lumbre mía,  
5 que quien merece amaros siempre viva,  
por qué queréis matarme con porfía?  
Acabe ya, vuestra dureza esquiva,  
que no sufre razón tan gran crudeza,  
ni es bien, al tierno amante ser altiva.  
10 Si no merezco amar vuestra belleza,  
y buscáis con la muerte mi castigo,  
por ser indigno yo de tanta alteza;  
Este amoroso puesto es buen testigo  
de quien fue la ocasión de mi tormento,  
15 dando principio al mal que yo prosigo.  
Nunca osé levantar el pensamiento,  
a más que contemplar la hermosura,  
vuestro valor, y blando acogimiento.  
Nunca me confié de mi ventura  
20 tanto, que pretendiese tal victoria,  
siendo justo perder tal coyuntura.  
Vos disteis causa a mi primera gloria,  
vos pusisteis aliento a la esperanza;  
prometiendo certísima memoria.  
25 Creí vuestro deseo, y la bonanza  
que vi en el mar quieto y sosegado,  
diome vuestra amorosa confianza.  
Ahora veo, mi dichoso estado  
en miserable vuelto, y mi alegría  
30 en tristeza, y mi bien en mal trocado.  
No sé a quién yo me vuelva en mi porfía,

que pueda consolarme en tal fortuna,  
sino a vos, enemiga dulce mía.  
Mis quejas os publico de una en una,  
35 muestroos mi pena, y lástima presente,  
y veo que mi mal os importuna.  
Estáis a mis tormentos inclemente,  
ingrata, esquiva, dura, y desdeñosa;  
y de vuestra memoria estoy ausente.  
40 Mi alma que con vos era dichosa, sin vos triste,  
sin vos es desdichada,  
sin vos de su dolor jamás reposa.  
No hay quien de mi pena lastimada  
no suspire, y no tenga descontento,  
45 y vos estáis más cruda, y obstinada.  
Oh Luz, gloria de Hesperia, y ornamento,  
criada por mostrarnos la belleza,  
del alto, y claro, y celestial asiento.  
Mirad, que si en vos falta la terneza,  
50 perdéis parte mayor de vuestra gloria,  
y el más ilustre nombre de la alteza.  
Sufriréis que os escriba la memoria  
por bella, y por cruel? oh Lumbre mía!  
no deis a tal pecado tal victoria.  
55 Sed, pues que sois mi Luz hermosa, pía;  
dad a quien os adora algún consuelo,  
en premio de sus penas, y agonía.  
No me dejéis morir con desconsuelo,  
de vuestra crueldad desesperado;  
60 baste el dolor sufrido, y su recelo.  
Cómo sufrís que muera en tal estado  
quien era vuestro amor, vuestro contento,  
y dulcemente fue de vos tratado?  
Mas si vuestra dureza y mi tormento,  
65 quieren cortar el hilo de mi vida,  
y esto es ya de los dos postrero intento;  
En este breve espacio, y despedida,  
mostrad dolor alguno de mi muerte;  
en término tan áspero ofrecida.  
70 Que después no habrá pena, o mal tan fuerte,  
que pueda deshacerme esta memoria,  
último bien de mi infelice suerte,  
y despojo dichoso de mi gloria.

Muestras de breve bien que huye luego,  
antes que la ocasión vuelva la frente,  
fueron las que el Amor halló presente,  
con que mi alma ardió en su eterno fuego.  
5 Pero glorias de un niño solo y ciego,  
que presto las deshace un accidente,  
cómo pueden valer a un pecho ausente;  
que no sabe qué es tiempo de sosiego?  
Alcé mis esperanzas sobre arena,  
10 que el viento aparta, y lleva sin concierto,  
y no temo los golpes de mudanza;  
Cayeron, y el Amor, por mayor pena,  
quedó en las altas nubes descubierto;  
con temor, y sin fuerza, y confianza.

<SONETO LIV. Versión de B>

Duro es este peñasco levantado,  
que no teme el furor del bravo viento;  
fría esta nieve, que el soberbio aliento  
del Aquilón arroja apresurado.  
5 Más duro es vuestro pecho, y más helado,  
en quien la piedad no ha hecho asiento;  
ni el fuego de amoroso sentimiento  
en él jamás, por culpa vuestra, ha entrado.  
Sordas las ondas son de aqueste río,  
10 pero más sorda vos, a mis clamores;  
que aún poco os pareció ser dura y fría.  
Mas todo este dolor al pecho mío  
no causa tantas penas y dolores  
cuanto la soledad de la alma mía.

<255. ELEGIA V. Versión de B>

Los ojos que son luz de la alma mía,  
húmedos vi tornarse con lamento,  
la púrpura bañando, y nieve fría.  
Un tierno y congojoso sentimiento  
5 con suspiros forzado, fatigaba  
el pecho, donde inspira Amor su aliento.  
A la armonía, y llanto atento estaba  
el aire, suspendido el alto cielo,  
y a mí, junto con ella se quejaba.  
10 Cuándo oyó tan suave canto el suelo?  
aunque tenga de Orfeo la memoria,

y de Febo cubierto en mortal velo?  
Cuándo tuvo el Amor tan gran victoria?  
cuándo sintió el valor de su grandeza?  
15 sino en esta dichosa y sola gloria.  
Qué piedad fue ver en tal tristeza  
los dulces ojos, que jamás vio tales  
la luz del rojo Sol puesto en alteza.  
Los dulces verdes ojos celestiales,  
20 que entre la blanca nieve, y frescas rosas  
(a quien son las de Pesto desiguales)  
Esparcían las lágrimas hermosas,  
avivando el color con el rocío  
que cubría las flores amorosas.  
25 Qué lástima, era ver, en el Sol mío  
el puro resplandor, que me encendía,  
amortiguado sin aliento y frío.  
Qué compasión mirar la gloria mía  
sujeta a un triste y miserable estado,  
30 y ver que Amor en ella padecía.  
No hubiera pecho (aunque de acero armado)  
que al dolor no entregara sus despojos  
de la aspereza en piedad trocado.  
El licor que bajaba de los ojos  
35 por los pechos, y veste variada,  
de lazos plateados, y de abrojos.  
En nieve con dureza congelada  
convertida su forma en la figura  
de una luciente perla bien tallada.  
40 No cría con tal Luz y hermosura  
en sí el rosado y oloroso Oriente  
perla de tan perfecta Compostura,  
Si tuviera esta perla refulgente  
Juno, de la alta Samo sacra Diosa,  
45 Paris le diera el premio fácilmente.  
Con esta fuera Venus más dichosa,  
y el resplandor más blanco de Diana,  
y de Febo la luz más poderosa.  
Llegué yo a esta mi perla soberana  
50 ay triste, inadvertido por mi daño,  
que su luz a mis ojos fue tirana.  
No me temí del amoroso engaño,  
no pude persuadirme a tal afrenta;  
no siendo de la ley de Amor extraño;  
55 A la luz que en mis ojos se aposenta  
iba para quejarme de la pena

que la fortuna adversa le presenta.  
Cuando cerca del mal que Amor ordena  
miré con piedad, y confiado,  
60 la que todas mis glorias enajena.  
La luz, y el dulce resplandor nevado  
el corazón venció con su belleza,  
y la tomé en mis manos admirado.  
Lloroso y con temor de su tristeza  
65 me olvidé de la perla que traía,  
y a mi boca llevéla con simpleza.  
Disuelta al punto, oh dura suerte mía,  
a las entrañas descendió, y en fuego  
se trasmudó la nieve dura y fría.  
70 El corazón se abrasa ardiendo luego,  
como si por mi bella Luz no ardiera,  
y su calor dejome aun tiempo ciego.  
Oh crudo engaño, quién jamás creyera  
que en un cuajado y recogido hielo  
75 oculto un fuego líquido estuviera.  
Qué, fuera del Amor, virtud del cielo,  
pudo mostrar en lágrimas hermosas  
un nuevo efecto, nunca visto, al suelo.  
Estas lágrimas puras, y amorosas,  
80 eran fuego de Amor, eran mi muerte,  
estas lágrimas tiernas, y dichosas.  
Si estas pudo arrojar con triste suerte  
por los ojos, doblando el desvarío  
al pecho, que rindió su brazo fuerte,  
85 Si estas pudo enviar en hielo frío,  
conociendo en la luz de su belleza  
más virtud que en su fuerza, el Amor mío;  
Por qué quiere que viva en su dureza  
siempre sujeto, y preso, y engañado,  
90 pues no trató conmigo con llaneza?  
Mejor fuera, que ya que mal tratado  
debía yo vivir, en su tormento,  
me llevara al dolor sin ser forzado.  
Y no que con su fraude, y crudo intento,  
95 me robara la gloria de mi pena,  
dejándome en confuso sentimiento  
rebelde el cuello siempre a la cadena.

Formar quiso el artífice dichoso  
que vio vuestra belleza y lumbre pura  
al pensamiento igual la hermosura  
que hace el tiempo nuestro venturoso.  
5 La dulce gracia, el resplandor hermoso  
que dan púrpura y nieve en su pintura  
dio, y luz que venza a la tiniebla oscura,  
más que todos osado y temeroso.  
Pero la celestial sola belleza,  
10 las hebras de oro y la rosada frente,  
los ojos blandos, donde Amor se cría,  
no pudo, y justo fue que su rudeza  
no muestre gloriosa y excelente  
vuestra beldad, oh ínclita María.

<258. SONETO LVII. Versión de París>

Formar quiso el artífice dichoso  
que vio de tal belleza la luz pura  
el pensamiento igual a la hermosura  
por quien el siglo nuestro es venturoso.  
5 Un aire y gracia, un resplandor hermoso,  
que dan púrpura y nieve su mixtura,  
y luz que venza la tiniebla oscura  
pudo dar su pincel tan ingenioso.  
Mas la luz y belleza tan entera,  
10 el semblante amoroso y soberano,  
los ojos bellos, donde Amor se cría,  
no pudo, y fue bien que no pudiera,  
pues pintar no merece ingenio humano  
vuestra beldad, oh ínclita María.

<267. SONETO LXIV. Versión de B>

Si el dulce y tierno canto Amor te inspira,  
si pone en tu memoria algún cuidado  
la luz que te guió en el mar turbado,  
torna, Amalteo, a resonar tu lira.  
5 Por ti Betis al Tebro altivo admira,  
al Tebro con el Arno ya igualado,  
y entre puras estrellas colocado  
envidioso Erídano lo mira.  
Contigo calla el coro de Helicon,  
10 que en su cristal se baña reluciente,

y Amor pierde en tu olvido los despojos.  
Yo, que tanto te estimo, la corona  
pido que no rehúyas a tu frente:  
así te miren sus hermosos ojos.

<270. SONETO LXVI. Versión de B>

Alfonso, vuestro noble y dulce canto,  
con quien suena del cielo la armonía,  
debiera celebrar de la Luz mía  
las hebras de oro crespas que honro y canto.  
5 Que yo muestro la fuerza de mi llanto  
y el bien que a mi esperanza se desvía,  
y solo el mal que Amor a la alma envía  
cuando mi ruda voz débil levanto.  
No que a mi nombre humilde vida y gloria  
10 diera, que ya alza igual la altiva frente  
a quien ilustra el Arno puro y frío.  
Mas si puedo estimar esta memoria,  
verá el templado puesto de Occidente  
que vuestro valor canta el Betis mío.

<280. ESTANCIAS II. Versión de B>

Oí el son del amoroso canto,  
hermosa Estrella mía, que yo veo  
en vuestra luz el fuego, en quien levanto,  
ardiendo prestas alas, al deseo.  
5 Por vos no puede en mí el dolor y el llanto,  
y, lleno de la gloria que poseo,  
hallo que en vos mi pena me disculpa  
y en mi dichoso mal estoy sin culpa.  
Abrázame las venas este fuego;  
10 las junturas y entrañas abrasadas  
siento, y nervios arder y correr luego  
las llamas por los vasos dilatadas.  
Mi llanto tiembla al fuego, y si sosiego,  
crecen las llamas, súbito alentadas;  
15 el fuego en la ceniza me revuelve  
y en lágrimas al pecho el Amor vuelve.  
Cuando en vos pienso, en alta fantasía  
me arrebato, y ausente me presento,  
y crece, contemplandoos, mi alegría,  
20 donde vuestra belleza represento

las partes con que siente la alma mía,  
enlazada en mortal ayuntamiento,  
y recibe en figuras conocidas  
al sentido las cosas ofrecidas.

25 Aunque en hondas tinieblas sepultado,  
y estoy en grave silencio y escondido,  
casi en perpetua vela del cuidado  
se me adormecen, y en el bien crecido,  
de esta memoria, con amor formado,  
30 se vencen, y allí todo suspendido  
el espíritu os halla, y tanto veo,  
cuanto pide el amor y mi deseo.  
Con la grande igualdad que en la belleza  
vuestra halla mi alma semejante,  
35 que trasfigure en mí vuestra grandeza  
me fuerza, y a mí en vos, y del semblante  
de vuestra luz procede con terneza  
a los ojos de vuestro humilde amante  
un furor blando, en que perderme siento,  
40 y se dobla en la vista mi tormento.  
Amor me hiere y hace que mi pena  
exceda a la que ha sido más terrible;  
anda de mí mi alma hecha ajena,  
sufriendo el mal, que amor es imposible.  
45 Solo estoy do mi alma se condena,  
y estoy do al mortal cuerpo no es posible;  
do estoy no estoy, y estoy do no me veo,  
y véome do estar siempre deseo.  
Casi sin esperar, mi bien, os temo,  
50 y en temor infinito os sirvo y amo  
con infinito amor, y en tanto extremo  
más desconfío cuanto más me inflamo;  
y mi desconfianza en lo supremo  
se halla del dolor, pero si llamo  
55 la esperanza al favor, se me retira,  
y lejos de salud mi empresa mira.  
Padezco yo por vos sin esperanza  
y menos me debiera si gozara  
el dolor de mi mal en confianza,  
60 porque por mi provecho ya penara  
y no por el valor que la alma alcanza;  
y esta suerte de mal me es dulce y cara,  
porque gozo mis glorias, apartado  
de remedio, en la pena del cuidado.  
65 Tengo esperanza de dolor, y tengo



por ella alguna cuenta de esta vida  
que aborrezco, y las penas que sostengo  
deseo, por ser vos de ellas servida;  
y aunque me tratan mal las entretengo  
70 y en medio de mi alma doy cabida,  
y duéleme perder la vida y ellas,  
porque mereceré el dolor con ellas.

Aunque perder la vida me asegura  
mis trabajos, no tomo algún contento,  
75 porque es mi gloria verdadera y pura  
acordarme quién causa mi tormento;  
mas luego Amor sus alas bate y jura  
que el bien que dará el mal del pensamiento  
es la muerte, pues ve que la memoria  
80 de quien me olvida, alabará mi gloria.

No tengo de vos bien sino el cuidado  
que siente el corazón, y es mejor parte  
esto del mayor precio y estimado,  
que vuestra corta piedad reparte;  
85 y téngolo en secreto tan guardado,  
que jamás daré de él alguna parte;  
que solo nací yo para tenello  
y él para darme muerte en merecello.  
Yo no esperé algún bien cuando mis ojos  
90 os dieron de su alma la victoria,  
los males esperé de mis despojos,  
y gusta tanto de ellos mi memoria,  
que ya no trocaré de mis enojos  
el menor por el bien de mayor gloria  
95 que no venga de vos, y en ellos vivo  
tan hecho, que al descanso estoy esquivo.

Contento estoy, pues el dolor no muere,  
que nazca más dolor de vuestra mano,  
porque me quede más razón do espere  
100 merecer el tormento soberano;  
y ya no podrá Amor que desespere  
quien ve que su osadía no fue en vano,  
no para confiar de bien que venga,  
mas para que en la pena otro mal tenga.  
105 Quien nació como vos tan extremada  
y de tanto valor y tan hermosa,  
¿cuál alma dejará no condenada  
a la llama de Amor maravillosa,  
y qué vida a serviros no obligada;  
110 y qué pena daréis, que gloriosa

no sea más que el bien de la más bella,  
si alguno os osa amar, mi pura Estrella?  
Mi gloria es y galardón crecido  
que os acordéis que, aunque por vos yo peno,  
115 haciendo lo que debo en lo servido,  
de esperanza de premio estoy ajeno;  
que en acetallo queda agradecido  
cuanto en serviros tiene Amor por bueno;  
y no que vos lo agradezcáis, señora,  
120 que no se debe tanto al que os adora.  
Deuda es de Amor, a quien estoy obligado,  
que por pagalla gloria no merezco,  
mas mucha pena que tendrá el cuidado  
cuando el dolor huyere, a que me ofrezco.  
125 Si no la satisfago estoy culpado,  
y no la pago en cuanto mal padezco.  
A perderme aventuro de tal suerte,  
que gano de mi vida viva muerte.  
El galardón que aguarda la fe mía,  
130 en fin de los trabajos que ha sufrido,  
es quedar con más fuerza y agonía  
otro para pasar más extendido.  
Amenázame un mal y se desvía  
por dar lugar al mal que ve encendido;  
135 quien parece más grave no me mata,  
porque de otro mayor se desbarata.  
Ausente en soledad me huelgo tanto  
por el mal que me hace mi tristeza,  
que no tengo otra gloria de mi llanto  
140 sino pensar mi mal y su dureza.  
Las horas que pasé y el tiempo canto  
del bien; y puesto solo en su aspereza,  
pienso lo que ya fui, y en ello espero,  
que en lo que soy agora desespero.  
145 Aquí estoy y de mí en olvido puesto  
por acordarme el daño que me hace  
vuestra belleza, y este ausente puesto  
con más cuidado mi pasión rehace  
el mal que se me debe más molesto.  
150 Tal estoy que me alegra y satisface,  
porque es más agradable lo dañoso  
a quien en ello siente algún reposo.  
Con aquella grandeza y hermosura  
y majestad, contemploos, mi ausencia,  
155 tierna en oírme, en responderme dura;

y como si me viese en la presencia,  
temo vuestro desdén, que me procura  
la muerte, que consiento con paciencia;  
porque no mereciendo fui osado,  
160 aunque en belleza tal no estoy culpado.

Si os acordáis de alguna breve  
muestra de vuestra hermosura esclarecida,  
a ella daréis la culpa y será vuestra  
la osadía, en mi alma merecida.

165 Sea, si vos sufrís, la culpa nuestra;  
sea la pena sola de mi vida  
y el error cometido a esa grandeza,  
que con él valdrá en parte mi firmeza.

Merezca piedad, tan corta y justa,  
170 la voluntad con que me hace vuestro,  
que será vuestra voluntad injusta  
si no dais al Amor el honor nuestro;  
mas si vuestra crudeza y desdén gusta  
de mi muerte, bañad el brazo diestro  
175 con duro hierro en sangre de mi pecho,  
que yo seré del daño satisfecho.

Premio honesto será de mi osadía,  
que muerto de esa bella y dulce mano  
no sentiré más males y agonía,  
180 ni veré contra mí al Amor tirano;  
pero vos sentiréis en algún día  
(si esto sintiere un pecho soberano)  
la pérdida que de ello solo os viene,  
aunque en vos poca fuerza el perder tiene.

185 Haced cuanto os agrada y os enseña  
aquesa vuestra condición esquiva;  
cercad el corazón de dura peña,  
mostrad despojos míos siempre altiva,  
porque de vuestro amor sigo la seña.

190 En tanto que en mortal prisión yo viva,  
tan bien os quiero, que ninguna pena  
hará mi voluntad de vos ajena.

Si lástima os moviere al dolor mío,  
sea por aquel bien do estuve puesto,  
195 no por el mal que sufro en quien porfío,  
pues de mi grado me es y fue molesto.

Mira, mi bien, cuánto en mis males fío,  
que no salir de sujeción protesto,  
y si con esto pienso que os obligo,  
200 sedme vos y el Amor fiero enemigo.

Si alguna vez me trae a la memoria  
la fantasía cómo en vano peno,  
téngola por ingrata a la victoria,  
y gozo en aquel tiempo de amor lleno.  
205 Sin fe la llamo y hallo por más gloria  
estar de ella apartado y hecho ajeno,  
hasta que se contenta con mis males  
y me muestra del daño las señales.  
Mas ¿para qué me quejo del tormento  
210 si os agrada mi pena y os contenta;  
si el dolor da tal bien al pensamiento  
que alegre de su mal os representa  
dichoso mi trabajo y sufrimiento,  
que en las llamas más vivas me sustenta?  
215 Dichoso yo que abraso mis entrañas  
de amor y vos mostráis vuestras hazañas.  
Vuestra belleza tanta fuerza tiene  
conmigo, que me pierdo más por ella,  
y mi valor tan desigual os tiene,  
220 que aun la pena no debo merecella.  
Que os acordéis de mí, mal os conviene,  
que aun eso no merezco, mi Luz bella,  
sino para hacer en mis dolores  
otros no usados males y mayores.  
225 Ni veo en mí merecimiento alguno,  
ni dignidad que valga a la grandeza,  
que presumido llegará ninguno  
en osadía, intento y en firmeza  
que pueda en mi favor ser oportuno  
230 para valer servir vuestra belleza,  
si no es el grande amor que solo os tengo,  
por quien en precio a compararme vengo.  
Bien sé que esta osadía no merece  
buen fin, pues que vale amar pretende;  
235 más justo es que se admita, pues padece  
la pena que en su falta amando entiende.  
Que si vuestro valor le favorece,  
en su fuego inmortal Amor la enciende;  
mas ¿qué ya no merece quien os ama?  
240 ¿Qué temerá quien arde en vuestra llama?  
Debeisme mucho, pues que no he perdido  
con la dificultad la confianza;  
mas ¿qué mal dañará al pecho atrevido  
en quien vos y el Amor pone esperanza?  
245 Si en peligrosas ondas sacudido

temí desesperado de bonanza,  
Amor me desampare, que el cuidado  
jamás temí, aunque me vi olvidado.  
En señal de mi daño, si os agrada,  
250 permitid, vos, señora, mi osadía;  
mostrad con luz serena y sosegada  
los ojos, que me vuelven la alegría,  
porque en mortal trabajo, desmayada,  
no derribéis esta esperanza mía;  
255 pero ¿si vos no consentís mi gloria  
y ponéis en olvido mi memoria?  
Aunque no lo merezca el pensamiento,  
siempre a vuestros deseos enseñado,  
a vuestra condición busca el tormento  
260 y último fin al corazón cansado.  
Porque jamás me quede sentimiento  
y queja de no haberos agradado,  
mis males pido solos y mi engaño,  
y vos quedad contenta de mi daño.

<280. ESTANZAS II. Versión de las Anotaciones>

Oíd atenta el son del tierno canto,  
hermosa Estrella mía; que yo veo  
en vuestra luz la llama, en quien levanto  
ardiendo prestas alas al deseo.  
5 por vos venzo el dolor, y rindo el llanto,  
y lleno de la gloria, que poseo;  
hallo, que en vos mi pena me disculpa,  
y en mi dichoso mal estoy sin culpa.  
Enciéndeme las venas este fuego,  
10 las junturas y entrañas abrasadas  
siento y niervos, y siento correr luego  
las llamas por los vasos dilatadas.  
mi llanto el ardor tiembla, y, si sosiego,  
las centellas resuenan alentadas.  
15 el fuego en la ceniza me revuelve,  
y en lágrimas el pecho el Amor vuelve.  
Cuando en vos cuido, en alta fantasía  
me arrebató, y ausente me presento;  
y crece, contemplando, mi alegría,  
20 donde vuestra belleza represento.  
las partes, con que siente la alma mía,  
enlazada en mortal ayuntamiento;  
y recibe en figuras conocidas

al sentido las cosas ofrecidas.

25 Aunque en honda tiniebla sepultado,  
y estoy en silencio oscuro y escondido;  
casi en perpetua vela del cuidado  
se aduermen, y en el dulce bien perdido  
de esta memoria en puro amor formado  
30 se vencen, y allí todo suspendido  
el espíritu vos halla, y tanto veo,  
cuanto pide y espera mi deseo.  
Con la grande igualdad, que en la belleza  
vuestra mi alma tiene semejante;  
35 que trasfigure en mí vuestra grandeza  
me fuerza, y a mí en vos, y del semblante  
suave y luz procede con terneza  
a los ojos de vuestro humilde amante  
un furor blando, en que me pierdo, y cuanto  
40 la vista alegre, crece el mal y el llanto.  
Amor me hiere, y hace, que mi pena  
exceda a la que ha sido más terrible.  
y sufre, de mi alma hecha ajena,  
más dolor, que el que puede ser sufrible,  
45 solo estoy, do se ufana, y se condena,  
y estoy, do al tardo cuerpo no es posible.  
pero gozo en mi afán de tanta gloria;  
que si es fiero, es eterna mi memoria.  
Casi sin esperar, mi Luz, vos temo,  
50 y en temor infinito sirvo y amo  
con infinito amor, y en tanto extremo  
más dudo, cuanto siempre más me inflamo,  
y llega mi recelo a lo supremo  
del peligro; y tal vez si triste llamo  
55 la esperanza al favor, se me retira,  
y lejos de salud mi empresa mira.  
Peno, y por vos estoy sin esperanza,  
y menos me debiera, si aplacara  
la fuerza del tormento en confianza;  
60 pues por mi bien honrándome penara,  
y no por el valor, que la alma alcanza.  
y esta suerte de mal dichosa y rara  
me obliga a presumir en mi cuidado,  
ajeno de remedio y olvidado.  
65 Tengo esperanza de más pena, y tengo  
por ella alguna cuenta, de esta vida;  
que aborrezco, y la cuita, que sostengo,  
menos, cuanto es más áspera, es temida.

desamo el bien, y en el dolor me vengo  
70 de la engañada libertad perdida,  
y de mí; que temía, simple y vano,  
la gloria de morir a vuestra mano.  
No tengo de vos bien, sino el cuidado,  
que siente el corazón; y es mejor parte  
75 esto del don más noble y estimado;  
que vuestra incierta piedad reparte.  
tan secreto lo encubro y tan guardado;  
que jamás daré de él alguna parte;  
que solo nací yo, para tenello,  
80 y el, para darme muerte en merecello.  
No esperé yo algún bien, cuando mis ojos  
vos dieron de mi alma la victoria;  
los males esperé de mis despojos,  
y ellos aplacen tanto a mi memoria,  
85 que ya no trocaré de mis enojos  
el menor por el bien de mayor gloria;  
que no venga de vos, y en ellos vivo  
tan hecho, que al descanso estoy esquivo.  
Procuro, si el dolor ya nunca muere;  
90 que nazca más dolor de vuestra mano;  
porque me esfuerce con razón, y espere  
ser digno del tormento soberano.  
y Amor jamás podrá, que desespere,  
quien ve, que su sandez no salió en vano;  
95 no para confiar de bien alguno;  
sino para otro mal más importuno.  
Solo mi bien, mi galardón crecido  
es, que cuidéis; que aunque por vos yo peno  
haciendo lo que debo, en lo servido  
100 de esperanza de premio estoy ajeno;  
que en admitir mi pena, agradecido  
queda, cuanto en mis males hay de bueno,  
y no que vos lo agradezcáis, Luz mía;  
que no se inclina a tanto mi osadía.  
105 Deuda es esta de amor, que siempre hago.  
si la compenso, gloria no merezco,  
pena sí, con la cual no satisfago;  
si el tormento huyere, a que me ofrezco.  
bien conozco esta culpa, y no la pago  
110 por su valor, en cuanto mal padezco.  
a perder de tal suerte me aventuro;  
que en la vida la muerte me aseguro.  
El premio, que se guarda a la fe mía,

en fin de mis trabajos y mi engaño,  
115 es quedar con más fuerza y agonía  
otro para pasar cruel y extraño.  
amenázame un mal, y se desvía,  
para otro nuevo mal y nuevo daño.  
el que viene más fiero, no me mata;  
120 porque de otro mayor se desbarata.  
Ausente en soledad me huelgo tanto,  
por el mal, que me causa mi tristeza;  
que es mi gloria en la fuerza de mi llanto,  
atender solo a él y a su dureza.  
125 las horas, que pasé, y el tiempo canto  
del bien perdido, y puesto en su aspereza,  
pienso lo que ya fui, y en ello espero  
que, en lo que soy ahora, desespero.  
Si vos puede acordar alguna muestra  
130 de esa inmensa belleza esclarecida;  
dadle toda la culpa, y será vuestra  
la osadía, a mi alma consentida.  
sea, si sufrís vos, la culpa nuestra,  
sea la pena sola de mi vida;  
135 que mi fe del error, que ufano intento,  
me asegura en mis miedos y tormento.  
Aquiste piedad tan corta y justa  
sola mi voluntad, por quien soy vuestro;  
que será presunción y saña injusta,  
140 si no dais al amor el error nuestro.  
y si vuestro desdén airado gusta  
de mi muerte, bañad el brazo diestro  
con hierro agudo en sangre de mi pecho,  
que yo estimaré alegre el daño hecho.  
145 Haced, cuanto vos place, y vos enseña  
la ingrata condición y suerte altiva;  
que mis despojos conocer desdeña,  
terrible a mi pasión, y siempre esquiva;  
que aunque estéis mas instable y zahareña,  
150 de tal parte mi lástima deriva;  
que ni volver podrá rigor, ni pena  
mi voluntad de vos un punto ajena.  
Si compasión vos mueve al dolor mío,  
por el bien, donde ledo me vi puesto,  
155 sea, no por el mal, en quien porfío;  
pues de mi grado me es y fue molesto.  
mirad, cuanto en mis ansias me confío;  
que no salir de sujeción protesto.



y si cuido, que en esto vos obligo;  
160 sedme vos y Amor siempre mi enemigo.  
Cuánto me sois en deuda, si he temido  
nunca en difícil trance la mudanza!  
mas qué mal contrastar al atrevido  
pecho puede; que honráis con la esperanza?  
165 si, en peligrosas ondas sacudido,  
temí, desesperado de bonanza,  
vuestro favor me falte; que el cuidado  
ni ausente recelé, ni desdeñado.  
Si, en honra de mi pena, vos agrada,  
170 permitid cortésmente mi osadía;  
volved con luz serena y regalada  
los ojos; que me tornan la alegría;  
porque en mortal trabajo desmayada  
no acabéis esta ufana suerte mía.  
175 pero si no sufrís mi mucha gloria,  
y entregáis al olvido mi memoria?  
Aunque no lo merezca el pensamiento,  
siempre a vuestros deseos enseñado;  
pues buscáis dura y áspera el tormento;  
180 y última afrenta al corazón cansado;  
porque nunca me duela el sentimiento,  
quejoso de no haberos agradado;  
mis males pido solos y mi engaño,  
y vos quedad contenta con mi daño.

<284. SONETO. Versión de B>

Ahora que cubrió de blanco velo  
el oro la hermosa Aurora mía,  
blanco es el puro sol y blanco el día  
y blanco es el color del claro cielo.  
5 Blancas tus flechas son, que yo recelo,  
tu arco blanco y rayos de alegría,  
Amor, con que me hieres a porfía;  
blanco es tu ardiente fuego y frío hielo.  
Mas ¿qué puedo esperar de esta blancura,  
10 pues que su blanca nieve el tierno pecho  
tiene contra mi alma defendido?  
¡Oh beldad sin amor, oh mi ventura!,  
que ardo yo en mi fuego satisfecho  
y muero en nieve fría convertido.

<288. SONETO. Versión de B>

Los ojos levanté yo, descuidado  
de mi futuro daño y cierta pena;  
el cuello suelto ya de la cadena  
que me trajo algún tiempo apremiado.  
5 Y queriendo mirar (¡ay duro hado!)  
el resplandor de aquella Luz serena,  
en quien Amor a fuego me condena,  
de quien con flechas tiene el arco armado,  
los suyos en los míos se encontraron  
10 y luego con la fuerza de su fuego  
sentí la dura flecha, el duro engaño.  
Herido y ciego, ardiendo, me dejaron,  
y mi tormento en ellos se vio luego,  
con Amor conjurados en mi daño.

<289. SONETO. Versión de B>

Eustacio, yo seguí al Amor tirano,  
esperando en su fe por dolor mío;  
que al hielo intenso, al riguroso estío  
busqué el descanso prometido en vano.  
5 Veo ahora huirme de la mano  
las ocasiones, y aunque en este frío  
invierno doy mi llanto al patrio río,  
lo hallo contra mí más inhumano.  
Vos, a quien Febo dio la dulce lira  
10 y la arte gloriosa de Melampo,  
buscad consuelo alguno a vuestro amigo.  
Que el remedio de aquella que suspira  
por su cruel belleza el frigio campo,  
por ventura tendrá valor conmigo.

<291.ELEGÍA. Versión de B>

Hermoso y rubio Febo, que escondido  
en el seno argentado de Occidente,  
dejas el suelo nuestro oscurecido;  
si a las rosadas puertas de Oriente  
5 esparcieres los puros rayos de oro

con nueva luz de roja y alta frente,  
encubre el resplandor de tu tesoro,  
que hoy vi las luces do perdí, herida,  
mi alma en la belleza y bien que adoro.

10 Ya pasó mi dolor, ya sé qué es vida;  
ya puedo esperar bien en mi tormento,  
sin recelar mi muerte aborrecida.

Verás de tu sublime y rico asiento  
las trenzas crespas, en que estoy enlazado,  
15 sueltas al espirar del manso viento;  
los ojos, do Amor yace venerado,  
el semblante, que en púrpura y en nieve  
dulcemente parece estar mezclado.

Pero sea la vista en tiempo breve,  
20 que si tu Luz en ella se detiene,  
hará que Amor sus flechas en ti pruebe.

Dar claridad al orbe te conviene,  
y no ciego de aquella Luz hermosa  
que en tinieblas profundas te condene.

25 solo para mi alma venturosa  
se concedió el amor de su belleza,  
la vida dulce y muerte gloriosa.

Sienta el persa animoso mi riqueza  
y quien de Idaspes bebe la corriente  
30 y del dorado Ganges la grandeza.

Mi gloria vaya a la escondida fuente  
del fértil Nilo, imitador del cielo,  
Y a la apartada inculta y nueva gente.

Pues entre cuantos ciñe el mortal velo,  
35 que las leyes de Amor hayan seguido  
desde la Aurora a nuestro hesperio suelo,  
yo el más dichoso y cierto amante he sido,  
y mi Luz entre todas la más bella,  
aunque el troyano estrago ha sucedido.

40 No tiene el alto polo clara estrella,  
bien que estime la esposa de Perseo  
y a quien del falso griego se querella,  
igual a esta mi Luz, que alegre veo  
tender los rayos blandos a mis ojos  
45 y contiene en el mío su deseo.

Que de mi largo afán de mis enojos  
escondió la ocasión, y, dulcemente,  
descubrió la esperanza a mis despojos.

Ya mi alma el ardor divino siente  
50 con efectos de amor, y, renovado,

el regalo después del mal ausente.  
Vi su pura belleza, y, alterado  
el ánimo, el placer me confundía,  
y la voz me dejó desamparado.  
55 Llegó todo mi bien con alegría,  
vime con piedad favorecido  
y escuché el dulce acento y armonía.  
Si del cielo me fuese concedido  
levantar en imperio el nombre mío,  
60 con diadema y cetro esclarecido,  
y el Indo ardiente, el Trace áspero y frío  
sujeto fuese a mi poder, y el fiero  
que riega de Danubio el alto río,  
sin esta bella Luz por quien espero  
65 morir, si Amor me ofrece tanta gloria,  
ni estimo la corona ni la quiero.  
Más deseo sin fama y sin memoria  
estar en pobre y solo apartamiento,  
cantando de mi bien la rica historia,  
70 que con ella viviera más contento.  
Y sé bien que me diera con su lumbre  
gloria al dolor y grave mal que siento,  
y a mi nombre lugar en alta cumbre.

<295. CANCION. Versión de B>

Desciende de la cumbre de Parnaso,  
con grave y noble y consonante lira,  
cantando dulce, ¡oh tú, inmortal Talía!,  
y nuevo aliento al pecho mío inspira,  
5 aquí, donde el torcido y rico paso  
Betis corriente al hondo mar envía;  
porque de la voz mía  
suene el canto y florezca la memoria  
hasta el rosado puesto de Oriente,  
10 y donde a Libia ardiente  
el sol abrasa, y con perpetua gloria  
el nombre eterno de la ilustre planta,  
que de Córdoba y Serda se levanta,  
crezca, y dé honra al Céfito dorado  
15 este sacro lucero venerado.  
Las victorias, trofeos levantados  
en los desnudos robles, el sangriento  
suceso del feroz armado Marte,

las alzadas banderas en el viento,  
20 los presos, los imperios conquistados  
con ánimo, prudencia, fuerza y arte,  
que dieron tanta parte  
de la rota y herida y muerta Francia  
al primero Fernando glorioso,  
25 que al turco belicoso  
rompió en el alto Jonio la jactancia  
y en Italia ganó el soberbio nombre  
con más valor que cabe en mortal hombre,  
con alas de encendida y viva gloria  
30 a Europa y Asia muestra su memoria.  
El ánimo del nieto esclarecido,  
igual en nombre y en virtud y en fama,  
que perturbó de Enrico la braveza,  
como de Febo la luciente llama  
35 que deshace al nublado oscurecido,  
así se extiende lleno de grandeza  
puesto en mayor alteza,  
siguiendo al blando Apolo y a Belona,  
y de lauro y de yedra floreciente,  
40 a su sagrada frente  
doblada ciñe, y orna la corona;  
pero tratar de su valor famoso  
pertenece a un espíritu dichoso;  
mas ¿qué, si canto yo la soberana  
45 Francisca, al uno nieta, al otro hermana?  
¡Oh alma llena de valor y gloria,  
ilustre muestra de real grandeza,  
a quien el favorable y largo cielo  
sus dones entregó con su riqueza  
50 y en vos sola ocupó nuestra memoria,  
que igual no ve la luz que nació en Delo;  
el nuestro hesperio suelo  
a vuestra deidad consagra un templo,  
de ingenio, de virtud, prudencia rara,  
55 cual el que dedicara  
Atenas generosa con ejemplo  
a la armada doncella que sin madre  
nació de la cabeza de su padre!  
Y no es mucho que igual esta honra sea,  
60 pues se os rinde la virgen Atenea.  
De vos procede, ¡oh sola luz de España!,  
la divina virtud que mi deseo  
inflama en nuevo ardor y glorioso.

Ya debajo mis pies la tierra veo,  
65 y el ancho y largo Ponto que la baña,  
cortando el campo llano y luminoso,  
y veo en el dichoso  
sol de vuestro valor y en las estrellas  
cuanta grandeza en sí contiene el cielo  
70 que os cubre el mortal velo,  
y vuestras alabadas obras bellas;  
y en vuestro resplandor contemplo atento  
el ser, virtud, el claro entendimiento,  
y hallo la celeste hermosura  
75 que espira en vuestra lumbre excelsa y pura.  
Como el ardiente sol la antigua tierra  
con sus rayos alumbra y enriquece,  
haciendo el campo fértil, selva y prado,  
que con sus varios dones reflorece  
80 y en su seno los frutos nos encierra,  
tiene así el resplandor claro y sagrado  
nuestro ingenio ilustrado,  
y produce, esparciendo su riqueza,  
el fruto del espíritu divino  
85 con valor peregrino,  
y celebra las obras de grandeza  
con alta, insigne y gloriosa lira;  
y tanto en vos descubre que se admira,  
porque halla encerrado en vos el cielo  
90 y altivo de ello y arrogante el suelo.  
Todo cuanto al terreno cuerpo alienta,  
por la virtud eterna fabricado,  
en vos se halla con igual efeto.  
Vos sois ejemplo a todo lo criado;  
95 de vos la tierra vive, y se alimenta  
el mar, el aire y fuego más perfeto;  
que con valor secreto,  
a tierra, a mar, al aire, al puro fuego,  
cual la virtud del cielo, y las estrellas,  
100 son vuestras obras bellas  
la tierra, el mar, el aire, el puro fuego.  
¡Oh glorioso cielo en nuestro suelo!  
¡Oh suelo glorioso con tal cielo!,  
¿quién podrá celebrar vuestra grandeza?  
105 ¿Quién osará alabar vuestra belleza?  
Vuestro valor eterno y soberano  
excede a nuestro rudo entendimiento  
y ciega vuestra luz resplandeciente

los ojos del humano sentimiento.  
110 Yo (aunque el sagrado Amor me da la mano)  
temo del hondo Pado la corriente  
y el mar que dentro siente  
del atrevido joven la caída.  
No soy el insolente Salmoneo  
115 que con vano deseo  
imitó el rayo que abrazó su vida.  
Cuanto ve el sol y cuanto el cielo cubre,  
todo en vuestra alabanza se descubre,  
y toda se presenta a gloria vuestra  
120 la ingeniosa y clara madre nuestra.  
¿Qué puedo, pues, yo dar a la grandeza  
del inmortal vigor, porque las flores,  
las perlas que enriquece el Oriente  
y de Arabia dichosa los olores,  
125 es don pequeño a la sublime alteza?  
Daré a su templo de mi pecho ardiente  
el corazón caliente,  
que se abra en sus aras ofrecido;  
la libertada voluntad sujeta,  
130 si puede ser acepta  
al valor y al ingenio esclarecido ;  
si es poco, daré la alma, y si tuviera  
otra cosa mayor, también la diera.  
Que su lumbre será felice guía  
135 a la voz simple de la musa mía.  
Canción, de puro afecto  
hecha, aunque indigna puesta ante sus ojos,  
di con humilde frente:  
"A vuestra gloria ofrece estos despojos  
140 quien venera el valor vuestro excelente."

<299. SONETO XCI. Versión de B>

Alma, que ya en la luz del puro cielo  
ardes de santo amor; a quien suspira  
tu ausencia, con suaves ojos mira,  
y alienta a que levante el débil vuelo.  
5 Ceñida en torno de purpúreo velo,  
en mi lloroso pecho el fuego inspira;  
porque sin odio, sin temor, sin ira  
desprecie el vano amor del frágil suelo.  
Lloré yo tu partida, amé tu gloria,

10 y en tu último dolor creció mi pena;  
para seguir contigo el mismo hado.  
Si el amor te renueva la memoria;  
en esta sombra ven con faz serena  
a consolar el corazón cansado.

<301. SONETO. Versión de B>

En este prado y soledad desierta,  
que tiene en temor triste el viento airado,  
del caudaloso Betis apartado,  
considero mi estado y vida incierta.  
5 Hallo del grave Amor la vía abierta,  
que para mi tormento ha levantado;  
espacio largo veo y no tratado,  
difícil la salud, la muerte cierta.  
De lejos aún no veo árbol desnudo  
10 que no sea león, y siento a la ora  
cuajárseme la sangre al pecho fría.  
No hay quien ya no sienta el dolor crudo  
que mi alma padece en esta hora,  
que rehúye mirar la luz del día.

<302. SONETO. Versión de B>

Luces llenas de amor, en quien colora  
los rayos de oro Febo y las estrellas,  
con vuestra claridad quedan más bellas  
en la primera sombra y nueva Aurora.  
5 ¿Qué oscuridad os turba y descolora  
y desmaya el vigor de esas centellas?  
¿Por qué con viva fuerza ardiendo en ellas  
el pecho no abrazáis del que os adora?  
Con llanto sí podrá, amorosos ojos,  
10 tener vuestra belleza oscuro velo,  
cual nube rara al sol que esté encendido.  
Después que al dolor dais estos despojos,  
se cubre Amor de luto y queda el cielo  
en tiniebla, confuso y escondido.

<304. SONETO. Versión de B>

En alto y bravo mar, sin luz alguna,



con tempestad contraria y fiero viento,  
mi nave abierta está, y airado siento  
en mi daño, Arellano, la fortuna.  
5 Ya esperanza de bien tengo ninguna,  
que aun esto no se debe al pensamiento;  
la fuerza y arte falta, y el tormento  
de la presente muerte me importuna.  
Pues el amor me deja y niega el puerto  
10 que veo en las reliquias de mi nave,  
que el mar lleva esparcidos mis despojos,  
la veste y armas de este amante muerto,  
que restan del naufragio duro y grave,  
consagrada a mis dulces verdes ojos.

<305. CANCIÓN. Versión de B>

De las más bellas trenzas y doradas  
que jamás vio el sol claro, estoy ausente,  
entre estas peñas, solo en el desierto,  
que mis quejas responden tiernamente.  
5 De las más bellas luces y sagradas  
estoy en soledad, de bien incierto,  
y puesto en dolor cierto.  
De aquellas hebras bellas  
y hermosas estrellas  
10 mi fortuna cruel, mi suerte dura  
me aparta en larga, en fría noche oscura.  
Amor, llévame aquel cabello y ojos  
de cuya hermosura  
fui y soy y seré siempre los despojos.  
15 No son más relucientes y encendidos  
cuando más rojos son en claro día  
los puros rayos del sol alto ardiente,  
que son de la enemiga dulce mía  
los filos, enlazados o esparcidos  
20 por la serena, blanca y limpia frente;  
donde el Amor presente  
la red dorada ordena,  
la entrenzada cadena  
al alma, que merece ser vencida,  
25 y sufrir satisfecha y bien perdida  
el dolor amoroso y el tormento  
que le da eterna vida,  
cual me da en mi trabajo el sufrimiento.

Las llamas del purpúreo abierto cielo,  
30 con quien la noche sola se corona  
de lucientes figuras adornada,  
componiendo en su frente una corona  
de vario resplandor, que ilustra el suelo,  
vence mi Luz, de rayos inflamada;  
35 do tiene Amor formada  
toda su mayor gloria,  
su imperio, su victoria,  
y con doradas flechas en la mano  
en ella se descubre ser tirano,  
40 y al dulce centellear de luz ardiente  
no deja pecho sano,  
que cuanto mira hiere crudamente.  
Cuando crece la sombra y mengua el día,  
el fuego del Amor con mayor fuerza  
45 me abrasa, y yo no hallo en dolor mío  
remedio alguno, que mi mal se esfuerza  
en esta miserable suerte mía;  
y de mis ojos va un lloroso río  
que en el invierno frío  
50 la condensada nieve  
disuelve en tiempo breve;  
mas de los ojos blandos la terneza  
y el resplandor ilustre de belleza  
podrían mitigar su fuerza ardiente,  
55 si en esta mi tristeza  
no estuviese apartado, solo, ausente.  
Amor no dulce, sino Amor amargo,  
¿con qué virtud me tienes, que no muero  
de mi hermosa Estrella no alumbrado?  
60 ¿A do está el bien? ¿A do el favor primero?  
¿Qué tiempo es este de destierro largo?  
Los ojos, de mí todo transportado,  
vuelvo al puesto sagrado,  
donde está la Luz mía,  
65 y allí, suspenso, el día  
paso y la noche en mísero lamento,  
y mi deseo, alzando el pensamiento,  
llévame a contemplar mi Luz, qué hace,  
y si mi apartamiento  
70 le agrada, si mi mal le satisface.  
Mil cosas imagino que deseo;  
hácelas verdaderas la esperanza,  
último bien del amador mezquino.

Hallo siempre razón y confianza  
75 de conseguir el bien de mi deseo.  
Ya corre el pensamiento sin camino  
por el error contino  
de mi antigua fortuna.

Halla tal vez alguna  
80 muestra de su dolor, y teme y huye,  
y el pasado contento se destruye,  
y por el mismo paso que ha llevado  
entrar luego rehúye:  
tal va de su temor, triste y cuitado.

85 ¿Qué podré yo hacer en tal extremo,  
pues me obliga mi suerte a mi tormento,  
sino sufrir el mal que Amor me diere?  
Hecho estoy al dolor y al sufrimiento,  
y, primero que venga, el daño temo,  
90 y espero cuanto su dureza quiere.

Y aunque cruel me hiere,  
no servirá que quiera  
rehusar la carrera.

Haga, pues, el dolor en mí su oficio,  
95 Y Amor crudo y sangriento su ejercicio;  
que no podrá el tormento ser más fuerte  
que hacer sacrificio  
a la ara de mi Lumbre con mi muerte.  
solo permite, ya que estoy ausente,  
100 quejarme de mi mal a este desierto,  
primero que a la espada entregue el cuello  
y el cuerpo al fuego que me tiene muerto,  
y mis perdidas glorias que recuente,  
cuando el dorado lazo del cabello  
105 crespo, sutil y bello  
en mi cerviz se puso,  
dejándome confuso,  
y que imprima la causa de mi afrenta  
en esta arena estéril y sedienta,  
110 y, repitiendo de principio el daño,  
haré que el campo sienta,  
pues solo estoy, la fuerza de mi engaño.

Será el desierto y mi dolor testigo  
de mi liviana culpa y grave pena,  
115 y cuán en vano, triste, me lamento;  
porque quien a la muerte me condena,  
ingrata y dura y áspera es conmigo,  
y siempre va doblando mi tormento.

Mas si el dolor que siento  
120 turbase por un día  
esa enemiga mía  
y me llevase ante sus bellos ojos,  
serían gloria todos mis enojos;  
y por el bien de verme en tal estado,  
125 querría ser despojos  
de ausencia y de temor y de cuidado.  
Amor, yo muero solo en el deseo,  
y aunque es mi dolor grave y trabajoso,  
huelgo, que de la causa porque muero  
130 querrías tú morir envidioso.  
Si doy en gloria y en amor primero,  
tal es mi mal, que tú tendrías por bueno  
no morir como yo, muriendo, peno.

<312. SONETO CV>

Temerario Pintor, por qué di, en vano,  
te cansas en mostrar la hermosura  
de la excelsa Heliadora; y la luz pura,  
y el semblante amoroso, y soberano.  
5 Será trabajo el tuyo sobrehumano,  
que no debe esperar lo que procura;  
mas cuándo ofreció el cielo tal ventura  
al rudo conseguir de mortal mano?  
Si tú muy confiado en la grandeza  
10 de toda la beldad que espira en ella,  
osares descubrir alguna parte,  
Pinta la misma imagen de belleza;  
y si puede imitar las luces de ella  
habrás llegado a perfección de la Arte.

<311. SONETO CIV. Versión de B>

Aquel sagrado ardor que resplandece  
en la belleza de la Aurora mía,  
mi espíritu moviendo, al pecho envía  
la pura imagen, que en mi alma crece.  
5 En ella está afijada; y de allí ofrece  
al pecho su valor en compañía;  
y de sí misma efectos altos cría;  
con que me ingenio y nombre se engrandece.  
Vuelo tan alto que con rayo fiero  
10 o con ardiente Sol fuera impedido;

si no me diera aliento mi Luz pura.  
Mas ya que muero, como siempre espero;  
ni en Mar seré, ni en Río sumergido;  
que el mundo me será la sepultura.

<316. SONETO CIX. Versión de B>

Quien la luz de belleza amando adora,  
si quiere ver la vuestra, al Sol dorado  
y al lucero de Venus estimado  
mire; y la claridad de blanca Aurora;  
5 Los rayos que esparciendo muestra Flora;  
de Diana el semblante venerado;  
el valor, la grandeza, ingenio, estado;  
y cuanto el ser humano en sí atesora.  
Que en ellos vuestra alteza y hermosura  
10 verá, y la Aurora, y Flora, y Sol vencido;  
y rendirse el lucero con Diana.  
Mas si hermosa blanca la luz pura  
volvéis, de Casto amor dirá encendido  
que sois toda inmortal y soberana.

<323. SONETO. Versión de B>

La red, la hacha, el amoroso dardo  
que en la belleza de mi Lumbre veo,  
dieron de mí al Amor justo trofeo  
y al fuego me llevaron en que ardo.  
5 Jamás a presa tan veloz el pardo  
se vio como el amor de mi deseo.  
Yo resistí por mal y no deseo  
ser ya contra sus fuerzas más gallardo.  
El brío y libertad del pensamiento.  
10 las vanas esperanzas de victoria

<333. SONETO. Versión de B>

Grande fue, aunque infelice, tu osadía,  
oh valeroso hijo de Climene,  
que por guiar el carro que contiene  
la ardiente luz que da color al día,  
5 del rayo muerto en la intentada vía,  
Eridano en sus ondas te sostiene,

hecho claro sepulcro, cual conviene  
a la muerte que Júpiter te envía.  
Mas yo que el glorioso fuego y lumbre  
10 de mi sagrado Sol y rayos de oro  
siempre esperé regir con diestra suerte,  
caí herido de mi excelsa cumbre  
con desdeñoso rayo, y mi tesoro  
perdí en vida, sujeto a dura muerte.

<355. SONETO. Versión de B>

Tú, que de nuestro Betis extendido  
por el Tebro dejaste el rico llano,  
y aquella gloria del valor romano  
miras en el sepulcro del olvido,  
5 ¿por ventura del yugo sacudido  
la cerviz libre muestras, y el tirano  
Amor prueba sus flechas en ti en vano,  
o en nuevas llamas ardes encendido?  
Que yo en la patria sin mi bien me veo,  
10 triste, preso, herido, solo, ausente,  
y siempre perseguido de un cuidado.  
Sin esperanza vivo con deseo  
y apena de este río la corriente  
descubro el mal que sufro no cansado.

<359. SONETO. Al Conde de Gelves. Versión de B>

Señor, si este dolor del mal que siento  
yo veo quebrantado en mi memoria  
y olvidada la triste y grave historia,  
dura ocasión de todo mi tormento,  
5 de España con voz alta y noble aliento  
cantaré los triunfos y victoria,  
y alzando al cielo igual su eterna gloria  
daré a vuestro valor insigne asiento.  
Mas unas encrespadas trenzas de oro,  
10 un resplandor divino, una armonía  
y gracia nunca vista en nuestro suelo;  
una belleza a quien suspenso adoro,  
impiden esta altiva empresa mía,  
y en su furor que llevan hasta el cielo.

<361. CANCIÓN. Versión de B>

Oh clara luz y honor del Occidente,  
espíritu real, do puso el cielo  
cuanto valor contiene su grandeza,  
a quien, cubierta en oro, el vario velo  
5 y en la púrpura ilustre de Oriente,  
la gloria esparce toda su riqueza;  
si el inmenso dolor de mi tristeza,  
que me obliga a cantar la grave pena  
que aborrezco y procuro,  
10 me dejase algún tanto ya seguro  
del fuego ardiente que en mi pecho suena  
y del rigor del golpe áspero y duro  
que me condena a doloroso llanto  
y a perpetua cadena,  
15 en honra vuestra levantara el canto.  
Mas yo siguiendo voy, con paso incierto,  
en noche oscura y en turbado día,  
por difíciles pasos no tratados,  
lejos el resplandor de la Luz mía,  
20 que me lleva a morir en temor cierto,  
adonde solo entraron desdichados:  
que esto es premio a mis penas y cuidados.  
Ya en la doblada imagen espartana  
la coronada frente  
25 muestra la cuarta vuelta el sol presente,  
después que Amor y Venus soberana  
me llevaron al jugo obediente.  
Jamás sonó de allí mi triste lira,  
que mi dolor no se a...  
30 y el desdén de mi Luz y ardiente ira.  
Los despojos, los arcos, la memoria,  
las columnas del fiero armado Marte,  
los trofeos alzados, que en rocío  
sangriento manan; la destreza y arte  
35 que a fuertes capitanes da la gloria  
que en sus ondas bañó mi patrio río,  
a que aspiraba el rudo canto mío,  
oscurecidos quedan en olvido.  
Solo es amor mi canto,  
40 los ojos bellos y oro puro canto.  
¡Tal me tiene el Amor preso y rendido  
y sujeto a la fuerza de mi llanto!  
Recíbeme la noche y deja el día  
celebrando perdido  
45 la hermosura de la Lumbre mía.

Aquel que el glorioso y rico lauro  
inflamó de sus verdes hojas de oro,  
que con suave y noble y docta lira,  
igual de Grecia y de Castalia al coro,  
50 suena en el Indo piélago, en el Mauro,  
y con el canto al mismo Febo admira,  
y osadamente a levantarse aspira  
con felice armonía a la memoria  
del valor escogido,  
55 con puro y alto espíritu encendido,  
y de las almas claras con victoria;  
aquel a vuestro ingenio esclarecido  
puede esculpir en el pintado cielo  
con inmortal historia,  
60 que no mi canto, ajeno de consuelo.  
El peso inmenso y movimiento ardiente  
sustenta grave apena el grande Atlante,  
su revuelta sintiendo presuroso.  
Yo, que no soy tan fuerte y tan constante,  
65 temo caer con él y, juntamente,  
dar fama a mi deseo peligroso,  
y morir como Erídano animoso,  
de aquel paléneo espíritu abrasado,  
en la corriente undosa  
70 llamada de su nombre, do en llorosa  
honra el antiguo electro fue engendrado.  
Su caso acervo y muerte lastimosa  
aparta mi esperanza y mi deseo,  
y el miserable hado  
75 de quien rigió el caballo de Perseo.  
Vuestro valor excelso, la grandeza  
del ánimo, el ingenio levantado,  
la gloria propia, el generoso intento  
a Esmirna y Mantua hubiera ya cansado  
80 y del cisne Dirceo aquella alteza  
de no imitado vuelo y grave acento,  
y de Olmeo al sagrado ayuntamiento,  
¡cuánto más una pobre, estéril vena!  
aunque el oro abundoso  
85 que Hermo vuelve en sus ondas y el dichoso  
Tajo con reluciente y rica arena  
y de Hidaspes dorado el curso ondoso  
sonasen de mi canto en la corriente,  
de vuestra gloria llena,  
90 y de Rodas la lluvia reluciente.



Querer cerrar en pecho el bien que el cielo,  
largo y felice, ofrece al nombre vuestro,  
será como quien piensa vanamente  
contar de la ribera del mar nuestro  
95 las ondas, o en el alto libio suelo  
las arenas que junta el seno ardiente,  
o los astros del orbe refulgente.  
Mejor es con silencio a vuestra fama  
dar la gloria debida  
100 y admirar el valor, virtud crecida  
que resplandece con eterna llama,  
como estrella del polo esclarecida;  
que contra el tiempo y duro hierro agudo  
la lumbre en que se inflama  
105 será inmortal y soberano escudo.  
Canción humilde, si al real semblante  
de quien iguala al rojo Cintio y Marte,  
y de lauro sagrado  
está la insigne frente coronado,  
110 fueres, dile inclinada desde aparte  
que la pena cruel de mi cuidado  
y mis suspiros y amoroso llanto,  
el espíritu y arte  
negaron en su gloria al débil canto.

<364. SONETO. Versión de B>

Quando miro el dorado velo al viento,  
suavemente en torno desparcido,  
o en altos lazos crespos recogido,  
mil causas justas hallo a mi tormento.  
5 Quando la llama y luz de puro aliento  
veo resplandecer y que el vencido  
pecho tiene en su fuego convertido,  
mil causas justas hallo al mal que siento.  
Quando escucho la angélica armonía  
10 y el grande valor vuestro considero,  
mil causas hallo justas a serviros.  
Mas quando pienso en la paciencia mía  
y en vuestra piedad, en quien espero,  
no hallo causa justa a más suspiros.

<368. ELEGÍA. A la muerte de don Pedro de Cabrera. Versión de B>

Luego que me hirió el profundo pecho  
el triste son del caso sucedido,  
turbose el corazón, un hielo hecho.  
Quise engañar yo mismo a mi sentido  
5 y negar a la fama la certeza :  
que tanto mal no debe ser creído.  
Mas el lloroso estado y la tristeza  
y el común sentimiento que se vía,  
me declaró del daño la grandeza.  
10 ¡Cuán de otra suerte, triste, yo fingía  
la alegre nueva, y toda la memoria  
que en la pompa real se me ofrecía!  
Contaba los sucesos y la gloria  
en ejercicios de la diestra ardiente  
15 y del feroz caballo la victoria;  
el juicio, el ingenio floreciente,  
el valor de aquel ánimo dichoso,  
que era sola esperanza de Occidente;  
el santo celo, el pecho generoso,  
20 la piedad, el ser afable, humano,  
la constancia y grandeza y el reposo.  
Mas, ¡oh mis esperanzas, cuán en vano  
salieron, cuán en breve cortó Muerte  
la tierna flor con rigurosa mano!  
25 ¿Cuál corazón se vio tan duro y fuerte  
que no quedase en lágrimas deshecho,  
que no temblase con tan grave suerte?  
Murió don Pedro, y mi terrible pecho  
no se rompe. ¿Qué espera mi dureza,  
30 después de este cruel y triste hecho?  
¿Qué muestras podré dar de mi tristeza,  
sino suspiros tristes y lamento,  
que condenen del hado la aspereza;  
y en exequias del duro sentimiento  
35 estos versos, que sean los despojos  
del bien que ya perdí, del mal que siento?  
Lágrimas ¿quién dará para mis ojos?  
Suspiros ¿quién al corazón doliente?  
¿Quién palabras que hieran como abrojos?  
40 A mis ojos ya veo estar presente  
aquel semblante en nueva luz cubierto,  
con pura claridad resplandeciente.  
Y culpa si su espíritu desierto  
lloro, que en la región del alegría  
45 está, dejando en tierra el cuerpo muerto.

Gran causa de llorar es esta mía,  
pues considero cuánta confianza  
a España arrebató un oscuro día.  
Mas si revuelvo intento esta mudanza,  
50 y veo a quien suspiro más dichoso,  
donde el poder terreno tarde alcanza,  
es envidia y no llanto lastimoso  
que se tiene a quien huye del cuidado  
y miseria del suelo trabajoso.  
55 ¿Quién llora porque viva descansado,  
lejos de las congojas de esta vida,  
el que siempre estimó y fue de él amado?  
Allí la ambición mala y sin medida,  
odio, codicia, miedo y la tristeza,  
60 su quietud no turban escondida;  
mas seguro sosiego y la simpleza,  
que en celestes espíritus asienta,  
divino amor de la inmortal belleza.  
Nuestra mísera vida ¿a quién contenta?  
65 ¿Quién desea vivir en las cadenas  
donde la alma se cansa y atormenta?  
Nuestras glorias, de afán y dolor llenas,  
sin bien, sin esperanza, sin consuelo,  
siempre con más dolor doblan las penas.  
70 Nunca alzamos los ojos en el cielo,  
sujetos con la carga y peso humano  
que al alma impide levantar el vuelo.  
Revueltos en deseo y temor vano  
vivimos, enemigos de la gloria  
75 de aquel supremo asiento soberano.  
¿A quién no cansa la cruel memoria,  
do más ilustra Betis la alta frente  
y da al mar de sus ondas la victoria?  
Hambre, peste, furor de Marte ardiente,  
80 rigor del cielo, nunca mitigado,  
y contino temor del mal ausente.  
Entonces nos llevó el adverso hado  
de León aquel joven animoso,  
con la cumbre del monte quebrantado.  
85 Quedó tendido el cuerpo generoso  
sin vida en la desnuda tierra, helada  
con el horror del golpe impetuoso.  
No baja con tal furia arrebatada  
el rayo resonante, despedido  
90 de la nube, con ímpetu rasgada.

Betis turbó sus ondas con gemido  
y sus ninfas lloraban a su amante  
y del león sonó el feroz rugido.

Jamás dolor a este semejante  
95 sintieron las riberas caudalosas  
que hiera el alto piélago de Atlante,  
creciendo las memorias dolorosas  
con su muerte, y España fue testigo  
del triste llanto y quejas congojosas.

100 A ti ahora también su estrecho amigo  
lejos lleva del sacro y patrio río  
el mismo hado desigual consigo.  
Quema el duro rigor del seco estío  
la bella flor, y de la tierna planta  
105 las hojas el nevoso invierno frío;  
mas Céfiro suave las levanta  
hermosas con alegre y blando vuelo  
y Filomela en ellas dulce canta.

Nosotros, cuando rompe el mortal velo  
110 y desampara el corporal aliento,  
jamás el pie estampamos en el suelo.

Breve, dudosa vida, con tormento  
cierto, temor, deseos no acabados,  
son de nuestra miseria el fundamento.  
115 ¡Áspera y justa ley que los cuidados  
refrena y el amor desvanecido  
de humanos corazones engañados!

Yo mismo mi dolor, mi muerte pido;  
yo busco mi trabajo y hago queja  
120 del cielo, que resiste a mi sentido.

¡Qué pocas veces el dolor nos deja!  
¡Cuán presto se deshace la alegría!  
¡Y, no siendo aún hallado, el bien se aleja!

Como desierta, oscura incierta vía,  
125 que se revuelve en sí, sin dar camino  
a quien confuso por sus pasos guía,  
así es la vida nuestra, que contino  
seguimos engañados, sin que acierte  
sacar el paso el corazón mezquino,

130 hasta que la fatal postrera suerte  
rompe el impedimento y deja llano  
camino a la dureza de la muerte.  
Entonces de la tierra el amor vano  
y la gloria caduca al alma ingrata  
135 son dolor y tormento sobrehumano.

Las esperanzas todas desbarata  
la muerte, y al que en vicio sepultado  
yace, en eterna pena aflige y trata.  
Dichoso tú, que, al cielo arrebatado,  
140 alegre relucir ves las estrellas  
y bajo de tus pies el mar hinchado;  
y del viento los soplos, las centellas  
que el aire errando ilustran esparcido  
y nuestro clamor oyes y querellas;  
145 y ante el inmenso Rey esclarecido  
que al alto cielo rige y pone freno  
al mar, que no se extienda embravecido,  
de gloria y piedad celestial lleno,  
ruegas por nuestras culpas por ventura,  
150 abriendo de amor santo el largo seno.  
Aunque la voz del llanto y veste oscura  
no sufra la alegría de tu suerte  
que goza de la excelsa hermosura,  
permite que a tu acerba y grave muerte  
155 publique, con señales de tristeza,  
cuánto España sintió tu dolor fuerte.  
Afectos son de la inmortal dureza  
estos hondos suspiros y lamentos,  
que muestran su dolor con tu grandeza.  
160 Porque siempre perpetuo el sentimiento  
con memoria será del bien perdido,  
pues eras nuestra gloria y ornamento.  
Yo al amor que te debo, agradecido  
(si algo pueden mis versos), te prometo  
165 que tu nombre no bañe eterno olvido.  
Antes por donde Betis va quieto  
al extendido vaso de Nereo  
y siente en su profundo al sol secreto,  
de los pinos del piélago Eritreo,  
170 do ve del nuevo mar la gran corriente  
el español muriendo en su deseo,  
y donde el rojo puesto de Oriente  
mira la rociada y pura Aurora,  
do imprime el hielo, do arde el sol caliente,  
175 será tu nombre en la sagrada Flora  
más ilustre y famoso y estimado  
de quien no solo por tu ausencia mora,  
mas de quien tu valor aventajado,  
de quien oyere tu virtud y gloria:  
180 porque tu nombre siempre celebrado

hará igual con el tiempo su memoria.

<371. CANCIÓN. Versión de B>

Este lugar desierto  
y este silencio oscuro y escondido,  
do el sol no haya abierto  
el paso al carro ardiente,  
5 testigos son del dulce bien perdido  
y de mi daño cierto,  
memoria amarga de mi gloria ausente,  
donde en grave tormento  
cansa el vano deseo al pensamiento.  
10 Aquí, junto a estas flores,  
al pie de este alto lauro coronado,  
volaban los Amores  
sobre la bella frente,  
que el cerco, en hebras de oro relazado,  
15 con los varios colores  
de las dichosas perlas de Oriente,  
a la Aura descubría  
y a los Amores de su amor hería.  
Volaban rociando  
20 con la ambrosía el rosado, apuesto cuello,  
y yo atento, mirando  
su luz ardiente, en fuego  
preso, en las rosas vueltas del cabello,  
y vi mi muerte cuando  
25 en sus ojos se puso el niño ciego,  
y en su hermoso pecho  
quedó espíritu dulce el Amor hecho.  
Salían de los ojos  
rayos que me rompieron las entrañas,  
30 llevando mis despojos  
en señal de su gloria  
y en ellos descubrieron sus hazañas,  
doblando mis enojos  
para mayores muestras de victoria:  
35 que el Amor no condena  
a quien ama a pequeña o justa pena.  
Las perlas que en el seno  
rojo y del claro Hidaspes relucían  
en el curso sereno,  
40 formaban diademas

en las cogidas trenzas que ceñían  
del oro en ámbar lleno,  
y esparciendo las puntas más extremas  
por la purpúrea frente,  
45 mi alma se abrasó en su fuego ardiente.  
Cuál fue mi grave pena,  
luego que en su belleza vi mi muerte,  
sábelo quien ordena  
que muera aquí perdido  
50 con esquivada memoria de mi suerte.  
Cuán presto desordena  
Amor lo que desea un afligido;  
que luego en la mudanza  
corta el vuelo sin tiempo a la esperanza.  
55 Pequeña fue mi gloria,  
pero grande y eterno mi tormento  
que dejó en la memoria  
soledad de belleza  
y vana confianza al pensamiento,  
60 que en miserable historia  
revuelve la pasión de su tristeza;  
y quédame en despojos  
fuego en el corazón, llanto en los ojos.  
Quieto y fresco río,  
65 y de los verdes árboles vestido,  
alto monte, y tú, frío  
bosque, solo y cerrado,  
¿cuántas veces mi llanto habéis oído?  
Y el grave dolor mío  
70 ¿cuántas veces turbó vuestro callado  
silencio, sin que viese  
que piedad en mi señora hubiese?  
Su nombre en la corteza  
vuestra extendiendo, en llanto deshacía  
75 mis ojos con ternura,  
y en el lugar donde ella  
se recostó, lloroso me tendía;  
y atento en su belleza,  
hasta que daba luz la Idalia estrella,  
80 allí estaba llorando  
y al cielo de mis lágrimas cansando.  
Pasó mi bien ligero  
cual niebla que la esparce y rompe el viento;  
quedome dolor fiero,  
85 que nunca de mí parte,

y en su memoria desmayar me siento;  
y jamás, triste, espero  
que el tiempo en mí deshaga alguna parte;  
que en la alma con firmeza  
90 fijó el Amor su gracia y su belleza.  
Canción, sola y desnuda  
y hecha de dolor y pena mía,  
huye de la alegría,  
busca donde no pueda  
95 ofender tu desdicha a gente leda.

<381. CANCIÓN. Versión de B>

Amor, tú que en los tiernos bellos ojos,  
tocados de hermosa pluvia de oro,  
centellaste, las alas esparciendo,  
y mi pecho encendiendo,  
5 llevaste nuevamente los despojos,  
tu sacra hacha y tu favor imploro  
para cantar la Luz de mi cuidado;  
las hebras que Aura mueve  
por el cuello, que pura leche y nieve  
10 en la blancura vence, y el templado  
color de la purpúrea y fresca rosa,  
en sombra desteñido,  
de viola suave y amorosa,  
donde quedé otra vez preso y perdido;  
15 y en la robada forma de belleza  
cantaré tu valor y su grandeza.  
Cual en la solitaria noche oscura  
resplandece de Venus el lucero  
con la sagrada frente rutilante,  
20 que al sol corre delante,  
tal mi Lumbre, de eterna hermosura,  
en el horror se descubrió primero,  
y la sombra venció, mostrando el día  
en el nubloso manto,  
25 y con el amoroso y dulce llanto  
enterneció el dolor a la alma mía:  
rocío celestial, que en vario lustre  
las nubes hace bellas.  
Cuando tiende sus rayos Febo ilustre  
30 no iguala en el color a sus centellas,  
que por las esmeraldas y zafiros



de mi pecho trajeron mil suspiros.  
No mereció esta pluvia nuestro suelo.  
aunque el templado puesto y escondido  
35 enriquezca por ella alegre Flora,  
y a la rosada Aurora  
exceda, que bañar debía el cielo.  
Esta esparció de Psique Amor herido  
y quien dejó las ondas de Citera  
40 por Adonis hermoso.  
Este rocío, dulce y amoroso,  
que dobla el mal do quiere Amor que muera,  
en fuego me abrasó, dando a mis ojos  
nueva ocasión de pena  
45 y otro inmortal principio a sus enojos.  
No habrá canto suave de sirena,  
ni circe que nos busque igual engaño,  
como esta Luz llorosa causó el daño.  
Las hebras esparcidas por el cuello,  
50 cual oro en filos vuelto y derramado  
sobre el blanco marfil, que el manso viento  
bate alegre y contento,  
cogidas unas van en lazo bello,  
otras sin arte sueltas y cuidado;  
55 cual juega errando por la pura frente,  
cual cubre un sutil velo.  
Así el dorado ardor y luz del cielo  
aun no encelan las nubes de Occidente.  
En unas Amor hace el jugo, y tiene  
60 en otras ordenada  
la cadena, en la cual mi error sostiene,  
de bellas piezas presa y enlazada.  
Unas me dan la vida y otra muerte,  
y siempre crece en el dolor mi suerte.  
65 No he visto yo de púrpura encendida  
la gracia desnudarse nueva rosa,  
que solo se descubra su blancura,  
que así quede tan pura,  
tan bella, tierna y de color perdida,  
70 cuanto mi Luz turbada y amorosa.  
Blanco alabastro el rostro parecía,  
blando y descolorido,  
de dolor y de lástima ofendido,  
que me robó el sosiego y alegría.  
75 La Alba, cuando, enlazado al hombro, ciñe  
el manto entretejido

que la concha sidonia en perlas tiñe,  
ríndese a su color esclarecido.  
Tal es Amor hermoso y Venus bella  
80 cual mi luciente y clara y blanca Estrella.  
La luz turbada, pues, las trenzas de oro,  
sin orden apartadas, la belleza  
del rostro, sin color y desmayado,  
si no fuera el cuidado  
85 que tengo suyo y el valor que honoro,  
rindiéramos al poder de su grandeza.  
Y aunque de su señal halló apuntada  
mi frente, y preso el cuello  
del glorioso nudo del cabello,  
90 mi alma se sintió y paró alterada;  
las alas sacudió y ardió en el fuego  
que en sus centellas crece,  
y yo quedo otra vez herido y ciego,  
y la llama presente resplandece  
95 en las entrañas mías, y conmigo  
en la ausencia yo soy del mal testigo.  
Bien creo yo que puede una luz bella  
arder en pecho tierno y amoroso  
y desatollo en la ceniza ardiente,  
100 más que pueda a mi ausente  
pecho ablandar la fuerza de mi Estrella  
en su fuego perpetuo y presuroso,  
estando triste, sin cuidado, ajena  
del compuesto ornamento  
105 y llena de lloroso sentimiento,  
que mueve más a lástima que a pena;  
y que en ella se admira aquella gloria  
de eterna hermosura  
con el dolor que siente en la memoria  
110 y en la virtud que resta en su figura,  
esto es ser de belleza soberana,  
que no debe alabar lengua profana.  
Ya no procure Amor para mi daño  
el crespado cabello, el vario nudo,  
115 la alegre luz, la púrpura suave;  
pues no es al dolor grave  
remedio alguno de mi mal extraño  
luz llorosa, oro suelto y el desnudo  
color de blanca y no tocada nieve;  
120 que en ellos abrasado  
estoy, cual rudo amante lastimado.

Y aunque ya mi temor en vano pruebe  
sacarme de este fuego que me inflama,  
ni el Amor lo permite,  
125 ni yo quiero huir mi dulce llama,  
ni que mi muerte mi tormento evite,  
porque yo sé que gano con la muerte  
eterna vida y nueva y alta suerte.  
Tú, sacro Amor, que con doradas alas  
130 atraviesas del Austro al Oriente  
y abres con tu fuerza el mar sonante,  
y a Febo, al arrogante  
Marte vences, subiendo, y alto igualas  
a Jove y sobrepujas tú, presente;  
135 pues viste la Luz mía, dame aliento  
para cantar su gloria,  
mi firmeza, constancia, tu victoria,  
mis quejas y suspiros y lamento.  
Yo no te pido premio ni deseo,  
140 que bien sé que no debo  
esperar bien alguno a mi deseo;  
mas por el mal que siempre sufro y llevo,  
memoria sola pido en la mudanza  
y una pequeña muestra de esperanza.  
145 Tú esculpiste (admitiendo la belleza  
mis ojos) en el pecho su figura,  
y en él, resplandeciendo por las venas,  
de su forma no ajenas.  
cobró valor y fuerza con presteza,  
150 y se descubre en mí su hermosura.  
De aquí me nace espíritu y el brío  
que me levanta al cielo  
y hace que aborrezca el frágil velo  
que dentro encierra todo el valor mío;  
155 y el puro ardor me abrasa en pura llama  
y en la sagrada cumbre  
la vista hermosura más me llama  
de la inmortal, celeste inmensa lumbre;  
y todo el bien, Amor, de tu ser viene  
160 y el ancho mundo en tu poder sostiene.  
Canción, Amor me mueve  
y mi alma con él está presente  
en tierra y mar y aire y fuego y cielo,  
que no hay donde pueda estar ausente;  
165 yo solo estoy en el suelo,  
falta del ser humano; si te agrada

conmigo queda en soledad criada.

<382. SONETO. Versión de B>

En cercos de oro fino y llama ardiente,  
de blancas rosas tiernas coronada,  
con hermosas figuras enlazada,  
mi Luz vistió la pura y bella frente.  
5 Los olores que esparce el Oriente  
y la ámbar de sus hebras consagrada  
se movieron con la aura sosegada,  
cual en las ondas nuevo sol luciente.  
Espíritus de amor en aquel fuego  
10 armaron las saetas y cadena,  
y Amor herido ardió y anudó el cuello.  
Yo, preso y encendido, quedé ciego,  
Conde, mas fue mayor mi grave pena,  
porque más me inflamé con el cabello.

<384. SONETO. Versión de B>

En esta helada parte, do no envía  
el sol sus rayos a la intensa nieve,  
ausente quiere Amor que el dolor lleve,  
en sombra de la noche, en luz del día.  
5 Jamás de estos mis ojos se desvía  
el llanto, y si descanso un tiempo breve,  
más doloroso llanto de ellos llueve,  
con soledad del bien del alma mía.  
El mal no me quebranta, que ya hecho  
10 estoy a su furor, mas verme ausente  
y en una vida muerta condenado,  
donde el fuego de Amor me abrasa el pecho,  
donde mi alma ve su bien presente  
para más confusión de mi cuidado.

<390. SONETO. Versión de B>

De vuestro intenso y duro hielo frío,  
temiendo Amor la fuerza y aspereza,  
puso en él, con su afrenta y rustiqueza,  
el alto y presto ardiente fuego mío.  
5 Su nieve muestra y llama el fuego y frío,  
y contrastando extienden su grandeza;  
el fuego al frío ablanda la dureza

y lo sujeta a todo su albedrío.  
Quedó Amor, del asalto glorioso,  
10 y vos y yo contentos nos hallamos,  
pero todo mi bien turbose luego.  
Que por un triste caso y lastimoso,  
con daño de mi vida , ambos quedamos,  
vos con más frío y yo con mayor fuego.

<393. SONETO. Versión de B>

Inmenso resplandor de hermosura  
en vuestra dulce luz se me parece,  
y ardiendo en mis entrañas siempre crece  
con su fuerza inmortal la llama pura.  
5 Con alteza y valor vuestra figura  
sin igual en mi pecho resplandece,  
y pues con ella sufre, bien merece  
algún corto favor de su ventura.  
Vos toda bella sois y la belleza  
10 ya no puede ser más, y así a mis ojos  
no es justo que hiráis con mayor fuego.  
Que si al pecho mostráis vuestra grandeza,  
hecho llama, no puedo dar despojos,  
los que pudiera dar quedando ciego.

<396. SONETO. Versión de B>

Cuando mi pecho ardió en su dulce fuego,  
osé cantar el mal que grave siento,  
y diome al canto glorioso aliento  
aquella Luz que me detuvo ciego.  
5 Osé mostrar mi llanto en tierno ruego  
a quien Amor no estima y su tormento,  
y el humilde quejar de mi lamento  
me dio osadía y esperanza luego.  
Ahora que la Luz yo dejo ausente  
10 y crece mi dolor con su belleza,  
sin que haya piedad de la alma mía,  
lloro el pasado bien y el mal presente,  
y puesto en soledad de mi tristeza,  
la esperanza me falta y osadía.

<398. SONETO. Versión de B>

Si yo pudiese con mejor ventura  
trocarne como Júpiter solía,  
en blanco cisne vuelto ya estaría  
delante de mi Luz hermosa y pura.  
5 Y sin algún temor de muerte oscura,  
en honra suya el canto ensalzaría;  
la boca y a los ojos besaría,  
alegre de perderme en tal dulzura.  
Mas en dorada pluvia convertido,  
10 perdería el electro la fineza,  
si el velo esparce envuelto en hebras de oro.  
Y si en su pecho fuese recogido,  
aunque no igual, gozando su belleza,  
tendría el precio de mayor tesoro.

<399. SONETO LXXXIX>

Mi bello Sol, si voy de vos ausente  
a parte extraña, do el dolor me ofende,  
y el fuego dulce que mi amor enciende,  
en ella se contiene y va presente.  
5 Aunque el color purpúreo de Oriente,  
do el Sol menor de vuestra luz descende,  
vea cerca; y do el manto oscuro tiende  
el apartado extremo de Occidente,  
Conmigo irá el Amor igual en parte  
10 con la mitad de la alma; que me alienta;  
que vive el resto en vuestra luz que adora,  
Y dividido en una y otra parte,  
presente con el bien; que me sustenta,  
siempre veré resplandecer mi Aurora.

<401. ELEGÍA. Versión de B>

Yo pensé, dulce bien del alma mía,  
que primero con muerte el cuerpo ausente  
desamparara en tierra sola y fría,  
y que la fuerza del dolor presente  
5 pudiera humedecer de vuestros ojos  
la pura luz y resplandor ardiente,  
que apartado y muriendo en mil enojos  
sustentar esta ausente y triste vida,  
acrecentando al mal nuevos despojos;  
10 mas ya vivo en ausencia aborrecida

y no muero en la sombra del olvido,  
donde quedó mi gloria oscurecida.  
Pues esto sufro, ¿qué no habré sufrido?  
¿Qué puede ya imprimir el sentimiento  
15 en este corazón endurecido?

Mayor es que el dolor el sufrimiento,  
y tal es el dolor, que puede el pecho  
juntamente abrasarse al mal que siento.

De heladas rocas ásperas fui hecho  
20 y me crió la fiera tigre hircana,  
pues no estoy de mi pena ya deshecho.

En esta parte estéril y profana,  
do la noche con tela tenebrosa  
vence a la luz de Febo soberana,  
25 vuestra belleza inmensa y gloriosa  
conmigo veo atento, y considero  
la pérdida de ausencia lastimosa.

Alguna vez me tiene el dolor fiero  
tan rendido a su fuerza y quebrantado,  
30 y, no muriendo, con suspiros muero.

Betis, de este mi llanto acrecentado,  
testifica mi lástima, sonando  
en el cristal de Océano apartado.

35 Y creo yo que en el purpúreo bando  
que Euro hermoso hiere y con luz nueva  
siente al sol, que sus rayos va dorando,  
es mi mal conocido; que la prueba  
que ha hecho Amor en mí quiere que sea  
señal adonde sus desdichas lleva.

40 Si alguna vez mi alma ver desea  
vuestra luz rutilante, en vivo fuego  
arde, sin que su bien en ella vea.

Porque el tirano, que en mi pecho ciego  
está siempre, me ofrece a la memoria  
45 mi pérdida y mi crudo dolor luego.

La muerte, si viniere, será gloria;  
pero a tan duro corazón no quiere  
dar esperanza alguna de victoria.

Un continuo temor me aflige y hiere;  
50 que ya, si no me mata el mal de ausencia,  
no habrá por qué mi muerte Amor espere.

Porque yo, que vivía en la presencia  
alegre y venturoso, estando ausente,  
deseo poner fin a mi dolencia.

55 Mi alma en vuestra bella y pura frente

presa de ricos lazos me tendría,  
siempre en vuestra divina luz presente.

Y satisfecho el bien de mi osadía,  
gozara merecer; que, por vos muerto,  
60 consagré a vuestra luz la vida mía.

Y aunque de bien alguno estaba incierto,  
¿qué mayor bien le diera su fortuna,  
sí, solo y sepultado en el desierto,  
mereciera gozar de sola una  
65 lágrima de esos bellos, tiernos ojos,  
lo que esperar no puede en suerte alguna?

Dichosos más que flores los abrojos,  
que de esa rica lluvia rociados  
honrarán la ocasión de mis enojos.

70 Los sepulcros, de mármoles alzados,  
reliquias de memoria gloriosa,  
no fueran cual el mío celebrados.

Mas ¡oh mi solo bien y Luz hermosa!,  
que ni de vuestras lágrimas bañado,  
75 ni estoy muerto en mi ausencia dolorosa;  
antes, como sujeto y obligado  
a lástimas de Amor, me veo ausente  
con esta vida y mi dolor cansado.

A un tibio y frío pecho vuelve ardiente  
80 el uso del amor, y quien bien ama,  
esperando su gloria, el mal no siente.

Mi pecho que arde siempre si se inflama  
y siempre mío consiente su tormento,  
no le queda otro ser que pura llama.

85 Pero en sola esta llama me sustento,  
y no tengo otra vida que en la fuerza  
de su ligero y fácil sufrimiento.

El temor amoroso que se esfuerza  
en mi alma me trae quebrantado,  
90 y perder mi esperanza y bien me fuerza.

El semblante divino y adorado,  
la luz serena, el resplandor fulgente,  
el oro, en crespas ondas variado,  
si un tierno amador vuestro no ve ausente,  
95 que en otro tiempo con mejor ventura  
gozó mirar y veneró presente;

y si apartado en noche siempre oscura,  
suspira con dolor, solo y perdido,  
que ver no puede ya su hermosura,

100 cúlpenle si la vida, aborrecido,



desea, y si esperar más bien pretende  
donde su limpio amor quede ofendido.

De tal causa mi lástima descende,  
que aun en el mal condeno yo mi suerte,  
105 si algún pequeño espacio no me ofende.

Por el paso que voy a ver mi muerte,  
tanta envidia merezco, que no siento  
en alguno dolor de mi mal fuerte.  
Después que vi y gocé de mi tormento,  
110 y conocí el valor de esa belleza  
y os di mi libertad y pensamiento,  
mis entrañas cercó vuestra grandeza  
y ocupó vuestro nombre mi memoria,  
y Amor hizo en mí asiento de firmeza.

115 Sin vos no tuve en tiempo alguno gloria  
y siempre amándoos, quedé a Amor forzado,  
llevando de esta fuerza la victoria.

Siempre vive en mi alma venerado  
vuestro valor y gracia y cortesía,  
120 de quien lleno se halla mi cuidado.

Pero si ahora, lejos de alegría,  
padezco, yo lo debo a vuestros ojos.  
que dieron tanto bien al alma mía.

Vuestra beldad merece mis enojos,  
125 que no es justo que goce la esperanza  
seguro de perdella en mis despojos.

Si el Amor prometiese confianza  
sin temor de peligro en la ventura  
y no alterase el bien con la mudanza,  
130 recibiría agravio esa Luz pura,  
porque es deuda de penas y tormento  
osar amar tan alta hermosura.

Mas a la ausencia en que morir me siento,  
yo no hallo razón para su daño,  
135 sino acabar, muriendo, el sufrimiento.

Desdén y crueldad, cubierto engaño,  
memoria del dolor, del bien olvido,  
para quien ama bien, no es mal extraño.

Pero apartarme, ausente y perseguido,  
140 ajeno de esperanza y de consuelo,  
es un dolor terrible y nunca oído.

De sus vueltas perpetuas varié el cielo,  
trueque todas las cosas, que no espero  
de esta mísera suerte alzar el vuelo.

145 En esta soledad padezco y muero,

y en la razón mis penas entretengo,  
pero para acabar de dolor fiero.

Alguna vez, que suspendida tengo  
la fuerza de mis males, me levanto  
150 a do sin esperanza me sostengo.

Allí rompo las venas de mi llanto,  
y de la pluvia crece un fuego ardiente  
que en ceniza convierte el mortal manto.

Etna, que el duro y frío hielo siente  
155 en sus altas coronas ensalzado  
y con el blanco velo reluciente,  
cuando el fiero Encélado inflamado  
es con las sierpes ásperas herido  
y se revuelve de uno y otro lado,  
160 el fuego, en nube espesa reducido,  
con centellas y horror impetuoso,  
arroja contra el cielo enfurecido.

El estruendo de peñas espantoso,  
en fuego recocidas, alto brama  
165 y tiembla todo el monte cavernoso.

Mi pecho, que de fuera es nieve y llama,  
dentro, cuando el Amor lo mueve y hiere,  
el cuerpo todo en bravo ardor inflama.

Corre grandes incendios cuando quiere  
170 Amor que la alma abrace su crudeza,  
sin que haya piedad de aquel que muere.

El rayo que sepulta con fiereza  
al terrible gigante que del cielo  
pensó regir el cetro y la grandeza,  
175 no iguala al que en eterno desconsuelo  
me deja atravesado, sin la culpa  
que él tuvo en el soberbio y patrio suelo.

Sola una cosa habrá con que me culpa  
Amor, que es tener vida en esta ausencia,  
180 pero el deseo mío me disculpa.

Aunque apartado, os tengo en la presencia,  
tan hermosa, tan alta y venerada,  
que os doy todo el valor de esa excelencia.

Con el mismo respecto estáis honrada  
185 y temida, y con mismo sentimiento  
y tierno afecto siempre sois amada.

Ya veo vuestros ojos y consiento  
por los míos la pena que proviene,  
y temo el rostro airado y descontento.  
190 Ya mi temor con prestas alas viene

y me deja sin bien, de bien incierto,  
y preso la tristeza el pecho tiene.  
Ya veo con mi gloria el cielo abierto,  
que os hallo alegre, blanda y piadosa  
195 y que ya visitáis este desierto.  
Consuelo son de ausencia congojosa  
estas muestras de vana fantasía,  
aunque es cierta mi pena dolorosa.  
Profunda soledad, larga porfía,  
200 tristeza lastimada, mal secreto,  
divídenme de vos, oh alma mía.  
Ausencia es tal dolor, que con su efeto  
la muerte sigue al amador cuitado,  
y este es el bien mayor de su defeto.  
205 Muera, pues, quien de vos se ve apartado;  
acábase en la vida la memoria;  
porque a tantos trabajos y cuidado  
¿qué bien puede venir que les dé gloria?

<410. SONETO CIII. Versión de B>

Ya siento el dulce espíritu de la aura;  
que mansamente murmurando aspira;  
ya veo el puesto, a donde Amor me tira,  
y a do su muerta llama el fuego instaura.  
5 Cual amador de Cintia, o Delia, o Laura  
temió mas el desdén, la ardiente ira;  
que yo la Luz; que tiernamente mira  
mi mal, y de la pena me restaura.  
Como al que el rayo con la lumbre y trueno  
10 espantó, que aun le queda en la memoria  
el alto estruendo del terror pasado,  
así yo, que del mal estuve lleno,  
rehúyo en las señales de mi gloria,  
temiendo el bien que no esperé engañado.

<414. SONETO. Versión de B>

En tanto que en el sacro, antiguo seno  
del grande y alto Océano con arte  
y nueva industria dais al fiero Marte  
vida y nombre, de gloria eterna lleno;  
5 yo aquí, do el rico Betis con sereno  
curso sus varias vueltas fértil parte,

dando de mí al Amor la mejor parte,  
de mi larga esperanza me enajeno.  
Mi Luz bella y doradas trenzas canto,  
10 y aunque admiro el valor de vuestro pecho,  
no os envidio de lauro la corona.  
¿Qué mayor premio esperaré a mi llanto,  
quedando de mis penas satisfecho,  
si mi Luz de sus hebras me corona?

<415. SONETO. Versión de B>

Renuevo al alma de mi error pasado  
el tiempo que he perdido y el presente,  
ya que razón alguna no consiente  
que viva en esperanzas engañado.  
5 El cuello ya levanto deslazado,  
que la señal del yugo impresa siente,  
y digo: "¿Cuál de Amor grave accidente  
podrá llevar la gloria de mi estado?"  
Yo sé bien cuánto duele una esperanza  
10 que huye, y un temor que crece en pena,  
y cuán vano es el fin de mi deseo.  
Mas deshace esta simple confianza  
Amor, que al daño antiguo me condena,  
y alegre voy al mal que temo y veo.

<424. ELEGIA II. Versión de las Anotaciones>

Qué honor vos pudo dar, bella Enemiga;  
rendir mi pecho, que con tal cuidado  
buscatis la ocasión de mi fatiga?  
Si yo nací sujeto y obligado  
5 a perderme en las ondas del mar fiero,  
cual navegante mísero, engañado;  
Por qué con dulce canto y lisonjero  
suspense, me llevatis compelido  
al dolor grave, en que lloroso muero?  
10 Bien conocía yo, aymé perdido,  
de vuestro corazón el falso engaño,  
y el áspero rigor de vuestro olvido.  
Huía, temeroso de mi daño,  
la luz de vuestros ojos y belleza;  
15 como si del Amor naciera extraño.  
No me valió vestirme de dureza  
contra las crudas flechas del tirano;

que solo se contenta en mi tristeza.  
Porque viendo, que el golpe de su mano  
20 no habría bien el corazón constante,  
y que su intento sucedía en vano;  
Y que el arco de duro diamante  
perdía su vigor, vuelto indignado  
contra mi presunción tan arrogante,  
25 Se puso en vuestros ojos, regalado,  
blando, lleno de tierna cortesía,  
suave y dulcemente lastimado.  
Con esto mi firmeza y mi porfía  
rota, quedó vencida, y entregada  
30 a vuestra voluntad siempre la mía.  
Mostrasteis vos alegre, y agradada  
tanto del grave afán, que por vos siento,  
de rigor y desdén tan apartada;  
Que os di mi libertad, y el pensamiento  
35 ocupé solo en vos, y fue mi gloria  
merecer en virtud de mi tormento.  
Ahora, que soberbia en la victoria  
vos descubris, a mi pasión esquiva,  
a mi nombre negáis vuestra memoria.  
40 En vuestro pecho no sufrís que viva  
de tanto amor una pequeña parte,  
sin deslazar mi ánima cativa.  
Este es el mal, que me deshace y parte  
el corazón mezquino, y con crudeza  
45 a mil varios peligros lo reparte.  
Si ofende al valor vuestro y su grandeza,  
que ose tanto fiar de mi cuidado;  
que adore mi humildad vuestra belleza,  
No merezco por ello ser culpado;  
50 porque conozco bien, cuan poco alcanza  
al cielo alto mi vuelo desmayado.  
Pero vos alentasteis mi esperanza,  
y vuestra luz me dio merecimiento,  
para abrazar tan alta confianza.  
55 La honra de mi noble pensamiento,  
mi fe y amor, a sola vos debido,  
son dignos de más grato acogimiento.  
Memorias tristes de mi bien perdido  
me siguen siempre, y me molestan tanto;  
60 que deseo acaballas en olvido.  
Deshecho todo en miserable llanto,  
hago testigos este prado y fuente

del mal, que sufro ausente en mustio canto.

Solo un cuidado tengo, que contente  
65 el corazón cuitado en tanta pena;  
que descanso ninguno me consiente,  
Y es, que al fin quedo en esta suerte ajena  
alegre de haber muerto a vuestra mano,  
antes que despedace esta cadena.

70 Mas yo qué digo? a quién me quejo en vano?

a un bello rostro y corazón de fiera,  
tierno en vista y en obras inhumano.

Mejor será, que antes que yo muera  
en este error, huya mi suerte dura,  
75 y, lo que la Razón me ofrece, quiera.

Esta Luz soberana y hermosura,  
que tanto hacer pueden en mi daño,  
se cubran para mí de sombra oscura.

Otra extraña región y cielo extraño  
80 me conviene buscar; porque perezca  
en la ausencia la causa de mi engaño.

Do nunca a la memoria se me ofrezca  
el dulce nombre, iré, y a do conmigo  
siempre ocasión de justo desdén crezca.

85 Mas qué valdrá? que nunca mi enemigo

se aparta de mi pecho, y me presenta  
mi pura Estrella en mi favor consigo.

A vos, mi Bien, así jamás consienta  
el cielo, que la luz de esa belleza  
90 del tiempo la común ofensa sienta;

Pido, que no sufráis, que mi firmeza  
acabe; sin que sea agradecida,  
conforme al merecer de esa grandeza.

Por ventura será cosa debida  
95 a vuestro gran valor, ser vos llamada  
ingrata, desleal, desconocida?

La dulce Venus, madre regalada  
del tierno Amor, estaba lastimosa,  
y en fatiga continua congojada;

100 Porque su hijo, cuya poderosa  
diestra rinde herido y humillado,  
cuanto cerca del Sol la luz fogosa;

Aunque bello, y en ella figurado,  
cual parto de su inmensa hermosura,  
105 divinamente puro y acabado;

No crecía en grandeza y compostura  
igual a la belleza, y que vivía

mucho tiempo sujeto a tal ventura;  
Doliéndose del daño, no sabía,  
110 qué remedio tuviese una extrañeza,  
nunca vista jamás hasta aquel día.  
Al fin del triste caso la graveza  
la llevó a consultar por más seguro  
de las secretas cosas la certeza.  
115 Temis, que revelaba lo futuro,  
viendo su confusión, le dice; olvida  
Venus este temor del hado oscuro.  
Este tu Amor en esa edad florida  
si no crece, aunque solo es engendrado,  
120 es por oculta causa y escondida.  
Solo puede nacer y ser criado,  
y no crecer. si quieres tú, que crezca;  
pare otro hijo, Contramor llamado;  
Con tal suerte, que el uno favorezca  
125 mirando al otro hermano en crecimiento,  
cobrando cuerpo; que al igual florezca.  
Pero si uno falta, a un movimiento  
ambos han de acabar forzosamente,  
y este es decreto de infalible asiento.  
130 Volvió Venus alegre, y juntamente  
a los regalos del amado Marte,  
y, cuanto dijo Temis, vio presente.  
Amor luego creció, mirando a parte  
a su hermano, y de sí con gran porfía  
135 el uno a otro daba mejor parte.  
El uno y otro en igualdad crecía,  
hermoso en la figura y la grandeza;  
que a Citerea admiración ponía.  
Señora, si al amor, que a vuestra alteza  
140 tengo, fallece amor, agradecido  
en parte alguna a mi mayor firmeza;  
No digo; que por mí será perdido;  
que mi fe tal error nunca ha pensado,  
mas es Amor tan tierno y tan sentido;  
145 que temo, que se acabe mal mi grado.

<SONETO XXXV. Versión de B>

Por un camino solo, al Sol abierto,  
de espinas y de abrojos mal sembrado,  
el tardo paso nuevo, y voy cansado  
a do cierra la vuelta el mar incierto.

5 Silencio triste habita este desierto;  
y el mal, que hay, conviene ser callado.  
cuando pienso acaballo, acrecentado  
veo el camino, y mi trabajo cierto.  
A un lado levantan su grandeza  
10 los riscos juntos, con el cielo iguales,  
al otro cae un gran despeñadero.  
No sé a quién tuerza el curso en mi estrechez,  
que me libre de Amor, y de estos males;  
pues remedio sin vos, mi Luz, no espero.

<SONETO XLII. Versión de F>

Aura templada y fresca de Occidente,  
que con el tierno soplo y blando frío  
halagas el ardor del pecho mío,  
qué espíritu te mueve agora ardiente?  
5 Ni Euro espira, ni el Austro vehemente  
en el rigor más grave del estío ;  
y tú abrasas el verde prado y río,  
cual al suelo Africano el Sol caliente.  
Sin duda te encendiste en mi Luz bella,  
10 y no entendiendo el bien de tu ventura,  
abrazas a las ondas y las flores.  
Cesa Aura, no me enciendas más, que en ella  
ardo siempre, y me abraso en llama pura.  
ah no des al campo, al río tus favores.

<230. SONETO XXXI. Versión de B>

Yo vi, a mi dulce Lumbre que esparcía  
sus crespas ondas de oro al manso viento,  
y con tierno y suave movimiento,  
mi duro corazón enternecía;  
5 Mi rustiqueza, y torpe rebeldía,  
perdió, vencida, el obstinado intento;  
y en blando y regalado sentimiento,  
trocó mi alma la aspereza mía.  
Nunca me vi más preso ni rendido,  
10 y nunca vi en mi Luz mayor dureza;  
ni más recio desdén; ni largo olvido.  
A término tan grave, y estrechez  
Casas, mi triste suerte me ha traído;  
que temo de mi Lumbre la belleza.



<272. ELEGIA VI. Versión de las Anotaciones>

En tanto que, Malara, el fiero Marte,  
y el no vencido pecho del Tebano  
ensalzas, por do el Sol su luz reparte;  
Yo, siguiendo el error de Amor tirano,  
5 vivo en usadas quejas y lamento,  
y, crezco en mi dolor, temiendo en vano.  
Doy culpa a la ocasión de mi tormento;  
que no pueda ablandar de su dureza  
la fuerza y el rigor del mal, que siento.  
10 No encarezco del daño la grandeza;  
que no soy en mi llanto ambicioso,  
ni procuro alabanza en mi tristeza.  
Sirvo más al dolor impetuoso,  
y a la infelice suerte de mi estado;  
15 que al deseo de nombre ingenioso.  
Esto es último fin de mi cuidado,  
en esto espero merecer la gloria,  
igualmente penoso y engañado.  
Solo es el bien, que busco, y la victoria,  
20 agradar a mi Luz, y que mi canto  
haga de mis trabajos la memoria.  
Entre suspiros dieron y entre llanto  
la edad florida; el pensamiento incierto  
ley a los versos míseros, que canto.  
25 Rendida juventud mi estrago cierto  
dudando lea, y quien en lazo eterno,  
cual yo, espera acabar, de bien desierto.  
Que alguno, que tuviere pecho tierno,  
celebrará en mis penas la firmeza,  
30 y culpará el furor del mal interno.  
En mi Luz admirando la belleza;  
el rico cerco de oro y dulces ojos;  
no alabará el desdén y su tibieza.  
Hallará de amor triste los despojos;  
35 oscura piedad; poca alegría;  
claro el dolor, y muchos los enojos.  
Y alguna, a quien la indigna suerte mía,  
y su no cierta fe inclinar apenas  
puede, dirá llorosa en su agonía;  
40 Si Amor, que a sus crudezas me condena,  
tanto bien me hiciera; que estrechara  
a mí y a ti en su yugo una cadena;  
Ni yo de amante ingrato me quejara,

ni tú de mi dureza; que antes diera  
45 debido y justo premio a fe tan rara.  
Mas tú, si amor con flecha y diestra fiera  
te hiere el pecho, dignamente airado,  
de verte altivo de su imperio fuera;  
A Alcides dejarás desamparado,  
50 y será aquel soberbio y alto canto  
en cuitoso y humilde transformado.  
Cubrirá del olvido el negro manto  
sus hechos, y tendrán fiel memoria  
tus cuidadosos afanes y tu llanto.  
55 Otra más grave lástima y mudanza  
te ofrecerá el dolor terrible; cuando  
faltare a tus fatigas la esperanza.  
Codiciarás en vano el verso blando;  
que mitigue suave aquella saña;  
60 que te aflige ya mísero llorando.  
Verás entonces bien, que Amor se extraña  
de administrar el canto piadoso;  
que en deleitoso ardor a la alma engaña.  
Estimarás entonces congojoso  
65 la lira; que cantar mis males usa,  
y el verso, antes caído y lagrimoso.  
Y al duro son del hierro y voz confusa  
del Marcial estruendo preferida  
será por ti mi tierna y simple Musa.  
70 Y no podrás callar en tu crecida  
desdicha y ansia; tu amoroso pecho  
ardió siempre en su llama esclarecida.  
No te pese, que tenga Amor deshecho  
tu preso corazón en dulce fuego;  
75 y que esté de tu agravio satisfecho.  
Si te da de su gloria parte luego;  
si consagra tu canto; si vencido  
de él yace el vencedor Olvido ciego.  
Por ti será su cetro conocido  
80 de los purpúreos fines de Oriente,  
hasta el lecho de céfiro escondido.  
Y de la fría Cinta el cerco ardiente  
irá perpetuo el nombre glorioso,  
mientras encendiere en Ida el Sol la frente.  
85 El verso dulcemente generoso  
tendrá sublime honor y soberano  
del terso y culto Laso y amoroso.  
Tal a su bella Laura el gran Toscano

cantó con alta, insigne y noble lira;  
90 guiando el Niño Rey su diestra mano.  
Y de su Delia tal gemir la ira  
se vio el Romano amante en voz quejosa,  
y por la ausente Némesis suspira.  
Será eterna la llama milagrosa  
95 de aquel, que ciñe Febo el verde Lauro,  
y enciende Amor con fuerza poderosa;  
Que, do en Genil se mezcla el breve Dauro,  
ardiendo osadamente en furia pía,  
suenan en el seno Arabio y Ponto Mauro.  
100 Vivirá de Vandalio la porfía;  
la aquejada pasión y el puro canto;  
que murmurando Betis hondo oía.  
Y tú también harás con tierno llanto  
de tu afanada pena honrosa historia;  
105 que te dará este premio el furor santo.  
Yo, que esperé mendigo un tiempo gloria,  
loando de mi Luz la hermosura;  
temo, que no merezco esta victoria.  
Porque ausente el rigor de mi ventura  
110 de toda mi esperanza y bien me tiene;  
y siempre aguardo nueva desventura  
al dolor; que penando me sostiene.